

¿SOBREVIVE EL AMOR ETERNAMENTE?

MARY FERRE



¿SOBREVIVE EL AMOR ETERNAMENTE?

MARY FERRE



NEANDERTAL
ETERNO

NEANDERTAL

ETERNO

Mary Ferre

Copyright © 2015 Mary Ferre

Todos los derechos reservados

ISBN-13: 978-1511748643

ISBN-10: 1511748648

CONTENIDO

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Bastian

Agradecimientos

PRÓLOGO

Me duele la maldita mano. ¡Joder, estoy hasta los cojones de que me duela!

Abro la cortina de mierda, la luz me deslumbra y

levanto la palma de mi mano para que estos
jodidos

focos no me dejen ciego.

– ¡RYAN!

– ¿Señor?

– Luces apagadas. ¡AHORA!

– Sí, señor.

Cojo una botella y bebo a morro. El alcohol se
resbala por mi garganta, desliziéndose por mi torso
y

muere en mis pantalones. ¡Maldito alcohol!

– ¡RYAN!

– ¿Señor?

– Un vaso.

La sombra de Ryan se mueve detrás de la barra

mientras yo me dejo caer en el sofá, veo una copa
en

mis narices y la agarro bruscamente, chasqueo mis

dedos para estar solo y lo consigo viendo a Ryan

yéndose. Estiro mi cuerpo hasta que mi mano
atrapa el

paquete de mi nuevo vicio, saco un cigarrillo, lo

enciendo y lo saboreo, inhalo el humo, lo muevo
en mi

boca y expulso con facilidad. Oh sí, esto sí que es
vida.

Cierro los ojos y repito la acción apoyando mi cabeza

en el respaldo del sofá, bebo el líquido de mi copa y lo

escupo bruscamente.

– ¡RYAN!

– Bastian – miro a Ryan muy enfadado, él sabe que no tiene ningún derecho a dirigirse a mí por mi nombre, si lo hace, es que está cabreado y va a patearme el trasero.

– No me retes. Perderás.

– ¿Qué deseas, Bastian?

– Respétame Ryan. No te la juegues conmigo.

– Señor, espero órdenes.

– Dame una maldita cerveza y llévate toda esta mierda de la mesa. ¡AHORA!

Ryan obedece hasta que veo el mueble girar en el aire junto con las cosas que había encima, vuelve a

colocar la mesa como estaba y me mira de nuevo como lo ha hecho antes, retándome.

– ¿Algo más, señor?

– No, puedes retirarte.

Este jodido bastardo tiene un par de huevos cuando me pongo insoportable.

Hay humo en el club colándose por todas las

ranuras y espacios vacíos, lo huelo recordándome
a

que quiero seguir fumando. Doy caladas a mi
cigarro

mirando a una pared roja, debo de cambiar el rojo,
es

un color asfixiante. Me levanto tropezando con la
mesa

y balanceándome porque pierdo el equilibrio.

– Señor, cerveza.

Abro la cortina y salgo al exterior. Bebo de mi

cerveza con una mano y con la otra me fumo mi

cigarro. Arrastro los pies vagamente hasta poner
mis

codos sobre la barandilla de esta mierda de club.

Me

asomo ciego por lo que veo, gente que se divierte
y

que dejan unos cientos de dólares en mi
propiedad. Sí,

seré esta noche un poco más rico. Escupo mi
cerveza,

algunas cabezas de la planta inferior giran para
mirar

quien es el cabrón que les está mojando, pero
cuando

me ven, se alejan rápidamente huyendo de mí.

– ¡Si no os gusta os vais a la maldita mierda!

Alguien choca conmigo y reacciono rápido

dándome la vuelta.

– Lo... lo siento.

Hago el repaso a este bombón, zapatos de puta,
piernas de puta, vestido de puta, ¡oh joder!, tetas
de

puta pero bendita sean, cuello de infarto donde me
perdería, boca de puta, ojos vacíos. No es rubia,
no me
interesa.

– ¿Acaso no ves que estás invadiendo espacio
VIP?

– Yo... yo solo me he perdido, creí que los
baños estaban arriba.

– Están por aquel pasillo, muy lejos de donde

estás ahora.

– Lo siento, – sonrío – Bastian.

Paso mi lengua por la boca y le vuelvo a hacer el repaso bebiendo de mi cerveza. Zapatos de infarto,

piernas de muerte, vestido tentador, tetas que lamería,

cuello que mordería, labios donde pondría los míos,

mirada... mirada vacía y sigue sin ser rubia.

– VETE. DE. AQUÍ.

Ryan ve como doy un paso hacia esta puta e

interviene echándola de mi espacio. ¡Maldita y jodida

seguridad!, necesito más de la que se supone que velan

por la mía. Vuelvo hacia mi sofá, sentándome y apagando el cigarro sobre la mesa vacía.

– Señor.

– ¿Qué cojones quieres ahora Ryan?

– El señor del callejón quiere entrar al club.

– Refuerza la seguridad de la puerta y que no lo dejen pasar. Llamad a la policía si es necesario.

– Entendido.

– Ah, Ryan.

– Señor.

– Tráeme a mujeres.

– Sí, Bastian.

Ignoro que nuevamente ha vuelto a pronunciar
mi nombre. Lanzo mi cerveza estrellándola contra
la

pared, me muevo cogiendo otro cigarro del
paquete

que está en el suelo, lo enciendo y me vuelvo a
fumar

otro. ¡Oh sí!

Malgasto el tiempo esperando cuando la cortina
se abre y Ryan da paso a las mujeres. Una, dos,
tres,

cuatro, cinco y... ¡NO!

– La última. ¡FUERA!

Ryan le impide el paso y cierra la cortina de nuevo. Sigo la figura de unas piernas muy largas moviéndose hacia la música, la hace sonar y vuelve a su posición. Levanto dos de mis dedos y dos de las mujeres reaccionan rápidamente adelantándose para sentarse cada una a mi lado, las abrazo apretando sus cuerpos a mis costados y doy una última calada al cigarro lanzándolo mientras me río. Las tres mujeres bailan para mí, mueven sus cuerpos al son de la música que tanto me excita, perdiéndome en sus cuerpos

sin

dejar de fijarme en ellas, en cómo bailan entre sí.

Siento las manos de las dos mujeres que tengo a mi lado pero no me provocan una mierda, yo a cambio

coloco mis manos en sus hombros para que no se pasen de la raya y bostezo, a pesar de que son calientes como el infierno, son una maldita mierda.

Una de ellas está cantando y yo me aburro.

– Bastian, ¿no te gusta?

Una de las mujeres pone morritos y se enfada, pero no deja de bailar. Mi reacción es nula, mi sentido

común también lo es, al igual que la mano que está colándose por debajo de mis pantalones.

– Tú, ¿cómo te llamas?

– Mindy – me responde mordiéndome el cuello.

– Bien Mindy, como no saques tu linda y

hermosa mano de mis pantalones, cogeré tu bonita

cara, tus tetas falsas y tus diez deditos y te los
rajaré

con un cuchillo. ¿Te parece una buena idea?

La mujer quiere huir asustada, yo le respondo

con el ceño fruncido. ¡No le he ordenado que se
vaya

de mi lado! La acerco contra mí y apoya su cabeza
en

mi cuello como la otra. Beso sus cabezas y sigo mirando el espectáculo que tengo frente a mis ojos.

Ellas son hermosas, son rubias, tienen ojos azules...

pero ninguna de ellas es Nancy.

CAPÍTULO 1

Me limpio las babas que intentan salir por mi boca a través de mis labios, saco la lengua aspirando

todo el líquido que se me pueda derramar. No puedo

babear, babear literalmente. Olvido la poca elegancia

de verme así para centrarme en la pantalla del

ordenador,

escribo,

estoy

concentrada,

pero

directamente vuelvo la vista a mi objetivo. Vale,
una

más no me matará ¿no? Me doy por vencida y me
arrastro sobre silla al otro lado de la mesa para
coger

lo que es mío, sí, aquí estás. Abro el envoltorio de
mi

chocolatina preferida y la muerdo con efusividad
como

si no me hubiera comido unas veinte esta mañana.

Mastico con pasión, saboreando el caramelo que se

derrite dentro de mi boca, tragándome el chocolate sin

masticarlo. Me chupo los dedos y tiro el envoltorio en

la mesa, arrastro mi silla de nuevo al centro, feliz y

concentrada en la pantalla del ordenador situado en el

lado derecho.

Sigo con lo que estaba haciendo e inclusive le

pongo atención, pero hay una serie de dulces que me

están llamando y no tengo porque negarles. Esta vez

me arrastro más rápido para desenvolver el pastel de

merengue que me he comprado hace un rato, lo admiro

y se me derrite el corazón. Babeo acercándolo a mí,

disfrutando del primer bocado, ¡oh, sí!, quiero comer

esto para el resto de mi vida, está tan sumamente

bueno que voy a ignorar el hecho de que me he comido

cinco a la hora del almuerzo. Subo el pastel hacia mi

cara para mirarlo mucho mejor; por favor, no te

acabes

tan pronto, solo me he comprado tres para la tarde
y

ya eres el último. Me río porque me meto en la
boca

más merengue de la cuenta, alguien toca a la puerta
y

se abre sin haber dado permiso para que entre.

– Nancy tienes que... ¿se puede saber qué
haces?

– Comer.

– ¿Y toda esa mierda que tienes encima de la
mesa?

– Restos.

Mastico porque el bizcocho se disuelve dentro de mi boca, sí, esto me avisa cuando he llegado al final

de mi pastel de merengue.

– ¿Te has comido todo eso?

– Sí.

– ¿Se puede saber dónde te metes toda la mierda que te comes?

– Va a mi trasero, de eso no hay duda – me limpio la boca con una servilleta de papel que tengo a

mano – ¿qué te trae por aquí Trevor?

– Venía a dejarte los salarios del departamento

fiscal, pero vendré en otra ocasión.

– Oh, pasa y no me seas quisquilloso, – Trevor

entra avanzando con cara de asco – no me juzgues,
la

mayoría de vosotros tuvisteis la culpa. Yo no pedí
doscientos cincuenta chocolatinas para mi
cumpleaños.

Me sonrío de medio lado mientras decide si

sentarse o no. Yo voy recogiendo el desastre que
tengo

sobre la mesa, es verdad, pero no es mi culpa
como ya

le he dicho, todo esto ha sido producto de mi
regalo de

cumpleaños. La semana pasada cumplí los

veinticinco

y mis amigos decidieron comprarme una tarta de
nubes

gigante con doscientos cincuenta chocolatinas en
su

interior, me hice la tímida para fingir un poco,
pero

¿qué diablos?, ¡me las voy a comer todas!

Trevor pone la carpeta sobre la mesa ya más

limpia, y empieza a hablarme sobre las cuentas de
los

salarios fiscales, tenemos problemas con varios
pagos

y hay que impugnarlos cada dos por tres. Me
siento en

la silla correctamente oyendo lo que está
contándome

por lo que parecen horas ya que no me estoy
enterando de nada. Pienso en lo cómoda que
estaba en

mi cama esta mañana, sola, desnuda y fingiendo
tener

un constipado para que Rachel no me obligara ir a
trabajar, la odio mucho por ello porque aquí estoy
un

día más. La lluvia cae fuerte en Chicago y yo no
dejo

de pensar en si voy a encontrar más pasteles de
merengue, tendré que recorrer toda la ciudad si es
necesario, me ha dado fuerte por ese sabor y nadie

me

va a quitar la ilusión de comer todo lo que quiera.
Sí,

tan blanco y sabroso.

– ¿Me estás escuchando Nancy?

– Trevor, ¿hay una fábrica de merengue en
Chicago?

– ¿Qué? – Me mira extrañado.

– Una fábrica de merengue bobo – niego con la
cabeza porque el abuelo no se entera de nada, abro
el

buscador en el ordenador para ver si hay alguna
cuando su mano agarra mi brazo.

– Nancy, ¿por qué no te tomas unos días libres?

Hoy es viernes y trabajaste hasta en tu cumpleaños, ni

siquiera yo trabajo en el mío aunque esté divorciado.

Vete unos días a algún lugar y descansa.

– Yo no estoy cansada, solo que me muero por comer merengue y el pensar que se acaba o algo me

pone nerviosa.

Trevor se levanta suspirando, rodea la mesa

para apartarme del ordenador con la silla y nos reímos

porque hago fuerza sujetándome a las carpetas, al

borde, a todo lo que pueda con tal de que me deje en

paz. Necesito saber si hay alguna fábrica de merengue

o la obsesión que tengo en mi cabeza acabará con mis

nervios. Consigo forcejear con brutalidad hasta que me

levanto y por el impulso, Trevor acaba estrellándose

contra la pared, le miro riendo y él también lo hace. Si

algo aprendo a diario de él es que le pone una sonrisa a

todo aun estando jodido por dentro como lo está, al

igual que yo.

– Tienes fuerzas ¿eh? El haber salido con

Trumper te ha beneficiado – los dos matamos la
risa

tan pronto vocaliza su apellido – lo siento, se me
ha

escapado, no he pensado con claridad.

– No... ems... no pasa nada – arrastro la silla

para sentarme de nuevo y él lo hace enfrente.

No puedo negar que he salido con Bastian

Trumper durante algún tiempo, pero tampoco
puedo

negar que ya no estoy saliendo con él. Sí, porque
ya no

estoy con él y acepté el hecho de que se acabó.

Llevo desde el pasado mes sin saber nada de

Bastian, no hemos hablado ni él ha contactado

conmigo. Matthew envió un comunicado a la prensa

para informar sobre su estado de salud, decía que

estaba bien y necesitaba reposo, deseó feliz Navidad a

todos y Bastian lo firmó. He leído ese comunicado

como unas diez mil veces, hasta lo tengo impreso solo

para rozar con mi dedo la firma del hombre que amo.

Me mata el no saber de él, pero sé que está en buenas

manos, con su familia y con su Señora Trumper
junto a

él, su esposa. No le he visto por la ciudad a pesar
de

que he salido mucho para ver si me encontraba con
él,

la semana pasada fuimos hasta el Bamper pero no

había ni rastro, Bastian se ha dado por vencido

conmigo y lo puedo entender. Una parte de mí se

arrepiente de haber huido en fechas navideñas
cuando

estábamos más unidos que nunca, pero otra parte
de

mí no lo hace, no, él está casado y tiene dos hijos.

¡Qué se vaya a la mierda!

– Lo siento Nancy, ¿me oyes?

– ¿Qué?

– No quería decir eso realmente, se me ha escapado.

– Trevor, no te preocupes. Llevo muy bien la ruptura definitiva, un mes sin saber de él y él tampoco

ha dado señales de vida, así que no tienes por qué preocuparte. No puedo negar que he salido con Bastian porque sería engañarme a mí misma, pero déjalo estar.

– ¿No vas a contarme que hizo ese cabrón? Yo tampoco he contactado con él, solo hice lo que me

pediste y sabes la respuesta.

– Ya no importa, nada lo hace ya.

Estas navidades han sido las peores de mi vida por muchas razones. La casa de mis padres se llenó de

gente entre familiares y amigos, estuvimos una semana

riendo, comiendo, bebiendo y disfrutando. Todos, absolutamente todos menos yo. En Crest Hill cumplieron con el objetivo de no dejarme caer y eso

intenté, fingir como siempre y no fastidiarles las fiestas. Cuando estaba allí, contacté un par de veces a

escondidas con Ryan y me informó de que la famosa

esposa Señora Trumper seguía con Bastian y era mejor que no apareciera. Ese día lloré mucho e hice

una escena delante de todos porque mis gritos eran bastante fuertes. Desde entonces, no he vuelto a saber

nada de Bastian, le mandé un mensaje el día de su cumpleaños pero nunca me respondió, tampoco recibí

ninguno en el mío. Al regresar a Chicago, me instalé

de nuevo en casa de Rachel y fue como volver a

empezar, mis amigos no me dejan sola aunque me

agobian demasiado para no verme mal.

El día que me reincorporé a mi trabajo me encontré con que Trevor no sabía nada y no me extrañó ya que pasó las navidades en Suiza. No le he

llegado a contar los motivos reales de mi ruptura, no sé

sí sabe que Bastian tiene una esposa e hijos y no quiero saberlo, él no tiene la culpa de nada pero me

enfadaría bastante que me lo hubiera ocultado. Sin embargo, le pedí que me dijera si él estaba bien, sí se

estaba cuidando pero Bastian no le cogió la llamada, no

lo ve en el club de golf y tampoco por ningún lado.

Dejamos el tema a un lado y continuamos con nuestra

vida, todos lo hemos hecho al fin y al cabo.

– Nancy – ahora capta mi atención – venga,

vete a casa y descansa unos días allí. No quiero verte

mal.

– ¿Me ves mal?

– Te veo diferente, no sé, tienes algo en la cara,

– se ríe de mí y yo también – en serio Nancy, hazme

caso que soy más viejo que tú y sé de lo que hablo.

Tomate unos días libres y vuelve cuando te hayas

calmado.

– Estoy calmada Trevor Carter. Estoy muy bien, estoy feliz y viviendo. ¿Por qué me dices que me vaya

unos días? Solo quiero comer merengue y muero por

comerme uno con el bizcocho de fresa. ¿Te das cuenta

de lo sabrosa que es la fresa?

– Como quieras Nancy, eres imposible.

Vuelve a mirar a su carpeta y le lanzo una chocolatina, la esquivo y le lanzo otra, así con las siguientes cuatro hasta que la última me la devuelve.

Nos reímos estando todo bien entre nosotros y
dirijo mi

vista al informe de nuevo.

Trevor es un buen hombre, él quiere lo mejor

para mí y sé que está ahí siempre que lo necesito.

Mi

relación con él se ha forjado con el paso del
tiempo, no

ha intentado ningún movimiento fuera de lo
normal, es

más, yo he provocado a Bastian agarrándome a su

brazo cuando salimos a almorzar juntos. Pero mi
ex

novio sigue sin dar señales de vida. Catherine ha

conseguido sacarle una buena cantidad de dinero

en el

divorcio y Trevor ha tenido que darle la mayoría de las

ganancias de sus bienes, y aun así, él sonríe e intenta

llevarlo de la mejor manera. Me he contagiado de él y

es lo mejor que puedo hacer, dar carpetazo al pasado y

esperar a que venga el futuro.

Estamos leyendo los informes en silencio

cuando el artilugio que hay sobre la mesa empieza a

sonar. Los dos nos miramos y luego a mi móvil de nuevo. Trevor no dice nada y lo coge descolgando

la

llamada.

– ¿Diga? Trumper, como seas tú date por muerto porque yo también se luchar. ¿No dices nada?

Ya está tu localización en manos del juez y te deseo

buena vida entre rejas.

Cuelga dejándolo sobre la mesa de nuevo y yo suspiro abriendo una chocolatina. Sí, chocolate, es lo

único que necesito ahora.

– No te molestes Trevor, yo lo ignoro todo el tiempo.

– ¿Por qué no me dejas que lo ponga en manos de profesionales Nancy? No pueden llamarte todo el santo día.

– Como verás y te habrás dado cuenta, ya no estoy con Bastian, estoy sola en la vida y no tengo dinero para enfrentarme a una demanda, a unos especialistas y a quién sea que esté haciendo esto. Comencé a recibir llamadas la misma noche que regresé a Crest Hill, quién sea que esté al otro lado del teléfono no para de llamarme a todas horas, por la mañana temprano e inclusive de madrugada en

repetidas ocasiones. Por el día no suelo mirar mi móvil,

no tengo dinero para cambiarme de nuevo el número y

no sé si quiero porque tengo la esperanza de que

Bastian me llame algún día. Vivo con la incertidumbre

de si la llamada desconocida es mi ex novio, por eso

Trevor piensa que puede ser una broma de alguien de

su entorno que quiere fastidiarme. Yo he contestado en

más de una ocasión diciendo que no soy la novia de

Bastian y que se lo quede para ella sola, en caso

de

que sea mujer claro, también a veces respondo que
estoy soltera pero que no estoy disponible. Trevor
le da

más importancia que yo porque quiere mi
bienestar,

pero excepto él y Rachel, nadie más lo sabe.

– Eso no es excusa Nancy, te he dicho que no
tienes que preocuparte por el dinero. Mi ex mujer
aún

no me lo ha quitado todo.

– Trevor – suspiro abriendo otra chocolatina –
solo digo que ignora mis llamadas, yo ya he
aprendido

a vivir con ellas.

– Sabes que quiero lo mejor para ti y deberías aceptar mi ayuda.

– Gracias, pero quiero dejarlo todo pasar, no tengo ni ánimos ni fuerzas para averiguar quién me está llamado.

Hablamos un poco más sobre trabajo y se prepara para volver a su oficina, ya casi es la hora de la salida.

– ¿Te llevo a casa o a la tienda?

– No, ya cojo el metro, quiero ir a la pastelería.

– Está lloviendo Nancy, te llevo en el coche, no

me importa.

– Trevor, quiero ir a la pastelería, además esta noche tienes la gran cita.

Él ha conocido a una camarera del bar donde solemos ir, ella se llama Nella y le tiene embobado todo

el día, le invitó a tomar unas copas hoy mismo y ha estado más contento de lo habitual, él piensa que ha

perdido el romanticismo y no sabe cómo tratar a una

mujer.

– No me lo recuerdes, estoy de los nervios.

– Sé tú mismo, os gustáis y lo harás muy bien.

Se va a enamorar de ti una vez que vea el
restaurante

donde la llevas a cenar.

– Gracias a ti.

– Sí, – miro a la nada – Bastian solía llevarme
allí.

– Eh, ¿qué vas a hacer tú? – Intenta distraerme,
le miro con una sonrisa.

– Es viernes por la noche, romper la pista de
baile – me río y dejo de hacerlo – pues quedarme
en

casa como siempre, Rachel y Alan están en el
hockey

y yo por una vez quiero disfrutar de un poco de

calma.

– ¿Segura? Pensé que os iríais de clubs.

– No, lo dejé por imposible la semana pasada.

Es más que evidente que ya no tiene gracia.

– Hace poco estuvisteis en el Bamper, ¿no es así?

– Ya, por última vez. Habrás visto que esta semana no he salido a ningún sitio, he perdido el interés, tengo que seguir adelante sin él. No hay más remedio.

– Es lo mejor que puedes hacer Nancy, de verdad, no quiero ser el malo que te diga lo que

quieres

escuchar, pero es lo mejor.

– Todo el mundo me dice lo mismo pero soy yo

la que está sola. Rachel y Alan están juntos, las

gemelas tienen novio, tú ahora tienes a tu chica y yo...

yo tengo que seguir adelante como sea. Sola.

– ¿Qué hay de ese tal Dave?

– Volvió con su novia en año nuevo.

– Vaya. Nancy, estás rodeada de gente que te

quiere, ¿lo sabes no?

– Sí Trevor, pero no quiero ser un estorbo, yo

tengo otras clases de prioridades y estar en pareja

no

es una de ellas.

– Entiendo, no quiero que te vengas abajo de todas formas.

– No lo haré, estoy bien y fin de la historia.

Me levanto para darle un abrazo recibéndome como si fuera la hija que nunca tuvo, me besa en la cabeza y yo misma le cierro la puerta una vez que se

ha ido. Miro de nuevo a mi mesa, empezando a guardar las chokolatinas en el bolso, me siento y bloqueo el móvil, no quiero llamadas en mi noche de

libertad en casa. La puerta se abre de nuevo con la cabeza de Heather asomando.

– Dime cariño, ¿ha venido ya tu chico?

– Todavía no Nancy, um, hay una mujer que pregunta por ti.

– Sorpréndeme. Espera, no, no lo digas. Ria o Molly. ¿Verdad?

– No, una tal Bárbara.

Me quedo congelada al oír el nombre que me ha estado torturando durante semanas. Creía que era Ria

o Molly porque ahora no dejan de aparecer en la prensa amarilla, van juntas a todos lados e incluso

me

las encontré y se rieron de mí por haber roto con

Bastian. No pueden ser mis amigos porque ellos
no

vienen al trabajo, mi madre tampoco porque tengo

contacto con ella a diario y está en casa. Trago
saliva,

afirmándole con la cabeza, Heather entiende que la
va

a hacer pasar y nada más lejos de la realidad para

demostrarle a esta mujer que la neandertal que
nació

en mí la mató Bastian.

Pongo el bolso sobre la mesa, me doy un

positivo en limpieza pero un negativo en esconder
la

papelera llena de envoltorios de chocolatinas.
Escucho

los tacones sonar por el mármol, apago el
ordenador

haciéndome la interesante mirando a un papel. La
puerta se va abriendo lentamente.

– ¿Disculpa? – Una cabeza asoma y ya me
están entrando ganas de vomitarle a la cara.

– Adelante.

Bárbara se adentra en mi despacho y cierra la
puerta tras su paso. Lleva un elegante vestido que
le

da forma a su esbelta figura, esta mujer es un
sueño

hecho realidad, su pelo impoluto cae por sus
hombros y

su belleza hace que quiera suicidarme.

– Hola, no he tenido el placer de presentarme

correctamente. Soy Bárbara – se acerca alzando la

mano, yo sin moverme estiro la mía y le indico que
se

siente.

– Yo soy Nancy, pero supongo que ya sabes

quién soy a juzgar por tu visita.

– Lo siento si interrumpo, no me ha quedado

más remedio que venir.

Quiero matar a esta mujer. La odio. ¿Por qué no va a tocarle las narices a otra?

– Tú dirás – suspiro moviendo los papeles o haciendo un intento de ello.

– Antes de nada, quiero pedirte disculpas por no haberme presentado correctamente aquel día en el hospital.

– Disculpas aceptadas. Supongo que las circunstancias nos llevaron a ello.

– Sí. Nancy, no me voy a andar con rodeos. Si he venido hasta ti es porque necesito hablar contigo

urgentemente. No quiero inmiscuirme en tu trabajo,

¿podríamos tomar algo?

Dudo en sus palabras, probablemente ella venga a hablarme de su matrimonio con Bastian y yo no tengo la necesidad de meterme en una relación que no es la mía. No me interesa nada de lo que pueda decirme, no quiero saber si están juntos o separados, mi ex novio pasó a la historia y aunque siempre lo recordaré, ya no tengo nada que hacer. Aun así, la parte idiota de mí se muere por saber si está bien, si se alimenta, si toma su medicación, si está en reposo, si le

dan tranquilidad; necesito saber algo de él y estoy desesperada. Asiento con la cabeza y guardo mis cosas, se ve feliz.

– Cinco minutos. Es lo único que te voy a dar.

– Te lo agradezco mucho Nancy. Cree que para mí tampoco es fácil estar aquí.

Me levanto dando pequeñas patadas a la papelera, rezo para que no se haya dado cuenta del desastre que tengo debajo de mi mesa. Ella también se

levanta esperando mientras me pongo el abrigo, hoy he

escogido un vestido azul que me llega por las rodillas y

es bastante ajustado porque casi no puedo moverme,

menos mal que llevo mis botas altas que van a

protegerme de no caerme en un charco. Salimos de mi

trabajo, caminamos por las calles de Chicago en

silencio, la lluvia nos ha dado tregua y yo me he

olvidado de mi paraguas en la oficina. No nos alejamos

mucho cuando decidimos meternos en el primer local

que vemos, es un pequeño bar de madera oscura, las

mesas y las sillas son del mismo color, hay buen

ambiente y se ve muy tranquilo para nosotras. Al

entrar, colocamos nuestros abrigos en la silla y nos encaramos cuando el camarero viene.

– ¿Qué desean señoras?

– Señorita aquí – hago un intento de esbozar una sonrisa pero fracaso.

– Yo quiero una copa de vino rosado – habla deslizando las palabras con suavidad y elegancia.

– ¿Y usted señorita?

– Yo quiero un batido de vainilla doble con nata montada y canela.

– Enseguida les traigo sus pedidos.

El camarero se va y Bárbara pone ambas

manos sobre la mesa cruzándolas, yo me siento colocando mi espalda sobre la silla, cruzando mis piernas con mis manos sobre ellas. No sé si debo empezar a hablar o la dejo a ella, lo único de lo que me

doy cuenta es que está bastante preocupada o al menos esa es la sensación que me trasmite. Intento que no se me forme un nudo en la garganta al fijarme

en la alianza de casada tan reluciente, quiero ignorar

que está allí pero no deja de brillar.

– Nancy, gracias por aceptar esta pequeña reunión. Estoy un poco nerviosa porque la

situación lo

requiere y no sé muy bien por dónde empezar.

– Por el principio, tal vez solo tengas cinco minutos. Cuando acabe mi batido me marcharé.

– De acuerdo, tienes razón. He venido a hablarte sobre Bastian.

Oír su nombre en los labios de su esposa hace que se me quiten las ganas de seguir respirando. Ella

se ve tan dulce y elegante, tan sofisticada que quiero

huir muy lejos otra vez. Deja mi personalidad y mis

cualidades por los suelos, y yo no soy menos que

ella,

ambas tenemos en común a alguien y su nombre ha salido a la luz.

– Como verás, yo ya no estoy saliendo con Bastian.

– Tengo entendido eso.

– Por lo tanto, no entiendo de que quieres hablarme cuando él y yo no somos nada. Si lo fuimos,

hoy en día ya no lo somos.

El camarero viene dejando nuestros pedidos sobre la mesa, ambas lo ignoramos y también lo hacemos con las bebidas.

– Nancy, Bastian está en peligro – las tripas se me revuelven y acabo de perder el apetito – él necesita ayuda, no sé a quién más acudir.

– ¿De qué peligro estamos hablando? Conozco a Bastian, él no está en peligro, él es el peligro.

Me enfado porque odio que esta mujer sepa sobre él algo más que yo. En definitiva, odio que cualquier persona sepa algo más que yo. Pierdo el interés en ella, centrándome en mover el batido con la

pajita, le doy un sorbo y lo trago sin saborearlo; respiro

hondo, hay tensión entre nosotras.

– Quiero contarte lo que ha pasado para que
puedas entender la gravedad de los asuntos.
Bastian y

yo estuvimos casados, pero ya no lo estamos.

– Explícate – esto me interesa, voy a escucharla
solo para poner respuestas a mis preguntas.

– Bastian y yo nos casamos, él me ayudó. Yo no
soy americana nativa, soy rusa y mi apellido de
soltera

era Ivanov, Bárbara Ivanov. Con 20 años conseguí
una

beca de estudios en el país, me concedían los tres
últimos años de mi carrera y fue una oportunidad
muy

grande para salir de Rusia y labrarme un futuro mejor.

Conocí a Bastian en la universidad, aunque teníamos

algunas asignaturas juntos no éramos amigos,

hablábamos esporádicamente pero él ya empezaba a

ganar campeonatos y era bastante popular. Todo

cambió para mí cuando me di cuenta que mi visado

americano acababa una semana después de

licenciarme y yo no quería volver a mi país. Aquí tenía

amigos, estaba segura de que iba a encontrar trabajo

en poco más de una semana, pero necesitaba

rápidamente los papeles para quedarme a vivir y sin

trabajo no tenía visado tampoco.

– Y se lo pediste a Bastian, ¿no?

– Dos días antes de la graduación, el grupo de ciencias preparó una acampada para despedirnos y

Bastian acudió a ella. Todas las chicas se acercaban a

él, siempre estaba rodeado de ellas, yo era la única que

no le hacía caso porque para mí era un sueño

inalcanzable, el chico más guapo del campus con la

extrajera rusa no era lo más normal. A medida que

pasaba el fin de semana, me acercaba más a él, me di

cuenta que era un ser maravilloso, era honrado y noble

y aunque no dejaba de hablar de la lucha, tenía algo

especial que hacía querer no separarte de él.

– Evita los detalles por favor – me muero de celos.

– La última noche que pasamos todos juntos

hicimos un círculo alrededor de la hoguera, empezamos

a hablar sobre nuestros proyectos de futuro y yo conté

que volvería a la aldea y ayudaría a mi familia a

vender

ganado. Todos mis amigos estaban tristes porque

probablemente no me verían nunca más, todos ellos

menos Bastian. Él se levantó, me cogió de la mano

llevándome a solas y me dijo que no me marcharía del

país.

– Sí, me puedo imaginar cómo fue.

– Yo no sabía si era verdad o lo hacía para

reírse de mí, él tenía a las chicas más guapas a su

alrededor y era imposible que Bastian me estuviera

hablando a mí. Cuando regresamos a la ciudad, me

llevó a su casa y...

– Espera, ¿qué casa?

– Su casa actual a las afueras de Chicago –

asiento con la cabeza, así que su esposa ha estado allí.

– Continúa por favor.

– Yo estaba asustada porque pensé que me iba

a utilizar de algún modo, Bastian ya era muy popular a

los veinticuatro y no quería ser un juguete para él. Pero

me llevé una sorpresa cuando puso un anillo en mi dedo y también me compró un vestido de novia.

Siento como un puñal se retuerce en mi corazón,

el escuchar todo esto, aunque fuera hace años, es como si fuera ayer. Me duele imaginar a Bastian dándole a una mujer lo más sagrado para ella, una boda.

– ¿Era bonito el vestido?

– Sí, era precioso. Dijo que lo mandó a hacer

para mí y... – levanto la mano porque no quiero más

detalles.

– Os casasteis ¿no?

– Sí, ese mismo miércoles nos casamos. Me dijo

que no permitiría que me deportaran a mi país, que yo

fuera su esposa, la madre de sus hijos y la mujer que

llevaría...

– De la mano para el resto de su vida – decimos al mismo tiempo.

– Nos plantamos en Las Vegas ese mismo día y al anochecer nos casamos. Unos días después lo confirmamos en el juzgado de Chicago.

Simplemente, me limito a beber de mi batido.

Qué Bastian hiciera eso era lo más bonito que podía

hacer por una compañera de clase, pero que me lo haya ocultado mata todo el encanto de la acción.

Además, el muy gilipollas podría haberle hecho un contrato de trabajo, pero estoy segura que su cabeza

loca no le permitía ver más allá de dos tetas delante de

sus ojos.

– Entiendo – susurro por decir algo, me apetece

meterme en la cama y comer hasta reventar viendo mi

serie favorita.

– Mi matrimonio con Bastian no fue un

matrimonio tradicional, no duramos casados ni dos meses. El tiempo que tardó el juzgado en enviarme los

papeles que me certificaban como americana. Nos divorciamos tan pronto los tuve en mis manos, eso sí,

mientras tanto tuvimos que hacer vida de casados porque unos observadores fiscales nos perseguían para ver si nuestro matrimonio era real.

– ¿Dentro de casa era real?

– Sí, lo fue – ella ya sabe cuál es el significado de mi pregunta – él y yo tuvimos una relación especial

y única. Nunca voy a olvidar todo lo que ha hecho por

mí, por eso es que aún debo de estar en su seguro

médico.

– Ah, ya, por los niños supongo.

– ¿Los niños?

– Sus hijos.

– No, no, creo que estás confundida. Sí, estuve casada con Bastian y aunque teníamos relaciones sexuales, no eran sin protección y ni mucho menos él

quería un futuro a mi lado como me dijo para hacerles

creer a los fiscales que era un amor real. Yo me volví

a casar y mis hijos son el resultado del amor de mi matrimonio.

– ¿Estás diciéndome que Bastian no tiene hijos?

Yo los vi, ellos eran rubios con ojos preciosos y uno de

ellos se llama B.

– Barry Norman, él odia su nombre y quiere que

le llamemos B. Tiene once años y está en una edad un

tanto complicada.

Grito en mi interior, Bastian no tiene hijos y esta

mujer solo fue producto de su pasado. Me pongo

nerviosa bebiéndome el batido entero disimulando, no

quiero que vea lo feliz que me sienta saber que no

tiene una familia, que ella tiene otra y él

evidentemente, quería formar una conmigo. Sacudo mi

cabeza con preguntas que aún rondan mi mente.

– No entiendo muy bien. Si os divorciasteis a los pocos meses, ¿por qué estabas en su seguro médico?

Sus hijos no son suyos, se supone que tú no eres la Señora Trumper, sino Norman, ¿no es cierto?

– Es lo mismo que le he intentado preguntar a

Bastian. Yo soy la Señora Norman y conocí a mi marido en el trabajo, mis dos hijos llevan el apellido de

su padre y los cuatro estamos en nuestro seguro médico. Mi marido Gavin es un hombre muy

importante en el campo de las Ciencias Sociales y
tenemos unos altos ingresos que nos permite tener un

buen seguro médico. Cuando me llamaron del
hospital

diciéndome que mi marido había sufrido un infarto
quise morirme, esa mañana él tenía una reunión
antes

de marcharnos a Toronto por Navidad y fui al
hospital

asustada. Al llegar al mostrador pregunté y dijeron
que

era el Señor Trumper quien había sufrido un
infarto, no

mi marido, así que sin ánimos de ofender, me
quedé

mucho más tranquila.

– Imagina cuál fue mi reacción cuando acudí al hospital y me negaron información porque no era la esposa.

– Lo siento tanto, Ryan me contó que por fin había encontrado a la mujer de su vida. Lo había visto con muchas mujeres en televisión pero no sabía que ya tenía una relación estable.

– Sí, la teníamos.

Hasta que todo se vino abajo. Ella no tiene la culpa de que todavía estuviera en el seguro

médico, ha

rehecho su vida y Bastian lo estaba haciendo conmigo.

Mis arrepentimientos cuando llegue a Crest Hill eran

sinceros, sabía que tal vez me había precipitado sin

haberle dado la oportunidad de haberse explicado. Me

cegué tanto con sus mentiras que un mes después sigo

arrepintiéndome de lo sucedido. Pero ya no hay marcha atrás.

– Gracias por contarme esto. Bastian es un

buen hombre y el casarse contigo fue un gesto muy

dulce por su parte.

– Lo fue. Yo no creí que Bastian lo hiciera por mí, ya me veía en mi país y regresando a la aldea cuando él se casó conmigo. Quería que fuera su esposa para toda la vida pero nos faltaba algo muy importante, el amor. No estábamos enamorados, ni siquiera nos gustábamos, yo era tranquila y relajada, él era un torbellino de adrenalina y emociones fuertes.

Sólo hablábamos lo justo para hacer creer al juzgado

que éramos un matrimonio verdadero, además, aunque

manteníamos relaciones sexuales, él también las tenía

con otras mujeres.

– ¿Cuándo os divorciasteis exactamente?

– Obtuve mi visado americano a primeros de septiembre y a finales ya estábamos divorciados. Él se

encargó de hacer todo el papeleo ayudándome a buscar un buen trabajo.

– ¿Manteníais el contacto?

– Jamás. Una vez que obtuve el divorcio se despidió de mí por teléfono y nunca supe de él. Sin embargo, le agradecí por todo y nunca obtuve

respuesta. Yo rehíce mi vida junto a mi marido, del cual, estoy profundamente enamorada y me ha dado

dos hijos maravillosos. Gracias a él he podido traer a

mi familia de Rusia y tengo una vida hermosa, la que

siempre he soñado junto al hombre que amo.
Gavin

Norman.

Hago ruidos con la pajita al terminar mi batido.

Me siento estúpida, todo ha sido una confusión y aunque estoy muy enfadada con Bastian, ha sido una

tontería. Debí haberle escuchado, que me

explicara la

situación, pero me cegué tanto con una posible traición

que solo supe culparle de sus mentiras. Él debió de

explicarme en su debido momento que cometió la bondadosa acción de darle el visado americano a una

de sus compañeras, sí, voy a evitar que se acostaron

juntos, pero es más que evidente que Bárbara ha rehecho su vida con un hombre y es feliz con sus dos

hijos. Hijos que no son de Bastian. ¿Hoy es mi día de

buena suerte?

Llamo al camarero y le pido otro batido,

mientras ella espera por mi reacción. Veo una vez más

el anillo brillar, no se lo ha puesto Bastian, sino su esposo, el padre de sus hijos. He actuado mal, me precipité sacando conclusiones falsas y los únicos que

hemos perdido aquí somos Bastian y yo.

– Ya lo entiendo todo, Bárbara.

– Me alegro de que sea así porque es la verdad.

Al llegar al hospital no sabía a quién iba a enfrentarme,

no sé si tenía familia o una novia.

– Disculpa, ¿no sabías si tenía familia?

– No, nunca me presentó a su familia. Te he

dicho que nuestro tiempo en el matrimonio era limitado,

él luchaba y yo salía con mis amigos de la universidad

mientras buscaba trabajo. Desconozco al día de hoy si

Bastian tiene familia.

La observo fijamente pero no lo estoy haciendo

realmente, me invaden los recuerdos de la familia

Trumper. Perdí el contacto directo con Margaret y sus

hermanos, mi madre me ha dicho que no se llaman y

dejó de hacerlo porque como madre, también estaba

enfadada con Bastian por haberme ocultado a su

esposa e hijos. Los echo de menos, las sonrisas de mi

suegra y los gruñidos de mis cuñados, llevo un mes sin

saber nada de ellos y a diario me pregunto si habrán

continuado su vida como todos lo estamos haciendo.

– Bastian tiene una familia maravillosa – me

sonríe sin llegar a enseñarme los dientes – yo en el

hospital quise morirme. Me enfadé con Bastian, con

Ryan y con todo el mundo. No era yo misma.

– Comprendo tu situación cielo. Te vi destrozada, me alegré de que una chica tan guapa como tú estuviera llorando por él. En la televisión, todas las mujeres parecen tan frías que cuando te vi allí supe que eras su novia.

– Lo era. Y cuéntame ¿te quedaste mucho tiempo con él?

– En realidad, y por eso he acudido a ti, sí. Por eso te necesito ahora.

– ¿Está bien Bastian? – Enciendo todas mis alarmas como mujer enamorada.

– No sé cómo defines bien. Ryan me comentó en el hospital que no entráramos en la habitación hasta que pasara una media hora, que iban a cambiarle la medicación y que Bastian aprovecharía para descansar un poco. Pero no llegué a entrar hasta que Ryan no volvió a aparecer en el hospital, pensé que no sabía que decirle, yo no era nadie, solo una vieja amiga y ni eso.

– ¿Entraste con él?

– Sí, entré con Ryan y cuando me vio quiso

quitarse los cables de las máquinas, se quería morir.

Vinieron los médicos para inyectarle sedantes, no

llegué a hablar con él pero supongo que entendió todo

al verme. Ryan me contó quien eras tú y lo que había

pasado, si hubiera sabido que huías de él por pensar

que estábamos casados te hubiera contado la verdad

allí mismo. Yo no sabía qué hacer, no sabía nada,

imagina cual sería tu reacción si tras quince años

aparece un antiguo novio en tu vida. Él no fue ni

siquiera mi novio, no quería entrar en su vida y ni

me

apetece, él y yo somos de dos mundos diferentes.

Yo también creía que éramos de dos mundos diferentes hasta hace cinco minutos. Me he dado cuenta que Bastian y yo somos más parecidos de lo que creía, el haberse casado con una chica no le hace

menos mío, solo fue una consecuencia de su pasado.

Por lo que me ha explicado, él solo quería darle los

papeles y largarla de su vida, él me contó que en esos

años ya empezaba a odiar a las mujeres para sedarlas

y follarlas después. Ella solo era un mal recuerdo que

ha venido en un mal momento.

Suspiro sin saber qué hacer con mi segundo

batido, tengo los nervios consumiéndome cada vez

más. Ella es tan relajada, calmada, que creo que se va

a dormir en cualquier momento. Sé que Bastian odia a

las mujeres, recordando que me dijo que yo tenía

suficiente carácter como para aguantarle, yo también

lo creía hasta hace un mes que hui de él por el pánico

y los celos de neandertal. Me morí al pensar que

ya

había formado una familia, que tenía hijos, que no quería casarse porque ya lo había hecho. Estaba tan

sumamente aturdida por todos los acontecimientos que

no tengo excusa, pero supongo que se acabó.

– Me puedo imaginar cómo lo pasó. Los dos sufrimos mucho en nuestra relación.

– Nancy, si he acudido a ti es porque Bastian necesita ayuda. Ryan y yo no sabemos qué hacer.

Estoy teniendo problemas con mi marido porque no

quiere que me quede en Chicago, pero no puedo

dejarle ahora que sé que está mal.

– ¿A qué te refieres?

– Yo no vivo en Chicago, vivo en California. El

mes pasado vinimos aquí antes de Navidad por motivos

de trabajo, mi madre se empeñó en hacer algunas

compras y toda la familia viajamos juntos a la ciudad

mientras mi marido se encontraba en algunas

reuniones. Cuando supe lo de Bastian me quise quedar,

discutí con mi marido, me fui de vacaciones y mantuve

el contacto escaso con Ryan. Tras año nuevo, Ryan

volvió a contactar conmigo para decirme que se estaba

escapando de las manos y que necesitaba verme para

zanjar con su pasado.

– Bastian zanjó su pasado – y lo hizo conmigo.

– Lo sé, no de la manera que crees, quiero

decir, que necesitaba explicarle que yo no era una

molestia. Bastian no cree que el hospital me haya

avisado por el seguro y hasta el día de hoy, nadie

puede hacerle entender eso. Hace dos días que

regresé a Chicago otra vez para ayudar a Bastian.

Ryan me ha llevado hasta él y lo he visto irreconocible.

Está borracho, consumido, denigrado y tiene problemas. He intentado acercarme pero no me deja.

– ¡Oh Dios mío! – Bastian me dijo que moriría literalmente si le dejaba de nuevo y lo está haciendo –

¿tan mal está?

– Sí. Yo vuelvo a California dentro de dos días, no puedo quedarme más tiempo, allí tengo mi vida, mi

trabajo, mis hijos, todo. Vengo porque en su momento

Bastian me ayudó y necesito saber que está bien, tengo la sensación de que todo ha sido por mi culpa.

– La culpa ha sido mía, no tuya, así que no te preocupes.

Es verdad, actué como una neandertal. Aún no puedo creerme que todo esto esté pasándome, realmente esperaba alguna respuesta por parte de Bastian aunque lo único que he conseguido es que acepte el hecho de que no estamos juntos. Tengo la sensación de que yo también debo ayudarle, pero tengo miedo a que me rechace.

– No ha sido tu culpa, él no debe de dejarse así.

Yo creí que la lucha le daría disciplina, ha debido de

volver a caer en la vida que llevaba cuando era más

joven. Ryan y yo tenemos miedo de que no salga

nunca del agujero negro. Por eso es por lo que acudo a

ti, Ryan no quiere molestarte y no puede dejar solo a

Bastian, está dejándose la piel para mantenerle a salvo.

– Por favor – susurro negando.

– Él ha vuelto a las peleas callejeras.

– ¿Qué?

– Ryan me lo ha contado, lucha con hombres en

los callejones de sus clubs para desahogarse. Dice que

el gimnasio no le quita dolor suficiente.

Oh mi neandertal, ¿qué estás haciendo? Odio

estar escuchando todo esto de esta mujer, aunque
no

esté en su vida, valoro que esté aquí para ayudar a

Bastian como él lo hizo en su momento. Temo que
esté

más abatido de la cuenta, en nuestra primera
ruptura

estaba bien porque al menos se centró en la lucha,

pero ahora no está bien. Tengo miedo de que haya

muerto por dentro y no pueda recuperarse.

– Para mí es duro asimilar lo que estás

contándome, yo... yo no sé qué es lo correcto.

– Ayúdale por favor. No seré yo quien decida

por ti o por él, Ryan me ha dicho que eres el amor de

su vida y no sabemos qué hacer. Habla con Bastian.

– Bárbara, eso sería una buena idea pero yo no

soy su chica. Quiero decir, yo no soy nadie. Si tú ya

has intentado ayudarlo y se ha negado, conmigo hará lo

mismo.

No estoy preparada para un rechazo, me moriría

si le viera y girara la cara como me amenazó en su

momento. Habré quedado en el olvido para él, no me

llamó, no me buscó, no quiso saber nada más de mí, sí,

al igual que yo pero yo era la que necesitaba explicaciones. Me mata la idea de que esté con mujeres, de que las haya drogado y follado, o simplemente que las roce, que piense en ellas, que les

dedique sus sonrisas, sus miradas, sus palabras. Creo

que no me encuentro con fuerzas suficientes para verle como me lo está describiendo Bárbara.

– Por favor, – continúa suplicándome – eres su última oportunidad.

– No lo sé. Si él me rechaza no creo que lo

soporte.

– Porque le amas cielo. Lo dicen tus ojos.

– ¿No ves que me he bebido dos batidos de

vainilla con nata? Son deliciosos – sonrío y yo no lo

hago – el ir a Bastian quiere decir confusión, le conozco y sé que no soportará verme.

– Inténtalo, yo me marcho el domingo, me

mataría verle así. En parte estoy en esto por su culpa,

si me hubiera borrado de su seguro médico ahora

estaría viviendo en la ignorancia, pero si yo no puedo

girar la cabeza hacia otro lado, tú tampoco puedes

Nancy.

Estira su brazo hasta tocar mi mano y suspiro

cerrando los ojos. ¿Por qué me haces esto Bastian?

Si

le veo con una mujer voy a morir. No debe de

importarme porque se supone que no estamos
juntos, él

puede hacer lo que quiera, pero verle con una
mujer a

su lado sería mi entierro. Le amo y desde que
Bárbara

me ha contado toda la verdad, le amo aún más, sé
que

no voy a poder recuperarle porque ya no insistió
en

nosotros y he dado por hecho que lo nuestro finalizó el

pasado mes.

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir, estoy

nadando en un mar lleno de confusiones pero tengo

que hacerlo, tengo que intentarlo al menos aunque me

cueste un disgusto. Veré a Bastian sin saber cómo me

lo voy a encontrar, esté como esté me quedaré con los

buenos recuerdos de nuestro pasado. Si me ignora

daré media vuelta y me iré, si me grita pensaré que

está enfadado con alguien que no soy yo, y si está con

una mujer, lo aceptaré.

Afirmo y provoco una sonrisa en Bárbara.

– Está bien, lo intentaré por él. Aunque sigo pensando que es una mala idea, él no querrá verme.

– Querrá, ya verás que sí. Vámonos, si todo va bien espero volver mañana a casa con mi familia.

Nos levantamos y pagamos en la barra. Cuando salimos a la calle, la lluvia está apretando fuerte y nos

cobijamos bajo su paraguas, tiene el coche aparcado

enfrente de mi trabajo y vamos hacia allí. Una vez que

estamos dentro, Bárbara empieza a conducir.

– ¿Es tu coche?

– No, de Bastian. Me ha dado las llaves Ryan para que me traslade en la ciudad.

– ¿Qué haces exactamente con Bastian, le ves, te grita y te vas?

– Más o menos, me paso casi todo el día hablando con mi marido en el ordenador. Odia que esté aquí haciendo esto, y sola.

– Lo siento, ojala lo hubiera sabido antes.

– Por eso te digo que eres mi última oportunidad. Anoche, a Ryan y a mí se nos ocurrió

llamarte y aunque él no está de acuerdo, yo sí,
Bastian

te necesita y si está así de afectado es porque te ha
perdido.

Miro hacia el frente e ignoro su última frase.

Tiene razón, Bastian me amenazó con morir si le
volvía

a abandonar y lo ha hecho. Estoy nerviosa porque
no

sé lo que me voy a encontrar, pero necesito verle,

aunque sea para que me mande a la mierda. Quiero

poner mis ojos sobre los suyos y calmarle, dejar
de

hacerlo con sus fotos en el ordenador. Esta vez
quiero

que me mire de vuelta y que me lea bien entre líneas

que aún le sigo amando.

Bárbara aparca el coche y no nos encontramos en casa de Bastian.

– ¿Dónde estamos? – Pregunto nerviosa.

– Es viernes y no hay aparcamiento, es lo más cerca que puedo dejar el coche.

– ¿Bastian no está en su casa?

– No, él está en el Bamper.

Mi boca se reseca, si... si está en el Bamper quiere decir que está... ¡oh Dios! Mi neandertal ha vuelto a sus malos hábitos, estará bebiendo como

ha

dicho ella, drogado e incluso puede que tenga a mujeres. No puedo evitar que todo esto me afecte, abre la puerta del coche y espera por mí para que nos

cobijemos de nuevo debajo del paraguas. Pasamos la

fila de gente que espera por entrar, el Bamper es un

club con mucho éxito y en parte es porque es

espectacular. Al llegar a la entrada, la seguridad nos

mira y Peter me sonrío, sé que se acuerda de mí

porque la semana pasada le intenté sonsacar si Bastian

estaba en el club o no. Aunque me paseé por todas las

salas VIP, por el despacho y por los oscuros pasillos,

no encontré rastro del hombre que robó mi corazón.

– Qué tengas una buena noche Peter.

– Igualmente, Señorita Sullivan.

La música suena fuerte mientras doy un repaso a todo el club, espero por Bárbara ya que ella está cerrando el paraguas al mismo tiempo que yo me quito

el abrigo y lo agarro como a mi bolso, con las dos manos delante de mí. Ella se quita el abrigo menos

elegantemente porque no tiene espacio, la gente casi

sale por la puerta y estamos mezcladas entre todos.

Me hace un gesto para que subamos por las escaleras,

sí, supongo que Bastian estará en una de las zonas VIP

del club. Le conozco como la palma de mi mano, allí

tiene la privacidad que supongo que busca.

Nos chocamos con algunas personas en las escaleras y mi corazón da un vuelco mientras veo a

Ryan esperar en el pasillo. Está mirando con el ceño

fruncido a todo el mundo, seguramente fijándose si
llevan armas o algo que pueda dañar a Bastian,
está

protegiéndole y adoro que lo haga. Bárbara se
adelanta

un poco y Ryan le mira a los ojos, luego, le cambia
la

cara cuando me ve detrás de ella, le echo un
vistazo

pero le aparto la mirada porque me muero de
vergüenza.

– Pues ya estamos aquí – murmura Bárbara.

Sé que Ryan no deja de poner sus ojos sobre los
míos y yo le ignoro echando un vistazo al club,
está

lleno de gente y hay buen ambiente.

– Hola Nancy, – giro la cara atendiéndole

porque echaba de menos hasta su voz – gracias por venir.

– De nada.

No quiero interaccionar con Ryan porque me

voy a poner a llorar, ¿por qué no me contó la verdad?

Él tuvo en sus manos mi destino y prefirió guardar silencio. Siento rencor hacia él y aunque no tenga la

culpa, no puedo mirarle a los ojos como antes.

– ¿Dónde está?

– En el mismo sitio – esquivo el mirarme y responde la pregunta de Bárbara.

– Está bien – ella me mira y se enfrenta a mí –
¿preparada?

Quiero huir de aquí. ¿Por qué tengo siempre la sensación de huir de Bastian? Se supone que no somos

nada y él no va a perseguirme de nuevo, dejó de hacerlo. Sin pausa, Ryan se da la media vuelta suelta

una cadena negra que bloqueaba la entrada y desliza

una cortina roja para que veamos el contenido de la

sala en su totalidad.

– Lo sabía – susurro.

Bastian está sentado en un sofá y tiene a dos mujeres a cada lado. Sus brazos están apoyados sobre

los hombros de cada una, como si quisiera retenerlas

contra su cuerpo para siempre. No se ha dado cuenta

de que estamos aquí porque él y algunos hombres están viendo a una mujer bailar sensualmente con una

barra, se desliza sobre ella abriéndose de piernas y

certificando que no lleva ropa interior.

– ¿Ves a lo que me refería? – Me susurra

Bárbara.

– Yo me largo de aquí.

Me voy a dar media vuelta y como si lo

estuviera esperando, Bastian me mira a los ojos
con

cara de muy pocos amigos, frunciéndome el ceño.

Sacude su cabeza ligeramente abriendo los ojos
para

cerciorarse si estoy aquí o es producto de su

imaginación. Cuando se ha dado cuenta que no está

soñando, sonrío y besa una de las cabezas de que
tiene

junto a él. Se me ha formado un nudo en la

garganta,

este neandertal acaba de matarme el hambre,
aunque

solo por unos instantes, sabía que iba a reaccionar
así,

lo sabía porque soy la única persona en el mundo
que

le conoce.

Ryan susurra algo que no logro entender

dejándonos a solas en la entrada de este espacio
VIP.

Bárbara, da un paso hacia delante, está de brazos
cruzados y aunque parece molesta, no se le nota.

– Bastian, por favor. Te he traído a Nancy.

Los hombres están babeando por el show que le está brindando la bailarina sobre la barra, sin embargo,

Bastian ha cerrado los ojos como si no quisiera estar

aquí realmente. Ante este pobre espectáculo que estoy

presenciando, decido darme la vuelta y salir hasta

posicionarme al lado de Ryan que sigue haciendo su

trabajo observando a todo el mundo.

– ¿Cómo está?

– Está.

– Todavía no entiendo cómo me he dejado liar

por Bárbara, no sé qué hago aquí.

– Te necesita más que nunca Nancy.

– Pues yo le veo en muy buena compañía.

Ambos giramos la cabeza hacia atrás cuando

oímos las risas de los hombres que se están riendo de

Bárbara. Ella está discutiendo en un idioma que no entiendo con la mujer que estaba bailando, y por lo que

veo, está al lado del aparato de música que ya no

suenan, así que la rusa tiene más carácter de lo que

creía. Bastian no me mira, ni siquiera me echa un

vistazo, me duele más este gesto que todo lo que haya

podido hacer, las mujeres exuberantes que tiene a su

lado se aferran a él como si él les perteneciera. El nudo en mi garganta sigue dando su fruto, Bárbara se

acerca a mí y los hombres empiezan a silbar.

– ¿Ves? Estoy intentando ayudarle y se ríe de mí. Haz algo.

– Ems... – los hombres no dejan de silbarme y de piropear a la rubia del vestido azul, me duele que

Bastian no les regañe y que ya no signifique nada para

él – yo no sé qué hacer, es más que evidente que no

me quiere aquí. Estoy en tu misma situación.

Bárbara atraviesa la sala hasta llegar a mi lado,
ambas estamos frente a esta función que están
dando

y toda la culpa la tiene el que lo está encabezando,

Bastian. Carraspeo un poco porque me animo a
hablar

pero uno de los hombres se levanta y se acerca a
nosotras.

– ¿Por qué no os apuntáis a la fiesta?

Todos ellos se ríen y sé que Bastian está
mirándonos divertido.

– Estoy casada idiota – Bárbara levanta su

mano y le enseña su anillo.

Los amigos de este idiota hacen sonidos como si hubiera fracasado en ligar y pronto se acerca a mí. Su

esbelta figura y tatuajes no me asustan.

– ¿Y tú rubia, te apuntas a nuestra fiesta privada?

Dentro empiezan a hacer ruidos, silbando impacientes para que hable. Sé que Bastian está mirando y esperando por mí. Como quiera, está bien,

jugaré si él quiere que lo haga.

– Sólo si tienes merengue, quiero decir, esos

pasteles con bizcocho de fresa que se venden en
Macy's.

Estallan en risas tras haber escuchado mi
respuesta, inclusive Bárbara, esa mujer que parece
que

se va a dormir, enseña visiblemente sus dientes.
Pero a

pesar de que les estoy regalando a todos un
momento

divertido, a mí solo me interesa la reacción de una
persona en especial y es la de Bastian, que no ríe.

– Yo te compro todos los pasteles que me pidas,
rubia – se acerca a mí creyendo que ha
conquistado un

trofeo cuando Bastian le gruñe – ¿qué dices Trumper?

– Qué vayas a la pastelería y le compres uno de esos pasteles. Nos divertiremos un rato con ella.

Si quiere hacerme daño, lo está consiguiendo.

Bárbara acaricia mi espalda intentando calmarme con

susurros, trato de absorber su tranquilidad de la que no

logro embriagarme. Quiero matar a Bastian. Le miro y

esta vez no se corta en hacerlo de vuelta mientras una

de esas mujeres está besando su cuello. Me hunde verle de esta manera. Si quería poner algo de

diversión

a este momento, acabo de tragarme mi propio orgullo.

Se acabó.

– Me voy, no lo soporto – susurro a Bárbara alejándome.

– No, no te vayas Nancy, ayúdale.

Ella intenta agarrar mi brazo pero soy más rápida y consigo zafarme sin complicaciones.
Esquivo

algunos cuerpos entre la multitud cuando una mano,

con una fuerza mayor, consigo frenarme en seco.

Mi cuerpo casi choca con el suyo en mi giro, le

miro a los ojos analizándolo sin perderme detalle.

Bastian está muerto de miedo, tiembla y la vena del

cuello va a explotarle. Se me caen las cosas al suelo

porque me pierdo en sus ojos, sí, mis dos estrellas del

firmamento que un día me miraron solo a mí. Tuve la

culpa de perderle, quizás no toda porque tampoco quiso

buscarme para darme una explicación, pero de lo único

que estoy segura es que ya no hay vuelta atrás. Él

puede quedarse aquí con sus mujeres y con sus viejos

hábitos.

– ¿Qué cojones haces aquí? – Grita enfadado, su ceño está fruncido y le huele el aliento a alcohol.

– Nada. Ya nada.

– ¿Qué pretendías al venir?, ¿verme esperando por ti? – Se ríe y aprieta su agarre más fuerte, me hace daño – no Nancy, este barco ya ha zarpado, ya me cansé de tus mierdas.

– Está bien – le asiento.

– No te hagas la víctima conmigo porque me dejaste tirado como un perro – me acerca más a él

–

no vuelvas a buscarme ni a entrar a ninguno de mis clubs, ¿entendido?

No voy a llorar delante de él.

– Entendido, Señor Trumper.

Me gruñe aflojando su agarre para soltarme finalmente. No me pierdo nada de él mientras me agacho para recoger mis cosas, él me evalúa como si estuviéramos a solas en el club. Al darme la vuelta y dar carpetazo final a una etapa de mi vida, no duda en agarrarme de nuevo, esta vez más suave. No me giro,

sin embargo.

– No. Vuelvas. A. Llamarme. Señor. Trumper.

Me suelta nuevamente dejándome escapar para

que pueda continuar con mi avance. Habíamos

formado un pequeño círculo y no se me hace
difícil

salir de aquí hasta llegar a la planta de abajo.

Llegando

a la puerta del club, miro hacia arriba para ver que

Bastian sigue mirándome fijamente, probablemente

esté borracho y no recuerde este momento, tal vez
sí.

Le sonrío en respuesta de todas formas, levanto mi

mano y le muestro el dedo corazón.

El aire frío de la calle me recibe y Peter me ayuda con mi abrigo.

– ¿Tiene transporte Señorita Sullivan? – Veo que está empezando a llover, la ciudad se vuelve un caos si

trato de pedir un taxi, cogeré el metro.

– Ems... sí, sí, no te preocupes Peter. Qué te vaya bien, te deseo lo mejor.

Tapo mi cabeza con mi bolso para que la cubra perfectamente, lanzándome a la aventura de mojarme

en este invierno tan raro que estoy viviendo. La lluvia

está empezando a caer fuerte, consigo avanzar

rápido

hasta la parada del metro y alejándome del club cuando una voz me alerta.

– ¡NANCY SULLIVAN! – Bastian me grita a todo pulmón.

Sigo mi camino ignorándole, no quiero nada de él, no voy a darle el placer de verme hundida como ya

lo hizo el año pasado. Tampoco dudaba en su constancia al alcanzarme y sujetar mi brazo.

– ¿Pero no te das cuenta que no llevo

paraguas? – Me giro bajando los brazos, mi cabeza

parece recién salida de la ducha – ¿qué quieres ahora?

– ¿A qué ha venido lo de ahí adentro? No tienes ningún derecho a venir y exigirme lo que ya has perdido.

– No te he dirigido ni una palabra, das por sentado muchas cosas. Solo estaba acompañando a tu

esposa, perdona, ex esposa, porque eres un hombre

divorciado, por supuesto.

– Te fuiste, decidiste por los dos cuando me dejaste tirado como un perro.

– Eso ya me lo has dicho.

Trago saliva, la lluvia nos tiene empapándonos y
no puedo evitar el hecho de que le amo. Está
imponente, ya no tiene los músculos pronunciados
porque ha dejado de competir y se cortó el pelo.
Sus

ojos brillan pero no de la misma forma que antes,
su

barba tiene más de dos días, quiero pasar mi mano
por

ella para besar cada pelo que le nace en la cara.
Me

fijo en su ceño fruncido, adoro las arrugas que se
le

forman en la frente. Suspiro y sé que quiere

regañarme, quiere cogerme en brazos y discutir,

pero

no es el momento.

– Espero que no aparezcas más por ninguno de mis clubs, te dije muy claro que si te veía de nuevo ignoraría el hecho de que fuiste mía.

– Exacto, – asiento – espero que te vaya bien y que disfrutes de tu compañía.

Decido acabar aquí con lo nuestro, creo que no es necesario complicarnos más cuando hace semanas

que hemos seguido con nuestras vidas.

Me doy la media vuelta y miro hacia el metro lamentándome que el de Chicago esté sobre la

ciudad

y no por debajo. Retomo mi paso colocando el bolso

sobre mi cabeza, espero que no me vaya a resfriar o

estaré una buena temporada debajo de las sábanas.

Bastian gruñe a mis espaldas pero pronto le pierdo el

rastro cuando un grupo de gente sale de la estación,

todos corren porque están mojándose y probablemente

vayan al Bamper. Cuando he subido las escaleras de

piedra, miro desde arriba a Bastian que sigue en su

posición; está regañándose así mismo porque no ha

sentido nada de lo que me ha dicho, sonrío pero él no

me ve. El siguiente tren no tarda en llegar y me siento

dentro sintiendo que he zanjado una parte de mi vida,

por ahora.

Abro la famosa puerta que me da problemas, no

hay día en el que no golpee con el pie a este trozo de

puerta de última generación que Bastian mandó a

traer. Tiritó de frío una vez que estoy dentro y me he

quitado el abrigo, tengo ganas de que llegue el verano y

depender solo de la ropa que lleve puesta. Dejo las

cosas en la entrada dirigiéndome a la cocina para leer

una nota, ella ama dejarme notas los viernes mientras

Alan está comprobando los números de sus entradas

para el hockey. Me hace ilusión cuando la veo pegada

al frigorífico.

“Nancy: Alan es un desconfiado porque se piensa que le

han engañado y no nos han puesto detrás de los

jugadores como le

gusta a él. Nos vamos al hockey, te he dejado comida rápida de la

que te gusta, comete el pollo porque Alan no lo ha querido, las

patatas fritas aún están comestibles, te las he metido en el

microondas por si quieres calentarlas. También tienes donuts y te

he comprado más merengues, leí tu mensaje y estaba cerca de la

pastelería. Esta noche duermo en casa de Alan, pero mañana día

de chicas. Te quiero.

Tu fiel amiga. Rachel xo”

Adoro sus notas, este pequeño detalle me hace sentir querida. Con Molly era diferente cuando nos la escribíamos, la mayoría eran sobre detalles tontos. Rachel me hace sentir parte de ella, de su familia, como si fuéramos realmente esas hermanas que ni ella ni yo hemos tenido. Sobre todo, porque cuando más la he necesitado ha estado a mi lado y eso no lo olvidaré nunca. Ellos llevan bien mi ruptura definitiva, Alan por supuesto que se alegra de que lo haya dejado con Bastian, sin embargo, Rachel se entristeció y le

tocó

estas navidades estar a mi lado constantemente
cada

vez que me levantaba de madrugada a llorar
porque lo

echaba de menos.

Y aún lo sigo echando de menos.

Gimo en voz baja cuando el estómago me cruje
reclamando comida, huelo los pasteles desde la
bolsa

sin dudar en meterme uno dentro de la boca, lo
saboreo bien chupándome los dedos cuando me
mancho. Veo que las patatas fritas están en el
microondas y las programo un minuto, pongo el

pollo

en un plato, cojo un tenedor y lo hincó para
morderlo.

Me muero de hambre y esto está siendo delicioso,
me

doy cuenta de que sigo con las botas mojadas
puestas

y pronto me las quito, saco las patatas fritas
calientes

para echarles mahonesa y empiezo a devorarlas

cruelmente. Esto es lo más rico que he probado en
mi

vida.

Cuando he acabado con las existencias de la

noche en la cocina, me dirijo hacia el bolso para

cogerlo mientras voy a mi habitación. Doy gracias a

que Bastian hizo una para mí o ahora mismo sería un

poco raro dormir en un sofá cuando me muero por

dormir en una cama cómoda. Entro bostezando y

pensando en lo guapo que es Bastian aunque sea un

bobo. Abro la puerta del baño para mirar en el espejo

el desastre que tengo frente a mis ojos.

Sonrío porque mi pelo está empapado,

prácticamente chorreando, voy a darme una ducha

caliente para entrar en calor. Cojo una toalla para que

no caigan gotas en el suelo y la froto por mi pelo,
miro

mi cara mucho más redonda de lo que usualmente
suele estar, estoy sonrojada y pienso en la
posibilidad

de tener fiebre aunque lo descarto rápidamente.

Deslizo mi cremallera por el costado hasta llegar a
la

cintura, salgo del vestido embutido en el que me he
metido esta mañana y lo veo bajar hasta el suelo.
Me

analizo fijamente en el espejo mordiéndome el
labio

inferior, ruborizándome y girando hacia mi
izquierda,

pongo mi mano sobre mi vientre y lo acaricio.

– Oh mi dulce bebé, ¿qué vamos a hacer con tu padre?

CAPÍTULO 2

Juraría que estoy oyendo mi móvil dentro de un perrito caliente, ese perrito tendría cebolla picada y mostaza, mucha, mucha mostaza. Engulliría de dos en dos esos perritos calientes, luego esperararía a que cayeran directamente a mi estómago para poder repetir el proceso hasta que acabara tumbada sobre cualquier superficie y a punto de reventar por

exceso

de comida. Babeando como si los pudiera saborear,

saco mi lengua abriendo los ojos porque mi móvil sigue

sonando.

– No por favor, que no sean las llamadas, aún es pronto.

Susurro palabrotas cuando miro el reloj que

marca las nueve, ya es hora de ponerse en marcha si

no quiero hacer un hoyo en la cama ya que anoche me

dormí bastante pronto. Mi primer pensamiento va para

mi dulce bebé, mi segundo pensamiento va para el
padre de mi dulce bebé y mi tercer pensamiento va
por

esos merengues que dejé anoche en la cocina.

Bostezando sintiéndome más vaga cada día,
decido

ponerme en pie acariciando mi vientre como hago
a

todas horas porque mi dulce bebé crece en mi
interior,

entro en el baño riendo por el desastre que tengo
por

todos lados. Al acabar, me miro en el espejo y
hago lo

que todas las mañanas, ponerme de lado para
apreciar

si me ha crecido la barriga, creo que ya tengo un poco

más o al menos esa es mi impresión.

Salgo del baño agarrando mi bolso, siempre

tocando mi barriga. Tecleo torpemente el móvil en mi

mano sin asombrarme de las tres llamadas de mi

madre, se la devuelvo mientras me dirijo a la cocina

para desayunar como es debido.

– ¿Tesoro? Te he estado llamando, ¿es pronto?

– No, estaba despierta – siento como se derrite en mi boca el merengue, hoy más duro.

– ¿Qué tal estás?, ¿cómo está mi nieto?

Todavía siento que estoy en una nube cada vez
que me pregunta por mi dulce bebé, no puedo
creerme

que tenga una vida naciendo dentro de mí y que
vaya a

ser madre.

Madre.

Dos días después de llegar a Crest Hill, de estar
rodeada por gente que conocía y desconocía pero
que

mi madre acogió, empecé a encontrarme mal
llegando

a vomitar más de la cuenta cuando nunca antes lo

había hecho. Con el paso de los días, los vómitos
y

nauseas se trasladaron a una hora concreta,
encontrándome muy bien todo el día pero huyendo
hacia el baño cuando me despertaba todas las
mañanas.

No
quería
pensar
en
nada
más,
convenciéndome a mí misma que era producto de
los
nervios y la ruptura con Bastian. El día uno de

enero,

tras pasar toda la noche sin dormir porque él nunca me

respondió al mensaje que le escribí, comencé a vomitar

cada media hora escaquearme de todos cuando mis padres los despedían amablemente. Rachel y Alan

fueron los últimos que se fueron, cuando lo hicieron, mi

madre cerró la puerta y me dio un abrazo diferente que

necesitaba más que nunca, besó mi cara acariciando

mi barriga confirmándome en un gesto lo que ya sospechaba.

Al día siguiente el médico me dijo que estaba embarazada, y cuando lo hizo, mi único pensamiento

fue Bastian.

– Tu nieto está perfectamente, estamos comiendo esos merengues de Macy's. Están riquísimos.

– ¿Otra vez? La semana pasada acabaste con todos los albaricoques de la ciudad.

– Oh no mamá, no me lo recuerdes, los he aborrecido.

– ¿Hasta cuándo te durará la fiebre por los merengues?

– Hasta que los aborrezca como hice con los albaricoques, el queso y la crema de avellana. Estoy

segura que no volveré a comer esos alimentos en mi vida.

– Eso es porque no te pones un límite dándole los caprichos a mi nieto. ¿Cómo estás tesoro?, ¿te sientes mareada, tienes nauseas?

– Desde hace tres días no tengo ganas de vomitar, la última vez fue el miércoles y eché todo el arroz que cené. Eso sí, mi hambre se ha incrementado

a niveles insospechables.

Es que no paro de comer, pienso en la comida, en lo que la gente come, en hacerme bocadillos, en freír alimentos y en acabar las existencias de todas las

pastelerías. Mi madre me aconseja que me lo tome con

calma, si tengo algún antojo que me dé el capricho,

pero es que mi capricho abarca un millón de

posibilidades. La semana pasada solo comía

albaricoques, también acabé con cinco botes de crema

de avellana, por no hablar del queso, comí tanto que

todavía se me repite.

– Ya sabes que a final de mes tienes la cita con el médico. Te harás tú primera ecografía y solo verá

comida en tú barriga.

Nuestro médico es de Crest Hill y nos conoce

de toda la vida, he aprovechado la amistad familiar

para que me vea y lleve mi embarazo. No quiero a otro

médico que no sea él, además, pertenezco al seguro

médico familiar y no quiero que mi ginecóloga en Chicago lo sepa.

– Lo sé, lo tengo apuntado en mi calendario y sobre la ecografía... ems, te quería comentar algo.

– Cuenta tesoro.

Mi madre es la única que sabe que estoy

embarazada, yo lo sabía porque me faltaba el periodo

aunque ella fue quien me lo confirmó cuando yo no quería aceptarlo tan rápido después de la ruptura.

Estoy en un tránsito de mi vida que sé lo que quiero,

tener a mi dulce bebé, pero también estoy en otro tránsito de mi vida en el que mi dulce bebé tiene un

padre. Necesito poner en orden mis sentimientos

más

que evidentes con Bastian y se lo tengo que contar a

mi madre o no tendré a nadie a quien contárselo.

No quiero hacerme la primera ecografía sin que

Bastian esté conmigo, como pareja o como padre, pero

lo quiero a mi lado.

– Ayer... ems Bastian y yo nos vimos.

– ¿Finalmente te lo encontraste en alguno de sus clubs o dejaste de ir?

– Sí y sí. Me lo encontré en uno de sus clubs y también dejé de ir a buscarle. Bueno, el caso es que su

ex esposa vino a pedirme ayuda, resulta que se casó

con ella para el visado americano ya que es rusa.

Entonces, Bastian en sus años alocados, cometió la locura de casarse con ella para hacerla residente en el

país, los hijos son de su marido, no son de Bastian.

– ¿Hablas en serio?

– Sí, ayer fue mi día de suerte si no llega a ser

por Bastian. Ella se presentó en mi trabajo para hablar

conmigo, me contó toda la historia y como el padre de

mi dulce bebé está de nuevo sucumbiendo a la

oscuridad, quería mi ayuda para ver si le hacíamos reaccionar. Entonces, le vi, me mando a la mierda y me fui.

– ¿Qué? No puedo creerlo, él te ama.

– Se ve que ya no mamá.

Le cuento a mi madre los detalles de mi ajetreado viernes, desde que entró Bárbara por la puerta hasta que acabé devorando las patatas fritas con el pollo. Ella se ha convertido en mi confidente

oficial porque es la única que sabe que estoy embarazada, me aconseja y apoya, me dice que mi

tiempo corre más rápido de lo que creo y que debería

empezar a contar que estoy embarazada. Lo haría, si

no fuera porque el hijo que llevo dentro es de Bastian

Trumper y cuando hablamos de él, nada es normal.

– Hija, deberías venir a comer hoy.

– No, esperaré a que venga Rachel, tendremos

un día de chicas, Alan trabaja esta tarde y luego nos

iremos a dar una vuelta.

– ¿Cuándo se lo vas a contar?, ¿no crees que necesita saberlo? Se va a dar cuenta.

– Mamá, primero tengo que decírselo a Bastian, no sé cómo, pero tengo que decírselo.

– Ya sabes que cada día vas a empezar a cambiar, tu cuerpo cambiará y tendrás que tener a alguien a tu lado por si algo pasara.

– Sí, recuerdo las palabras del médico, soy primeriza y todo puede pasar.

– Intenta buscar un momento y habla con Rachel al menos, me quedaré más tranquila.

– ¿Y cuándo se lo vas a contar a papá?

– ¿Yo, Nancy Sullivan? Eso es una cosa que te pertenece, puedo allanarte el terreno, pero no seré yo

quien le comunique la noticia.

Hiervo en sofocos cuando me pongo a pensar en todo los frentes abiertos que tengo. Sé que con Rachel y mis amigos no tendré ningún problema, ellos

estarán de mi lado; mi padre acabará aceptando que

no hay marcha atrás y que estoy embarazada, será un

abuelo entregado y amaré a mi dulce bebé.
¿Bastian?

Con Bastian tengo un gran problema, uno y más de uno, por eso lo magnifico tanto, porque su reacción será mucho peor de lo que quiero pensar. Mi siguiente

objetivo o mi gran objetivo es contárselo a Bastian,

quiero que sea el primero que lo sepa después de mi madre.

Él aún no lo sabe, pero le necesito más que nunca.

– Dame una semana más. Solo una más.

– Eso me lo has dicho tres veces desde que regresaste. Tesoro, tu barriga empezará a crecer y aunque todos sepan que te gusta comer, si te ven ansiando tanto la comida, sospecharan.

– De esta semana no pasa, voy a contarle a

Bastian que va a ser padre y que sea lo que Dios quiera. Necesitaré amparo de todos tus santos.

– Rezaré por ti. Tengo que colgar, me voy a la panadería. Llámame luego.

– Lo haré, dale besos a papá.

Colgamos la llamada e hincó el diente a mi último pastel de merengue. Tengo que comprar más,

dulce bebé lo ama y su madre, mucho más.

Pienso en las millones de reacciones que puede tener Bastian cuando sepa que voy a hacerle padre, en

todas ellas me veo atada a la cama e inmóvil para no

dañar a dulce bebé. Tengo que contárselo pronto,
me

ha atormentado el no hacerlo durante tres semanas,
no

sé qué hacer, como decírselo, en que nos deja mi
embarazo como pareja o si pienso mal, cuando
nazca

mi dulce bebé él intente quitármelo. Ya no estoy
sola

en el mundo, ya traigo una vida nueva y amo a mi

dulce bebé por encima de todo, incluso por encima
de

mi misma y de Bastian, bueno, son amores
diferentes

de todas formas. Mi madre tiene razón, cada día
me

noto más gorda y no voy a poder esconder mi embarazo por mucho más tiempo.

Continuaré engullendo esperando a Rachel, creo que optaré por unas tortitas con caramelo líquido.

¿Tenemos caramelo? Es más, ¿tenemos tortitas?

Me

encuentro envuelta en un dilema universal para mí cuando el timbre de casa suena, como sean algunos amigos de Rachel se van a llevar una buena bronca porque son las nueve de un sábado. Deberíamos estar

todos durmiendo. Abro la puerta dispuesta a patear a

Alex como siga gastándole bromas a Rachel, me

sorprende que no haya nadie, saco la cabeza bajo un

silencio insólito y al cerrar la puerta creyendo que son

imaginaciones mías, me da por mirar hacia abajo viendo un paquete que está en el suelo. Frunzo el ceño

mientras miro el sobre, rápidamente me doy cuenta que puede ser un envío para Rachel de la tienda, me

agacho para recogerlo y al darle la vuelta leo mi nombre en letras grandes con letras recortadas de revistas.

– Juro que como sea otra broma de los chicos,

los voy a matar.

Nuestros amigos están últimamente muy

graciosos con Rachel y conmigo, yo creo que ella les

dijo algo para animarme tras la ruptura con Bastian,

pero están llevando la simpatía mucho más lejos.

Cierro la puerta tocando mi barriga, me gusta sentir a

mi dulce bebé conmigo. Abro el sobre con una sonrisa

en la cara recordando que a Rachel le pusieron una serpiente de plástico porque sabemos el miedo que le

dan, me extraña lo que pueda haber dentro porque

no

pesa nada. Meto la mano intrigada por el folio que
desdoble tranquilamente, hay una rosa podrida
pegada

y leo calmadamente, y preparada para un chiste
“Voy

a recordar el aroma que desprendes cada vez que
te

veo caminar”. Está escrito de la misma manera que
mi

nombre en el sobre y mi corazón empieza a
palpitar

más fuerte al darme cuenta que no es una broma.
Es

la persona de las llamadas, tiene que ser la
persona de

las llamadas.

¡Oh Dios mío!

Dejo caer todo al suelo llevándome la mano a la

boca, la otra en mi barriga. No es una broma, esto no

lo harían los chicos. Ellos, ellos nos gastan bromas

cuando estamos todos juntos, solo tiene que ser una

persona y es la que no ha dejado de molestarme con

las llamadas. Se me ha secado la boca, reina en mí una

intranquilidad que me lleva al miedo, más que miedo,

¡pánico! Alguien me vigila, alguien me persigue y
sabía

que estaba sola en casa, por eso me ha dejado el

sobre. Mi dulce bebé, ¡oh, mi dulce bebé! Ya no

dependo de mí misma, tengo una responsabilidad
de

por vida y no voy a permitir que hagan daño a mi
dulce

bebé.

Me dirijo a la cocina de nuevo temblando e

intentando mantener la calma, cojo el móvil y
llamo a la

única persona que me respondería en un sábado a
las

nueve de la mañana.

– ¿Nancy? Dime que no estás en la oficina y no te has equivocado de día.

– Trevor, necesito hablar contigo urgentemente.

– ¿Estás bien?

– No, no lo estoy. ¿Puedes venir a casa de Rachel?

– Diez minutos y estoy allí.

Diez minutos más tarde oigo las voces de

Trevor pidiendo que le abra la puerta, al mismo tiempo

está tocando al timbre desesperado como yo lo estoy,

sabe que no le pediría ayuda si no estuviera cruzando

la línea del límite. Al abrir la puerta, choco con su
pecho abrazándome a él fuertemente, no es
Bastian,

pero ayuda. Estoy temblando, no he conseguido
calmar

mis nervios porque no sé si las llamadas y esta
mierda

del sobre tienen algo que ver, aunque es posible
cuando

acabo de despertar a mis amigos preguntando si
han

sido ellos negándomelo en el acto. Trevor me
sostiene

reteniéndome entre sus brazos, muy pocas veces he

caído, pero cuando lo he hecho era porque echaba
de

menos a Bastian, él siempre estaba conmigo.

Entrando

en casa, me acompaña hasta el sofá donde exijo que

me agarre las manos porque estoy a punto de

desmayarme, mi dulce bebé es mi prioridad número

uno y no sé lo que está pasando. Esta persona sabe

dónde vivo, me ve caminar, está vigilándome todo el

tiempo y en algún momento puede atacarme.

Trevor continúa calmándome con palabras de

cariño, un apoyo paternal que siento cada vez que me

derrumbo en sus brazos.

– Estoy aquí – susurra.

Respiro hondo, miro a su cara hinchada y a su

pelo despeinado, se ha levantado de la cama corriendo

por mí llamada y no se hace una idea de lo mucho que

lo valoro. Los verdaderos amigos están disponibles a

todas horas y Trevor lo está.

– Trevor, eso, yo... creo... que... no puedo... –

le señalo al sobre que está encima de la mesa.

– Cálmate princesa. ¿Qué ha pasado?, ¿Bastian de nuevo?

– No – trago saliva, me va a estallar el corazón

– abre el sobre por favor.

Lo analiza seriamente dudando del sobre hasta que frunce el ceño cuando se ha dado cuenta de cómo

está escrito mi nombre. Abre el folio, ve lo que hay, lee

la frase y vuelve su mirada hacia mí.

– Dame más datos.

– Acababa de colgar la llamada a mi madre cuando han tocado a la puerta y he visto el sobre en el suelo. Creía que era un paquete para Rachel pero cuando he leído mi nombre y he visto lo que hay dentro

me he asustado. Lo estoy. He mirado el móvil también

y estaba hablando con mi madre, me han llamado unas

cincuenta veces.

– Recoge tus cosas. Te vienes a mi casa.

– ¿Qué?

– Lo que he dicho. Nancy, hay que poner esto

en manos de la ley, sea quien sea, esto es serio y ha

dejado de ser una broma.

Tengo tanto miedo por dulce bebé, me gustaría

que me calmara de otra forma, que me asegurara de

que no nos va a pasar nada. Necesito el tipo de protección que Bastian solía darme, solo que multiplicando su potencial porque no solo lo haría por mí, sino por dulce bebé.

– Yo no tengo dinero, yo... no puedo enfrentarme a esto, tengo que... otras prioridades y... tampoco sé si tengo fuerzas.

– Tranquila, ven princesa.

Trevor pasa su brazo por mis hombros, acercándose a su cuerpo para cobijarme. Oigo el corazón de Trevor latir con fuerza porque está

cabreado, me gusta tener una figura masculina que pueda cuidar de dulce bebé y de mí, aunque no sea Bastian. Estoy muerta de miedo porque no me ha gustado que alguien me vigile y que sepa que estoy sola, que esto pueda llegar a más.

– Quién haya sido sabe que estaba sola y que...

¡Oh Dios mío! Si hubiera llegado a entrar por la puerta,

no sé lo que me habría pasado.

No dejo de acariciar mi vientre, no quiero que a mi dulce bebé le pase nada malo.

– Vamos, te ayudo a recoger tus cosas. Cuanto antes salgamos de aquí mejor.

Asiento porque tiene razón, no puedo quedarme sola, alguien puede hacernos daño. Nos ponemos en

marcha y hacemos mi maleta de nuevo, la que tantas

veces he hecho y desecho en el último año y medio.

Tras una ducha rápida, salimos de casa y nos metemos

en el coche, una vez dentro cojo mi móvil y le muestro

que tengo quince llamadas entrantes del número desconocido.

– No va a parar. ¿Y si es mujer y sabe que anoche estuve con Bastian? Se habrá enfadado.

– ¿Qué? – Me mira extrañado sorteando a los coches en este sábado nublado.

– Ayer vi a Bastian, luego te lo cuento,

básicamente me mandó a la mierda – tecleo el número

de mi amiga.

– ¿Por qué lo viste?, ¿cómo?, ¿cuándo?

– Espera, estoy llamando a Rachel – descuelga

en el cuarto tono – hola, ¿estás despierta?

– No, todavía no. ¿Llamas para enfadarte

porque me comí los donuts de chocolate con almendra

y glaseado rosa?

– Rachel, voy a pedirte que me escuches

atentamente. Mi dulce... ems yo, es decir, yo estoy en

peligro.

– ¿Qué? Calla Alan que no escucho a Nancy,

dice que está en peligro. Habla cariño.

– Esta mañana he recibido una nota con letras

recortadas de revistas y una rosa pegada, decía algo

de mi aroma y que me ve caminar.

– ¡No!, ¿en serio?

– Sí.

– No es Bastian, él no te haría eso.

Como siempre, Rachel defendiéndolo. No sé porque defiende tanto a Bastian con lo mal que se llevaban. Tenía que decirlo y dejar claro en su primer punto, que no es él. Ya sé que no es él, si tan solo supiera que estoy preocupada por mi dulce bebé.

– Sé que no es Bastian.

– Ayer lo vio – grita Trevor y le regaña con la mirada.

– ¿Ayer viste a Bastian? Espera, ¿ese ha sido Trevor?, ¿qué hace Trevor contigo?, ¿te ha obligado a trabajar en sábado?

– Sí es Trevor, estaría más guapo si cerrara la boca – le vuelvo a regañar con la mirada y le frunzo

los labios – Rachel, escucha, me voy a casa de Trevor,

ahora mismo no dependo de mi misma y...

– ¿Qué no dependes de ti misma?

Mierda, como siga así le diré a todo el mundo que estoy embarazada antes que a Bastian y eso no me lo voy a perdonar en la vida. Él tampoco lo haría.

– No me hagas mucho caso, estoy nerviosa.

Estaré más segura si me voy con Trevor.

– Con Bastian lo estarías más.

– Dejemos a Bastian por unos minutos por favor. Yo, yo no... no, necesito protegerme y esa persona, sea hombre o mujer, sabía que estaba sola.

– Alan, vístete que tenemos que ver a Nancy.

– No, no hace falta que...

– Cariño, somos un equipo y no vamos a dejarte sola.

– He oído eso – responde Trevor mientras conduce y le vuelvo a regañar con la mirada.

– Ems... entonces como queráis, estoy un poco asustada.

– ¿Es la misma persona que las llamadas?

– No lo sé, Trevor me ha dicho que vayamos a denunciar pero no... no puedo hacerlo.

– ¿Por qué? Nancy, tienes derecho a hacer uso de la justicia cuando alguien te amenaza.

– Ya te contaré, ahora estoy sola en el mundo y no tengo a Bastian a mi lado. No tengo fuerzas para

enfrentarme a un juicio ni a las demandas millonarias

que me costaría llegar hasta el final.

– Tonterías Sullivan, tonterías. Nos duchamos y vamos a casa de Trevor, pregúntale si tiene algo para

desayunar.

– Rachel pregunta si tienes comida.

– Algo más que comida – sonrío – sí, dile que sí.

– No, compra donuts de caramelo y merengues con bizcocho de fresa, por favor.

– Hecho – contesta Rachel.

– He dicho que sí tengo comida, – Trevor se enfada – sois unas caprichosas.

Rachel se ríe y nos despedimos colgando la llamada al mismo tiempo.

Me relajo en el trayecto acariciando mi barriga tímidamente aprovechando las distracciones de Trevor

con el tráfico que se forma a diario en la Avenida

Michigan. Él me lleva a su casa, un apartamento grande en lo alto de un edificio en el pleno corazón de

la ciudad, no es el mismo en el que estuve la famosa

noche que decidí colarme en El Sótano, este apartamento es mucho más luminoso y bonito. Al

cruzar la puerta una vez que hemos llegado, voy directa al baño para arrodillarme y vomitar lo que había

comido fugazmente esta mañana antes del disgusto.

Trevor toca a la puerta cuando estoy lavándome la boca.

– Enseguida salgo.

– ¿Estás bien Nancy?

– Sí, solo han sido los nervios.

– De acuerdo, no tardes.

Una vez que he refrescado mi cara, me coloco en mi posición favorita hasta ahora, de lado para acariciar mi barriga y ver que ahí dentro está mi dulce

bebé. Es una tontería, mi madre dice que no se me nota nada aún, pero yo, como madre, veo mucho más

que nadie. Al fin y al cabo nadie conoce mejor que yo

mi cuerpo. Y Bastian.

Abro la puerta cambiando el reflejo de mi cara,

con una sonrisa plasmada porque no quiero que piensen que he vomitado por otro motivo que no sean

los nervios. Camino por el apartamento hasta las risas

que se oyen desde la cocina, carraspeo mi garganta haciéndoles saber que estoy aquí.

– Hola – digo saludando con la mano.

– Princesa, ven aquí. Te presento a Nella – se coloca detrás de mí y apoya sus manos en mis hombros – Nella, ella es Nancy.

– Encantada Nancy, te he visto un par de veces por el bar, pero no nos habían presentado. Solo

conozco a la chica del pelo azul.

– Rachel – Trevor y yo decimos al mismo tiempo.

– Ella puede ser muy habladora cuando quiere – Nella se sorprende.

Le hago un repaso inocentemente, dándome

cuenta que no tiene aspecto de haber venido a primera

hora de la mañana, si no de haber pasado aquí la noche. Acaricio mi barriga porque me siento mal, les

he fastidiado el fin de semana.

– Yo... siento si... – miro hacia arriba para ver

a Trevor desde mi posición – si interrumpo.

– No interrumpes princesa, – Nella se ríe

porque ha robado el apodo cariñoso con el que me

nombra Trevor – yo tengo doble turno los sábados

y

los domingos.

– Oh, ¿no te quedas con nosotros? – Ella me

cae bien, es alta, morena y una mujer de los pies a

la

cabeza para mi amigo Trevor.

– Necesito ir a casa y prepararme, entro al

medio día.

Los tres nos quedamos en silencio, rompo este

momento yendo hacia la nevera, la abro y veo restos

de comida en cajas. ¿Un restaurante chino? Espero que esto sea de ayer al menos. Saco una de las cajas

bajo la atenta mirada de los dos.

– ¿No esperamos a Rachel para desayunar? –

Trevor se cruza de brazos, me gustaría decirle que es

mi dulce bebé quien quiere comer, no yo.

– Sí, sí, solo estaba... ¿son bolitas de pato a la

naranja? – Abro una de las cajas metiéndome una en

la boca – ¿te importa si me como el arroz y las bolitas?

Tengo hambre y un disgusto bastante grande.

No. He vomitado el desayuno y comer me mantiene con los pies en el suelo. Necesito contarle a

Bastian que va a ser padre, necesito contarle a todo el

mundo que estoy embarazada, necesito ir al médico

para que me recete algo contra la ansiedad y necesito

averiguar quién me ha mandado esa carta. No, permíteme que tenga cinco minutos para comer tranquila.

– Yo, me voy – dice Nella.

– Encantada Nella, espero verte de nuevo.

Siento si yo... bueno, fastidiarte tu momento con

Trevor, quiero decir, él es un buen hombre y yo soy un

dolor en el trasero.

– No te preocupes.

– Princesa – susurra Trevor.

– ¿Me acompañas a la puerta? – Nella mira a

Trevor y se queda embobado mirándole a los labios

asintiendo. Hombres.

Se van dejándome completamente sola con la

comida china que ya empiezo a degustar. A los cinco

minutos cuando han terminado con las risas en voz
baja y las lagunas de silencio por los besos,
Trevor

aparece en la cocina mientras estoy mirando el
móvil.

– ¿Más llamadas? – Trevor se sirve un café –
vamos a ir a la policía te guste o no.

– Trevor no... no puedo, – le miro enfadada –
necesito un poco de tiempo, ahora mismo estoy
abrumada.

– ¿Abrumada? Estás en peligro Nancy, una
cosa son las llamadas y otra cosa es que alguien
vaya
a tu casa a dejarte ese mensaje. No te das cuenta

de

la magnitud de tu problema y permíteme el pensar que

estoy barajando la posibilidad de decírselo a Bastian,

con él no habrá ningún problema y estarás absolutamente a salvo.

– No. No se lo digas por favor. Él me encerrará para siempre, ¿es que no le conoces?

– Si es lo mejor para ti le apoyaré. Hay un hombre obsesionado contigo, con las llamadas no conseguía nada, pero el haber ido a tu casa cambia las cosas.

– Dam... Dam... ¡joder con mi tartamudeo! –

él se sorprende de la palabra joder, no sabe que llevo

una neandertal en mi interior – perdón, quiero decir,

dame tiempo Trevor. Por favor. Bastian ha sufrido un

infarto, su seguridad me importa más que la mía, quiero

que esté bien y si añadimos a su enfermedad este pequeño problema, él sufrirá otro infarto.

Suspira negando con la cabeza. Al fin y al cabo, este es mi problema. El mío y el de mi dulce bebé. No

puedo exponerme a que Bastian lo sepa, él actuará

como un neandertal atándome a una cama, se dará cuenta que estoy embarazada y no me dará la oportunidad de explicarme con calma como deseo hacerlo. Me levanto porque la vejiga va a estallarme y me encierro en el baño. Vuelvo a mirarme en el espejo, a sonreír acariciando mi barriga. Al salir, esperamos por Rachel y Alan que no tardan en venir, no es la primera vez que estamos aquí ya que hemos cenado un par de veces en esta casa. Les cuento lo que ha pasado, Rachel entiende que me quede aquí algunos

días, también pensamos en que ella estará mejor en casa de Alan porque no confiamos en que haya alguien

vigilándonos cuando estemos solas.

Tras una larga conversación toda la mañana, el almuerzo llega y continuamos hablando. Me dan unos

días más antes de acudir a la policía, Trevor conoce a

todos los jueces y pondrá mi caso como prioridad absoluta. Tengo miedo por mi dulce bebé y por

Bastian, por ambos, pero tengo más miedo aún por los

tres juntos, a una posibilidad de estar los tres juntos.

No puedo ir a la policía, no quiero hacerlo, lo único que

necesito es a Bastian y él ya me dejó muy claro cuál

era su posición. Sin embargo, barajo en mi cabeza otra

posibilidad y tan pronto viene la idea a mi cabeza, me

alejo para realizar una llamada.

– Nancy, me como tu tarta de chocolate como

no vuelvas en cinco minutos para acabar con el postre

– Rachel me grita desde la cocina.

– No tengo más hambre, la comida mexicana

me da ardores. Voy a llamar a mi madre – grito

desde

el salón.

Espero la llamada en mi oreja, al tercer tono escucho un gruñido.

– Habla.

– Ems... soy... ems Nancy. ¿Te acuerdas de mí?

– ¿Qué quieres?

– Ne... yo... es que... espera un momento –

pongo la mano en el móvil y suspiro fuerte, acaricio mi

barriga y vuelvo a poner el móvil sobre la oreja – ems,

yo... necesitaría hablar contigo. A solas.

– No sé si es buena idea.

– Por favor, no te llamaría si no fuera urgente.

– ¿Estás bien?

– No – mi dulce bebé y yo no lo estamos.

– ¿Dónde estás? Te recojo ahora mismo –

gruñe y oigo como coje las llaves.

– No hace falta, yo puedo ir dónde me digas.

– ¿Dónde estás?

– ¿Quedamos en el Starbucks de la Avenida

Michigan? El que está al lado de Macy's.

– Voy para allá.

– Ah, por favor Sebastian. No se lo digas a

Bastian, ha sufrido un infarto y quiero mantenerle al

margen.

Me gruñe. Sigue gruñendo. Silencio. Suspira.

– Me pones en un compromiso. No le miento a nadie.

– No lo pongo en duda, pero esta vez te

necesito de verdad, – no dejo de acariciar mi barriga –

mi vida y la de alguien más está en peligro.

– ¡POR EL AMOR DE DIOS NANCY!

¿QUÉ ES LO QUE DEMONIOS PASA?

– Voy saliendo, en cinco minutos estoy en el Starbucks. No se lo digas a Bastian.

Le cuelgo. Si algo he aprendido de los Trumper, es que cuando se ponen insoportables, giras la cara

hacia otro lado y se acabó el problema.

Regreso a la cocina con el abrigo, la bufanda y el gorro, los tres me miran.

– ¿A dónde vas? – Rachel es la primera en enfadarse, Alan se está comiendo mi tarta de chocolate.

– He... voy a... quiero pasear.

– Vas a ver a Bastian, ¿verdad? – Dice Rachel

cruzándose de brazos.

– No, mucho peor. A otro Trumper, – se ríe

Trevor – me quitas un peso de encima, ya no
tendré

mis pelotas colgadas de un árbol cuando Bastian
se

entere de que estoy ocultándole todo esto.

– ¿Con quién has quedado? – Rachel se levanta
preocupada – debemos acompañarla.

– ¿Qué? No, no vais a venir. Esto es un
problema mío y necesito ir yo sola.

– También es mío, de los cuatro, tus problemas
son nuestros problemas – mi amiga mira a los dos
y

asienten con la cabeza.

– Relajaros. No necesito que vengáis, sea quien sea, me ha visto sola por la calle y no ha hecho ningún movimiento.

– Le doy un punto a Nancy – Alan me ayuda y yo le sonrío en complicidad.

– Estaré bien, he quedado en el Starbucks al lado de Macy's. Podéis verme desde la ventana.

– Lo haremos – Rachel afirma.

Trevor se levanta para ayudarme a ajustar mi gorro, me aparta el pelo y acaricia mi cara.

– Nancy, ¿entiendes nuestra posición? No

queremos que nada te pase, nos sentiremos más seguros si dejas que alguno de nosotros te acompañe al

Starbucks. Luego, te puedes quedar con Trumper todo

el tiempo que quieras.

– ¿Entendéis la mía? Estoy agobiada, mi libertad se acaba, no sé si puedo confiar en Sebastian o si se lo

ha contado a Bastian. Puede que ahora mi nov...

Bastian esté preparando un encierro con cadenas o algo mucho peor. Solo... necesito un poco de tiempo.

Tiempo, un poco más.

Rachel suspira acercándose a mí para abrazarme fuerte.

– Yo te acompaño al portal, al menos, concédeme este pequeño capricho – miro a Trevor esperando su bendición.

– Llama dentro de diez minutos por favor, sé que con Trumper estarás segura pero queremos saber si todo va bien.

– Os prometo que os contactaré, como has dicho Trevor, con Sebastian estaré segura.

Me despido de ellos con una sonrisa en la cara, el estar con un Trumper activa todo mi organismo

olvidándome de cualquier dolor. Rachel me
acompaña

hasta asegurarse que estoy a salvo entre la gente
que

espera para entrar en el Starbucks. Levanto mi
pulgar

hacia arriba para que sepa que la estoy viendo
cuando

un coche negro con la música a todo volumen se
para

enfrente de mí, abre la puerta y Sebastian me hace
un

gesto para que entre. Le obedezco moviendo mis
piernas hasta la puerta, una vez más, saludo a
Rachel y

deslizo mi cuerpo dentro del coche.

Lo primero que percibo al cerrar la puerta es que el coche huele de maravilla, es un coche parecido

al Batman de Bastian y en parte, anhelo que Sebastian

no sea él. Conduce a gran velocidad por las calles, como si fuera el dueño de ellas sin preocuparse de nada más que de su objetivo en avanzar hasta un garaje. Frena el coche una vez que estamos a oscuras,

Sebastian es tan parecido a Bastian; es muy guapo, alto, fuerte, cara cuadrada y un ceño fruncido inevitable para él. Mi cuerpo tiembla por la emoción al

imaginarme en que él se parece a Bastian, le echo tanto de menos.

En el ascensor que nos sube a su casa se encarga de posicionarse lo más alejado de mí, no me habla, no lo ha hecho durante el tiempo que hemos estado juntos y no se lo reprocho tampoco. Sé que está enfadado porque está completamente del lado de su hermano, yo necesito que él entienda mi posición ante todo, que en una relación, sufrimos dos.

– ¿Cómo está Margaret? – Le susurro de reojo.

– ¿No me digas que me has llamado para preguntarme por mi madre?

Le respondo mirando hacia el frente, rezando para que las puertas se abran lo más pronto posible.

Una vez que abre la puerta de su apartamento, se introduce dentro dejándome con la palabra en la boca

ya que iba a comentarle que huele muy bien. Me molesta su desplante directo hacia mí, que me trate de

esta forma cuando más le necesito, la vida de mi dulce

bebé está en peligro.

– Oye Sebastian, para mí no es fácil haber
tenido que acudir a ti.

Me ignora nuevamente porque está de espaldas
a mí echándose una copa en su bar, no me ha
ofrecido

nada, las otras veces que vine con Bastian se
desvivía

por darme de comer para fastidiar a su hermano.

Actúa como Bastian cuando se enfada, a él sabía
manejarlo porque me amaba, con su hermano estoy
muy perdida porque no sé cómo enfrentarme a su
carácter.

No digo nada sin embargo, observo como se

evade de mi presencia con el ceño fruncido, está enfadado y me lo está haciendo pagar. Inhalo aire buscando la paciencia que debo de tener en lo más profundo de mi interior; por favor dulce bebé, dame

fuerzas para soportar a tu tío.

Pone fin a mi castigo saliendo de la barra del

bar, con la copa en su mano medio vacía y con la otra

mano dentro de su bolsillo. No me gusta esta versión

de Sebastian.

– Tú dirás.

– ¿Me odias? – Le miro consternada.

– ¿Me has llamado para preguntarme si te odio?

– Lo que haya pasado entre tu hermano y yo, no te compete. Son nuestros problemas no los tuyos.

– Fueron. Pasado, no te equivoques.

– Mira, ha sido un error llamarte – retrocedo y camino a paso ligero por su apartamento hasta abrir la puerta.

– Si querías subir a mi apartamento solo tenías que habérmelo pedido.

Me enfado cerrando la puerta de un golpe

consumida por la ansiedad, esperando por un ascensor

que tarda una eternidad en subir, y cuando lo hace
y

estoy dentro, rompo a llorar enseñándole el dedo
medio

a mi cuñado con la puerta ya cerrada. Salgo del

edificio dirigiéndome a la estación para coger el
metro

que me lleve de vuelta a la casa de Trevor.

El haber acudido a un Trumper, ha sido un error.

Oh, mi dulce bebé, espero que no te parezcas

nada a la familia de tu padre.

Media hora después, y tras una pequeña visita a

una pastelería nueva que hay por la zona, Trevor
me

está abriendo la puerta de casa. El silencio es absoluto.

– Tus amigos se han ido a casa para coger las maletas de Rachel, ella quiere que luego la llames para cenar.

– No sé si tengo ganas.

Me adentro quitándome el gorro, el bolso y el abrigo.

– Has venido demasiado pronto, – Trevor se preocupa sentándose en el sofá de enfrente donde yo me he sentado – no ha ido bien, ¿verdad?

– No. No ha ido nada bien. Está enfadado

conmigo, en parte lo entiendo, pero yo tampoco
tuve

toda la culpa. Tal vez, solo tal vez me precipité en
mi

decisión de dejar la relación con Bastian y tal vez
me

excedí con los acontecimientos. De ahí a que su

hermano no me quiera ver ni en pintura, no te
quiero

contar Sebas, ese ni cuento con él, y hasta
Margaret

estará enfadada conmigo.

– ¿Margaret? Ella no debe de estar enfadada
contigo, ¿tan mal fue la última ruptura?

– Descubrí que se había casado y que tenía dos

hijos – me río porque me acuerdo del cuadro familiar

que he pintado en mi cabeza hasta ayer, que supe toda

la verdad.

– ¿Qué? – Alza las cejas sorprendido.

– Lo supe el día de su infarto porque él tiene a su ex esposa en el seguro médico. Cuando llegué no

me informaron del estado de Bastian porque no era la

esposa y bueno, luego apareció ella y sus hijos, me bloqueé y se me juntó todo.

– Repito de nuevo, ¿qué?

Le cuento a Trevor todo lo sucedido, no tengo porque ocultar nada, ya no soy novia de Bastian y aunque es el padre de mi dulce bebé, él y yo no somos

nada. Trevor me confiesa que lo desconocía porque él

rompió el contacto con Bastian en el instituto, años

más tarde se reencontraron en El Sótano. Me

desahogo sollozando, lamentándome por todo y en

parte, echando de menos a Bastian en silencio aunque

no se lo haga saber. Es el típico sábado lluvioso en el

que lo veo todo negro.

– Ya no sé qué hacer. ¿Y si no es tan grave esa nota? Sigo pensando que es Ria, Molly y Neil.

– No princesa, ellos no harían algo tan mezquino como eso. Además, hoy están en la inauguración de un

centro comercial en Los Angeles – le miro extrañada

– lo he visto en internet.

– ¿Y si han contratado a alguien? – Me niega.

No me queda más remedio que tranquilizarme,

el tiempo se me agota pero de momento mi dulce bebé

y yo vamos a echar la siesta. Cierro los ojos

acomodándome en el sofá, Trevor entiende que

quiero

descansar un rato y poco después me tapa con una manta. Yo no puedo dormir hasta que no le cuente a

Bastian que estoy embarazada.

Abro los ojos sin haber dormido o descansado, escuchando voces de fondo y sonriendo porque el punto de reunión en esta casa es la inmensa cocina. Camino arrastrando mis pies para encontrarme con Rachel y Trevor discutiendo.

– ¿Qué os pasa?, ¿a qué vienen esos gritos?, ¿qué horas es? He echado una buena siesta.

Los dos me miran aturdidos. Rachel está

asustada, señala a un sobre que hay encima de la isla.

Me acerco extrañada leyendo mi nombre de nuevo, está abierto, rebusco lo que hay dentro sacando el folio. Tres rosas muertas y una nota, “No te puedes esconder de mí porque siempre te encontraré.”

Abro la boca cuando las lágrimas me atacan saliendo con fuerza de mis ojos, Rachel acude a mí rápidamente seguida de Trevor. Mi dulce bebé está en

peligro, esto no es una coincidencia.

– Se acabó, vamos a la policía – Trevor sale de la cocina.

– No, por favor Trevor, ven aquí.

Le freno agarrándole del brazo, acercándome a su cuerpo para abrazarle, recibíendome como un buen

amigo lo haría. Necesito estar tranquila porque estoy

aterrada, quiero poner en orden mi vida, lo quiero

hacer ahora mientras mis lágrimas se secan sobre su

jersey.

Relajada, o intentando estarlo, aspiro mis mocos

como tantas veces he hecho y los miro a los dos.

– Nancy, siento decirte que Trevor tiene razón.

Es lo mejor para ti. Esto es grave.

– ¿Dónde has encontrado el sobre?

– Estaba en la puerta cuando he llegado, Alan está comprando en la pastelería y lo hemos abierto. No

queremos que te manden sorpresas. Esto no es una broma, alguien está jugando contigo cariño y yo no lo voy a consentir.

– Princesa, sé que estás asustada. Lo mejor que podemos hacer es llamar a la policía y contarles lo sucedido.

No puedo enfrentarme a la policía yo sola, no tengo fuerzas, llevo en mi interior a un Trumper

creciendo, me siento muy débil. Lo único que quiero,

me apetece y me muero porque pase es hablar con

Bastian. Le necesito, necesito ponerle al día de tanto

que intentaré no fracasar en el intento.

Ha llegado el momento de empezar a poner las cosas en su sitio.

– Por favor, necesito a Bastian. Llevadme con él.

– ¿Prefieres ir a verle? Ayer te mandó a la mierda, por no hablar de que te prohibió buscarle en

sus clubs – dice Trevor enfurecido, se lo he

contado

antes y no le ha gustado la actitud de su amigo.

– Lo sé y tengo que verle. Bastian es la única persona que necesito porque quiero hablar con él urgentemente.

– Esta tarde su hermano no ha sido muy amable y has venido afectada, ¿no prefieres hablar con él en otro momento?

– No. Tengo que reunirme con Bastian, aunque

– voy a ponerme mi abrigo de nuevo – penséis que es

una locura, yo me entiendo. Nosotros dos nos

entendemos. Y ahora le necesito.

Me abrigo bien porque afuera hace frío, la nieve cae cuando no está lloviendo y el pensamiento de Bastian con mi dulce bebé hace que me mantenga caliente, además de un buen abrigo con bufanda y gorro a juego. Mis amigos se imaginan la escena; la

mía corriendo a los brazos de Bastian porque no puedo

dar un paso más sin él, ellos piensan que me va a

gritar, que vamos a discutir, que lo voy a pasar mal y

probablemente tengan razón. Él no me quiere ver, él

prefiere estar con otras mujeres dejando que le besen

el cuello, ver como baila una stripper para ellos en una

sala VIP; una vida que no voy a aceptar aunque sea el

padre de mi dulce bebé. Todo lo que hago no es por mí,

es por la vida que gesto en mi interior y Bastian

necesita saber antes que nadie que va a ser padre,

espero que esa sea razón suficiente para traerle a la

luz de nuevo.

– ¿Hay alguna manera de hacerte cambiar de

opinión? – Rachel no aprueba que vaya a verle

aunque

le defienda, ella mejor que nadie sabe lo que he sufrido

por Bastian.

– No Rachel, lo necesito.

– Está bien, yo te llevaré – Trevor se pone el

abrigo – Rachel, sal con tu novio y vigila que no haya

movimientos extraños a tu alrededor, personas nuevas

o miradas curiosas, no sabemos si ese energúmeno que

está detrás de Nancy te está vigilando a ti también. Yo

voy con Nancy, nunca se sabe cómo va a acabar el

espectáculo Trumper-Sullivan, ni el estado en el que

acabará ella.

– No sé Trevor. No quiero dejar sola a Nancy.

– Rachel, no te metas más en esto. Ya me

siento mal porque puede que estés en peligro y porque

tengas que salir de casa, y nos guste o no, Bastian es

el único que puede ayudarnos. Todos lo sabemos.

– Tiene razón, – Trevor apoya lo que he dicho –

vamos señoritas, esperemos a Alan en el portal.

Nos despedimos de la pareja quedando para

almorzar mañana dependiendo de cómo acabe tras

mi

encuentro con Bastian. Como es obvio, creen que me

voy a encerrar, a llorar o a no querer ver a nadie, a refugiarme en la soledad y abastecimiento, y nada más

lejos de la realidad. Voy a aceptar el hecho de que Bastian tiene una vida nueva y yo no estoy en ella, por

mucho que diga lo contrario, será un buen padre pero

hemos fracasado como pareja y tenemos que admitirlo.

El trayecto dentro del coche lo hacemos en silencio porque pienso en las mil y una maneras de

contarle a Bastian que estoy embarazada. Dejo caer

algunas lágrimas por mi cara secándolas rápidamente

con la manga de mi abrigo, a pesar de que intento disimular, Trevor se da cuenta y pone una mano sobre

la mía para acariciarme en gesto de apoyo.

– Tengo miedo – susurro.

– ¿Por las notas?

– No, tengo más miedo a Bastian que a lo que me está pasando, – no sé cómo va a tomarse lo de su

paternidad ahora que no somos pareja – además,

tampoco me apetece mucho encontrarle con mujeres

como ayer.

– Pongo la mano en el fuego por él que era todo un farol para ponerte celosa.

Entrecierro los ojos, mirándole y retándole, quiero patearle el trasero por su comentario varonil.

– ¿Bromeas? Cuando Ryan abrió la cortina estaba con dos mujeres, estaban manoseándole y una

le besaba el cuello. Por no hablar de que la stripper no

llevaba ropa interior y se abría de piernas delante de él.

– ¿Estás segura? No me lo creo de Trumper.

– Vas a verlo ahora con tus propios ojos.

– ¿De verdad que está en el Bamper? –

Estamos acercándonos al club.

– Sí, Bárbara dijo que era su club habitual.

– Vale, pero Nancy, pase lo que pase recuerda que ese hombre está muy jodido porque te fuiste cuando más te necesitaba.

Le giro la cara mirando por la ventana, está empezando a llover de nuevo. Llevo una ropa que apesta, mis UGG no son para llevar a un club, mis vaqueros rotos y una camisa de manga larga amarilla

no me hacen nada seria. Esta noche Bastian va a saber que estoy embarazada y barajo la posibilidad de

que me gustaría contárselo por carta porque temo su

reacción.

Estamos parados en un atasco, esperando

detrás la fila de coches que se agolpan al mismo

tiempo, es lo que tiene cuando decidimos salir todos en

un sábado por la noche. Miro por la ventana cantando

mentalmente la música que suena en la radio,

lamiéndome los labios porque algo está llamando mi

atención. Vuelvo la vista hacia el frente, espero,
giro

de nuevo mirando por la ventana y cojo mi bolso.

– Espera Trevor, enseguida vuelvo – abro la

puerta del coche decidida, llevo todo el día
pensando

en esto.

– ¿A dónde vas Nancy? Vuelve aquí.

Me acerco a pasos agigantados hacia mi

objetivo, llevo desabrochado el abrigo y el frío se
está

colando en mi interior sorteando a la bufanda
enrollada

a su antojo sobre mi cuello.

– Disculpe señor, póngame cinco perritos calientes. Con extra de mostaza, por favor.

He visto un carrito de perritos calientes y mi dulce bebé reclama su comida. Me había olvidado comer algo en casa de Trevor y como si lo visualizase,

mi dulce bebé pateando porque quiere que mamá coma. Sonrío esperando, girando mi cabeza para ver

que Trevor se desespera parado en el tráfico.
Acaricio

mi barriga porque me muerdo de ganas porque mi dulce

bebé crezca y pueda abrazarle, sentirle, olerle,
¡Dios!

Va a ser lo más hermoso que voy a tener en mi vida.

Lloro cuando el hombre me pone los cinco en una pequeña caja de cartón adaptada para los perritos.

– ¿Está bien señorita? – El pobre hombre se preocupa.

– Sí, solo es que mi dulce bebé nace en mí y hoy va a saberlo su padre. Tengo miedo y bueno, no sé cómo voy a decirle que vamos a ser padres, quiero decir, él tiene que amar a mi dulce bebé, ¿no cree?

Porque pienso que...

Trevor me grita, el tráfico se ha reanudado y los coches pitan al nuestro. Me despido del hombre

volviendo rápido hasta entrar de nuevo y sentir el calor.

– Ponte el cinturón anda – Trevor se enfada

pero me da igual, empiezo a comerme los perritos de

dos en dos hasta dejar uno – no, no estás comiéndote

los perritos de dos en dos.

– Sí, ¿no ves? Necesito fuerzas para

enfrentarme a un Trumper – me río con la boca llena

de mostaza y haciendo que se ría – te ofrecería pero

me voy a comer el quinto, ¿quieres un bocado al menos?

Niega con la cabeza y me alegro. Nadie va a quitarle la comida a mi dulce bebé.

Trevor aparca el coche en la calle de atrás, hay gente alrededor y eso quiere decir que hoy es el día en

el que más se llena. Cuando voy a bajar decidida,

Trevor pone una mano sobre mi pierna.

– Prométeme que pase lo que pase dejarás que te lleve a casa. No quiero escenas en las que te vayas

sola, en las cuales desaparezcas o estés en una actitud

hiriente y girándonos la cara a los que estamos de tu

lado. Estás en peligro y no es un juego. Esa persona

sabe dónde vivo yo también, en parte, todos estamos

en la cuerda floja.

Trevor pone un punto de calma a mi ajetreada

vida, mis sentimientos son claros, lo que le quiero decir

a Bastian aún más claro, pero hablarle sobre lo que me

está pasando... no está del todo claro. No sé cómo

reaccionará, probablemente él ya sepa que he visto a

Sebastian, así que no sé lo que tiene en la cabeza, me

mata el no saberlo. Entramos al Bamper una vez que

hemos saludado a Peter, subimos al área VIP y mi vientre se retuerce cuando veo a Ryan. Sé que tras esa cortina está Bastian, sí, en compañía de mujeres y

también sé que me voy a romper por verle con ellas.

Paro en seco haciendo que Trevor choque con mi

espalda, alejándonos en retroceso para no ser vistos

por Ryan que sigue distraído mirando a todos lados.

– Déjame a mí sola por favor, tú puedes interferir en su reacción.

– Nancy, eso no va a pasar. Hemos venido a contarle todo, no a que se haga ideas en la cabeza.

Ideas equivocadas.

– Ya Trevor, agradezco tu apoyo pero tengo que hablar asuntos con él. Quédate con Ryan y no te muevas de su lado, es más, me he comido cinco perritos calientes, búscame una botella de agua fresca

por favor. Ahora subes, ¿vale? Hazlo por mí.

No está de acuerdo pero cede besando mi frente, da la media vuelta y le veo bajar las escaleras

sorteando a las personas que se agrupan. Está bien, esto me dará algunos minutos de ventaja para hablar

con Bastian. Es obvio que no voy a soltarle lo de mi

embarazo aquí, pero al menos quiero que sepa que si

he venido ha sido porque le necesito, le necesito en

todos los sentidos. Más que nunca.

Ryan me recibe sonriendo, ambos nos gustamos

y también ambos lo sabemos. Dejo entrar todo el
aire

en mis pulmones porque estoy nerviosa,
suspirando

agitadamente y regañándome por lo que voy a
hacer.

No debería estar aquí, pero sin embargo, estoy.

– Gracias por venir – él dice orgulloso.

– ¿Qué voy a encontrarme tras la cortina?

– Averígualo por ti misma. Ah, Señorita Sullivan,
cuando te fuiste ayer destrozó parte del club y lo
cerró.

Si te sirve de algo, no le he dejado hacer nada que
tú

no aprobarías.

No sé por qué, pero Ryan acaba de poner una
sonrisa en mi cara, no será imborrable, porque
Bastian

va a tener que explicarme ciertas cosas que no
apruebo, sin embargo, he captado el significado de
las

palabras que ha querido trasmitirme. Y se lo
agradezco, porque voy a necesitar todo el apoyo
que

pueda encontrar.

Tras golpear bruscamente la cadena que dejo
caer al suelo, abro la cortina suavemente
gritándole en

mi mente por estar rodeado de mujeres, pero lo
que me

encuentro, rompe todos mis esquemas nuevamente.

Un Bastian completamente solo, está tumbado en el sofá con el brazo sobre sus ojos, en la mesa hay bebidas y tabaco. ¡No! Se le va a quitar la costumbre

de fumar. Analizo su cuerpo fundiéndome en la misma

oscuridad en la que está, parece abatido, triste, y todo

esto son los restos de nuestra ruptura. Eso quiere decir

que todavía me ama aunque, él es tan orgulloso y testarudo de admitir que también tuvo la culpa.

Acaricio a mi dulce bebé, entro sonriendo porque mis

expectativas se han hundido en un pozo, avanzo hasta

arrodillarme sobre el suelo con la esperanza de recuperarle.

Recuperarnos.

Pongo una mano sobre su brazo para llamar su atención. No se mueve.

– Huelo tu perfume a veinte metros – gruñe.

– Me gustaría oler el tuyo también, el alcohol seguramente lo camufle.

Espero por una respuesta que nunca llega.

Estoy aterrada por verle de este modo, tengo un nudo

en el estómago que no me deja pensar con claridad.

Esta noche no hay nadie con él, la barra no está, no hay hombres o mujeres que se aferran a su cuerpo.

Esta noche solo estamos él y yo. Acaricio su brazo aclamando su atención, sé que está aquí conmigo esperando por tomar la mejor decisión sin hacernos

más daño. Echo un vistazo a su vientre, se mueve agitadamente, imagino mi mano bajándola dulcemente

por su cuerpo pero omitiré el pensamiento perverso

de que le necesito en otro aspecto también.

Aprieto fuerte su brazo procurando que me permita ver su cara, y lo consigo. Sin embargo, me esperaba otro gesto que no me hiciera pensar ahora

mismo en correr lejos otra vez, su ceño está fruncido y

no está de muy buen humor.

– ¿Qué haces aquí?

– Ems... he venido a...

– Vete Nancy – se levanta sentándose en el sofá mientras yo me levanto cruzándome de brazos,

estoy nerviosa.

– Bastian yo... ems tenemos que hablar en

privado, si es posible.

– No, no voy a hablar contigo.

– No seas bebé.

– ¿Bebé yo? – Se levanta rápidamente haciendo que retroceda hasta chocar contra la pared – no soy

yo el que ha actuado como un bebé. ¿Te he

abandonado en la cama de un hospital? No, jamás lo

hubiera hecho. ¿Cómo te atreviste a hacerme eso?

Estoy muy lejos de querer mirarte a la cara.

Se da la media vuelta y vierte alcohol en un vaso.

– Ese día fue... yo... tú también... y... nadie...

– vamos Nancy, habla que lo estás perdiendo –

Bastian, yo...

– No te creas que te va a funcionar esta vez el victimismo.

– ¿Victimismo? Eres tú quien se ha casado no yo.

Me encara haciendo uso de su fuerza

magnética, esa que puede hacer que te arrodilles a sus

pies sin decir una palabra, su boca está arrugada y si

fuera un hombre me hubiera golpeado bien fuerte.

Piense lo que esté pensando, no tenemos por qué llegar

a nuestros temas de discusión profundos, no ahora.

Me mira analizándome, me mata que me esté haciendo daño de este modo.

– Vete, tengo cosas que hacer – me gira la cara volviendo al sofá para sentarse – Ryan, llama a las mujeres.

Eleva las comisuras de sus labios sonriéndome, juro por mi dulce bebé que quiero pegarle una patada en esos labios tan carnosos que tiene. Labios que fueron míos y ahora serán de alguna de sus amigas.

– Bastian, necesito hablar contigo.

– No tengo tiempo para tus conversaciones largas y aburridas. RYAN LAS MUJERES.

Ryan entra decidido con su porte de matón llegando a mi lado para encararle si es necesario.

– No, Bastian.

– Las. Mujeres.

– ¡He dicho que no! Ella está aquí y no voy a hacerla pasar por esto.

– ¿AHORA JODIDAMENTE ESTÁS CON ELLA? Vaya Nancy, no pierdes el tiempo.

Me enfado lamentando mi visita, el hecho de

decirle que va a ser padre y por consiguiente, el haber

venido para echarme en cara su nueva vida. No me lo

pienso dos veces y avanzo dos pasos golpeándole en la

cara bien fuerte.

– Eres un cabrón Bastian. Arruínate porque te

vas a quedar solo, ¿sabes lo que gano yo? Lo que has

perdido tú. Me largo de aquí.

Voy a salir con la cabeza bien alta cuando

Bastian lanza su copa contra las botellas haciendo que

se rompan todas, se levanta tirando la mesa y me

atrapa contra la pared. Ryan está detrás de él sujetándole.

Su cara está roja, sus venas se pronuncian y yo no tengo miedo.

Él no me haría daño.

– Bastian suéltala.

– No te preocupes Ryan, sal afuera – le calmo.

– Nancy no...

– Para ti Señorita Sullivan, – le gruñe Bastian –

haz lo que te ha dicho y no interrumpas si te queda un

poco de dignidad.

Le hago un gesto de complicidad a Ryan, me

asiente la cabeza en respuesta yéndose y cerrando la

cortina pero dejando un espacio abierto donde sé que

estará observándonos por si necesito ayuda. Estoy presionada contra la pared y el testarudo de mi león no

se da cuenta que acaricio mi vientre. Necesito saber

que mi dulce bebé está bien.

– ¿Has terminado ya tu escena de neandertal?

Porque te aseguro que no sirve de nada, no te tengo miedo.

– ¿A qué has venido?, ¿qué pretendes con todo

esto? Me abandonaste, me dejaste tirado como un
perro y ni siquiera te dignaste a aparecer para
saber si

estaba bien o mal.

– He venido a hablar contigo y no de nuestra
relación. Pero ya que te pones así, hablemos.
Venga,

cuéntame alguna que otra cosa y volvamos a la
misma

mierda de siempre.

Me frunce el ceño alejándose, da dos pasos
hacia atrás negando con la cabeza. Está perdido,
hundido, abatido, destrozado y su oscuridad está
pudiendo con él.

– Me dejaste Nancy, no puedes venir a reclamarme. Ya no.

– No he venido a reclamarte – me cruzo de brazos – ayer me llamó tu ex esposa y...

– Nancy... – me regaña.

– Y me contó que tenías problemas, ella y Ryan pensaron que era buena idea venir a verte porque los

muy incrédulos pensaban que tú me harías caso. Es obvio que lo que me encontré aquí, no era lo que ellos

pensaban.

– ¿Y qué te encontraste aquí?

Da un paso hacia mí creyéndose que me va intimidar, pero no lo hace.

– ¿No es evidente?

– No lo es señorita, ¿qué viste aquí?

– A ti, a esos hombres, a esas mujeres y a la mujer de la barra sin ropa interior. Por cierto, ¿has quitado la barra? Era muy bonita, brillaba y todo.

Le subo una ceja y su respuesta son risas, sabe que estoy celosa. Yo odio que lo sepa.

– Así que... veamos, viniste aquí sabiendo lo que te ibas a encontrar y aun así... ¿viniste?

– Sí, me convencieron de que estabas realmente

mal. Aunque pude comprobar que no era así.

– No era así porque me viste con esas mujeres,
¿verdad?

– Afirmativo Trumper – fuerzo una sonrisa

quitándole hierro al asunto, se la voy a devolver y
se va

a enterar.

Se va a acercar a mí, juraría que me va a

abrazar pero levanto la mano entre los dos
matando su

sonrisa y en todo lo que estaba pensando.

– Vete de aquí Nancy, este no es lugar para ti.

– Tienes razón, me voy a ir y te juro por Dios

que no me vas a volver a ver, pero hazte un favor a ti

mismo y deja de fumar.

– ¿Ahora te importo? Hace un mes no te

importaba si lo hacía o no. Ah, no. Qué no estabas a

mi lado para averiguarlo porque me abandonaste.

– Oye, ¡ya está bien Bastian! Tú me ocultaste que estas casado...

– ¡ESTUVE! – Me grita.

– Estuviste, da igual. Cuando fui al hospital me trataron como si fuera una indigente porque no llevaba

el apellido Trumper, no me informaron de cómo

estabas, me iban a sacar a patadas de allí. Luego todo

se complicó cuando vino Bárbara y su madre, y sus

hijos y... y... me volví loca.

– No. Te volviste loca mucho antes al pensar que ya tenía una vida.

– Perdona Bastian pero yo no soy la que está en el seguro médico contigo, es tu esposa no yo. Me da

igual, el seguro médico de mi familia es tan digno como

otro cualquiera.

– ¿Te das cuenta que me has dejado porque te

inventaste una mierda en tu cabeza?

– ¿Una mierda?, ¿no me prestas atención? Te acabo de decir lo que pasó y Ryan me lo confirmó.

– Espera, – pasa una mano por sus ojos –

¿crees a Ryan antes que a mí?

– No había un tú y yo en la sala de espera del hospital. Gracias a él no me echaron a patadas. Se portó muy bien conmigo cuando más necesitaba a alguien.

– No, si ya te conozco... – susurra, avanzo y le golpeo en la cara de nuevo.

– No te voy a consentir que me trates de este

modo. Yo no quería hablar de lo que pasó, has
sido tú

el que insiste. Y escúchame bien Trumper, confiaré
en

cualquiera antes que en ti porque ninguna de esas
personas me ha mentido. ¿De acuerdo?

– ¡Y UNA MIERDA! – Me grita sujetando mis
manos contra la pared, esta vez está tan cerca que
bebo de su aliento – escúchame tú. Me
abandonaste,

no una, sino dos veces y no habrá una tercera.

¿Entendido? No voy a decirte nada porque es más
que

evidente que no has querido saber nada, ni
siquiera

conocer mi versión. Como prefieres escuchar a todos

menos a mí, te lo voy a repetir por segunda vez, no vuelvas a buscarme a ninguno de mis clubs, sal como

lo estás haciendo y vive, pero déjame en paz.

Recibo sus palabras como si chocasen

directamente contra mi alma, una que se ha roto en millones de pedazos desde que no le tengo.

Parpadeo

dejando una lágrima caer, animándome rápidamente

para que no me vea llorar, ya no soy esa Nancy, ya

tengo algo por lo que luchar y mi dulce bebé es todo lo

que soy. Frunzo el ceño con la barbilla en alto, tengo

que demostrarle que soy una nueva Nancy.

– ¿Qué quieres decir con entrar y salir como lo estoy haciendo?, ¿a qué te refieres?

Me suelta dejando caer mis manos, con su pose orgullosa y cruzándose de brazos dispuesto a regañarme como si fuera un padre al cuidado de su hija adolescente.

– Sé lo que haces Nancy. Solo porque no estemos juntos no te da ningún derecho a no hacer ciertas cosas – levanta ambas cejas dejando muy claro

quién manda en esta relación.

– ¿Ciertas cosas? Explícate Bastian.

– Ya sabes, no vas a salir con nadie. No en mis narices.

– ¿Qué? – Este león enfurecido no deja de sorprenderme.

– Ya lo has oído, ¿te crees que vas a abandonarme y empezar otra relación?

Le golpeo en la cara otra vez, vaya, podría acostumbrarme a esto.

Me ruge tan fuerte porque le he hecho daño.

Me alegro.

– No me culpes Bastian, estoy haciendo uso de tus palabras. En su momento me dijiste que te golpeará

cuando te lo merecieras y créeme que me estoy conteniendo bastante.

– Deja de hacerlo.

– No, deja de hacer tu lo que estás haciendo.

Me importa una mierda si tú te hundes pero ya no depende de... ya no... quiero decir... no me persigas.

Me niego enormemente a gritarle en un club que va a ser padre. No sé dónde nos lleva esto que estamos haciendo. Estoy embarazada y ya no pienso

como antes, tengo que dejar de demostrarle que me afecta el control que aún se cree que tiene sobre mí.

– Te perseguiré si me da la gana. Eso sí, tú sigue restregándote con todos que...

– Eres un...

En un rápido movimiento, la palma de mi mano se estrella con su cara nuevamente, pero esta vez me

rompo en llantos. Él está enfermo de verdad, psicológicamente no piensa como un hombre normal,

yo no me restriego con nadie, ni siquiera salgo lo suficiente como para tener citas o hacer que

sucedan.

Vago como una neandertal por la ciudad
aclamándole,

pero él no está, debe de tener algunos trucos
nuevos

para camuflarse bien.

En una guerra de miradas acusatorias, la cortina
se abre y aparece Trevor con una botella de agua
en

las manos.

– ¿Qué pasa aquí?

Bastian le mira enfadado y luego a mí.

– Entonces, ¿es verdad?, ¿estás con él?

Decido acogerme a la enmienda del silencio y

no empeorar más esta situación.

CAPÍTULO 3

– Te he hecho una pregunta – Bastian me grita suavemente.

– Trumper – Trevor entra, mis ojos se van hacia él.

No me da tiempo a asimilar lo que está pasando cuando Bastian se lanza ferozmente hacia Trevor y empieza a golpearle en la cara. Reacciono gritando a

Ryan para que entre, intentando ponerme en el medio

para hacer que se separen pero es imposible, solo veo

brazos volar y si Ryan no está frenando la fuerza de

Bastian, yo tampoco podré. Me aparto asustada acariciando a mi dulce bebé, contemplando la escena

que tengo frente a mis ojos. Por fin, Ryan consigue separar a Bastian de Trevor y pestañeo. Está en el suelo tocándose la nariz que sangra a mares, Bastian

está respirando muy fuerte aunque Ryan consigue alejarlo, yo me decido por acercarme al más débil arrodillándome junto a Trevor.

– ¡Oh Dios mío! Trevor, Trevor... dime algo Trevor.

– Joder – susurra.

– Ryan llama a una ambulancia, a un médico, a alguien que...

Salto su cuerpo para coger la botella de agua que está en el suelo, me quito el abrigo sorteando el

bolso cruzado y se lo pongo en la cara.

– No estoy muerto Nancy – susurra y yo me río.

– Lo siento. Levántate y siéntate en el sofá con la cabeza hacia atrás, tienes una hemorragia en la nariz.

Le ayudo a sentarse en el sofá presionándole

parte de mi abrigo sobre su cara, estoy asustada por

cómo está Bastian más que por Trevor, pero no me va

a dejar acercarme. Me atrevo a mirarle mientras Ryan

tiene una mano sobre su pecho, no se fía que pueda

seguir pegándole. Vuelvo mí vista a Trevor, tiene

algunos cortes en la cara, pero es su nariz la que sigue

sangrando, así que abro la botella de agua echándole

un poco por la zona afectada.

– Escuece – Trevor tiene los ojos cerrados.

– Es solo agua, tienes que ir a un médico

Trevor.

Su móvil empieza a sonar y lo ignoro, pero

Trevor no.

– Chaqueta, interior, Nella.

– Oh, sí.

Veo la luz en el bolsillo interno de su chaqueta,

leyendo en la pantalla que es Nella. Lo cojo
apretando

la herida de Trevor. Bastian está blanco, pero le
miro

también porque le amo. Es mío, mi neandertal, y
no va

a dejar de serlo.

– Hola Trevor.

– Nella, soy Nancy. Trevor no puede ponerse ahora mismo, él está un tanto... ems es complicado de explicar.

– ¿Va todo bien? Se suponía que debía recogerme en el bar, mi primer turno ha acabado hace cinco minutos y no lo he visto por aquí.

– Espera, – alejo el móvil de mi oreja – Nella dice que ha acabado su turno, que si la vas a recoger.

– Dile que ahora la llamo.

– Nella, ¿sabes dónde está el Bamper?

– Sí, pero no he entrado nunca.

– Está bien, te esperamos en la puerta, hay un hombre bastante grande que se llama Peter, dile que vas de mi parte y te dejará entrar. Afuera hace mucho frío.

– Vale, ¿estáis todos en el club?, ¿debo de ir a casa a cambiarme?

– Bueno, no merece la pena cuando Trevor va a quitarte la ropa tan rápido que...

– ¡Nancy! – Trevor me regaña quitándome el móvil poniéndoselo en la oreja – no le hagas caso, su

vida sexual es una mierda. Ahora te cuento, te

espero

en la puerta del Bamper.

Cuelga guardándose el móvil en su bolsillo. Se

levanta echándose el agua por toda la cara, yo observo

como lo hace porque tengo miedo de mirar a Bastian y

que me ignore.

– Yo estaré afuera – Ryan pasa por nuestro lado saliendo.

– ¿Se lo has dicho? – Trevor me pregunta y yo le niego con la cabeza – deberías, te he dado tiempo

para que lo hicieras.

– Digamos que el Señor Trumper y yo...

– Nancy – me vuelve a regañar Bastian.

– Bastian y yo hemos estado... ems...

discutiendo otras cosas. ¿Estás bien? – Acaricio su brazo, me da pena.

– No es la primera paliza que recibo por parte de Trumper – se está estirando la ropa porque va a ver

a Nella, ese gesto lo suele hacer cada vez que entramos al bar donde está ella.

– Lo siento mucho, todo ha sido por mi culpa.

No debiste venir.

– Tú no tienes la culpa de que ese bestia, –

Trevor mira retando a Bastian – actúe de este modo.

Como verás, tengo novia y no es Nancy.

– Dejadlo ya por favor. Trevor, no le provoques.

– No te pongas de su parte, sabes que no se la merece Nancy – ahora Trevor me regaña como si fuera mi hermano mayor protector.

– Perdónale por haberte pegado, él no... él no es el mismo... pensaba que... y a lo mejor yo he tenido culpa de...

– ¿Culpa de qué?, ¿de qué me arrastrabas a todos los restaurantes para que te viera conmigo? Él te

ha ocultado que estaba casado, tampoco hizo mucho

por darte explicaciones. Vayámonos de aquí – Trevor

se da la vuelta para que le siga.

Miro a Bastian que está sonriéndome.

– Que tierno – se cruza de brazos – adelante, iros.

Doy otros pasos que hacen acercarme a él.

– ¿Es que no entiendes nada? No vas a entenderlo en la vida y ¿sabes? – Levanto ambas palmas de mis manos – ni falta hace. No mereces la

pena. Si he venido era para contarte un par de

cosas,

pero ya veo que sigues actuando como un
neandertal

atacando a toda la gente que me quiere. Adelante,

quédate aquí lamentándote y follando a alguna
puta

que disfrutarás mucho más, yo me voy con mis
amigos

a ser feliz.

Ruge fuerte. Ya no me importa una mierda. Él

ya no me importa y su vida tampoco. Aquí puede

quedarse con su falsa vida mientras mi dulce bebé
y yo

somos felices. Me agacho para coger el bolso,
salgo

decidida chocando con Ryan y Trevor que están hablando, ambos me miran y les asiento.

– ¿Lista? – Dice Trevor.

– ¡Y UNA MIERDA!

La voz de Bastian resurge cerca cuando planta su cabeza en mi cadera subiéndome en un veloz movimiento a uno de sus hombros. Grito por el susto y

se me escapan algunas risas. Veo las cabezas de

Trevor y Ryan negando porque conocemos a Bastian,

también, como la gente se va apartando porque él baja

las escaleras de dos en dos.

– Bastian vas a... vas a... me caigo.

– ¡¿CUANDO COJONES TE HE DEJADO
CAER?!

– Deja de gritar.

– Grito porque estoy muy enfadado.

Oh mi neandertal. Veo a la gente mirarnos,
incluso haciéndoles un gesto de amabilidad
esbozando

una sonrisa, Bastian arrasa con todo aquel quien se
atreva a ponerse delante de nosotros. Nos
adentramos

por algunos pasillos oscuros, agarrándome fuerte a
él

porque no veo nada.

– Podrías bajarme, sé andar.

– ¡Podría pero no lo haré! – Esta vez me grita más flojo.

No me desagrade el hecho de que sujete mis manos a ambos lados de su camisa de cuadros.

Sabe

que es mi favorita, lleva la blanca de manga larga debajo, y la roja y negra por fuera, él sabe lo que me

hace con esta ropa. De hecho, él sabe lo que me hace

con toda la ropa que lleva puesta. Le amo tanto.

Abre una puerta entrando de vuelta a su

despacho. Es la primera vez que estoy aquí desde

que

nos conocimos hace año y medio. Me trae buenos

recuerdos, unos meses después, aquí estoy,
discutiendo

con este hombre y embarazada de él.

Desliza mi cuerpo con delicadeza, sé que me

está metiendo mano y se lo estoy permitiendo. Si

supiera que mi embarazo hace que quiera tener
sexo a

todas horas, he leído en internet que una vez que
pasas

la fase de los vómitos, hay una larga fase de deseo

sexual a todas horas. Claro, este tipo de
información

no puedo comentarla con mi madre y por eso la busco

en internet. Si supiera mi hombre la de cosas que me

he hecho pensando en él.

No puedo evitar el sonreír cuando nos

quedamos cara a cara, él hace lo mismo. Le frunzo el

ceño, imitándome de vuelta.

– Podrías soltarme ya, no me apetece estar en el aire.

– Antes no te importaba.

– Ya no es antes.

Baja la nuez de su garganta y yo evito el

mirarle. Cuando pongo mis pies sobre el suelo
echo un

vistazo al despacho, me acuerdo perfectamente que
me sentó encima de la mesa y se puso entre mis
piernas. Ya le amaba y aún no me daba cuenta. Me
giro de brazos cruzados mientras cierra la puerta.
No

sé lo que va a pasar una vez que nos encerremos
solos, ahora no hay barreras, no hay Ryan, no hay
Trevor, ni nadie que pueda entrar abriendo la
cortina.

Aquí tenemos la privacidad que necesitamos. Paso
mi

mano por mi vientre, es mi nuevo gesto favorito y
no

me canso de hacerlo.

Se da la vuelta suspirando para encararse conmigo y empezar a hablar. Necesitamos hablar.

– Nancy, déjame que...

– Bastian si...

– ¿VAS A JODIDAMENTE DEJARME

HABLAR? – Se enfada y tiene razón – ¿te piensas que he estado con otras mujeres?

– Ahora no quiero que...

– Contesta a la pregunta. ¿Piensas que he estado con otras mujeres?

– Sí. Lo pienso, ayer no te cortaste tampoco.

– No he estado con ninguna mujer, – ladea su cabeza – ¿cómo puedes pensar eso de mí?

– Te repito, ayer no te cortaste.

– ¿Ayer? Ayer quería golpearte muy duro por aparecer en el Bamber con esa especie de lencería.

– ¿Qué? Yo no iba en... – le miro, ha adoptado una posición de orgullo masculino, él odia el vestido

azul, piensa que es lencería al tener un poco de encaje

en las mangas. Para él todo es lencería – ese vestido

es muy bonito.

– Lo es si lo llevaras para estar en casa. No nos desviemos del tema, ¿piensas realmente que he estado

con otras mujeres?

– Lo pienso Bastian. Aunque, tú y yo no somos nada, tienes todo el derecho a hacer tu vida y...

– ¿Qué tú y yo no somos nada? Porque me hayas abandonado y yo no te haya perseguido como un

perro no quiere decir que no somos nada. ¿Tan pronto

olvidas?

¿Olvidarme? Tengo a un Trumper creciendo en mis entrañas, ¿cómo se atreve a acusarme de esto?

Opto por otro silencio, ha bebido, ahora mismo no está

preparado para una larga y aburrida conversación.

Suspiro negando con la cabeza, él se queda más tranquilo dejando de estar en tensión.

– No olvido Bastian, además, ahora no vamos a hablar sobre nosotros. Has bebido, he tenido un día de mierda y necesito descansar.

– Vamos a hablar porque me consumes Nancy, me consumes y no puedo vivir así. Llevo un mes sin pegar ojo, intentando buscar las respuestas a mis preguntas, llorando y desolado porque me

abandonaste.

Pensé que solo serían unos días, que vendrías y escucharías mi explicación, no que lo dieras por finalizado. ¿Tan mal me quieres?

– Bastian, yo quise volver en cuanto puse mis pies en la casa de mis padres.

– ¿Por qué no lo hiciste?

– La casa se llenó de gente y... luego enfermé un poco y...

– ¿Enfermaste? – Da un paso hacia delante y se planta delante de mi cara flexionando sus rodillas.

– Sí. No. No, no enfermé. Quiero decir, no me

encontraba bien, estaba triste y dolida por imaginarme

una vida sin ti, porque ya habías formado una familia

con otra y...

No puedo evitarlo, la presión con la que he vivido durante todo el día me ha hecho fracasar y hacer que rompa a llorar. Bastian no duda ni un segundo en abrazarme, en dejarse mojar por mis lágrimas sobre su camiseta que empapo con orgullo.

He tenido un día de mierda sí, pero es que no he dejado de pensar en él. Le quiero tanto que no sé por

dónde empezar, aparto mi cara y limpio las lágrimas

con las palmas de mis manos.

– Nancy, me tienes en tus jodidas manos. Sabes que me tienes, estemos juntos o separados. Me tienes.

– Ayer no te tenía cuando actuaste como un gilipollas, además – ahora elevo yo mi barbilla – estabas en buena compañía y no se te veía nada preocupado.

Se ríe, odio que me tome por loca o que piense que actúan mis celos en vez de mi cordura.

– Sigues pensando que he estado con mujeres

¿eh?

– La mujer de la barra no tenía ropa interior.

– ¿Quién?, ¿Denise? – Se ríe y ruede los ojos,

me alejo de él pero agarra mi brazo – espera,
espera

nena. Escúchame.

– No me llames nena, no tienes ningún derecho

– le frunzo el ceño.

– Escúchame, nena – lo hace para hacerme

rabiar y yo se lo permito al verme de esta manera
tan

infantil por unos celos – Denise no tiene
precisamente

lo que las mujeres tienen.

– ¿Lo que las mujeres tienen?

– Denise no tiene entre las piernas lo que todas las mujeres tienen – abro mis ojos extrañada.

– Oh.

– Oh – me imita, está para comérselo cuando lo

hace – ella está operándose. Esos hombres querían ver

algo diferente y la llamé. Digamos que le dije que no se

pusiera bragas para que ellos vieran que no era una

mujer todavía.

– Eso, ella... pero... ems... oh.

– He echado de menos tus expresiones.

– Bastian, no estamos en la misma página aún.

Vale, puede que Denise no sea una mujer y que probablemente no te hayas excitado viéndola bailar

pero...

– Espera, ¿qué? – Dice divertido – ¿piensas que me excito viendo a mujeres bailar?, ¿quieres que te

cuenta la verdad?

– Eh, no estamos saliendo. No quiero saber nada.

Sí. Si quiero saberlo, estoy muy enfadada porque me muero de celos. Muero terriblemente de

celos al verle con otras mujeres, ayer tenía a dos e
incluso les besaba la cabeza. Ellas eran bonitas
y... lo

odio. La neandertal que hay dentro de mí no ha
muerto

tan pronto, simplemente, ella está dormida. Me
cruzo

de brazos de nuevo porque no deja de analizar
cada

una de mis expresiones, ahora verá que la que
tengo

no es de muy buenos amigos.

– Si tenía a esas mujeres conmigo es porque me
recuerdan a ti. ¿No te has fijado en ellas? Son
pequeñas, rubias, con ojos azules y las quería a mi

lado

para no verles la cara. Solo quería pensar que sus cabezas rubias eran la tuya y sí, probablemente haya

visto a mujeres bailar, muchas de ellas, pero porque en

todas ellas tú eras la que lo hacía para mí.

Le golpeo en la cara con los labios fruncidos, pongo mis manos en la cabeza y luego en mi vientre.

No, voy a ser madre y no puedo permitirme el hecho

de actuar como una neandertal cada vez que Bastian

me saque de mis casillas. Miro a un lapicero,

Bastian

se da cuenta, me coje de las muñecas para que no lo

coja.

– Suéltame. Ahora.

– Vas a tener que decirme porque te molesta tanto si tú fuiste la que me dejaste.

– Sí, probablemente fui la que te dejé y no me arrepiento. Tus excusas son muy pobres.

– Ni siquiera tengo porque darte una y aquí me tienes.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar. Tiene razón, no tengo por qué culparle de que haya estado con

otras

mujeres. Él, prácticamente, está soltero.

– Tienes razón, no lo hagas entonces Señor
Trumper.

Le entrecierro los ojos, pero él me besa bajo mi
objeción momentánea ya que rápidamente
reacciono

metiéndole la lengua hasta lo más profundo de su
boca.

Sus manos sujetan mi cabeza y nos movemos en el
despacho hasta tocar la pared, me elevo como
siempre

haciendo que mis piernas rodeen su cintura
mientras

me abrazo a su cuerpo para luchar en esta guerra
de

besos. Sabe a alcohol, no me importa porque
quiero

tomar cada parte que Bastian pueda darme. Sus

manos bajan por mis costados hasta que abro los
ojos y

le doy un manotazo. Él rompe el beso.

– ¿Se puede saber a qué viene eso?

– No puedo Bastian – le empujo, él me ayuda a

ponerme sobre el suelo de nuevo – yo, no puedo
hacer

esto aquí.

Doy unos pasos dándole la espalda, toco mi

vientre, con la otra mano sujeto mi frente porque tengo

la sensación de que mi cabeza va a explotar. Aún

jadeo, sus besos me llevan al paraíso y casi al clímax,

creo que he pasado la fase de los vómitos y ahora tengo muy claro que quiero centrarme en la sexual.

Me muero de deseo por él pero se merece saber que

va a ser padre y si le dejo tocar mi cuerpo, puede descubrir que ya no estoy tan delgada como se cree.

Me vuelvo valiente de nuevo, dándome la media vuelta. Tengo que decirle que vamos a ser padres,

tengo que hacerlo, no vamos a durar mucho sin tocarnos.

– ¿Vas a decirme por qué no puedes? – Frunce el ceño cruzándose de brazos. Oh no, ya me conozco a

este Bastian – ¿es porque no me deseas como lo haces con otros?

Frunzo el ceño yo también, ¿será testarudo? Se piensa que me voy con unos y con otros cuando es él

quien no puede vivir sin ninguna mujer a su lado.

– Bastian, da gracias a que estoy muy lejos de tu mesa y no tengo nada a mano para lanzarte.

– ¿Por qué evitas mi pregunta? – Esta vez
gruñe más fuerte.

– No evito ninguna pregunta, es que estoy
cansada de que me trates como a una puta Bastian.
Yo

no soy Ria, no soy ninguna de tus ligues, yo no soy
tú.

No salgo todas las noches para emborracharme,
beber,

fumar y follar con hombres. A diferencia de ti, yo
tengo una vida normal que vivo muy dignamente.
Pero

como vuelvas a insinuar algo parecido, no tendré
ningún reparo en hacer más de una cosa con un
chico

para que veas lo puta que soy. ¿Te queda claro?

Inspiro. Expiro. A veces me posee mi dulce

bebé, no puedo olvidar que ahora soy más
neandertal

que nunca porque llevo a un Trumper en mi
vientre,

naciendo en mí. Sin embargo, frente a la reacción
atónita de Bastian, me hace feliz el pensar que voy
a

tener un bebé.

– Nancy, yo no insinúo que seas una puta – se

acerca a mí y yo me alejo – ¡maldita sea! El que
está

enfadado aquí soy yo, no tú.

– ¿Y eso te da derecho a tratarme como lo haces?

– Ilumíname – se vuelve a cruzar de brazos enfadado. Está tan guapo que me distrae y no puedo hacerlo.

– Está bien, tú lo has querido. Me cuentas que no has estado con ninguna mujer, después me dices que las necesitabas a tu lado y luego me terminas confesando que también veías a mujeres bailar. Y para rematar, te ríes en mi cara con esas mujeres a tu lado y viendo como un baboso asqueroso flirtea

conmigo.

¿Hablamos aquí de respeto? Me parece que hemos

llegado demasiado lejos, hemos hecho de una tontería

una ruptura y todo porque lo has echado a perder. Se

supone que cuando estábamos juntos íbamos a luchar

contra todo, pero en cuanto me alejo de ti porque tengo

mi derecho a estar enfadada contigo, te hundes buscando a otras mujeres.

– Oh no, no señorita. Ni pensarlo. No vas a

ponerme a mí como el malo porque no lo soy.

– Ah, ¿soy yo la mala entonces?, ¿pues dime que narices hago yo aquí? Porque te juro que debería

estar afuera esperando a Nella para que Trevor me deje en casa.

– Nella tiene un hijo de diez años.

– ¿Qué?

– Ella, que tiene un hijo de diez años.

– ¿Cómo lo sabes?, ¿la conoces? No me digas que es tuyo.

– Muy graciosa nena. Lo investigué. Me aburría cuando veía como frecuentabas tanto ese bar y me pregunté por qué era el único que veía a esa mujer

como madre de familia.

– ¿Trevor lo sabe?

– Ni idea, no estoy con ellos. Me limito a perseguirte.

– ¿Por qué me persigues? – Le frunzo el ceño – invades mi privacidad.

– ¿Tienes algún problema con que lo haga?

– Muchos.

Nos retamos con la mirada como neandertales, haciendo ganador al primero que retire la mirada. Yo lo

hago. Él no deja de intimidarme y soy la más débil.

– Nancy, me dejaste jodido – me pongo seria, no quiero hacerle daño – era imposible soportar el que

hubieras huido de mí. Me dejaste en la estacada, sin

nada, me dejaste roto.

– ¿Por qué lo hice Bastian?

– Me rompiste el corazón dos veces. No

soportaría un tercer abandono, yo no lo soportaría.

¡Oh Dios mío! ¿Estamos rompiendo de nuevo?

Si ni siquiera hemos vuelto. Quiere cerrar nuestra

puerta para siempre y no sé si estoy dispuesta a

perderle. Vamos a tener un bebé, mi dulce bebé va a

tener un padre y uno que quiera a mamá. Trago saliva

y avanzo, él retrocede. Me duele tanto que Bastian me

rechace.

– Siento si te he roto el corazón Bastian. Nunca más va a pasar, estemos juntos o no, no va a pasar.

Ahora voy a vivir o estoy viviendo otra etapa de mi

vida y ya no tengo tiempo para más mierdas.

– Yo también lo siento Nancy.

– Creo que ahora estamos en la misma página,

pedirnos perdón mutuo por algo que nos ha hecho daño

a los dos es un buen paso. Morí aquel día cuando me

llamó Ryan.

– Me lo contó – se cruza de brazos enfadado –

él debió de recogerte y no lo hizo.

– Estaba nevando mucho e incluso el taxi tardó

bastante. Él tenía que estar a tu lado no en el mío.

Aunque si lo pienso bien, nunca tuve que ir al hospital.

Debí de quedarme en casa y no salir de allí hasta que

entraras por la puerta.

– Quise ir detrás de ti tan pronto te fuiste,

cuando me enteré de todo yo mismo iba a ir a

Crest

Hill. Ryan me dijo que estabas a salvo, pero le
grité

que solo tú estarías a salvo conmigo.

Miro hacia abajo adorando que aún siga

pensando así. Quiero tocarme la barriga pero
tengo

que disimular, nos necesito a los dos en la misma

página al completo para hacerle saber que su
sueño se

ha hecho realidad y que voy a darle el hijo que
tanto

anhela.

Nos aborda un silencio profundo. Se escucha de

fondo la música retumbar a pesar de que su despacho

está bastante alejado. No sé qué hacer para traerle de

vuelta, ahora que lo pienso, yo no estoy enfadada con

él, nunca lo he estado si no llega a ser por la escena

que vi ayer.

Los celos me matan cuando se trata de él.

– Sigo muy enfadada contigo.

– Yo también lo estoy Nancy.

– Todo me lleva al mismo punto Bastian, contigo

siempre es el mismo punto. Me doy la media vuelta y

ya tienes a mujeres a tu alrededor, ¿tanta falta te hacen?

– Lo mismo digo. No has tardado menos que yo en engancharte al brazo de Trevor.

– Por el amor de Dios, Trevor puede ser mi padre. ¿No entiendes que es un amigo?

– ¿No entiendes tu que te restriegas con él? –

Le miro enfadada – no de la forma que parece Nancy,

no seas tan drástica.

– Me duele que siempre vayamos a tener este problema, que de verdad no pueda estar tranquila porque “el señor que odiaba a las mujeres”, ya no

las

odia.

– Eso es lo que piensas señorita. Te he dicho que todas ellas me recordaban a ti.

– Ayer te besaba una por el cuello, ¿también te acordabas de mí?

– No me di cuenta, pero si fue así, tú también te acercas demasiado al cuello de Trevor y Nicolai.

– ¿Nicolai? Es el hermano pequeño de las gemelas.

– Lo que sea, se acerca demasiado a ti y tú se lo permites.

Me gruñe e intento que no se me pase por la cabeza el lanzarle el lapicero a la cabeza. No, ya no

soy la que era antes pero ganas no me faltan.
Suspiro

mirándole y él sigue en sus trece, me enfada que no me tome en serio, que incluso no tome en serio nuestra

relación. Solo le preocupa que otros hombres se acerquen a mí y yo soy la histérica porque ve a mujeres bailando.

– Piensa lo que quieras Bastian. Te repito que yo tengo una vida muy normal y no necesito de un hombre para que me haga feliz. No necesito a un

Trevor o a Nicolai, ese chico solo tiene dieciséis años y

me has regañado porque se acerca a mí.

– Exacto – dice orgulloso.

– ¿Exacto? El chaval se ve rodeado de las amigas de sus hermanas y es feliz. Deja en paz al pobre chico. Hablemos de ti, de tu nueva afición “don

ya no odio a las mujeres.”

Se ríe a carcajadas, el muy gracioso lo está

haciendo de mí, no me hace gracia. Parece que digo

cosas de otro mundo cuando es él quien tiene más

cosas que explicar. Espero a que su broma le

parezca

divertida apoyándome sobre la mesa. Cuando ha
acabado pasa su mano por su pelo más corto,
negando
con la cabeza.

– ¿De verdad crees que ya no odio a las
mujeres Nancy? Es una pena, cuando has sido mi
noche y mi día desde que te conozco, desde que
puse
mis ojos sobre ti te hice mía. Que no se te olvide.

– Se te debió olvidar a ti cuando decidiste salir a
la calle para buscar a mujeres. En la vida real,
cuando
una pareja discute, se habla y se intenta arreglar

aunque pasen, días, semanas e incluso meses. Eso es

una relación.

– No te pases Nancy, yo no fui la que huyó. No se me hubiera pasado por la cabeza el abandonarte en

un hospital porque te inventaste una película en la cabeza.

– ¿Película? Te casaste Bastian, te casaste y tuve que enterarme en un hospital. ¿No entiendes mi

posición?

– Pues como acabas de decir, se habla y se intenta arreglar aunque pasen, días, semanas e

incluso

meses Nancy. Tú misma te contradices.

Puede que yo me haya equivocado al huir tan rápido, me entró el pánico, ese día estaba nerviosa y

quería morirme porque no sabía si Bastian estaba bien

o mal. Sé que lo hice muy mal, que me lo imaginé con

su esposa y rodeado de sus hijos, no actué bien pero él

tampoco me está dando las explicaciones que necesito.

Me está regañando todo el tiempo y yo estoy muy cansada, no quiero seguir con esta conversación

porque no sé cómo vamos a acabar.

– Vale, creo que ya hemos dejado bastante claro nuestros puntos.

– Exacto.

Retrocede cuando me pongo derecha, ¿tanto

asco le doy? Él no pensaba lo mismo hace un momento

cuando íbamos a llegar a más. Oh mi dulce bebé, papá

tendrá que esperar a conocerte, porque ahora vamos a

descansar ya que mamá se ha comido cinco perritos

calientes y necesitamos dormir. Frunzo el ceño porque

quiero acariciar mi barriga y no puedo, Bastian no
deja

de observarme y no será ahora cuando sepa que va
a

ser padre.

– Bueno, pues mejor me voy.

– Vale.

– Te dejaré que sigas disfrutando de tu noche –

muestro mis dientes en una sonrisa falsa y se
interpone

en mi camino.

– No sigas Nancy, no sigas por ahí porque por

mucho que esté enamorado de ti no te lo voy a

consentir.

– Deja de decir cosas como esas porque me enfadas – le empujo para que se aparte y lo hace – eres un mentiroso Bastian, no digas eso cuando no lo sientes.

– ¿Y quién cojones dice lo contrario?, ¿tú? Te recuerdo que fuiste tú quien no quiso estar a mi lado, que ya...

– Oh Bastian, para de repetir lo mismo. Sí, fui yo la que te dejé y no me arrepiento. Ojala te hubieras puesto en mi lugar para sentir lo mismo que sentí yo al

escuchar que te había dado un infarto. No vuelvas con

tus estúpidas excusas de que te abandoné, tú tampoco

me seguiste y lo diste por finalizado. No me vendas

cuentos de amor porque no es justo.

– ¿QUÉ NO ES JUSTO? – Lanza una

estantería al suelo – ¡NO VUELVAS A DECIRME

LO QUE ES O NO ES JUSTO!

– No me grites Bastian. Aún evitas el tema de que necesitas a las mujeres para...

– ¡MALDITA SEA NANCY SULLIVAN! –

Pone una mano sobre su corazón y yo abro los

ojos.

– Bastian no, no por favor, no. Para, dejémoslo así.

Avanzo para acercarme a él y pongo la palma de mi mano sobre la suya. Bajo ningún concepto voy a

permitir que a Bastian le dé otro infarto, suspiro con

miedo viéndole con los ojos cerrados, no sé el grado de

su enfermedad, si tiene replicas o si está curado. No sé

nada y tampoco vamos a acabar nunca de pelear por

estupideces.

Al abrir los ojos frunce el ceño apartando mi mano de la suya. Yo me quedo sorprendida por el gesto, menos mal que tengo a mi dulce bebé conmigo y

estoy segura de que no me abandonará.

– Esto es lo que me haces Nancy. Vas a matarme de otro infarto.

– Yo...

– Vete, lárgate de aquí – se da la media vuelta todavía con su mano en el corazón.

– ¿Llamo a una ambulancia, a un médico, a Ryan?

– No. Vete de aquí, me vas a matar.

Arrugo mi cara porque quiero llorar, incluso consiguen escaparse dos lágrimas de mis ojos borrosos, están llenos del agua pero me contengo intentando secarlos con la manga. No puede echarme

de aquí, él no puede culparme de su infarto. Esto duele

y no lo soporto.

– Bastian, al menos déjame.

– ¿NO ME HAS ESCUCHADO, NANCY?

– No me hables así – él sigue de espaldas y está echando humo.

– Vete. De. Aquí. – Se da la media vuelta –

¡AHORA!

Antes de irme le diré que estoy embarazada y entonces le dejaré en paz. En parte tiene razón, yo soy

la culpable de su salud y no quiero que le pase nada

malo.

– ¿Puedo contarte al menos una cosa?

– ¡NO! – Grita de nuevo, esta vez más fuerte y levanta su brazo para que me vaya.

– Está bien, pero cálmate y no te alteres.

Cierro la puerta detrás de mí acariciando mi barriga. Mi dulce bebé debe de estar tranquilo, así que

yo lo estaré, le tengo que transmitir buenas vibraciones.

Avanzo en estos pasillos con la sensación de que me

pierdo, me dejo guiar por la música logrando ver la

puerta de salida. Hay mucha más gente ya que es más

tarde, no voy a poder encontrar a Ryan, no veo por el

humo y porque los cuerpos se chocan entre sí. Consigo

esquivar a todos y salir a la calle, Peter está

organizando a todos en la cola. Espero buscando con la

mirada a Trevor y Nella, no sé si se han ido sin mí.

Cuando Peter ha terminado, me saluda tocándome un

brazo, yo me abrazo la barriga porque no tengo mi abrigo y ni sé dónde está mi bolso.

– Te vas a congelar Señorita Sullivan – se sienta sin dejar de organizar a la gente y viendo como su compañero lo hace.

– Peter, ¿has visto aquí a Trevor? El hombre con el que vine.

– No, señorita, no lo he visto.

– Él iba acompañado de una mujer morena, alta, pelo largo, en sus treinta.

– Negativo. Han debido de salir cuando he

entrado adentro.

Doy un paso adelante abrazándome fuerte,

deben de estar en casa esperándome, Trevor sabe que

no tengo llaves.

– Bueno, me voy ya Peter – él está regañando a los que están empujando.

– Adiós Señorita Sullivan, – me doy la media vuelta – espera.

– ¿Sí?

– ¿Te vas sola? Es tarde, ¿dónde está tú abrigo?

– Oh, es que está manchado. Me quedo en casa de Trevor y vive a tres manzanas de aquí, no muy

lejos, en aquel edificio alto.

– De acuerdo. Pero no deberías andar sola y sin abrigo, va a llover.

– No tardaré. Ando rápido.

Me sonrío asintiendo con la cabeza, yo le contesto con un leve gesto de mano saludándole.

Avanzo mirando la larga cola, alejándome un poco y

decidida a cruzar la carretera. Calma mi dulce bebé,

nos pondremos calientes tan pronto llegemos a casa,

sí, sé que quieres comerte otro perrito caliente, yo también. Acaricio mi barriga porque amo a este

pequeño cacahuete que nace en mi interior.

Lleno mis pulmones de aire como una madre

orgullosa, me dispongo a cruzar la carretera cuando un

coche se para frente a mí, baja la ventanilla y llego

hasta sonreír.

– Nancy, hola.

– ¿Mike? – Me acerco – ¿qué estás haciendo en Chicago?

– Hola, espera – sale del coche y yo me acerco a él – ¿qué haces sola?

– Yo... ems... te he preguntado primero.

– Ah, he salido con los chicos. Querían ir a

tomar unas copas a Chicago y aquí estamos.

– ¿Has conducido desde casa hasta aquí?

– En realidad me quedo alojado aquí, unos días solamente – me sonrío – ¿dónde vas?, ¿y por qué no

llevas abrigo Nancy? Vas a congelarte.

Pasa ambas manos por mis brazos intentando calentarme pero me aparto para que no lo haga, él capta mi mensaje.

– Yo iba a casa y mi abrigo, bueno, lo de mi abrigo es una larga historia.

– Te llevo a casa entonces, no voy a dejarte caminar con este frío y llevando esa ropa. Vas a

congelarte.

– No hace falta, si solo me quedan un par de calles en aquella dirección.

– Nancy, no actúes como si no me conocieras.

Vamos, metete en el coche, se me están congelando los dedos.

Me lo pienso unas décimas de segundo y

accedo. Él rodea el coche para abrirme la puerta, entro

sintiendo el calor por mi cuerpo, el coche es demasiado

bonito y caro para ser suyo. Se introduce también mirándome sonriendo.

– ¿Es tuyo el coche?

– ¿Bromeas? Es alquilado, quería impresionar a las chicas.

Me alegra que esté en esa fase de conocer chicas, que ha evolucionado tanto como lo hice yo.

Pongo las manos sobre el calefactor porque me estaba congelando.

– Es por allí, detrás de ese edificio grande. Hay otro menos grande.

– Entendido, y cuéntame, ¿qué hacías andado sola por la ciudad de Chicago? Da gracias a que pasaba por aquí y te he visto.

– Si, bueno, yo salía del Bamper y supongo que he perdido el abrigo.

– ¿Y tú bolso?

– Pues si te soy sincera, en alguna parte dentro.

Espero que Ryan lo haya cogido.

Mierda, no, no puedo decirle que he visto a

Ryan. Mike ha estado estas navidades en casa con sus

padres y sabe que lo he dejado con Bastian. No puedo

arriesgarme a que se corra la voz en Crest Hill de que

he vuelto con él, prácticamente no hemos vuelto, creo

que estamos en proceso. Dejo mi mano sobre mi
vientre para sentir a mi dulce bebé, no ha dicho
nada

porque ha puesto la radio.

Acabamos de pasar el cruce de la calle y miro a

Mike. Él está concentrado en conducir, hay tráfico, los
los

coches se vuelven locos porque estamos en la
calle

donde hay más clubs. Me mira de vuelta con una
sonrisa en la cara.

– ¿Qué?

– Ems... puedes dejarme por aquí, te has

pasado el cruce de la calle. Te dije que detrás de

ese

edificio.

– No te voy a dejar que andes sola con el frío que hace Nancy. Voy a dejarte en la puerta cuando consiga quitarme a este coche tan lento que hay delante.

– Pero no es necesario Mike, de verdad, puedo quedarme aquí.

Me ignora, decido hacer lo mismo. Parece nervioso, como si el tráfico le impidiera seguir conduciendo o esperando para seguir en ruta.

– Bueno, cuéntame tú, ¿dónde te has dejado a

tus amigos?

– Se han quedado en algunos clubs – parece

buscar a alguien por delante del coche que
tenemos en

frente.

– ¿Estás bien Mike? Se te nota un poco

nervioso.

– Eso es porque lo estoy.

– ¿Por qué?, ¿has tenido un día de mierda como

yo lo he tenido?

– ¿Por qué has tenido un día de mierda?,

¿hablas de nuevo con ese Trumper?

– Mike, no digas ese.

Me enfada que le llame así y no sé por qué, hoy me enfada todo el que pueda atacar verbalmente a mi

hombre. Espero que Ryan haya llegado a su despacho

y que Bastian haya dejado de ser tan testarudo como

para pedir ayuda si está enfermo.

Oh dulce bebé, papá está enfermo del corazón.

Seguimos avanzando y alejándonos de la calle catastrófica donde hay más ambiente, miro por la ventana extrañada, ¿dará la vuelta o algo? La casa de

Trevor está por ahí.

– Tranquila Nancy, voy a echarle gasolina al coche.

– Ah, no quiero molestarte Mike. Vuelve con tus amigos, tendrías que haberme dejado un poco más atrás.

– Ni pensarlo, no te dejaría andar sola en la calle. Si fuera tu novio, jamás te dejaría.

– No vayas por ahí, ya no somos novios, ni lo seremos – sube el volumen de la música y nos adentramos en una autovía, ¿a dónde me está llevando? – ¿A dónde vamos?

– Te lo he dicho, mira esa luz de allí. La

gasolinera.

Dirijo mis ojos hacia donde me indica, y es verdad, veo una gasolinera entre las gotas que caen en

la ventana, está empezando a llover. Salimos de la autovía de nuevo para adentrarnos en la carretera que

nos lleva a la gasolinera, menos mal que está parando

el coche porque tengo hambre.

– Mike, ¿me compras un perrito caliente?

– ¿Qué? – Dice sorprendido quitándose el cinturón.

– Un perrito caliente o algo que lleve mostaza,

no sé.

– Espera dentro del coche si no quieres morir congelada. No tardo.

– Tranquilo tomate tu tiempo, pero cómprame el perrito caliente.

Cierra la puerta sin escuchar mi última frase.

Echo un vistazo al coche, analizando como de moderno

es, me recuerda a Bastian. Él no me dejaba conducir,

ni siquiera llamaba a Kezza porque no cedía mi seguridad en otra mujer. He de admitir que amaba que

me prohibiera conducir porque no soy del todo

buenas,

pero es una cosa que no voy a contarle para no

engordar su más que elevado ego. Le echo de
menos,

quiero volver al club, abrazarle, besarle, calmarle
e

intentarle demostrar que no estoy enfadada, que

arreglaremos lo nuestro, cueste lo que nos cueste.

Mike entra de nuevo en el coche tiritando de

frio, me lanza una bolsa y la abro con ilusión. No
hay

un perrito caliente pero hay una bolsa de cortezas
de

cerdo con sabor a mostaza.

– Como comprenderás, no hay perritos calientes en una gasolinera. Espero que eso te sirva.

– Sí, gracias. ¿Has echado gasolina?

– Afirmativo.

– Bien, – abro la bolsa y empiezo a comer –
regresemos entonces.

La mostaza me sienta tan bien, quiero decir, nos sienta bien, a mi dulce bebé y a mí nos encanta terriblemente y es nuestro nuevo alimento favorito.

Acabo con las existencias demasiado pronto, fijándome

de vuelta a la carretera, las ventanas de mi puerta están llenas de gotas de lluvia y por delante no veo

nada más que oscuridad.

– Se me ha olvidado comprarte algo para beber.

– Oh, no pasa nada, no he bebido nada desde que salí de casa.

– Vives con Rachel ¿no?

– Por supuesto, pero estoy pasando unos días en casa de un amigo.

– ¿Trumper?

– No, en casa de Bastian no.

– ¿Sigues sin hablar con él?

– Ems, bueno, en parte no lo estamos, digamos que estamos dándonos un pequeño descanso.

– ¿Descanso?, ¿quieres decir que vas a volver con él?

– Pues hay un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que vuelva con él, sí. ¿A qué viene

todo esto? No es nada nuevo que ame a Bastian, es mi

novio aunque a veces no encajamos. Además, esta vez

yo he tenido la culpa y está en mis manos el arreglar

nuestra relación.

– ¿Piensas que un hombre como él va a estar esperando por ti?

– Sí Mike, sí. ¿Qué mosca te ha picado con

Bastian? Nosotros lo dejamos como hace siete años.

– ¿Lo recuerdas? Eso quiere decir que piensas en mí, ¿no es cierto?

– ¿Qué? No Mike, no pienso en ti, ni siquiera somos amigos. Lo dejamos en mi primer año de universidad, y de eso hace como... ems... siete años.

Niego con la cabeza mosqueada, este chico está muy raro. Arrugo la bolsa vacía metiéndola dentro de

la otra, la dejo en el asiento y suspiro. Miro hacia todos

lados, solo veo oscuridad.

– ¿Se puede saber a dónde vamos? – No me responde – ¿Mike?

– Te he oído.

– Oh, ¿ahora estás enfadado? Mike, supéralo, no somos nada. Creí que trabajabas con mi padre y que salías con Paige.

– ¿Paige? Eso es lo que piensan tu madre y la mía. No me gusta Paige, me gustan las rubias, no las pelirrojas.

– Aconséjale que se cambie el color – me río – ¿a qué viene esa moda de que te gustan las rubias?

Cuando salíamos juntos te gustaban las morenas y
decías que yo era una excepción.

Me muero por comerme un perrito caliente,
quiero masticar la salchicha con la mostaza,
necesito

más mostaza en mi cuerpo. Oh mi dulce bebé,
mami se

encargará de comprar más antes de irnos a dormir.

No me acordaba de que el trayecto hacia la

gasolinera era tan largo, ahora en la vuelta no veo
las

luces de la ciudad aunque la lluvia cae. Mike no
dice

nada mientras conduce, está enfadado, tiene más

músculos, parece mayor, claro que tiene mi edad y ya

no es un adolescente.

Sigo pendiente de la carretera, ¿me estoy

volviendo loca o no estamos en Chicago? Está todo

oscuro, vale que haya aceptado el acompañarle a la

gasolinera, pero de ahí a que no me lleve de vuelta hay

un tramo muy largo. Bastian no aprobaría que

estuviera con él en el coche, de hecho me arrepiento

de haber entrado, espero que cuando se lo cuente no

piense que nos hemos acostado o algo mucho peor.

Acaricio mi vientre y giro la cabeza para mirarlo fijamente, estoy cansada de estar en el coche.

– Es mejor que no digas una palabra – me dice sin apartar la vista de la carretera.

– Debo de decir algo cuando no me llevas a casa. ¿A dónde vamos Mike? Si es una broma no es divertido.

– A mí tampoco me parecen divertidas muchas de las cosas y mírate.

– ¿De qué hablas?

– De ti volviendo con Trumper, ¿cómo pudiste

ser tan ciega de no ver el daño que te hizo?

– ¿Qué? – Me abrazo a mí misma.

– Lo que oyes, volviste con él cuando te hizo daño. En navidades vuelves a casa porque lo habéis

dejado y ¿ahora volvéis de nuevo?

– Mike, ¿qué jodidamente te pasa? Mi vida la vivo yo no tú. Y llévame a casa, no es divertido estar aquí contigo.

– ¿Qué pasa si yo lo veo divertido?

– ¿A qué te refieres con divertido?

CAPÍTULO 4

Bostezo acurrucándome un poco más. Tengo

mucho sueño. Remuevo mi lengua dentro de mi boca

porque todavía me sabe a mostaza, sonriendo al pensar

que mi dulce bebé ama ese sabor. Mi dulce bebé, acaricio mi barriga, hoy habrá crecido mucho más que

ayer o eso quiero decirme porque me muero de ganas

por verle. Abro los ojos rápidamente, quiero ir a verme

la barriga, pero tan pronto los abro, arrugo mi cara entrecerrando mis ojos, echo un vistazo y no estoy en

casa de Trevor.

¡Oh Dios, no!

Me levanto asustada pero no puedo, mis manos están atadas junto con mis piernas. Las cuerdas

rodean mis muñecas y mis tobillos, intento levantarme

pero me siento pesada. Respiro asustada, recuerdo que

anoche iba en un coche con Mike, pero no que Mike

me hiciera esto. No, él no. Llego a sonreír porque

Bastian es un neandertal, se habrá enterado de que me

marché realmente y me quiere así para él solo. Mi

Bastian pervertido.

– Bastian, muy gracioso, si querías tener sexo pervertido tendrías que haberme avisado antes. Es obvio que cuando duermo no me voy a escapar.

Alguien se ríe a lo lejos y no es Bastian. Estoy tumbada en un sofá que se cae a pedazos, es azul con flores, también veo que hay una escalera rota. No estoy con Bastian, él me tendría en un lugar lujoso, no en una casa que se viene abajo. La madera parece que se va a derrumbar a pedazos, hay algunas puertas que

parecen selladas y una luz se cuelga por debajo de una
puerta cerrada.

Decido esperar manteniendo toda la calma
posible, ahora mi dulce bebé depende de mí y no
tiene

que sentirme alterada. En realidad estoy más
asustada

de lo que le intento demostrar a mi dulce bebé,
pero

no quiero pensar en lo peor.

Escucho en el silencio como se mueven algunos
trastos en la cocina, alguien está cocinando beicon,
no

voy a rechazar este olor que llega aquí. Mi

incertidumbre crece cuando pasan unos minutos, y
veo

una sombra acercarse, es Mike que aparece
divertido

delante de mí. ¿Cómo se atreve a reírse? Es una
broma muy mala.

– Por fin te has despertado, creía que estabas
soñando de nuevo.

– ¿Me has atado tú?, ¿se puede saber a qué
viene esto?

– Sí, te he atado yo.

– ¿Por qué?

Echo un vistazo de nuevo a la casa y me estoy

dando cuenta que esto no es precisamente una cita,
es

una especie de ¿secuestro? Frunzo el ceño
intentando

levantarme pero no me ayuda. Se está riendo de
nuevo

y yo cierro los ojos. No, no puede ser, no puede
retenerme. ¿Cómo pude ser tan idiota de subirme
en

un coche con él?, ¿qué le he hecho yo? En
navidades

hablamos mucho con Rachel y las gemelas, parecía
el

mismo Mike de siempre.

Tras desaparecer por unos instantes, él vuelve

con una bandeja en la mano y se ve tranquilo, yo estoy

empezando a no estarlo. Tengo que ser más lista que

él, al fin y al cabo puede que sea un brote de niño malcriado.

– ¿Tienes hambre?

– Un poco sí, pero sí querías darme de comer y

que no te atacara no era necesario que me ataras de

pies y manos.

– No paras de moverte cuando duermes.

– Eso es incierto.

Bastian también me lo dice, que no dejo de

moverme cuando duermo excepto cuando él está encima de mí. ¡Oh Dios mío! Bastian debe de estar buscándome si no he vuelto a casa, Rachel habrá llamado a Trevor y Trevor a Rachel para comprobar si

estoy con el uno o con el otro. Se habrán dado cuenta

que he desaparecido, no sé qué hora es. Intento ver la

hora en su reloj y Mike me ve haciéndolo.

– Diez y cuarto de la mañana. Has dormido bastante.

– ¿Qué pasó anoche?

– ¿Huevos con beicon?

Odio que me esquive las preguntas. Le veo concentrado en el desayuno, si por mí fuera no probaría nada que venga de él, pero mi dulce bebé necesita alimento. Siento la boca pastosa y quiero agua.

– ¿Puedes darme un poco de agua?

– Ayer te di cuando intentaba despertarte, bebiste un poco sin embargo.

– ¿Cuándo? No me acuerdo.

Me ayuda a sentarme en el sofá, se acerca a mí con un vaso lleno de agua y lo pone en mis labios, cierro los ojos mientras bebo, no quiero mirarle y tener

que golpearle. Me siento mucho mejor ahora que el

agua viaja dentro de mi cuerpo, tengo hambre, mi estómago suena y no quiero saltarme ninguna comida.

Mike empieza a mover los huevos, los pincha con un

tenedor y lo acerca a mi boca. Niego con la cabeza.

– ¿Qué?, ¿qué quieres ahora?

– ¿Puedes soltarme?

– ¿Y arriesgarme a que me patees el trasero?

No, gracias.

– Mike, no está bien lo que estás haciendo.

Estás cometiendo un delito.

– El delito lo voy a cometer como no te comas lo que he cocinado para ti. Antes te gustaba como cocinaba.

– ¿Antes? Hace siete años que no sé nada de ti, no me acuerdo ni que ropa llevaba la semana pasada

como para acordarme de ti. ¿Puedes por el amor de

Dios soltarme? Me estás empezando a enfadar y no quiero hacerlo.

– No lo hagas entonces.

Insiste en darme el desayuno y por no

escucharle abro la boca para que me lo dé.

Saboreo el

huevo con el beicon, si tiene mostaza voy a olvidar el

por qué estoy aquí. Mastico con tranquilidad pero me

muerdo de hambre y ya acabo devorando la comida

más rápido de lo que me gustaría. Mike disfruta

viéndome así.

– Estaba hambrienta, ¿tú no desayunas?

– ¿Te importa que lo haga o no?

– La verdad es que no, pero me importa mucho

que me hayas engañado, secuestrado, retenido en

contra de mi voluntad y por supuesto que me

tengas

atada como si fuera a hacer algo del otro mundo.

– Si te tengo atada es porque no confío en ti.

– ¿Eso no debería ser al revés?

Se levanta como un energúmeno enfadado,

recoge la bandeja y se la lleva a la cocina,
suponiendo

que está al otro lado de esa puerta. Estoy enfadada
e

indignada, mi dulce bebé no necesita rodearse de
un

ambiente como este. Estamos a oscuras y entra
muy

poca luz porque parece que ha tapado las ventanas.

Me tranquilizo acariciando a mi dulce bebé, mi barriga

está más grande hoy y no sé por qué, ¿me estoy

perdiendo algo importante en el ciclo? Llevo un

Trumper en mi interior y en parte sé que no me he

desmoronado porque me da las fuerzas que necesito.

Mike viene de nuevo y se sienta en la silla que

hay enfrente, no está alejado pero tampoco tan cerca

de mí. Inspiro y expiro intentando buscar los motivos

suficientes como para no ponerme hecha una leona

con él.

– ¿Más agua?

– Baño si puede ser, – se levanta para

ayudarme pero le retengo levantando mis ambos

brazos atados – Mike, ¿no crees que deberías

soltarme? Está oscuro, no sé dónde voy, peso sesenta

kilos y no creo que vaya a ir muy lejos por mucho que

me lo propusiera.

– No confío en ti, así que no voy a soltarte.

– Por favor Mike, sea lo que sea esto lo

hablaremos como personas civilizadas. Ya no somos

niños, somos adultos consecuentes.

Piensa en lo que le digo y asiente con la cabeza.

No sé cómo lo hago pero en mi interior mi dulce bebé

y yo saltamos. Accede a quitarme las cuerdas para

soltarme, yo decido seguir mi plan y tranquilizarme. Al

fin y al cabo, es solo Mike.

– Ningún movimiento raro Nancy, – me agarra fuerte el brazo – lo digo en serio.

– El único movimiento raro que haré será aquí como no consiga vaciar mi vejiga.

Sonríe pero yo no lo hago, va detrás de mí

guiándome hacia la puerta que hay en frente del sofá.

¿Lo tiene todo planeado?, ¿es una casa abandonada?,

¿me estarán buscando?, ¿sabrán que he desaparecido?

Cierro la puerta detrás de mí y sé porque Mike no me

ha dicho que entra conmigo, solo hay un retrete y la

ventana está cerrada, parece pequeña. Aunque

quisiera, la única manera de salir de aquí es por la puerta y él está al otro lado.

Cuando acabo de vaciar mi cuerpo me refresco

la cara, miro mi rostro en el espejo, tiene moho verde y

me dan arcadas pero no evito hacer lo que hago a

diario. Me giro levantando mi camisa para verme
la

barriga. Se me escapan unas lágrimas porque veo
la

diferencia de ayer a hoy, estoy un poco más
hinchada

y mi dulce bebé está creciendo. Pongo una mano
sobre

mi boca rompiendo a llorar, voy a ser madre, hay
un

ser que está naciendo dentro de mí. Oh Bastian, si
tan

solo supieras que tú has hecho posible esto, que
vamos

a ser padres. Le echo terriblemente de menos,
estaba

tan cabreado que me gritó, él nunca estaría con
otras

mujeres solo me echaba de menos, me buscaba
entre

todas ellas. Quiero golpearle fuerte por buscarme
en

otras pero sé que no hizo nada, él me dijo que está
enamorado de mí. Él me ama, Bastian me ama. Oh,
¿cómo no me he dado cuenta que Bastian estaba
pidiéndome ayuda a su manera?

Mike abre la puerta bruscamente, ve como

estoy llorando, aparto mis lágrimas de la cara. Ah
sí,

tengo un problema aquí. No sé cómo voy a
manipular a

Mike pero haré todo lo que esté en mis manos para salir de aquí y volver con Bastian. Mi dulce bebé y él

son mi única prioridad.

– Sal de ahí y no llores. ¿Tienes cinco años de nuevo?

Su mano aprieta mi brazo, yo respondo

volviéndome para encararme con él que está

ignorándome y dirigiéndome de nuevo al sofá donde

me deja caer sin preocupaciones. Me ordena con la

mano que este es mi lugar y me siento cómodamente,

no entiendo a este chico ni lo que le he hecho yo.

– Mike, ¿sabes en el lío que te has metido?

– No es ningún lío, porque no lo hay. Tú quieres estar libremente aquí.

– ¿Qué? ¡No! Quiero estar en casa y no aquí contigo.

– Tu casa está en Crest Hill.

– ¿En Crest Hill? Allí viví, pero mi hogar está en Chicago. ¿En qué estás pensando?, ¿sabes que esto es un secuestro?

– ¡Qué no es un secuestro joder! – Se levanta nervioso, bien, algo no está bien y no lo tiene todo

controlado como creía.

– Si es un secuestro Mike, ¿sabes que Bastian
estará buscándome por cielo y tierra? Él no dejará
de
buscarme.

– Nancy, ¡cállate!, ¿no sabes decir otra cosa
que no sea Bastian, Bastian y jodidamente
Bastian?

Golpea la silla y esta se cae. Me tranquilizo sin
que se me note demasiado porque lo que tiene
Mike es

un ataque de celos. ¡Oh Dios! No, no puede ser.

– ¿Eras tú el de las llamadas y el que me ha
enviado esas notas?

No dice nada. Camina de un lado a otro

nervioso. Me levanto sonriendo porque he dado con el

grano en el trasero que nos ha puesto a Bastian y a mí

en más de un compromiso al pensar que eran otras personas. Pensábamos incluso en que no estábamos

seguros, y solo es Mike haciendo una travesura sin importancia.

– Nancy, siéntate – lo hago, no dejo de estar aquí secuestrada y no sé lo que puede llegar a hacer.

– Mike, ¿por qué lo has hecho?, ¿sabes lo

preocupados que hemos estado cuando recibíamos las

llamadas?

– Eres tú la única culpable – me mira enfadado

– tú eres la única furcia aquí, tú lo has querido.

– ¿Qué? Yo no soy ninguna furcia, para tu

información solo he estado contigo y con Bastian;
y

con mi novio, me basta.

¿He reclamado de nuevo a Bastian como mi

novio? Pongo mi mano en la barriga porque estoy

segura de que esto ha sido producto de mi dulce
bebé.

Mamá está orgullosa.

– Tu padre me llamó enfadado porque le había dicho tu madre que habíais vuelto. Entonces me invitó

a cenar y pude verlo con mis propios ojos, apareciste

de nuevo de la mano de ese cabrón. Sonreías, me echaste de tu casa, jamás me habías echado Nancy.

¿No te das cuenta de lo enferma que estas? Le prefieres a él, siempre lo escoges a él y no te haces

una idea del daño que le has hecho a tu familia.

– Mike, no metas a mi familia en esto – me

levanto enfadada y dispuesta a defender el honor de

Bastian – no tenías ningún derecho a estar allí esa noche, era una cena familiar.

– ¿Y cuándo te ha importado que sea familiar?

Siempre he estado con tu familia.

– Esa noche era para estar en familia y aunque hayas estado en casa no te da ningún derecho a entrometerte en nuestros asuntos.

– Quería hablar contigo pero tu madre me echó.

¿Te das cuenta? Subiste la escalera agarrada de la mano de ese cuando...

– Ese tiene nombre Mike, – me cruzo de brazos

– no puedo creerme que toda la mierda de las llamadas

y las notas eras tú. ¿Qué pretendías?, ¿asustarme?

– Pretendo reclamar lo que es mío, ya se te ha acabado la aventura en Chicago. Eres mía. Te dejé que vivieras tu vida en la universidad, pero ya es hora de que regreses a casa conmigo.

Retrocedo hasta sentarme en el sofá. Pongo ambas manos en mi cabeza. Quiero matarle, torturarlo

si es necesario, no puedo creerme que por un momento

me haya visto en peligro realmente. Suspiro intentando

calmarme, necesito todas las neuronas en calma para

no perder los papeles y golpearle. Le miro y está nervioso, no creo que esté enfadado, solo disgustado de mi actitud.

– Está bien Mike, he pillado tu punto. Si querías hablar solo tenías que quedar conmigo.

– ¿Cuándo? Te lo pregunte en navidades y no querías, luego volviste a Chicago de nuevo.

– Vivo en Chicago, ¿dónde querías que estuviera? Es absurdo tu argumento.

– Te debiste quedar en Crest Hill, ya no estabas con Bastian.

– No estaba con él físicamente, pero en cuerpo

y alma sí. Él me pertenece y yo a él, ¿lo vas a aceptar

de una vez? Si Bastian y yo nos peleamos es nuestro

problema, si voy a ver a mis padres es mi problema.

Mike, tú ya no estás en mi vida, acéptalo. Y volvamos

a casa, tengo que tomarme mis pastillas.

No me acuerdo si las metí en la maleta o en el

bolso, ¡mierda! Me acuerdo que mi bolso se me cayó

cuando Bastian me embistió y subió a su hombro. Mi

león, estoy preocupada por él, no sé si sabrá que he

desaparecido. Espero que no se lo hayan comunicado,

no quiero que le de otro infarto.

Mike no me mira, se ha vuelto a sentar en la silla, está de brazos cruzados, me recuerda a las discusiones que teníamos en nuestros quince, cuando

hacíamos de una quedada en el cine un mundo. Me río

porque ahora más que nunca me doy cuenta que los amores en la adolescencia se quedan allí, junto a ella,

perdidos con las primeras experiencias. Todo mi pasado y todo mi presente, me certifica aún más que

amo a Bastian, que quiero pasar el resto de mi vida

junto a él, que nos enfrentaremos a mucha más mierda,

pero quiero vivirlo todo a su lado. Vamos a ser padres

y me ha dado mucho más que lo que ningún otro hombre me va a dar.

Cambio mi gesto a más seria e intento que Mike entre en razón. Me levanto acercándome a él.

– Vuelve a tu sitio Nancy.

– Mike – me agacho – escúchame, encontrarás a una chica que te quiera como te mereces. No eres un mal chico, eres casi de la familia, mi padre te

ama

mucho más a ti que a mí. No era necesario que

hicieras esto, no había necesidad de que nos
asustaras

con las llamadas y que me dejaras los sobres con
las

rosas. Todo sobraba, te hubiera recibido encantada
si

querías hablar conmigo.

– Yo no quiero que me recibas, además, ya se te

ha acabado el juego Nancy. Eres mía y vamos a
huir

lejos, muy lejos.

Entrecierro los ojos negando. Por momentos no

le reconozco, se ausenta pensando en su próximo paso.

Necesito distraerle, no sé en lo que piensa y puede hacerme daño.

– ¿Por qué empezaste con las llamadas? – Le

pregunto sentándome en el sofá como si estuviera en

mi casa, tengo que hacerle ver que no estoy asustada

ni preocupada aunque por dentro lo esté.

– Porque era la única manera de escuchar tu voz.

– ¿También querías escuchar la de Bastian?

– Sólo me aseguraba de cuando estaba contigo

y cuando no.

– ¿Lo hacías tu solo?

– Sí, yo solo.

– Intentamos rastrear tus llamadas y no pudimos, ¿cómo lo hiciste?

– Ya sabes lo que me ha gustado siempre la informática. Que no haya ido a la universidad no me convierte en un inculto.

– Yo no quería decir eso.

Se levanta de la silla sentándose a mi lado en el sofá, está demasiado cerca y no me fio de lo que vaya

a hacerme. Diviso con los ojos si hay salidas pero solo

veo la puerta que da a la cocina, supongo que por ahí

debo de correr tan pronto tenga la oportunidad.

– Ni lo pienses, está todo vallado.

– ¿Dónde estamos?

– Muy lejos de Chicago y Crest Hill.

– ¿Por qué lo haces Mike?, ¿no sabes que vas a acabar en la cárcel?

– ¿Cárcel? Sólo estoy disfrutando de un domingo con mi chica – pone un brazo sobre mis hombros, intento esquivarle pero me retiene fuerte

para que no me aleje.

– Suéltame, estás empezando a asustarme.

Pienso en que Mike quiere algo serio conmigo, o secuestrarme para él o retenerme aquí tanto tiempo le

dé la gana. Empiezo a barajar las posibilidades de cómo hacerle entender que es una tontería, si cedo a

sus suplicas podré salir de aquí. Cuando me suelta y le

miro se está riendo, yo me abrazo a mí misma

alejándome definitivamente de él. Me coloco bien derecha al otro lado del sofá, espero que mi dulce bebé

esté en calma porque como sufra lo más mínimo
acabaré dándole una paliza.

– Nancy, Nancy, Nancy, ¿en qué te has
convertido mi querida Nancy?

Se levanta saliendo por la puerta y cerrándola
con llave. Espero cinco minutos y sin dudar me
dirijo a

la puerta apoyando la oreja sobre ella, me quedo
en

silencio para escuchar nada en especial. Intento
abrirla

pero me es imposible, me ha dejado atrapada aquí.

– ¿Mike?, ¿Mike estás ahí? No me dejes sola,
está empezando a llover y puede que haya goteras.

Golpeo la puerta, no obtengo respuesta. Me

siento en el sofá de brazos cruzados esperando a que

regrese. No lo hace, en un momento de desesperación,

me levanto de nuevo yendo hacia la poca luz que entra

por unos agujeros de la madera que ha debido de poner

para bloquearme la salida. El día está nublado y solo

hay árboles alrededor, podemos estar en algún otro

lugar que no sea Chicago. Mi Bastian no vendrá, oh mi

amor, si tan solo supieras que te amo mucho más de lo

que puedo demostrarte con mis enfados.

Espero por lo que parecen horas y así son. Ha

pasado la hora del almuerzo, mi dulce bebé
necesita

comer, necesito agua, necesito actividad. Cuando
empiezo a estar nerviosa la puerta se abre y Mike
aparece sonriendo, lleva unas bolsas y huele a
comida.

– Pensé que me habías abandonado.

– Te he comprado perritos calientes.

Me sorprendo de que se acuerde que amaría

comerme millones de perritos calientes, abro la
bolsa

como una desesperada fingiendo en mi mente que

Mike es un amigo y no un secuestrador.

– ¿Has traído mostaza?

– Sí, y tu Pepsi – miro como me da la lata, era mi bebida favorita hasta que mi dulce bebé hace que la

vomite – ¿qué pasa?, ¿no te gusta?

– Mucho, pero preferiría agua o un té.

– ¿El gorila no te deja beber Pepsi? – Se enfada y le regaña con la mirada.

– No le llames gorila. ¿Qué te pasa con

Bastian? Admite que es mucho mejor que tú, que me

ama y que estamos juntos.

Doy un mordisco a un perrito caliente

aprovechando el placer que siento al sentirlo
dentro de

mi boca. Si mi dulce bebé tuviera manos estaría

golpeando las paredes de mi barriga. Disfruto de
mi

comida bajo el silencio de Mike ante mis palabras,
él

también come e incluso me roba patatas fritas
como si

nada estuviera pasando entre nosotros.

Clavo mis ojos en sus manos porque no sé

cuándo he empezado a odiar que metan las manos
en

mi comida.

– Siempre te ha gustado compartir las patatas fritas.

– ¡Mike, por al amor de Dios! Eso era cuando tenía catorce años, no ahora. ¿Es que vives en el pasado? No toques mi comida, por favor. Ya que me estas alimentando en mi secuestro exijo que mi comida sea para mí.

– No estás en un secuestro.

– ¿Ah no? Entonces me voy, – miro hacia su reloj que marcan las cinco de la tarde – Mike, déjame llamar a mi familia. Estarán preocupados.

– No, les dirás que te he secuestrado.

– Si tú quieres, no se lo diré. Ya conoces a mi padre, se morirá si saben que me han secuestrado.

– ¿Cómo lo saben si Rachel se pasa todo el día con su novio y no estás con Trumper? Nadie te echará en falta.

Eso no es verdad. Estoy segura de que me echarán en falta. Menos mal que tanto Rachel, como

Alan y Trevor saben lo de las notas. Deducirán que no

estoy en ningún lado, habrán acudido a Bastian y él estará buscándome. Sí, todos lo harán. Mi león

estará

buscándome.

Me limpio la boca con una servilleta,
enfrentándome a él.

– Venga Mike, hazlo por mis padres. Necesito
saber que están bien, tienes razón, probablemente
nadie estará buscándome. Pero si no llamo a mi
madre
a diario se molesta y ayer no la llamé, hoy
tampoco.

Hazlo por ellos, por favor.

Analizo su cara como él la mía, saca un móvil
de su bolsillo y yo veo el cielo abierto. Cuando
voy a

cogerlo emocionada él lo aleja.

– No te pases Nancy, no dudaré en atarte y taparte la boca.

– ¿Cuándo regresaremos a casa? Necesito darle a mi madre alguna pista.

– Diles que estás bien y que te has ido con alguna amiga de compras a... a...

– ¿Las Vegas?

– Sí, a Las Vegas. No hagas ningún truco, mi móvil está pirateado y no rastrearán la llamada.

Pone en mis manos el móvil, yo me gano su confianza recostándome como si fuera a tener una

conversación larga con mi madre. Eso pretendo.

Tenerla en línea para que puedan rastrear la llamada,

este Mike necesita ver más películas del FBI.
Acaba

de caer en su propia trampa, voy a tranquilizar a mi

familia.

Marco el número de mi madre y espero.

– ¿Diga?

– ¿Mamá? Soy Nancy.

– Hija – está asustada y ya escucho más voces

que suplican silencio, no está sola – ¿dónde estás?

Hoy

habíamos quedado para comer, ¿no te acuerdas?

Miro a Mike que me niega con la cabeza, le

pregunto si puedo decirle que estamos juntos
moviendo

en desapruero con su cabeza. Esto son segundos
que

gano para que puedan rastrear la llamada,
Sebastian

nos dijo en su momento que mantuviéramos las
llamadas para localizar la procedencia pero
siempre

duraban muy poco. Me siento feliz de hacer lo
correcto.

– ¿Mamá?, ¿me oyes bien? – Hago una mueca

y le pido a Mike una patata frita, el muy idiota me la da.

– Sí hija, ¿dónde estás?, ¿vas a venir a casa?, ¿recuerdas que hoy venía a Chicago para verte?

– Sí mamá, lo recuerdo perfectamente. Estoy comiéndome unas patatas fritas, quiero decir, están demasiado buenas y ahora no puedo vivir sin la mostaza.

A Mike no le gusta lo que estoy haciendo y le pido por más, beso su mano cambiándole el gesto de la cara a una más sonriente. Ahora mismo accedería a

cualquiera de mis caprichos.

– ¿Mostaza?, ¿qué quieres decir con mostaza?,
¿ya no te gustan los merengues?

– Creo que no. Mostaza.

– ¿A qué es debido esto hija? – La voz de mi
madre tiembla y sé que está nerviosa, ya he
escuchado

algunas voces a su alrededor, a Mike lo tengo
entretenido dándome patatas para que no oiga
nada.

– Perdón si tardo en contestar, es que tengo la
boca llena y no paro de comer.

– ¿Tu secuestrador está a tu lado?

– Oh sí mamá, tengo las patatas fritas muy
cerca de mí – pongo la mano en el móvil y susurro
a

Mike – ya te contaré porque me gusta tanto la
mostaza.

Él sonríe, creo tener la situación en control.

– Sigue hablando – se escucha una voz a lo
lejos.

– Mamá, ponme a papá al teléfono. Quiero
decirle hola, ¿está ahí contigo?

– Por supuesto, todos.

Se me para el corazón al oír la palabra todos,
eso quiere decir que también está Bastian. Sé que

está

Bastian porque escucho algunos gruñidos de fondo. Mi

padre coje el teléfono.

– Hija, ¿dónde estás? Dame alguna pista, iré a por ti ahora mismo.

– Llamaba para cancelar la cita de hoy, ems... me ha surgido algo. Bueno, ya os contaré.

– ¿Estás sana?, ¿te han hecho daño?, ¿dónde estás?

– Estoy en Las Vegas.

– ¿En Las Vegas?

– Sí, en Las Vegas. Estoy enfadada, he jugado

en el casino y he perdido.

Al muy tonto de Mike le parece normal esta conversación sin sentido.

– ¿Qué casino?

– No sé el nombre, pero estoy pasándomelo muy bien.

– Bichito, dadnos una pista.

– Ya te lo he dicho, estoy en Las Vegas – le digo a Mike que me acerque el agua y la busca en el

suelo – y muy bien acompañada por cierto, yo sé de

uno que no lo aceptaría.

– ¿Estás con un hombre?

– Bueno, no tanto, ¿por quién me tomas papá?

Solo estoy con alguien quien me quiere mucho.

– ¿Un novio?

– Si papá, ya sabes todos los que he tenido y no me regañes que los cuentas con la palma de tu mano.

Por cierto, he visto un coche y me he acordado al que

arreglamos cuando tenía quince años.

– ¿Ese viejo jeep rojo?

– Sí, he visto el jeep rojo y me ha recordado a ti cuando me dejabas entrar en el taller para arreglar el

coche contigo.

– ¿En el taller? Hija, vas a tener que darnos más pistas, mantén la llamada.

Mike me quita el móvil y corta la llamada. Se levanta escondiéndoselo en el bolsillo, me lanza la botella de agua y pega una patada a la silla.

– ¿Por qué le has dado pistas?

– Yo no les he dado pistas, les he contado que estoy bien. Siempre hablo con mi padre de la época en

la que me dejaba entrar en su taller.

– Tenemos que irnos de aquí, – pasea nervioso de un lado a otro – levántate.

– Mike, ¿de qué estás hablando?

– Le has dado información, sabrán que estamos aquí. ¿No lo entiendes? Vendrán a buscarme.

– No seas catastrófico, mis padres siguen en Crest Hill. Se supone que hoy venían a Chicago pero si

no se lo confirmaba a mi madre no vendrían, relájate.

Ahora sí que estarán preocupados porque no les he dicho adiós. Además, me creas o no, siempre hablo de

coches con mi padre.

– Eres una mentirosa Nancy, no llamas a tu padre. Nunca.

– Eh, si le llamo, lo que te haya contado es demasiado exagerado. Él no acepta que sea una mujer

y eso ya lo sabes. ¿Por qué no te tranquilizas y terminamos de almorzar?, ¿has comprado algo para

cenar? Se nos va a juntar el almuerzo con la cena.

Consigo evadirle del querer escapar. Deben de estar en camino, he estado bastante tiempo en línea y

tienen que haberme rastreado la llamada, o lo hacen o

voy a estar muy jodida aquí. Me limito a comerme los

sobres de mostaza extra mientras Mike entra y

sale,

está recogiendo las cosas.

– Termina, nos vamos.

– No Mike, no nos vamos. ¿A dónde vamos a ir? Es tarde.

– Por eso, porque va a oscurecer dentro de muy poco.

Los nervios me comen con la posibilidad de que podamos irnos de aquí ahora que ya lo pueden saber,

necesito más tiempo. Hago uso de mis habilidades femeninas y empiezo a llorar pero no salen las lágrimas. Lo intento de nuevo acordándome de las

mujeres que estaban con Bastian, me entristece verle

así y se escapan algunas.

Exagero.

– Oh Mike – lloro fingiendo que estoy

destrozada – ¿por qué?, ¿por qué me tuve que

enamorar de Bastian? Él no es bueno para mí.

Eso capta su atención, camina hacia mí

sentándose a mi lado y acaricia mi espalda, me ladeo

un poco recostándome junto a él.

– No llores por él, ese hombre es viejo y feo –
como tú gilipollas.

– Sí, creo que él no es para mí.

– ¿Por qué te enamoraste de él? – Porque él tiene todo lo que una mujer puede buscar en un hombre.

– No lo sé, supongo que me sentía sola.

– Sólo tenías que volver a casa. ¿Por qué hiciste un año más de carrera?, ¿para no volver? Estaba esperándote, incluso tu padre me había aconsejado comprar la casa que hay al lado de la vuestra. Para nosotros.

Sí, mi padre y sus trucos para retenerme junto a él. Me acurruco hundiéndome un poco más, creando

un momento de silencio y preguntándome porque
no

están ya aquí.

– Necesito ir al baño, ¿a dónde vamos? No
tengo abrigo.

– Te he traído un abrigo, ve y no tardes.

Tenemos que irnos.

Entro en el baño asomándome a la ventana una
vez que he cerrado la puerta. Me miro en el espejo
levantando mi camiseta para ver a mi dulce bebé,
ahora está durmiendo después de haber comido.

Acaricio mi vientre pensando en que tengo una
vida

dentro de mí. Sacudo la cabeza frunciendo el ceño, necesito pensar, sí, el Trumper que llevo en mi interior

me dará alguna idea para intentar retener a Mike.

– Mike, – grito desde el baño – creo que tengo el periodo.

– Joder, pues te esperas.

– Necesito cosas de chicas, ¿vamos a ir a otra gasolinera?

– No Nancy, termina ya.

– Pero, ¿qué hago con la sangre? La ducha no funciona, no corre agua.

– ¿Quieres salir de una vez?

– Me niego Mike, – muerdo mi uña del dedo

pequeño – dejaré rastros de sangre por todos lados.

Esto es... ems... asqueroso si no eres mujer, e incluso

siendo mujer.

– Haz... ¡joder Nancy! Haz lo que tengas que

hacer con eso. Sal de ahí.

Abro la puerta enfadada, levanto la barbilla

saliendo y sentándome en el sofá. Él se ha puesto un

abrigo, lleva una bolsa negra colgada de un hombro.

– Me niego a salir así, no quiero irme de aquí.

Adelante, déjame tirada como una bolsa de basura.

– Levanta, nos vamos.

– No Mike. Sangro, además, me duele la tripa –

paso mi mano por mi vientre, no puedo evitar el
sonreír

por mi dulce bebé.

– ¡NANCY!

Mike y yo miramos hacia el rugido neandertal

que ha sonado en este desierto. Bastian grita mi

nombre junto con otras voces que le advierten que
no

debe de avanzar.

– ¿Bastian? – Me levanto rápidamente

apoyando ambas manos en estos bloques de
madera –

Bastian, estoy aquí Bastian.

– Nancy, aléjate nena – siento como retumba

toda la pared porque mi león está golpeando para
llegar

a mí.

Trago saliva mientras retrocedo hasta chocar

con el cuerpo de Mike. Está paralizado, coloco
ambas

manos sobre sus hombros para hacerle reaccionar

rápidamente. Como no se vaya de aquí va a morir.

– Mike, tienes que salir de aquí – sacude la

cabeza reaccionando.

– Lo haré contigo de mi mano.

– ¿Estás loco? Bastian está derribando toda la pared, va a matarte Mike, lo digo en serio, Bastian va a matarte. En cuanto te vea, va a golpearte tan duro que no vivirás.

– No le tengo miedo, lucharé.

– ¿Lucharás? Estás hablando del campeón mundial, él no... él no va a tener piedad en matarte.

Me has secuestrado, he estado desaparecida casi un

día completo, eso son meses para Bastian, él pensará

lo peor. Por favor, sal de aquí.

– Ven conmigo, la puerta trasera está cerrada, pero hay un pasadizo abajo que nos llevará a la carretera – le frunzo el ceño y le golpeo fuerte en la

cara – ¿a qué ha venido eso?

– ¿Qué tenías planeado gilipollas? – Miramos hacia la pared porque una de las maderas ha cedido y

Bastian va a derribar la casa entera.

– Solo quería comprar esta casa para ti y para mí, hacerla a nuestro gusto y poder vivir aquí, alejados de todo el mundo.

– Mike, yo amo al bestia que está golpeando la pared. Yo le amo y él me ama, ahora corre bien lejos

porque como te encuentre te va a golpear.

Agarra mi mano besando mis nudillos, yo ladeo

la cabeza porque sé que esto ha sido la mayor

estupidez que haya podido cometer en su vida. Es

obvio que aún no me ha olvidado, que quiere algo

conmigo pero estamos a años luz de que pueda tener

algo más que un hola cuando le vea. Deja caer la

bolsa, me abraza fuerte devolviéndole el gesto, le daré

esto último antes de que Bastian le encuentre en

algún

lado y le mate.

– No me olvides Nancy, yo te quiero de verdad

– acaricia mi cara e intenta besarme pero yo me echo

hacia atrás poniendo ambas manos sobre su pecho alejándole.

– ¡Para Mike!

Intento apartarle de mí cuando Bastian destroza

media pared, Mike reacciona alejándose de mí y mi

león entra como un neandertal dando grandes pasos.

– Nancy, explícaselo – es el grito de Mike

cuando veo el primer puño de Bastian en su cara.

Mis ojos están abiertos, estoy en shock viendo como Bastian golpea a Mike, va a matarlo. Ambos luchan, Mike se defiende pero no tiene nada que hacer

con mi neandertal, él no deja de pegarle cuando el otro

esquiva más de un golpe. Quiero decir tantas cosas que lo único que me importa es mi dulce bebé, veo la

escena apartándome de ellos, arrinconándome contra

la pared cuando escucho dos rugidos más. Mis cuñados.

Ellos entran tan rápido como Bastian lo ha
hecho y se lanzan hacia su hermano, la fuerza de
Bastian hace que a sus hermanos les cueste
retenerle

porque no va a parar hasta matar a Mike. Veo
sangre

por todos lados, también como Mike se mueve y
eso

me tranquiliza, Sebastian consigue coger del
cuello a

Bastian e inmovilizarlo mientras Sebas le agarra
fuerte

para que no siga pegándole. Los tres se apartan de

Mike que está inmóvil, no está muerto porque
mueve

sus piernas pero si va a estar una buena temporada en

el hospital.

No quiero mirarles a los ojos porque sé que voy

a correr hacia Bastian y ahora no es un buen

momento, está nervioso e incluso puede tener otro

infarto. Escucho voces que llegan desde afuera, ruidos

de coches, murmullos y un escándalo bastante agitado.

A la primera que veo entrar por el agujero que ha

hecho Bastian es a Rachel, ve como los Trumper están

en una pared intentando que mi león no se suelte, luego

me mira a mí porque no se había dado cuenta que estaba arrinconada y rápidamente corre para abrazarme.

– Nancy, ¿estás bien?, ¿qué digo? No, no lo estás – le abrazo fuerte porque soy muy feliz, me siento muy bien y mejor de lo que me esperaba.

– Estoy bien Rachel.

– Y una mierda, ¿quieres que le pegue a ese?

Puedo sacar mi lado pitbull y lo haré – mira hacia atrás, Mike está jodido y lloriqueando por el dolor.

– Mi niña, ¿dónde está mi niña?

Mi madre es la siguiente que veo aparecer por

la puerta, con ella lloro cuando la veo entrar y aprieto

fuerte su abrazo, mi padre no tarda uniéndose a nosotras. Quiero mostrarles que soy feliz, que estoy

bien, que Mike me ha tratado bien, que ha sido una tontería infantil lo que ha hecho, pero ahora estoy tan

emocionada de verles que no puedo hablar.

Mi padre me suelta para acercarse a Mike que está en el suelo, no me da tiempo a ver lo que va a hacer cuando Alan entra y lo retiene.

– Señor Sullivan, estoy seguro que ya tiene su merecido.

En dos segundos veo entrar a hombres vestidos de negro, tienen máscaras, armas y protección. Mi madre me arrincona más junto con Rachel, Bastian sigue calmándose porque la sombra de los tres hermanos no se mueve. Vemos el espectáculo de cómo arrestan a Mike, le miro y me da pena, pero supongo que ya arreglaré su situación cuando me restablezca. Me vuelvo a fijar en mi madre, me da un

beso haciendo que me pierda en su abrazo de nuevo.

– Se ha vuelto loco buscándote, – susurra en mi oreja – él ha sido quién ha averiguado dónde estabas y

ha venido a por ti.

Ya me siento en paz y en calma sabiendo que a

Bastian le importo. Nunca he dejado de importarle,

ahora le amo mucho más. Dejo los brazos que me arropan cuando mi mirada se posa sobre un hombre

que casi no entra por el agujero, le da una patada y echa abajo el resto de la madera que quedaba colgando. El Señor Trumper, el... el padre de Bastian,

¡oh Dios! ¿Qué hace aquí?

– Aparta que vas lento – escucho la dulce voz

de Margaret que empuja a su marido, ella me ve y

se

acerca relajándose – ¡gracias a Dios! Nancy ¿estás bien?

– Margaret.

No me da tiempo a decir nada más cuando aparta a Alan y a mi madre que le obstruía el paso para abrazarme. Me aprieta tan fuerte que me va a romper en dos y no me puede importar ahora menos el romperme que el que mi suegra me esté dando un abrazo. Ella me quiere, ella está aquí, no está enfadada conmigo y ha venido junto con su familia. Besa mi

cara, mi madre sonríe orgullosa.

–  C mo est s?,  te ha hecho daño? Voy a patearle el trasero, se las ver  conmigo.

– Oh Margaret, todo ha ido bien.

La voz ronca de un hombre nos distrae a todos.

Viste con un traje oficial negro ajustado y su

identificación del FBI que nos enseña, intenta avanzar,

pero el círculo que ha hecho mi padre y Margaret no le

deja. Rachel intenta llevarse a mi suegra pero no lo

consigue, ni siquiera yo me escapo de sus brazos que

me rodean.

– Si me disculpan, tengo algunas preguntas que hacerle.

Entiendo, nunca había tenido nada que ver con el FBI, siento como si estuviera viviendo mi propia

película de acción. Asiento con la cabeza, el hombre

me sonrío también y la sombra de Bastian arrasa con

todos apartándoles de su camino.

– Bastian, ¿estás bien hijo? – Margaret se da cuenta que la camiseta blanca está manchada de sangre.

– Yo iré con ella – le planta cara al agente y este niega con la cabeza.

– Lo siento, necesito solo a la víctima.

– Ella no irá a ningún lado sin mí. ¿Entendido?

– Necesita reponerse – mi padre se posiciona al lado de Bastian y a mí me da por reír, beso la cabeza

de Margaret logrando escapar de sus brazos para avanzar hacia ellos.

– Estoy bien. Puedo responder a las preguntas que quiera.

– Dile que se ponga el uniforme al completo

Nancy – me susurra Rachel, Margaret y mi madre

empiezan a reírse. Yo también lo hago, la verdad es

que es tan grande que los uniformes del FBI siempre

me han gustado más de la cuenta.

El rugido del Señor Trumper hace que Margaret deje de reír y vea como se acerca con mis cuñados.

En fin, estamos todos.

– Acompáñeme, tiene derecho a solicitar a una mujer para que esté en tu declaración como...

– Lo solicita – Bastian se pone delante de mí tapándome la visión del agente.

– Bastian, deja que haga su trabajo – Alan es el

que se atreve a hablar.

– Trumper tiene razón – ¿ese es mi padre
apoyando a mi hombre?

Todo esto me hace feliz y no sé por qué. Que
Bastian esté aquí, que mi padre esté apoyando a
Bastian y que Margaret me haya abrazado, quita
todas
las dudas que podría tener.

Sin
embargo,
aparto
a
mi

neandertal

visualizando el cuerpo del agente que tiene un gran problema con mi familia. Le sonrío amablemente y él

se fija en mí.

– Agente, no solicito a ninguna mujer porque no tengo ningún dato relevante que confesar. Me he despertado a las diez de la mañana, he comido como

una glotona y he pasado el tiempo hablando con Mike.

Él se pensaba que tenía posibilidades conmigo y en

verdad solo hemos hablado, intentaba convencerle que

iría a la cárcel si seguía reteniéndome.

– Entiendo Nancy – el agente asiente.

– Señorita Sullivan – gruñe Bastian y el agente le mira desorbitado como si no acertara en nada.

– Acompáñeme de todas formas, tengo que hacerle muchas más preguntas.

– De acuerdo.

Los hermanos de Bastian se ponen a su lado, ahora me tienen encerrada aquí abajo, son tan altos que dejan por los suelos a cualquiera que tenga medianamente una altura normal. La única forma de

tranquilizar a Bastian es hacerle entender que

estoy

bien, apoyo mi frente en su brazo y agarro sus dedos

con los míos, le acaricio y observa mi rostro olvidándose de todos.

– Estoy bien Bastian, voy a hablar con el agente, ¿de acuerdo? – Me frunce el ceño.

– Yo voy contigo.

– Es confidencial Trumper, ya te lo he repetido dos millones de veces – el agente suspira.

– Hazlo dos millones más – añade su hermano Sebastian muy serio.

– Agente, si Bastian quiere venir conmigo, no

veo ningún problema – ahora soy yo la que doy un paso por delante – él lo va a saber de todas formas y

así me ahorras el tener que contarlo dos veces.

El agente encara a Bastian, debe sentirse

orgulloso de mí. Paso mi mano por mi vientre y sonrío

mientras intervienen en una guerra de miradas, mi

dulce bebé es más Trumper que Sullivan, de eso estoy

segura porque no deja de mandarme la fuerza de su padre.

– Eres imposible Trumper – resopla –

acompañame por aquí Señorita Sullivan.

– Hace frío ahí afuera – mi madre dice
poniéndome su abrigo.

– Oh, estoy bien mamá.

– No lo digo por ti – me susurra guiñándome un
ojo.

Hace que me sonroje avanzando junto a Bastian
de la mano, no deja que el hombre se acerque a mí
y
me hace gracia porque probablemente vaya a ser
la
última vez que me permita ver la luz del día. Sé
que me
va a retener para él solo y no habrá piedad ni para
mi

dulce bebé, ni para mí.

Cuando salimos fuera seguimos al agente, hay muchas furgonetas del FBI y dos ambulancias que esperan con la puerta abierta, en una de ellas están atendiendo a Mike y hablan de llevárselo al hospital.

Nos dirigimos a una tienda de campaña de tela montada afuera, tiro de la mano de Bastian para llamar su atención.

– ¿Qué es todo esto? – Le susurro.

– Es poco para lo que tenía que haber, lo sé.

– ¿Qué? No, no quiero decir eso... yo...

Aprieta los dedos de mi mano haciéndome
entender que ha acabado la conversación y que no
tendré replica. El agente me indica que me sienta
en

una silla, es Bastian quien la retira para que me
sienta,

él lo hace a mi lado dándome cuenta que huele a
sudor,

lleva la misma ropa que ayer y adoro que huelga
así.

– ¿Desea beber algo? – Me pregunta el agente
abriendo su libreta.

– No, gracias.

– Sí quiere, – Bastian frunce el ceño – un vaso

de leche fría con cacao.

– Trumper deja de... – el agente es retado por mi neandertal y accede asintiendo con la cabeza.

– Bastian, no le molestes – le susurro – él solo hace su trabajo.

Me ignora y niego con la cabeza, está muerto de miedo. Le calmo acariciando su mano, ha vuelto a entrelazar sus dedos con los míos, está apretándome

fuerte. Son muestras de que, definitivamente, no voy a

ver la luz del día en mucho tiempo.

El agente susurra desde su silla a un hombre

que ha entrado, está pidiéndole el vaso de leche y el

otro atiende. Entra otro hombre y le extiende la mano a

Bastian.

– Señor Trumper, lamento llegar tarde. ¿Está usted bien Señorita Sullivan?

– Sí, muy bien, gracias.

– Iba a empezar la declaración – dice orgulloso el agente que está sentado.

– Me alegro de llegar a tiempo. Perdone que no me haya presentado señorita, soy el Oficial Superior y

Director del FBI en Chicago, el Señor Felton.

– Encantada – digo amablemente. Sólo Bastian podría haber llamado al FBI.

Se sienta junto a su compañero, los tenemos enfrente e intercambian algunas palabras en clave sobre el informe del caso que tiene que entregar mañana a primera hora. Bastian está inquieto y respira

desorbitadamente, no quiero que le pase nada malo, le

respondo acariciando su mano, sé que le relaja mi toque y así me lo hace saber suspirando en aprobación.

– Señorita, tenemos algunos datos confusos con respecto a su secuestro. Debemos de...

– Espere Señor Felton, digamos que he sido retenida en contra de mi voluntad, pero no ha sido un secuestro. Mike estaba nervioso y...

– ¡NANCY! – Bastian me grita – ¡NO VAS A MALDITAMENTE DEFENDERLE!

Nos deja en silencio a todos aquí, estoy segura de que todo el mundo lo está ahí afuera. Le frunzo el ceño, peleo con su mano hasta que consigo que deje de apretarme. Me cruzo de brazos y miro a los agentes.

– Exijo una declaración privada, no quiero que el

Señor Trumper esté presente.

– ¡Yo no voy a ningún lado! – Se cruza de brazos como yo, no, no vamos a discutir delante de los agentes del FBI.

– Por favor, agentes, solicito una declaración privada en alguno de sus departamentos. Quiero la intimidad que merezco como ciudadana de los Estados Unidos de América.

Me río porque el agente lo hace también, miro de reojo a Bastian y no está nada contento. Tampoco se irá.

– Señor Trumper – insinúa el Señor Felton.

– ¡No! Ella está muy graciosa – me mira, si pudiera atarme para siempre lo haría – no vas a defenderle Nancy, no te lo voy a permitir.

– No voy a hacerlo, quiero que pague por lo que ha hecho pero no eres nadie para interferir en mi historia. Soy yo la afectada no tú, déjame contar la historia tal y como ha sucedido. Por favor.

Ruge. Gruñe. Silencio. Suspiro.

Parece un bebé, oh como nuestro dulce bebé.

– ¿Señorita Sullivan? – El agente me pregunta de nuevo.

– Está bien, que se quede aquí – me vuelvo a

Bastian con el dedo en alto – pero callado, no quiero

escucharte en toda mi declaración. Estoy realmente emocionada porque está aquí el FBI y quiero hacer uso

de su trabajo.

Bastian me frunce el ceño, aunque poco a poco

se relaja porque sabe lo que me gustan las series del

FBI; siempre bromeaba soñando con hacer alguna

ilegalidad para que vinieran. Sé que esos son sus

pensamientos ahora porque me agarra de nuevo la

mano, ahora siente celos.

Oh mi neandertal, tan posesivo y tan mío.

– Bien. Comencemos, ¿cómo ocurrieron los hechos?

El Señor Felton empieza a preguntarme

mientras su compañero apunta en la libreta, los dos

intervienen despejando dudas sobre lo sucedido en

estas pasadas horas, incluso Bastian también se apunta

a mi declaración y les respondo con la verdad.

Finalmente, cuando acabamos con Bastian destrozando

la pared, ellos paran la conversación porque conocen lo

sucedido después.

– De acuerdo, creo que lo tenemos todo. Tiene que firmar la declaración para que procedamos con la

investigación y la acusación, pero puede hacerlo dentro

de un par de días, cuando se recupere.

– No hace...

– Lo hará, ella tiene que descansar ahora –

Bastian responde por mí.

– ¿Qué va a pasar con Mike?

– Bueno, tiene cargos muy graves y...

– Yo no quiero que tenga cargos – le digo al

agente Felton – ya habéis oído que ha sido una tontería.

– ¿Tontería ser secuestrada, retenida y atada?

Vaya Nancy, tienes un concepto muy diferente al del

resto de la humanidad.

– Bastian, por favor – vuelvo a mirar a los

agentes – no quiero presentar ningunos cargos, ni

acusarle, denunciarle o que vaya a juicio por esto.

Ya

os he dicho que estaba muerto de miedo y que...

– ¿Y los demás no? – Bastian gruñe y le ignora.

– Me conformo con alguna multa, actividad

social o arresto domiciliario. Pero él no es un delincuente, en la cárcel se lo van a comer y creo que

lo que se ha llevado por parte de Bastian es más que

suficiente.

– Nancy, – susurra mi león – por favor.

– No Bastian, yo tengo sentimientos y soy

humana. Sé cuando alguien me hace daño y cuando

no, y Mike, no es una de esas personas – me dirijo a

los agentes – así que si sirve de algo, por favor, no le

mandéis a la cárcel. Solo se ha emocionado, quería

comprar esta casa para nosotros y pensó que

accedería. Si hubiera querido hacerme daño lo hubiera

hecho en infinidad de ocasiones.

– Señorita Sullivan, eso lo tendrá que decidir un juez. Ahora, si quiere añadir algo más.

– Lo que acabo de decirle, no quiero que vaya, hay muchas maneras de castigar a una persona y va a

pasarse una buena temporada en el hospital. Nada más.

– Bien – Felton y el agente se levantan – Señor Trumper, Señorita Sullivan, sentimos lo ocurrido.

Nos levantamos también despidiéndonos de los agentes. Ha oscurecido del todo y veo cómo se van yendo los camiones y coches oficiales, he vivido una

película y lo he hecho con mi dulce bebé dentro de mí.

Acaricio mi barriga cuando siento las dos manos de

Bastian sobre mis hombros empujándome a la ambulancia.

– Bastian, no... estoy bien, no... – sabrá que estoy embarazada si me hacen un chequeo.

– Hospital. Ahora – me giro.

– No, no quiero ir al hospital. No me ha hecho

daño.

– Te ha atado de piernas y manos, – agarra mis muñecas para pasar sus dedos sobre ellas – te ha hecho daño.

– Me ha soltado cuando se lo he pedido, a la primera. Estoy bien, no me ha intentado hacer daño.

– Pero si ha intentado besarte – frunce el ceño.

– No vayas por ahí Bastian.

– Es la verdad, si no llego a entrar te hubiera besado y...

– ¿Y qué? – Le aparto empujándole con las palmas de mis manos – ¿lo único que te preocupa

es

que me hubiera besado? Tú también te has ido
besuqueando con tus putas y nadie te ha dicho nada
¡joder!

Opta por no hablarme porque se ha quedado
mudo, veo la sombra de mi madre en el agujero de
la
pared, dirigiéndome a ella sin mirar a Bastian.
Todos
están detrás, ellos lo han presenciado todo. Ya es
una
realidad, puedo morirme de vergüenza. Cuando
llego
hasta mi madre que avanza unos pasos hacia
delante,

me abrazo a ella rompiendo a llorar
silenciosamente,

me calma acariciándome la espalda. Rachel
también

se une.

– Vayámonos a casa tesoro – susurra mi madre.

– Sí, pero cómprame un perrito caliente con
mostaza en el camino. ¿Podemos parar no?

– Ya sabes cómo conduce tu padre. Llegará en
diez minutos añadiendo la parada de los perritos.

Me río dando un beso a mi madre, ella es mi
gran apoyo cuando no estoy con Bastian y dejo que
Rachel tenga su vida. Mi padre susurra algo de ir a
por

el coche, me doy la media vuelta para abrazar a mi mejor amiga.

– Voy a Crest Hill ¿de acuerdo?

– Por supuesto. Trevor te manda saludos, se ha quedado allí para recibir noticias y porque Anthony, el

hijo de Nella tiene fiebre.

– ¿Ya sabe que tiene un hijo?

– Espera, ¿tú lo sabías?

– Me lo dijo Bastian.

– Trevor se ha enterado hoy y está en una nube

– se acerca susurrándome – ¿sabías que es estéril?

– No, eso no lo sabía.

– Tenemos que ponernos al día, pero antes vete a casa a recuperarte – me da un abrazo fuerte.

– Cuida de Bastian por favor, no le dejes que se vaya con ninguna mujer.

– Lo haré. Sois iguales, ¿lo sabíais?

– Si, es una cosa que ya tenía en mente – me río despidiéndome también de Alan.

Me acerco a Margaret que está impaciente por abrazarme y hacemos lo mismo. Ahora no sé dónde

están los hombres Trumper, pero me alegro de que podamos tener este momento a solas, la necesito tanto

como puedo necesitar a una amiga. Me da un beso en

la cara y a mí me da por llorar, me muero de ganas por

decirle que va a ser abuela.

– Todo ha pasado cariño.

– Lo sé. Pensaba que estabas enfadada conmigo.

– ¿Enfadada con mi nuera? – Se extraña – ni en tus mejores sueños.

Me toca la nariz, demostrándome que

efectivamente hay un cariño inmenso entre nosotras.

Nos abrazamos de nuevo despidiéndonos porque

veo a

mi padre con el coche. No me ha dado tiempo a descubrir donde estoy, según me ha dicho Bastian mientras hacía la declaración, estamos a cuarenta minutos al norte, muy lejos de la ciudad. Mi madre y

Rachel hablan de cómo van a volver y Alan les dice

que han venido en su coche, todos han venido siguiendo al coche de Bastian pero han tardado un poco más. Me vuelvo a despedir de ellos cuando veo a

mi neandertal abatido, Sebas y su padre están hablando

con el FBI y Bastian no le presta atención a lo que Sebastian le está diciendo.

Porque puede haber un mundo lleno de oscuridad pero nuestros ojos siempre se encontrarán.

No deja de mirarme y yo tampoco, mi padre insiste en

que me meta dentro del coche ya que mi madre lo ha

hecho. Si Bastian se piensa que vamos a pelear por lo

que ha pasado y por Mike, está muy equivocado. Me

guardaba un as en la manga y nunca mejor dicho, por

encima del coche, subo la manga de mi camisa para

hacerle ver que llevo puesta la pulsera que me regaló

cuando retomamos nuestro aniversario el uno de

diciembre. La beso sonriéndole, él hace lo mismo, pero

me frunce el ceño.

– Necesito un poco de tiempo – muevo mis labios.

– Esperaré – me responde.

Me meto dentro del coche alejándonos de la

casa que ha sido mi pesadilla durante un día. No he

sufrido pero me he dado cuenta de hasta qué punto
puedo echar de menos a Bastian, que él es mi
salvación, que lo necesito como el respirar y que
no
tengo ninguna intención de vivir una vida sola sin
él.

Vuelvo a Crest Hill para asimilar lo que ha
pasado,
necesito pensar en mi siguiente paso.

Acaricio mi barriga sorprendiéndome que haya
crecido un poco más. Suspiro viendo como
Bastian
avanza en la oscuridad en mi dirección, poniendo
sus
ojos sobre mí y viendo a su pesar como me voy

alejando de él.

Necesito tiempo, esta vez, es diferente.

Oh, mi dulce bebé, ya ha llegado la hora de decirle a papá que existes.

CAPÍTULO 5

– ¿Se ha dormido ya?

– Sí, tu padre acaba de caer rendido.

Mi madre entra en la cocina, se prepara un café mientras yo bebo a sorbo de mi taza de leche con cacao. Suspiro echándole de menos, han pasado solo unas horas desde que he visto a Bastian y ya quiero

volver a Chicago para estar con él. Mi madre y yo hemos estado hablando un rato pero teníamos que medir nuestras palabras porque mi padre estaba despierto, ahora que se ha dormido podemos hablar de todo lo que queramos.

– He tenido un fin de semana de mierda – mi madre se sienta a mi lado.

– Tesoro, no puedo creerme que Mike haya podido hacerte eso.

– Yo tampoco, pero no me refiero a él. Me refiero a Bastian. Todo han sido altibajos de nuevo,

hemos discutido como siempre y se nos pasa el enfado

a los poco segundos.

– Si le hubieras visto como ha estado en las últimas 24 horas no le reconocerías.

– Me extraña que no os haya mandado un helicóptero para recogeros y que solo haya mandado a

Ryan.

Cuando hemos vuelto a casa, hemos comido

algo pero la mayor parte del tiempo lo hemos pasado

hablando de lo sucedido. Mi madre me ha contado que

Trevor llamó a Bastian para comprobar que yo estaba

con él y cuando se lo negó le contó que alguien estaba

acosándome. Se fueron a casa Rachel y le

preguntaron por mí, según mi amiga, Bastian entró

como un desesperado a la casa y registró los pocos

espacios que había. Volvieron al Bumper para mirar mi

móvil y rápidamente acabaron todos en la oficina de

Sebastian para que rastreara las llamadas. Bastian no

dudó en llamar al FBI que no tardaron en llegar, mandó

a Ryan para recoger a mis padres porque no sabía si

estaban seguros o no, sus padres llegaron con Sebas

cuando Sebastian los llamó. Todos acabaron en las oficinas de mi cuñado hasta que me localizaron. Según

mi madre, Bastian fue quien cayó en que era Mike, escucharon la conversación cuando les dejé caer que

solo había tenido dos novios, y si no era uno era el otro,

también ayudó el aporte de mi padre cuando les dijo

que el jeep rojo lo reparé para impresionar a Mike

cuando era pequeña. Sebastian se metió en el móvil de

Mike y los guio hacia donde estaba, el muy idiota tenía

ambos móviles consigo mismo y gracias a eso me encontraron.

– Acabo de llamar al médico, le he dicho que no te encontrabas muy bien y nos ha cambiado la cita para mañana. Así que iremos mañana por la mañana.

Sonrío acariciando mi barriga. Mi madre

también hace lo mismo, me ha dicho que ha mantenido

mi secreto guardado porque estaba segura de que no

tardaría en contárselo a Bastian, me está dando el tiempo que necesito y me alegro de tener la mejor madre del mundo. Suspiro bebiendo un poco más de

leche, estoy realmente consternada por todos los acontecimientos de este fin de semana; pero me quedo

con el último, cuando Bastian y yo nos decíamos más

con la mirada que con las palabras.

– ¿Le has dicho lo de las pastillas? Me salté un par de dosis.

– Ya te he dicho que no pasa nada tesoro, solo es hierro.

– Estoy nerviosa, necesito saber si mi dulce

bebé está bien – acaricio mi vientre, no me canso de

hacerlo, me siento orgullosa – también necesito saber

cuándo se lo voy a decir a Bastian, también a papá.

¡Oh Dios! Tengo tantos frentes abiertos de nuevo.

– Tu padre se va a alegrar y Bastian va a querer ser padre también, él se sentirá orgulloso.

– Le quiero tanto mamá, ¿cómo puedo querer tanto a una persona? No sé si existe más amor del que

puedo sentir. El embarazo me está haciendo ver las

cosas de una manera diferente, él es lo único que quiero tener en mi vida.

– ¿Por qué no se lo dijiste? De hecho, Bárbara te contó la historia, ya no había más motivos para dudar de él, ¿no es así?

– Ya te he contado que me puse furiosa porque me trató un poco mal, él tenía a mujeres sobre él y...

– ¡Nancy, por favor! Estoy segura de que no le viste hacer nada.

– ¿Y tú qué sabes? – Frunzo el ceño, mi madre siempre se pone a favor de Bastian – además, él estaba en muy buena compañía y ya te he dicho que

nos enfadamos, me echó de su despacho.

– Cariño, no podéis seguir así. Ahora vais a ser padres y tenéis que dar ejemplo a vuestro hijo.

– Pregúntale a él porque tenía a esas mujeres –
arrugo los labios – estoy segura que te dirá
cualquier

bobada para llevarte a su terreno, a mí me dijo que
les

recordaba a mí y que solo las agarraba. No
entiendo

mamá, no entiendo si me ama el por qué tiene que
estar con otras mujeres. ¿Va a ser siempre así?
Quiero

decir, ¿vamos a discutir y él se irá a buscar a
mujeres?

Mi madre se ríe bebiendo de su taza. La deja y suspira.

– Nancy, los hombres son así de complicados, unas veces son buenos y otras veces te traicionan.

Bastian habrá sufrido su dolor a su manera, yo te puedo asegurar que él no ha buscado a ninguna mujer,

Ryan me lo ha confirmado y tengo mis contactos.

– ¿A qué te refieres? – Me siento bien en la silla – mamá, ¿qué sabes tú que yo no sepa?

– Lo que te acabo de decir, Bastian no ha estado con mujeres, tampoco las buscaba. Bebía, fumaba y caía inconsciente esperando a que le

llamaras. Te prometo que no las tenía.

– Pero él me... yo le vi mamá. Ryan te ha
podido decir lo que quiera pero yo le vi y... y... te
juro

por Dios que lo vi... sí, con mis ojos como
abrazaba y

besaba las cabezas de otras mujeres.

– Cariño, déjalo por esta noche. Has tenido un
día terrible y necesitas descansar.

Mi madre se levanta dejando la taza de café y
estirando el brazo para que me levante. Tiene
razón, no

puedo discutir mi futuro a altas horas de la noche
cuando realmente estoy cansada, probablemente lo

vea

todo negativo y no lo es. Me abrazo a ella,
acaricia mi

barriga andando juntas hasta la puerta de mi
habitación.

– Gracias mamá por estar a mi lado en todo
momento.

– Te amo hija, cuando tengas a tu dulce bebé
vas a saber cuánto amor tienes para dar. Ama a
Bastian, ama a tu bebé y ama la vida, es un regalo
que
la estés viviendo y aprovéchalo.

– Lo haré. Aprovecharé cada minuto de mi

vida, se acabó el sufrir, el llorar y el discutir. Mi dulce

bebé va a criarse en un ambiente familiar y cordial como yo lo he hecho. Buenas noches.

– Buenas noches Nancy – me da un beso y cierro la puerta de mi habitación.

Sí, mi dulce bebé va a saber lo que es amar y que le amen. Estoy deseando contarle a Bastian que

va a ser padre, él va a encerrarme, por supuesto que lo

hará, pero vamos a tener un bebé y es lo más maravilloso que jamás vaya a hacer el amor de mi vida.

No quiero abrir los ojos todavía porque tengo la
sensación de que no he dormido lo suficiente.
Tengo

sueño, aún estoy cansada, sonrío al instante
pasando la

mano por mi barriga, me siento mucho más gorda
que

ayer, más pesada, como si mi dulce bebé hubiera
construido ya su pequeña burbuja para crecer.

– Nancy – mi madre abre la puerta

bruscamente, hace que me mueva – Nancy cariño,
despierta.

– ¿Uh?, ¿qué ocurre mamá?

No me oye porque entra en la habitación para abrir la ventana dejando que entre la claridad, está lloviendo ahí afuera. Me reincorporo un poco porque tiene su mano delante de mi cara.

– Toma.

– ¿Quién es?

Se va negando con la cabeza como si estuviera agobiada, me puedo hacer una idea, eso solo puede provocárselo mi padre cuando se enfadan o Bastian.

Veo como cierra la puerta, carraspeo un poco y pongo

el teléfono sobre mi oreja.

– ¿Nancy?, ¿Nancy estás ahí?

– Hola Bastian.

– Nancy, hola. Buenos días nena. ¿Estabas despierta?

– Dame el móvil Bastian – escucho la voz de una mujer.

– Madre, estoy hablando yo. Nancy, mi madre ha tenido la culpa, pensó que debía hacer lo mismo que

la otra vez y provocarte celos y que...

Se oye un golpe fuerte, seguro que ha ido a parar a la nuca de Bastian. Muerdo mi labio al

mismo

tiempo que acaricio mi vientre, estoy esperando a que

decidan parar de gruñirse mutuamente.

– ¿Bastian, sigues ahí?

– Déjame madre, Nancy me está hablando.

Espera nena, espera. ¡PADRE! Nena, por favor no cuelgues, yo... ha sido mi madre, claro que no ha habido ninguna mujer y no lo habrá, solo era una manera de llamar la atención y Peter me avisó de que

subías en el Bamper y...

– Pídele perdón – Margaret sigue a su lado.

– Madre, ¿puedes dejar de escalar por mi

brazo? No me dejas escuchar a Nancy. Nena, tienes

que creerme en serio, yo solo quería hacerte ver que...

¡Madre!

– Dame el móvil, he dicho – Margaret gruñe.

– Trae payaso – la voz grave de otro Trumper se oye – ¿Nancy? Soy Sebastian.

– Hola Sebastian, ¿qué tal estás?

– Qué me dejes hablar con mi nuera – sigo

escuchando las voces de Margaret, ahora Bastian le

gruñe a su hermano.

– Sebastian, dame el teléfono, es mi novia no la tuya.

– Nancy, dado que soy el único con un cerebro de más, quiero pedirte disculpas por mi actitud.

– ¡Madre! – Se oye a Bastian rugir – ¿por qué me has golpeado esta vez?

– No le has pedido perdón. Sebastián dale el teléfono a tu hermano.

– ¿Nancy?

– Sí Sebastian, sigo aquí, ems... disculpas aceptadas. Entiendo la situación en la que Bastian y yo os pusimos a todos.

– Ha dicho que me quiere más a mí que a ti

Bastian.

Se oye un duro golpe y como Margaret grita.

– ¿Soy el único que no entiende que está

pasando? – Esa voz ha sido la de Sebas.

Me siento en la cama tapándome más por el

frío, no dejo de acariciar mi barriga; oh dulce
bebé,

está es la familia de tu padre.

– ¡No golpees a tu hermano! – Margaret regaña

a sus hijos.

– ¡FUERA LOS DOS! – Me estoy imaginando

a Bastian gritándoles a todos, me hace reír.

– Nancy, te debo una y muy grande nena –

Sebastian está poniendo a prueba a su hermano porque

no deja de reír – ¡madre! Eso jodidamente duele.

– Dame el teléfono o por el amor de Dios que te pongo de patitas en la calle y no pisas mi casa en lo

que te queda de vida.

– ¡Padre! – Sebastian se oye a lo lejos – dile algo a tu mujer.

– ¿Nancy? Oh Nancy, ¿has colgado? –

Margaret logra coger el móvil, oigo los gruñidos de

Bastian detrás de ella – ¿estás ahí?

– Margaret, sigo aquí.

– Cariño, perdona a mis hijos, no sé qué clase de personas he criado. Te prometo que son buenos hombres cuando los conoces.

– ¡PADRE! Dile a madre que me de mi móvil.

Se oyen algunos rugidos y risas al fondo, pobre mi neandertal, debe de estar rodeado de su familia y nadie le hace caso.

– Dame el móvil – se oye como forcejea con su madre.

– No te atreverás a negarme el derecho de hablar con mi nuera. Ella es tan mía como tuya –

Margaret lucha con fuerza, me la imagino.

– Oh Margaret, estoy encantada de hablar contigo. ¿Te llamo ahora cuando cuelgue a Bastian?

– ¿Lo harás? ¡Quítame las manos de encima Bastian! Ella me va a llamar.

– No es tu novia madre, Nancy es mía, no tuya.

– Te llamo ahora Margaret, te lo prometo – me río.

– Soy su favorita – la voz de ella desaparece, hay risas de fondo.

– ¿Nancy?

– Sigo aquí Bastian.

– Espérame nena, un segundo.

– De acuerdo.

Me acomodo pensando en los Trumper, ¿cómo pueden ser tan únicos y especiales? Oigo como

Bastian cierra una puerta, dejando un silencio a su alrededor como si se hubiera encerrado en algún lugar.

– ¿Nena?

– Dime.

–

Disculpa

a

mi

familia,

son

unos

incompetentes.

– Son divertidos, ¿cómo estás?

– Eso debo de preguntártelo yo, ¿no crees?

Nancy, por lo que más quieras, necesito que me creas,

yo no he estado con ninguna mujer, esas dos eran hijas

de Denise y yo solo estaba... pero no... creo que...

– Bastian, tranquilo.

– Son pequeñas y me recordaban a ti, no sería

capaz, ¡por Dios!, podrían ser mis hijas.

– Ya – suspiro, no estoy enfadada con él, celosa sí, pero eso es un hecho irrevocable – no te preocupes

Bastian, todo está bien.

– No, no está bien nena. Quiero dejarte muy claro que mi madre me dijo que te hiciera volver llamando la atención, no ha dejado de regañarme y presentarse en los clubs para golpearme y llevarme a casa. No he estado con ninguna mujer porque Ryan no se ha separado de mí, solo me sentía solo y hundido

y...

– Bastian, te he dicho que todo está bien.

– Claro que no lo está, si estuviera bien yo estaría contigo ahora y no en casa de mi madre.

– Pensé que te gustaban sus tortitas.

– Me gustan más las tuyas aunque sean falsas –

me río, su madre las hace caseras y yo compro la masa hecha – pero las que cocinas tú para mí son infinitamente más deliciosas.

– Oh, me alegro de que te guste verme en la cocina.

– Ya sabes que solo me gusta verte con el

delantal, ¿quieres hacerme unas tortitas ahora?

Buen intento Trumper, oh mi neandertal cómo se las ingenia para acapararme. Sin embargo, aunque mataría por estar con él, tengo una cita con el médico

y necesito asegurarme de que mi dulce bebé y yo estamos bien.

– Acabo de despertarme, comeré algo de los dulces de mi madre.

– ¡Qué suerte! Yo he tenido que comerme una tortilla hecha por mi hermano, mi madre está enfadada

y no ha cocinado. Todo me ataca en la cocina nena,

¿por qué me salta el aceite?

– Porque te he dicho que lo dejas calentar mucho. Te prometo que te haré una tortilla.

– ¿Ahora? – Su voz suena feliz.

– No ahora – nos quedamos en silencio, sé que está pensando e intentando no decir nada para que pueda alejarme de él – ¿Bastian?

– ¿Si, nena?

– Si quieres te cocino una tortilla para la cena, déjame pasar el día con mis padres y luego nos vemos.

– ¿De verdad?, ¿me lo prometes por lo que más quieres?

– Te lo prometo.

– Repítemelo otra vez, dame fuerzas nena, estoy perdido.

– Te he dicho que me dejes pasar el día con mi familia, luego nos vemos.

– ¿Luego?, ¿a qué hora? Quiero estar preparado para no llegar tarde.

Mi león tan astuto, estoy segura de que si le digo que quiero verle después del almuerzo, se presentará

en casa a las doce del mediodía consternado y

haciéndose el despistado con la hora. Me río

acariciando mi barriga, ojala pudiera explicarle

ahora

pero necesito ir al médico.

– Bastian, luego te llamo, ¿está bien?

– ¿A qué hora? Quiero tener batería en el móvil

– sonrío porque es imposible – nena, ayúdame con esto.

– Vale Bastian, ¿qué tal si luego a las seis de la tarde me recoges? Podemos ir a comprar algo para cenar y hablar relajadamente.

– Eso suena mucho mejor. ¿A las cinco?

– Seis.

– ¿Cinco y media?

– Seis – río a carcajadas.

– ¿Seis menos cuarto?

– Está bien, seis menos cuarto.

– Que derivan a las cinco y media. Podría ir ahora y esperarte allí, no quiero llegar tarde a nuestra cita.

– Eres un bobo – me ruborizo – ¿por qué no pasas el día con tu familia y algún tiempo con tu madre? Ahora la voy a llamar.

– ¿Te sabes su número?, ¿te lo llevo?

– Tranquilo, recuerda que me memoricé todos.

– Es verdad – hay un silencio.

– Bastian, estamos bien, hagamos eso.

– Hasta que no te tenga junto a mí no me creeré nada.

– Estaré junto a ti a las seis menos cuarto.

– Cinco y media – se ríe.

– No tienes remedio. Bastian, voy al aseo, necesito orinar – si mi dulce bebé tuviera manitas, estaría apretando mi vejiga.

– ¿Te ayudo? Puedo esperar, no tengo nada que hacer hasta las cinco y cuarto.

– ¡Bastian! – Me río mientras me levanto.

– Está bien, está bien, a las cinco te recogeré.

¿Te acuerdas cuando estábamos en Londres? Me dijiste que querías tomar el té a las cinco de la tarde y

nunca pudimos porque tuve el combate.

– Sí y al día siguiente volvimos a Chicago demasiado rápido.

– Exacto, por eso estaré allí en diez minutos.

Podríamos viajar a Londres y estar allí a las cinco.

¿Ves? Todo resuelto.

– Muy inteligente Señor Trumper – no dice nada

– necesito ir al baño, te prometo que cuando llame a tu

madre dentro de un rato, te llamo a ti también.

– ¿A qué hora? No quiero estar distraído y no oír el móvil.

– Bastian – respiro fuerte susurrando.

– Vale, esperaré todo el día dentro del coche con el móvil en la mano. No te olvides de mí – acaricio

mi vientre – por favor.

– No me podría olvidar de ti aunque quisiera. Te dejo, necesito ir al aseo o me lo haré encima.

– Si quieres puedo ayudarte y...

– Bastian.

– Está bien, pero nena, antes de colgar – silencio – ¿nena, sigues ahí?

– Si Bastian, ¿qué querías decir antes de

colgar? Te advierto que estoy en mis últimas, necesito

ir al baño.

– Perdóname

– No es el momento de... ¿Bastian?

Ha colgado, quería decirle que ambos teníamos que pedirnos perdón y que no era el momento pero bueno, supongo que mi neandertal es muy rápido.

Estoy en el baño lavándome las manos, me las seco y vuelvo a subir la parte de arriba de mi pijama.

Mi dulce bebé está creciendo mucho, hoy estoy más

gorda, el viernes no lo estaba tanto como hoy.

Muerdo

mis labios sin dejar de admirar mi barriga,
escucho

voces. ¿Qué hora será? Al salir del baño, bajo las
escaleras con la boca abierta. ¡No! Él no lo ha
hecho

de nuevo. Me río porque es evidente que sí. Ha
inundado toda mi casa con ramos de flores, de
todos

los colores y clases, no veo el sofá, la televisión y
ni

siquiera la mesa. Están por todos lados.

– Sí, Bastian, de acuerdo – mi madre sale de la
cocina con el trapo en la mano – sí, está aquí, ha

salido

del baño. No, no te preocupes. Ahora cojo el teléfono,

sí. Está bien sorprendida. No, deja que desayune y no

grites a tu madre Bastian. ¿Ahora?

Niego con la cabeza. ¿Será testarudo mi león?

Ha llamado a mi madre para intentar que le invite. Le

quito el móvil de la oreja, carraspeo mi garganta y se

hace un silencio al otro lado.

– ¿Nena?

– Bastian.

– Pensé que te había pasado algo, no estaba seguro de si te colgué o no – me hace reír, mi madre

vuelve a la cocina.

– Como verás, estoy bien. Gracias por las flores.

– Quería mandarte muchas más pero tu madre le ha dicho a la repartidora que se vaya muy lejos de allí.

– Gracias, no debiste de...

– Si, debí y es una decisión irrevocable.

Estoy segura de que lo es, no puedo discutir con

este hombre cuando se pone así, si quiere enviarme

flores, lo va a hacer me guste o no.

– Tengo que colgar Bastian, huelo a comida y ya quiero desayunar.

– ¿Por qué me haces esto? Yo también quiero nena, ¿me invitas? Dale el móvil a tu madre, estoy seguro de que no rechazará el alimentarme con...

– Bastian, por favor. Aguanta unas horas, quiero estar con ella, saber que no están preocupados por lo que pasó con Mike.

– Necesitas mi apoyo, voy para Crest Hill.

– No, Bastian, no lo hagas o me enfado.

Aguanta unas horas sin mí, estaré bien. Pasa el día con

tu familia o en el trabajo, llama a Rachel, ocúpate de

mis amigos y que Trevor esté bien con su chica,

parece un poco asustado con la idea de emparejarse

de nuevo.

– ¿Quieres que te recoja para ir a verle? Yo

puedo... – ruedo los ojos bufando – está bien nena,

pero no me hagas esperar mucho.

– Hemos quedado a las seis menos cuarto.

– Cuatro y media Nancy, ¿no recuerdas nada de lo que te digo! No me has dicho que me quieres, me tienes alterado todo el tiempo y...

– Te quiero Bastian – susurro oliendo una flor – te quiero más que a mi propia vida, me ha gustado que

me llamas y que me enviaras flores. Estoy deseando

verte para besarte y que podamos hablar.

No dice nada, escucho unas llaves y sonrío.

– Quédate allí, estoy yendo en cinco minutos.

– No Bastian, no lo hagas o te aseguro que – susurro girándome de espaldas a la cocina – o te

aseguro que no tendremos ninguna clase de sexo pervertido.

Gime de placer y cierra la puerta, oigo unos tacones que suenan a lo lejos.

– Bastian, ¡a comer! Deja de molestar a Nancy, tiene que respirar la mujer.

– ¿Ves? Ve con tu familia y come un poco. Nos vemos dentro de un rato, se hace muy corto, en unas horas.

– Estaré allí en un par de horas.

– Bastian, no. Quiero almorzar con mis padres y asegurarme de que mi padre está bien.

– Yo también quiero estar a tu lado, me necesitas.

– No cariño, con mi padre no, es un asunto familiar. Y no me repliques, tú también eres mi familia,
pero es una cosa que tengo que arreglar yo.

– Entendido, como quieras.

– Payaso, ¡me como tú trozo de tarta! – Oigo a Sebastian.

– Ve y asegúrate de guardarme un trozo, ¿de acuerdo? Te quiero Bastian.

– Yo también te quiero Nancy.

– Ahora vete y no llares más a mi madre o

pensaré que la quieres más que a mí.

– Nunca, nena, nunca. Solo quería asegurarme de que estabas bien y que no te habías hecho daño yendo al baño.

– Cuelgo, besos.

– Te quiero nena.

Por fin me deshago de la llamada y de Bastian.

Si tuviéramos más líneas de teléfono hubiera llamado

sin arrepentimiento. Entro en la cocina mientras mi

madre pone una taza en la mesa, dejo el móvil y

suspiro porque ella ha tenido que presenciar el tipo de

escenas con las que convivo junto a Bastian.

– ¿Ya se ha calmado? – Ella está riéndose.

– Sí, por fin. Gracias a Margaret que habrá comprado alguna tarta. Ahora la llamaré y le diré que

lo entretenga, quiero hablar con papá sobre lo que va a

ocurrir – mojo una magdalena y la devoro, mi dulce

bebé ama las magdalenas con trozos de chocolate.

– ¿Y qué va a ocurrir?

– Pues que vamos a tener a Bastian en la familia para el resto de nuestras vidas, tendrá que aceptarle y le prepararé de algún modo con un

felices

para siempre – me río – va a matarme cuando se entere que estoy embarazada. He pensado en reunir a

la familia este fin de semana y contárselo a todos, ¿te

parece bien?

– Es una idea estupenda cariño, aunque, ¿crees que Bastian estará callado? Creo que en cuanto sepa

que va a ser padre lo gritará a todo el mundo.

– Entonces dependerá de él, le diré que decida cómo comunicárselo al resto de la familia. Quiero que

papá sea uno de los primeros al igual que su familia.

Por cierto, ¿qué hora es?

– Las nueve en punto. Termina, en media hora

tenemos la cita en el médico – me levanto emocionada

y asusto a mi madre – ¡¿Qué Nancy?!

– Mira mamá, mira mi barriga – me levanto el

pijama mostrándole la barriga – ¿a qué mi dulce bebé

está creciendo?, ¿a qué estoy más gorda? Mírame

mamá, mírame bien, ven y toca.

– Qué susto me has dado, – se acerca a mí para

tocarme – sí, tu dulce bebé está creciendo.

Mi madre se emociona como yo lo hago.

Hablamos sobre el bebé y de lo asustada que estoy, me

repite que cuando vuelva con Bastian me cuide, que no

descuide una vida sana y sin riesgos. Nos distraemos

hablando porque acaba confesándome que nunca

perdió el contacto con Margaret, ellas nunca dejaron

de hablar y por eso mi madre sabe que Bastian no ha

estado con ninguna mujer. Aunque estaba todo el día

tirado en un club, su madre iba a por su hijo y ha

dormido todas las noches en casa de los Trumper.

Me

ha emocionado saberlo porque necesitaba escucharlo

de mi madre, que alguien lejano a él no maquillara la

situación para que volviéramos, necesitaba la verdad y

ella me lo ha confesado.

Nos arreglamos y mientras mi madre saca el

coche decido llamar a Margaret para que me ayude entreteniendo a Bastian.

– ¡Qué me ha llamado a mí!, ¡aléjate Bastian! –

Margaret suena al otro lado.

– ¿Margaret?

– Hola cariño, espera un... ¡BASTIAN! Vete al despacho con tu padre.

– Nancy – me grita Bastian – tengo un trozo de tarta para ti, ¿te lo llevo?

– ¿Quieres irte a trabajar como tus hermanos?

Ve a ver a tu padre antes de... ¡Bastian! Dame el móvil.

– Nancy, ¡hola!, ¿puedo ir a verte? Tu trozo de tarta espera por ti, te he guardado un trozo.

– ¡Bastian! Te juro que te echo de mi casa –

Margaret grita.

– ¿Oyes nena? No me quiere aquí, ¿quieres comer un trozo de tarta?

– Mentiroso, pero si no nos has dejado comer tarta – gruñe Margaret.

– Eso es porque mi Nancy quería y vosotros estáis gordos para comer tanto dulce por la mañana.

Nena, ¿quieres que...?

– Bastian – me intento poner seria – estoy enfadada contigo. No debes de comportarte de ese modo con tu madre.

– Es ella nena, ya la conoces. Su favorito es Sebas y... ¡madre!

– Te voy a patear el trasero como no me des el móvil, y para tu información, Sebas no es mi favorito.

Es el que más ha sufrido y... ¿quieres dejar de forcejear?

– Tienes fuerza madre.

– Bastian, por favor. Te prometo que antes de colgar te digo lo mucho que te quiero – me gruñe – te

lo prometo amor.

– Dame el móvil – parece que se hace con el artilugio – ¿Nancy?

– Hola Margaret, por fin puedo hablar contigo.

– ¿Puedes dejarme en paz? Yo no escucho tus conversaciones. Más lejos Bastian, más, más... ¡por el

amor de Dios!

– Debe de ser un dolor en el trasero.

– No te lo imaginas, al menos le he podido alejar, aunque siga aquí.

– Porque ella es mía – refunfuña Bastian.

– Margaret, mi madre me ha contado todo.

Gracias, yo... la verdad es que me gustaría explicarte

tantas cosas.

– No te preocupes.

– Pensé que mi madre había dejado de hablar contigo y resulta que manteníais el contacto a pesar de

que tú hijo y yo estábamos enfadados.

– Entiendo tu situación, tu madre me llamó el mismo día que regresaste a Crest Hill.

– ¡Madre!

– Bastian, ¿te quieres buscar algo que hacer? –

Se oyen sus pasos – así que no tienes de que preocuparte, lo entendía.

– Te lo agradezco porque para mí era importante que comprendieras el por qué estaba enfadada con tu hijo.

– Me lo contó todo, no te preocupes. Sigo

queriéndote igual, has sido muy valiente y eres fuerte.

Estoy deseando verte para... ¡Bastian, fuera de mi habitación!

– ¿Qué hablas con ella? Te juro que... – se oye un golpe.

– ¿Quieres otro? Porque no dudaré en golpearlo todo el día si es necesario.

Mi madre me hace una señal, ya está dentro del coche esperando por mí. Tengo muchas ganas de ir al

médico y que me informe sobre mi dulce bebé.

Escucho los gruñidos de madre e hijo haciendo que

dibuje en mi cara una sonrisa.

– ¿Margaret? Me tengo que ir.

– De acuerdo hija.

– Dile que me llame mamá, – se oye a Bastian

– ¿voy a recogerla?

– Margaret, mantén entretenido a tu hijo, voy

con mi madre a hacer algunas compras y necesito

respirar por un día.

– Dalo por hecho. Además, Bastian va a

llevarme a casa para empezar a quitar todas las cajas

que hay por todos lados, se va a duchar, se va a cambiar de ropa y también vendrá conmigo a hacer la compra.

– ¡NO! Nadie entra en casa – impone Bastian.

– Pásale el móvil un momento – ruedo los ojos, mi madre empieza a conducir – ¿Bastian?

– Nancy – suspira – ¿qué tal estás?

– No me seas dramático, sabes perfectamente como estoy. Escúchame porque solo lo voy a repetir

una vez. Vas a ir a casa, te encargarás de limpiarla y

prepararla para cuando vaya esta noche, te

ducharás y

cambiarás de ropa, y por supuesto, acompaña a tu madre a la compra. Te juro que como no hagas eso vas a saber lo que es dormir en el sofá.

– ¿Eso quiere decir que regresas a casa?

– Sí, ya va siendo hora de que deje a Rachel y tú a tu madre. Debemos de ser adultos y afrontar nuestros propios problemas sin arrastrar a nuestras familias.

– Muy bien dicho – Margaret susurra.

– ¡MADRE! ¿Estabas escuchando?

– Sí y ya las oído. Mueve tus treinta y ocho

años fuera de mi habitación y vayamos a hacer recados. Tenemos muchas cosas que hacer.

– ¿Nancy?

– Bastian, ya has oído a tu madre. No te quiero en mi casa antes de las seis menos cuarto y...

– Cuatro y media, habíamos quedado a las cuatro y media.

– ¡Está bien! – Suspiro – te dejo que estamos llegando al centro comercial.

– ¿Con quién?, ¿qué vais a hacer? Mi madre y yo no tenemos nada que hacer esta mañana, ¿quieres

que vayamos a Crest Hill?

– Mejor no aparezcas por Crest Hill o si lo

haces – oh Dios lo que tengo que decir – me pondré

un vestido bien corto, me contonearé por todos los clubs de Chicago y no sabrás donde estoy.

– ¡NO LO HARÁS!

– Oh sí lo haré Señor Trumper, estoy muy

mentalizada para bailar sensualmente en las pistas de

todos los clubs como no te vayas con tu madre y me

dejes hacer recados con la mía.

– Está bien, pero... – me río porque Margaret le está regañando a lo lejos – ¿te quedarás conmigo

verdad? Nena, estoy sin vivir por todo esto y me aborda esta situación.

– Te prometo que me quedaré contigo para siempre, te amo Bastian.

– Yo también, nena.

– ¡LENTA!

– ¡SUBNORMAL! – Grita mi madre y me empiezo a reír.

– Mamá, ¿qué ha sido eso?

– Llámame a mí lenta, ¿pero que se ha creído?

– Nancy, ¡se acabó! No estás segura allí, me necesitas y, ¡dime que tu madre no conduce!

– Conduce Bastian, – frunzo el ceño – y para tu información, ella conduce muy bien.

– ¿Bien? No ha hecho una maniobra en condiciones desde que...

– Bastian... – le increpo – vete con tu madre anda, piensa que nos quedan unas horas sin importancia.

– Sí, a las tres y media estoy allí.

– ¡BASTIAN!

– Trumper, como no cuelgues el teléfono te voy a bloquear en todos los chats que me has abierto para

preguntarme por mi hija – mi madre grita.

– ¿Ha hecho eso? – Me extraño riendo –

Bastian, ¿has molestado a mi madre en su móvil?

– Son decisiones que no te competen – estoy

segura de que ha levantado la cabeza creyéndose
que

ha hecho lo mejor.

– No tienes solución, ¿eh? Venga cariño, te dejo

que hemos llegado y quiero hacer algunas
compras.

– ¿Algo sexy?

– ¡BASTIAN! Te estoy oyendo – Margaret

grita.

– Te veo luego Bastian.

– Contéstame antes de colgar, ¿algo sexy?

– Creía que solo necesitaba un delantal – me gruñe – oye cariño, te dejo que hemos aparcado.

– ¿Tu madre ha aparcado sin provocar la alarma de otros coches?

Le cuelgo la llamada riéndome, menos mal que

no lo ha escuchado, tiene razón, mi madre no es que

conduzca muy bien pero si lo justo como para

sobrevivir en la carretera. Salimos del coche

devolviéndole el móvil a mi madre, tengo mi bolso

conmigo, pero desafortunadamente no mi móvil ya que

está en el despacho de Sebastian, luego le preguntaré a

Bastian. Estoy nerviosa y atacada de los nervios cuando entramos en el médico, espero que me diga que dulce bebé está bien.

Al salir de la consulta sigo llorando, mi dulce bebé está perfecto, creciendo con fuerza y yo estoy sana. Sigo emocionada, no puedo creerme que vaya a

ser madre y Bastian tiene que saberlo. Mi madre me

lleva a hacer compras mientras habla por teléfono con

alguien, yo no dejo de ver a madres con sus bebes,

pensando en que me voy a ver como ellas dentro
de

poco.

Cuando llegamos a casa empezamos a cocinar

hablando de nuestras cosas, mi madre no deja de

hablar por teléfono, yo decido relajarme leyendo
un

libro en el jardín aprovechando que dejó de llover.

Puede que sea la última vez que disfrute de la

tranquilidad absoluta y no tenga a Bastian

molestándome sobre mi embarazo. Más tarde,
cuando

mi padre regresa del trabajo para el almuerzo,
consigo

explicarle todos mis sentimientos por Bastian,
aunque

él no quiera saber nada, sé que me apoyará en
todas

mis decisiones porque sabe que estoy
profundamente

enamorada.

He metido la mano en la comida pero mi madre

me ha regañado, no le ha sentado nada bien que me

haya comido cinco cajas de aritos de cebolla a las
once

de la mañana, según el médico, es normal que tenga

hambre. Intento entrar en la cocina a por una
cerveza

para mi padre, pero mi madre me echa

rápidamente.

– Nancy Sullivan, no te muevas del sofá.

– Mamá – susurro – estoy bien, puedo

moverme, ya has oído al médico, puedo hacer mi vida

normal.

– No te quiero en la cocina, tengo muchas cosas en la cabeza y tengo que hacer el almuerzo.

– ¿Por qué no haces unas patatas fritas o algo?

– Cojo la botella de cerveza pero no me escucha.

Hablo con mi padre sobre las noticias locales

cuando se oyen ruidos de coches en la calle. Me

levanto extrañada para mirar por la ventana, pero

mi

madre es más rápida saliendo de la cocina.

– Oh, que pronto – dice.

– ¿De qué estás hablando?

– Roger, ayúdame con esto por favor y ve al garaje a por más sillas.

– ¿Para qué diablos queremos más sillas?

Pregunto pero no me responde porque tocan a la puerta y no me lo puedo creer, si es lo que estoy escuchando es meramente imposible. Veo como mi padre es empujado por mi madre hacia la cocina para

que vaya al garaje, yo me adelanto a mi madre

abriendo la puerta.

– Hola Nancy – Margaret pone un trozo de papel de aluminio en mi cara.

– ¿Qué hacéis todos aquí?

Bastian, su madre, y tres sombras más detrás de él hacen que abra los ojos alucinando de lo que estoy viendo.

– ¿Dónde está la cocina? Esto se va a enfriar.

– Margaret, ya habéis venido – mi madre se reúne a mi lado emocionada al reencuentro con su amiga que avanza hacia dentro.

– ¿Se puede saber Bastian que parte de seis de

la tarde no entiendes? – Me cruzo de brazos y su hermano Sebastian se ríe por detrás – anda, pasad, pero que sepas que estoy muy enfadada contigo, solo

tenías que estar unas horas en Chicago y...

Entra dándome un beso y se me olvida el respirar. Tengo los ojos abiertos, viendo de reojo cómo

pasan sus hermanos y seguido de su padre que casi no

entra por la puerta. Se adentran en la casa, poco a poco se acaba la tranquilidad.

Nuestras lenguas se mueven al mismo compás, no voy a rechazar ninguno de sus besos pero si mi

padre aparece y nos ve, puede ser que el infarto lo
sufra él y no el hombre que me está besando.

Apoya

sus manos en mi cintura, ha flexionado las piernas
y no

quiero que me toque o descubrirá lo de mi
embarazo.

Le aparto las manos y retrocedo.

– Lo siento nena, me moría de ganas por verte.

Aunque, cariño, no te enfades pero ha sido tu
madre la

que nos ha invitado a todos.

– ¿Os ha invitado a todos? – Miro hacia la

cocina pensando en que voy a tener unas palabras
con

ella.

– Te he echado de menos y te quiero Nancy –
me sonrío y no me puedo resistir a sonreírle de
vuelta,

coje una flor de los ramos que hay por toda la casa
y

me lo da – para mi flor más bonita.

– Eres un bobo, ¿lo sabes no?

– Un bobo al que amas ¿verdad? – Besa mis
labios suavemente.

– ¡BASTIAN! No vas a quitarme a Nancy,
déjamela – veo como rueda los ojos y suspira.

– No te enfades nos echamos de menos, – le

acaricio la cara y se relaja – pasemos un buen rato

juntos y te prometo que luego seré toda tuya.

– ¿Lo prometes?

– Palabra de amor – huelo mi flor.

– ¿Podré atarte a la cama y vendarte los ojos?

– ¡BASTIAN! – Ahora es Sebastian quien grita

– la Señora Sullivan dice que si quieres cerveza o vino.

– ¿Queréis hacer el favor de venid aquí? –

Vemos a Margaret como camina hacia la entrada.

– Madre, hoy es uno de esos días en los que me arrepiento de haberte presentado a Nancy.

Bastian me agarra la mano arrastrándome hacia

la cocina, no se ha librado de un golpe que le ha propinado su madre. Me siento tan completa y feliz,

estamos todos juntos de nuevo y es lo que importa, todos inclusive mi padre que habla con mi suegro en el

jardín. Cuando entramos en la cocina mis ojos no pueden apartarse de lo que están viendo.

– ¿Desde cuándo se llevan tan bien?, ¿y por qué lo hace con él y no con Bastian? Mi novio es menos

inofensivo – digo a nadie en especial.

– Mi novio – se burla Sebastian y Bastian le golpea fuerte en el brazo.

– ¿Podéis parar de una vez?, ¿por qué no os habéis quedado en vuestros trabajos? – Dice Margaret

ayudando a mi madre en el guiso.

– ¿Y perdernos como hace Bastian el ridículo?

– Sebastian se burla de su hermano gruñéndole y mi

león le entrecierra los ojos, Sebas es el más calmado y

se ha puesto a leer el periódico.

– Id poniendo la mesa, la comida ya está – mi madre y Margaret lo tienen todo controlado.

– Vamos a... – le hago una señal a Bastian, y él me sigue.

– Van a hacerse manitas – Sebastian se burla de su hermano y hace enfadar a mi novio – fijo que subirán a la habitación de Nancy y harán cosas prohibidas por el Señor Sullivan.

– ¡SEBASTIAN! – Margaret grita – ¡Levanta tu trasero de la silla y ayuda a poner la mesa!

Tiro de la mano de Bastian y sí que nos robamos algún beso, pero ponemos la mesa bajo las continuas

peleas de mi novio y su hermano. Veo a Sebas ausente, sin sonreír, enfadado y sin dirigirme la palabra.

– Creo que ya está – miro la mesa, gracias a

Dios que mi madre compró bastantes cosas para Navidad y tenemos de sobra – ¿qué le pasa a Sebas?

– Nada, él es así nena, te has llevado al mejor.

Mi león hace sonrojarme, al pasar por su lado me golpea el trasero. Muevo la cabeza negando para ir

a por el pan, Sebas sigue leyendo el periódico solo en

un rincón de la mesa en la cocina. Me siento a su lado,

doy un sorbo a mi refresco e intento mirarle para que

sepa que estoy aquí junto a él.

– ¿Qué haces? – Ni siquiera se molesta en

mirarme – vale, eso quiere decir que lees el periódico

realmente y no lo haces para disimular.

Sebas gruñe y Margaret le regaña, en un

momento nos quedamos a solas mientras se oyen

gritos en el comedor, mi padre sigue con mi suegro en

el jardín. Me quedo embobada con la imagen que ven

mis ojos, mi padre sonriendo al Señor Trumper, no lo

hubiera imaginado en la vida, de aquí a que quiera a

Bastian hay solo un paso.

– Hablas demasiado, solo eso – Sebas me ruge

y le frunzo el ceño.

– Quizás eres tú quien no habla lo suficiente.

Mira Sebas, si te he hecho daño quiero que...

– ¿Por qué malditamente piensas que me has

hecho daño? – Me increpa con el ceño fruncido,
me

asusta tanto como cualquier Trumper.

– No sé, solo intento que... bueno, déjalo, solo
quería ser amable.

– ¿Ser amable cuando le ocultas a mi hermano

que estás embarazada? – Arrastro mi silla a su
lado

temblando y mirando hacia todos lados.

– ¿Cómo lo...? ¿Lo sabe Bastian? Yo...

– Está tan ciego por ti que no se daría cuenta ni en un millón de años.

– Yo... se lo voy a decir esta noche y...

– Haz lo que quieras, pero deja de tocarle las narices a mi hermano. O estás con él o déjale, pero no

juegues a ser una perra con él porque acabaré contigo

Nancy.

Se me saltan las lágrimas, decido beber de mi refresco disimulando cuando mi madre entra y vuelve

a salir de la cocina. Me voy a levantar pero su

mano

agarra fuerte mi brazo.

– ¿Y ahora qué?

– Qué no hace falta que llores como si te importara lo que piense de ti.

– Lloro porque me das pena, estás tan jodido que te crees que todas las mujeres somos Jocelyn.

– Nancy – arruga su boca y estoy segura de que me va a golpear.

– Me da igual Sebas, asúmelo, ella te dejó y punto. Eres un hombre increíble, hay una mujer esperando por ti y como sigas teniendo tu puta actitud

acabarás pagando a una puta para fingir que tienes una familia.

Me pongo en pie y él hace lo mismo, pone una mano sobre mi brazo instándome a que me sienta de

nuevo y yo lo hago, no soy estúpida, si un Trumper me

dice que me siente, pues yo me siento.

– No vuelvas a nombrarla.

– Deja de llorar por las esquinas Sebas, ¿qué

mierda te pasa?, ¿de qué tienes miedo? Ella estará en

algún lugar superando lo vuestro y tú tienes que hacer

lo mismo. Te guste o no, ahora tú eres mi familia y somos muchos, si tú sufres, yo lo hago contigo. Me duele verte así.

Bebe de su cerveza ya casi acabada. Arruga el periódico lanzándolo a la otra punta de la mesa. Me

gruñe pero ya estoy acostumbrada.

– Las cosas no son tan fáciles Nancy.

– ¿Me lo dices a mí? Soporto a diario a tu

hermano, aguanto sus idas y venidas, sus iras, sus prohibiciones, cuando gruñe, se enfada y discutimos.

Las cosas no son nada fáciles pero no puedes

lamentarte por una mujer para el resto de tu vida.

Mira, no quiero que me cuentes nada, pero déjalo pasar. Eres mi familia Sebas y... y... – susurro –
¿cómo sabes que estoy embarazada?

– ¿Bromeas? Ese jodido cabrón que tengo como hermano mayor me ha llevado a verte por toda la ciudad, hemos seguido tus pasos para perseguirte y saber lo que hacías. Créeme que en el último mes he pasado más tiempo con vosotros dos que conmigo mismo.

– Oh, ¿Bastian ha estado buscándome?

– Como un desgraciado cuando no estaba

borracho y deprimido, por supuesto.

– No... no lo sabía, yo... quiero decir, yo salía a la calle para ver si hacía algún movimiento pero...

– Pero él te ama más allá del amor Nancy, es un jodido loco que se ha vuelto aún más loco por ti.

– ¿Cómo te has dado cuenta? Solo lo sabe mi madre.

– Suposiciones. Te hemos observado demasiado tiempo, y mientras mi hermano se enervaba celoso, yo veía que no dejabas de comer.

– Sí, – me ruborizo – estoy demasiado

hambrienta.

– Lo supuse porque te has puesto gorda Nancy y tu vientre está empezando a crecer.

– Lo sé, esta noche se lo voy a contar a tu

hermano, estaba esperando a que... – pone una mano

sobre mi mano, es el gesto más dulce que he obtenido

por su parte desde que nos conocemos.

– Nadie lo sabe, tranquila. Solo ha sido una

apreciación mía porque quería tan inmensamente dejar

embarazada a Jocelyn, que me vi cientos de videos

sobre mujeres embarazadas, desde los primeros

signos

hasta el parto.

– Oh Sebas, eso es muy dulce – ladeo la cabeza.

– Así que deduje que comías en exceso, tenías ansiedad porque devorabas la comida y es evidente

que tu figura espectacular la estás dejando atrás.

– ¿No lo sabe?

– No, pero va a ser el mayor hijo de puta más feliz de todo el mundo – creo que me ha sonreído.

– Sí, llevo todo el día pensando lo mismo. Me muero de ganas porque lo sepa, ¿estás seguro de

que

nadie más lo sabe?

– Tranquila, he mantenido mi apreciación en secreto.

– ¿Qué hacéis aquí? – Bastian entra con el ceño fruncido, levantándome de la silla y apretándome contra él.

– Tu novia me estaba dando una charla de cómo debo de olvidar a Jocelyn y mirar hacia delante.

– Ella es una mujer inteligente y muy sabia – besa mis labios.

– Sí, hemos tenido una charla de cuñados a

cuñados, pero estoy seguro de que no será la última,

¿verdad Nancy?

– No lo será Sebas. Además, piénsalo de esta

forma, si Trevor ha encontrado a alguien, ¿por qué no

lo harás tú?

Él me mira feliz asintiendo con la cabeza y

Bastian aprovecha para apretarme el trasero, intento

escaparme cuando Margaret entra en la cocina para

mover el guiso. Salimos mientras estoy sorteando sus

manos, esquivándolas cuando intentan tocarme por

todo mi cuerpo, las apoya sobre mi barriga y
disimulo

alejándome de él.

– ¿Por qué no me subes a tu habitación? – Me
susurra metiéndome mano.

– Porque estamos en casa de mis padres y
también están los tuyos – consigue atraerme hacia
su
cuerpo pasando mi madre por nuestro lado.

– Señora Sullivan.

– Bastian.

– ¿Puedes dejar de meterme mano? Mi padre
puede aparecer en cualquier momento y está muy

preparado para sacar la escopeta y... – besa mi
cuello,

está encendiendo cada alarma de mi cuerpo.

– ¿Uh? Vayamos un rato a tu habitación.

– Llévame a mí también – Sebastian se ríe –

Bastian, están echando el interestatal de Colorado.

– Me importa una mierda – grita Bastian que no

deja de chupar mi cuello – ahora tengo algo más

importante en mi vida, y si tú no lo tienes, mala
suerte

perdedor.

Sebastian gruñe, creo sentir que yo también lo

hago cuando veo las sombras de mi padre y el
suyo

avanzar hacia el comedor.

– Todo el mundo a sentarse – mi madre alarma a todos.

– Oh, tenemos que almorzar, tengo hambre – miro a Bastian, encarándome a él y jugando a que no me toque.

– Bésame más nena, necesito de tu amor, tenemos mucho tiempo que recuperar.

– Pareja, a la mesa – mi madre nos llama la atención.

– Prométeme que me darás muchos besos.

– Te lo prometo, justo después de nuestra cita –

choco mi nariz con la suya.

– No me he olvidado; comida basura, tú, yo y una peli nos está esperando en casa.

– ¿Sí? Suena muy romántico – le beso porque no me contengo.

– Nancy, Bastian – Margaret nos avisa esta vez.

– Vaya, mi madre ha dejado de gritar – se sorprende y vuelve a besarme – eso quiere decir que ha dejado de molestarme.

– No se lo tomes en cuenta, ella nos quiere juntos.

– Pero tú eres mía – susurra acercándose su erección, debo de estar sonrojada.

– Siempre seré tuya Bastian.

– ¡Bastian, Nancy! – La voz de mi suegro nos avisa y creo que me he orinado en los pantalones, mi novio se ríe de mi reacción.

CAPÍTULO 6

Acabamos de dejar Crest Hill, estamos entrando en la autovía y Bastian tiene el ceño fruncido porque

me he puesto un poco irritable pidiéndole que me compre estas golosinas de ositos. Me meto en la boca

una buena cantidad mientras me mira de reojo,
opta

por no decir nada, me alegro, porque no podría

explicarle ahora mismo que vamos a ser padres y
es

mi dulce bebé quién pide por este pequeño
capricho.

Ha oscurecido hace poco, por fin hemos dejado

la casa de mis padres tras las constantes indirectas
por

parte de mi novio. Hemos pasado todos un buen

momento, mi padre ignora a Bastian, pero por lo

demás, un buen momento. Mi madre y Margaret no

han dejado de hablar de sus cosas, se han sentado

juntas y no había quien las despegara. Mis cuñados han empezado a discutir con Bastian sobre el campeonato en Colorado, mi padre y el Señor Trumper hablaban y no sé de qué, así que he pasado

un buen tiempo a solas con mi dulce bebé a pesar de

que estaba con todos ellos. Antes de irnos, mi madre

me ha aconsejado que no aguantara mucho tiempo

más en ocultar mi embarazo, que se muere por decirle

a todo el mundo que va a ser abuela y que Margaret

me pondrá un monumento en cuanto lo sepa. Me he

despedido de los Trumper una vez que hemos salido de

casa de mis padres, mi madre ha acompañado a

Sebastian a su coche para meterle todos los dulces que

ha robado de mi casa. No estoy celosa pero antes me

los daba a mí, ahora nosotros solo tenemos una bolsa

de rosquillas y Bastian dice que no me las coma de una

vez.

Estoy a menos de una hora para contarle a

Bastian que va a ser padre, me siento muy nerviosa, he

inventado miles de escenarios en mi cabeza para
buscar el mejor momento y todos ellos me llevan a
que

no existe el escenario perfecto. Bastian lo va a
saber

tan pronto lo suelte por mi boca. Mi madre me ha
aconsejado que se lo cuente tal y como son las
cosas,

que me enteré el día después de año nuevo y que
me

he estado adaptando al embarazo. Eso es lo que
piensa

mi madre, la realidad será que Bastian me gritará
por

habérselo ocultado y que no voy a ver la luz del
día

porque pensará que haré daño a mi dulce bebé. La verdad es que siempre me he imaginado a Bastian con

nuestro dulce bebé, no creía que sería tan pronto pero

sí que se me ha pasado por la cabeza el darle los hijos

que tanto desea. Le amo tanto que el verle amar a nuestro dulce bebé, va a ser mi sueño hecho realidad.

– Nena – Bastian pone una mano en mi pierna

– estas muy callada, vas a enfermar por haberte comido toda la bolsa de golosinas.

– Oh, ¿ya se han acabado? No me había dado

cuenta, debí preguntarte si querías.

– No, no quería interferir entre tú y las diez bolsas que hay en el asiento trasero.

Me sonrojo porque es verdad que me he puesto un poco agresiva con respecto a las golosinas, es inexplicable describir esta sensación de querer algo y

no parar hasta conseguirlo. Necesito ciertos alimentos

a determinadas horas, solo espero que mi Bastian entienda que es producto del Trumper que llevo en mi

interior. Quiero acariciar mi barriga pero evito el hacerlo, ya queda poco, no quiero ser la única que

lo

haga. Estiro el brazo hacia atrás y cojo otra bolsa de

golosinas, necesito más de estos.

Bastian me gruñe en desconcierto.

– No me mires así, me gustan los ositos.

– Nena, te has comido una tarta entera para ti

sola – aprieta mi rodilla – permítame estar un poco

preocupado por tu salud.

– Estoy bien Bastian, solo un poco nerviosa,

pero se me pasará. Quiero darme una ducha, ponerme

el pijama y... – decirte que vas a ser padre – ver

una

película contigo.

Continuamos en silencio escuchando música, me

he apoyado sobre su brazo ya que él solo necesita un

brazo libre para conducir porque con el otro me aprieta

fuerte contra su cuerpo. He dejado de comer cuando

he visto que hemos pasado la ciudad de Chicago, se

me está acabando el tiempo y el volver a casa me

pone nerviosa. Es el comienzo de nuestra larga vida,

ahora llevo un bebé en mi interior y eso nos

convierte

en padres, ya no hay retornos en nuestra relación.
Me

siento en mi sitio colocándome bien el cinturón de
seguridad, intento evitar mirarle porque mi
debilidad

está ganando la batalla conmigo y no quiero
soltarle de

repente su futura paternidad.

Bastian se da cuenta que algo me está

molestando, que ya he dejado de estar encima de
él

para aislarme en mi asiento. Siento su mano chocar
con la mía y le miro.

– No te muerdas la uña.

– No me mordía la uña solo estaba

comprobando que estaba en su sitio – me nace una
sonrisa nerviosa.

– Nancy, sé que tenemos que hablar pero vas a
tener que guiarme hasta lo que te preocupa.

– A mí no me preocupa nada, es verdad,
tenemos que hablar pero no me vas a decir nada
nuevo

que yo no sepa, ¿no es así?

– Sabes todo, no hay más, te lo prometo por tu
vida que es lo que más quiero.

Oh, ¿por qué me dice esas cosas? Ahora me

siento muy mal, sé que vamos a hablar durante horas

sobre lo que nos ha sucedido este mes, él dormirá en el

sofá si se pone demasiada seria la situación, pero no

veo el momento en el cual decirle que vamos a ser padres. ¿Por qué me preocupo tanto? Él quería tener

hijos, quiere ser padre, siempre me lo ha dejado muy

claro desde que me conoció. Digamos que es lo único

que me ha dejado claro desde que nos conocimos, no

conocía a su familia pero sí sabía que quería

plantar su

semilla en mi interior, y lo hizo. Paso mi lengua
por mis

labios, no puedo evitar mover mi pierna izquierda
cuando estoy extremadamente nerviosa, mordiendo
mí
uña de nuevo.

Bastian vuelve a gruñirme y a darme un
manotazo, esta vez más fuerte.

– Eh, ¿por qué no te dedicas a conducir?

– No puedo concentrarme en la carretera
cuando estás a punto de orbitar hacia arriba.

Ambos nos reímos por su comparación de mi

actitud en los últimos minutos. Me como otro osito
evitando hablar con él, Bastian ve que me ausento
por

unos instantes y afloja el volumen de la radio

suspirando fuerte. Vale, estoy exagerando, él va a
amar a nuestro dulce bebé, es tan suyo como mío.

– Bastian, la verdad es que estoy un poco

cansada – sí, mejor le digo mañana que va a ser
padre.

Necesito un poco de paz y mentalizarme sobre
cómo

darle la noticia, se supone que hoy tendría tiempo
para

buscar la forma de cómo hacerlo pero se han

presentado todos en casa y no he tenido ni un minuto

libre – solo me apetece estar en calma.

– ¿Qué ocurre Nancy? Siempre me pides

sinceridad, yo siempre te la doy, pero que es justo que

también me cuentes que está pasando por tu cabeza.

– Te soy sincera, estoy un poco cansada. Han sido unos días bastante raros, no me esperaba tantas

cosas nuevas otra vez.

– Nena – acaricia mi pierna – ya estamos

llegando a casa, ¿vale? Te prepararé un baño en el

jacuzzi que te vendrá bien.

Ladeo mi cabeza asintiendo, sí, un baño en el

jacuzzi me vendría perfecto. ¡NO! No, un baño en el

jacuzzi implica que me vea desnuda, descubrirá que va

a ser padre. ¿Por qué me complico tanto? Solo es

Bastian siendo padre. Sí, se lo diré ahora, será lo

primero que sepa cuando entre a casa.

– Ems, el jacuzzi es buena idea pero antes

tendré que preparar algo para cenar.

– ¿Cenar? – Me mira asustado – ¿tienes

hambre después de haberte comido los cinco kilos de

tarta?

– No mucho si te soy sincera, pero prometí a mi chico que le cocinaría una tortilla y eso haré. Los huevos muy hechos e impoluta, como te gusta – ronronea, eso le ha gustado – quizás solo me ponga el

delantal, ¿quién sabe?

– Eso es infinitamente mejor que mi idea del jacuzzi, aunque no te librarás señorita. Quiero que te

relajes.

– Pero... – me mira y niega con la cabeza – está bien.

No, no lo está, le distraeré dándole besos o algo.

Le mandaré a que traiga ropa o que pida algo de comer mientras me doy una ducha, ya tengo la excusa

perfecta para que no me acompañe en el baño.

Conociendo a Bastian, él no me dejará estar un minuto

a solas cuando crucemos la puerta. Frena el coche una

vez que las luces del jardín nos iluminan, me quiero

quitar el cinturón para correr bien lejos de aquí, trago

saliva, estoy atacada de los nervios por compartir una

noticia, que al fin y al cabo es de felicidad.

– Nena, ya que hemos llegado a casa quiero

decirte antes de entrar que mis reglas siguen
siendo las

mismas.

– ¿A qué te refieres?

– Qué mi interés en las mujeres sigue siendo el
mismo, esa entre muchas otras cosas. Entremos y
hablemos.

– Sí, entremos y hablemos.

Me gruñe porque iba a salir del coche, había
olvidado que él es quien me abre la puerta.
Aprovecho

que no está dentro para acariciar mi barriga; oh dulce

bebé, papá está muy cerca de saber de ti. Ama ayudarme a salir, metiendo sus manos por todo mi cuerpo para evitar que se me arrugue la ropa, solo llevo unos vaqueros y un jersey, es muy rápido en sus acciones.

Entramos en casa, las cajas de la decoración navideña han desaparecido pero está tal y como la dejé. Bastian me explica que no ha venido aquí desde que le dio el infarto, yo dejo de escucharle porque he

avanzado en la casa y estoy viendo la habitación de

invitados. La habitación del bebé. Estoy a punto de llorar cuando me encuentro con el cuerpo de Bastian

detrás de mí, intenta agarrarme pero me alejo, va a darme un infarto y no será al corazón precisamente.

– ¿Qué pasa nena?, ¿por qué no has dejado que me acerque a ti?, ¿quieres que hablemos primero?

– Sí, creo que necesitamos hablar.

Nos arrastramos prácticamente hacia el sofá dejándonos caer, nos acomodamos como si fuéramos

dos chicas adolescentes a punto de hablar sobre el
chico que nos gusta. Y así, mirándonos a los ojos,
yo

poniéndome un cojín sobre mis piernas,
empezamos a

hablar. Bastian me cuenta todo lo sucedido este
mes y

como pasó las horas fatídicas en el hospital, me
explica

a la perfección el por qué se casó con Bárbara y
que

no se acordaba cuando lo hizo porque tenía otras
cosas

en la cabeza. Se excusa conmigo por olvidar ese
momento cuando me explicó su vida y yo le creo,
le

creo porque sus ojos no mienten y sus palabras son
sinceras. Caigo en su aroma cada vez que habla,
bebiendo de su aliento con cada frase que formula,
prendida del hombre del que me enamoré.
Hablamos

durante un par de horas y le pregunto en más de
una

ocasión sobre las mujeres, al final acaba
regañándome

y enfadado porque era yo quien me acercaba
mucho a

Trevor para ponerle celoso. Le tengo que explicar
que

tiene toda la razón, que su hermano también me ha
dicho que me perseguía, es como si nunca

pudiéramos

desprendernos el uno del otro.

Bastian está jugando con mis dedos, es el momento perfecto para decirle que estoy embarazada,

tiene una copa de vino sobre la mesa y yo mis ositos

que he ido comiendo poco a poco. Suspiro porque estoy acalorada, el hablar nos ha venido muy bien, las

mujeres han sido producto de mi imaginación, me ha

dicho que confirme con su madre y Ryan que ha

dormido todas las noches en su antigua habitación.

Creo cada palabra que me dice y él cree cada palabra

mía, ha entendido que me asusté y toda esta situación

podría haberse evitado si él no se hubiera enfadado. Lo

ha estado y mucho, él quería que yo también hiciera

algún movimiento para demostrarle que le amo pero se

enfadó mucho más cuando volví a Chicago y no luché

por nuestro amor. Bastian tiene toda la razón del mundo, pero tiene que entender que yo estaba asustada, le imaginaba con mujer e hijos. Hijos.

Bebo de mi refresco mientras Bastian no para de jugar con mis dedos, ni siquiera me deja respirar sin

estar encima de mí. Me estoy empezando a agobiar bastante. Suspiro sonriéndole, hemos zanjado más temas de los que creía y parece ser que no ha pasado el tiempo.

– Por eso me extrañaba y por supuesto no iba a dejarte escapar tan fácilmente – muerde mis dedos, perdiéndome en su boca, adoro que me muerda los dedos.

– Ni yo, supongo que te estaba dando tiempo,

nos estaba dando tiempo. Llamaba tu atención ya que

no aparecías.

– No, quería ver lo que hacías en los clubs.

– Pues buscarte bobo – le beso – ¿qué si no?

– Ya te dije que jamás me vas a querer como yo

lo hago, cuando te des cuenta de ello sabrás lo que es

sufrir.

Le pego con un cojín estrellándolo en su cara.

Estoy deseando pegarle otro si se atreve a cuestionar

nuestro amor, levanta su mano para protegerse y se ríe.

– Vamos, repite alguna otra idiotez.

– Vale, vale, vale... ya no lo digo otra vez,

admite que es cierto y... – le golpeo – Nancy, tienes

fuerza, ¿de dónde la sacas?

– Ya sabes, quién duerme en el mismo

colchón... – me arrastra por la cintura hasta

colocarme encima de él, yo me pongo a sudar, va a

notar mi embarazo, intento alejarme de él pero me

retiene – Bastian, no aprietes más. ¿Por qué no

pedimos algo para comer y dejamos la tortilla para mañana?

– Solo si me prometes hacerme tortitas también,

he comprado con mi madre las no caseras para que
puedas cocinarlas.

Abro la boca lanzándole otro cojín a la cara, eso
ha sido para molestarme y hacerme rabiar. Sabe
que

una vez intenté hacer caseras y casi prendo fuego a
su

casa, no era mi culpa si ellas empezaron a
quemarse

porque él me distrajo.

– Sabes que las caseras estaban deliciosas.

– Y quemadas también – forcejamos porque
quiero llegar a su cara para pegarle.

– Retíralo – le intento hacer cosquillas y

encuentro su punto débil.

– Lo retiro, lo retiro mi dulce Nancy.

Paro en seco porque ha dicho dulce Nancy; oh mi dulce bebé, tengo que decirle a papá que estás en camino. Me aparto de él levantándome, pongo una mano sobre mi frente dirigiéndome a las puertas francesas del jardín, abriéndolas de par en par. El aire frío me da un respiro de tranquilidad, me doy la media vuelta y Bastian me observa extrañado de mi actitud.

– Oh Bastian – pongo la palma de mi mano

sobre mi garganta.

– ¿Nancy? – Frunce el ceño cruzándose de brazos, ¿qué le estará pasando por la cabeza a mi neandertal? – Supongo que te preocupa algo.

– Cierto.

– Y que ese algo no tiene nada que ver con nosotros como pareja.

– Exacto.

– Entiendo, ¿qué ocurre?, ¿qué no me has contado? Porque te he explicado que he hecho durante

este mes, salí del hospital, me encerré en casa de mis

padres y cuando salía lo hacía para beber y fumar.
No

he hecho nada con mujeres, no he hablado con
nadie

que no sean mis hermanos y te he pedido disculpas
por

ese día en el Bamper, sabía que venías e hice un
papel

porque mi madre me aconsejó que te trajera de
vuelta.

– Bastian eso... – levanto una mano entre
nosotros – eso me ha quedado claro, te creo.

– No entiendo tu actitud, me estoy volviendo
loco Nancy, me mata el no entrar en tu mente para
saber qué piensas.

– Dame unos segundos por favor – procuro no desmayarme porque le tengo que decir que vamos a ser padres – unos segundos.

– Tú también me has contado la verdad, ¿no es cierto?, ¿o me has mentido Nancy?

– ¿Mentirte? Yo no he hecho otra cosa que estar encerrada en casa de Rachel, amargar a Trevor en el trabajo y buscarte como una desesperada por las noches.

– Bien, de todas formas no has dado ningún paso sin que yo lo desconozca. Habla ahora

Nancy,

¿qué te preocupa?, ¿nosotros?, ¿tienes dudas?

Dime

que tengo que hacer porque te traigo los putos planetas

si hace falta para que veas que hago todo lo que sea

por ti.

– Oh Bastian, eso es muy dulce, yo... estoy...

solo un poco cansada de... quizás debes de...

– Nancy – da un paso en mi dirección, yo

retrocedo saliendo al jardín – ¿Nancy qué te pasa?

– Joder, tengo que... y no puedo.

No puedo porque cambiará todo entre nosotros.

No sé si estamos preparados para ser padres, si

Bastian quiere disfrutar de nuestra relación, si
nuestro

dulce bebé va a ser un problema. Me muero de
miedo,

siento como las serpientes me ahogan en el cuello,
me

cuesta respirar. Quiero asegurarme de que estamos
en

la misma página y ¡diablos! Estamos en la misma

página pero temo que su reacción sea excesiva y
que

crea que le he ocultado el embarazo para hacerle
daño,

debo de esperar un par de días más hasta
asegurarme

de que no va a ser un problema entre nosotros.

Bastian

va a amar a su bebé, sé que lo hará, pero va a

enfadarse mucho por haberle ocultado estas
semanas

de embarazo.

– Nena – cierra los ojos – sea lo que sea.

– ¿Descubriste cuáles eran mis regalos de

Navidad?

– ¿Qué?

– Mis regalos de Navidad, nunca llegamos a
intercambiarnos nuestros regalos de Navidad.

– El mío no está ahora aquí, ¿no crees que

debemos de hablar sobre lo que te ocurre?

Me muevo dentro de la casa dirigiéndome a la habitación, Bastian me sigue gruñendo. Abro el cajón

de mi mesa de noche donde saco una pequeña caja.

– Uno de ellos, los otros están en mí otra habitación.

– Nancy no sé si...

– Por favor, es importante para mí.

Coje la pequeña caja abriéndola tranquilamente, intenta no romper el papel de regalo y odio que la gente quiera conservar hasta eso, es solo un papel.

Suspiro en desacuerdo por lo lento que va y él me

mira

yendo aún más lento, avanzo para quitárselo de las manos pero estira su brazo alejándolo de mí.

– Sshh, señorita no interfiera.

Por los nervios acabo mordiendo mi labio

inferior y él abre la caja de terciopelo, me dijeron en la

tienda que era para hombres pero el color es

demasiado femenino para Bastian. Lo mira ilusionado

hasta perderme en sus ojos y en lo que ve, saca la

alianza con tranquilidad y lee la frase que hay escrita.

– ¿Te gusta? – Me atrevo a preguntarle

rápidamente, se ha quedado congelado en mitad de
nuestra habitación y no me hace caso, solo tiene
ojos

para la alianza.

– Te entrego mi eternidad, te amo, Nancy.

Lee mientras yo tiemblo por la emoción, él

también lo hace. Pasa por mi lado sentándose
sobre la

cama y no deja de darle vueltas a la alianza, la

curiosidad me mata y no puedo evitar acercarme a
él

para besarle en los labios. Arrastro mis pies
seguida de

su brazo que me atrae hacia sus piernas, me siento

sobre una de ellas agarrándome fuerte al hombre
que

tiene mi eternidad.

– ¿Te gusta amor? – Paso mis manos por su
pelo, él no suelta la alianza.

– ¿Qué si me gusta? – En sus ojos hay lágrimas
e intenta hacerse el duro a mi lado fracasando, se
le

escapa alguna lágrima que limpio con mi dedo.

– La verdad es que te compré una hace dos
años cuando te conocí, te la quería entregar el día
de

Acción de Gracias pero nunca tuve la oportunidad.

Luego la descubrí en el fondo de mi bolso y la

guardé

como si fuera algo que te pertenecía, me dio
fuerzas

para amarte aún más aunque estuviera enfadada

contigo. Estas navidades sabía que era el momento

idóneo para regalártela finalmente, pero no me
sentía

bien regalándote la misma que guardaba, pues solo
era

una normal que te compré. Así que me fui a una

joyería, hice que la fundieran y te escribieran esa
frase,

“te entrego mi eternidad” porque así será, tienes
mi

cuerpo, mi alma y mi eternidad, todo de mí.

Nuestra

relación se ha basado entre la destrucción y la reconstrucción de la misma, hemos discutido, nos hemos hecho daño y conseguimos salir a flote cada vez más fuertes. No hay nada de mí que no sepas, no

hay parte de mí que no te quiera y este mensaje te lo

quería dar en navidades pero no pudo ser. Quería

decirte que aunque me enfade contigo o me hagas

llorar, te entrego mi eternidad porque sin ti no tengo

vida. Te quiero.

Le doy un beso a su cara inmóvil, se ha quedado

embobado viendo cómo me he declarado, le quiero

más que a mi propia vida y se lo haré saber toda nuestra eternidad. Respira entrecortadamente y pongo

una mano en su corazón, le calmo susurrándole que se

relaje, esconde su cabeza en mi cuello e intento cogerle la alianza pero no la suelta.

– Es mía – me gruñe.

– Dámela un segundo que...

– Es mía, no tuya.

Le muestro mis dientes en una gran sonrisa que dibujo bajo su fuerte agarre, esta vez no me quiere

soltar, ni a mí, ni a la alianza, ya no tengo escapatoria.

Voy a decirle lo de mi embarazo, me da igual nuestras

consecuencias, él se merece saber tanto como yo que

vamos a ser padres y quiero demostrarle que seremos

los mejores del mundo. Le agarro de su mandíbula

para besarle, me responde a mi beso y cuando saca la

lengua mi cuerpo reacciona enviándome señales de

placer. Él es el único que me reactiva.

– Bastian.

– Espera – se pone la alianza en su dedo anular izquierdo, la admira con emoción – esto significa mucho para mí.

– Para mí también, eres eterno en mi vida.

– Tú también eres eterna en la mía – me besa – toda mía y de nadie más. Me perteneces solo a mí, repítelo.

– Me perteneces solo a mí.

– Buen intento señorita, ahora repíteme que eres solo mía y que solo yo te pertenezco.

– Soy toda tuya y te pertenezco.

– Solo a mí – sonrío – se te ha olvidado decirlo

cariño.

– Solo te pertenezco a ti.

– Dime también que soy eterno en tu vida y
tuyo.

– Te lo acabo de decir – esto es absurdo, acabo
riéndome.

– Repítemelo y hazme feliz.

– Esta bien Bastian Trumper, eres eterno en mi
vida y eres mío, completamente mío porque yo soy
completamente tuya y te pertenezco solo a ti.

Gruñe de placer volteándome, me lanza sobre la
cama y se sube encima de mí.

– Eterno Nancy, no lo olvides. Eterno en tu vida.

– Eres mi neandertal eterno – me río subiéndome

los brazos a su cuello – tenemos que hablar

Bastian,

quiero decirte una cosa muy importante para mí.

– Ums – me besa sin intención en parar –

espera un segundo, quiero disfrutar un poco más de
mi

eternidad.

No le mataré cinco minutos más de espera, me

relajo debajo de su cuerpo poniendo una barrera
entre

nosotros. Entrelazamos nuestros dedos
apoyándolos

sobre la cama, se mueve sensualmente sobre mí y
estoy empezando a perder el control de mi misma.
No

quiero que descubra por sí solo que mi barriga no
es

tan plana, muerdo su labio dejándome llevar hasta
que

afloja su agarre de mis dedos para acariciar mis

pechos. Gimo en respuesta por su avance rápido,
él es

muy veloz cuando quiere, saco la lengua y no me

atrevo a abrir los ojos o me perderé en sus labios,
sus

labios eternos que me besarán para el resto de mi
vida.

Baja su mano por mi costado y los abro finalmente
asustada apartándole disimuladamente de mi
cuerpo.

– Tenemos que hablar Bastian – susurro.

– ¡Maldita sea Nancy! ¿Se puede saber porque
llevas todo el jodido día evitando que te toque?

Silencio.

Siento como mi cara se enrojece paralizándome.

Vamos Sullivan, dile de una vez que estás
embarazada.

Trago saliva, le voy a acariciar pero me aparta la
mano

levantándose de la cama. Veo cómo se aleja su
figura

abriendo las puertas francesas de nuestra habitación

que dan al jardín, me levanto de la cama para ir con él

pero me las cierra en la cara.

– ¿Bastian? – Salgo al jardín congelada de frío,

se aleja al otro lado de la piscina y lo sigo –

Bastian

vuelve aquí.

– Déjame un segundo Nancy, por favor.

– No te voy a dejar, tengo que decirte algo muy

importante.

– Ya sé lo que es.

¿Qué? No, no puede saberlo. Sebas me dijo que

no sabía nada, que mi león no lo descubriría ni en un

millón de años. No, él no lo descubriría a no ser que

haya tocado mi barriga y se haya dado cuenta de que

su tamaño no es plano. Da un par de vueltas por la

piscina y lo sigo como lo seguiría al fin del mundo, mi

hombre se encarga de dar algunas vueltas más

mientras sigo su paso hasta que se para. Entonces me

alejo de él, mantengo una distancia prudente, las luces

del jardín dan luz a esta noche invernal y oscura. Me

abrazo a mí misma porque estoy congelada y
porque

me abruma el hecho de que Bastian pueda saberlo
y

no se alegre por ello.

– ¿Bastian?

Sube una mano a su corazón girándose de

espaldas a mí. Suspiro nerviosa, ¿por qué no se
alegra

si ya lo sabe? Doy un paso y levanta la mano

deteniéndome, ¿cómo puede ver cada movimiento
que

hago si no me está mirando? Decido plantarme con
los

pies en el césped y no dar ningún paso en su

dirección.

Acaricio mi vientre, ya nada va a impedirme que lo

haga en público, está creciendo mi dulce bebé en mi

interior y Bastian tiene que aceptarlo le guste o no.

¿Lo aceptará? Es obvio que no, lo sabe y por eso no

quiere que me acerque a él.

– ¿Es ese Greg?

– ¿Greg?, ¿quién es Greg?

– Tú lo sabes mejor que yo, ¿no? Fuisteis juntos al cine la semana pasada.

Hago memoria, sí que fui al cine la semana

pasada, pero con mis amigos y... sí, había un Greg en

el grupo pero es amigo de Alan, lo conocí hace dos

años en una cena. ¿A qué vienen ahora estos celos innecesarios?

– Bastian, no sé lo que se te está pasando por la cabeza. Sí, lo volví a ver la semana pasada...

– ¿Volver a ver? – Se da la vuelta encarándome con su mano sobre el corazón.

– Relájate cariño, no te alteres, estás enfermo y ahora te toca tomarte tu pastilla para el corazón.

– ¿Te preocupa jodidamente mi pastilla cuando

te has acostado con Greg?

– ¿Qué? Yo no me he acostado con Greg,

Bastian – ahora me cruzo de brazos enfadada –

¿cómo te atreves a insinuarme esto?

– Eres tú la que te has manoseado con él, no yo.

– ¿Ah sí? – Ruedo los ojos porque los celos

compulsivos de este hombre no tienen fin –

¿Cuándo

me he manoseado con él? Déjame adivinar, según tú

dentro de los cines, ¿no es cierto? Veíamos la película,

nos metimos mano y nos fuimos directamente a los

baños para tener sexo pervertido. ¿No crees?

– Nancy, no sigas con esto. Mira mi estado de salud.

– ¿Y es mi culpa? No entiendo por qué insinúas todo el tiempo que me acuesto con otros. Tienes un concepto de mí equivocado y no te lo consiento

Bastian. No lo haré.

– No me culpes Nancy, tú eras la que te reías a su lado, agarrándote a él. Ahora ni siquiera me dejas

tocarte porque te pesa la conciencia y eso era lo que

ibas a confesarme.

– En serio Bastian, a veces puedes hacer de mi

vida una mierda.

Me enfado rezando para que no afecte a mi

bebé y volviendo dentro, esta vez soy yo la que le

cierra las puertas francesas en las narices. Me río

corriendo las cortinas, me dirijo a cerrar la puerta de la

habitación cuando él intenta entrar descaradamente, es

muy rápido cuando quiere, pasar corriendo por la otra

entrada hasta aquí tiene su mérito.

– No tienes ningún derecho a enfadarte, ¿es eso lo que me ibas a confesar verdad?

– Sí, era eso. He tenido sexo pervertido con

Greg y con su esposa, sí, ya sabes, me van las relaciones a tres. Ah – me río – como la que tuvimos

Ria, tú y yo. Adoro este tipo de relación.

Cierro la puerta bruscamente, dándome la vuelta pero él la abre agarrando mi brazo.

– Nancy, deja de actuar como una insensata y responde a mi pregunta.

– ¿De qué sirve? Te tengo que demostrar que no he tenido sexo pervertido cuando tú te has manoseado con todas las mujeres y...

– ¿Ves quien tiene el problema? Jamás vas a dejar pasar lo que he hecho.

– ¡No lo hagas y no te reprocharé nada!

– ¿Qué relación tienes con Greg?

Eso sí que no. Doy un paso hacia delante

golpeándole en la cara. No decimos nada, él sigue con

la cara girada y ni siquiera ha movido un músculo.

– Fuera de mi vista.

– No – frunce el ceño.

– Hazlo Bastian, ahora mismo no te quiero ver –

pongo una mano en mi frente – sacas lo peor de mí.

– Tú también sacas lo peor de mí – le miro y

tiene la barbilla levantada. A veces mi neandertal

necesita un poco de su dosis para probarle.

– Sí, eso es verdad. Déjame sola, voy a darme un baño y quiero irme a dormir.

– No nos vamos a ir a dormir hasta que...

– ¿Nos? – Me río – oh no, tú duermes en el sofá.

– No lo haré – da un paso acercándose a mí, retándome con la mirada, quiero reírme por su actitud

pero necesito mantenerme firme.

– Lo harás porque estoy muy cansada y necesito relajarme, ambos necesitamos relajarnos. Me

alegro de que seas tan observador, que me hayas

seguido allá donde haya ido, me siento muy orgullosa

de que me ames, pero como vuelvas a insinuar algo así

me temo que esta vez me iré lejos de Chicago y no me

encontrarás. ¿Te queda claro?

– ¿Me amenazas con dejarme para siempre otra

vez? – Levanto los brazos dejándolos caer, ¿por qué es

tan sumamente testarudo? – Soy eterno en tu vida, me

lo acabas de decir.

– Sí, lo eres Bastian, porque lo eres deberías

madurar un poco y aparcar tus celos a un lado. Me

haces daño, mucho daño y no sabes cuánto.

Cambia de postura aceptando lo que le he dicho,

quiere dar otro paso en mi dirección pero yo retrocedo

negando con la cabeza. Me gruñe y yo le respondo de

vuelta, me impongo ante la fuerza que desprende su

cuerpo, ganando una batalla absurda. Se ve tan lindo

cuando se enfada, me muestro divertida riéndome,

Bastian sigue con el ceño fruncido.

– No te rías, esto es serio. Otro hombre ha estado contigo y...

– ¿Otro hombre? Oh sí, Greg, lo olvidaba. ¿Qué querías escuchar?, ¿qué me he acostado con él? Sí, lo

he hecho. ¿Mejor? Ahora fuera de mi vista que quiero

darme un baño, y sola.

Pone una mano en su corazón, ya me arrepiento

de lo que he dicho, Bastian es especial y debo de medir

muy bien las palabras cuando intento hablar con él

mientras está cegado por los celos inexistentes.

– Eres una pequeña mentirosa nata.

– Sí, esta pequeña mentirosa nata no está feliz contigo cuando pones la mano sobre tu corazón

Bastian. No juegues con eso, vete al sofá y relájate.

¿Por qué me preguntas si he estado con Greg? Ni siquiera lo conozco.

– Te vi riéndote con él, como os abrazabais –
subo una ceja – vale, no os abrazabais pero era el
único que estaba sobrepasando las líneas y tú se lo
permitías.

– ¿Volvemos ahí de nuevo? Te vuelvo a repetir
que yo no soy como tú, yo no busco a hombres
cada

vez que nos peleamos. No levanto la mano y
chasqueo

los dedos para que aparezcan rubios con ojos

azules y

cuerpo de infarto para calmar mis deseos – levanto
la

mano porque se acerca y necesito estar a solas –
yo

no soy tú, así que sea la última vez que tus celos
nos

hacen tener un día de mierda, de nuevo.

Entro en el baño cerrando la puerta, la vuelvo a
abrir porque Bastian ya venía a buscarme. Levanto
una mano chocándola contra su pecho y me gruñe.
Me

da igual, le dejo claro con una mirada que quiero
estar

sola, y la verdad, es que necesito estar sola por

unos

instantes.

– No me vas a echar de tu baño. Yo también quiero uno y contigo. Es un hecho irrevocable.

– Lo que es irrevocable es que no hayas puesto cerraduras a las puertas en esta casa. Quiero darme

un baño sola y lo haré te guste o no. Vete al sofá, espérame allí, tenemos que hablar – evalúa mi cara –

no, no voy a dejarte pero estoy muy enfadada contigo

Bastian. Piensa en cómo controlar tus celos de mierda.

– Si me quisieras como yo te quiero a ti... –

levanto la mano porque iba a golpearle pero es más

rápido y se retira – si te metieras en mí por un instante

sabrías el dolor tan inmenso que padezco cuando te

veo al lado de otro hombre.

– Bastian, si me fui al cine y a muchos otros

sitios era porque ya habíamos acabado. No te

molestaste en buscarme y yo tampoco. Asímelo, no

apruebo que bebieras, que fumaras y ni mucho menos

que vieras bailes de mujeres mientras tenías a tu

lado a

otras. Piensa quién está más jodido de los dos.
Debo

de amarte demasiado para permitirte que aún me
sigas

tratando de esta manera.

Cierro la puerta de una vez por todas. Me río

porque esta va a ser mi vida a partir de ahora, mi

neandertal es eterno pero no va a dejar pasar que
haya

estado con otros hombres. Me pensaré seriamente
si

debemos tratar su problema con algún psiquiatra

especializado en la materia, no puede ser normal
su

obsesión compulsiva conmigo y los hombres
alrededor

de mí. ¿Greg?, ¿en serio? Ni siquiera me acordaba
de

él, se ha casado recientemente, esa noche su mujer
vino más tarde al cine porque estaba de compras
con

sus amigas. ¿Cómo se atreve mi león frustrado a
tocarme las narices de este modo?

No escucho ni un alma afuera, se habrá ido al
sofá si es inteligente. Por fin me quito el jersey y
veo

mi vientre, muerdo mi labio porque es hermoso.
Ladeo

mi cuerpo apreciando la magnitud de mi pequeño

Trumper, de mi dulce bebé que crece dentro de mí.

Decido no babear demasiado para salir de nuevo y

contarle a Bastian la verdad, mi pobre neandertal,

¿qué

se habrá pensado?, ¿qué todos los hombres van a

querer acostarse conmigo? Es tan celoso que me

hace

reír, también es único en su especie cuando se trata

de

fastidiarnos un día perfecto.

Al salir de la ducha empiezan a sonar mis tripas,

tengo hambre y mi dulce bebé necesita

alimentarse. Ya

es tarde, nos hemos saltado la hora de la cena

porque

estábamos hablando. Abro la puerta del baño y no
veo

a Bastian esperándome afuera, es extraño pero

supongo que se habrá ido al sofá realmente. Me
paseo

por la casa intrigada, las luces están apagadas, veo
la

luz del jardín y supongo que está ahí afuera, espero
que

lleve abrigo o se enfriará. Entro en mi habitación,
el

paraíso femenino como acabé llamándolo, y busco

unas bragas bastantes sexy, pienso en que pronto

dejará de verme caliente cuando empiece a
engordar.

También saco el pijama de Hello Kitty que tanto admiraba, me hacía ponérmelo a menudo porque le gusta verme en los pantalones tan apretados que se ajustan a mi trasero. Cuando he acabado con las cremas y me he tomado la pastilla, ya parezco más digna, me asomo al jardín y lo veo cabizbajo.

Carraspeo con la garganta.

– ¿Sí? – Dice asustado.

– ¿Te apetece una tortilla?

– No.

– Yo me voy a hacer una, estoy hambrienta –

muestro gratitud en gesto de paz, no dice nada.

Salgo

al jardín muerta de frío, sigue con su mirada cada uno

de mis pasos y gruñe cuando estoy delante de él –

¿estás seguro que no quieres una de mis magnificas tortillas? Te aseguro que la amarás mucho más esta vez, te pondré dos huevos de más.

Se ríe estirando la mano hasta coger la mía, me rindo ante mi neandertal, caigo en una de sus piernas y

nos damos un pequeño beso.

– ¿Tan mal me he portado contigo?

– Cariño, no te haces una idea del daño que me

haces insinuándome todo el tiempo que estoy con otros

hombres. Eso no es verdad y lo sabes. ¿Piensas que

me acostaría con algún otro por el simple hecho de hacerlo?

– Estabas triste, diferente, pensé que te habían engatusado y no me querías realmente en tu vida.

Pensé que se acabó para siempre Nancy – agarro su

cara para que me mire – no me entiendes.

– Eres eterno en mi vida Bastian, no lo olvides.

No hay nadie que venga y me plante un beso o me lleve a la cama. No existe esa persona porque al único

que voy a llevar a mi cama es a ti. ¿Entendido? He

tenido unos días complicados, necesitaba contarte una

cosa para que entendieras como he estado y...

– Espera – pone un dedo sobre mis labios

levantándose – mi actitud va a ser siempre así
Nancy,

yo no voy a cambiar, necesito ser así para protegernos.

– ¿Protegernos de qué Bastian?

– De todo el mundo, ¿es que tenemos que

volver a la charla que mantuvimos el año pasado?
No

te ves al espejo pero yo sí Nancy, a todas horas

aunque no esté delante de ti. Eres la mujer más guapa

del mundo, eres sexy y créeme que tus tetas han crecido bastante – están así de grandes por otro motivo – no te rías nena, es verdad, necesito que entiendas mi actitud.

– Te entiendo Bastian, si no te entendiera no estaríamos aquí los dos. Te quiero, me gusta que tengas esa visión sobre mí, pero también te digo que no habrá nadie que nos separe. Ni siquiera lo harán cuando nos enfademos, nadie me tocará o te tocará nunca más.

– Yo me perdí sin ti, me hundí en la miseria y pregúntale a mi familia Nancy. Mi madre no

dejaba

que tuviera cinco minutos para mí solo, venía al club

golpeándome y mandándome a casa.

– Amo a tu madre y lo sabes.

– Prefiero que mantengamos al margen mi

pasado, me duele que lo saquemos a la luz cada vez

que discutimos. No me siento orgulloso de cómo he

llevado mi vida y ahora que por fin puedo cambiarla no

quiero que me recuerdes todo el tiempo que Ria intentó

separarme de ti.

– Tienes razón – asiento con la cabeza – lo siento Bastian. No vuelvas a insinuar que me he acostado con otros hombres y no dormirás en el sofá.

– Nunca lo insinuaría de ti, ¿es que no me oyes?

Son en los hombres en quien no confío, ese tal Greg no

dejaba de sonreírte y te comía con la mirada. Yo sé lo

que tienen los hombres dentro de sus mentes.

Ruedo los ojos de nuevo porque este hombre no tiene fin, ¿no se cansa de repetirme siempre lo mismo?

Es obvio que tiene un problema más serio de lo que

creía, sus celos compulsivos con los hombres que me

rodean son exagerados. Adoro verle así de todas formas, él es el único que me perseguiría aun siendo yo

la que le dejó. No va a cambiar y me alegro en parte,

su protección me hace sentir amada y querida por él,

mi neandertal eterno no morirá tan fácilmente.

– Bastian, dejemos de hablar sobre esto, nos

queda una vida juntos y quiero vivirla a tu lado,

tendremos nuestras discusiones y no pretendamos

hacerlas todas en el mismo día. ¿Verdad?

– No quiero discutir contigo – frunce el ceño
alejándose de mí – no si obedeces mis órdenes.

– ¿Órdenes? Vives en un mundo imperativo
donde... – se acerca a mí para besarme,
haciéndome

que me calle, odio cuando hace eso.

– Mía – me aprieta contra él.

– No vuelvas a... – sigue mordiéndome los
labios, metiéndome la lengua hasta el fondo de mi
garganta, sus manos viajan por mi cintura y le
aparto.

– ¡NANCY!

Me grita girándose alterado porque le he

frenado de nuevo. Me río adentrándome en el frío
porque se ha alejado de mí. Abrazo mi cuerpo
riéndome, está dándome la espalda de nuevo,
acaricio

mi vientre porque ya no lo escondo más.

Ha llegado el momento.

– Bastian, mírame.

– ¿Se puede saber porque no me dejas tocarme?

– Está respirando fuerte, no quiero que se altere
más –

dímelo.

– Gira tu hermoso cuerpo para mirarme a los
ojos.

– No, no quiero – apuesto mi vida a que tiene el ceño fruncido.

– Cariño, tengo que decirte algo. Por favor.

Bastian lo hace rápidamente, efectivamente tiene el ceño fruncido, parece tan infantil, como un niño

pequeño cuando le has quitado su juguete favorito.

Aquí le tengo plantado delante de mí, nos separan algunos metros entre nosotros pero yo avanzo

lentamente hasta él, sin embargo, prefiero mantener la

distancia. No sabe nada y la noticia puede afectarle a

su delicado corazón. Le amo más que a mi vida y

porque va a tener que dividir su amor, ahora vamos a

tener un bebé y va a amarlo tanto como yo lo estoy haciendo.

– ¿Nancy? – Se da cuenta que estoy a punto de llorar.

– Bastian, quiero decirte que eres el ser más hermoso que he conocido en mi vida, que te amo y eres eterno. Quiero vivir una vida a tu lado y nuestra

vida empezó hace mucho tiempo.

– ¿Te estás despidiendo de mí? – Está asustado.

– No cariño, tengo que decirte algo que va a

cambiar nuestras vidas.

– Habla – le tiembla la voz.

– Estoy embarazada.

Silencio. La brisa sopla entre ambos.

– ¿Qué?

Analiza mi cara extrañado como si lo que le

hubiese dicho no tiene nada que ver con nosotros,

¿podría ser menos delicado en su reacción? No,

estamos hablando de Bastian. Acaricio mi vientre
por

primera vez delante de él, le entrego en un gesto
más

de lo que le voy a poder entregar en toda mi vida,

vamos a ser padres y ya sabe que estoy embarazada.

Está atónito frente a mí, no dice nada.

– Estoy embarazada – repito.

– Eso no puede ser, biológicamente no puede ser.

Subo una ceja frunciendo mis labios. ¿Será posible? Mi neandertal tiene menos cerebro del que

creía. Suspiro e intento relajarme, solo está asustado

ante la noticia de nuestro dulce bebé.

– ¿Por qué no puede ser Bastian?

– No nos hemos acostado desde...

– La misma mañana que te marchaste a la oficina antes de que te diera el infarto.

– Sí y...

– Cuando llegué a Crest Hill empecé a vomitar, a encontrarme mal, todos pensaban que era una consecuencia de nuestra ruptura y a mí ya me faltaba

el periodo a primeros de mes. El día después de año

nuevo mi madre se dio cuenta que no dejaba de vomitar, yo pensaba que el posible embarazo era una

imaginación mía, pero ella me dijo que estaba embarazada. Al día siguiente me llevó al médico,

me

hizo unos análisis confirmándome que estaba de casi

cinco semanas. Esta mañana hemos estado en el

médico de nuevo y nuestro dulce bebé está creciendo

sano.

– ¿Qué?

Levanta una mano sobre su corazón, ambos

avanzamos acercándonos, no queremos dejar de

mirarnos para no asustarnos y eso hacemos.

Acaricio

nuevamente mi vientre; oh dulce bebé, este es papá.

Bastian mira mi barriga y luego me mira a mí.

– Dime algo cariño, tan solo pronuncia algunas palabras para dejarme tranquila.

Aún no se cree lo que le he dicho, mira hacia mi vientre levantando su mano para colocar la palma sobre mi pijama, le ayudo levantando la camiseta y por

fin puede acariciar a nuestro dulce bebé. Le tiemblan

los dedos, creo que los tres estamos nerviosos por esta

presentación tan cercana. Miro directamente a sus ojos y me encuentro con que él me está mirando de vuelta con su mano aún sobre mí.

– Tú barriga, tú barriga no es plana.

– Lo sé – sonrío, él se está fijando en sus dedos

– dulce bebé está creciendo poco a poco.

– ¿Dulce bebé? – Me frunce el ceño – ¿ya le has puesto nombre?

– No, es como le llamo, no me atrevería a ponerle nombre sin ti.

– ¿Estás...? ¿Estás embarazada?

– Sí, lo estoy Bastian, es lo que he intentado decirte desde hace tres semanas y no encontraba un jodido momento en mi vida para...

– ¡Habla bien! Dulce bebé se puede molestar –

me quedo en blanco cuando me regaña y asiento.

– Trataba de encontrar un momento para explicarte lo sucedido, luego vinieron los problemas en

el trabajo, acababa agotada, te buscaba por las noches

y se me juntó todo y...

– ¿Cómo? Tú y yo... pero... ¿cuándo te quedaste embarazada?

– Ems, bueno, supongo que cuando vinimos de Europa tuve algunos contratiempos con la píldora, ¿te acuerdas?

– Sí.

– Te enfadaste porque te hice usar preservativo
y luego acabaste por quitártelo, deduzco que en
esos

días de descontrol natal se creó nuestro dulce
bebé.

– Nuestro – susurra.

– Sí – acaricio su mano que no ha dejado de
sentir mi vientre, estoy segura de que este será su
lugar favorito – nuestro dulce bebé, Bastian.

– Creía que no querías que te tocara, que ya soy
demasiado viejo para ti.

– Bastian, solo quería que no lo descubrieras
porque me metieras mano, te lo iba a decir hace un

rato en la habitación pero...

– Pero siempre lo fastidio todo, ¿a eso te referías con que hacía de tu vida una mierda?

– No, estábamos nerviosos, han sido unas semanas complicadas pero lo más importante es que

ahora estamos juntos. Los tres.

– Los tres – me aniquila con la mirada – los tres.

– Sí, los tres – vuelvo a repetir – debí de contártelo hace tres semanas, me asusté mucho.

– ¿Quién más lo sabe?

– Mi madre es la única que lo sabe, me vio

vomitando y se dio cuenta que estaba embarazada.

Empecé a comer como una condenada y fuimos al médico el día después de año nuevo.

– ¿Tu madre lo sabía y no me ha dicho nada?

Le he estado acosando por el chat del móvil todas estas semanas, ¿y no me ha dicho nada?

– Cariño – acaricio su cara – era su deber

como madre quererme a mi primero, además, sabe que

dulce bebé es nuestro y nos pertenece a ambos. Yo debía de ser la que te comunicara la noticia.

– Debiste buscarme el mismo día que lo supiste, por muy cabrón que haya sido, tenías que haberme

buscado Nancy.

– Lo siento en el alma Bastian, te lo iba a decir pronto, mi madre me estaba presionando y ella solo me

daba unos días más para pensarlo, y te juro por dulce

bebé que iba a buscarte al Chase o a donde estuvieras.

Te lo quise decir tantas veces, temía tu reacción.

– ¿Mi reacción? – Acaricia moviendo sus dedos sobre mi vientre haciéndome cosquillas – me das la

segunda mejor noticia de mi vida y ¿temías por mi reacción?

– Sí yo no sabía que... espera, ¿cuál es la primera mejor noticia?

– Tu eternidad – sonrío orgulloso – tus palabras me dicen más que tus regalos.

– Oh – abro la boca.

– Oh – me imita – así que estás embarazada y vamos a ser padres.

– Sí.

– Mi Nancy está embarazada – repite nuevamente asombrado, se le llenan los ojos de lágrimas y quiero llorar junto a él – me has hecho el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra, ¿lo

sabes

no?

– ¿Te hace ilusión que seamos padres?

– ¿Ilusión? No te haces una idea de lo que me

estoy conteniendo en estos instantes, quiero salir y

saltar por todo el jardín, gritarle a todo el mundo
que

voy a ser padre, y que solo yo voy a tener a mi
dulce

bebé en mis brazos cuando venga al mundo.

– Quiero que seas feliz, muy feliz – se me

escapan esas dos lágrimas, Bastian me las besa –

porque yo lo soy y mucho, nunca vas a saber lo
que es

estar embarazada y sentirte conectada a una cosita
con forma de cacahuete.

– Creo que si existe algo más allá de la felicidad

yo lo sobrepaso – aparta su mano de mi barriga,

elevándome hasta que rodeo mis piernas en su
cintura

– el hombre más feliz del mundo Nancy, no lo
olvides,

me has hecho el regalo más grande que podías

hacerme. He encontrado a una mujer maravillosa
con

la que quiero pasar el resto de mis días y vas a

hacerme padre, ¿qué más puedo pedirte señorita?

– Oh Bastian.

Le beso apasionadamente haciendo chocar mi lengua contra la suya, me da unas vueltas en el aire y

sonrío hasta que separa sus labios de los míos, hasta

que me frunce el ceño. ¿Qué pasa ahora?

– Eres una insensata – me recrimina.

– ¿Por qué?

– Salir así al jardín, con ropa interior, ¿no te das cuenta que dulce bebé puede tener frío?

Me río a carcajada limpia mientras Bastian nos conduce hasta dentro de la casa, me deja sobre el sofá, él también lo hace tras poner una manta sobre mí y

cobijarme bien. Se sienta a mi lado cuando se asegura

de que estoy totalmente tapada aunque la calefacción

me esté matando de calor, me mira a los ojos, mete la

mano debajo de mi pijama y la posa nuevamente en mi

barriga.

– ¿Contento?

– Muy contento señorita – aparta el pelo de mi

cara – te amo Nancy, a ti y a dulce bebé. Jamás voy a

poder darte ni la mitad de lo que tú ya me has dado, si

podría hacer retroceder el tiempo lo haría porque
hubiera ido a Crest Hill para buscarte y retenerte
para
mí solo.

– Vamos a ser padres Bastian – le digo
sonriéndole – ¿puedes creer eso?

– Tú no querías tener hijos.

– No, no quería tan pronto pero ahora que estoy
embarazada estoy deseando que llegue el momento
de

verle la cara. Deseo poder tenerle entre mis brazos
y

susurrarle lo mucho que le quiero.

– ¿Más que a mí?

– ¿Tú le querrás más que a mí?

– Os querré por igual, inclusive más cada día, a los dos, a ambos por igual.

– Ese es mi sentimiento también, si tengo amor que dar lo reparto entre ambos. Te quiero a ti de igual

modo que a dulce bebé, pero tengo que admitir que el

estar embarazada es la mejor sensación del mundo

Bastian. Y tú has hecho esto posible, gracias.

– ¿Me agradeces por poner mi semilla en tu

vientre? – Sonríe bajando su cabeza hasta mi cara

para besarme – estoy viviendo en una nube, en un

sueño del que no quiero despertar. Si es una broma que

nunca que se acabe, no me digas que no estás embarazada porque me da otro paro cardiaco.

– Bastian – le golpeo en el brazo – no bromees con eso.

– No bromeo, voy a ser padre y quiero gritar, gritar bien alto para decirles a todos a quien perteneces

y que dulce bebé está ahí adentro por mí, porque yo lo

he puesto ahí adentro.

Me señala con el dedo en el centro de la barriga y se ríe, sí, creo que tiene el concepto muy bien

aprendido de cómo se hacen los bebés. Nos quedamos

un rato mirándonos como si no nos conociéramos, como si acabáramos de descubrirnos porque nos decimos tanto sin palabras que con ellas parece ser

que lo culminamos. Vuelve a acariciar mi pelo, recibiendo un beso sonoro, su mano no deja de tocar

toda mi barriga haciendo que tenga que ir al baño, ¡joder! Esta es la mejor postura del mundo y estoy haciendo que mi vejiga quiera vaciarse.

– Bastian.

– ¿Sí?

– Necesito ir al baño – frunce el ceño y asiente

– ya voy yo sola, no hace falta que...

– Oh señorita, no sabes lo que te espera. No

vas a ir sola al baño ni aunque lo firmaras bajo notario.

Me ayuda a levantarme del sofá, rápidamente

me coje en brazos llevándome como si fuera un bebé.

Nos conduce hasta nuestra habitación poniendo mis

pies sobre el suelo justo enfrente del retrete.

Suspiro

porque no me puedo contener y Bastian está

encargándose de quitar la manta que he conservado

para ponerla sobre el lavabo.

– Puedo hacerlo yo sola Bastian, déjame por favor, hay ciertas cosas que debemos de hacer por separado.

– Es una decisión irrevocable – me baja los pantalones hasta dejarme en bragas, uno de sus conjuntos favoritos, me mira emocionado – ¿a qué viene esto?

– Ems, bueno, dado que te lo iba a decir esta noche pensaba en hacerte algo como un striptease con tu conjunto favorito.

– ¡No! Dulce bebé estará durmiendo y necesita

calma – ¿qué? – vamos Nancy, no puedes retener líquidos.

– Bastian, yo... – me mira y está decidido a bajarme las bragas, de hecho lo hace dejándome desnuda, tengo las piernas cruzadas porque no aguanto más.

– Nena, te advierto que te sientes en el retrete y que...

– ¡A la mierda! – Digo sentándome y orinando, no aguanto más, me frunce el ceño, está delante de mí cruzado de brazos – ¿ahora qué?, ¿aprieto demasiado?

– Vas a tener que moderar tu lenguaje señorita, dulce bebé está dentro de ti y tienes que darle ejemplo.

El teléfono de casa suena, lo siento como una alarma para mí y sonrío mientras espero a que se vaya. Por favor que me deje unos dos minutos restantes para que haga mis cosas de chicas que solo

hacemos las chicas en los baños cuando estamos a solas.

Sigue sonando.

– Vamos Bastian, puede ser algo importante – me gruñe.

– Te has librado por poco.

Al salir del baño termino con mis labores de higiene, me estoy lavando las manos cuando la voz de

Bastian se despide de alguien al otro lado del teléfono.

– ¿Quién era?

– Ryan, no le había llamado cuando regresamos

y quería saber que estábamos bien. ¿Qué haces? –
Me

corta el grifo – dulce bebé puede tener frío, ¿le has dado al rojo? El rojo es caliente, no te laves con agua

fría porque es malo para nuestro bebé.

Miro su cuerpo a través del espejo, está

concentrado en secarme las manos con la toalla, no sé

qué he hecho, o que le ha hecho dulce bebé, pero es lo

más sexy que he visto en mi vida. Bastian está

comportándose tal y como imaginaba, esto me

convierte en la mujer más feliz del mundo, embarazada

y a punto de babear por todos lados por el hombre que

intenta levantarme en brazos de nuevo.

– Cariño, ya puedo andar yo.

– Ni lo sueñes – me frunce el ceño – te voy a

cuidar hasta el último día de tú vida, soy eterno,
¿recuerdas?

– Oh mi neandertal – le hago una señal para
que me deje sobre la cama – cariño, estoy bien.

– Si estás bien – se agacha hasta arrodillarse
frente a mí – quiero que estés mucho mejor, más
que

mejor, quiero que roces la perfección, que la pases
y la

superes. ¿Entendido?

– Entendido – acaricio su cara – te quiero

Bastian, no lo olvides, dulce bebé me ha hecho
amarte

mucho más.

– Yo también, estoy viviendo dentro de una burbuja. No me lo creo, te tocaré la barriga hasta el día

de su nacimiento – frunce el ceño y lo hace frotando

su mano como si fuera la última vez que me tocara

–
hasta el último día nena.

– Lo sé, ¿por qué no comemos algo? Tengo un poco de hambre, mientras tanto te puedo contar como

he pasado las últimas semanas con el embarazo. No te

has perdido mucho pero quiero contártelo igualmente.

Me pone en pie de nuevo para besarme, sube

sus manos por mi cintura, la deja caer hasta mi trasero

que golpea duramente. Dice que él está en una nube,

yo estoy dentro de un sueño y de verdad que no quiero

despertar. Las cosas están pasando mucho mejor de

cómo me las imaginaba. Le amo tanto.

– Te cocinaré, quiero hacerlo – dice feliz.

– ¿Sí?, ¿no prefieres que te cocine una tortilla?

Amas mis tortillas.

– Pero te amo más a ti y a dulce bebé, no os

voy a dejar que entréis en ese lugar donde podáis sufrir.

– ¿Sufrir? – Subo mis manos por sus brazos hasta apoyarlas sobre su cuello.

– Ya sabes, donde todo os puede atacar; el fuego, las sartenes e infinidad de malas situaciones –

me río – además, así puedes pensar.

– ¿Pensar sobre qué? No tengo nada en que pensar, excepto en ti.

– Tienes solo una semana – me dice serio.

– ¿Una semana?

– Sí, una semana para preparar la boda.

Me da un beso rápido y sale de la habitación.

CAPÍTULO 7

Le sigo hasta la cocina pero sus pasos avanzan más rápidos que los míos, él abre la puerta del frigorífico y cuando la cierra me mira frunciendo el ceño.

– No voy a comer tortilla.

– ¿Bo... boda? – Vuelve a girarme la cara –

Bastian, ¿qué boda? Tú ya estás casado, bueno, divorciado pero...

Vuelve a penetrar sus ojos en los míos haciendo que se me doblen las piernas, intensifica el visible

enfado y se cruza de brazos.

– Para tu información, no he tenido una boda,
firmé un documento en un juzgado.

– Pusiste un anillo y un vestido en el cuerpo de
otra mujer – levanto mi barbilla porque esta guerra
la

tengo más que ganada – es más, la llevaste a Las
Vegas y os casasteis en un miércoles.

– ¡Oh por favor! – Volea sus brazos, girando
para romper los huevos en un plato – te acabo de
contar que esa noche mandé a alguien del juzgado
para

que acreditara que me estaba casando en Las
Vegas.

– Tuvisteis una boda de todas formas.

– Nos metieron en la cabina de Elvis y

firmamos un papel como que nos habíamos casado.

¿Puedes dejar de poner el grito en el cielo? Una

semana, el domingo nos casaremos.

– Bastian, yo... ¿una boda? Además, hoy es

lunes, serían siete días y... – le hincó mi dedo
índice en

el brazo llamando su atención – Bastian, mírame.

– Si te miro probablemente te folle en nuestra

cocina. Te he dicho que pensases, puedes tener tus

cosas de chicas, vestido, flores y esas mierdas que

os

gustan a las mujeres. El domingo me caso contigo

–

abre la puerta del frigo y la vuelve a cerrar para

mirarme – te guste o no te guste.

– Pe...

– Pero nada Nancy, no habrá discusión al

respecto – suspira, mirándome y dejando la sartén
en

el fuego – no me acuses de que me casé borracho
en

una cabina de Elvis para dar a una rusa la
nacionalidad

americana, acúsame si hubiera tenido un
matrimonio

digno, no cuando no he tenido una mierda de boda

en

mi vida. Solo hice lo correcto y eso conllevó a
firmar

los papeles, sí, me puse delante de un hombre que
se

vistió de Elvis, sí, también le puse un jodido anillo
y le

compré un vestido, pero ni que se te pase por la

cabeza que eso era lo que quería. Llamé al juzgado
y

dijeron que me casara en Las Vegas porque era
más

creíble. Fin de la jodida historia Nancy. Te lo he

contado esta noche por segunda vez, no me hagas

repetírtelo de nuevo.

– Yo... ems... – afloja el fuego bajando los
hombros.

– Nena, vamos a tener una boda digna para
ambos. No sé lo que es ver a una mujer vestida de
blanco cuando en lo único que estaba pensando
aquella

noche era en dormirla y follarla para que se
callara la

puta boca. Tampoco sé lo que es escribir tus votos
y

mirar a alguien a los ojos recitándolos. Qué no sé
te

pase por la cabeza que he tenido una boda o que he
puesto un anillo en la mano de alguna mujer, si me

haces hablar demasiado te vuelvo a contar la de
joyas

que he tenido que poner en las mujeres para que se
dejaran dormir por mí – abro la boca pero pone un
dedo índice sobre mis labios – no vayamos a ese
punto

Nancy, ya no somos tú y yo; somos tú, yo y nuestro
dulce bebé de cuyo nombre te has encargado y
cuya

estancia está en tu interior.

Me hacer reír y le golpeo en el brazo, quiero una
boda con Bastian, la quiero tan malditamente tanto
que

me casaría ahora mismo. Tiene razón, siempre la
tiene,

hemos avanzado, hemos dejado atrás el pasado y por

supuesto que no tuvo una boda, tuvo una buena acción

humana con su compañera de clase. Encima de todo,

me siento mal porque estoy echándole en cara todo

aquello que le pido que olvide. Trago saliva asintiendo,

sonriéndole mientras le doy un tierno beso en los labios.

– Lo siento – susurro – me siento nerviosa por todo lo que está pasando.

– No tienes por qué disculparte – me mira

fijamente frunciéndome el ceño – ¿no has visto lo que

tienes en tu tocador?

– ¿Qué hay en mi tocador? – Estoy dispuesta a correr si es necesario – ¿qué hay Bastian?

– Ve a verlo.

Su voz suena como una orden para mí, golpea mi trasero y ya me pongo en marcha. Entro en mi habitación avanzando como una desesperada a mi tocador, entre todas mis cosas diviso algo y ya estoy

riéndome. Cojo la pequeña caja abriéndola y viendo

como brilla mi diamante, ¡oh, lo he echado de

menos!,

lo había perdido en Acción de Gracias y supongo que

él me ha comprado otro. Salgo de la habitación feliz

por haberlo recuperado, viendo a Bastian como gira la

sartén de la tortilla, muerdo mi labio inferior porque

pienso que soy la mujer más afortunada del mundo, él

me ha dicho que piense, pues esto está dentro de mí y

lo siento tan malditamente tanto que no encuentro la

manera de demostrarle lo mucho que le amo. No es

porque sea el hombre más hermoso que jamás
nadie

haya visto, es porque detrás de toda esa fachada
neandertal se encuentra un corazón tan grande
como

el de cualquier buen humano, y me pertenece; su
corazón, su alma, su cuerpo, todo lo tengo yo.
Trago

saliva intranquila porque aún no puedo creerme
que

hayamos peleado tanto, que me haya puesto de los
nervios, que siga pensando que me voy a romper,
cuando lo tengo aquí, frente a mí y muriéndose por
mis

huesos. Él tiene mi cuerpo, mi alma y por supuesto

mi

corazón, que ahora late por dos más, por el suyo y por

el de nuestro dulce bebé.

– Es precioso Bastian – carraspeo.

– Es el mismo – voltea la cara para echarme un vistazo, volviendo a lo suyo rápidamente – lo encontré

en el baño. Se te debió caer, tampoco Lorain lo vio.

– Me gusta mucho – analizo como brilla,

muerdo mi labio porque no quiero gritar de alegría, me

doy cuenta de algo muy importante y frunzo el ceño, sí,

carraspeo llamando su atención, sintiéndome ignorada

cada vez que repito la acción – ¿Bastian?

– ¿Sí?

– ¿Vamos a casarnos? – Gira su cara

extrañado.

– Por supuesto. Una semana. El domingo nos

casamos. Da gracias a que respeto mucho a mi madre

y no quiero que me golpee para el resto de mis días si

lo hacemos en privado tú y yo ahora.

– Ems ¿Bastian? – Se gira finalmente del todo

para mirarme, muevo la caja en el aire y con el

dedo

índice, le indico que se acerque. No lo hace porque no

sabe que es lo que tengo en mente, sin embargo, elevo

mi barbilla mirándole – si vamos a casarnos, tu deber

es preguntármelo primero.

Sonríe porque ha captado que quiero decirle, se limpia las manos con un trapo y camina hacia mí.

Estamos en mitad de nuestra casa, las luces iluminan lo

justo y huele a tortilla, aunque mi dulce bebé lucha contra el impulso de ignorar a mi león, las fuerzas de

verle caminar hacia mí son mayores que mi hambre.

Cuando llega hasta posicionarse delante de mí, me da

un beso, coge el diamante lanzando la caja hacia uno

de los sofás y se agacha hincando su rodilla en el

suelo. Este gesto me rompe el corazón en millones de

pedazos, esos pedazos se los entrego para él y que lo

reconstruya cuando quiera porque para mí, se acaba

de parar el tiempo.

Mi vientre protesta de los nervios, el corazón me

late hasta salirse de mi cuerpo, agarra una de mis manos, mirándome fijamente.

– Nancy Sullivan, ¿tendrías el placer de aguantar a este neandertal para el resto de tu vida y casarte conmigo?

Oh. Tengo los ojos llorosos, parpadeo sintiendo como se moja mi cara, dos lágrimas han caído al infinito porque tengo a Bastian arrodillado, pidiéndome

matrimonio. Sé que es un poco bestia con respecto a

sentimientos se refiere, ha dado por hecho que nos vamos a casar, pero que acceda a pedírmelo aun

sabiendo la respuesta le hace mucho más adorable.

Mueve mi mano y no reacciono, me quedaría así para

siempre.

– ¿Eh?

– Cariño, ¿quieres casarte conmigo?

– Sí, sí quiero.

Pone el anillo en mi dedo, nos tiemblan las manos. No quiero ni imaginarme el día de nuestra boda. ¡Oh Dios mío, me caso con Bastian Trumper! Se

levanta dándome un beso, sus manos aprietan mi trasero hasta que me impulso para que me coja en el

aire.

– Nena, comida – no le dejo respirar porque me lo estoy comiendo a besos – nena, tienes que alimentarte.

– Tú eres mi alimento – gruño mordiéndole el cuello.

– Creo que dulce bebé está en desacuerdo contigo, yo también.

– Aguafiestas – succiono su barbilla, adoro que su barba me pinche por todos lados – quiero un poco de sexo pervertido.

– ¿Sexo pervertido? Olvídate señorita.

Nos conduce hasta la cocina de nuevo

dejándome sobre la isla sentada, estoy confundida,
¿no

estoy gorda y ya no quiere sexo pervertido? Veo su
espalda porque ha vuelto a cocinar y estoy
dándome

cuenta de que hay una tortilla hecha. Sigo su
cuerpo

frunciendo el ceño cuando él se da cuenta de cómo
le

estoy mirando. Deja un trapo, se ríe agarrándose
de mi

cintura, su cabeza le llega justo a la altura de mi
cara,

besa mis labios sin darle otro beso en respuesta.

– No me hace gracia, ni siquiera estoy gorda y
ya me estás privando de... – me calla dándome
otro

beso, intenta no reírse a carcajadas delante de mí,
pero

fracasa.

– Nena – sube sus manos hasta mi cara – me

muerdo de ganas por tener sexo pervertido contigo,
pero

ahora no dependemos de ti y de mí, se trata de
dulce

bebé. No podemos hacer ciertas cosas, no quiero
molestarle y tú necesitas descansar.

– ¡A la mierda Bastian! – Se aleja de mí

enfadado – no me mires así, no puedes decirme que no

vamos a tener sexo pervertido porque te preocupa que

dulce bebé, del cual, tiene un tamaño de un cacahuete,

se moleste. ¡Por favor! Probablemente no sepa aún que es un bebé y está creciendo en mi interior.

– Sí lo sabe – se cruza de brazos retándome con la mirada – sabe que es un bebé y tú necesitas una vida tranquila.

– ¿Sin sexo?

– Yo no he dicho eso. Dejaremos el sexo pervertido para otro momento y nada más que

hablar.

Se da la media vuelta para continuar con lo que está haciendo. Me niego a aceptar el no tener sexo durante nueve meses, lo necesito tanto como el que me

diga que me quiere, de hecho, creo que he pasado la

etapa de la comida a la sexual. No pienso en otra cosa

que en verle desnudo, que me acaricie, él sabe dónde

tocarme y qué hacerme para hacerme feliz. ¡No puede

negarme sexo perverso!

No sé lo que cocina hasta que no se aparta y

echa otra tortita más a una montaña de tres.

– ¿Por qué haces tortitas?

– Porque las compré para que las cocinaras, dado que ya no puedes, las cocino yo.

– ¿Por qué no puedo? Bastian estás muy

equivocado si piensas que no puedo hacer nada porque

esté embarazada, es absurdo, dulce bebé y yo pasamos

hasta por una especie de secuestro o la mierda que hizo Mike.

Se gira enfadado, lanzando el tenedor

bruscamente.

– Nancy, no juegues con cómo me siento porque
te aseguro que me tuvieron que retener para que no
lo

matará con mis propias manos. No mezcles a mi
hijo

con él – niega con la cabeza, tampoco quiero
hacerle

sentir mal.

– Lo siento Bastian, fue una tontería, te prometo
que no te lo mencionaré de nuevo.

– Esa escoria no me preocupa – ahora sonrío –
acabo de decir, mi hijo. Voy a ser padre de un niño
o
una niña.

– Sí, vas a ser padre – acaricio su cara – no te enfades conmigo, el médico me ha dicho que tengo que

hacer una vida normal.

Veo cómo se profundizan las arrugas de su cara aún más, alejándose de mí.

– ¿Qué médico?

– El médico que me vio en Crest Hill, nuestro médico de siempre.

– ¿Un hombre? – Se acerca intimidándome con su mirada – ¿te ha tocado un hombre y se lo has permitido?

– Bastian, relájate un poco cariño o te pateo el

trasero. Es mi médico, me conoce desde que era una

niña y no me ha visto donde crees que me ha visto, ya

me ha dado un pase para el ginecólogo. Tengo una cita

en dos semanas y...

– Irás a una ginecóloga – se da la media vuelta colocando el plato de tortitas a mi lado.

Pienso que Bastian está en estado de shock, o incluso, en algún otro estado mucho peor. Creo que aún no se cree que vayamos a tener a dulce bebé, está

centrado en mi bienestar y en que no pueda hacer

nada, y aunque me imaginaba algo así, lo está
llevando

a extremos demasiado exigentes. Sí, voy a tener
sexo

pervertido y también voy a hacer mi vida normal,
diga

lo que me diga, le doy un punto con la ginecóloga
porque yo tampoco querría que una uróloga viera
el

tatuaje que se hizo para mí.

Ha sacado el chocolate líquido del frigorífico y
no me había dado cuenta hasta que lo ha colocado
junto con el plato que está a mi lado. Le observo
con

impaciencia por lo que hace y parece que está

decidido

a que comamos las tortitas en vez de la tortilla que yace allí sola.

– ¿Qué estás haciendo? – Vierte el chocolate

líquido sobre las tortitas – Bastian, la tortilla se va a

enfriar.

– La quiero fría, es necesario.

Coje una servilleta de papel, la abre colocándola

sobre el cuello de la camiseta de mi pijama, pensé que

le gustaba más sin ropa cuando estábamos solos en

casa, se encarga de ajustarla de tal manera que nada

podría ensuciarme. Siguiendo cada uno de sus

movimientos con mi mirada, veo como parte un trozo

de tortita y la pone sobre mis labios, le aniquilo con mi

mirada frunciendo el ceño, ¡esto es excesivo!

– Bastian, no me vas a dar de comer, yo puedo comer sola.

– No puedes, no seas tan testaruda y déjame alimentarte. Dulce bebé puede tener hambre.

– No le metas en esto y por favor Bastian, no me trates como si no pudiera hacer las cosas por mí

misma.

Agarro su muñeca apartándole de mí pero se
resiste, está decidido a no moverse de ahí y me lo
hace

saber. Le miro refunfuñando lo nerviosa que me
pone,

sonríe en respuesta, vale, soy un poco débil y
cuando

me sonríe se me cae el alma a los pies.

– Si dejaras de actuar como una niña malcriada

ya estarías alimentada – suspira esperando a que
deje

de susurrar.

– Solo por esta noche Bastian – levanto el dedo

índice, pero me ignora, sus ojos están fijados en
mi

boca – ¿me has escuchado? Te dejo que me
alimentos

esta vez.

Se distrae de mis palabras introduciendo dentro
de mi boca un trozo de tortita con chocolate, esto
está

muy delicioso, sonrío cuando yo lo hago porque le
pido

otro trozo más moviendo la cabeza.

– ¿Ves? No era tan difícil dejar que te dé de
comer, haces las cosas más complicadas de lo que
parecen.

Golpeo su brazo sin fuerza alguna, estoy segura
de que ni siquiera ha sentido el golpe. Me da de

comer

en silencio porque está concentrado en que
mastique y

deguste cada uno de los trozos que previamente
corta

lo suficientemente pequeños para no atragantarme,
ha

derramado el chocolate por mi boca a propósito

robándome algún que otro beso. Rodeo mis
piernas en

su cintura, abrazándome a él en un momento en el
que

no le dejo que me dé la última tortita, creo que
estoy

bastante llena y tanto dulce bebé como yo, hemos

comido suficiente por hoy.

En un brote de felicidad le muerdo el cuello, las hormonas de mi cuerpo están revolucionadas y siento

que voy a estallar si no le tengo dentro de mí. Quiero

decirle que he estado viendo en internet más de un video suyo, que me he hecho cosas que él no aprobaría

sin estar presente. Me niego ante la última tortita una

vez más pero no acepta un no por respuesta, me frunce el ceño enfadado porque le esté negando.

– No más, ya no queremos más.

– ¿Cómo sabes que no quiere más?, ¿hablas
con dulce bebé y me dejáis al margen?

Levanta las dos cejas, la pregunta iba en serio,
le niego con la cabeza masticando la última tortita
evitando que me dé una charla sobre cómo le
excluimos. Es tan guapo cuando está enfadado que
no
quiero que piense que, ahora que vamos a tener a
dulce bebé voy a dejarle a un lado. Levanto mi
mano
hasta su cara para girarle la mandíbula haciendo
que
me mire.

– Amor – está descifrando que voy a decirle –

eres mi neandertal eterno, no lo olvides.

– No lo hago. Tú vas a ser mi esposa en unos días porque no querrías casarte conmigo esta misma noche.

– ¿Ahora? – Acaricio su cara – no me da tiempo a embutirme dentro de un vestido, hoy es el último día en mucho tiempo que voy a tener esta talla.

– El vestido no me importa, sólo que seas tú la que me jures ante Dios que vas a ser mía para siempre.

– Ante Dios, ¿eh?, ¿qué fue del hombre que no

quería casarse por la iglesia?

– El mismo que lo hará para complacer a su

mujer – me sonríe – no me gustan las formalidades, ya

me conoces, hago mi propia ley, no quiero que otros

aprueben en un escrito que me perteneces.

– No lo veas de ese modo.

– Lo veo, no entiendo por qué un hombre tiene

que firmarme un papel certificando que vas a ser mi

esposa.

– Eso suena bien – baja sus manos hacia mi

trasero para empujarme contra su cuerpo.

– Suena y sonará mucho mejor si la obstinada de mi futura esposa no fuera tan caprichosa de querer

embutirse en un vestido de novia. ¿Por qué no lo hacemos ahora mismo? Casémonos en pantalones vaqueros y camisa blanca, dulce bebé estará de acuerdo con sus padres – toca mi vientre frotando sus

dedos – ¿a qué si?

Creía que iba ser más fuerte ante la imagen de

Bastian con dulce bebé, pero ni siquiera ha crecido lo

suficiente cuando ya le habla, esto va a superar todo

en mi vida. ¿Ver a Bastian con nuestro bebé? Voy a tener que ser más fuerte y no desmayarme. Pongo mi

mano sobre la suya, le robo un beso mientras le acaricio.

– Podríamos casarnos ahora, pero, ¿qué sentido tendría? Quiero presumir de anillo, de vestido y de boda. Me hace ilusión preparar la boda, nunca he preparado una y quiero hacerlo.

– Una semana Nancy, elije lugar, hora, vestido, flores y esas mierdas de mujeres, una semana y nos casaremos.

– Sé un poco más delicado, tú también tienes

que elegir traje, la tradición dice que tienes que ir con

las mujeres de la familia.

– ¿Qué? – Dice asustado – ¿un día con tu

madre y la mía para que me ayuden a comprarme un

traje?

– Sí, pero no es solo un traje, es “el traje”,

¿entiendes? Tienes que escoger uno para tu boda

Bastian, uno hermoso que luzcas como nunca antes lo

has hecho.

– ¿Ah sí?, ¿y qué más dice la tradición?

– Qué tendremos sexo pervertido el día de la

pedida de mano y dado que me acabas de preguntar

hace un rato si quiero casarme contigo, debemos de

hacerlo – le miro intentando ser seria pero no puedo –

es la tradición cariño, no pongo las normas.

– Nena, ¿puedes hacer el favor de ponerte en mi posición?

– Espero que tú te pongas en la mía y yo me muevo, no tengo problema.

Estalla en carcajadas y yo también, me he visualizado montándole como nunca antes lo había hecho. Sí, llevamos unas semanas sin sexo y estoy

empezando a verle solo de cintura hacia abajo. Le quiero dentro de mí, él sabe que también quiere enterrarse dentro de mí pero el muy depravado es tan egocéntrico que no va a confesármelo.

– Me refería a que dulce bebé puede hacerse daño.

– No seas bobo, todas las mujeres embarazadas tienen sexo durante el embarazo. Eso es absurdo

Bastian, el bebé crece aquí – le señalo mi vientre – y

por muy dotado que estés, tú no llegas hasta aquí.

– ¿Y sí le hago daño?

Es imposible, bufo desesperada acercándolo

más a mí, como no haga un movimiento rápido me veré

obligada a suplicarle de rodillas si hace falta. Sí, de

rodillas. Me ruborizo mordiéndole el cuello, le arañó

dulcemente con mis uñas por debajo de la camiseta y

siento cómo reacciona su piel ante mi toque. Eso es lo

que quiero Trumper, no puedes resistirte a mis encantos.

Me ruge porque le gusta lo que le estoy

haciendo, le intento quitar la camiseta verde pero

me lo

impide agarrando mis manos para entrelazar
nuestros

dedos. Nos besamos permitiéndome entrar en su
boca

como una leona desesperada por su león, su lengua
se

mueve lenta y sensual, la mía como si quisiera que
se

acabara todo este deseo en menos de un minuto.

Necesito más y lo necesito ahora mismo, me da
igual

lo que diga, le quiero desnudo y dentro de mí.

– Bastian, vayamos a la habitación.

– No – me susurra mirándome cuando no le

dejo que me bese de nuevo – nena, dulce bebé
puede

sentirse mal.

– ¿Y yo?, ¿qué hay de mí?, ¿me estás diciendo
en serio que no vamos a tener ningún tipo de sexo
durante el embarazo?

Suplico más que pregunto, no me da tiempo ni a
seguir hablándole cuando me acerca más a él para
que

choque contra su erección. Me hace saber que
también me desea y que tal vez, puede que de
verdad

esté preocupado por dulce bebé. Tiene que
quitarse el

miedo a hacerle daño porque vamos a disfrutar más

que a sufrir.

– ¿Lo notas? No eres la única aquí. Te deseo nena, más que a nada en este mundo pero temo hacerle daño. No quiero que me odie antes de que nazca.

– Oh amor – le acaricio la cara de nuevo – dulce bebé es un cacahuete, no sabe nada, además, está tan protegido en su pequeña bolsita que no se dará cuenta. Pensará que mamá ha ido a hacer un poco de ejercicio.

Se aleja de mí frunciendo el ceño de nuevo.

– ¿Vas a mentirle a dulce bebé? No le mientas y le digas que haces ejercicio cuando estás haciendo guarradas con papá – se ríe contagiándome a mí también – nena, de verdad y te hablo muy en serio, no quiero hacerle daño.

– Te juro por el ser que está naciendo en mi interior que no le harás daño. A mamá tampoco le harás daño, ella quiere un poco de sexo perverso, a diario si es necesario.

Aprieto mis manos detrás de su cuello,

atrayéndole hacia mí porque quiero besarle, deseo que

me haga el amor tan duro que me tenga todo el día en

la cama. Bastian sigue en sus trece, no cede ni un centímetro de su cuerpo, rompe el beso para observarme detenidamente.

– Está bien – susurra – pero antes voy a cenar.

– De acuerdo, ¿te preparo algo? La tortilla se te ha enfriado, ¿te la caliento en el microondas?

– Ni pensarlo señorita, tumbate y déjame a mí.

¿Quiere que le espere en la cama? No me deja

verle cenar, temo que se ausente y piense sobre dulce

bebé y las consecuencias que puede tener el que tengamos sexo. Es la primera vez que va a ser padre,

estará asustado y yo me estoy comportando como una

ninfómana con él.

Se da la media vuelta echándome un vistazo.

– Bastian, ¿quieres que te acompañe en tu cena?

– No nena, quiero que te tumbes sobre la isla y aún estás sentada.

Me gira la cara, estiro mi cuello para ver como se está partiendo la tortilla en trozos. Gruñe y ese

mensaje va para mí, ¿tumbarme sobre la isla? No voy

a hacerlo si se piensa que no puede perderme de vista

ni por un solo instante mientras cena. Lanza los cubiertos al fregadero, refunfuña nuevamente y aparta

las cosas que hay sobre la isla. Le miro atónita por lo

que hace, no sé si debo de preocuparme, a lo mejor

deberíamos tener alguna charla sobre el bebé y hacerle

entender que puedo tener una vida normal sin que pueda dejar de saber que hago a todas horas. Se

agacha juntando mis piernas, las mueve hasta apoyarlas sobre la isla, me ha girado y tengo que agarrarme fuerte para no caerme.

– Bastian, ¿qué estás haciendo?

– Desobedeciéndote seguro que no.

No digo nada, le dejo que actúe por si solo acostándome sobre la isla porque así me obliga, no me siento incomoda pero si desorientada con la nueva actitud de Bastian. Mi posición dice de mí que cedo ante sus órdenes, no tengo ganas de discutir, de replicarle y el estar aquí completamente estirada, con

mis piernas juntas y mis manos sobre mi vientre,
no me

desagrada ni lo más mínimo. Bastian me observa
de

arriba abajo negando con la cabeza cuando llega a
fijarse en mis ojos.

– Estás siendo un exagerado.

– Espera un segundo, no te vayas a mover de

aquí o te pondré sobre mi hombro y no te gustará
lo

que te va a pasar.

Le frunzo el ceño hincando mis codos sobre la
isla cuando le veo desaparecer hacia nuestra
habitación, ¿qué se habrá creído? Tenemos que

hablar,

es más que evidente que no acepta el embarazo como

un hombre normal, aunque, Bastian Trumper no es un

hombre normal, siempre ha sido especial y cada día me

doy más cuenta.

Regresa de la habitación sonriendo, levanta un pañuelo de seda que dejé en el baño y se acerca a mí.

– Esto servirá, sería innecesario si no te conociera, pero como lo hago, debo de hacerlo.

– ¿De qué estás hablando Bastian? Creo que

debemos de hablar y tenemos que... – pone mi mano

sobre sus pantalones chocando directamente contra el

bulto de su erección – eso no es justo.

– Nena, te prometo que te gustará.

Sí, por supuesto, le dejo que me ate el pañuelo a

una de mis muñecas, repitiendo la misma acción con la

otra y levantándome los brazos por encima de mi

cabeza, cuando me coloca a su gusto y me tiene a su

entera disposición, se atreve a sonreírme. Gruñe en

voz baja enfadándose, pero se olvida rápidamente

en

cuanto pasa uno de sus dedos desde mi garganta hasta

mi vientre, agacha su cabeza para darme un beso sobre la camiseta. Sonríe mirando mi reacción, notando

que me ha hecho muy feliz ese pequeño beso. Baja aún más el dedo hasta dejarlo sobre mis pantalones

que tanto le gusta, ¡diablos!, él ama este pijama de Hello Kitty y no tendría que haberme durado mucho

sobre mi cuerpo. Separa mis piernas un poco y le noto

más contento, vuelve a subir su dedo por mi

cuerpo

hasta llevarse consigo parte de la camiseta, le ayudo

arqueando un poco mi espalda hasta que la coloca por

encima de mi cabeza dejándola ahí. Estoy sonrojada

porque sé que está embobado con mis pechos.

– Han crecido un poco, ¿verdad?

– Bastante, me gustan mucho – saca su lengua

remojándose los labios, agachando la cabeza para

recibir un beso en mis pechos, pero el muy inteligente

los evita y lo recibo en los labios – aunque eres una

descarada por no llevar sujetador, ¿eres una provocadora?

No me he puesto el sujetador porque quería tener sexo pervertido en el jardín y en cualquier lugar

de la casa, sabía que no lo llevaba, ¿a qué viene ese

comentario?, ¿provocadora yo? Mi sexo se contrae al

sentir sus dedos bajar por mi cuerpo, tengo la piel más

sensible de lo habitual y él tiene que darse cuenta que

me está torturando. Llega hasta los pantalones

bajándolos lentamente, pero para de hacerlo

cuando se

da cuenta de algo.

– Sí, soy una provocadora y no me arrepiento cuando se trata de ti.

Sonríe negando con la cabeza como si no se

creyese que no me fuera a poner ropa interior, no sé

de qué se sorprende si no es la primera vez que lo

hago. Me la he quitado en el baño aprovechando que

estaba al teléfono. ¿Se esperaba que por ser madre

voy a cambiar mis rutinas con respecto al sexo?

Sí,

debo de tener una larga charla con él.

Arrastra mis pantalones hacia fuera, se

entretiene en doblarlos, tan aplicado mi amor.

Abre mis

piernas de nuevo y yo cierro los ojos, no puedo

contenerme en ver cómo analiza mi entrepierna, él

debe de saber que por mucha confianza que nos

tengamos es una cosa bastante erótica para mí,
porque

para él es habitual verme desnuda ahí abajo.

Me siento acalorada o la calefacción está

demasiado alta, las dos cosas me valen. Respiro

descompasadamente cuando él se da cuenta, frunce
el

ceño acariciándome la cara.

– Abre los ojos Nancy – lo hago, amo a este

hombre, amo que tenga esas dos piezas de cristal que

me miran solo a mí y que se muere de deseo por

hacerme el amor tanto como yo a él – no puedo hacer

esto solo si no te tranquilizas, no quiero que te sientas

mal o que dulce bebé lo pase mal. Relájate un momento nena.

– Oh Bastian, por favor, ¿podemos avanzar?

Estoy más excitada que en toda mi vida y no me

preguntes por qué, te necesito y quiero que seas

rápido, dulce bebé está durmiendo ahora, así que

¿por

qué no tenemos sexo de una vez?

– No llames sexo a nuestro acto sagrado de

unión corporal – se ríe tapándose la boca con uno
de

sus puños, cambia su cara en un gesto serio y fija
su

mirada en mí – ¿si te encuentras mal me lo dirás?

– Te lo prometo.

Bien, espero haber superado todas las pruebas

que mi hombre me obliga a pasar. Acerca el plato

dejándolo sobre la isla, ¿se va a poner a cenar
conmigo

así? No puede hacerme esto. Está trasteando algo

en

el plato cuando me mira muy serio.

– Nena, no quiero que te muevas o me veré obligado a vestirme y meterte en la cama.

Mis labios están sellados al igual que mi cuerpo impregnado en la isla de la cocina, la luz es tenue, me

relaja el que al menos las luces del jardín y del resto de

la casa también lo estén. Cierro los ojos pero los vuelvo a abrir en cuanto Bastian me coloca mi cabeza

de tal manera que la barbilla la tengo demasiado elevada, le dejo actuar hasta que siento un trozo de

tortilla en mi cuello.

– ¿Qué...?

– Silencio, no te muevas.

No lo hago pero sigue colocando trozos de tortilla sobre mis pechos, continuando con la línea que nace del cuello y muere por debajo de mi ombligo. Estoy cubierta de trozos de tortilla, le miro concentrado hasta llegar a su parte favorita, pero la esquivo colocando algunos trozos de tortilla sobre mis piernas, no las tengo flexionadas y eso me ayuda a no dejarle

sin su cena.

Quiero decirle que yo también quería las tortitas sobre su cuerpo, quiero morderle y chuparle de punta a

punta, verter el chocolate líquido por el tatuaje que lleva mi nombre y perderme en ese lugar que le hace

mío, mío y completamente mío. Me río un poco porque

me siento ridícula una vez que ha puesto los trozos de

tortilla sobre mi cuerpo, se gira dejando el plato dentro

del fregadero y vuelve apoyando ambas manos sobre

la isla, admira su obra de arte, yo observo lo
orgullosos

que se siente de lo que ha hecho.

Fija sus ojos en los míos, sonriéndome, quiero

hacer yo lo mismo pero intento que no se me caiga
un

trozo de tortilla, le conozco, y estoy segura que

cumplirá su promesa de meterme dentro de la
cama

acabando la fiesta si me muevo. Nuestros ojos se

miran fijamente, soy la primera en apartarle la
vista

pero agarra con su mano mi mandíbula para
evaluar mi

actitud.

– Estoy bien – le susurro.

– Dime Nancy, ¿por dónde debería empezar?

– Creo que por el cuello, así me evitas que esté tan rígida.

Como si mis palabras fueran órdenes, baja su boca hasta mi cuello mordiendo con sus dientes el trozo de tortilla, sacando la lengua introduciéndolo dentro y absorbiendo un poco de mi piel. Vuelve a mirarme masticando, me sonrío porque se siente divertido. No sé cómo hacerle entender que a mí también me divierte lo que estamos haciendo.

– ¿Cuál es el siguiente trozo que debería

comerme?

– El de mi rodilla izquierda – sin pensárselo dos veces, baja su boca hasta mi rodilla izquierda y se come el trozo de tortilla, cuando lo hace me mira de

nuevo – dos trozos de mi vientre.

Lo hace sin remordimientos, chupa mi piel y hace que me consuma de placer. Mis manos están inmóviles, es demasiado inteligente, sabía que iba a

tocarle la cabeza para presionarle sobre mi piel.
Me

sonríe con la boca llena de tortilla, es tan guapo, el hombre que siempre quise tener en mi vida.

– ¿Qué más Nancy?

– Quiero que te comas todos los trozos de mis piernas, acabes con los de mi cuerpo y termines en mis pechos.

No me ha dado tiempo a continuar hablando

cuando ya está devorando de mis piernas los trozos, no

hay más debajo de mis rodillas, pero sentirle tan cerca

de donde realmente le quiero hace que me excite.

Repasa mi cuerpo con su lengua cuando salta de un trozo a otro, mastica rápidamente para que le dé tiempo a comerse todos, cuando tiene la boca llena

deja de lado los trozos que hay sobre mis pechos.
¡Oh

Trumper, te quiero ahí mismo! Me excita verle así,
poseído por el encanto de la comida que se come
sobre
mi cuerpo.

Se acaba de tragar el último trozo inyectándome
su mirada fijamente, ha dejado de sonreír, ya no le
parece divertido o piensa que debería soltarme de
una
vez y darme lo que me merezco. Le deseo más que
nunca, llevamos unas semanas sin acostarnos
juntos y
quiero tenerle dentro de mí, necesito que lo haga
sino

voy a estallar yo sola, otra vez.

Pone ambas manos a cada lado de mi cabeza,
no le miro porque en cierto modo, aunque ame a
Bastian, hay una parte de mí que aún le intimida
cada

vez que me observa de esta manera y no sé el
motivo.

Me busca con la mirada, incluso llego a sonreírle
pero
él a mí no.

– Señorita Sullivan, futura Señora Trumper y mi
actual prometida, ¿debo de continuar con mi cena?

– Creo que deberías comerte los dos trozos de
tortilla antes de que se empapen por el sudor.

– Sudor que he lamido con mucho gusto –

esboza una tímida sonrisa.

– ¿A qué esperas?

– Espero a controlarme a mí mismo, no sé si

voy a poder parar una vez que ponga mis labios
sobre

tu cuerpo ahora que ya no tienes comida.

– ¿Para qué me has desnudado entonces, Señor

Trumper, futuro esposo mío y actual prometido?

Gruñe como un león y baja su boca hacía cada

uno de mis pechos, mastica los dos últimos trozos
tan

rápido que me cuesta asimilar que me ha mordido
más

de la cuenta. Elevo mi trasero por el tremendo placer

que siento desde mis pechos hasta mi sexo, hay una cuerda que se conectan y la mía está muy tensa, a punto de consumirse en llamas si mi neandertal no me

hace el amor ahora mismo.

Me cuesta respirar porque no puedo controlar el movimiento de mis brazos, necesito pegarle a mi cuerpo para que me calme en todos los sentidos.

Bastian, sin embargo, echa un vistazo a mi cuerpo y

pasa su mano por mi vientre.

– Mi bebé, mi dulce bebé – susurra, se me ha

olvidado en que estaba pensando. Oh Bastian, vas a

ser un padre perfecto, dulce bebé te va a amar tanto

como yo – ¿estás segura que no sabe lo que hacemos?

– No cariño, te lo prometo.

Frunce el ceño pasando su mano por el resto de mi cuerpo, acaricia todo lo que toca, desde mis costados que se mueven por el contacto hasta mis piernas, donde acaba de tocarme los dedos de los pies

y no me importaría que me diera un masaje ahí mismo.

Vuelve a pasar la palma de su mano por mis

piernas

hasta que esta vez las coloca por el inferior de mis muslos, abro un poco más las piernas para darle un mejor acceso y dejando pasar que me muero de vergüenza que me vea tan desesperada y ansiosa porque me toque ahí abajo. Analiza el vientre y baja su

cara para darme un beso, me da igual, es la cosa más

hermosa que Bastian ha hecho desde que nos

conocemos, besar a dulce bebé es lo mejor que van a

ver mis ojos. Levanto de nuevo mi trasero indicándole

que mueva sus manos, su boca, que mueva algo,
me

remuevo un poco incomoda con la sensación de
que

estoy a punto de tener un orgasmo y Bastian no es
quién me está haciendo sentir así.

Deja un rastro de besos desde mi ombligo hasta

mi cuello, sube su mano derecha hacia mi sexo

acariciándomelo con sus dedos. Estoy mojada

literalmente y Bastian ha ignorado que acabo de
tener

un orgasmo, tengo a millones de hormigas
apretando

fuerte en mi interior y luchando por salir, por
liberarme

de este exquisito placer.

– ¿Impaciente nena? – Susurra entre los besos
que me da por el cuello.

No le contesto porque este juego no es divertido,
encendió la mecha y tengo las llamas abrasando mi
interior. Mueve sus dedos acariciándome y
evitándome

en el punto exacto donde quiero que esté, me
enfada

tener que moverme, él esquivo el tocarme ahí.
Tengo

los ojos cerrados, imaginándome que su boca toca
mi

sexo, que bebe de mí como yo de él, que le
cabalgo

hasta conseguir mi éxtasis liberado, él es mi
tentación y

está jugando con mis sentimientos.

– Bastian, suéltame las manos.

– No.

Me calla dejando mi cuello para besarme en los

labios, estoy tan ansiosa por tener algo de él
dentro de

mí que saco mi lengua velozmente chocando contra
la

suya. Sí, su lengua sabe a tortilla y está caliente,
finjo

que es su lengua la que entra dentro de mí y hago
un

movimiento para que sus dedos se cuelen en mi

interior, pero acaban resbalando por todo mi sexo.

No quiero suplicarle más, pero él es mi

necesidad, mi neandertal eterno y no entiende que está

haciendo lento algo que quiero que suceda rápido.
Me

vuelvo traviesa y le muerdo el labio, sus ojos
cristalinos

me miran brillantes, como si hubiera encontrado al
diamante que le da motor a su vida. Paso la lengua
por

sus labios y deja mi sexo para agarrarme de mis
hombros, me mantiene tumbada y estoy haciendo
todo

lo posible para lanzarme hacía él, pero mi postura

me

lo impide.

– ¿Qué hacen tus dedos que no están dentro de mí? – Me sonrío y pasa por mi cuerpo sus dedos hasta

llegar a mi sexo, esta vez mete uno y cierro los ojos.

– Abre los ojos nena, déjame ver lo mucho que me has echado de menos.

– Me he masturbado pensando en que... – mete dos dedos y los mueve desde dentro hacia afuera.

– ¿En qué nena?

– Tus manos, tus dedos, todo de ti estaba en mi

interior.

– ¿Justo cómo lo hago ahora? – Me está

penetrando con sus dedos y acaba de meter un
tercero

– hálbame nena.

Tengo los ojos cerrados y me olvido de Bastian

por unos instantes, dejo caer en mi cabeza, abro la

boca jadeando al recibir los dedos largos, fuertes
y

rudos que posee mi hombre. Abro más las piernas,
no

para de embestirme, su boca baja a mi pecho

moviéndome al compás de su mano que sigue

descubriendo mi interior. Intento no gemir en voz

alta

pero no puedo evitarlo al oír cómo gime también,
antes

he visto su erección y quiero tocarle, besarle,
lamerle,

marcarle tantas veces quiera hasta que se desgaste.

Estoy muy cerca de sentir mi orgasmo

finalmente, no me quejo de que vaya a ser uno de
los

mejores por la necesidad efímera que me ha
abordado.

Gimo gritando por más, por qué no pare y eso es
efectivamente lo que hace, saca sus dedos de mi
interior y se aparta de mí. Abro los ojos enojada
pero

cambio de humor tan rápido como le veo jadear
con la

boca abierta, sus babas caen de sus hermosos
labios,

quiero que siga besándome, mordiéndome los
pezones

como lo estaba haciendo. Quiero mucho más.

– Suéltame Bastian.

– No – vuelve a repetirme.

Se concentra en cerrar mis piernas, juntarlas y
moverme hasta dejarlas que cuelguen sobre la isla.

Me

ayuda

a

incorporarme

dejándome

sentada

completamente, me siento patosa y torpe con mis

manos atadas, me ha apretado bien fuerte y por mucho

que lo intente, no voy a lograr sacarme el dichoso

pañuelo de seda que me ha puesto. Pone ambas manos

en mi trasero, deslizándome fácilmente hacía él, su

escondida erección choca con mi sexo húmedo

mientras yo levanto mis brazos hasta colocarlos detrás

de su cuello, yo también lo arrastro más hacía mí y

ambos rugimos. Saco mi lengua para jugar con la
suya,

nunca me voy a cansar de besarle, su barba me
hace

cosquillas y sus manos explorar mi espalda,

acariciándome y atándome más a él aunque esta
vez

no use nada para ello.

Le aprieto fuerte contra mí, engancho mis

piernas en su cintura instándole a que me eleve
como

siempre hace y nos lleve a la cama. Ambos
estamos a

punto de tener un orgasmo y vamos a ser rápidos

como no acabemos de una vez. Quiero poseerle,

montarle y cabalgarle, también le quiero dentro de mí

de la forma en la que sea, no me importa, mi león es

mío y le quiero como a él le plazca.

– Vayamos a la cama.

– No.

Gruño en desacuerdo por sus palabras, ¿cómo se atreve?, ¿acaso no nos ve? Esquivo sus besos, molesta porque no quiera avanzar tan rápido como yo, es obvio que no estamos en la misma página ahora mismo, me duele que sea así. Se ríe de mí, me fastidia

que lo haga, a esto le llamo ponerme a cien y dejarme

a medias. No me gusta que haga esto y aun así yo se

lo permito, no es justo para mí, para nosotros. Esconde

su cabeza en mi cuello riéndose, no me hace gracia,

tampoco le digo que se quite de ahí, lo sigo reteniendo

bien fuerte contra mi cuerpo.

Al ver que he dejado de reírme y que hasta la

camiseta se me ha bajado más de la cuenta, me analiza

observando mi cara. No, no le voy a mirar hasta que

no acabe lo que ha empezado. Llama mi atención
mordiéndome por el cuello, me da uno, dos, tres,
cuatro

y en el quinto bocado aprieta más fuerte.

– Bestia – susurro.

– Pequeña provocadora – me gruñe – pensé

que querías hacer eterno cada momento junto a mí.

– Quiero que mi prometido me folle como nunca

antes lo ha hecho – ladeo mi cabeza por el sexto

bocado que me propina – y si no lo haces, lo haré
yo

sola, sin ti y no te voy a invitar a mi fiesta privada.

Me ruge enfadado, me muerde los labios

quejándome por ello. Sabe que me excita cuando se

vuelve un salvaje, pero esta vez tiene que entender que

voy a tener una fiesta privada sin él como no acabe con lo que ha hecho.

– No quiero que acabe esto nena; tú, yo y

nosotros, aquí, ahora mismo sin interrupciones y sin

nada en que pensar. Solos tú y yo.

– Yo también quiero que no se acabe cariño,

pero entiende mi situación, te deseo y llevo muchas

semanas pensando en cómo sería nuestra primera vez

cuando nos viéramos de nuevo.

– ¿Y en qué habías pensado? – No digo nada

porque me da vergüenza, agacho mi cabeza y él me la

sube con sus manos – ahora no te escondas
Señorita

Sullivan, futura Señora Trumper y prometida mía.

– Había pensado en que abriría una puerta, te

importaría una mierda quién hubiera y donde fuera,

lanzándonos sobre cualquier objeto que pueda
resistir

nuestro peso. Me darías la vuelta, bajarías mis
bragas

y me embestirías tan fuerte que tuvieras que tapar
mi

boca con tus dos manos porque no habría nadie en
el

mundo quien no supiera lo que me estarías
haciendo.

¿Te parece esta una buena respuesta?

– ¡Joder nena! – Desabrocha su pantalón para

dejar libre su erección, relamo mis labios al ver la
tinta

negra, vuelvo a mirarle y veo que él no ha dejado
de

hacerlo – no quiero hacerte daño, que esto acabe
ni

que te quedes dormida cuando haya acabado. Te

quiero para mí Nancy, ¿entiendes que vaya lento
para

disfrutarte?

– ¿Entiendes que quiero tu erección en mi interior?

– Eres una descarada – se sorprende abriendo los ojos.

– Soy una futura Trumper, ¿qué le voy a hacer?

– Con que un objeto que pueda resistir nuestro peso, ¿eh?

Grito cuando me coge en brazos, tengo que agarrarme a él como si fuera un tronco de árbol para

no caer al suelo. Su erección choca en algún punto de

mi vientre, me gusta la sensación porque eso hace que

me aferre más a su cuerpo, no quiero dejarle escapar.

Avanza hasta el sofá, me deja sobre este y le abrazo

contra mí, le beso mientras Bastian intenta quitarme los

brazos de su cuello porque si se agacha más caerá encima de mí. Bien, a esa página quiero llegar con él.

Tiene que aplicar su fuerza inmediata ganando

la batalla de los brazos, quiero el calor de su cuerpo, el

que desprende por y para mí. Rompo nuestro beso con

uno más sonoro, sigo luchando con él, aprieta más el

pañuelo a mis muñecas.

– De rodillas y no discutas – me ordena, me

cuesta entenderle pero me ayuda a levantarme

poniéndome de rodillas sobre el sofá y colocándome

los brazos en el respaldo – así es.

Me coloca a su antojo, sus manos se agarran a

mi cintura para ponerme a su altura, a su entera

disposición. Apoyo la cabeza sobre mis propias manos

mientras espero a que se quite la ropa, lo hace

bastante rápido porque sabe que ninguno de los

dos

tenemos mucho tiempo antes de devorarnos a

bocados. Muevo el trasero y me responde con un

azote, tantea mi postura, pasa su mano por mis
pechos,

no le gusta que la camiseta se me haya bajado y me
lo

hace saber gruñéndome.

– Vas a tener que desatarme si quieres que me

la quite – muerdo mi labio ladeando la cabeza
para

verle.

– Ni lo sueñes.

La sube bruscamente por encima de mi cabeza

y resoplo porque siempre se sale con la suya. Me
vuelve a azotar apoyando su cuerpo sobre mi
espalda,
sus manos se ponen a cada lado de mis brazos
donde
tengo los codos hincados en el respaldo del sofá,
ruge
mordiéndome el lóbulo de mi oreja. Ronroneo y él
también lo hace.

– No puedes hacerte una idea de lo mucho que
te he deseado en todo este tiempo – cierro los ojos
disfrutando de su aroma, de sus dientes, del aliento
que
está haciendo perderme en este mar lleno de

sensualidad.

– ¿Me prometes que dulce bebé estará bien?

– Bastian – abro los ojos suspirando – prohibido

hablar de dulce bebé cuando estemos así.

– Nena, quiero ser un buen padre, si fracaso en

su crecimiento fracasaré cuando nazca – siempre sabe

cómo ganarme, muevo el trasero invitándole a entrar

de una vez y vuelve a azotarme – no me ignores,

necesito saber que estáis bien.

¿Tiene que ponerse tan dulce cuando estamos a

punto de tener sexo? Suspiro mordiéndome el labio por

no gritarle, pero entiendo su preocupación, la necesidad

de Bastian de ser un buen padre y que nos quiera a gusto. Asiento con la cabeza mirándole y luego hacia

el frente, como me empiece a distraer voy a acabar yo

sola lo que él ha empezado.

– Estamos bien – susurro para confirmarle nuevamente que lo estamos.

Sus besos empiezan en mi hombro, se pierden en mi nuca, bajan por mi espalda y en cada uno de sus

movimientos no deja de acariciar mi vientre. ¿Por qué

amo tanto que lo haga? Jadeo en desesperación,
sus

manos trabajan muy bien acariciándome y
haciendo

que me ruborice. Ralentiza sus caricias, me hace

querer que le desee aún más, quiero tenerle dentro
de

mí y que sienta lo mismo que yo. Necesito
consumirme

con el afecto que me da, con el amor que me

demuestra, sus manos, su boca, su lengua, todo de
él,

lo quiero sentir dentro, desde lo más profundo de
mi

corazón porque me voy a entregar a este hombre
para

el resto de mi vida. Ya no hay marcha atrás, no hay
arrepentimientos, estas manos, este hombre va a
tocarme para siempre y quiero que sea infinito.

Me lleva a la locura cuando sus dedos trabajan
en mis pezones, son más sensibles que hace un
tiempo.

Sus besos dejan un rastro exquisito en mi espalda,
no

creo que se haya olvidado un trozo de piel sin
haberla

marcado. Siento como el calor se evapora de mi
cuerpo al separarse de mí, giro la cabeza para ver
que

está tocándose, que no deja de mirar a mi sexo que

grita por él, no se distrae con nada al introducir su erección dentro de mí. Las paredes de mi sexo le aceptan sin pudor, se contraen al sentirle dentro y soy

yo la primera que empujo para que no se deje nada afuera. Oigo una pequeña risita, Bastian se agacha para besar mi nuca y él empuja más fuerte, es su gruñido en mi oreja lo que hace que hayamos gritado al

mismo tiempo. Se agarra con una mano a mi cintura y

con la otra al respaldo del sofá, lentamente sale para

volver a introducirse, está vez mucho más lento, hasta

que no puedo más y empujo mi cuerpo hacia atrás para

que no se arrepienta.

– Vas a conseguir que dure cinco segundos.

– Dame esos segundos, los exijo – jadeo

ladeando la cabeza, esta vez se aprovecha y besa mis

labios.

Haciéndome caso como es debido, se introduce

más fuerte y rápido dentro de mí. Cada embestida es

un grito nuevo para mí, él no dice nada porque no sabe

que siento millones de veces más desde que estoy

embarazada. Cada pequeña y corta embestida es un

mundo nuevo que descubro, mi cuerpo en llamas va a

estallar definitivamente y no tendré la cura para la lava

que quedará en él. Bastian extrañado por cómo

disfruto, continúa con las embestidas cada vez más

rápidas. Entre mis gemidos y los suyos comenzamos el

baile de rutina que me hace disfrutar tanto del sexo,

sus embestidas se deslizan fácilmente en mi interior,

también golpea mi trasero y amo que lo haga. Dejo

caer mi cabeza al sentir que me tiene inmóvil con las

dos manos a cada lado de mi cintura, abro más las piernas, quiero tocarme y descubrir que este orgasmo

va a ser inolvidable.

La garganta se me va secando y Bastian ha disminuido sus embestidas, cuando lo hace es que quiere prolongar el placer de nuestros orgasmos, yo no,

yo quiero más y más y lo quiero ahora. Empujo hacía

atrás mi trasero impulsándome con las rodillas, Bastian

se queda inmóvil, yo llevo el ritmo de las

embestidas,

susurra cosas que no puedo oír pero me vuelvo
egoísta

buscando mi placer extremo. Las hormigas que
inundan mi cuerpo huyen de las llamas, están a
punto

de quemarse dentro si no salen.

– Nena, se va a acabar.

– Sigue tú – susurro.

No tengo fuerzas al impulsarme; el estar

limitada por el pañuelo que une mis muñecas, por
la

camiseta que baja por mis brazos y por la posición
incómoda cuando estas así, hace que me desgaste

mucho antes. Bastian azota mi trasero de nuevo,
cambia de lado cuando le conviene y nunca sé
dónde

va a volver a azotarme. Abro más y más las
piernas

cuando retoma más rápidamente sus embestidas, se
resbala dentro de mí como una pluma ligera, gime
en

voz alta y yo también, cierro los ojos cuando las
hormigas buscan la salida cada vez más cerca.
Azota

de nuevo mi trasero y esta vez mucho más fuerte,
he

gritado y no de placer, sino porque me pica el
trasero y

no me desagrada. Aprieta sus dedos en mi cintura
cuando las hormigas que recorren mi cuerpo van
hacia

la misma posición, han visto la luz como la estoy
viendo

yo, me imagino miles de escenarios en mi cabeza;

como Bastian me besa, me toca, me desea pero
sobre

todo cuando Bastian vaya a tener a dulce bebé en
sus

brazos. Ese último pensamiento me hace
impulsarme

hacia atrás, levantándome del sofá y chocando mi
cuerpo contra el suyo, grito desesperadamente con
mi

último aliento de vida, el que Bastian me ha dado.

Me olvido de si ha tenido su orgasmo pero lo

deduzco cuando por mis piernas resbala su

eyaculación. Su brazo mantiene mi cuerpo recto,
no

deja que me caiga, solo me equilibra, acariciando
mi

barriga. Me he sentido mujer de nuevo por la

necesidad de que Bastian me posea nuevamente,
no

hubiera importado la forma de hacerlo, si no el

sentimiento de unificar nuestras almas. Ahora hay
algo

más que nos unifica y es nuestro dulce bebé.

Dejo caer mi mano sobre la suya, estamos
consternados por nuestros gritos y gemidos,
Bastian es
el eje de nuestra unión pero yo soy la que muevo
nuestras manos sobre mi vientre. Gruñe en
desacuerdo, dejándome caer hacia atrás para
cogerme
en el aire, esta vez pasa un brazo por debajo de mi
espalda y otro por debajo de mis rodillas, beso sus
labios imposibilitada por mis manos atadas y
apoyo mi
cabeza sobre su hombro.
Me lleva tranquilamente hasta nuestra cama,
estoy cansada pero no quería que me durmiera y

voy a

hacer todo lo posible para no dejarle solo. Sé que está

asustado todavía por dulce bebé y yo solo tenía en mente tenerle dentro de mí. Cuando me deja caer sobre la cama, se encarga de quitarme el pañuelo, arrastra el edredón y nos metemos dentro. Sin prisa,

pero sin pausa, nos abrazamos sin soltarnos por lo que

parece una eternidad.

– No me dejes nunca Nancy. Por favor, te lo

suplico – me susurra meciéndome, tengo escondida mi

cabeza en su cuello y noto la vibración de su voz –
no

me separen de dulce bebé.

– Moriríamos sin ti Bastian, dulce bebé y yo no
somos nada sin ti.

Su agarre se hace más fuerte hasta que intento
subir mi barbilla para respirar, sus grandes y
tatuados

brazos se han hecho dueños de mi cuerpo que no
puede relajarse ni por un instante porque no me
deja

sola. Yo le correspondo de la misma forma hasta
que

me quedo sin fuerzas, él siente que no me he
movido y

es entonces cuando me deja para poner su mano sobre

mi vientre. Tengo entrecerrados los ojos y él está muy

despierto, parece cansado.

– Duerme – afirma acariciando mi vientre, y

asiento sonriendo. Observa analizando mi cuerpo hasta

fijar sus ojos en mis pezones – tus tetas son un poco

más grandes.

– ¿Y eso es bueno? – Le remuevo su pelo, tiene

su codo apoyado en la almohada y estoy recostada

junto a él – porque hace un tiempo pensé que eran

pequeñas.

– Son perfectas y muy sensuales.

Ronronea mordiendo mi cuello, roba un beso de mis labios y cierro los ojos imaginando que parece más

largo de lo normal. Al abrirlos, veo a Bastian de la

misma postura, acariciando mi vientre y embobado con

las ideas que se les debe de estar pasando por la

cabeza. Ahora tengo que estar más unido a él,

necesitamos estar en la misma página.

– Vas a ser un padre perfecto – susurro y capto

su atención, me mira relajando sus hombros e

incluso

veo en su rostro una leve sonrisa que no me llega a mostrar – te querrá a ti más que a mí.

– ¿Cómo sabes eso?

– Lo sé. Le vas a dar tanto amor que se

olvidará de mamá y querrá estar solo contigo – eso le

gusta porque me da un beso.

– Entonces tengamos más niños.

– No – me mira frunciendo el ceño – no,

olvídate Bastian, no más niños.

– ¿Vas a negarle a dulce bebé un hermano?

Qué tú no tengas hermanos no signifique que no le

daremos más hermanos a nuestro hijo, es el primero de

muchos.

– ¿Pri... primero de muchos? No, olvídate. Voy a tomar tantos anticonceptivos que no me verás embarazada hasta que dulce bebé vaya a la universidad.

Retira la mano de mi vientre y se enfada, me esquiva apoyando la espalda sobre el colchón, no muy

lejos de mí pero no estamos tocándonos ahora mismo.

Me da igual su opinión, tengo veinticinco años y aún

quiero vivir aunque tenga el mayor regalo de mi vida.

Le observo sintiéndome mal, apoyando mi cabeza sobre su pecho, como le gusta que lo haga, escondo mi

cara en su cuello y le robo besos.

– No te va a servir de nada señorita.

– Vamos Bastian, no seas así. Dulce bebé

tendrá hermanos, pero no el año que viene ni el otro.

– ¿Cuándo? – Frunce el ceño – ¿y qué es eso

de que vaya a la universidad? Dulce bebé no irá a ninguna universidad.

– ¿Por qué dices eso? Claro que irá – ahora soy

yo la que hincó el codo en la almohada y le miro,
tiene

los brazos doblados por debajo de la cabeza, está
enfadado.

– No, no iré. No hay ninguna universidad buena
y no me gusta que tenga tanta libertad. Si es un
chico,

será negociable, pero si es una chica que se olvide
de

pisar la calle.

– Bastian – me hace gracia su actitud posesiva
con dulce bebé, me mira enfadado y yo me lo
quiero

comer – si es chico iré a la universidad y si es
chica,

también lo hará. Somos sus padres y tenemos que apoyarles en todo lo que hagan. Además, para eso todavía falta como dieciocho años.

– Suficientes para que se acostumbren a que no irán. Si es chico, discutible, pero si es chica, ni que se le pase por la cabeza.

Me río sobre su pecho porque me hace reír, no ha nacido y ya está siendo todo sobreprotector con dulce bebé. Adoro cuando se pone así, con suerte, espero que dentro de dieciocho años se le haya olvidado esta conversación y podamos discutir con

nuestro dulce bebé cual universidad le conviene más.

Dejo caer mi brazo sobre su cuerpo y finalmente cede

para abrazarme, suspira y siento que su corazón le late

más rápido de lo normal, antes me ha contado todo lo

que ha pasado y se ha tomado su medicación, tiene

que hacerlo hasta el mes que viene que le toca

revisión. Sé que está nervioso, que hay algo que le

preocupa y yo me estoy durmiendo, no quiero dejarle

aquí solo y que piense o se evada, quiero estar a su

lado en todo momento.

– ¿Cariño?

– ¿Um? – Me muerde los dedos de mi mano.

– ¿Estás bien?

– Sí, ¿por qué preguntas? – Hinco mi barbilla en su pecho, le veo concentrado en mordirme los dedos.

– Por todo en general, por lo de estas semanas, lo del encuentro, Mike y ahora el embarazo. Pienso

que te preocupas demasiado por mí, yo también lo hago por ti y quiero saber si estás bien o no.

– Se te ha olvidado la boda nena, vamos a

casarnos.

– Sí – mi sonrisa es tremenda admirando mi diamante – contéstame, ¿estás bien?

– Lo estoy, pletórico. – Le observo, no veo ningún rastro de mentira en su cara, pone sus ojos sobre los míos y sonrío. – Y muerto de miedo.

– ¿Por qué?

– Por ti, por dulce bebé y por nosotros. No quiero perderte por ser un neandertal eterno insoportable.

– Bastian, yo ya te conozco, sé cómo eres, como actúas y nos hemos llevado muy bien cuando has

dejado a un lado tus preocupaciones. Hacemos un gran

equipo siempre y cuando establezcamos nuestra

confianza y hablemos como adultos. No te voy a dejar,

si pasa algo, lo afrontaremos y saldremos adelante.

– ¿Aunque te grite?

– Aunque me grites – sonrió tímidamente– y por

dulce bebé no te preocupes, en menos de nueve meses

tendremos a nuestro bebé y serás el mejor padre del

mundo.

– ¿Y si me odia? – Tiene un tic en la nariz, eso

quiere decir que teme algo – ¿y si piensa que soy horrible y que le grito? Yo quiero lo mejor para el bebé,

lo mejor para ti, lo mejor para los tres.

– Somos una familia Bastian, tú y yo hemos formado una. Vamos a casarnos, tendremos un bebé y

seremos felices.

– ¿Lo prometes?

– Lo prometo.

– ¿Y sí dejas de quererme Nancy?, ¿qué voy a hacer yo con mi vida si ya dejas de quererme? –

Ahora mueve el pie, está peor de lo que me esperaba

– ¿qué haré? No puedo alejarme de ti y nadie va a separarme de dulce bebé, pero puedes irte lejos y conocer a otro hombre y vivir una vida con otro.

– ¿Otro? No habrá otro Bastian, escúchame

bien cariño. Te amo con locura, hasta el punto que voy

a casarme contigo en menos de una semana, vamos a

tener un bebé, vamos a vivir felices y a crecer como

personas. Soy lo que siempre has buscado, la mujer de

tu vida y trabajaré duro para estar a la altura de lo que

te mereces. Eres mi neandertal eterno, sí, a veces

insoportable pero puedo convivir con ello porque sé

que lo que haces es por dulce bebé, por mí y por nuestra relación. Ahora descansa y no pienses en el

mañana, piensa en lo mucho que nos amamos y en la

vida plena y feliz que vamos a tener.

No le dejo que responda y le callo besándole.

Me recuesto a su lado calmándole mientras espero que

el sueño le venza, pero es tan testarudo que estará

pensando en comprar todas las universidades del

mundo para que su hija vaya a la mejor. ¿Su hija?,
¿y si

es un chico es discutible?, ¿podría ser más machista?

Tengo una sonrisa en la cara y niego con la cabeza.

Este es mi neandertal, él único hombre que me va a

vencer y acabará conmigo como no me ponga a su altura.

Buenas noches dulce bebé. Aprieto el cuerpo de

Bastian contra mí y me sumerjo en un sueño lleno de

fantasías muy reales.

CAPÍTULO 8

Abro los ojos asustada. Quiero un donut. Sí, un donut de chocolate. Solo de chocolate. Empujo mi

trasero desnudo hacia atrás pero no choco con el cuerpo de mí, ahora, prometido. Me siento como una

niña pequeña pero no me importa, Bastian es mi prometido y vamos a casarnos. Abro los ojos como

platos incorporándome rápidamente. ¡Oh Dios, voy a

casarme con Bastian! Dejo caer mi mano de nuevo a

mi vientre, hoy tengo un poco más de barriga. Miro por

toda la habitación que mi león no está gruñendo en ninguna parte, eso quiere decir que tengo vía libre para

ir al baño. Cuando entro observo mi cuerpo desnudo

asombrándome, está cambiando, me siento más

redonda, giro mi figura frente al espejo admirando con

devoción como mi vientre ha crecido mucho más hoy.

Al salir del baño con una cara de felicidad

inmensa me doy cuenta que estoy desnuda, sintiéndolo

tan natural como la vida misma. Abro un cajón de la

cómoda donde guardo algunas de mis prendas más

calientes y atrevidas, a Bastian no le gusta que me

ponga esta clase de ropa en mi vestidor. Rebusco

entre

toda encontrando algo con que taparme y saco finalmente una bata de seda corta, pero al menos cubre mis partes.

Frunzo el ceño analizando con mis oídos el

porqué del silencio en casa. Bastian no está gritando,

discutiendo, hablando y ni siquiera respirando.

Deslizo

las cortinas de la habitación dejando pasar al ardiente

sol que hoy brilla con intensidad; dulce bebé, este día

es precioso para disfrutarlo. Pienso en que tengo que

llamar a Trevor, me dijo que me tomara unos días libres

pero no quiero abusar. También tengo demasiadas cosas en la cabeza aunque la que más me preocupa es

Bastian, tiene que, no, debe de entender que voy a seguir trabajando.

Relamo mis labios porque me muero por un donut de chocolate, ojala que Lorain haya comprado

alguno, que mi madre haya venido y se haya acordado,

o que Rachel haya pensado en mí.

Con las ganas de querer terminar con todas las

pastelerías de la ciudad, me decido a ver dónde
está mi

prometido, esa palabra llega hasta lo más profundo
de

mi corazón y sonrío por ello. Abro la puerta de la
habitación borrándome la sonrisa al instante, ¿qué
narices hace Bastian aquí? Se ha dado cuenta que
he

abierto la puerta y me mira con el ceño fruncido,
¿qué

he hecho ahora que está tan enfadado? Miro todo
el

desastre que tiene a su alrededor, se supone que es
un

espacio para la lectura y Bastian lo ha llevado al
pie de

la letra; hay folios esparcidos desde la mesa hasta el

suelo, ha puesto la impresora en una de las estanterías

y el cable que lo une al portátil entorpece el paso. Lo

he pillado con un libro en las manos, buscando por papeles y ahora no debo de ser una viva imagen de la

belleza porque no aparta sus ojos de los míos. Hago lo

mismo, me sorprendo de todo lo que tiene aquí montado; tiene las gafas de leer puestas, no lleva camiseta porque está sudado y sus pantalones de chándal grises es lo único que le viste, le caen

algunos

mechones por la frente y yo me acabo de enamorar aún más.

Trago saliva porque no sé por dónde me va a salir ahora, anoche todo fue bien, no quiero que se haya asustado y me diga algo que pueda hacerme daño. Reajusto mi bata y aprovecho para acariciar mi
vientre mientras le sonrío ya que no deja de mirarme.

– ¿Qué haces cariño?

– Me has mentado – se quita las gafas

lanzándolas a la mesa y levantándose – me dijiste que

dulce bebé y tú estabais bien, me has mentido.

– Ah, ¿no lo estamos? – Subo una ceja.

– Ayer me prometiste que me contarías todo lo que dulce bebé y tú hicisteis y... y... y te faltó tiempo

para ocultarme todo esto – señala al caos que tiene y

vuelve a mirarme – ¿por qué Nancy?

– Cariño, no sé de qué me estás hablando – es verdad, es Bastian, puede salirte con la cosa más estúpida y rara que jamás haya escuchado.

– De dulce bebé, de tu embarazo – pasa sus manos por mis brazos hasta dejarlas en los hombros –

¿por eso querías tener sexo pervertido?, ¿por qué ya

has pasado la etapa de los antojos?, ¿de la ansiedad?,

¿del equilibrio entre el feto y tú?

– ¿Qué? – Digo sorprendida, no puedo creer lo que Bastian acaba de pronunciar.

– ¡NANCY!

Me grita zarandeándome un poco para dejar

caer sus manos, llegan hasta la cuerda de la bata de

seda y la abre orgullosamente, estoy completamente

desnuda.

– ¿Se puede saber que...?

Dejo de hablar cuando explora mis tetas como si fuera la primera vez que las ve, flexiona las piernas

poniéndose cara a cara con ellas. Pasa sus dedos por

mis pezones, los observa y luego estruja cada una de

ellas. Se aleja mirándolas y volviendo a hacer lo mismo, cuando las vuelve a apretar levanta sus dos manos retirándolas de mi cuerpo.

– No, no tienes leche en las glándulas mamarias. Tampoco perdidas – me mira asustado.

– Bastian, me estás asustando. Sí querías

tocarme, podemos tener un poco de diversión –
doy un

paso hacia él y retrocede.

– ¿Estás loca? Estas en el primer trimestre del
embarazo, tu deseo sexual puede afectar a dulce
bebé.

¿En qué piensas Nancy? Sé que tienes zonas más
sensibles, que produces más ácido en tus genitales
y

eso me facilitaría la penetración, pero no puedes
ser

una ninfómana todo el tiempo. ¿Me has oído?

Primer

trimestre del embarazo.

Abre los ojos porque se ha dado cuenta de algo.

Toca mi vientre asustado, baja su mano hasta caer en

mi entrepierna e introduce un dedo dentro de mí.

Retrocedo apartándole y se mira el dedo.

– ¿Qué haces bestia?

– Gracias a Dios – pone una mano en su

corazón – el riesgo de aborto se multiplica en el primer

trimestre del embarazo, no sangras ni segregas ninguna

mucosidad anormal.

Retrocedo un poco más, tengo tanta rabia y

felicidad contenida que me da por reírme a carcajadas.

Pongo ambas manos en mi boca por el escándalo que

estoy montando y por el hecho de que Bastian no me

está siguiendo. Se cruza de brazos y tiene razón, mi

deseo sexual ha crecido desde anoche a esta mañana.

Le deseo tanto que le mordería hasta que gritara de dolor, que me llame ninfómana, que me lo restriegue en

la cara si hace falta pero me muero por montarle o dejar que me monte. Sus brazos son grandes y fuertes,

sus tatuajes me parecen lo más atractivo que he visto y

sus pezones están erectos. Muerdo mi labio por si
capta el interés que tengo en que tengamos un poco
de

sexo pervertido pero me doy cuenta que no
estamos en

la misma página, mato mi sonrisa tan pronto me
doy

cuenta que tiene ojeras, que se ve cansado y que no
le

brillan los ojos, sí, está enfadado de verdad.

– Cariño, ¿has dormido?

– ¿Estas a punto de matar a dulce bebé y

preguntas si he dormido? – Bufo exagerando los
movimientos de sus brazos.

– Tienes razón, ¿cómo he sido tan estúpida de preocuparme por mi prometido? – Eso le hace sonreír

y a mí también – ¿estás bien?, ¿y qué es todo esto?

– Todo esto es lo que he estado haciendo durante toda la noche, no podía dormir y me he puesto

a investigar ya que la irresponsable de mi prometida no

ha hecho otra cosa que descuidarse y pensar en el sexo, como sí... como sí....

– ¿Has estado despierto toda la noche? – Me cruzo de brazos y asiento – ¿te has vuelto loco Bastian? El médico te dijo que te tomaras las

cosas

con calma al menos los primeros seis meses, te puede

dar otro infarto si no te cuidas un poco.

– Yo me cuido pero...

– ¡NO BASTIAN! No juegues con eso, es tu

salud ¡joder!, ¿no te das cuenta que te va a dar otro

infarto como no pienses un poco en ti?, ¿quién va a

cuidar de dulce bebé y de mí si te perdemos? Sé un

poco consecuente con tus actos.

Relaja los hombros asintiendo, se acerca a mí

abrazándome y yo hago lo mismo. No puede pasarse

las noches sin dormir; nervioso y atacado, se está medicando, necesita una vida no ajetreada y en calma,

y este hombre es de todo menos relajado.

Subo la cabeza hacia arriba para besarle, hincó mi barbilla en su pecho dejándome abrazar por mi león.

Le noto cansado y diferente.

– No te enfades – ronronea besándome el cuello.

– Lo hago cuando se trata de tu salud.

– ¿Y de la tuya? Eres una mentirosa e

irresponsable, Señorita Sullivan, futura Señora Trumper

y prometida mía.

– ¿Se puede saber por qué? – Dejo de abrazarle para que me lo diga a la cara.

– Pues porque andas por ahí como si no te importara dulce bebé. ¿Sabes que podrías tener un embarazo intrauterino?, ¿qué los riesgos de aborto en

el primer trimestre son más elevados?, ¿qué dulce bebé mide media pulgada? Hasta que no se convierta

en feto no puedes tener una vida normal. ¿Por qué no

me has explicado esto?, ¿por qué no te has informado?

Eres una inconsecuente Nancy y estoy muy enfadado

contigo.

– Bastian, no entiendo lo que quieres decir – es verdad, ni siquiera yo me he puesto al día con mi embarazo.

Me gira para que vea todo lo que ha imprimido, se adelanta para enseñarme y hablarme sobre las semanas de la gestación, me dice orgulloso que dura

cuarenta semanas pero que puedo tener a dulce bebé

en el séptimo mes. Señala todo lo que ha estado haciendo, tiene hasta libros. Aprieto el cordón de

mi

bata asombrada por todo lo que me está contando.

– Por lo tanto Nancy, olvídate de muchas cosas en el embarazo. Deberías haberte informado de todos

los riesgos que conlleva el estar gestando a dulce bebé.

– Bastian, creo que debemos tener una larga charla sobre el embarazo. Es muy dulce que hayas hecho todo esto, pero internet, los libros e incluso cualquier comentario de otra embarazada no son más

que suposiciones. Cada mujer es diferente y

afortunadamente, dulce bebé y yo estamos muy

sanos.

Ambos.

– Riesgo de aborto – canturrea con el ceño fruncido, moviendo un papel en mi cara, lo cojo

leyéndolo por encima y tiene subrayado los consejos

para no provocar un aborto durante los primeros meses

de gestación – ¿ lees? Porque es lo que deberías haber

hecho cuando te dijeron que estabas embarazada.

Levanto la vista para defenderme cuando se ha agachado, está besando mi vientre con sus brazos alrededor de mi cuerpo abrazándome fuerte. Sabe

lo

que hacer para distraerme de todo, acaricio su cabeza

y ronronea, baja las manos por mi trasero acariciándolo

y besando mi vientre otra vez.

– Tranquilo Bastian, estamos bien cariño.

– No te asustes si se te cae el trasero nena, es normal en las embarazadas – abro la boca y se ríe, besa mi vientre de nuevo – hola dulce bebé, soy papá.

¿Me quieres más a mí que a mamá?, ¿a qué sí?

¿Por qué hace esto? Voy a llorar. Se me han quitado las ganas de comerme un donut y de tener

sexo con mi prometido para estar viendo esta imagen

por el resto de mi vida. Sube la cabeza y sonrío levemente.

– Oh Bastian, es hermoso que hables con dulce bebé – mis ojos están llorosos.

– Lo sé, lo hago por mí no por ti, traidora – frunce el ceño – el vínculo entre madre e hijo comienza desde el óvulo fertilizado. ¿Cuándo pensabas

decírmelo?, ¿me querías excluir de vuestra familia de

dos? Reconoce tu voz, tus sentimientos y movimientos,

se asusta de los ruidos y voces extrañas cuando estás

en el último trimestre del embarazo. Tengo que empezar a hablarle desde bien pequeño para que dulce

bebé entienda que yo soy su padre, que no solo te tiene

a ti, ¿por qué eres tan cruel conmigo?

Estoy riéndome porque no me queda otra, este hombre no tiene remedio. Asiento poniéndome seria

porque él no lo hace, me meto en el papel.

– Lo siento cariño, se me ha olvidado. Es natural que el padre hable con el bebé, perdóname.

– No sé si perdonarte, se te han pasado muchas cosas que decirme. Formaras el cordón umbilical y te

conectarás a dulce bebé hasta el parto, ¿por qué no puedo conectarme yo de otra forma?

– Mi amor, te prometo que en el parto podrás cortar tú mismo el cordón, así formarás parte de la familia de dos.

– ¿Me dejarás?

– Claro, por supuesto – remuevo su pelo y desliza las manos por mi trasero, las deja caer por mis

piernas y aprieta mis pantorrillas.

– Tampoco te asustes si te salen varices –

entrecierro los ojos – he leído que tienes que caminar

para que circule la sangre, aunque no ahora, quizás en

la parte final del embarazo.

– Bastian – cierro los ojos y vuelvo a abrirlos,

no deja de masajearme las piernas – ¿hay algo en

algún artículo que me informe sobre qué hacer con

padres compulsivos en el embarazo?

– Hay aquellos que dicen que mamá tiene que

obedecer a papá – se ríe besando mi vientre – ¿te das

cuenta dulce bebé? Mamá es una irresponsable,

pero

yo cuidaré de los dos mi amor.

No puedo quitarme su imagen de mi cabeza, me quedo atónita viéndole hablar a mi vientre, preocupado

por mi salud y por la de dulce bebé. Acabo de acordarme que anoche me dijo que estaba asustado,

debo de ser su apoyo e ir descubriendo juntos como

evoluciono con el embarazo. Beso su frente mientras

él se restriega sobre mi piel, tiene barba y me excita

sentirla, echo un vistazo a todo negando con la

cabeza.

Todo lo que hay son folios con imágenes,
información

subrayada y libros sobre embarazadas, frunzo el
ceño

acariciando nuevamente a Bastian.

– Cariño, ¿de dónde has sacado esos libros?

– Los he comprado esta mañana – no me mira

y se levanta alejándose de mí, eso quiere decir que
me

está mintiendo.

– ¿Qué quieres decir con que los has comprado
esta mañana? No son ni las diez aún.

– Ya te he dicho que no podía dormir, he

buscado en el garaje la impresora y me he conectado

para informarme de cómo debo de cuidarte en tu embarazo. Y para mi sorpresa – abre los ojos exasperado – me he encontrado con toda esta información.

– ¿Has salido a comprar esos libros?

– Sí – no me mira, remueve los folios

ordenándolos, sabe que no me lo creo y pongo ambas

manos en mis caderas – está bien Nancy, no te pongas

así.

– Cuéntamelo y no me verás cómo se me eriza

la piel de mi nuca y no por... – se ríe – Bastian.

– Está bien, ¿prometes no enfadarte conmigo?

– No voy a enfadarme porque hayas salido a comprar libros de embarazadas – pongo mi cara más

dulce porque no me enfada eso, me enfada que me esté ocultando algo y tema que me vaya a sentar mal.

– He salido a correr y los he comprado – ¡esto es increíble!, automáticamente él se acerca para explicarme – sí, sé que no debía, que el médico me ha

dicho que no puedo hacer ejercicio pero tenía la adrenalina a punto de estallar y estaba muy

enfadado.

Necesitaba certificaciones reales en libros, he salido a

las siete y he esperado en Galerías Trumper a que abrieran la librería.

– ¿Has salido a correr por el parque?

– No – me esquiva la mirada y sigo esperando, vuelve a mirarme – he salido a correr desde aquí.

– ¡BASTIAN! – Le grito – ¿desde casa?, ¿has ido al centro corriendo desde casa?

– Sí – resoplo por no golpearle fuerte – pero estoy bien nena.

– ¿Qué estás bien? Hay como quince minutos

en coche al centro de la ciudad, ¿y tú has ido corriendo?

– Exagerada – rueda los ojos – he tardado menos en correr que en esperar a que abrieran las galerías.

– ¿Has cruzado el trozo de autovía corriendo? –

Me pregunto asustada, no entiende la gravedad de lo que ha hecho.

– No, tengo mis atajos – me sonrío pero yo no lo hago, estoy enfadada – nena, lo siento, necesitaba correr y asegurarme de que dulce bebé y tú estabais

sanos. Me has oprimido mucha información y he estado a punto de despertarte para gritarte muy fuerte.

– Vamos a dejar claro un par de puntos –

levanto el dedo y lo muerde riéndose – no me hace gracia. No vuelvas por lo que más quieras a correr, ni

de noche, ni de día, ni por la mañana, ni a ninguna hora,

si quieres liberar adrenalina me despiertas y haces ejercicio conmigo.

– Eh – sonrío de medio lado – no te despertaré, eres demasiado hermosa cuando duermes.

– No me distraigas Trumper – le acuso de

nuevo con el dedo y lo vuelve a morder – si
quieres

hablar sobre el embarazo, tenemos tiempo cariño,
yo

no quiero que te vuelvas loco, que dejes de
dormir, que

sufras innecesariamente. Mírame, soy la misma de
ayer, con la misma sonrisa e igual de enamorada.

Dulce bebé está creciendo y tenemos que darle
tiempo, vamos a hacer las cosas bien aquí afuera
para

que cuando nazca nos tenga a los dos con la cabeza
en

su sitio. No quiero que cuando esté aquí aún estés
preocupado, como has dicho, son unas cuarenta

semanas largas y ya tendremos tiempo poco a poco para informarnos de nuestras dudas. ¿Quieres que pidamos cita con el ginecólogo? Te he dicho que tengo

el pase de mi médico, nos podrá asesorar de todos nuestros miedos y...

Bastian se ha dado media vuelta para recoger el desorden, quita el cable de la impresora y temo que

haya dicho algo fuera de lo normal. Suspiro en desacuerdo por su actitud devolviéndome la mirada

con el ceño fruncido.

– Hoy tenemos una cita con la Doctora Weinn.

– ¿Qué?

– Ya he buscado a la mejor ginecóloga del país,
nos verá hoy a las seis en punto.

– ¿Qué has hecho, qué?, ¿por qué has pedido
una cita sin consultarme antes? Bastian – Me cruzo
de

brazos y él sigue ignorándome – te estoy hablando.

– No hay discusión al respecto Nancy. Te verá
la Doctora Weinn y punto.

– Bastian, eres un... eres un... – me desespero
y le lanzo un bolígrafo a la espalda – no vuelvas a
hacer

ningún

movimiento

con

mi

bebé

sin

consultármelo, ¿entiendes?

Me giro entrando en la habitación, voy hacia el

baño, me gruñe en mi espalda y acabo cerrándole
la

puerta en las narices. La abre con enfado.

– Nancy, no seas infantil.

– Infantil estás siendo tú cuando tomas

decisiones por los dos, no por ti y por mí, sino por

dulce

bebé y yo. ¿Te crees que soy gilipollas y no sé ir a un

maldito ginecólogo?

– Ginecóloga Nancy, no te olvides que no dejaré que nadie te mire, te toque y que te evalúe donde he

metido mi...

– ¡Cierra la boca!

Me desespero con este hombre, puedo pasar de tener ante mí la imagen más bella del mundo a querer

patearle el trasero.

Abro el grifo de la ducha desabrochando mi

bata con la cabeza bien alta. Bastian está de brazos cruzados observándome con la barbilla en alto como si

no hubiera hecho nada malo.

– Para Nancy, no te vayas a duchar sin mí.

Dejo caer la bata al suelo cogiendo una goma

para atar mi pelo. Subo una ceja en el espejo, me mira

refunfuñando y entro en la ducha cerrando la puerta de

crystal en sus narices de nuevo porque había avanzado

en mi dirección. Señalo con mi dedo índice la puerta

indicándole que se vaya pero no se mueve. Está

bien,

tú lo has querido. Me dejo mojar y busco mi esponja

pero decido no usarla hoy, va a enterarse de quién

manda en mi cuerpo. Echo gel en mi mano y masajeo

mi hombro izquierdo, lo miro de reojo y ha pegado la

cara al cristal.

– Ums, qué bien huele este gel. Cariño,

acuérdate de comprar luego.

– Tú desde luego no lo harás.

Canto agachándome y pongo un poco de gel en

mis manos, las froto deslizándolas hacia mis

pechos.

Cierro los ojos delante del cristal, Bastian está muy

enfadado y ya me da igual. Me restriego bien por todos

los lugares prohibidos para él, aquellos donde pasa más

tiempo de lo normal en asegurarse si estoy limpia o no.

Abro uno de mis ojos y veo que tiene una mano en el

corazón, los abro entrecerrándolos y negando con la

cabeza, me sonrío en respuesta, ¡qué listo!, está

jugando a provocarme. Tengo mi as en la mano cuando

saco mi lengua y muerdo mi labio, deslizo mi mano

desde mi pecho hasta mi vientre, girando mi cuerpo

hasta poner morritos, sacando más tripa de lo normal

para que vea que dulce bebé está dentro de mí.

Bastian abre la boca impactado por lo que ve,

mi figura está a punto de sufrir el mayor cambio de mi

vida por el embarazo y esto hace que le sorprenda.

– Trumper, no juegues con tu corazón.

– No juegues tú, tramposa.

– Vete y déjame darme una ducha tranquila.

– Lo has hecho sin mí – se enfada como un niño pequeño – te estás tocando sin mí también, ¿por qué

me haces esto?

– Porque soy una persona independiente

Bastian, no quiero que me manipules ni que conciertes

citas a mis espaldas. No cuando se trata de mi embarazo ni más ni menos.

– No habrá objeciones cuando se trata, precisamente, de tu embarazo Nancy Sullivan.

Eh, ¿dónde quedó lo de futura Señora Trumper y prometida? Frunzo el ceño cortando el grifo una vez

que me he aclarado, salgo cubierta de agua que cae al

suelo, busco por una toalla pero Bastian es más rápido

que yo y la coloca sobre mi cuerpo abrazándome.

– Estoy enfadada contigo – le susurro, me ha tapado hasta la cara.

– Yo también lo estoy, ya tenemos algo en común a parte de una vida juntos, próximamente mi

apellido y no muy lejos nuestro dulce bebé.

Quiero responderle aunque no sabría qué

decirle, me dejo abrazar por él y resoplo. ¿Así serán

todos los días de mi embarazo?, ¿cómo se tomará
que

continúe trabajando? No quiero tener que pelear
con él

a

diario,

cuando

se

pone

así

me

agota

psicológicamente. Las palmas de su mano queman
a

través de la toalla, está suspirando y aparto mi cara de

su cuerpo para mirarle.

– ¿Qué te pasa ahora?

– No has comprobado la temperatura del agua,

¿no sabes que dulce bebé siente lo mismo que tú?

Hundo mis hombros volviendo a enterrar mi

cara en su cuerpo, huele a sudor mezclado con la furia

de mi hombre. Me atrevo a morderle y ni se inmuta.

Vuelvo a hacerlo pero no me responde, le observo y

sigue concentrado en darme calor.

– Bastian, no puedes estar así durante nueve meses. ¿De verdad quieres enfadarte y pasarlo mal por esto? Se supone que vamos a vivir la etapa más bonita de nuestra vida, dulce bebé va a nacer y vamos a verle la carita.

Relaja su agarre y desaparece el ceño fruncido.

Me mira con los ojos brillantes por primera vez y creo

que acabo de dar con la tecla para hacerle reaccionar,

vamos a ser padres y creo que ninguno de los dos somos conscientes.

– Sin dudarlo será la más bonita, – me abraza fuerte – no me dejes nunca Nancy.

– No lo haré a no ser que hagas llamadas a mis espaldas y quedes con Doctoras que desconozco para

fijar una cita. ¿De acuerdo?

– ¿Son celos o...? – Entrecierro los ojos de nuevo – no, no son celos, ¿verdad? Tenía que hacer

algo por ti nena y no ibas a ir a una simple ginecóloga,

va a tratarte la mejor del país. Créeme que es buena

en lo que hace, mi madre dice que Sebastian tardó más

de doce horas en nacer y que se le hizo ameno.

– ¿Sebastian?

– Sí, ella es amiga de la familia. Se ha jubilado

este año pero le he pedido que nos vea. Necesito saber

que dulce bebé y tú estáis bien – ladea la cabeza –
por

favor, haz eso por mí.

Sigo sonriéndole sin dejar de mirarle, tiene

razón, él necesita escuchar que estamos bien y al

menos eso le tranquilizará. Le asiento con la
cabeza y

le robo un beso, me abrazo fuerte a su cuello para

chocar mi lengua con la suya cuando mete sus

dedos

dentro de mí otra vez.

– Bastian – le recrimino.

– Nena, estás en riesgo de aborto, así que
comprobaré que no sangras tantas veces me dé la
gana.

Resoplo fuertemente apartándole de mí y salgo
del baño. Me persigue refunfuñando y yo me giro
con
el dedo índice en alto.

– ¡No!

Retomo mi camino esquivando algunos libros
que hay en el suelo, sujetando fuerte mí toalla para

que

no se caiga, logro encerrarme en mi habitación,
pero

poco después Bastian aparece haciendo que la
puerta

choque contra la pared.

– ¡Sí! – Frunce el ceño.

Niego con la cabeza ignorándole, voy hacia mi

cómoda y escojo mi ropa interior. Le veo de reojo
y se

ha cruzado de brazos el muy... no puede, sólo
no... no

quiero que ponga sus dedos dentro de mí cada dos
por

tres. Termino de abrochar mi sujetador, me siento

frente al tocador para soltarme la goma del pelo y
veo

que da un paso en la habitación, giro mi cabeza
gruñéndole.

– Bastian, vete a recoger todo lo que has
desordenado.

Me dirijo hacia la ropa, hago girar la barra para
encontrar que voy a ponerme. Desconecto mi
mente

de Bastian por unos instantes cuando siento su
aroma

detrás de mí, le esquivo y doy media vuelta.

– ¿Por qué te vistes? Los pijamas para estar en
casa están en ese armario de allí.

– ¿Cómo lo...? – Caigo en que Bastian lo sabe

todo de mí, le frunzo el ceño y pongo mis manos en mi

cintura – voy a vestirme porque para salir a la calle se

necesita ropa.

– No vas a ir a ningún lado – agarra mi codo

pero yo me suelto.

– Si, si voy a salir. Tengo que preparar una

boda, ¿recuerdas? Además, tenemos que ir a decírselo

a tu familia y a mi padre, quiero ir a ver a Rachel, a

mis amigos y también hablar con Trevor.

– Prepara la boda desde casa – las arrugas de su ceño fruncido son cada vez más pronunciadas.

– ¿Es que no me has escuchado? Tengo un infierno de cosas por hacer porque mi prometido me ha exigido una boda el domingo y estamos a martes.

Se ríe orgulloso y hace que yo también sonría.

– Almorzamos en casa de mis padres, mis hermanos también vendrán, todos piensan que es un día normal pero le he dicho a mi madre que vienes conmigo y está encantada – se cruza de brazos – te digo que te quiere a ti más que a mí.

– ¿Cuándo pensabas decirme que hemos
quedado para almorzar con tu familia?

– Cuando dejes de sorprenderte por cada cosa
que te digo.

– Ah – retrocedo hasta chocar con la ropa –

¿tengo yo la culpa de tener que soportar tus dedos
dentro de mí cada vez que quieras?

– Te gustan mis dedos nena, admítelo.

– No Bastian, no juegues con eso porque es
desagradable que lo hagas y más si es para
comprobar

que no sangro.

– Si no cuido yo de ti, es más que obvio que tú

no lo harás – avanza y tapa mi boca con su mano –
y

no quiero escucharte quejarte más al respecto, haré
lo

que me dé la gana siempre y cuando implique
cuidar

de ti y dulce bebé.

– Dulce bebé está muy bien – consigo zafarme
de su mano – ahora vete a ducharte que apestas,
tenemos que hacer muchas cosas esta mañana.

– ¿Me llevas contigo? – Retrocede un paso
sorprendido.

– Pues claro, es obvio que no me vas a dejar ir
sola, ni conducir, ni hacer lo que me dé la gana, así

que

no me queda más remedio que acarrear contigo a mi

lado – le gusta lo que le digo y se acerca estudiando mi

cara, se ríe y baja su cabeza para apoyarla en mi cadera y ponerme sobre uno de sus hombros –

Bastian, para, bájame.

– No.

Azota mi trasero cuando me lleva sobre uno de sus hombros como un neandertal más bestia que

nunca, me agarro a su cintura mientras camina por la

casa hasta la habitación. Le hincó mi uña fuerte, y

cuando lo hago, él me responde azotándome de nuevo

en el trasero. Nos mete en el baño, abre la puerta de la

ducha y el grifo regulando la temperatura. Gruño

porque estoy enfadada por cómo actúa, cuando se siente seguro con el agua me deja sobre mis pies muy

despacio, empujándome hasta que el agua cae por mi

cabeza.

– Anoche me lavé la cabeza Bastian – le

increpo enfadada – no quería lavarme el pelo y no puedes.

Agarra mi cintura estrellándome contra la pared de la ducha para darme un beso de órdago, se me olvida hasta respirar cuando le respondo subiéndome mis

brazos a su cuello, sabe mover la lengua dentro de mi

boca y es un provocador nato. Separa sus labios de los

míos con un beso sonoro, metiendo su cabeza debajo

del agua.

– ¿Has acabado de quejarte?

– No.

Sonríe y se siente feliz al respecto. Desabrocha

mi sujetador analizando nuevamente mis tetas para ver

si en su modo de ver, hay alguna anomalía. Se agacha

bajando mis bragas, dándome besos sobre mi vientre,

me dejo llevar porque me gusta que lo haga y es mi punto débil, creo que él también se ha dado cuenta de

cual es. Una vez mojados empieza a lavarme el pelo

frotándome en círculos sobre mi cabeza, vale, no puedo quejarme de que esto es lo que necesitaba.

Cierro los ojos disfrutando del momento, Bastian sabe

cómo hacerme enloquecer cuando frota mi cabeza.

Se

dedica a mí más tiempo del que creía, se agacha para

lavarme con atención de rodillas para abajo, pone sus

dedos en mis pies y le agradezco que lo haga, siento un

pequeño masaje y me doy cuenta que últimamente me

quejo demasiado, quiero que me cuide y Bastian lo hace a su manera.

La ducha termina más rápido de lo que hubiera

querido, cuando salimos peina mi pelo como le gusta

hacer, estando sentada en la banqueta pienso en el
buen padre que va a ser como cuide a dulce bebé
como lo está haciendo conmigo. Nos robamos
algunos

besos y nos regalamos algunas sonrisas
magistrales

dignas de dos personas enamoradas, dos
prometidos

que se van a casar el domingo. Estoy centrada en
verle como se decide poner mi pelo cuando siento
que

me toca en los hombros.

– ¿Qué? – Digo susurrando.

– ¿Has pensado como vas a decírselo a tu

padre?

– Tenía pensado en llamarle luego cuando vuelva del taller, creo que no le va a hacer gracia y mañana querría ir a verle.

– Está bien, entonces iremos mañana a Crest

Hill. ¿Se lo vas a decir a tus amigas?

– Sí – bostezo – he pensado que primero quiero ver a Rachel, quiero que sea la primera, luego llamaré

a las gemelas y se lo confirmaré por teléfono, les diré

que no hagan planes para ¿el lunes?

– Domingo – creo que no se decide como

dejarme el pelo.

– ¿Domingo? Bastian, no tengo tiempo para preparar una boda para el domingo, quiero que vengan

los abuelos de Rachel, ellos estuvieron estas navidades

en casa y va a ser imposible que quieran venir otra vez

a Chicago tan pronto.

– Domingo nena, no hay excusas ni retrasos –

frunce el ceño dejando el peine de una vez por todas,

me levanto y ajusto el albornoz que me ha puesto.

– Bastian, dame un mes, dos meses como

mucho. Mi barriga no va a crecer tanto, podré

meterme en algún vestido, quiero preparar la boda de

mis sueños y necesito tiempo para ello.

– Tienes todo a tu disposición Nancy – se

acerca preocupado – quieres la boda en la luna y el

domingo te llevo a la NASA, ¿entiendes? Todo está en

tus manos, haz lo que quieras, me da igual, el domingo

serás la Señora Trumper y llevarás un anillo en tu dedo

que te reconfirme que eres mía para siempre.

– Eres imposible – salgo del baño sonriendo.

– Tú neandertal eterno, no lo olvides. Nancy –
me doy la media vuelta – en diez minutos salimos.

Sigo con mi camino mirando hacia atrás pero no
me sigue, bueno, al menos tengo diez minutos en
los

que... ¡Oh no! Freno porque no había visto que hay
sobre la isa de la cocina, abro la boca y se me
saltan

algunas lágrimas.

– ¿Bastian? – Le llamo, ahora quiero que esté
aquí porque me voy a desmayar.

– ¿Sí? – Aparece a mi lado tan rápido que
siento una brisa mover mi cuerpo, suspira aliviado
y

rodea sus brazos en mi cintura, pasa la palma de su mano sobre mi vientre besándome en la cara – no he podido resistirme a comprarlo.

Hay una cesta grande con cosas de bebés, puedo ver geles de baño, biberones, baberos, algunos chupetes, toallitas para bebés, algunos peluches y sus primeros pañales entre otras cosas. Me acerco temblando por la emoción, se me ha parado el corazón al ver esto. Me acerco tocando el plástico de la bolsa, quiero sacarlo todo y tocarlo, olerlo, quiero que

nazca

dulce bebé y cambiarle el pañal.

– Bastian, esto es hermoso cariño.

– Mira, esto es lo mejor – rodea la isla dándome

una caja que había detrás de la cesta – me

preguntaron si esperaba un niño o una niña y yo les dije

que aún no lo sabía. Me recomendaron este color

crema. La mujer de la tienda me ha dicho que sirve

para los dos sexos.

– Son sus primeros zapatos, son tan pequeños

Bastian. Dulce bebé va a meter sus pies aquí, sus

diminutos pies – se me escapan dos lágrimas y

lloro

por primera vez como madre.

– Soy el primero nena – rodea la isla de nuevo para darme un beso y abrazarme – le he hecho su primer regalo, tenía que ser yo el que comprara las primeras cosas para nuestro dulce bebé. ¿Te gustan?

– Es hermoso Bastian, no lo había visto antes – se me cae la toalla de la emoción y aprovecha para rozar mis pezones – eres el mejor padre del mundo.

Beso su cara provocando que se ruborice, mi neandertal sonrojado por mis palabras.
Desenvuelvo el

lazo blanco de la bolsa pero Bastian me aparta.

– Luego nena, luego. Vístete, tenemos un largo

día y no querrás entretenerte cuando tienes una
boda

que preparar.

Le confirmo con la cabeza que tiene razón, nos

besamos y voy hacia la habitación. Me desoriento

como nunca lo he hecho, Bastian ha comprado las

primeras cosas para el bebé, ni siquiera mi madre
lo ha

hecho y ni por asomo yo tampoco. Escojo un
vestido

gris de manga larga, me queda por encima de las

rodillas pero las medias negras y las botas altas

taparan mi cuerpo, de todas formas, hoy hace un día

precioso. Me maquillo y decido ponerme el colgante

que Bastian me regaló el año pasado, es uno de mis

favoritos. Cojo el abrigo y cambio las cosas de bolso

cuando escucho ruidos en la cocina, salgo ocupada con

lo que estoy haciendo para ver que mi león está concentrado en no quemar nada. Ha puesto las cosas

del bebé en el sofá y yo dejo mi abrigo sobre el respaldo, camino hacia él sonriendo.

– ¿Desayuno? – Se da la media vuelta, ¿por qué
tiene que cocinar sin camiseta? – ¿puedes ponerte
algo

por favor? Vas a quemarte la piel.

– No apruebo tu vestido Nancy – se asoma con
la sartén en la mano y un tenedor en la otra –
tampoco

tu calzado, ve y cámbiate.

No sé porque sonrío, pero sigo ignorándole.

Bastian me devolvió anoche mi móvil y ahora
reviso

mis mails y mando algunos mensajes; hablo con
Rachel

avisándole de que vamos a ir a la tienda, no va a

creerse que vaya a casarme con Bastian. Huele de
maravilla pero me muero por unos donuts,
compraremos cuando llegemos a la ciudad. Me
acomodo sentada cuando Bastian pone un vaso de
leche con cacao como me gusta, también los
cereales,

alguna fruta cortada y un plato con kiwi. Él se
pone

delante un plato con huevos revueltos, bacon y
salchichas; también tiene dos rebanadas de pan de
molde que huelen de maravilla, ¿le ha echado
mantequilla? Empieza a comer indicándome que lo
haga también, él lo hace sonriéndome y yo
desplazo el

plato hacia él.

– Quiero comida, de hecho, quiero tú comida –
intento coger su plato pero me lo aparta.

– Ni lo sueñes nena, tienes un infierno de
posibilidades de tener una enfermedad y
transmitírsela

a dulce bebé. Nada de grasas, de hidratos y ni se te
pase por la cabeza comer nada azucarado, ¿sabes
lo

que es la diabetes? Pues yo sí, nada de dulces y
excesos de azucares en tu cuerpo. Comete tu
desayuno si no quieres que te lo dé yo.

– Eres un exagerado – me lo tomo en serio –

tengo hambre Bastian, me gusta tu comida. Dame un

par de lonchas de bacon, quiero que compremos unos

donuts de chocolate cuando salgamos, pero al menos

comparte un poco de tu plato.

Niega con la cabeza haciendo un gesto a la

comida para que empiece a comer. Suspiro en

desacuerdo por esto, pero lo dejaré pasar ya que me

voy a comer todas las existencias de las pastelerías. Sí,

donuts de chocolate y para almorzar unos perritos

calientes con mostaza. ¿Te gusta dulce bebé? Le

saco

la lengua comiéndome un kiwi bajo su radiante
sonrisa,

sabe que ha ganado la batalla pero no la guerra,
no, no

se da cuenta de todo lo que voy a comer en el día.

Terminamos de desayunar y ayuda a abrigarme

hasta el cuello, no puedo respirar pero sería una

tontería llevarle la contraria, en el coche aflojaré
el

agarre y podré respirar nuevamente. No deja de

refunfuñar lo excesivamente provocadora que voy,
que

espera que no me caiga con los tacones de las
botas y

que tirara todos los zapatos que tengo porque son un

peligro para mi embarazo. Le respondo con sonrisas y

eso le molesta más, le he mandado a trabajar hace un

rato, quiero que me deje estar a solas con mis amigas

para contarles lo de la boda y cómo quiero que sea,

pero no me va a dejar sola, me ha exigido que me

acostumbre a estar pegado a él porque este va a ser

mi futuro.

Una vez dentro del coche me desabrocho el

último botón del abrigo y él me acusa con los ojos
que

no debería haberlo hecho, incluso no enciende el
motor

del coche porque está realmente abrumado porque
me

haya dado un poco de libertad.

– No eres la única aquí señorita.

– Tengo un poco de calor cariño, no dejo de

pensar en ti, en que te he visto desayunar desnudo

–

gruñe sonriendo, le ha gustado mi respuesta, si al
final

de todo, no va a ser tan difícil domar a un
neandertal.

El día es perfecto, hace sol, la nieve que hay parece que se derrite a nuestro paso y Bastian conduce tan lento que me pone nerviosa. Me ha echado una charla sobre no conducir rápido porque no

quiere que dulce bebé se moleste, pero he tenido que

mostrarle en uno de sus libros que dulce bebé mide

igual que un fruto seco y está a salvo dentro de mí. Sin

embargo, diga lo que le diga no me hace caso, así que

decido matar el tiempo llamando a mi madre, tengo una

ligera idea de cómo decírselo a mi padre pero
necesito

su consejo.

Aflojo el volumen de la música marcando el
número de mi madre, suspiro acariciando mi
vientre

encontrándome con los ojos de Bastian que mira
descaradamente como lo hago. Amo verle tan
paternal

y aún no ha nacido nuestro dulce bebé.

– Nancy, ayer no me llamaste.

– Hola mamá. No, no lo hice, llegamos a casa y
estuvimos hablando y...

– ¿Lo sabe?, ¿se lo has dicho?

– Sí, lo sabe – le miro sonriendo y hace lo mismo, se siente orgulloso – espera mamá, que ponga las manos libres.

Coloco el móvil en el aparato que Bastian usa para hablar con Ryan, incluso me ayuda tecleando algunos botones porque no sé, al otro lado se escuchan los ruidos de la panadería.

– Hola Nadine – Bastian saluda feliz, a este paso llegará el día de mañana y no habremos llegado al centro de la ciudad.

– Enhorabuena papá, ¿estás contento?

Mi león se emociona y sonrío, casi que le veo ruborizarse de nuevo y amo verle así, acaricio su pierna para demostrarle que estoy aquí.

– Ems, no puede hablar mamá, no querrás verle llorar, es más hermoso que callado.

– No seas dura con él – me regaña mi madre –
¿estás feliz Bastian?

– Muy feliz Nadine, es la mejor noticia que he podido recibir en toda mi vida.

– ¿Cuándo se lo vas a decir a tu madre? Hablo con ella a menudo, me cuesta fingir y ocultar el secreto.

– Hoy almorzaremos en casa de mis padres, se lo diremos entonces.

– Mamá, he pensado en llamar a papá cuando llegue del taller, quiero contárselo por teléfono, que lo asimile e ir mañana a Crest Hill.

– Cómo quieras tesoro, va a enfadarse bastante.

– Bueno, he pensado también que acudiré al padre de Bastian para que le haga entrar en razón si sobrepasamos los límites del enfado. ¿Te parece?

–
Miro a Bastian y asiente.

– Yo intentaré convencerle de que ya no eres su

niña tesoro, tiene que aceptar que ya eres adulta y vas

a formar tu propia familia.

– Ah... bueno... sobre... ems, la familia...

quiero... es decir...

– Nadine, vamos a casarnos este domingo –

Bastian anuncia orgulloso y yo intento lanzar desde mis

ojos dos llamas que le quemén.

– Esa era mi noticia – muevo los labios y sube uno de sus hombros.

– ¿La boda?, ¿tan pronto?, ¿este domingo

Nancy?

– Yo, ems... sí mamá.

– Hoy recogeremos nuestras alianzas de

matrimonio – anuncia Bastian feliz y sigo abriendo los

ojos, quiero que me deje darle alguna noticia.

– Eso es estupendo – mi madre se emociona y

grita en la panadería – mi Nancy va a casarse.

– Mamá – le regaño, ¡qué vergüenza!, –

¿podrías dejar de...?

Oímos como los clientes la saludan y se alegran

por mí, inclusive le quitan el teléfono y me felicitan.

Bastian se ríe orgulloso de que mi madre sea feliz y

que todo el mundo lo sepa.

– Tesoro, tengo que seguir trabajando, llámame

luego, ¿tienes el vestido?, ¿has mirado lo azul,
nuevo y

viejo?, ¿y la celebración?, ¿la tarta?, ¿has
escogido una

buena iglesia?, ¿y las flores del centro de mesa?

Son
importantes, ya sabes cómo se pone la abuela con
las

flores, ni siquiera ama las de mi jardín.

– Luego te llamo mamá – ruego los ojos, me

estoy agobiando, tengo muchas cosas que hacer y
la

sensación de que no he avanzado nada más que con

el

novio.

– Adiós hija, cuídame la Bastian.

– No te preocupes Nadine, me encargo del bienestar de su hija y nieto.

Soy yo la que descuelga la llamada recuperando mi móvil, le quito el volumen para no tener que leer los

mensajes que mi madre me va a mandar en cuanto tenga la oportunidad. Suspiro mirando por la ventana

mientras Bastian acaricia mi pierna.

– Nena, todo va a ir bien.

– Necesito más tiempo Bastian, no haré todo lo que tengo en mente para el domingo.

– A ver, ¿por qué no lo harás? Escoge un lugar, un vestido y unas flores, cual sean.

– ¿Cuál sean? – Le miro frunciendo el ceño, se ve que este tema le divierte – no son unas flores, un vestido, un lugar o una iglesia, es todo eso por mil. Quiero que sean las flores, el vestido, el lugar y la jodida iglesia de mi vida, quiero que sea perfecto todo, me caso una vez en la vida Bastian, quiero tener tiempo para organizarlo todo.

– En vez de estar preocupada por todo eso, ¿por qué no empiezas a moverte ya?

– ¿Tú no vas a hacer nada?, ¿vas a dejarme toda la presión para mí?

– Nena, si por mí fuera en vez de llevarte a la tienda de tu amiga, te llevaría a una iglesia ahora mismo y nos casaríamos. Mira que sencillo.

– Hombres – susurro.

Subo el volumen de la música pero me pongo a pensar en la de cosas que tengo que hacer para la boda, la lista de invitados será complicada si quiero

invitar a mis amigos y familiares, Bastian va a

tener

que aceptar que habrá chicos que no conoce y que han

estado conmigo en estos últimos meses. ¿Qué ha

querido decir mi madre con las flores del centro de la

mesa? No tenía pensado ese pequeño detalle.

Llegamos a la tienda de Rachel y al entrar yo

sola sale del mostrador para darme un abrazo.

– Nancy, ¿estás bien? No me llamaste ayer, tu

madre me dijo que tuviste una invasión de los Trumper

en casa – mira que Bastian acaba de entrar y

entrecierra los ojos – dime que habéis vuelto y no

te

está persiguiendo.

– Sí, hemos vuelto – le digo feliz – para siempre.

– Hola pitbull – sonrío Bastian pasando su brazo por mis hombros y atrayéndome hacia él.

– Hola gilipollas – también le responde sonriendo.

– ¿Podéis dejar de insultaros?

– Nancy, si se lo digo con cariño – mi amiga se defiende – si es un gilipollas, le llamo como tal.

Automáticamente me giro hacia Bastian y le

pongo la palma de mi mano en su boca, no quiero que

le responda ni que empiecen a pelearse. Sé que lo

hacen cariñosamente pero en el fondo también sé que

lo hacen para fastidiarse el uno al otro.

– ¿Te quedan algunos donuts de chocolate? –

Entro en la tienda quitándome el abrigo bajo los gruñidos de Bastian.

– No, me los he comido.

– Bastian, ¿te importaría ir a comprarme algunos donuts?

– Por supuesto que me importaría, acabas de

desayunar.

Resoplo viendo a Rachel reírse, aparta algunas

cosas del mostrador y se sienta tras él para admirar

como vamos a pelear como siempre. Bastian

prohibiéndome cosas y yo cediendo ante sus

negaciones. Es un tema que le divierte pero nunca se

lo he dicho a Bastian, no quiero que la coja manía o

sea ella el centro de sus bromas, bastante tengo que

aguantar que la llame pitbull.

– Vamos a tener una conversación de chicas

cariño, ¿por qué no te subes un rato al Chase y trabajas? Enseguida voy, ¿de acuerdo? – Apoyo mi barbilla sobre su pecho y le abrazo, él sonrío.

– Proposición denegada – besa la punta de mi nariz – en realidad hemos venido aquí Rachel para contarte un par de cosas.

– ¡Bastian! – Abro los ojos, esto me pertenece a mí.

– ¿Qué ocurre Nancy? – Mi amiga empieza a sospechar algo y no muy bueno.

– Bueno, tendría que... quería decirte... estoy segura de que te alegrarás cuando...

– Nancy y yo vamos a ser padres – suelta

Bastian e intento matarle con mis ojos, si salieran rayos

laser ahora mismo estaría calcinado.

– ¿Qué? – Rachel se sorprende sonriendo.

– Y además, este domingo nos casamos –

Bastian besa mi frente y sale por la puerta – ¿de chocolate, nena?

– Sí, cariño – le sonrío falsamente ¿cómo se atreve? Miro de vuelta a Rachel que está impactada –

¿y bien?

– ¿En serio estás embarazada?

– Sí – muerdo mi labio – también nos vamos a casar, no sabes lo pesado que se ha puesto con que quiere la boda este domingo. ¿Te alegras verdad?

– ¿Qué si me alegro? – Se levanta para rodear el mostrador y abrazarme – son noticias fantásticas cariño, ¿estás embarazada de verdad?

– Sí.

Llevo su mano hasta mi vientre y se da cuenta de que no está plano. Nos sentamos en su despacho y

le cuento todo lo sucedido desde estas navidades. Ella

me dice que han comentado entre todos mi obsesión

compulsiva por comer a todas horas, que habían
hablado que era ansiedad por la ruptura, pero no
se

había imaginado que era por un embarazo.
Hablamos

durante los próximos quince minutos sobre mi
dulce

bebé y la boda; también llamo a las gemelas y les
cuento la gran noticia, han empezado a saltar de
alegría y rubia es la que más emocionada está
porque

va a ver a su amor platónico dentro de una iglesia
con

un traje y diciendo el “sí quiero” a una de sus
mejores

amigas. Todavía la tengo en el oído gritando emocionada por la noticia, Rachel está atendiendo a sus clientes.

– ¿Seré tu dama de honor?

– Afirmativo, te lo vuelvo a repetir. Me gustaría que Rachel y vosotras dos estéis conmigo en el altar.

– Voy a llorar – oigo como se pelea con su hermana por el teléfono – quiero verte, quiero tocar tu

barriga, ¿puedo comprarle cosas a mi nuevo sobrinito?

Mi hermana no se va a casar en la vida y mi novio odia

a los niños, no tendré un sobrinito hasta dentro de siglos.

– Claro que sí cariño, aceptaré cualquier regalo.

– ¿Puedo organizarte la fiesta del bebé?

– Oh, ¿no crees que es demasiado pronto?

– Quiero ser su tía favorita, tiene que saber

desde temprana edad quien es la que más emocionada

está.

– Dame el teléfono y vete a trabajar – le grita

morena y oigo como forcejean, Bastian acaba de

entrar a la tienda y se dirige hacia mí con una bolsa en

las manos – ¿Nancy?

– Si morena, aquí estoy.

– ¿Has pensado en los vestidos de dama de honor? El verde me queda horrible, ¿tengo que cambiarme el color del pelo? Ahora lo llevo más azul que negro y no quiero hacer el ridículo.

– Oh no te preocupes por eso, hasta el domingo tendremos tiempo.

– ¿Estás segura que no puedes negociar una semana más? Necesito saberlo para que me agarre el tinte.

– Espera – pongo una mano sobre el teléfono,

Bastian me pone enfrente de mí un miserable donut de

chocolate, ¿sólo uno?, – Bastian, me preguntan las gemelas si hay posibilidad de retrasar la boda una semana más.

– No – niega y se pone a mirar el móvil.

– Este domingo será – le contesto y se ríe.

– ¿No está de muy buen humor?

– Cuando se trata de retrasar la boda, no –

muerdo el donut sonriendo a mi prometido que me ignora completamente, sabe que hablamos de él y no

muy bien.

No tardo en comerme el donut, Bastian

responde con monosilábicos a las preguntas de las

gemelas, me susurra que no dejan de pelearse por

hablar con él y no lo entiende. Ni siquiera yo
entiendo

como he acabado embarazada y a punto de
casarme

con el hombre más caliente del planeta. Le dejo
que se

entretenga un rato y salgo al mostrador para hablar

con Rachel, le pido consejo sobre lo de trabajar una
una

vez que pase la boda y si debería decírselo a
Bastian o

esperar. Ella me contesta que disfrute esta semana con

los preparativos de la boda y que ya tendré tiempo,

miro desde aquí a mi hombre que no deja de leer los

papeles de la mesa del despacho con el teléfono en la

oreja.

Nos pasamos toda la mañana en la tienda de

Rachel, finalmente, Bastian ha decidido poner sus

facturas al día mientras nosotras hablamos de nuestras

cosas. Al final me ha dejado una libreta de super

héroes para empezar a apuntar la lista de bodas,

los

invitados, las cosas que necesito y lo más importante;

me ha aconsejado que no me agobie porque aún me

quedan cuatro días más. Le saco la lengua cerrando la

libreta cuando veo a Bastian concentrado en lo que hace.

– Luego continuaré, ¿estás segura que mañana por la tarde quieres cerrar la tienda?

– No me perdería la prueba de tu vestido ni por todo el dinero del mundo.

– El jueves por la noche haré una cena en casa,

espero que Alan se lo tome bien. Se lo dirás hoy sin

falta, ¿no? Temo que Bastian vaya a dar algún comunicado oficial anunciando la boda y el embarazo.

– Alan estará feliz por ti, no te preocupes.

Mañana ya quedamos para la cena, ¿va a ser formal o

informal?

– Quiero que solo estén nuestros amigos más íntimos. Te quiero enseñar lo que Bastian le ha comprado a dulce bebé – ladea la cabeza acariciando mi barriga.

– Nena, ¿te queda mucho? Se nos hace tarde para el almuerzo.

– Cuando quieras.

Me divierto al despedirnos de Rachel porque incluso ambos se dan la mano y sonrían, eso son avances. Una vez que se asegura que el cinturón de seguridad está bien abrochado y que tengo el abrigo

apretado hasta la garganta, rodea el coche y al meterse dentro ve que me he quitado el abrigo.

– Nancy – me frunce el ceño.

– Eres tú, me has puesto caliente al verte tan concentrado con las facturas. No me culpes.

Miro por la ventana evitando que me hable de nuevo cuando pone el coche en marcha. No me dura

mucho mi ignorancia porque empiezo a contarle todo lo

que he apuntado en la libreta, está de acuerdo en todo

ya que es lo que deseo. Le comento que me agobia la

idea de planearlo en tan poco tiempo pero él no me

dice nada y me aconseja que contrate a una

organizadora de bodas. No, no lo haré, es mi boda y

quiero prepararla yo.

Bastian conduce más lento de lo normal,

acabamos de tener una conversación sobre los testigos

de la boda y su traje. Se niega rotundamente a ir solo o

con mi madre y su madre, dice que no aguantaría estar

separado de mí y de dulce bebé. De momento, he

dejado que piense que le acompañaré también,

necesito apoyo de mi madre y de mi suegra para

convencerle que no quiero ver su traje hasta el día de

la boda. Él dice que es una tontería y yo le digo que es

tradicción.

Margaret nos espera en la puerta de la casa

cuando Bastian aparca rodando los ojos, dice que es

una inepta al salir en nuestra busca.

– No seas duro con ella, ¿de acuerdo? Me quiere y yo a ella, vive con ello.

– Si, lo acepto, pero no es necesario que nos espere en la puerta y que ni siquiera me deje aparcar.

– Hablando de aparcar – señalo con la mano hacia delante, tengo a Margaret a punto de abrirme la

puerta – casi te estrellas con el coche de Sebas.

– Es una advertencia para hacerle saber que no

me gusta su coche, verá que lo he golpeado y lo cambiaré por otro.

– Bastian – le miro quitándome el cinturón – no seas así, deja a las personas que tengan el coche que quieran. Que por cierto...

– ¡Ni hablar! – Pone un dedo sobre mi boca ayudándome a colocarme el abrigo, no sabía que iba a

decirle pero se lo imagina – abróchate más Nancy, no seas una...

– ¿Quieres dejar de agobiarme? Hace sol, no hace frío y tengo calor.

– Madre, espera un momento – grita a su madre

y esta le frunce el ceño agachándose para que la vea

por el cristal.

– Hola Margaret – le saludo desde dentro

abriendo la puerta, Bastian refunfuña porque he salido

sin que él me haya abierto.

– Nancy, ¿qué haces?

Nos abrazamos moviéndonos un poco porque le

ha hecho feliz de que viniéramos, me ha dicho que no

esperaba nuestra visita, que como mucho nos vería en

dos o tres semanas porque Bastian me secuestraría para él solo. Empieza a bombardearme con comentarios sobre la comida, como nos sentaremos y cuando Bastian llega a nosotras, su madre le da una palmada en la nuca.

– Madre – le frunce el ceño.

– No me hables en ese tono jovencito y mucho menos a Nancy. Este calor va a matarnos, no es normal que en enero tengamos este tiempo.

– He leído que es porque los polos se están derritiendo. Me muero de hambre Margaret, ¿qué has

cocinado más a parte del asado de carne?, – digo felizmente abrazándome a su madre y entrando en la

casa – vamos cariño, no te quedes atrás.

Bastian nos alcanza marcando territorio y separándome de su madre, se encarga de llevar mi bolso porque me ha regañado susurrando en mi oído.

Su madre acaba de entrar en la casa por delante de nosotros y ya está gritando a sus Trumper para que vengan a saludarme.

Sebastian es el primero en aparecer.

– Bastian, he tenido que cancelar mi vuelo a

Nueva York por este jodido almuerzo familiar – se cruza de brazos encarándole – ¿qué mosca te ha picado? Ya sabemos que estás con Nancy, no hace falta que vengas a restregarnos tú puta felicidad cuando los demás trabajamos. No nos llueven los millones del cielo.

– ¡Sebastian, habla bien! – Le regaña Margaret adentrándose en la cocina.

– No me jodas, has hecho dos coma tres millones de dólares este mes y aún no ha acabado. Me

parece que puedes permitirte el faltar a tu cita en Nueva York. ¿Dónde está Sebas?

– Con padre en su despacho. Ha tenido un problema en el Senado.

– ¿Sí? – Miro a Bastian asintiéndole con la cabeza.

– Ve con ellos, iré a ayudar a tu madre en la cocina.

– ¿Segura? – Oímos a Sebastian de fondo burlándose de su hermano – no quiero dejarte sola, ya

he faltado esta mañana mientras te compraba el donut

y no quiero abandonarte de nuevo.

– Cariño, piensa que quiero tener otro momento

de chicas con tu madre.

– No te acerques al fuego ni a nada que pueda cortarte, ¿entendido? – Afirmo moviendo la cabeza,

pasa una mano sobre mi vientre y se agacha para darle

un pequeño beso – quiero verle la cara.

– Yo también – muerdo mi labio, ¿podrá ser lo más bonito que vaya a ver de Bastian?

Acaba por dándome una palmada en el trasero cuando me alejaba y rápidamente se acerca para disculparse por dulce bebé. Entro en la cocina con una

sonrisa y mirando que Margaret está liada con la

comida. Siento a Bastian detrás de mí.

– Madre – dice muy serio y pone su brazo sobre mi hombro.

– ¿Sí?

No, no va hacerlo otra vez.

– Bastian se va con su padre y hermanos al despacho – le acaricio el pecho orgullosa y empujándole.

Margaret frunce el ceño y la miro como está

analizando a su hijo, ¿se ha convertido en una Trumper

como sus hombres?, ¿actuaré yo de igual manera cuando lleve años casada con Bastian?

– Madre, Nancy está embarazada y nos casamos este domingo.

– No – hundo mis hombros.

Sí, lo ha vuelto a hacer.

CAPÍTULO 9

Bastian deja salir el aire orgulloso y yo ruedo los ojos. Se siente satisfecho por haberme robado el derecho de haberle comunicado la noticia. Es la tercera vez que lo hace pero no habrá una cuarta.

En una distracción con mis pensamientos no he visto venir a Margaret y la tengo pegada a mí rodeando sus brazos en mi cuerpo bajo las constantes

negaciones por parte de Bastian.

– Madre, que la agobias. Está embarazada de dulce bebé.

– Estoy tan feliz – por fin pone ambas manos en mis hombros sonriéndome – ¿es en serio?, ¿os vais a casar?

– Sí, madre.

Mi prometido infla sus pulmones de aire, agarrándome y arrastrándome contra él. Su madre le ignora y no deja de mirarme; yo me he quedado sin palabras, tenía pensado contárselo delicadamente pero

Bastian es un aguafiestas.

– ¿De verdad vas a casarte con mi hijo?, ¿vas a darme un nieto?

– Madre. Yo también he aportado algo – gruñe

Bastian a mi lado y Margaret le golpea.

– Cierra la boca. Dime Nancy, ¿es de verdad o una broma?

– Ems... – miro a Bastian quien asiente en mi dirección, ¿cómo se atreve ahora después de haber dado él la noticia? Miro de vuelta a Margaret sonriéndole – de verdad Margaret.

Paso mi mano por mi vientre y Margaret da dos

pasos hacia atrás mirándonos sorprendida. De repente,

escuchamos pisadas que se acercan y me temo que la

familia Trumper va a enterarse de que vamos a ser dos

más en la familia. Voy a ser una Trumper.

Muestro mi gran sonrisa bajo la estupefacción

de la madre de Bastian. Ha cogido una de mis manos y

la tiene atrapada entre las suyas, no me va a dejar sola

tampoco y tengo que empezar a ser flexible con los

Trumper y sus reacciones efusivas.

– Por fin – susurra – no me lo puedo creer,

esperaba tanto este momento que me parece un sueño.

– Oh Margaret, no lo es. Ya verás que dentro de nueve meses te haremos abuela.

Los ojos de Margaret brillan como los de Bastian. Me acabo de dar cuenta que la humildad y sencillez que a veces caracteriza a mi neandertal viene

de su madre, tan profundos y expresivos que no necesita palabras para exteriorizar cómo se siente.

– ¿Qué ocurre? – Sebastian entra en la cocina acompañado de dos sombras que se quedan a su espalda porque se ha parado.

– Vamos a...

– Nancy está embarazada y nos casamos este

domingo – Bastian ha puesto su mano en mi boca y le

acabo de morder. Sonríe porque me la ha jugado otra

vez.

– Bastian, gracias por...

– ¿En serio? – Sebas entra en la cocina y se

acerca a darme un abrazo, a su hermano no le ha gustado.

– Eh, tú – Bastian empuja a su hermano –

aléjate de ella, es mía.

– Ya sabía la noticia imbécil – le gruñe en

respuesta y retrocedo un paso abriendo los ojos
porque

Bastian me acaba de quemar con los suyos – no es
lo

que piensas.

Sebas se disculpa tan pronto se da cuenta que

mi neandertal me está abrasando con su mirada, se

interpone entre él y yo tapándome, yo decido
correr

detrás de Margaret y abrazarla.

– Esto se va a poner interesante – la sombra del

padre de Bastian ya no está y Sebastian se sienta
en la

silla de la isla, admirando la escena.

– ¿Se lo dijiste a él antes que a mí, Nancy? –

No le veo pero me impone el mismo respeto como si lo

tuviera delante de mí.

– No, por supuesto que no. Ya te dije que solo lo sabía mi madre.

– ¿Lo sabía tu madre y no me lo ha contado? –

Ahora Margaret es la que se separa de mí extrañada.

– Madre. Hazme palomitas – gruñe riéndose Sebastian.

– ¿Cómo sabes que estaba embarazada? –

Bastian da un paso enfrente retando a su hermano –
¿osas a decírmelo en mi cara?

– Bastian, no dramatices – avanzo hasta ellos,
no quiero que se peleen por una miserable tontería
– él

se dio cuenta, solo eso. Sabía que comía
demasiado,

que estaba más gorda y...

– Estás más gorda – reitera Sebastian riéndose,
yo le devuelvo la mirada ahorcándolo con mis
propias

manos en mi mente.

– Y simplemente fue una observación, solo eso.

Acaricio el vientre de mi prometido, no deja de

retar en un desafío a Sebas que tampoco da un paso

hacia atrás. Defendería su argumento aunque fuera lo

último que hiciera en su vida. Intento relajar a Bastian

y subo la palma de su mano a mi vientre, parece que

entra en un estado de calma cuando le miro a los ojos

y le comunico que todo está bien.

– ¿Vais a pegaros o no? – Oigo el sonido de la mano de Margaret en la nuca de Sebastian – madre,

¡mierda!, cada día estás más fuerte.

– Así que Bastian, tú has sido el primero. Te lo prometo.

– Te lo acabo de decir, no es lo que parece – reitera Sebas.

Bastian sigue con el ceño fruncido a pesar de todo y yo relajo mis hombros. No sé para qué me meto, van a estar así por el resto del día si es necesario. Una vez dejaron de hablarse en una cena y

al día siguiente habían olvidado todo, Margaret me aconsejó que ella no se metía en sus asuntos porque

son como bebés grandes. Pero me siento mal, no

quiero que Bastian lo esté y menos hoy, ya ha
tenido

suficiente corriendo esta mañana y dejando a un
lado

las prescripciones médicas.

– Bueno, aquí os quedáis – me alejo de ellos –

Margaret, mi madre está deseando hablar contigo
de...

No me deja terminar la frase cuando me abraza,
balanceándose de un lado a otro, está emocionada
y

llorando.

– ¡Voy a ser abuela! Mi hijo se va a casar, ¡por

fin!

Sebastian acaba dando un grito de alegría y nos abraza a las dos.

– ¡NO LA TOQUEÍS! Está en peligro, –

Bastian se acerca a mí alejándome – ¿estás bien?

Me mira de arriba abajo preocupado, incluso

sudando y analizando si hay algo anormal en mi cuerpo

porque sea abrazada por su familia. Oh, no. No. No y

no. Sus ojos llegan hasta mi entrepierna y los vuelve

hacia los míos. Le frunzo el ceño entrecerrándole los

ojos y retándole a que lo haga si se atreve. Sí, lo hará.

Bastian lo hará aquí delante.

– Estoy bien, – susurro – ni se te ocurra hacer lo que estás pensando.

– Necesito saber que dulce bebé está bien – me susurran chocando sus dientes, odia que le lleve la contraria pero no va a pasar su mano por mi entrepierna para confirmarle si sangro o no.

– Bastian – dice Margaret agarrándome del brazo, su hijo no cede con su agarre – deja a mi nuera,

ella está bien. Cariño, tenemos que hablar. ¿Para cuándo la boda?, ¿este domingo? Mi tía no puede venir

desde Suiza en dos días, hay que avisarla ya.

¿Habéis

pensado en la iglesia?, ¿los invitados?, ¿la tarta?,

¿qué

vestido vas a llevar Nancy? Tengo unas revistas

que

quiero que mires, vas a amar lo que hay dentro.

Abro los ojos asustada. Tengo mucha presión

encima y aún no me hago a la idea de que tengo

que

preparar una boda en menos de cuatro días.

– Yo... ems...

– Madre, se va a desmayar – añade Sebastian

divertido.

– ¡CIERRA LA BOCA! – Bastian le regaña –
ven Nancy, siéntate, no estás bien y necesitas
descansar.

– Estoy bien.

– Descansar del sexo duro que le darás –

susurra Sebastian y corre cuando Bastian le
persigue.

Ambos salen de la cocina y aprovecho.

– Por favor tenéis que ayudarme, – me dirijo a

Sebas y Margaret – tenéis que convencerle de que

aplase la boda. Necesito algo más de unos días
para

prepararla y se ha empeñado en que nos casemos
el

domingo.

– ¿Por qué la quiere el domingo? – Sebas me mira serio con el ceño fruncido.

– No lo sé, quiere que sea la Señora Trumper el domingo y no me va a dejar tranquila. Tenemos que convencerle y a mí no me escucha.

Miro a Margaret orgullosa, tiene algunas lágrimas en los ojos y le acaricio con mi brazo.

– Se puede planificar una boda en unos días si trabajamos en equipo – sonrío y le miro extrañada.

– ¿Estás de su parte?

– Lo siento Nancy. He deseado tanto verle en el

altar, con una esposa, con una mujer que le ama y
ahora que ha llegado el momento no quiero
retrasarlo

más. Y estás embarazada, es mi sueño hecho
realidad.

Margaret se aleja emocionada y miro a Sebas.

Está analizando la puerta con el ceño fruncido,
miro al

mismo lugar y veo a dos sombras acercarse.
Bastian

entra con el pelo revuelto, su hermano detrás y por
último el padre de Bastian. Parece ser que los ha
regañado y a mí me da por sonreír.

– Cariño, ¿lo sabes ya? – Dice Margaret a su

marido. Bastian se acerca a mí buscando consuelo y

se lo doy acariciándole.

– Lo sé. Enhorabuena Nancy y bienvenida a la familia.

– Oh.

Siento unas hormigas viajar por mi cuerpo hasta sentir como caigo al suelo.

Abro los ojos y tengo la boca seca, sigo sonriendo y puedo ver a Bastian asustado.

– Nena – susurra.

– ¿Se ha despertado?

– ¡DEJADNOS EN PAZ! – Bastian grita y

niego con la cabeza, ¿dejará él de gritar algún día?

– ¿Hola?

– Nena, ¿estás bien?, ¿te encuentras mejor?

– Sí, ¿qué ha pasado?

– Te has desmayado. La médica ha dicho que es normal, ha sido una bajada de tensión. Lo siento tanto, todo por mi culpa.

– ¿Qué? No ha sido por tu culpa. Estoy bien, de hecho, hace un momento estaba de pie y ahora no – intento levantarme.

– No futura Señora Trumper. No vas a moverte.

– ¿Puedo acercarme? – Dice Margaret.

– ¡No!

– ¿Puedo entrar yo? Querrá ver a un hombre atractivo como yo cuando se despierte – ríe Sebastian

en algún lugar.

– Madre, como no te encargues de tu hijo lo voy a matar.

– Sebastian – susurra Margaret – id a la cocina y encargaros de que llegue la comida.

– ¿Qué ha pasado?

Repito de nuevo. Intento levantarme pero

Bastian vuelve a resistirse, estoy sobre una cama en

una habitación desconocida llena de trofeos y fotos de

coches. Bostezo pero no tengo sueño, lo último que

viene a mi mente es el recuerdo del padre de Bastian

dándome la bienvenida a la familia. Sonrío por eso, mi

suegro me quiere en la familia.

– Nancy – Bastian se ve muy perdido, me concentro en su bienestar.

– Cariño, estoy bien. ¿Ha... ha venido un médico?

– Médica. Sí. Se acaba de ir. Me ha dicho que

te diga que tienes que hacer reposo absoluto, que te

dejes aconsejar por tu futuro esposo y que no hagas

ningún movimiento fuera de lo normal. Por lo tanto tienes que...

– Oh Bastian – me levanto finalmente

ganándole la batalla. Busco por mis botas bajo las exigencias de mi novio retándome a que no lo haga.

– ¡No! Nancy, ¡joder!

– Margaret, – grito y le doy un beso a Bastian –

estoy muy pero que muy bien amor. Te quiero tanto que hasta duele. Dulce bebé y yo queremos comer,

me

siento muy emocionada por todo y solo ha sido un pequeño desmayo.

– ¿Un pequeño desmayo?

– Margaret – la llamo de nuevo.

– Has jodidamente muerto y renacido. ¿Qué

pasa con dulce bebé? Da gracias a que no te he

llevado al hospital y que la doctora estaba por la zona.

Me ha dicho que tienes que ir urgentemente a que

vean como está dulce bebé.

– Deja de mentirle Bastian – entra Margaret en

la habitación – ¿cómo estás?

– Sinceramente estoy muy bien. Me siento un poco débil porque tenemos hambre – acaricio mi vientre – pero estoy bien. ¿Está la comida hecha?

– Hemos pedido la comida. No me ha dado tiempo a terminar de cocinar. Bastian, déjala respirar.

La doctora ha dicho que todo está bien Nancy, no te

preocupes.

– No entendéis nada de embarazos – Bastian retrocede en desacuerdo mientras termino de ponerme

los zapatos – no sabéis nada. Ella está en máximo riesgo hasta el segundo trimestre. Puede perder a

dulce bebé.

– ¡La comida! – Grita Sebastian.

– Ve. Ahora bajamos – le susurro a Margaret.

– Está bien. Te guardaré las alitas de pollo antes de que mis hijos las devoren.

Me guiña un ojo y se va dejándonos a solas. Mi león enfurecido está más enfurecido que nunca, aunque más que eso, está perdido y yo no se lo estoy

poniendo nada fácil. Es primerizo al igual que yo y teme perdernos, nada de eso va a pasar. Necesitamos

tener la conversación que aún no hemos tenido y

pronto llegará. Me acerco a él cogiendo sus
manos, las

aprieto y las beso para después acercarme a él.

– Bastian, te prometo que estoy bien. Es normal
que...

– Las náuseas matinales, los desmayos, las

bajas defensas y toda la mierda que pasa en el
primer

trimestre. Pero no me digas que estás bien porque
no

lo estás.

– Necesitamos hablar de lo que va a ocurrir en
los próximos meses, pero no lo hagamos aquí.
Cuando

lleguemos a casa te prometo que tendremos una
larga

conversación. Estoy sometida a muchas emociones
y

presiones, es mejor que...

– No vamos a aplazar la boda. Domingo – me
gruñe arrastrando mi cuerpo hacia el suyo para
fundirnos en un abrazo – ¿de verdad que estáis
bien?

– Muy bien, perfectamente. Queremos comer y
mucho.

– Mi madre no me ha dejado pedirte una
ensalada – frunce el ceño cuando le doy un beso en
la

boca.

– Tu madre es inteligente.

– Te ha pedido comida que no deberías comer.

– ¿No le has preguntado a la doctora si podía comer normalmente?

– No. Solo me ha dicho que tengas reposo absoluto en la cama y que obedezcas a tu futuro esposo.

Se ríe apretando fuerte mi cabeza a su pecho para que no tenga derecho a ningún tipo de réplica.

Esbozo una gran sonrisa yo también, deshaciéndome

en millones de pedazos cuando pone su mano

sobre mi

vientre, me aparto de él mirando la escena tan hermosa que Bastian me regala.

– Está feliz cuando tocas mi vientre – nos miramos – deseo que pase el tiempo para que crezca y sepa que su padre está cuidándole desde muy pequeño.

Tengo a Bastian en el bote. Relajado. Feliz.

Radiante. A punto de cometer la locura de querer hacer el amor en esta habitación, miro hacia un lado

observándola y le vuelvo a mirar pero cuando voy a

hacerlo ya tiene su mano dentro de mis bragas,
escarbando a su merced hasta llegar a su objetivo.
Cuando saca la mano ve que no hay nada, giro mi
cuerpo alejándome de él.

– Nena.

– Vete a la mierda, Bastian – digo abriendo la
puerta y saliendo.

– Nena, necesito saberlo para poder respirar.
Saber que dulce bebé está a salvo.

– Y lávate las manos.

Bastian me persigue ignorando que estoy
enfadada cuando a mitad de pasillo me coge en
brazos

y vuelo en el aire cuidando de que no se me vea nada.

Tiene el ceño fruncido y está refunfuñando palabras

que no logro entender. Pedirle que me bajara sería como hablar con una pared, así que cedo por esta vez,

como casi siempre, dejándome llevar hasta la cocina.

Sí, él hará que hagamos el ridículo nuevamente delante

de su familia. Menos mal que mi suegro me quiere en

la familia.

Veó pasar a cámara rápida el almuerzo si no

llega a ser por las constantes prohibiciones por parte

de mi prometido y la continua charla de Margaret

sobre la boda y el bebé. Mi madre ha llamado, ellas

dos se han puesto a hablar y a planear mientras yo me

dejaba engatusar por una conversación varonil con el

resto de los Trumper. No he entendido muy bien el problema de Sebas en el Senado pero se ve grave,

Bastian ha dicho que luego hará algunas llamadas y

que le mantendrá informado.

En algún momento de la tarde nos hemos

sentado todos en el jardín aprovechando el buen día.

Bastian ha puesto mantas sobre mí y se ha encargado

de darme los dulces necesarios que necesito, yo ya me

he mentalizado de cuál va a ser mi futuro al lado de

este hombre. O estás con él, o contra él, y la segunda

opción no es una opción. Me dejo mimar por mi león,

sé que está esperando a que le replique para batallar

conmigo si hiciera falta, pero a veces le dejo que tome

el control para que no se sienta excluido cuando estamos con otras personas. Sé que está mucho más

sensible, que tiene la necesidad de cuidarme más de lo

normal ya que estoy embarazada, pero en ningún momento ha puesto como prioridad a nada ni nadie que

no seamos dulce bebé y yo. Me derrito cada vez que le

dejo meterme una galleta en la boca, cada vez que mastico y trago; mi prometido me susurra lo mucho que me quiere.

Margaret se pasa horas y horas hablando con

mi madre, parece ser que tienen planeado como va a

ser mi boda. Le he enseñado la lista que he hecho con

Rachel esta mañana y se lo han tomado a broma, las

dos han empezado a decirme que aunque es

respetable, no es perfecto. He llamado a mi amiga

para que entrara en la conversación y hemos pasado

más tiempo intercambiando teléfonos que haciendo avances.

El sol se está poniendo y Bastian ya me ha

dicho que no tardaremos en irnos. Tenemos cita con la

ginecóloga y ya me ha susurrado que está nervioso,
piensa que es su primer cara a cara con dulce bebé
y

teme que haya algo malo. Mis cuñados se fueron
hace

rato y mis suegros están adentro, estoy abrazada a

Bastian y no me quejo nada, me pasaría horas y
horas

así.

– ¿Cuántos minutos? – Susurro.

– Once – gruñe nervioso.

– No te quejes tanto. Tú la conoces, yo no.

Todo irá bien, solo es una revisión normal. Eso sí
– le

miro frunciéndole el ceño – que no se te olvide preguntarle todas tus dudas. Verás cómo te dice que

puedo tener una vida normal.

– Eso ya veremos, Señorita Sullivan, futura Señora Trumper y prometida mía.

Me besa dulcemente sacando su lengua y dándose una fiesta con mis labios.

– ¡Eso no va a pasar aquí! – Viene Margaret y ambos nos reímos – Nancy, tu madre dice que luego la

llames para ver lo que ha dicho la Doctora Weinn.

– De acuerdo, luego la llamaré.

Me reincorporo sentada buscando mis botas que me las he quitado antes, cuando las veo Bastian es más rápido agachándose para ayudarme a ponérmelas.

Ni eso me deja hacer sola y se lo agradezco, porque

mis vistas desde aquí son más que exquisitas. Tengo la

intención de tener un poco de sexo pervertido, como

anoche, sí, en el sofá, atada o vendada. Quiero algo

que pueda apagar esta llama que lleva meses

encendida. Miro como sus dedos largos abrochan los

escasos cordones y la cremallera; los mueve tan bien,

sus dedos en mi interior serían mucho mejor. Me mira

y sonrío cuando la voz de Margaret me distrae de nuevo.

– ¿Me estás oyendo?

– ¿Ems? Sí, sí. Ya la llamo yo.

– No. Te decía que me confirmes mañana la

hora para la prueba del vestido. Tu madre viene por la

mañana, lo mejor sería antes del almuerzo, te refrescas

y por la tarde retomamos ya que...

– Madre – gruñe Bastian levantándose – deja de agobiarla. Mañana será otro día.

– ¿Por qué no os quedáis?

– Porque pretendo llevarme a mi Nancy a la cama más temprano que tarde. Ha sido un día largo y está cansada.

A veces, solo a veces, adoro cuando decide por mí sin consultarme y estando yo presente.

– Margaret, debo de decir que tu hijo tiene razón. Prometo tener en cuenta vuestras opiniones, pero estoy deseando llegar a casa.

– ¿No queréis que vaya? Puedo servirlos de

ayuda. Quiero ver la cesta que Bastian ha comprado

para el bebé.

– Otro día, madre.

Bastian la besa en la cara y nos guía hacia la puerta. Me abrocha el abrigo y debo de decir que se lo

agradezco porque ha refrescado bastante y yo me siento como si estuviera dormitando. No me molesta

nada de lo que me hace. Oh, ¿puede que esté más cerca de ser una Trumper que una Sullivan? Porque

cada día entiendo más a este hombre, es mi neandertal

eterno.

Nos despedimos de Margaret porque su marido está en el despacho al teléfono, la tranquilizo y nos repite una vez más lo orgullosa que está de la noticia.

Bastian está de su lado, ambos están en mi contra cuando he propuesto una semana más para planificar

la boda, pero excepto Sebastian, me he visto sola con

todos los Trumper en mi contra.

Bastian discute con todo el mundo una vez que llegamos a la consulta de la Doctora Weinn. Estoy viendo una revista escondiéndome de ser vista

porque

mi prometido exige que se nos vea
inmediatamente.

Hay un hombre que ha salido de una de las salas y
está regañándole porque no quiere que él me
atienda

mientras la doctora termina con una paciente. Doy
por

hecho que está actuando tal y como es, en parte lo
adoro, pero estas no son formas de actuar cuando
hay

gente delante. Muestro una leve sonrisa a una
mujer

dejando sobre la mesa la segunda revista que no he
llegado ni a mirar.

– Tiene un mal día – justifico los gritos de
Bastian.

Tras quedarse satisfecho una vez que ha
conseguido hablar con la doctora, se sienta a mi
lado

poniendo su brazo sobre mis hombros y
acercándose

a él. Muestro un gesto de amabilidad a la mujer
que

debe de estar a punto de dar a luz y escondo mi
cabeza en su cuello, le acaricio suavemente

procurando que se relaje ya que su corazón late
con

mucha fuerza.

– Se va a retrasar unos minutos – dice

finalmente y le miro sonriendo.

– No lo sabía. Ni yo, ni todo el edificio.

Me responde apretándome más contra él y

frunciéndome el ceño, está discutiendo consigo mismo

sin ninguna razón aparente.

Unos minutos después nos avisan de que

entremos a la consulta. Bastian sigue refunfuñando

mientras yo me río sacando del bolso los papeles de mi

médico, he discutido con él porque no me deja llevarlo

en la mano pero he ganado esta pequeña batalla.

Dice

que no debo de coger peso y que voy a escuchar a la

doctora como me lo dice. Al entrar nos recibe una señora no muy mayor, su sonrisa es radiante y se está

levantando para ir a dar un abrazo a Bastian.

– Bastian, qué alegría verte. Enhorabuena – se abrazan y me atrae junto a él.

– Es mi prometida Nancy, en unos días será mi esposa, la Señora Trumper.

– Enhorabuena querida. Me sorprendió tu llamada, sabes que me he jubilado y solo vengo para

ocasiones especiales.

– Me alegro de que nos hayas podido atender –

Bastian me ayuda a quitarme el abrigo y yo le dejo los

papeles sobre la mesa.

– Y bien, sentaros. ¿Qué tal está la mamá?

Ha nacido un hormigueo en mi vientre cuando

ha pronunciado la palabra mamá, dentro de poco

tendré a dulce bebé llamándome mamá y ese día seré

la persona más feliz del mundo.

Nos sentamos en frente de la doctora cuando

comienza a preguntarme sobre la visita a mi médico,

está revisando los papeles y tecleando mis datos en el

ordenador. Mi prometido no se pierde ninguna de mis

palabras ni de la doctora, no quiere que le excluyamos

por ser hombre y tampoco quiero hacerlo. Aprieto su

mano con cada respuesta pero se ha quedado mudo,

ella bromea cuando él era pequeño y venía con su

madre cuando estaba embarazada. Ambos acaban

bromeando sobre Sebastian y la cabeza que tenía

cuando nació, Bastian no recuerda mucho pero si

bromea sobre su hermano lamentándose de que no

esté presente para golpearle el trasero.

El tiempo pasa rápidamente cuando me doy

cuenta que hemos empezado un calendario de visitas

que debo seguir durante el embarazo, son más visitas

de las esperadas. La doctora ha explicado a Bastian

que sería normal si segrega un poco de sangre en el

primer trimestre, también le ha informado una y otra

vez bajo mi insistencia que puedo llevar una vida

tranquila y plena. Mi momento vergonzoso en la

consulta ha sido cuando Bastian le ha preguntado a

la

doctora si nuestra vida sexual pervertida puede dañar a

dulce bebé, he tenido que mirar al móvil como si alguien me estuviera llamando.

Con mi cara de mil colores tras una leve

explicación de las posturas sexuales que no dañan a

dulce bebé, me siento feliz levantándome cuando

damos por finalizada esta primera visita pero Bastian

pone su mano sobre mi brazo frenándome. Quiero salir

de aquí para olvidar esta última parte sobre el sexo

pervertido que ha salido de los labios de mi prometido.

– ¿Algo más? – Ella rueda los ojos, me ha dicho que no ha cambiado desde que era un niño pequeño.

Tan insistente.

– ¿Puede andar en esos tacones tan altos? –

Me señala levantándose el pie. Ya ha hecho algo parecido cuando quería que la doctora tocara mi piel

por si dulce bebé tenía frío.

– Bastian, te vuelvo a repetir. Puede hacer una vida normal. No puede montar a caballo o hacer deportes de riesgo, pero puede andar en tacones

altos.

– Define altos.

– Cariño – acaricio el brazo de Bastian – ya la has oído. Puedo hacer mi vida normal, puedo ir en avión, puedes correr con el coche, puedo saltar e incluso hacer cosas que nunca haría.

– No haga caso a mi prometida, doctora – me frunce el ceño ignorándome – si puede sangrar y su embarazo está en alto riesgo, ¿por qué no es necesario

que esté todo el día metida en la cama? Su vida normal

no se vería afectada.

– Porque todos los embarazos serían de alto

riesgo entonces – se ríe de él, la verdad es que tiene

mucha paciencia – estar en la cama no sería tan sano

Bastian. Imagina que la sangre no circula, no le llegan

los movimientos al bebé, acaba reconociendo que su

madre está apática, tendría depresión y el bebé nacería

muerto. Tendríamos que hacerle una cesárea y morirían los dos.

Sonrío tapándome la boca con mi mano para

que Bastian no vea que estamos llegando a un

punto

en el que nos ponemos a su altura. Se ha quedado blanco escuchando todo esto, pero no es bueno que discuta con la doctora sobre lo que él ha leído y debatirle sus años de experiencia por un simple artículo en un portal digital.

– Dulce bebé nacerá sano – le reta enfadado.

– No lo dudo Bastian. Ya te he explicado que los análisis que leo aquí dicen que todo está correcto.

El bebé está bien, como me has dicho, mide unos milímetros y aún está en crecimiento. Deja que pase el

tiempo y verás como todo sale bien.

– ¿Qué hay de la cesárea? Me has dicho que es una opción si el bebé no sale por el canal del parto,

¿por qué? Nosotros no queremos cesárea.

Ni siquiera me mira, ¿no queremos cesárea?,

¿desde cuándo hemos decidido que quiero para el día

de mi parto? Le estoy dejando que hable con ella y que

exprese sus dudas, doy gracias a la doctora que está

de mi parte y le contesta apropiadamente para

calmarle y hacerle saber que estaré bien. De momento

dulce bebé está sano y me muero porque sea diez de

septiembre, día en el que nos convertiremos en padres.

Me distraigo mirando el despacho y vuelvo a la conversación tan pronto veo a Bastian discutir con la

doctora, esta vez por algo más serio.

– Bastian, no sirve de nada. Solo se veía el vientre.

– Quiero una jodida ecografía ahora. Necesito saber que mi dulce bebé crece bien. ¿Y si te has distraído con alguno de esos números del análisis?

Tienes una edad en la que a lo mejor te confundes.

Además – Bastian me observa encontrándose con una

cara aburrida – también queremos unos análisis nuevos

y una segunda opinión.

La doctora abre la boca y acaba riéndose como yo. Me veo en una clínica ingresada por los próximos nueve meses.

– Cariño – le susurro.

– No Nancy, no cuando se trata de dulce bebé.

Tenemos que saber que está sano y salvo. Además, el

diez de septiembre es una fecha aproximada, no sabemos cómo está si no entramos ahí y le vemos.

– La doctora acaba de explicarte que las ecografías serían para...

– No. No quiero esperar tanto. Dulce bebé

vendrá en septiembre y tenemos que asegurarnos de

que esté bien, – mira a la doctora – análisis y ecografía.

Suspiro por la desesperación que Bastian me provoca. Ha sonreído cuando la doctora le ha dicho

que podemos tener una vida sexual normal pero no es

capaz de aceptar que los análisis están bien y que estamos sanos. Ella se levanta mirándome y pidiendo

mi consentimiento, le asiento con la cabeza porque no

me queda más remedio que tranquilizar a mi

neandertal, pero se va a enterar cuando lleguemos a casa.

Minutos después Bastian se fija en como una enfermera saca sangre de mi brazo, incluso le ha apartado la mano porque creía que tenía suficiente y ha tenido que llenar otro bote con más sangre aún.

Hemos intentado que se marche o espere sentado pero está comprobando que todo vaya como él dice. La

Doctora Weinn ha traído la máquina para la ecografía

y está montándola, Bastian discute con la enfermera y

masajea mi brazo. ¿Va a ser siempre así? No por favor, espero que solo sean los nervios de la primera

visita, me muero de vergüenza si monta una escena cada vez que le plazca. Saludo a la enfermera despidiéndome de ella cuando la Doctora Weinn me

indica que me tumbe.

Tengo que reconocer que yo también quiero ver a dulce bebé, pero no se lo voy a decir a Bastian en la

vida. Su ego crecería y le daría más poder del que tiene, me basta con ilusionarme por el hecho de que

voy a ver en una pantalla como mi dulce bebé
crece en

mi interior.

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir ya que está
discutiendo, esta vez porque me ha puesto
demasiada

silicona en la barriga, ya ha discutido porque me
he

tenido que levantar el vestido y bajarme un poco
las

medias, pero para él está siendo un infierno el
verme

aquí. Se da cuenta de que estoy callada y deja a la
doctora con la palabra en la boca mientras miro a
la

pantalla.

– Vamos a ver al bebé, a ver si lo encuentro –
susurra guiñándome un ojo.

– Nancy – giro la cabeza y lo veo – ¿estás
bien?, ¿te mareas?

– Estoy bien.

– No, no lo estás. Doctora, puede marearse de
nuevo.

– Te he dicho Bastian Trumper – suspira por la
desesperación y sin mirarle – que es normal que se
desmaje, que vomite y que tenga la necesidad de
comer a todas horas.

– Pero mírela, está blanca, más de lo normal.

– Vamos a ver si encuentro al pequeño – sonrío

pasando el aparato sobre mi barriga – ¿queréis un niño

o una niña?

– A mí me da igual – susurro, el suspiro de

Bastian hace que me caliente la nariz, está

prácticamente encima de mí viendo la pantalla.

– ¿Y el padre? – Ella se ríe porque se ha

quedado callado, le miro acariciando su cara.

– El padre está a punto de gritarte y decirte

ciega porque no encuentras al bebé – me río y ella

hace lo mismo.

– Sería un milagro si lo encontrara, es

prácticamente imposible con apenas unas semanas de

gestación.

– Cariño – susurro, responde besando mi nariz.

– No me distraigas. Quiero ser el primero en ver a dulce bebé.

– ¿Quieres un niño o una niña? – Le pregunto divertida.

– Te quiero a ti y a dulce bebé, no me importa lo que sea – se distrae por un momento para darme un beso tierno en la boca.

– ¿Ves porque lo amo doctora? – Le digo

divertida.

– Creo que tengo tres puntos sospechosos. Pero no estoy segura de cuál puede ser dulce bebé.

La

Doctora

Weinn

señala

sus

tres

probabilidades sobre la vista de dulce bebé pero no veo

absolutamente nada, solo tres manchas negras. Oh,

dulce bebé, ¿por qué no te muestras ahora y así

papá y

yo nos quedamos tranquilos? Saca tres fotos de los tres puntos y decide terminar bajo las continuas presiones por parte de mi prometido, me ayuda a vestirme mientras sigue discutiendo con ella. Solo se

calma cuando nos da nuestros papeles donde van incluidas las tres fotos.

– Y no te quejes, tienes más de lo que puedo darte. Ese de ahí es tú bebé – ella debió jubilarse hace

años, creo que estará en plena batalla con Bastian por

los próximos meses.

– Dulce bebé – susurra sacando las ecografías, analizándolas.

– Muchas gracias Doctora Weinn – le doy la mano.

– Encantada de conocerte y siento mucho lo de su prometido.

– En el fondo es adorable – Bastian gruñe

porque nos está oyendo – muchas gracias por decirle

que puedo tener una vida normal, que los mareos y

vómitos son normales, que puedo tener una

alimentación como habitúo y que mi temperatura

corporal es la adecuada para mi bebé.

– ¿La has escuchado Bastian?

– No suelo hacerlo – bromea y le golpeo el brazo en respuesta.

– Ya has escuchado a tu chica. Vida normal, alimentación normal y darle los caprichos que quiera –

me guiña un ojo – ¿para cuándo es la boda?

– El...

– Este domingo.

¡Cómo no, Bastian tuvo que decirlo! Estoy

deseando contar la noticia a alguien que no lo sepa.

– Enhorabuena a los dos.

Bastian ya cierra la carpeta cuando se ha

quedado satisfecho mirando las fotos de dulce bebé,

estoy deseando que me deje verlas y analizarlas por mí

misma. Si lo hago ahora no me dejaría que lo hiciera,

estoy segura de que va a enmarcar las fotos como ya

me ha dicho mientras me ayudaba a vestirme.

Por fin salimos de la consulta, el frío en Chicago

aprieta fuerte y ahora se ha levantado una brisa fresca

que hace querer meterme dentro del coche. Sin

discusiones ni palabras, sorteamos a la gente hasta

llegar al coche. Una vez dentro, Bastian se asegura de

que esté bien y cuando lo hace, agarra mi cara con sus

manos dándome un beso que recordaré en un mucho

tiempo. Apoya su frente contra la mía e intento quitarle

la carpeta pero me da un pequeño golpe.

– Eh, déjame ver a dulce bebé.

– No. Eres tan irresponsable que romperás y

arrugarás las fotos. Son para mí – me regaña riéndose

porque acabo por quitarle la carpeta para abrirla y ver

las fotos – no las toques que las manchas.

– Oh Bastian – ignoro sus palabras, miro a la ecografía – no veo nada.

Niega con la cabeza explicándome exactamente

lo que ya sé, tres puntos que pueden ser dulce bebé

pero que no estamos seguros de si lo es o no. Aun así,

nos quedamos un buen rato admirando las fotos, nos

reímos y comentamos como será dulce bebé una vez

que crezca. Hablamos sobre su actitud en la consulta

pero me responde que la próxima vez será peor, que

pediremos una segunda opinión siempre y cuando
no

sea un hombre. Pone el coche en marcha
adoptando

una velocidad más normal, ya no vamos más
lentos,

creo que la Doctora Weinn le ha quitado muchos
de

sus miedos y siendo egoísta, me preocupaba que
no

quisiera tener sexo pervertido en nueve meses.
Ahora

que sabe que todo estará bien, quiero llegar a casa
y

que me haga rugir como una leona.

Pasamos por un restaurante porque hemos

decidido llevar la comida a casa en vez de cenar aquí.

Esperamos por nuestro pedido mientras me abrazo a

él, me responde dándome algunos besos en la cabeza,

le miro a los ojos y le hago sonreír cuando una voz

ronca carraspea detrás de él. Su gesto cambia y se

gira con el ceño fruncido, echo un vistazo de quién es

cuando me encuentro con la sonrisa impecable de Neil

Evans.

– Hola Bastian, – sonrío mirándome – señorita.

Bastian intenta ocultarme detrás de él pero no le

dejo, esta vez me coloco a su lado con la cabeza en

alto, no quiero que me excluya incluso si nos encontramos con gente que no queremos ver. Ambos

no se llevan bien, Neil intentó robarle unas acciones a

Bastian para ilegalizarlas y hacer negocios en negro, le

chantajeó con hacer públicas las aventuras de El

Sótano y tuvieron una fuerte discusión. Desde hace un

par de años no se hablan como antes, se soportan

porque Ria era su intermediaria y les pidió a los dos

que mantuvieran las posturas cuando se encontraran.

El afán de Neil por tener esas acciones le llevó a jugársela más de una vez y a recibir una paliza por parte de mi novio, pero Bastian no se lo toma en cuenta y los dos fingen saludarse cuando hay terceras

personas. Definitivamente odio a los Evans cada día

más, me dan asco. Y más sabiendo que Molly ha caído

en las redes de este patético.

– ¿Qué haces aquí?

– Tranquilo Trumper – levanta la mano

saludando a unos hombres que están en una mesa –
he

venido a cenar con unos socios.

– Bien – responde dándonos la media vuelta y
arrastrándome con la mano hacia la barra.

– He oído tus aventuras en los clubs – sonrío
con el ceño fruncido – que habías vuelto a fumar y
a

tener una vida un tanto... ¿cómo diría?, particular.
Si

sabes a lo que me refiero.

Bastian

aprieta

mi

mano,

me

intenta

sobreproteger escondiéndome delante de su cuerpo

pero sé que está nervioso. Oh no, mi neandertal ha

tenido un día muy estresante y no voy a dejar que le

haga daño. Me giro encarando a mi hombre y me

niega con la cabeza, los dientes plastificados de Neil no

dejan de deslumbrarme y yo odio que se salga con la

suya.

– Ha dejado de fumar – aparto a Bastian como

puedo – si es lo que te preocupa.

– Él sabe a lo que me refiero.

– No, no lo sabe – le frunzo el ceño.

– Nena – presiona sus dientes enfadado – no entres en su juego.

– El ganará si huyes – le susurro – no tienes nada que ocultar, ¿verdad?

– Nada – ahora es él quien me frunce el ceño – sabes lo que he hecho en el tiempo que hemos estado

separados. ¡Demonios, pregúntale a mi madre, a Ryan

y a cualquiera que me haya visto!

– Confío en ti – divisó que Neil no se ha movido, está esperando por Bastian.

– A estas alturas deberías.

Acaricio su brazo calmándole. No me he

separado de Bastian en todo el día y confío plenamente

en el hombre que tengo junto a mí, sé que no hace nada malo y que los Evans solo quieren provocar para

que no seamos felices. Beso sus labios.

– ¿Confías en mí?

– No cuando te da un tic en el labio inferior. Eso quiere decir que harás algo que no me gustará.

Aparto a mi novio escabulléndome de su cuerpo protector cuando me encaro con Neil. Sigue con sus

manos en los bolsillos y sonriendo, él me analiza de

arriba abajo y Bastian no tarda en colocarse a mi lado

para agarrarme de la cintura.

– Neil. Si has venido a provocar a Bastian, no obtendrás tu propósito.

– ¿Qué propósito? Le comento lo que me dicen, quiero preocuparme por su salud. No quiero que le de

otro infarto y tengamos una desgracia – le sonrío y

Bastian abre la mano sobre mi vientre, está protegiendo a dulce bebé de él.

– Gracias por tu preocupación, pero es innecesaria – le abrazo en complicidad.

– ¿Dónde estabas tú, Nancy? Me preguntaba si habíais vuelto otra vez. Me dijeron que te habías ido a

Crest Hill y lo habías abandonado.

Frunzo el ceño levantando una ceja. ¿En serio?

Miro a Bastian que está a punto de matarle si es necesario, su respiración es fuerte y le doy un golpe

para que reaccione. No se mueve.

– Está bien Neil, deja de actuar como si fuésemos idiotas.

– Nada más lejos de la realidad, Sullivan – esta vez Bastian da un paso adelante porque Neil le está mirando y provocando.

– Neil – le nombro y obtengo su atención sonriéndome.

– Señorita Nancy Sullivan.

Me río porque se cree que voy a entrar en su juego, yo no, pero Bastian está a punto de matarle como siga sonriendo y jugando a llamarme así.

– ¿Puedes comunicarle algo a las dos zorras

que te informan? – Le cambia la cara borrando la estúpida sonrisa que tenía – escoge la forma más delicada o brusca que conozcas y ponle un orinal a tu

hermana cuando les digas que Bastian y yo vamos a

casarnos. Sí, me convertiré en la Señora Trumper más

pronto que tarde y además, añade una guinda al pastel

y reitera en repetidas ocasiones que estoy embarazada.

– ¿Qué? – Neil se sorprende frunciendo el

ceño, no le ha gustado lo que he dicho y sabe que no

miento.

– Exactamente lo que estás oyendo, los intentos nefastos de tu hermana por apartar a Bastian de mí no

han dado resultado. ¿Ves esto? – Le enseñó el diamante que seguro ha visto en otras ocasiones – es

mi anillo de compromiso y pronto tendré mi alianza de

casada. ¿Me ves realmente? Estoy gorda porque gesto

en mi interior a un bebé. Sí, una feliz noticia que quiero

que restriegues a esas dos malditas zorras en su cara.

Ahora aléjate de nuestra vista y ve a darle el parte a

esas dos.

– Nena – me gruñe Bastian en advertencia

porque acabo de dar un paso adelante.

– Y como vuelvas a buscar una forma de joder

a Bastian, a mí o a los que nos rodean, no me quedará

más remedio que acabar contigo, con tu hermana y

con tu novia. ¿Te queda claro?

– ¿Es cierto? – Neil mira a Bastian confirmando

algo que sabe que es verdad.

– Estás ante la futura Señora Trumper, creo que

mi prometida te ha dejado un mensaje bastante claro.

Bastian aprieta su agarre cuando me arrastra hacia él de nuevo. Me sonrío dándome un beso en la cabeza mientras vemos a Neil debatirse entre la verdad y la mentira, pero sigue la mano de Bastian cuando acaricia mi vientre una vez más delante de sus ojos. Suspira tragándose el aire con orgullo y volviéndolo a expulsar.

– Para vuestra información, llevo tiempo sin ver a mi hermana y a Molly solo me la follé por interés.

Así que las informaciones van a un fondo vacío. Si me permitís.

Se va con la cabeza agachada sorteando las mesas hasta sentarse en una donde algunos hombres

de origen filipino le esperan con una sonrisa en la boca.

Bastian me gira para besarme en los labios, cohibe mis movimientos cuando hace que mi espalda

choque contra la barra del restaurante.

– Señores – la voz de la camarera nos alerta y

Bastian no deja que separe nuestros labios – el pedido

estará en unos minutos. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

Me río con los ojos abiertos, él no los abre y sigue concentrado en mantenerme cerca para besarme. La camarera desiste de nuestro ataque de amor en público al retirarse.

– Bastian – balbuceo intentando escapar de sus labios – Bastian, hay gente.

– Mía.

– Tuya y de todo el restaurante como no me dejes respirar. Dulce bebé necesita a su madre viva.

Gruñe frunciéndome el ceño. Se agacha

delicadamente para dar un beso en mi barriga, coje el

abrigo colocándomelo sobre mi cuerpo.

– Hace calor.

– Viene la camarera con la bolsa, es hora de irnos.

Le doy un último vistazo a Neil que está

concentrado en la conversación, alejado de nosotros y

sin ningún tipo de remordimiento. Bastian pone una

mano en mi espalda dirigiéndome hacia la puerta.

Bastian conduce rápido a casa, tiene una mano

sobre mi pierna y yo se la toco, no decimos nada

al

respecto sobre Neil porque no merece la pena.

Ambos

sabemos el tipo de gente que nos vamos a encontrar

en el futuro, juntos somos más fuertes de lo que él

piensa y espero que esta noche haya estado orgulloso

de mí.

Nos acomodamos una vez que llegamos a casa,

le escucho enfadarse a lo lejos porque se han olvidado

algo en el restaurante. Cuando termino de ponerme

uno de los pijamas favoritos de Bastian, aparezco en el

salón y le veo concentrado en sacar la comida para ponerla sobre la mesa. Es, tan, guapo.

– ¿Debería llamar a mi padre?

– Sería lo correcto. Y siéntate ya, no debes de hacer esfuerzos.

– ¿Ahora o cuando cene?

– Cuando quieras. No nena, no hagas nada, ¿es que no me ves que te estoy poniendo la servilleta de

papel en tus firmes y duras piernas?

Me sonrío porque me acaba de dar un repaso

para ver si dulce bebé y yo estamos bien. Sí, ha metido

su mano dentro de mí para asegurarse de que
estamos

bien y dice que lo seguirá haciendo diga lo que
diga. Le

dejo que se encargue de poner las cosas sobre la
mesa, yo pienso en cómo voy a decirle a mi padre
que

en menos de un mes he pasado de estar separada
de

Bastian a estar embarazada de él y casarme este
domingo. Robo una patata frita pensando en cómo
voy

a decirle a Bastian que deberíamos casarnos una
semana después, en cuatro días tengo que tenerlo
todo

listo si nos casamos el domingo y no me queda tiempo.

– Bastian. Voy a llamar a mi padre ahora y

quisiera decirle que no me caso el domingo, si no otro

día. No puedo organizar una boda en apenas cuatro días.

– Si puedes – me frunce el ceño – Nancy,

tenemos diferentes opiniones con respecto a la boda.

Estoy a tu entera disposición, quieres iglesia y me voy

a casar por la iglesia aunque vaya en contra de mis ideales eclesiásticos.

– ¿Qué tienes en contra de las bodas en la iglesia? Yo quiero casarme en una iglesia bonita. Tal vez en una catedral.

– Mi madre nos obligaba a ir cuando éramos pequeños y odio a los curas. Fin de la historia.

Mi neandertal tiene un trauma con la iglesia.

Cenamos

en

silencio

ignorando

muchas

conversaciones que quería tener con él, pero

supongo

que deberíamos darnos un respiro después del día,
que

aunque parezca que no, ha sido más completo de lo

que creía. Bastian salió a correr esta mañana y no
le

debo de dar más disgustos.

Bromeamos con un programa de televisión

cuando suena mi móvil, es la melodía que tengo

memorizada para mi madre. Me levanto para sacar
el

aparato del bolso.

– ¿Si?

– Nancy, no has llamado.

– Iba a hacerlo ahora. Estamos reposando la cena, pensé que estabais cenando.

– Acabamos de hacerlo sí. ¿Quieres hablar con tu padre? – La pregunta la susurra más de la cuenta.

– Sí.

Bastian me indica que me siente a su lado y lo hago para dejarme abrazar por él con ambas manos,

yo bebo de mi botella de agua esperando a que me padre coja el teléfono.

– Todo va a ir bien – susurra Bastian.

– Nancy, ¿qué es lo que quieres decirme?

– Ems, ¿qué?

– Tu madre ha dicho que quieres hablarme de algo.

– Ah sí – aparto los brazos de Bastian porque me agobio, no es fácil decirle a tu padre que voy a avanzar lo máximo que se puede con el hombre al que

odia – tengo que contarte algo muy importante para mí

y espero que lo entiendas.

– Ya veo – gruñe al otro lado y oigo a mi madre regañarle.

– Estoy embarazada.

– ¿Qué?

– Voy a tener un bebé con Bastian.

– No es posible – subo una ceja, lanzando un cojín a Bastian porque se está riendo.

– Sí, papá. De hecho, habíamos pensado en casarnos también. Bastian quiere hacerlo pronto, digamos que... ems... este domingo.

– ¿Este domingo?, ¿estás embarazada y te vas a casar este domingo? – Grita.

– Papá, sé que no estás de acuerdo pero espero que entiendas que he escogido a Bastian como compañero de vida y que... – me levanto para andar

alrededor del sofá – vamos a tener un bebé. Vas a ser

abuelo.

– ¿Es una broma?

– No papá. ¿Te acuerdas estas navidades como me veías vomitar? Estaba embarazada.

– ¿Por qué no me lo dijiste antes?

– Yo... estaba... quiero decir... ya sabes que...

bueno... – Bastian me quita el móvil de la mano mientras forcejo con él.

– Señor Sullivan, soy Bastian. No culpe a su hija por la nefasta decisión de comunicárselo a través del

móvil – me mira sonriendo y arrugo mis labios en respuesta, ¿cómo se atreve? – Debo de decirle que entre nuestros planes estaba la visita en Crest Hill mañana, pero su hija se ha empeñado en llamarte ahora mismo porque se moría de ganas por hablar contigo. Perdón, usted. Sí. No, iba a llamarle. Se lo

prometo. No se enfade. La amo. Está en perfectas condiciones. Es normal, es su madre. Acabamos de

comunicárselo a mi familia también. Sí. Hace un rato.

No, no es el último.

Me siento culpable. Le he dejado para el final

porque pensaba que era el que peor iba a reaccionar.

– Dame el móvil Bastian.

– Entendido, le paso a su hija. Gracias Señor Sullivan. Le paso con su hija.

– ¿Papá?

– ¿Va a ser definitivo?, ¿es el único hombre al que vas a tener?

– Sí.

– Estas embarazada, no puedes ir por ahí con unos y con otros – cierro los ojos negándole y pensando que Bastian me mataría si en un futuro nos

divorciamos y tiene que verme con unos y con otros.

Sería adulterio para él – porque un marido es para toda

la vida. ¿Estás segura?

– Estoy segura.

– ¿Y porque este bastardo quiere la boda el domingo?

– Porque piensa que el domingo tendremos a toda la familia junta.

– La abuela está en el pueblo y es mayor. No sé si puede viajar.

– Estoy segura de que encontraremos la manera

de que pueda.

Mantengo una charla normal con mi padre

sorprendiéndome bastante. Me aconseja sobre lo que

debo y no debo hacer en el matrimonio,

preguntándome una y otra vez si estoy segura al

respecto. Le hace ilusión ser abuelo pero no le ha

gustado que no le dijésemos mi madre y yo la noticia,

que contara con ella para planificar cosas de la boda a

sus espaldas. Le convengo de que estos días han sido

muy completos para mí, me sincero hablándole que lo

de Mike y la reconciliación definitiva con Bastian
es

más presión de la que puedo manejar. Acaba
comprendiéndome, justificando su actitud con mi
prometido porque no le cae bien, pero intentará
enterrar el hacha de guerra.

Estoy tumbada en el sofá cuando veo aparecer
a Bastian, ha recogido la mesa y ya ha apagado las
luces. Está mirando la guía en el canal de
películas,
ahora toca relajarnos un poco después de este día
intenso.

– ¿Venís mañana? Tu madre no deja de

preguntarlo.

– Se supone que Margaret y ella han planificado mi día de mañana. Quieren que vea algunos vestidos

de novia y supongo que mañana vendréis vosotros.

Tengo una boda que planificar y no tengo nada

decidido. Si puedes faltar al taller te lo agradecería, te

necesito aquí como a mamá.

– Ya veré como lo hago. ¿Estás bien?, ¿te trata bien? Deberías llevarte la escopeta.

– Estamos bien, ha sido un día agotador –

Bastian me consume más energía de la necesaria –

mañana hablamos.

– Cuídate hija y enhorabuena de nuevo. Estoy feliz por ti si tú lo estás.

– Gracias papá, es importante para mí oírte decir eso.

Cuelgo la llamada y por fin Bastian me arrastra hacia su cuerpo. Se tumba colocándome encima y besando mis labios, desde que la doctora le ha regañado y dado consejos de que debe de actuar normal, el acurrucarnos en el sofá se ve más romántico de lo normal. Lo necesitaba después de este día agotador.

– Lo ha aceptado – sonrío besando mi frente.

– Sí, lo ha hecho y me alegro. Mi madre le ha ayudado mucho a avanzar, ya sabe que no soy una niña, que ya voy a tener un bebé y a casarme.

Le saco mi lengua bromeando, mirándole porque no me lo creo, realmente voy a ser madre y a casarme

este domingo. Este domingo me casaré con Bastian.

Me mira de vuelta, sigue jugando a cambiar los canales de televisión.

– ¿Qué?

– Una semana más, por favor.

– Nancy, soy permisivo. Sabes que esta mañana nos hubiéramos casado en cualquier iglesia, te hubiera

comprado un vestido blanco, te llevo de la mano al altar y decimos el sí quiero delante de un cura muy feo. Fin de la historia, casados y nos evitamos todas las

mierdas que conlleva una boda.

– Bastian, no hables así. Una boda es algo inolvidable.

– Te equivocas. Tú, haciéndome un striptease es inolvidable. Una boda no.

– Si no quieres casarte no lo hagas – me siento

en el sofá alejándome.

– Quiero casarme contigo, nena. Comprende mi

postura, odio las iglesias y los curas. Para mí,
entrar en

una iglesia y dejar que un hombre vestido de esa
forma

certifique mi casamiento es un suplicio. Pero lo
haré

por ti, porque para ti es importante y porque te
quiero

ver de blanco, con un vestido y saber que dulce
bebé

está dentro de ti. Eso lo haré inolvidable.

Le pongo morritos acabando entre sus brazos de
nuevo.

Pensé que odiaba las bodas porque ya tuvo una,
o algo parecido, si se le puede llamar boda, pero
me he
dado cuenta que no es así. Odia las bodas por la
iglesia, por el cura y por todo lo que conlleva el
proceso, esto me tranquiliza porque en ningún
momento me ha obligado a casarnos de otro modo
que
no sea como el que deseo. En parte entiendo que
quiera verme de blanco y caminando hacia el altar;
tiene razón, él se basta conmigo nada más y yo
estoy
preocupada en saber cuáles serán los centros de
las

mesas, debería ser feliz con él queriéndome como
su

esposa. Yo, lo único que deseo es casarme con él,
me

da igual cómo, cuándo y donde sea. Sí, porque esta

semana acabaré siendo la esposa de Bastian
Trumper

y eso es lo único que deseo realmente, saber que
mi

vida como su mujer empezará este domingo.

– Quiero casarme contigo Bastian y este

domingo será un día perfecto.

– Lo será siempre y cuando asistas a tu propia

boda y no te olvides de que estaré esperándote en
el

altar.

Le miro pasando mi mano por su vientre, beso su cuello y ronronea como un león.

– He comprendido que el único valor que le das al matrimonio es el real, el que debería darle yo. Estoy

bajo presión y vas a tener que perdonarme muchas cosas estos días, quiero que sea perfecto aunque solo me baste con tenerte a ti.

– Nena – besa mi cabeza – sé que las mujeres le dais mucha importancia a las bodas, por eso me caso contigo, porque es lo que deseas y lo que tu

deseas, yo también lo deseo.

– Yo te deseo a ti, pero quiero que nuestras familias y amigos se sientan a gusto el día de nuestra

boda. Las sillas, las mesas, el menú, la orquesta, todo

eso es secundario. Solo quiero poder decirles a todo el

mundo que seré la Señora Trumper.

– Vas a ser la Señora Trumper aunque estén cayendo una lluvia de meteoritos sobre la faz de la Tierra. Nadie va a fastidiar el día de nuestra boda, tú

harás cosas de chicas preparándola y yo me encargaré

de darte lo mejor. Si quieres iglesia, ahí estaré, si quieres menú, lo comeré, pero no voy a retrasar más el

momento de casarnos porque no puedo vivir sin que

lleves el apellido Trumper.

– Si nos casamos la semana que viene nuestra

boda será más perfecta aún – arrugo la cara por si cuela.

– Buen intento, – besa mi cabeza – nena, vamos

a relajarnos porque presiento que mañana será un

largo día y no quiero perderme ninguno de los detalles

ya que no me dejas hacer la digestión.

– Vaya, y yo que quería tener sexo pervertido.

Ronronea apagando la televisión. Me arrastra de uno de mis tobillos hasta que mi espalda está sobre el sofá, empieza a hacerme cosquillas y yo a escabullirme de su agarre porque me tiene atrapada.

Remuevo mi cuerpo ahogándome en las carcajadas que mi hombre me provoca, cuando empiezo a toser porque creo que me voy a ahogar para y se coloca encima de mí.

– Así que sexo pervertido, ¿eh? – Empuja su erección sobre los pantalones de mi pijama.

– ¿Cómo estas ya...?

Es verdad, está excitado y ni siquiera hemos hecho nada.

– Eres tú y tus pezones los que no dejan de provocarme durante toda la cena. ¿Qué te creías?, ¿qué estaba preocupado porque te mancharas? No, te

he puesto la servilleta en las piernas para no hacerlo en

el cuello de tu pijama y así deleitarme con estas dos

joyas que piden a gritos mi boca – muerde ligeramente

uno de mis pezones.

– Eso se siente, bien.

– Dime, ¿qué quiere mi nena?

– Te quiero a ti, desnudo, dentro de mí y ahogándote en mí placer.

– ¿Sexo pervertido? – Pregunta besándome por el cuello.

– Sexo pervertido y romántico después.

– Levántate – es imposible concentrarse cuando muerde mis pezones – vas a conocer cuántas burbujas

hace el jacuzzi.

CAPÍTULO 10

– Por favor, Bastian. Sé lógico.

– He dicho que no. ¿Cuántas veces voy a tener que repetírtelo?

– Hasta que digas que sí, – rubia me sonrío orgullosa – piensa que es algo que completa la boda.

– ¡Nancy no va a tener una despedida de soltera! Ya no lo repito más.

Bastian recoge su copa vacía marchándose a la cocina entre gruñidos de desesperación, al levantarse

azoto su culo entre risas y a la vez regañando a rubia.

Desde que ha entrado por la puerta, no ha dejado de

insistir en que debería tener una despedida de soltera y

de pelear con la negación de Bastian. Yo ya me he

hecho una idea de que no voy a tener ninguna

despedida de soltera, que Bastian tampoco tendrá una

y que estas últimas horas han pasado tan lentas que lo

único que me apetece es casarme con el hombre del

que estoy enamorada.

Esta noche quería preparar una cena para

nuestros amigos más íntimos; han venido los hermanos

de Bastian que no dicen más de dos palabras sin

gruñir,

las gemelas, Rachel sin Alan porque está
trabajando y

el novio de rubia que tampoco habla ni interviene
en

nuestras conversaciones. El resto están ocupados o

trabajando, pero nos han confirmado que se
apuntan a

la boda y que están deseando acariciar mi barriga.
Oh

dulce bebé, hay mucha gente que te quiere aquí
afuera.

El día de ayer fue terrible en todos los sentidos.

A primera hora aparecieron mi madre y mi suegra

cargadas de energía, positividad y de ideas para la boda. Me están volviendo loca. Se supone que tienen

que ayudarme, pero están montando la boda del siglo

añadiendo más presión de la que necesito y

haciéndome preguntas sobre si debería ponerle perlas

decorativas a la tarta. Resulta que mi madre se va a

alojar en un hotel junto con Margaret hasta el día de la

boda, dice que me necesita y que no quiere molestar

en casa, automáticamente mi suegra la ha secuestrado

para ella sola y ahora planean mi boda en la habitación

de un hotel.

Bastian, jugando a buscarme ropa, se topó con el retrato que le debía de regalar en Navidad y se enfadó bastante. Me bloqueé de tal forma que no me

dio tiempo a explicarle que era un retrato para él, tuvo

que llamar a la amiga de Rachel para que le confirmara que me había dibujado solo en su presencia

y que no había nadie más que nosotras dos. Estuvo sin

hablarme casi toda la mañana, gracias a nuestras

madres que me distrajeron porque mi prometido no dejaba de gruñirme en mi oreja sin separarse de mí. Al

final, acabé haciéndole entrar en razón y le busqué los

jersey navideños que compré para él, no tardó en ponérselos, y le expliqué que junto con la alianza que

tiene como eterno, eran mis regalos de Navidad.

Estaba tan feliz que al medio día echó a nuestras madres para que pudiéramos dar rienda suelta a

nuestra pasión, me enfadé con él porque era

inapropiado tener sexo echándolas de ese modo, pero

pronto entendí su posición cuando mis gemidos se hicieron dueños de toda la casa.

Mañana es viernes y aún no tengo nada.

Bastian me llevó a una joyería y escogimos juntos nuestras alianzas de casados mientras dejamos a nuestras madres en la tienda de vestidos de novias.

Otro problema, el vestido de novia. Ayer me probé cientos de ellos, y me gustan todos, no puedo escoger

ninguno porque todos son bonitos a su manera y a la

vez no son tan perfectos. Margaret y mi madre

estaban contentas, a lo largo de la tarde Rachel se unió

y morena un rato después porque salió antes del trabajo. Todas me decían que estaba preciosa y que mi

barriga no crecería en unos días, pero yo no me veía

guapa con ningún vestido porque tenía la sensación que

no era lo suficiente para el día de mi boda. Entre ellas

y los gritos de Bastian porque se negaba estar al otro

lado de la tienda, mi día culminó con la presencia de mi

padre que acabó discutiendo con Bastian porque me

había dejado embarazada.

He dado gracias al día de hoy cuando he abierto los ojos ya que me he levantado tarde y he descansado

bastante. Bastian ha echado a nuestras madres de casa porque ve que están volviéndome loca y él no deja de discutir con ellas. Yo ignoro cada cosa que me

dicen, si quieren flores blancas o violetas que las pongan, si quieren perlas decorativas en la tarta allá

ellas, yo he denegado mi implicación sobre cada detalle

tan pronto leí una lista con más de ciento cincuenta puntos importantes que tenía que resolver como

prioridad. La iglesia está siendo otro de mis grandes

problemas, las tres que me gustan están ocupadas y reservadas para el domingo, estoy a la espera de la

confirmación de una de ellas por una posible cancelación del bautizo que tenían previsto para la hora

que yo quiero.

Bastian está comportándose excepcionalmente.

Nunca había imaginado que su tranquilidad y paciencia

serían necesarias para mí. Aunque se enfade conmigo

o me grite, su única prioridad en estos días de

locos

somos dulce bebé y yo. No se olvida de que me tome

mis pastillas, masajea mis piernas y se cerciora de que

no estoy teniendo ningún aborto ya que sigo en riesgo.

Oí algo sobre que debo de regalarle algo al novio y no

tengo ni idea de que regalo hacerle, él es mi regalo y

con que esté a mi lado me conformo, pero tengo en mi

lista de prioridad absoluta comprarle algo a Bastian y

no sé qué voy a comprarle.

Hoy hemos pasado el día visitando a algunos amigos de Bastian, su segunda familia que le ha acompañado tantos años de lucha, algunos con los que coinciden en el gimnasio y otros en común. Hemos decidido que no vamos a hacer invitaciones de boda a pesar de lo que digan nuestras madres, les mandaremos un mail con el lugar y la hora de nuestra boda a nuestros amigos y familiares para que así tengan confirmación directa por nuestra parte. Hemos almorzado con Trevor y su chica Nella, iban a recoger

al niño del colegio y hemos aprovechado para
conocerla un poco más. Están felices por nosotros,
por

la boda y el embarazo, Nella es una mujer
increíble y

hemos congeniado muy bien. Todo estaba yendo
normalmente hasta que Bastian ha empezado a
discutir

con Trevor sobre mi reincorporación al trabajo,
quiere

que contrate a otra persona porque no voy a
trabajar

nunca más. En ningún momento Trevor ha dicho
nada

porque sabe cómo es Bastian, solo me ha
aconsejado

que deje el trabajo a las chicas para que no se me acumule todo.

Antes de comprar la cena de esta noche

Bastian me ha llevado a la tienda de trajes para que

escoja uno para él. Hemos discutido porque me negaba

a escogérselo y él me ha amenazado con aparecer en

sus Calvin Klein como no lo eligiera, al final ha ganado

como la mayoría de las veces y he cedido señalando

tres que me gustan bastante. He intentado hacer lo mismo con el catálogo de trajes de novias, pero

me ha

ignorado cuando he abierto la página donde se encuentran algunos de mis favoritos. He captado el mensaje, él quiere que yo le escoja su traje de novio

pero sin embargo no quiere escoger el mío, porque para mí prometido con todos estoy perfecta.

La verdad es que todo iba bien, nuestras madres se han mantenido en silencio desde que Bastian las regañó y el día de hoy ha pasado entre amigos y distrayéndome de que me voy a casar este domingo.

Claro, que todo iba bien hasta que las gemelas han

propuesto la despedida de soltera. Al principio era

divertido porque creía que solo querían molestar a

Bastian, pero ya se han encargado de mirar un club

propiedad de Bastian para que mañana por la noche

vayamos a divertirnos. La despedida de soltera ha

hecho que mi novio se pase de mal humor durante toda

la noche, hace un rato ha empezado a reír y a relajarse

cuando me he sentado encima de él susurrándole que

no iba a ir a ningún lugar mañana. Sebastian no ayuda

mucho, él dice que si nosotras tenemos despedida de

soltera, él también la tendría y una de verdad. He

imaginado a chicas desnudas bailando delante de él y

se me han quitado las ganas de querer salir mañana

con mis amigas. Si hacemos algo, definitivamente será

los dos a la vez.

– Bastian, si quieres venir puedes hacerlo –

añade morena – es uno de tus clubs, ¿dónde está el

problema?

Mi prometido vuelve a sentarse y yo sobre él,

Sebastian separa demasiado las piernas y ocupa

casi

todo el sofá pequeño en el que estamos sentados
los

tres.

– Cariño, explícales a las incultas de tus amigas
que estás embarazada.

– Ems, chicas, estoy embarazada – bromeo

bebiendo de mi copa llena de zumo – así que me
es

imposible asistir a mi propia despedida de soltera.

– ¿Ves? Ella no quiere – Bastian sonrío

relajándose. Amo cuando está así, siendo él
mismo, sin

tener el control y obsesionado con mi bienestar.

Estoy

aquí, ambos lo estamos, es lo único que necesitamos.

– Chicas, os he dicho que era imposible que dijera que sí – añade Rachel.

– Claro, porque mañana te vas al hockey con

Alan y no quieres faltar a tu cita de los viernes –
rubia

le saca la lengua.

– Eh, eso no es así. Yo iría a la despedida de soltera de Nancy, ¡con los strippers! – Me guiña un ojo

y Bastian me gruñe.

– Tranquilo amor, lo dice para meterse contigo.

Mañana no iré a ningún lado – acaricio a Bastian –

Sebastian, podrías echarte un poco más para tu derecha y así poder encajar aquí.

– No – su voz ronca es severa y no se mueve.

– No tiene piedad ni con una embarazada –

Rachel le recrimina.

– Si tanto te molesta cédele el sitio donde tu culo gordo está sentado.

– Sebastian – le regaño y él me ignora.

– No te preocupes Nancy, tiene complejo de gordo. Ya sabes, no hay más que mirarle.

– Para tu información, estoy plagado de

músculos. Sabrías lo que es si la grasa de tu cuerpo te

dejara verlos.

Bastian me hace un gesto para que ignore lo

que se están diciendo. Le beso en los labios

susurrándole lo mucho que le quiero y como no voy a ir

a ningún lado mañana por la noche.

Pasamos un rato bastante agradable entre las

discusiones que nos llevan a estar bajo el mismo techo

con tres Trumper. Bastian porque no me deja ni ir al

baño sola, comprendiendo que quiere meterme mano y

distraerme de nuestros amigos. Sebas porque no hace

otra cosa que quejarse porque no paramos de hablar y

que deberíamos estar amordazadas. Y Sebastian

porque ha inaugurado una guerra abierta con Rachel,

que no paran de decirse más de una frase que nos

dejan con la boca abierta. Al final, las chicas hemos

acabado hablando del bebé y mirando cosas en internet

y los hombres viendo el partido de baloncesto

interminable.

– Cómprale también ese sombrerito, en otoño

tendrá su cabecita más redondita.

Rubia me está obligando a comprarle de todo a dulce bebé. Yo no lo estoy negando y ya llevo gastados

más de mil dólares en ropa, aunque siempre bajo la

aprobación de Bastian que tiene un ojo sobre la pantalla del portátil y el otro en el partido.

– Ese traje es precioso – dice morena.

– El color no es neutral. Se supone que aún no sabemos que será – digo dudando – y yo quiero comprarle cosas rosas si es niña o azules si es niño.

– Es una tradición, – me apoya Rachel – yo le

compraré su primer disfraz manga.

– No, me lo había pedido yo – se queja rubia.

Suena el timbre de la puerta alertándonos a

Bastian y a mí. No esperamos a nadie y es raro que

vengan a casa dado que está bien escondida, no todos

saben llegar hasta aquí.

– Será Alan, a lo mejor no tenía turno esta

noche y se ha unido – digo mientras me levanto para

abrir la puerta.

Todos miramos a Rachel que no dice nada.

– Nancy, ¿no te han enseñado a preguntar quién

es antes de abrir? – Se ríe Sebastian y le saco el dedo

medio de mi mano.

Al abrir la puerta me encuentro con un ramo de flores. Oh, Bastian lo ha vuelto a hacer. Sonrío cogiéndolo y cuando lo hago me encuentro con una cara que no es la de un trabajador que reparte flores a

las once de la noche. Un hombre en vaqueros y chaqueta de cuero marrón me está sonriendo, es muy

alto, grande, moreno y con unos ojos verdes que destacan en su cara. Frunzo el ceño retrocediendo y

devolviéndole el ramo.

– Nancy, ¿quién es?

Bastian abre del todo la puerta y rápidamente se interpone entre los dos tapándome con su cuerpo.

Tengo una buena visión de la espalda de mi hombre.

– Bastian – dice el hombre.

– Nena, entra en casa. Regreso enseguida.

– ¿Quién es? – Pregunto sorprendida.

– Es hora de presentarnos, ¿no? – Esa voz me es realmente familiar.

– No, no quiero que la conozcas.

– Vamos, Bast. No seas así.

El hombre ladea su cabeza para asomarse y

verme, no deja de sonreírme y Bastian le acaba de dar

un empujón hacia atrás.

– Vete. No eres bienvenido aquí.

– ¿Quién es Bastian?

Avanzo para ponerme a su lado y darle la mano.

Sea quien sea, no es bienvenido en casa y quiero darle

todo mi apoyo a Bastian. Quiero que me confíe sus

enemistades tanto como las amistades. Los dos

hombres están encarándose, es más, Bastian va a

golpearle porque le noto nervioso y el hombre no va a

irse hasta que no termine de provocar aquí.

– ¿Me presentas? – Dice el hombre – he traído hasta flores para tu chica.

– Prometida – gruñe Bastian.

– Vaya, enhorabuena a los dos.

El hombre sonrío extendiendo su brazo para darme el ramo de flores, Bastian le golpea haciendo

que se caiga al suelo y continua con su amenaza mirándole a los ojos.

– Vete, no te lo vuelvo a repetir.

– Bastian – acaricio su brazo, estoy a punto de intervenir por los dos y hacer que cada uno se

vaya en

el lado opuesto.

– Bast, te haces de rogar amigo. Tú debes de ser Nancy.

– No te atrevas a... – Bastian inculpa a este hombre sonriente.

– Sí, soy Nancy y ¿tú eres?

– William. Bill, Billy o Will; como desees llamarme.

Doy un paso hacia atrás soltando la mano de

Bastian. El hombre que... el que... esa noche... y

él... Está bien, él no recuerda nada, este hombre no

recuerda nada. No tiene por qué conocerme, no lo hace. Solo fue un malentendido aquella noche. Él no

sabe nada de mí, no se acuerda de nada de lo que hizo

aquella noche.

– Entra en casa Nancy – Bastian suspira

cerrando los ojos y apartando la mirada de su amigo.

– Bast, ¿no me vas a invitar? Hace frío y se me

están congelando las pelo... – me mira – disculpa, está

haciendo frío.

– ¿Qué está pasando aquí?

Sebastian sale acompañado de su hermano

Sebas y se ponen al lado de su hermano. Parece ser

que Bill no es bienvenido y todos tenemos nuestras razones. Miro hacia atrás y tengo a las chicas

asomadas, el novio de rubia ha preferido ignorar el

hecho de que estamos, probablemente, frente a una pelea.

– Nancy – susurra Rachel.

– Enseguida entramos, va todo bien – les sonrío.

No. No va todo bien. Bastian y Bill se están

encarando y estoy segura de que los hermanos de mi

novio no están ayudándole demasiado. Si uno de los

cuatro dice una palabra volarán puños y no quiero ser

testigo de esto. Me enfrento a la situación como una

mujer madura evitando que mis amigas presencien la

escena de una pelea desenfrenada. Con mi mejor

sonrisa, me adelanto colocándome entre Bastian y su

amigo.

– Encantada de conocerte, William o Bill o como quieras llamarte.

– Igualmente. Normalmente me llaman Bill, solo

Bastian me llama William cuando está enfadado.

Ahora lo está.

– William – gruñe Bastian cogiéndome de la mano.

– Te llamaré Bill entonces. Ems, no esperábamos

tu

visita.

¿Querías

pasar

y

acompañarnos?

– ¡NO! – Dicen los tres Trumper al mismo tiempo.

– Sí, me encantaría, Nancy. Por cierto, bonito nombre. Digno de una princesa como he oído por ahí.

Abro la boca sorprendida. Supongo que Bill se mueve en los mismos círculos que Bastian y yo. No

hemos salido últimamente por razones obvias, pero

estoy segura de que la próxima vez nos lo

encontraremos en más de una ocasión. Bill nos pasa

descaradamente, incluso chocando con el hombro de

Sebas qué está a punto de matarle si yo no estuviera

presente.

– Chicos, ¿podéis encargáros de hacer las presentaciones ahí adentro?

No hacen falta más palabras hacia mis cuñados cuando ya están dentro controlando a ver lo que hace

Bill. Cojo las manos de Bastian apretando sus dedos

para que me mire, le cuesta hacerlo, sé que tiene en

mente lo mismo que yo y ahora mismo necesito que nos apoyemos mutuamente. Un suceso que ya he

olvidado pero que estoy segura, él no.

– No, – susurra mirándome – él no.

El color de sus ojos brilla en la noche oscura, ni siquiera las luces del jardín pueden distraerme de lo

bonitos que son. Intento calmarle.

– Cariño, tranquilo mi vida. Solo lo sabemos tú y yo. Él no sabe nada. Entremos y finjamos que es un amigo más, que no ha habido peleas ni que nada pasó.

Tú tienes tu vida y él tendrá la suya.

– Ya no le puedo permitir más. Contigo colmó el vaso y he sido vulnerable a todo con lo que a ti se

refiere.

– Por favor, solo te pido que finjas ahí adentro por unos minutos. Echa a todos disimuladamente y este

momento incomodo habrá acabado.

– Él no vendrá a nuestra boda.

– De acuerdo.

– Y por el amor de Dios. Dilo y lo echo a patadas – me abraza y escondo mi cabeza en su pecho.

– No. Está bien. No pasa nada – baja la cabeza para besarme – es un hecho desagradable que ya he

olvidado porque tú me has hecho olvidarme de
ello.

Ahora tanto tú como dulce bebé, sois mis únicas
prioridades.

Bastian me arrastra levemente dentro de la
casa. Bill ya se está abriendo una botella de vino
en la

cocina y tiene a morena preguntándole sobre el
tatuaje

que asoma desde uno de sus brazos. Mis cuñados
están alrededor de la isla viendo cómo se
desenvuelven

mientras Rachel y rubia siguen mirando el portátil,
el

novio de rubia es el único ajeno a todo este

pequeño

caos y se lo agradezco porque no quisiera dar un espectáculo esta noche.

– Soltera, ¿eh? – Dice Bill sirviéndole una copa a morena.

– William – Bastian gruñe.

– Bast, has montado una fiesta y ¿no me has avisado? Amigo, me dejas fuera de tu vida y esto me duele.

– Tú eres gilipollas – Sebas susurra yéndose al sofá, es el único que le da conversación al novio de

rubia.

– Que aguafiestas eres Bastian, – morena se acerca a Bill – tienes amigos así y no te molestas en presentármelos.

– Desde la infancia. Hemos compartido hasta pañales. Cuéntale aquella vez que estábamos en el parque y mi madre no tenía el pañal.

– William – Bastian sigue regañándole y Bill actúa como si esta fuera su casa.

Me suelto de la mano de Bastian acercándome a las chicas. Disimuladamente les susurro que es un

amigo de Bastian que no nos cae bien y que vayan
yéndose, comprenden lo que les digo una vez que
presencian la escena en la cocina con Bill de
protagonista y los dos Trumper a punto de lanzarse
a

su cuello. Empiezo a recoger la mesa llevando
cosas a

la isla cuando están debatiendo sobre las peleas
que

Bastian ha ganado en la calle. Hago ruido una vez
que

dejo las cosas caer sobre la isla y todos se callan.

– Se me ha caído – me hago la tonta.

– Así que eráis unos pandilleros, ¿eh? –

Morena, estrenando su soltería, parece interesada en

Bill más de la cuenta y no me gusta nada.

– Hermana – dice rubia – vámonos ya, que aquí mi novio tiene que trabajar mañana.

– ¿Tan pronto?

– Sí – rubia se pone el abrigo.

– Yo también me voy Nancy, mañana abro la tienda – Rachel también se acerca a la puerta junto con el novio de rubia.

Avanzo a ellos sonriéndoles y agradeciéndoles que hayan venido esta noche. Morena se despide muy

a su pesar de Bill e intercambian móviles, le digo
a

rubia que elimine ese número cuando su hermana
no

se dé cuenta porque no quiero que tenga ningún
contacto con él. No me sentiría bien sabiendo que
a

morena la drogan para follársela y Bill es
partidario de

esa práctica, lo sé porque aún lo veo en sus ojos,
actuando como si tuviera el mundo a sus pies.

Bastian

me acompaña hacia la puerta y actuamos de
buenos

anfitriones, mi prometido me regaña porque no
quiere

que me aleje más de la puerta por el frío que hace.

Así

que cuando nos aseguramos que los coches ya están

bien lejos, cerramos la puerta y nos adentramos hasta

la cocina. Sebastian se ha sentado junto con Sebas en

el sofá y están hablando de algo.

– ¿A qué has venido? – Grita Bastian más de lo normal.

– ¿Es esto una pregunta? No me habías dicho que habías decorado la casa. Veo que una mujer te cambia mucho.

Bastian da un paso hacia delante hasta que sus narices chocan.

– Oh Dios – susurro acariciando mi barriga, mis cuñados se levantan.

– Bast, ¿qué mierda te pasa?, ¿cambiar el número de móvil?, ¿por qué no has estado activo?

Tienes que saber algo muy importante y tú desapareces sin más para vivir una vida de color de rosa.

– ¡Bastian! – Sebas se entromete entre los dos
– no aquí y no ahora.

Le susurra algo en el oído que no logro

escuchar, Bastian me mira sonriéndome y rodeando la

isla de nuevo para encontrarse conmigo. Sé que está

conteniéndose más de la cuenta y que no quiere pelear,

al menos no si estoy yo delante. Sebastian se une a

nosotros y unos segundos de silencio hacen que me

quiera meter debajo de la cama. Si desaparezco ahora

mismo sé que mañana tendría que limpiar restos de sangre por toda la cocina.

– Nena, ve a la habitación. Quiero hablar con él

– me susurra tapándome la visión del resto.

– Por supuesto que no, Bastian. Vais a pegaros.

– Seguramente sí. No son formas de irrumpir en mi casa, acosar a la amiga de mi prometida y desafiarme a su antojo. Quiero hablar con él y no quiero que su mierda te salpique.

– ¿Qué pasa con lo de somos un equipo y tus problemas son los míos?

– Maldita sea Nancy, ¿puedes irte a la habitación? Por favor. Solo van a ser unos minutos. Te

lo prometo – besa mi frente.

– No, no me voy. Vamos a casarnos el domingo y no quiero ver tu cara llena de marcas por una

pelea.

– Nena – él se ríe – él ni siquiera sabe pelear.

Por favor.

– Bastian, – Bill capta nuestra atención –

enséñame el Lamborghini rojo que te has comprado.

Lo he visto en el garaje y aún no he babeado lo suficiente por él.

Bastian y yo tenemos una guerra de miradas y negaciones. Él gana una vez más cuando me confirma

que va a hablar con Bill en el garaje. Se gira sin mirarle en dirección hacia el garaje, cuando Bill pasa

por mi lado me sonrío.

– Bonito escote – susurra y yo bajo la cabeza para darme cuenta que no llevo ningún escote.

Es un gracioso pero no me hace gracia. Bastian susurra que me ama cuando está dentro del garaje cerrando la puerta a su vez, pongo ambas manos sobre

mi cintura encontrándome con los dos Trumper y su

usual ceño fruncido. Trago saliva dirigiéndome a la

mesa para recoger las cosas, ellos están inmóviles y en

silencio, esperando por si oyen algo que les haga correr

y separarles. No les dirijo ninguna mirada en los viajes

que doy hasta la cocina, pongo las cosas sobre la isla y

ellos se limitan a mirarme. Apago la televisión y en

parte yo también tengo un oído en la conversación sorda que no se oye desde el garaje.

Friego distrayéndome y moviendo artilugios en la cocina que me hagan olvidar que Bastian está encerrado con Bill. Estarán hablando de cosas que no

quieren que oiga, si no, mi prometido hubiera hablado

aquí delante. Sebas le ha dicho algo al oído y me

han

excluido todos, me siento mal y apartada de lo que estén hablando, tengo la sensación de que es algo sobre las mujeres drogadas y que sus hermanos también lo saben.

Ha pasado una hora y mis cuñados no se mueven de la cocina. Han empezado a hablarme sobre

la boda y la necesidad que tengo de agilizar las cosas si

no quiere que me case en la carretera en mitad de la

calle. He bromeado con ellos sobre los trajes que van a

llevar y han dicho que su madre se los ha comprado,

que seguro se los compró hace años con la desesperación de casar a su primogénito. Estamos hablando de una presentadora de televisión cuando escuchamos que las voces se acercan, la puerta del garaje está abierta y Bastian entra sonriéndome.

¿Ahora se han vuelto mejores amigos otra vez? Se acerca a mí para darme un beso en la frente y Bill aparece también, creando tensión entre mis cuñados.

– Familia, ya me voy – Bill abre el frigorífico llenándose la copa vacía de vino.

– ¿Bien por aquí? – Me susurra Bastian.

– Debo de preguntarte yo.

– Nancy – Bill se bebe el vino de un solo trago

– enhorabuena por la boda. Te deseo lo mejor y que le

hayas echado el anzuelo a este imbécil.

Le sonrío a Bastian pero este le ignora. Se nota que no quiere saber nada de él y menos cuando se comporta así.

– Gracias – intento sonreír pero no puedo.

– Llámame Bastian.

Veo como mi prometido le asiente con la cabeza y de repente siento como si los dos me atacaran, es

como si me apuñalaran con una traición. Sé que
por

parte de Bastian está todo bien, que me fue sincero
y

que esto es una tontería, pero no me quedaría a
gusto

si no le diera su merecido a Bill. Se ha dado la
media

vuelta y se dirige a la puerta, todos le miramos
menos

yo que me distraigo un segundo.

– Bill – le llamo y el gira su cara.

Le lanzo una taza que se estrella contra el

hombro, cojo el plato de las pastas y se lo lanzo.
Bill lo

esquiva riéndose.

– ¿Pero qué te pasa? – Dice divertido.

Me atrevo a abrir el cajón de los cubiertos y los empiezo a lanzar de dos en dos y de tres en tres.

Cuanto más se ríe, más me enfada, los Trumper están

riéndose por lo bajo y Bastian me ha susurrado más de

una vez que no lo hiciera, pero le miro enfadada.

Preparada para coger la taza de café de Sebastian y

tirársela, esta vez le alcanza y le mancha los

pantalones. La taza de Sebas está vacía y me doy

cuenta cuando se rompe a mitad de camino. Me

canso

y Bastian ya me ha inmovilizado.

– Nena, ya basta.

– No – le contesto enfadada y esquivo su

agarre, decidida a tirarle otro plato que se estrella
en

su cabeza.

– Vete ya – le grita Bastian a su amigo – ¿no

ves que te lanzará toda la casa si es lo que quiere?

– ¿Pero qué mosca le ha picado?

Cabrón. Como se atreva a seducir y drogar a mi

amiga se las verá conmigo. Le lanzo el tostador y
lo

veo estrellarse en sus pies al cerrar la puerta.

Avanzo

hasta abrirla y salir a la calle, agarro una de las
luces

del jardín de la entrada y se la tiro a la cabeza,
corre

huyendo de mí y metiéndose en el coche. Bastian
me

arrastra hacia dentro de la casa, mis cuñados se
están

riendo porque dicen que le he tirado de todo
menos la

copa vacía que había dejado en la isla. Me he
cegado

pero me he quedado un poco más tranquila, sé que
no

se merece que me ponga así aunque si le hubiera visto

sangrar sería más que feliz.

Bastian ordena a sus hermanos que la fiesta ha acabado, no me despido de ellos porque los veré mañana en la comida que Margaret quiere organizar.

Estoy lavándome las manos cuando escucho la puerta

cerrarse y los pasos de Bastian por el suelo llegando al

baño de nuestra habitación. Me observa como estoy

limpiando mis dedos con jabón y suspira, no me ha gustado que hayan estado hablando una hora en el

garaje y que luego aparecieran como si nada.

– Lorain no va a alegrarse cuando mañana venga y vea lo que hay afuera.

– Ahora lo recogeré.

– No, yo lo haré. No quiero que ninguna de las dos os cortéis.

Tengo el ceño fruncido sintiéndome como una

Trumper, ya sé lo que es estar enfadada y no darte cuenta de cómo se transforma tu propia cara.

Bastian

da un paso adelante en el baño y me ayuda a secarme

las manos, le dejo hacerlo porque ni siquiera puedo

tener unos minutos para mí sola y pensar. Me he
comportado fuera de lugar pero ya le he
demostrado a

Bill que no es bienvenido ni en mi casa, ni
conmigo;

aunque Bastian tenga ahora una visión diferente.
Se

entretiene en secarme los dedos uno a uno, va lento
porque sabe que me tiene que dar tiempo hasta
tranquilizarme, una vez que ha acabado, hace lo
que le

gusta hacer tanto.

– No tan fuerte – susurro.

– Me gustan. Me gusta morderlos.

Sí, morder mis dedos como táctica de distracción es acertado porque me hace cosquillas y consigue que me olvide de mi pequeño enfado por unos momentos. Cuando cree que es suficiente el haberme mordido todos los dedos, deja la toalla sobre el lavabo posando sus manos en mi cintura, haciendo que retroceda hasta chocar con la pared. Su sonrisa de medio lado me transmite que va a hacer lo que quiera conmigo y que yo se lo voy a permitir, intento no mirarle pero me sigue con sus ojos. Yo también

sonrío.

– ¿Qué? – Subo mis manos hacia sus brazos. Él se pega más a mí.

– Ah. Pensaba que tenía que persuadirte para que atendieras a tu prometido – su cara se arruga cambiando su humor – ¿estás bien?

– Sí – miento. Creo. Ni siquiera sé si estoy enfadada o no.

– Nena. No me ha gustado lo que ha pasado ahí afuera.

¿No? Le miro frunciendo el ceño, dejando caer mis brazos hasta no tocarle. Él sigue atrapándome

entre la pared del baño y su cuerpo, con ambas manos

en mi cintura y pegándose lo máximo posible para dejar que pueda respirar.

– Una pena.

– Nena. Estás embarazada y ha sido descortés

hacer un sobreesfuerzo lanzándole cosas a Bill. No

vuelvas a hacerlo en los próximos meses. La doctora

dijo que no podías coger peso.

– ¿Peso? Qué no le he tirado un tractor a la cabeza, aunque ganas no me faltaban.

– Te he dicho que todo iba a ir bien. Por eso te

quería en la habitación. No quiero que lo vuelvas a ver.

– ¿Y qué hay de ti?

– ¿Me has dado la oportunidad de explicarte lo que he hablado con él?, ¿o has dramatizado una situación sin escucharme primero?

Suspiro enfadada, esta vez porque tiene razón.

Le pido a Bastian que me sea sincero, que se comunique, que cuente conmigo y yo me comporto como una histérica sin haber escuchado su versión primero. Estaba esperando a que estuviéramos solos

para poder hablar conmigo, no quería hacerlo delante

de sus hermanos y yo he presupuesto que me estaba

dejando de lado. Con Bill nunca espero cosas buenas

alrededor, pero me regaño a mí misma por haber interpuesto a Bastian por encima de nuestra relación

de pareja, ya lo estaba culpando por algo que no tiene

culpa. Sin embargo, me molesta que haya estado más

de una hora hablando en el garaje y no precisamente

de un coche.

Bastian sigue analizando mi cara hasta que

nuestros ojos chocan entre sí.

– Está bien. Cuéntame.

– No vuelvas a lanzar nada en tu estado.

¿Entendido?

– Entendido – suspiro.

No llega a sonreír, se acerca más a mi cara para

darme un tierno beso en los labios. Los dos
tenemos

los ojos abiertos y mis manos siguen sin tocarle.
No me

gusta como estamos y es obvio que tenemos un

problema aquí. Y Bill tiene toda la culpa por
haberse

presentado en casa a altas horas de la noche. ¿Qué

se

piensa?, ¿separarnos?, ¿a qué vino?

Bastian mueve su mano hasta mi ombligo, lo redondea con su dedo hasta abrir la mano y posarla

sobre mi barriga. Me sonrío y yo también lo hago, sabe

que me muero de ganas porque nazca dulce bebé y

que lo tengamos entre nuestros brazos. Acaricia mi

barriga haciéndome cosquillas, luego a mostrarme mis

dientes de lo feliz que me hace que lo haga, sentir los

dedos grandes, fuertes y ásperos por mi vientre. Si

dulce bebé hubiera crecido más, estaría saltando de

arriba abajo dentro de mí.

– Ha crecido dos milímetros más – susurra.

– No has medido mi barriga desde esta mañana.

Lo hace todos los días, varias veces al día.

Compró en la tienda un metro especial para

embarazadas que te indica los centímetros del
vientre

según el mes de gestación. Bastian tiene una
libreta en

su mesa de noche donde apunta la medida de mi

barriga. Esta mañana me la ha medido, y como
hemos

pasado todo el día fuera, cuando hemos llegado se le

ha debido de olvidar.

Baja su mano hasta mis pantalones de yoga.

Bastian no me deja que me ponga mis vaqueros a

pesar de que aún me están bien, ha leído en un artículo

que puede asfixiar al bebé y me dijo que tampoco me

atreva a ponerme ningunos por debajo de la barriga ya

que no es para mostrarla. Mete un dedo debajo de mis

bragas y ruedo los ojos porque sé lo que va a hacer,

suspiro en desesperación y aceptación bajo sus pequeñas carcajadas ahogadas.

– ¿Tienes algún problema?

– Muchos. Tú y tu afán por comprobar si he abortado involuntariamente, es uno de ellos.

Ruge como un león en respuesta. Baja su mano hasta meterla debajo de mis bragas, pasa dos dedos

por mi sexo y los mueve delicadamente.

– Creo que no soy el único que se divierte aquí.

– Has intentado meterme mano toda la noche.

No esperes que sea de piedra.

Ahora me ronronea porque le ha gustado mi

respuesta. Espero el tiempo que él ve necesario para

comprobar que todo va bien, y sin esperarlo, saca su

mano para mirar sus dedos. Nada. No hay nada.

– Gracias a Dios – susurra.

– La doctora dijo que si sangraba un poco era

normal. No veo tanta necesidad de que metas tus

dedos cada dos por tres en mis bragas.

– Antes del embarazo no te importaba – me

sonríe dándome un azote en el trasero.

Veo como se lava las manos con los brazos

cruzados. Aún tenemos que hablar, quiero que me

explique qué ha pasado en el garaje con Bill.

Se seca las manos con la toalla y la vuelve a

lanzar sobre el lavabo. Me acompaña fuera del baño

para sentarme sobre la cama y se agacha para

quitarme las zapatillas, cuando hemos llegado me ha

obligado a que me quite los zapatos porque llevaba

todo el día con ellos. Arrastra los calcetines de Hello

Kitty que él mismo me ha puesto para masajearme los

pies, se sienta en el suelo, y cuida de que no los tenga

hinchados. Últimamente me ha estado diciendo que se

me hincharían los tobillos y tiene miedo de que me caiga y nos pase algo. Me quedo con la imagen de mi

prometido haciendo que cierre los ojos por el placer,

vale, necesitaba esto y mi peso va en aumento.

– Qué gusto – susurro.

– Si me hicieras caso y te dejaras mimar por mí...

– Haces lo que quieres conmigo. Me dejas mimar por ti.

– Tus bufidos y quejas no son prueba de ello.

Le saco la lengua y él me sonrío. Se entretiene en masajearme los pies, lo hace a diario y no me sorprende, lo que me tiene distraída es en que piensa mientras lo hace. Muevo un pie para distraerle de sus pensamientos cuando sus dos joyas como ojos me miran de vuelta.

– ¿En qué piensas?

– En que el domingo no llega.

– Nos quedan unas horas, míralo de ese modo – me gruñe en aprobación – no tenemos nada Bastian.

No hay iglesia, no me he decidido por ningún

vestido,

no sabemos cuándo vamos a enviar la información a

los invitados. Y añádele otro problema de los grandes.

– ¿Qué problema? – Me frunce el ceño.

– La madrina y el padrino. Si mis damas de

honor serán Rachel junto con las gemelas y los tuyos

serán tus hermanos. ¿Qué hacemos con nuestros

padres? El cura nos dijo que solo un hombre podría

llevarme al altar y tú tenías que estar acompañado por

la madrina. Le prometí a mi madre en algún

momento

estos días que iba a ser ella, pero claro, luego no quiero

dejar de lado a tu madre. Si pongo a mi madre, tu padre me tendría que llevar al altar y si escojo a tu madre, no quiero dejar de lado a mi madre aunque mi

padre me llevara de su brazo.

– Nena. Ponemos a los cuatro y punto.

– No, no puedo dejar que tu padre me lleve al altar. ¿Tu padre? No. Ya me desmayé cuando me dio

la bienvenida a la familia y no sobreviviré a que me

lleve del brazo.

Bastian se ríe cambiando de pie y haciendo que vuelva a cerrar los ojos. Su padre me cae bien, pero no

quiero que en ese momento tan especial esté a mi lado.

No sé cómo voy a reaccionar cuando vea a Bastian vestido de novio, voy a tener un orgasmo andando por

el pasillo hasta el altar y su padre puede darse cuenta.

– Entonces, mi madre y tu padre. ¿No? –

Comenta sonriendo.

– ¿Y qué hago con mi madre? No puedo dejarla

sentada en primera fila. Es mi madre.

– Cariño. No me lo pones fácil aquí. ¿Qué más dará? Las dos pueden acompañarme al altar. No hay problema.

– ¿Y sí el cura dice algo? Ya es bastante para ti estar en una iglesia.

– Ya hablaré con él – se ríe – y espero que madure mi proposición.

– Bastian – le regaño – me prometiste que si el sábado tenemos el ensayo ibas a portarte bien.

– Te lo he prometido y lo cumpliré. Espero obtener el mismo respeto por su parte.

Mi Bastian y sus problemas con los curas.

¿Cómo no iba a odiarlos cuando de pequeño jugaba a

robarle la ropa al cura de su pueblo? En más de una

ocasión la policía lo llevaba a sus padres tras haber

hecho una travesura en la iglesia y que su padre, a escondidas, le daba la enhorabuena porque él también

los odiaba.

Mi boda me hace tremendamente feliz, pero todo lo que conlleva antes, no.

Se levanta del suelo y besa mis labios. Me

quedo embelesada porque ha sido realmente rápido y

yo quería un poco más de él. Desliza mis pantalones

fuera junto con mis bragas, sube el jersey y

desabrocha mi sujetador hasta quedar completamente

desnuda. Aparta el edredón girándome para entrar

dentro de la cama, cuando ha visto que estoy perfecta,

desnuda y tal como él me quiere, me tapa haciendo

que no pueda respirar. Me incorporo viéndole y

tragándome sus gruñidos.

– No vayamos a ir a dormir tan pronto – le digo

y se mira la entrepierna.

– Lo sé nena, espero tener un poco de fiesta esta noche.

Le lanzo un cojín a la cara y se ríe. Se vuelve a acercar a mí para besarme, huele mi boca, pone su nariz contra la mía y desliza su mano por mi brazo hasta entrelazar mis dedos. Juega a besar mis labios de nuevo cuando se deshace de mi mano para guiarla hasta estar debajo sus pantalones, esta acción hace que me ríe.

– Bastian. Tenemos que hablar, – me distrae besándome – de verdad.

– Hablamos a todas horas nena. La Doctora

Weinn ha dicho que tendrás deseo sexual sin límites y

yo debo de ocuparme de esto, antes de que tengas esos síntomas, quiero ocuparme de ti.

Me río a carcajadas y baja su cabeza para

morderme el cuello. Se aleja de mí mientras termina de

desnudarse, ladeo mi cuerpo e hincó el codo en la

almohada babeando por el hombre que tengo frente a

mí. Él no se puede ni imaginar el deseo que siento, mis

gananas de querer hacerle el amor a todas horas y de

montarle hasta que nazca dulce bebé. Me doy una
fiesta privada con su cuerpo, llegando a ronronear
por

el tremendo striptease que está haciendo mi
prometido.

Cuando sus dedos llegan al elástico de sus Dolce
&

Gabanna blancos para bajárselos, frena en seco.

– Oye, continúa.

– Estaba pensando en sí deberías ser tú la que

lo hiciera – muerde sus labios y me ha perdido –
con la

boca.

Sonrío hincando mis rodillas sobre el colchón,

haciendo que el edredón deje de taparme para darle

una visión de mi desnudez. Jadeo impulsándome hasta

su cuerpo, él se acerca riéndose en mi dirección, pongo

ambas manos en su cintura mientras le doy un beso en

los bultos que sobresalen de su vientre; dos, cuatro,

seis y ocho. Vuelvo a los primeros y dejo un rastro de

besos babosos, marcando al hombre que va a ser mío

para el resto de mi vida.

– No necesito estar embarazada para desearte

más. Lo hago desde el día que te vi.

– En el embarazo deberían multiplicarse.

– Mentira – le digo sonriendo sintiendo como él

acaricia mi cara – puedo asegurarte que mis deseos

hacia ti son los mismos desde el día que te conocí,
y

ahora embarazada, siento los mismos deseos.

Aunque

debo de admitir que incluso más, no porque esté

embarazada, porque voy a estar contigo todos los días

de nuestras vidas hasta que muramos al mismo tiempo.

A Bastian le han gustado mis palabras, porque

está ronroneándome. Pierdo el equilibrio tan pronto él

se abalanza sobre mí estrujando mi cara entre sus manos, me come a besos y muerde mis labios hasta el

punto de hacerme gritar. Me río porque intento quitármelo de encima y no se mueve, gruñe cuando acaricio con mis uñas su espalda llegando hasta su trasero y apretándolo fuerte.

Oh, por favor, quiero a este hombre desnudo.

Cede en su agarre sobre mi cara atrapando mis brazos para colocarlos sobre la cama. Me posee con

furia masculina y yo quiero que lo haga. Hincó mis

talones en su trasero notando su erección,
mojándole

con mi excitación e instándole a que me haga el
amor

ahora mismo.

El teléfono suena y ninguno de los dos nos
movemos. Sigue sonando, nos distrae hasta que se
separa de mí.

– No te muevas de aquí.

Su voz grave me deja entre jadeos cuando se
levanta, viendo una imagen de como su erección
quiere

deshacerse de los Dolce que aún le aprieta.
Refunfuña

tocándose y dirigiéndose a la mesa que hay frente al

sofá de nuestra habitación, ahí ha dejado el teléfono de

casa y lo descuelga enfadado.

– Cariño – le susurro porque aún le veo la erección, se mira y la esconde de nuevo.

– ¿Sí? No son horas de llamar. No. ¿Por qué?

Negativo. No – Escucha atento sentándose en la

cama, yo me arrastro hacía él y me apoyo en su

espalda, acaricia mis manos una vez que he rodeado su

cuerpo – mi respuesta sigue siendo la misma. Me caso

el domingo. Que no. No es mi problema. Ya lo dejé.

No te importa. No insistas. Aquí conmigo. Ninguno.

Mejor ella que yo. ¿Sí? No es sorpresa. No me

interesa. Lo vimos sí. Estaré ocupado por el resto de

mi vida. Mi esposa y mis futuros hijos ocuparan todo

mi tiempo. El mismo. Incompetentes. Lo sabía. No

depende de mí. Ya. Te entiendo, pero no. No te lo

aseguro. Mañana tengo la intención de hacerle el amor

a Nancy desde que salga el sol hasta que se vaya.

Me alejo de él frunciendo el ceño. ¿A quién le

cuenta este tipo de intimidaciones? Bastian ladea la cabeza porque intento zafarme de su agarre para volver a esconderme bajo el edredón. Unas respuestas

negativas más y Bastian suspira colgando la llamada,

deja el teléfono sobre mi mesa de noche mirándome

una vez más. Vuelve su vista al frente pasando las manos sobre su cabeza, revolviendo su pelo y

haciéndolo más alborotado aún. Me mira nuevamente

comprobando mi estado de ánimo, ve que me quedo

insólita ante la llamada, observándole cuando

decide

arrastrarse y taparse con el edredón abrazándome fuerte. Pone su cabeza sobre mi pecho, acaricia mi vientre, se queda callado por unos instantes y le doy el tiempo que necesita para que piense en la mentira que vaya a contarme.

Espero que esté equivocada y que no sea una mentira.

– ¿Estás bien? – Le pregunto porque han pasado algunos minutos y seguimos en silencio.

– Sí. Yo lo estoy. Era Bill.

¡Otra vez! Voy a tardar poco en tirarle nuestra
televisión de plasma colgada en la pared. Quiero
verle
sangrar y que se vaya al hospital.

– ¿Qué quería, antes y ahora?

Bastian mueve su cabeza hasta girarla para
mirarme a los ojos. Le tengo sujeto, él acaricia mi
vientre y está cómodo, sabe que la mirada que le
estoy

devolviendo no es nada serena. Estoy enfadada e
indignada porque este hombre nos esté fastidiando
tanto a unos días de nuestra boda.

– Me preocupas tú. Tú y tu estrés.

– ¿Estrés? No tengo estrés desde que mandaste a nuestras madres para que escogieran como iban a ir

decorados los asientos en la iglesia – me río, Bastian

está preocupado – ¿qué ocurre? Recuerda que confiamos el uno en el otro.

– Bill había venido para advertirme que no le dejan entrar en uno de los clubs donde se supone que... – carraspea con la garganta.

– Se practica ese tipo de sexo al que es adicto – me asiente con la cabeza – ¿y por qué te avisa a ti?

– Porque se piensa que yo puedo hacer que le

hagan entrar. Han leído que no tiene un buen historial

en El Sótano y por eso los nuevos dueños no le dejan

entrar.

– ¿Ha eso ha venido esta noche?

– Eso y también me ha contado algunas otras

cosas. Pero principalmente hemos hablado del por qué

estoy permitiendo que no le dejen entrar en ningún club

de la ciudad.

– Si a ti no te pertenecen, ¿por qué deberías?

No tiene sentido y él debería saberlo. Además, ya que

sabe lo de la boda no ha debido de llamarte tan tarde.

– Me has oído como he dicho lo mismo que tú.

Quería que fuera ahora mismo en su ayuda, que está

esperándome en la puerta de uno de los clubs.

Trago saliva asustada con el hecho de

imaginarme a Bastian acudir a Bill a estas horas para

solucionar sus problemas. Ya puedo entender muchas

cosas que Bastian me ha contado, qué siempre ha

estado a su lado para Bill y qué por eso le considera un

hermano más. No le miro pero siento su mano

acariciar mi vientre, no estoy segura de si he entendido

bien o como han quedado, no me gustaría que Bastian

se fuera en mitad de la noche.

Mueve mi cuerpo para que le devuelva la mirada. No voy a culparle por algo que él no está buscando, supongo que su amigo no se ha acostumbrado a estar sin Bastian y él tiene otra prioridad ahora. Tal y como le ha dicho.

– ¿Vas a ir?

– No – dice rápidamente – te he dicho que contigo colmó el vaso y se acabó. No me interesa su

vida, ni siquiera me importa que se pelee o que le busquen por haber pegado al dueño del club.

Ahora

dulce bebé y tú me pertenecéis y no voy a ponerme en

riesgo. Mucho menos a unos días antes de la boda.

Le aprieto fuerte contra mí y él se pierde entre

mis pechos. No me busca sexualmente, necesita apoyo

moral y que le recuerde que está haciendo lo correcto

escogiéndome a mí junto a dulce bebé. Si yo no

estuviera aquí, Bastian hubiera corrido a su llamada,

¿qué digo? Él no hubiera cerrado El Sótano nunca.

Tengo que hacerle saber que estoy con él, que sé que

en el fondo quiere ayudarlo, pero estas no son formas

de hacerlo. Bastian ya no pertenece a ese mundo. Ya

no.

– ¿Estás bien?

– Sí. Tú eres mi única preocupación.

– ¿Quieres ir a ayudarlo? – Parpadea

negándome con la cabeza – estás haciendo lo correcto

Bastian. Tú no eres esa persona.

– Lo sé. Gracias a ti.

– Bastian – acaricio su cara – hay algo dentro

de mí que me dice que estás preocupado por algo más

que por no ir a ayudar a tu amigo. Si es lo que

realmente quieres, ve con él. A pesar de todo, él ha

sido tu amigo desde que erais pequeños y habéis

estado juntos toda la vida. Si quieres ir, no tienes que

pedirme permiso. Yo no me muevo de aquí.

– No quiero ir – me frunce el ceño – no me

preocupa él o sus mierdas. Tú y dulce bebé sois lo

único que quiero. Ahora y siempre.

– Vale. Pero no quiero que estés mal por su

llamada.

– Estoy mal porque ese hijo de puta se sabe el número de teléfono de casa y ha osado a llamarme a

altas horas de la noche.

– Tranquilo cariño.

Se aleja de mí haciendo movimientos hasta que veo sus calzoncillos blancos volar, apaga las luces de la habitación sin dejar de tocarme y esconde su cabeza

en mi cuello. Sí. Está más preocupado de lo que creía.

Suspiro resbalándonos hacia abajo hasta quedar

tumbados, pensando en la humedad que aún respira el

ardor de mi entrepierna. Lo deseo a todas horas e incluso cuando está mal.

– ¿Nena?

– ¿Si?

– Estás masturbándome y voy a explotar en tu mano.

¿Qué? Solo le estaba acariciando. ¡Exagerado!

Me río hasta el punto de ahogarme. Bastian hace lo mismo, gruñe colocándose encima de mí.

– Por tu salud, deberías explotar ya. ¿No crees?

– Eres una traviesa descarada.

Rujo como una leona porque tiene razón. Me

coloco de tal forma que sigo masturbándole
mientras él

se equilibra poniendo ambas manos en la
almohada que

cada noche compartimos. Me ayudo con las dos

manos para darle el placer que se merece, para

distraerle de todo lo malo que le persigue y que se

quede

conmigo

no

solo

físicamente,

si

no

emocionalmente. Nos lamemos los labios y
hacemos

chocar nuestras lenguas en el aire sin tocarnos,
como

si fuésemos dos animales que se besan en plena
selva.

Dejo mis manos intactas, él me las penetra con
ferocidad, rápido, buscando el roce de cualquier
tipo de

piel para sentir como chocan sus venas contra
algo.

Me excita el hecho de que solo esté yo aquí
controlando si puede correrse en mis manos o

esperar

a que lo haga en mi boca, quizás sobre mi garganta
o

resbalar sobre mis pechos.

– Bastian, calma – susurro entre gemidos.

– ¿Calma? Me estás torturando, ¿por qué

debería estar en calma? Pon tus jodidas manos
sobre

mí...

Ahogo su última palabra con un beso tentador

cuando aprieto mis manos alrededor de su
erección.

Le insto a que no se mueva y ser yo la que le
masajee.

Unos movimientos rápidos y siento como soy salpicada

por todo mi vientre, se desahoga quemando su garganta pronunciando mi nombre y yo miro en la oscuridad como me ha pringado. Él sabe que amo que

explote sobre mi cuerpo, que ya lo ha hecho sobre mi

cara, espalda, trasero, hombros, pechos, barriga y piernas. Sí. Todo mi cuerpo ha sido marcado por el

hombre que va a ser mi marido.

Mi marido.

Contengo una risa que acaba en carcajada.

Bastian me mira gruñendo y no sabe por qué me estoy

riendo.

– ¿Qué es tan divertido?

– Tú.

– ¿Yo? – Se ríe.

– Sí. Tú a punto de convertirte en mi marido.

– ¿Qué?

No lo entiendo ni yo.

– Bastian.

– Nena, ¿estás bien? – Se ríe hincando sus rodillas sobre el colchón, intentando no tocar nada porque si me muevo mancharé la cama.

– Estoy perfectamente. Cero que no he asimilado una cosa.

– ¿Y qué cosa es? – Vuelve a acercarse, ahora hincando sus manos sobre la cama cerca de mis hombros.

– Vas a ser mi marido, Bastian. Voy a casarme contigo.

Cierro los ojos sonriendo y olvidándome de respirar.

Sí, Bastian va a ser mi marido.

CAPÍTULO 11

Escucho voces en mi casa y pienso que no me

voy a levantar nunca de la cama. Me da igual lo
que

hagan esas mujeres, que me digan el lugar y la hora
y

yo me presento en mi propia boda. Me relajo
buscando

el confort que me dé la relajación que quiero
cuando

una barba que me raspa, está haciéndome
cosquillas

por el cuello. El aroma de Bastian me aborda y
quiero

beber de él. Se ha duchado, huele a limpio y las
gotas

resbalan desde su pelo y aún gotean sobre mi
espalda.

¿Puede despertarse alguna mañana a mi lado? No,
él

no lo hace. Él se levanta mucho antes que yo para
tenerlo todo controlado y dedicarse el resto del
día a

mí. Trabaja cuando duermo desde su móvil,
responde

mails cuando caigo rendida sobre su cuerpo. Lo
hace

todo conmigo al lado y tal vez, solo tal vez me
pregunto

si bajará la guardia para pensar también en él.

Sopla mi oreja y reacciono hundiendo mi cara
sobre la almohada. Puedo oír sus carcajadas
besando

mi espalda.

– ¿Te vas a levantar ya? Tenemos visita.

– Diles que sí a todo y que se vayan – muerde

el lóbulo de mi oreja y abro los ojos por primera vez

ladeando mi cabeza – y cierra la cortina, no quiero luz,

quiero dormir.

– ¿Más? Anoche no te resultó difícil dormirte.

Es verdad, fui egoísta cuando no pensé en él al

cerrar los ojos e ignorar sus preguntas mientras me

acomodaba. Me emocioné tanto pensando que voy a

casarme con Bastian que me olvidé de él. También

estaba agotada pero no voy a admitirle eso, no quiero

que me prohíba vivir una vez que termine la boda.

– Lo siento. Estaba muy a gusto.

– Sabes que amo verte dormir – golpea mi trasero – levántate, te están esperando.

– ¿No tienen nada mejor que hacer?, ¿cómo decidir si quiero copas de porcelana o de vidrio?

– No son nuestras madres. Diane y Bibi acaban de venir.

– ¿Qué? – Me giro.

– Acababa de vestirme cuando han tocado a la puerta y se han presentado.

– ¿Por qué no contestaban ayer?

– Han estado de viaje y ayer estaban en el avión. Han leído nuestros mensajes y han decidido venir a desayunar para hablar con nosotros.

– ¿Le has dicho la noticia? – Me mira sonriendo

– ¿me dejarás que le cuente la noticia a alguien?

– No seas cruel. Tú llevas a dulce bebé dentro de ti. Déjame la parte divertida.

– ¿Parte divertida? Tú tuviste la parte divertida.

A mí me queda un infierno de dolor que pasar.

Me besa en los labios levantándose de la cama.

Me siento muy vacía cuando no está cerca de mí,

creando un espacio solitario en el que me ahogo.

Estiro

los brazos aclamándole, viendo cómo se seca el pelo

con la toalla y acercándose a mí para abrazarle fuerte.

– ¿Te encuentras bien?, ¿mareada?, ¿nauseas?

– Solo te quiero a ti. Te amo mucho Bastian –
me mira besándome.

– Me gusta esta Nancy. No la dejes marchar.

¿Quieres que les diga que se vayan y tengamos
sexo

perverso?

– No. Aunque me apetece mucho. Pero

tenemos muchas cosas que hacer. Además, me

apetece

verlas.

¿Las

has

visto

tú

cuando

estábamos...?

– Negativo. Ya sabes lo que he hecho mientras

estábamos separados. Bibi llamó a mi madre
cuando

estaba en el hospital, se enfadó porque de algún

modo

pensaban que te había hecho algo malo y te dejé escapar. De nuevo.

Le atraigo para abrazarle más fuerte contra mí.

No me dejes nunca Bastian. Hoy no sé lo que me pasa

pero deseo que este hombre no me abandone en la vida. Lucharé contra todos si es necesario, les tiraré

tantos objetos tenga en mi vista, nada ni nadie hará que

huya de mi neandertal. Él es mío y eterno.

Continua secándose el pelo mientras yo estoy

bostezando por el cansancio. Veo que me ha

dejado

ropa en la cama, me daré una ducha corta y más tarde

me lavaré el pelo, no quiero hacerlas esperar más.
Me

levanto cuando sale del baño y no duda en ayudarme a

estabilizarme, escucho algunas risas afuera y me

agrada tanto que hayan venido a vernos que también

sonrío yo.

– ¿Dónde están nuestras madres?

Bastian está midiéndome la barriga y yo levanto

los brazos. Se ve tan concentrado que me he

acostumbrado y acostumbraré a que haga esto durante

todo el embarazo.

– Se han ido a las afueras de la ciudad para

buscar si hay otros lugares donde hacer la celebración.

Al parecer no están contentas con los que hay aquí.

Por cierto, mi padre recogerá a tu padre y se quedará

en casa de mis padres.

– ¿Qué? – Apunta la medida de mi barriga.

– Hoy cierra tu padre el taller y mi padre ha

quedado con él para recogerle. Nuestras madres les

han dejado recados que hacer y no tenemos padres hasta la tarde. No he podido distraerles más. Ah, el

cura ha llamado y ha dicho que a última hora de la tarde nos confirma si el domingo queda libre la iglesia,

por lo que se ve, el bautizo es de padres separados y

no se ponen de acuerdo. Me ha hablado un cura – arruga la cara y sonrío – y mis niñas están perfectas.

– ¿Niñas? – Acaricio mi barriga.

– No sé. Me ha dado esa sensación. ¿Te imaginas que tengamos dos de una vez?

Enseña sus dientes con una sonrisa falsa que no
sigo. ¿Dos? No. Dulce bebé es uno, no dos. No hay
posibilidad de que vengan dos. La Doctora Weimn
nos

lo hubiera dicho. ¿Lo hubiera, no? Golpea mi
trasero.

– Enseguida salgo – me meto en el baño a punto
de cerrar la puerta.

– Vale. Haré el desayuno. Nancy.

– ¿Qué?

– Cinco minutos.

Ruedo los ojos porque me pone hora hasta para
ducharme. ¿No puede pasar cinco minutos sin mí?,

¿podría pasar yo cinco minutos sin él?

Definitivamente

no. Hoy le echo de menos y no me hubiera importado

que me acompañara en mi ducha, que estuviera a mi

lado regañándome con cualquier cosa. Hoy lo quiero

más que nunca y no sé por qué. ¿Estaré en alguna

fase de embarazada? No, siempre quiero a Bastian

aunque a veces me grita, que es la mayoría del tiempo,

o regaña, que también es la mayoría del tiempo.

Termino con mi ducha en menos tiempo del que

me esperaba. Me pongo la ropa que Bastian ha

escogido para mí riéndome al ver que me ha dejado

uno de sus jersey navideños. Los pantalones de yoga

me entran porque estiran, si no, hoy me sentiría más

pesada ya que me he mirado la barriga y ha crecido un

poco más.

Salgo afuera sorteando algunos libros de Bastian

que aún están en el suelo, giro asomándome a la

cocina. Veo a Diane y Bibi sentadas con unas tazas

sobre la isla y Bastian de espalda cocinando. Bibi es la

primera que se gira para ver que he llegado.

– ¿Pero mira quien está aquí? – Se levanta para abrazarme – enhorabuena Nancy.

– Gracias Bibi.

– Que gorda que estás. Enséñame el anillo.

– El de prometidos están aún por recoger y los de boda los tenemos guardados. Este es el diamante

que me compró Bastian.

– Ya nos ha enseñado la alianza de eterno que tiene.

Miro a mi hombre que llena los pulmones de aire, se siente orgulloso de la palabra “eterno”, es como si nuestro amor fuera irrompible.

Diane también se levanta para abrazarme y darme un beso. Las dos me arropan con su cariño y respeto.

– Enséñame esa barriga. Estás más gorda desde la última vez que te vimos – Diane me levanta el jersey para ver el tamaño de mi barriga.

– Sí, ha crecido un poco. Hoy me siento más pesada que ayer.

– Ven aquí nena.

Las tres nos dirigimos a la isla para sentarnos, ellas están de espaldas a la casa y Bastian y yo en frente de ellas. Él se está encargando de ponernos

el

desayuno a los cuatro.

– ¿Dónde habéis estado? Ayer estuvimos en vuestro trabajo y casa, no respondisteis.

– Este año no podremos escaparnos en San Valentín porque tenemos trabajo y hemos decidido adelantar la fecha – contesta Bibi emocionada.

– Gracias cariño – Bastian me acaba de poner un plato de comida considerada, desde que hablé con

la Doctora Weinn, entendió que dulce bebé necesitaba

alimentarse de todo – ¿estáis libres para el domingo?

– Sí – contesta Diane – ya nos acaba de decir

Bastian que os casáis el domingo, ¿por qué tan pronto?

– Ni siquiera lo sé. El uno de febrero me caso y aún quisiera debatir una prolongación de la fecha.

– Negativo – Bastian gruñe besándome la cabeza y sentándose a mi lado.

– Cocinas de puta pena Trumper – dice Bibi – se te ha quemado el huevo.

– No lo comas. Te vendría bien perder un poco de peso.

Bibi le tira un trozo de pan francés a Bastian y las tres nos reímos. Él no.

– ¿Cuándo te pidió matrimonio? – Me pregunta

Diane, ella está pinchando del plato de Bibi.

– El lunes.

– ¿Lunes? – Repiten ambas.

– ¿Ves Bastian? No hay tiempo suficiente para preparar nuestra boda.

– Diablos que no, – Bibi se ríe – ¿dónde es la boda?

– Aún no lo sabemos porque estamos esperando confirmación de una iglesia. Hay tres que me gustan

mucho y dos nos han rechazado.

– Porque no me has dejado chantajearles ni

comprar la iglesia – añade mi león gruñéndome y le

ignoro.

– Vaya, mañana es sábado – apreciación por parte de Diane.

– Sí, lo sé. Hoy tenemos un infierno de cosas que hacer. Nuestras madres se están encargando de todo.

– Parecen dos charlatanas que no dejan de hablar a todas horas – Bastian se ríe y yo también.

– Es verdad, están insoportables desde que les dijimos que nos casamos el domingo. Lo están preparando todo y a mí me están volviendo loca.

– ¿Tienes el vestido? – Bibi me pregunta, Diane le mete mano disimuladamente.

– Sí y no. Sí porque he decidido que tengo que llevar uno y no porque aún no lo tengo. El miércoles fui

con nuestras madres y mis amigas, pero no se pusieron

de acuerdo. Bastian no ayudaba tampoco a quejarse

de que lo dejábamos apartado en otra parte de la tienda.

– Tradiciones absurdas y sin sentido – me mira Bastian – no te casas virgen por la iglesia pero mantienes la tradición de que no puedo ver el

vestido.

– Calla Bastian – Diane capta su atención – por supuesto que hay que respetar todas las tradiciones.

¿Tienes algo nuevo, viejo y azul?

– No tengo ni idea – le contesto sinceramente – es que si me preguntáis por algo de la boda, no sabría

que deciros porque ni siquiera sé dónde me caso.

– ¿Por qué no lo hacéis aquí en el jardín? –

Sugiere Bibi.

– Lo hablamos Bastian y yo pero al final nuestra lista de invitados ha aumentado más de lo que

creíamos. Queríamos una boda íntima, sencilla, y al

final tenemos una lista de casi trescientas personas.

– No hay espacio – sentencia Bastian.

Hablamos durante el desayuno sobre la boda y sobre sus cosas. Las chicas ya no acuden a ningún otro club porque no confían en nadie, ahora tienen fiestas privadas en el sótano de su casa que han insonorizado. Le contamos que ayer vino Bill y eso

cambia de humor a Bastian que se distrae dándome la

pastilla que me corresponde y tomándose las suyas

para el corazón. Ha pasado un rato desde que Bastian

quitó las cosas de la mesa y nos estamos cansando de

estar aquí sentados.

– Nena. Tenemos mucho que hacer – mira su reloj y asiento.

– Sí, nosotras también nos vamos. Tenemos que pasarnos por el trabajo a ver si han sobrevivido a nuestra ausencia – Diane también mira su reloj.

Ninguno de nosotros nos levantamos porque

Bibi ha sacado su Tablet y está encendiéndola.

– Se nos olvida algo – dice cantando.

– Ya os avisaremos por mail – digo riendo,

Bastian está haciéndome cosquillas.

– No – Bibi canta de nuevo y los tres la

atendemos – me declaro oficial al mando de la

despedida de soltera que tendrá lugar esta noche.

– ¡NO! – Grita Bastian.

– No lo intentes cariño, mi amiga se pasó toda la

noche de ayer intentando convencer a Bastian. No

cederá.

– ¿Quién le ha dado permiso a Bastian para

opinar? Tiene pene. Si tiene pene no puede opinar
en

tú fiesta de despedida.

– Ella es mía y sí opino – Bastian le gruñe y yo me levanto ignorándoles.

– Trumper, es su maldita despedida de soltera.

El domingo estará atada de por vida. Nosotras la tuvimos y si está cumpliendo con todas las tradiciones

de una boda, tiene derecho a tener su despedida de soltera.

– Verás como no la tiene – Bastian sonrío.

Diane se levanta y nos juntamos para que siga acariciando la barriga. Oímos de fondo como discuten

Bastian y Bibi por la despedida de soltera, a Diane le

gustaría ser madre pero Bibi no es partidaria de los

niños porque piensa que aún son jóvenes.

– Me dice que donde dejaríamos a los niños

cuando nos follamos a nuestras amigas – Diane se ríe.

– Ems, bueno... siempre podréis traerlos a casa

para que jueguen con los míos. Pero entonces

tendríamos un control directo de vuestras fiestas

privadas.

– ¡Qué no, Bibi! – Grita mi prometido.

– Bibi, déjalo ya – le digo acercándome a

Bastian – tranquilo cariño, no habrá despedida de

soltera.

– Sí que lo habrá. Di algo Nancy – Bibi tiene una lista de cosas que no debe de olvidar para mi despedida de soltera.

– Si es imposible que me dé una semana más para la boda, ¿cómo crees que va a ceder para que esta noche tenga mi despedida de soltera?

– Ah – Bibi se acuerda de algo – nada de sexo ni de dormir con ella el sábado, es otra tradición. Bastian me mira y las tres nos reímos menos él.

Se va enfadado, refunfuñando hacia la habitación mientras yo las acompaño hasta la puerta. Hace frío y

el día está nublado, parece que va a llover, me abrazo a

mí misma.

– Hazme caso, cederá – dice Bibi confiada.

– No lo hará. Mi amiga lo intentó, todos lo intentamos.

– ¿Tú quieres una?

– No lo sé.

– ¡Te ha arrastrado a su vida de amargado! –

Grita Bibi para que él lo escuche, le responde gruñendo

desde algún punto de la casa.

– Déjalo ya Bibi, pienso que aún te afectan los

cocktail que te tomaste hace unos días.

– Mojigata – susurra a su mujer.

– Gracias por haber venido. Estad disponibles y atentas a las próximas horas. Os mandaremos la confirmación.

– Nos veremos esta noche, no te preocupes –

Bibi dice la última palabra metiéndose dentro del coche

con su mujer.

Cierro la puerta sonriendo cuando Bastian aparece.

– No vas a tener una despedida de soltera.

– Bastian, es hora de irnos. No quiero llegar tarde a mi despedida de soltera.

Me vuelve a gruñir. Lleva haciéndolo todo el día. No sé en qué momento me ha dado bandera verde

para que vaya a mi despedida de soltera. Bueno, bandera casi verde si cuento con que él va a estar conmigo. Son las seis de la tarde y ya he perdido la

cuenta de cuantas veces me he cambiado de vestido.

Ninguno es el adecuado para Bastian, al final, me he

puesto unos vaqueros blancos y una camisa atada al

cuello brillante que esconde el peso que voy ganando.

Me miro en el espejo sonriendo porque escucho a mi

prometido quejarse.

– A ver.

Cuento con que tengo que girarme y darme la vuelta para que vea el resultado final. Hace dos minutos ha comprobado que no sangro y que el embarazo sigue su curso. Al tenerle frente a mí, silbo

piropeando a semejante hombre que ha entrado por la

puerta y qué me está sonriendo.

– Señor Trumper, va usted muy pero que muy guapo.

Ha dejado de sonreír porque está evaluándome de arriba abajo. Sí, una acción que hace a menudo desde que me conoce, prohibiéndome y admitiendo mi vestimenta. Mientras, me deleito con su cuerpo vestido con esos vaqueros rotos por algunas partes que le cuelgan de la parte baja de su cintura, lleva la cadena que se pierde en su bolsillo. Su camiseta de manga larga negra y cuello en v dibuja la figura musculosa de

mi león. Levanta su dedo índice y hace que me gire, lo

hago sin quejas porque sería inútil negarme a hacerlo.

– ¿No vas demasiado apretada? – Me señala hacia los pantalones.

– No, estos me quedaban un poco grandes.

– ¿Por qué veo tu trasero más grande? No solo tú trasero, incluso tus tetas. Vas demasiado expuesta

y...

– Oh Bastian. Ya basta – doy unos pasos hacia él – no llevo vestido porque no quieres que lleve tacones, porque según tú, puedo tropezarme y caer.

Me he puesto las botas de motera blancas que me compraste el año pasado porque me lo has aconsejado,

llevo unos vaqueros y esto que me ahoga como para

asarme de calor. Ya es suficiente, ¿no crees?

– No vayamos a ningún lado – se ríe

apretándome contra él.

– ¿Vayamos? Eres tú quién te has apuntado a una fiesta donde no has sido invitado.

– Ni en tus mejores sueños irías sola. Yo he renunciado a tenerla por estar contigo.

– ¿Qué? – Le golpeo en el brazo – le has

gritado a tus hermanos e incluso a Trevor. Podríais tener algo de espacio para hombres en la sala VIP de al lado.

Vamos al Bamper porque así lo han decidido las chicas, la verdad, estamos muy cómodas allí. Bastian

me ha asegurado de que no hay strippers o bailarinas y

que podemos acceder a una pista de baile privada. Él

ha invitado a sus hermanos y a Trevor pero dudo mucho que nos dejen solas, Bastian me ha jurado y perjurado todo el santo día que Bibi había preparado

algo y que no se fiaba de ella.

– Yo solo quiero estar con mi prometida menos dos días y – mira el reloj – seis horas.

– No me hables de la boda.

Bajo la cabeza apoyando y él apoya su frente contra la mía. Nos hemos quedado sin iglesia, aún no lo

saben nuestras madres, pero probablemente nos conformaremos con casarnos en algún lugar que

Bastian reserve; el club de golf o algo parecido. Le he

dicho que quisiera ver algo de verde pero él dice que

con la nieve que cae por las noches lo duda. No

vamos

a decir nada sin embargo, queremos mantener el secreto y ya hemos mandado un mail en cadena a nuestros amigos diciéndoles que la confirmación se la

damos mañana a primera hora.

– Nena. ¿Por qué no...?

– Prohibido hacer nada al respecto, la iglesia

estará ocupada y esa familia ya tenía planes antes que

nosotros.

– Pero...

– No, tampoco puedes secuestrar al cura,

comprar la iglesia o el Vaticano entero. Hoy ha sido un

largo día, mañana, ¿vale?

– Cómo quieras. El domingo nos casamos, sea donde sea y delante de quien sea. Me da igual quien

esté a nuestro lado. Tú tienes tu vestido, yo tengo mi

traje, tenemos los anillos y me he encargado de la luna

de miel.

Hoy hemos hecho muchas cosas productivas.

He ido a la tienda de vestidos de novias con más calma

y con la ayuda de las chicas que trabajan allí he

escogido el vestido que he querido. Me han dicho que

es de la nueva colección y que nadie los ha visto, me

consuela saberlo aunque sé que Bastian no sabría diferenciar unos de otros. Cuando él estaba en la sala

de al lado tomándose un café, ha preparado la luna de

miel de la que me olvidé por completo, ha estado ocupado haciendo los arreglos y me ha dicho que es

una sorpresa. Así que no tengo ni idea de donde me

llevará Bastian después de la boda. Hemos almorzado

con Diane, Bibi, Trevor y Nella, más tarde se han
apuntado las gemelas y Rachel no ha tardado en
unirse

tampoco cuando ha cerrado su tienda por unas
horas.

El tiempo ha pasado volando y cuando ha sonado
mi

móvil, la confirmación de la cancelación de la
iglesia

me ha desmotivado. Por eso Bastian ha accedido a
que tenga mi despedida de soltera, me han visto
desanimada y entre todos, le han convencido.

– Estoy deseando saber dónde me llevas de luna
de miel y de ver mi regalo de boda.

– Eso tiene que esperar a que regresemos.

Bastian también me ha dicho que tiene un regalo de boda para mí, más de uno, pero que no le pregunte

porque quiere que me relaje en mi luna de miel. Yo no

le he comprado nada, le debo algunos regalos y él me

lo da todo, me dice que le he dado la vida, mi estado

civil e hijos, no quiere nada más. Luego le pediré a las

chicas si me pueden comprar algo sexy para que le

haga algún striptease o algo, Bastian no me deja sola y

dudo que pueda escaparme para hacerlo por mí misma.

Me ayuda a embutirme en mi chaqueta de cuero negra, me ha liado una bufanda que me deja sin respiración, llevo guantes y no quiere que lleve bolso.

Él lleva una chaqueta de cuero negra, sin bufanda, sin

guantes y sin nada más que las llaves y el móvil. Su

pelo está despeinado y el rubio de su barba asoma con

tanta facilidad que no ha servido de nada que se afeitase esta mañana. Me lleva en brazos hasta el

garaje donde me sube en el famoso coche rojo que le

enseñó a Bill.

– Debo de decirte que dentro de unos meses puede que no quepa en el coche.

No dice nada, abre la puerta hacia arriba y me siento en el coche que es tan bajo que casi rozas el suelo. Bastian se agacha ocupándose de poner bien mi

cinturón, le he dicho que no me bese en los labios para

que me dure el color pero lo hace de nuevo para fastidiarme. Dice que voy demasiado sexy y que no

consiente que mi trasero esté tan expuesto, yo me he

negado a llevar un abrigo largo para llevarle la contraria y que no cante victorias innecesarias.

Aparca a Batman en el callejón que hay detrás del club porque nos evitamos el agobio de la gente.

Cuando entramos adentro, lo primero que hace es quitarme la chaqueta y la bufanda, me ha dicho que ha

mandado a que suban la calefacción, probablemente

nevará esta noche de nuevo y no es bueno el cambio

de temperatura para dulce bebé. Me impresiona

como

puede llegar a pensar en cosas que ni siquiera yo

misma me planteo. Mira el móvil porque Rachel ha

mandado un mensaje confirmándole que vienen

algunas amigas más y que están en camino. La pareja

de Diane y Bibi vendrán solas porque Bastian les ha

prohibido que vengan con alguna de sus amiguitas especiales.

Nos sentamos en una nueva sala VIP que

Bastian ha mandado a preparar para todos. Hay sofás

cómodos, mesas grandes con sillas a juego, barra de

bar con bebidas con algunas chucherías y una puerta

que creo que es el baño. Bastian deja mis cosas sobre

el ropero de la entrada cuando va a saludar a Ryan.

– Espera un segundo.

– No. Relájate por un momento y dile que pase para charlar con él.

Duda en mis palabras pero asiente indicando a Ryan que entre.

– Señorita Sullivan.

– Oh Ryan, no actúes como si no me conocieras.

– Nena, es su trabajo y...

– No le hagas caso Ryan. ¿Por qué no te unes a nosotros y tomas una copa? Te vendrá bien integrarte con todos.

– Nena, él tiene que...

– Muchas gracias Señorita Sullivan, pero me temo que llevo unos días de descanso y esta noche tengo que trabajar.

Oh. Es verdad. No he visto a Ryan desde...

ems, no me acuerdo, ya me había olvidado de que

no

estaba con nosotros. Supongo que la parte humanitaria

de Bastian le habrá dado descanso y hoy tendrá que

trabajar, no me quiero entrometer en los asuntos de ambos. Me siento inútil.

– Al menos prométeme una copa y un rato de descanso.

– Lo intentaré. Permítame daros la enhorabuena a ambos.

– Gracias – susurra Bastian, me acerco a él para abrazarle.

– Nacerá en septiembre y Bastian ya le ha comprado sus primeros regalos.

Ryan se ríe y Bastian también.

– Y gracias a que lo hice, porque ayer te

gastaste unos miles de dólares en cosas para el bebé –

se dirige a Ryan – si no lo hubiera hecho yo ella se hubiera adelantado. ¡Qué egoísta!

Golpeo el brazo de Bastian y les dejo hablar de sus cosas mientras me abro una lata de soda que bebo

con gusto. Las chicas deben de estar por llegar. Esta

noche voy a relajarme, voy a disfrutar de mi noche

tras

la decepción de la iglesia y de los últimos

acontecimientos que me tienen presionada. Gracias
a

Dios que nuestros padres estarán juntos en algún
lugar,

haciendo cosas de bodas o no haciendo cosas de

bodas, pero me da igual, me gusta que se
relacionen

porque eso quiere decir que si están juntos es
porque

me caso el domingo.

Me caso el domingo.

Veo la cabeza de Rachel y que está sonriendo.

Las chicas la siguen detrás de ella.

– Qué grande es esto, ¿no? – Me abraza,
dándome un beso – qué guapa estás.

Nos quedamos abrazadas más de la cuenta
porque la necesito, hoy estoy especialmente
mimosa y

quiero que me den abrazos, besos, que me digan
que

no estoy gorda y que estén a mi lado. Saludo a las
chicas y pronto nos vamos juntando todos, han
venido

con algunos novios y Bastian está hablando con
ellos,

pobres, estarán recibiendo órdenes de no mirarme
más

de la cuenta. Tengo a Rachel sentada a mi lado y abrazada, apoyo mi cabeza sobre su hombro y ella me

abraza en respuesta, acaricia mi brazo y estamos hablando de que Diane y Bibi aún no han aparecido.

Sebastian ha venido y habla con Trevor en frente de nosotras, justo en una mesa donde se ha sentado Bastian. Hace un rato me ha comentado que

no se fía de uno de los novios de mis amigas y yo le he

dicho que se tranquilice y mantenga la calma. Tras una

charla entre chicas nos animamos a bailar, le

hemos

mandado un mensaje a Diane y Bibi pero no nos responden, algo están tramando y como tenga que ver

con personas desnudas, vamos a tener problemas

Bastian y yo. Algunas nos dirigimos a la pista de baile

cuando Bastian está haciendo todo lo posible por retenerme sentada en sus piernas.

– No me deja – les digo a Sebastian y Trevor –
por cierto, ¿dónde está Sebas?

– Dice que vendrá más tarde. Es decir, no
vendrá – contesta Sebastian.

– Bueno, pues me voy a la pista de baile –
intento soltarme pero Bastian no me deja.

– ¿No prefieres quedarte a charlar un rato?

– Quiero menear este cuerpo hasta que mi
tamaño me lo permita. Dentro de unos meses no
me
veré ni las uñas de los pies.

Beso a Bastian luchando contra su agarre, no
me deja ir. Se levanta conmigo y me acompaña
hasta
la pista de baile privada.

– Nena, ¿por qué te empeñas en hacerme
sufrir? – Agarra mi cara con ambas manos.

– ¿Bailas? Nunca bailas conmigo.

– ¿Bailar yo? Antes prefiero tragar gasolina.

– Un ratito, conmigo – le pongo morritos.

Me niega asustado como si le hubiera

preguntado algo raro. Sin embargo, se queda
inmóvil,

inyectando sus ojos sobre mí, observando cómo
me

muevo al compás de la música. Muerdo mi labio

inferior restregándome sobre sus pantalones, él
tiene la

culpa por ser tan perfecto para mí. No se mueve,
se

queda parado viendo como mi trasero roza la parte
de

los vaqueros que creo que abultará pronto si no lo ha

hecho ya. Sus manos tocan mi cintura cuando una mano le frena.

– Trumper, las manos quietas – Bibi se asoma y nos sonrío. Dejo caer mi espalda sobre el cuerpo de

Bastian que me abraza fuerte.

– ¿Por qué habéis tardado tanto?

– Solo son las ocho de la tarde. ¿Era necesario venir tan pronto? Vamos Nancy, tenemos algo para ti.

– No – niega Bastian.

– ¿Qué es? – Pregunto intrigada

– Sorpresa – Rachel intenta separarme de

Bastian que me sujeta fuerte – yo lo sé cariño, te va a

encantar.

– ¿Tú lo sabías?

– Vamos Nancy.

Los tres forcejean por separarme de Bastian, él

está nervioso y no me suelta. Me hacen daño. Con la

ayuda de Diane y mi apoyo moral hacia mi prometido,

le relajo diciéndole que no se separe de mí, que

caminemos juntos. Subimos la escalera hasta donde

estábamos cuando me encuentro algo grande tapado

con papel rosa. Los que estaban sentados se han salido

hacia fuera ya que ocupa bastante espacio, les miro a

todos y en especial al matrimonio femenino que no paran de reírse. Rachel me empuja hacia delante pero

no hay manera de separarme de Bastian.

– Mi amor, han dicho que no es un stripper – tranquilizo a Bastian.

– Nancy, por favor, estoy muy mal. Me duele el corazón.

Ladeo mi cabeza y recibo un pequeño empujón por parte de Bibi.

– Aguafiestas. Déjala disfrutar. Vamos Nancy, ve a abrir tu regalo, nos hemos pasado toda la tarde intentando buscarte el mejor.

Me quedo sola ante lo que sea esto que está delante de mí, miro hacia atrás y las chicas están tranquilizando a Bastian que ha subido su mano hacia el corazón. Le están diciendo que no hay ningún hombre desnudo ni tampoco ninguna mujer. Todos me animan a que siga y descubra que hay debajo. Subo

un

hombro acariciando mi barriga, adelantándome a la

sorpresa. Evalúo este objeto grande, tiro del lazo rosa

decidida, aparto el papel que lo cubre para ver que hay

una tarta gigante en forma de pene. Me río a

carcajadas mirando hacia atrás viendo como Bastian

está un poco mejor, todos se ríen porque esta especie

de tarta con golosinas en forma de pene tiene

verdaderamente el tamaño de un gran pene.

– Nancy, tira del cordón rojo que hay en la

cima.

Bibi me grita y obedezco tirando del cordón rojo, de repente sale un muñeco hinchable con forma de pene y con un consolador de última generación con luces rosas que pone “Feliz último orgasmo solitario”.

Continúo con el ataque de risa sintiendo como Bastian

se coloca a mi lado, está mirando este regalo negando

con la cabeza.

– La caja Nancy, la caja – grita Bibi.

– ¿Hay más?

– Por supuesto.

Con Bastian al lado, me ayuda a quitar el papel de regalo de una caja que hay justo al lado de la tarta.

Al abrirla puedo ver juguetes sexuales sin estrenar, entre la oscuridad y la poca luz que hay, puedo divisar

algunos consoladores y artilugios de placer sexual.

Bastian coge de la caja un disfraz de enfermera que

tiene de todo, menos de enfermera; lo divisa y asiente

con la cabeza. Eso le ha gustado más.

– Como tu prometido es un jodido bastardo

aburrido – Bibi se coloca entre ambos – vas a tener

que conformarte con estos regalos y ¡con gorritos de

penes para todas las chicas!

Nos grita en el oído y todas se adentran para coger sus gorritos de penes. Diane y Bibi se unen poniéndose uno de dos tetas sobre la cabeza.

Empiezan a rodar los platos de plástico con forma de

vagina y tenedores con forma de penes, abrazo a

Bastian quien está compartiendo este momento junto a

mí.

– Han pensado también en ti, ¿eh? – Le beso poniéndole un gorro de las tetas sobre la cabeza.

– Ya sabes que esta noche vas a tener que cuidarme mucho y atender a este paciente.

Bastian se apodera de la caja y se la da a Ryan.

Ya sé que va a llegar a casa con nosotros. Todos nos

sentamos más unidos comiéndonos un trozo de tarta,

Bastian ha partido mi trozo y ha intentado que no me

coma ninguna parte de los penes que la componen, él

se ha cogido un par de testículos y yo me río porque se

los va a comer.

Creo que no me he sentido tan bien en mi vida

como lo estoy haciendo en mi despedida de soltera,

esto anula todas mis presiones de los últimos días.

Estamos todos aquí juntos, disfrutando, hablando,

bailando y lo único que me importa es que tengo a

Bastian a mi lado. Si por mí fuera, me casaría esta

misma noche, deseo tanto ser la Señora Trumper que

hasta duele, le necesito a mi lado para siempre y ya

queda menos para hacerle eterno.

La fiesta progresa adecuadamente, casi que

Bastian me ha dejado bailar y ahora estoy sentada

sobre sus piernas porque está diciéndome lo que

va a

hacerme esta noche. He hablado con mis amigas,
les

he contado una vez más como va a ser mi vestido
de

novio sin que Bastian me oyera y por fin ha
aparecido

un Sebas serio. Nada anormal teniendo en cuenta
que

jamás le he visto sonreír, dudo en si tiene dientes o
si

su lengua existe, su cara de mal humor borra lo
bonito

que pueda mostrar. Bastian está mordiéndome el
lóbulo

de la oreja cuando Ryan se acerca a nosotros

haciéndole una señal, automáticamente él se levanta.

– ¿Pasa algo?

– Ahora vuelvo. No te muevas de aquí, no vayas a la pista de baile. Ya sabes cómo me siento si no te veo bailar.

Le sonrío viendo cómo se dirige hacia Ryan, no dejo de mirarle cuando le dice algo que hace que baje la cabeza, pase su mano por la frente y cierre los ojos.

Se cruza de brazos mientras le sigue contando algo que no me está gustando, me pilla mirándole y no

gesticula,

sus hermanos se dan cuenta y siguen la misma mirada

que sigo yo. Le leo en los labios afirmándole a Ryan y

regresa conmigo, se sienta a mi lado y sube una de mis

piernas sobre las suyas acariciándomelas. Una táctica

de distracción, me va a decir algo malo.

– Bastian – me muestra el dedo índice para que

le dé un momento, está pensando. Aparto mi pierna

para acercarme a su cara – háblame.

– Bill.

– ¿Está aquí?

– No. Hay un problema en uno de los clubs. Le han pegado y Ria ha llamado, alguien muy importante

le tiene retenido y quiere que vaya.

– Bastian, no lo hagas. No es tu problema y...

¿Ria?

– Sí. Ayer me dijo que últimamente se veían, que se ha peleado con Molly y su hermano. No se hablan.

– ¿Por qué me lo cuentas ahora?

Se toca los ojos como si estuviera decidiendo en si ir o no ir. Por una parte sé que quiere pero por

otra

él no me dejaría en esta noche tan especial. ¿No lo haría, verdad?

Me mira poniendo una de sus manos sobre mis piernas y ya estoy demasiado enfadada como para que no me afecte lo que me vaya a decir.

– Nena. Esto es demasiado serio. Esa gente de los clubs son mafias y por mucho que odie a ese hijo de puta, no puedo dejar que lo maten.

– ¿Me dejas otra vez?

– No, – frunce el ceño acariciando mi

mandíbula – no te dejo nena. Me caso contigo,
¿cómo

voy a dejarte?

– ¿No entiendes que siempre van a estar ellos
por encima de nosotros y nuestra felicidad? Otra
vez

Ria, va estar siempre ahí.

– Ella no me preocupa. Bill me preocupa, lo
sabes.

– ¿Te dijo que esta noche iría a un club?

– Es viernes por la noche, claro que va a los
clubs – hace una pausa – él no me dijo nada. Tú
misma me apoyaste anoche.

– Anoche me escogiste, hiciste bien porque te quieren llevar otra vez hacia la oscuridad. ¿No lo entiendes? Ellos están atrapados en sus vidas de mierdas, dulce bebé y yo somos tu única verdad.

– Lo sé, ¡joder! Le he dicho a Ryan que prepare el coche. No están muy lejos de aquí pero no me gusta

la zona donde está ni el dueño del club. Estarán dándole una paliza y...

He dejado de escucharle. No me puedo creer que los escoja otra vez. ¿Esto me espera siempre? Sus

amigos metiéndose en problemas y yo en casa

esperándole. Siempre va a ver un ellos y una Ria que

no dejará de interponerse entre él y yo. Me da pena,

pena de que yo lo vea y Bastian no. Le miro impasible

ante sus ojos intimidantes. Cada día le pierdo más el

respeto, lo hago porque él se lo pierde así mismo.

– Haz lo que quieras Bastian. Siempre lo haces.

– Nena. ¿He estado a su lado desde que estoy

contigo? No. Me he dedicado a adorarte, a darte mi

cuerpo y mi alma. Si no fuera grave no estaría

preocupado, le hubiera dicho a Ryan que no me

dijera

nada más, pero lo es. Ayer me contó que ya tenía problemas con ese hombre y he descubierto esta tarde que son mafia.

– ¿Te has puesto a mirar eso cuando elegía el vestido de mi boda? Qué detalle por tu parte pensar en

eso mientras estoy haciendo la mierda de la boda por ti.

– ¿Mierda de boda? – Rachel se iba a acercar pero Sebastian le ha negado con la cabeza – no nos hemos casado porque te he dado hasta el jodido

domingo, el martes debiste ser mi esposa. ¿Qué digo?

El día que te conocí. Debí arrastrarte a una mierda de

iglesia y hacerte mía para siempre.

Abro la boca con lágrimas en los ojos. No puede

despreciar tanto el matrimonio, la boda. ¿Qué es para

él lo que va a pasar el domingo?, ¿un estatus social?,

¿una mujer con un anillo a la que pasear?

Me levanto hacia el baño cerrando la puerta,

Bastian no tarda en abrirla y muy inteligente por su

parte haber puesto una sin cerradura. Susurra mi

nombre a pesar de que me estoy refrescando la cara,

puedo oír desde aquí los latidos de su corazón.

– Vete Bastian, con suerte llegas para salvarle la vida.

– No quiero dejarte así. Me niego a meterte en el coche y que te vean o que os pase algo. No quiero

que dulce bebé se rodee de esta mierda. Si voy ahora

le diré que no me llame más, con Ria no tengo nada de

qué hablar. Llevo desde el año pasado sin hablar con

ella cuando se despidió de mí diciéndome que se

iba a

Tailandia. Nena, te digo la verdad. Confía en mí.

Me reservo el derecho a callarme. Prefiero

escoger la opción de no decir ninguna palabra, no

discutir, no hablar, no llorar y ni mucho menos darle el

placer de verme mal. Es mi despedida de soltera para

la maldita boda, según él. Voy a disfrutar mi lo que sea

y si él prefiere tener una segunda vida, allá él.

Su cara está descompuesta. Está incluso hasta

pálido, no se da cuenta que no es un chico de veinte

años y que ha sufrido un infarto al corazón. Si no
le

cuido yo, nadie lo hará, porque él siempre tendrá
oídos

y ojos para todo el mundo, menos para él. Me

preocupa verle así por culpa de otras personas.

Estamos uno enfrente del otro, yo apoyada en el

lavabo y él justo sobre la puerta, muevo la toalla
oscura

sobre mis manos. Espera a que diga algo y no seré
yo

quien le dé órdenes de qué hacer con su vida, es un

hombre adulto y es hora de que sea consecuente
con

sus propios actos.

– ¿Me voy con Rachel o...? – Me frunce el
ceño suspirando.

– Te vas conmigo. Vendré en quince minutos.

Te lo prometo. Lo que tarde en solucionar el
problema.

– Eso de quince minutos no te lo crees ni tú, –
dejo caer la toalla – haz lo que quieras Bastian.
No sé

qué haces aquí, ya deberías estar allí con ellos.

– Primero estás tú. Quiero asegurarme de que
estarás bien.

– No lo estaré. Por el simple hecho de que no lo
voy a estar. Te vayas o no, ellos ya te han
aclamado y

estarás pensando en ellos antes que en estar aquí.

Vete, vete con ellos y haz lo que tengas que hacer.
Yo

pienso disfrutar de esto que han preparado para
los

dos, total, solo son nuestros amigos no haciendo
planes

en viernes para pasar un rato con nosotros antes de
la

boda.

Paso por su lado sintiendo su agarre sobre mi

brazo. Su respiración es acelerada y me abraza
fuerte

chocando mi espalda contra él, agacho mi cabeza

negando. ¿Por qué se empeña en escogerlos? Nos

iba

todo tan bien.

– Nena, por favor. Te necesito. No haría esto si no estuvieras a mi lado. Tengo un infierno de miedo a

perderte, a que perdamos a dulce bebé por los problemas de Bill. Quiero alejarle definitivamente de

nosotros.

– Vete.

– No me iré hasta que me des un beso, hasta que me asegures que estarás bien por los próximos minutos. Tortúrame de la manera que quieras, me lo

merezco, pero no me dejes marchar sin saberlo.

Me doy media vuelta para abrazarle. Se

sorprende y ni yo tampoco me esperaba este impulso.

Este hombre va a enterrarme, me he dicho tantas veces eso a mí misma que algún día se hará realidad.

Baja su cara para que nos besemos y le correspondo al

beso. Intenta sacar la lengua pero se choca con mis labios, ¿tortura? Él no sabe el grado de enfado en el

que me encuentro. Se la voy a devolver y muy grande

por dejarme abandonada este día tan especial por

culpa de Bill y Ria. William, Billy, ¡gilipollas!
Espero

que la mafia o lo que sea le estén dando su
merecido.

Giro mi cuerpo de nuevo para abrir la puerta,
pero su brazo me lo impide. Suspiro enfadada,
encarándole de nuevo.

– ¿Qué?

– Prométeme que no me dejarás.

– Estoy embarazada. No te dejaré. Pero no
esperes encontrarte con una sonrisa feliz porque no
lo
soy.

Frunce su ceño, gruñéndome. ¿Gruñirme a mí?

– Sí lo eres. Eres feliz porque vamos a casarnos y porque vamos a ser padres.

– Lo que sea – giro mi cuerpo de nuevo.

– ¡NENA! – Me grita, vuelvo a mirarme enfadada – dime que eres feliz.

– Sí, soy feliz. Feliz de que te vayas con Bill y Ria. Y feliz de que si no te vas, te quedas con una cara de dólar imborrable. Vete y haz lo que tengas que hacer. Si tardas mucho me quedaré en casa de Rachel, ella no ha ido al hockey con Alan por estar a mi lado y le debo al menos que esté conmigo aquí.

Abro la puerta cuando él iba a cerrarla

encontrándome precisamente con Rachel al otro lado.

– ¿No estaréis teniendo sexo en el baño? Voy a orinar – me sonrío.

– No. ¿Quieres un parte informativo? Bastian se va con su amigo Bill y con Ria – ella abre la boca

en forma de o – sí, ya ves, no puede decirle que no a

su pasado. Me voy a bailar.

Ignoro a Rachel y Bastian dejándoles atrás

olvidándome por los próximos minutos de que estoy

prometida con el hombre que no dejará de abandonarme.

Uno mi cuerpo al de morena que tiene los brazos abiertos, me abraza y bailamos una canción aunque escuchar la música sea lo que menos quiera.

– ¿Bastian te ha dejado entrar en la pista sola?

– Besa mi cabeza sonriendo.

– Él me ha abandonado de nuevo.

Al final dejo caer unas lágrimas que estaba conteniendo desde que Bastian me ha dicho que se va.

Poco después se unen en la pista Rachel acompañadas

de Diane y Bibi, piden espacio para mí y me sacan de

la pista. Yo les sonrío diciéndoles que voy a bailar ahora que Bastian no me ve.

Más tarde, lo que iban a ser quince minutos, se ha convertido en dos horas. Se acabó la fiesta, mis cuñados se fueron con Bastian y dejó a Trevor para

que cuidara de mí, pero ahora debe de acompañar a

Nella porque tienen al niño con una canguro nueva y

no se fían. Diane y Bibi se quedan conmigo y también

Rachel, que no se ha separado de mí en ningún

momento. Solo quedamos nosotras, Trevor está ayudando a su chica a ponerse el abrigo.

– ¿No queréis que vuelva? – Trevor pregunta nuevamente y yo ruedo los ojos.

– Él solo quería una presencia masculina para que no me pasara nada, – le digo negando con la cabeza – iros tranquilos y dale muchos besos al niño.

– Llámame mañana, ¿vale? – Trevor se acerca a mí dándome un beso sonoro – él te quiere princesa,
no lo olvides.

Me susurra apartándose de mí.

Sí, puede quererme todo lo que quiera aunque
ahora no sé si está vivo o muerto. No tengo móvil,
llaves y ni siquiera sé dónde ha puesto mi abrigo.
Solo

quedamos nosotras, ellas mirando para cualquier
sitio

menos a mí, yo hago lo mismo intentando que no se
me

note la cara de vergüenza que este hombre me hace
pasar. ¿Qué necesidad tenemos de que todos sepan
que hemos discutido? La verdad es que no paro de
mirar hacia la entrada VIP. Cuando aparezca por la
puerta voy a pegarle fuerte y luego a besarle, está
enfermo, no puede luchar, necesita tranquilidad y

para

colmo se deja infectar por la oscuridad de su pasado.

Deseo que se olviden de él, que Bastian no acuda a

ellos nunca más. Aunque si soy sincera, la única que

me preocupa es Ria.

– Iros si queréis. Aquí estaré a salvo – digo

resoplando y bebiendo de mí copa. Es la tercera botella

de zumo que bebo, dulce bebé ama la piña.

– No tenemos nada que hacer de todas formas

– responde Diane.

– Y yo mañana no abro la tienda.

– Estará a punto de llegar, solo serán ¿qué?,
¿las dos o las tres de la mañana? No tengo reloj ni
dónde mirar la hora.

Rachel

lo

hace

mirando

su

muñeca

escondiéndolo rápidamente con la manga larga de
su

camisa. Le frunzo el ceño y yo le giro el reloj

nuevamente para ver que son las cuatro menos veinte

de la mañana, ¿a qué hora se fue?, ¿a las doce, una?

Era pronto aún. No me acuerdo. ¿Y si le ha pasado algo? Acaricio mi barriga, dulce bebé está durmiendo

pero yo estoy muy inquieta. Lo que iban a ser quince

minutos pueden ser horas de un secuestro, una paliza,

una tortura, algo que pueda herir a Bastian. Mi amor.

Ellas se dan cuenta de que estoy preocupada,

Bibi ha dado con mis cosas y ayuda a ponerme la

chaqueta junto con la bufanda. Estoy descompuesta
y

ya no sabemos qué hacer, dijo que le esperara aquí
y

eso haré.

– Mirad, es mejor que te vengas a casa Nancy

– Diane se levanta – estas embarazada y necesitas

descansar. Aquí vas a enfermarte esperando por

Bastian.

– Él vendrá aquí, a lo mejor está de camino.

Llamadle de nuevo, por favor.

– No contesta ni a las llamadas ni a los

mensajes. Nancy – dice Diane – vente a casa,
veníros

las dos y le dejaremos un mensaje para que te recoja

allí.

– ¿Y si está con ella?

Lo he soltado sin pensar. Sí. Mi única

preocupación es que Ria pueda manipularle de nuevo,

que sienta que aún es suyo y que haya inventado miles

de escenas para retenerle. La visualizo apartándole de

mí de nuevo y no sé por qué; el encontronazo con Neil,

la visita de Bill, la sospecha de que hay problemas con

algún club... temo que Bastian me esté mintiendo y mantenga El Sótano a mis espaldas. No. Él no haría

eso, él no me haría eso. Confío en él. Sí, debo de hacerlo.

Sí. Lo mejor será que me vaya a descansar.

Mañana me espera otro día duro y el domingo me caso. El domingo me caso. Sí. El domingo me caso.

Debo de casarme con él. Nos amamos y nos casaremos. Él no me dejaría tirada el día de mi boda,

¿verdad? No. Él se va a casar conmigo, llevo mi anillo

de compromiso y él lleva el suyo. Es un anillo que significa un mundo para nosotros, tenemos guardado

los de la boda y sellaremos nuestro amor el domingo.

Porque me voy a casar el domingo.

La cortina se abre para ver la cara que no esperaba ver. Ruedo los ojos resoplando, no voy a dejar que me vea mal. Me levanto de brazos cruzados

y se adentra hasta estar en frente de mí.

– Hola – dice Ria sonriendo.

– ¿Dónde está?

– En el coche esperándote. Hemos venido

juntos y quería asegurarse de donde estabas. No sabíamos dónde ir a por ti.

Diane aparece por mi lado para cogerla del cuello y estrellarla contra la pared. Bibi no hace nada,

Rachel está junto a mí y aunque disfruto de lo que le

hace Diane, no está bien.

– Diane – susurro.

– Vete con tu prometido Nancy. Ria y yo vamos a tener una charla muy seriamente.

Dudo en si marcharme o no, pero tras la confirmación de Bibi me da el empujón que necesito

para irme con Bastian. Sé que ellas se encargarán de

poner a Ria en su sitio, me gustaría quedarme a verlo

pero mi neandertal es lo único que me importa.
Rachel

se pone su abrigo para acompañarme y les dice que

ahora sube, las gemelas se han llevado su coche y no

tiene como ir a casa. Me ciego cruzando el
Bamper

entre la multitud, a pesar de la hora que es, este club

es el más famoso de la ciudad y en un viernes por la

noche está lleno al completo.

Salgo a la calle desesperada por ver el coche

rojo, pero hay uno negro con la puerta de atrás abierta.

Ya no hay cola esperando por entrar, solo Rachel que

está detrás de mí.

– Es Bastian – suspiro por la tranquilidad.

– ¿Me necesitas?

– Vuelve arriba y encárgate de darle su merecido a Ria. Por favor. Mañana te llamo.

– Sí. No te preocupes, siempre saldremos de todo.

– Gracias por ser más que mi amiga Rachel, te quiero tanto que jamás voy a poder demostrártelo.

– No nos pongamos sentimentales. Ve, tu hombre te espera – me guiña un ojo.

Recorro los pasos de acera hasta el coche, me asomo viendo a Bastian recostado, metiéndome dentro

tan rápido que ni yo misma me doy cuenta que he cerrado la puerta con un fuerte golpe.

Abro la boca llorando ante la imagen que tengo delante de mí. Bastian ni siquiera puede verme porque

tiene los ojos cerrados; le sangra la nariz, tiene sangre

reseca por toda la cara, su ojo parece hinchado y los

nudillos de las manos están ensangrentados. Si le quito

la chaqueta estoy segura de que tiene heridas.

– Bastian – susurro.

– Nena – me sonrío.

– ¡Ryan, muévete al hospital!

– Sí, señorita.

El coche empieza a moverse, enciendo la luz

interior del coche hacia su cara, no quiero dejar de

verle. Aguanto los llantos pero pronto saldrán, se

remueve en el asiento hasta poner su cabeza sobre mis

piernas.

– Dulce bebé – susurra – mía.

Dejo caer mi mano sobre su cabeza, escarbo buscando heridas profundas pero no veo sangre.

Bastian está inconsciente, balbuceando palabras sin

éxito, no termina las frases y está a punto de desmayarse.

– Cariño – trago la bola que se ha formado en mi garganta.

– Perdóname nena. Perdóname por fallarte de nuevo.

– No hables, estoy aquí. Dulce bebé y yo

estamos aquí.

– Te escojo a ti Nancy. Siempre a ti.

Y su cuerpo se relaja tanto hasta que se desmaya sobre mí.

CAPÍTULO 12

Está previsto que llueva a las cinco de la tarde.

Observo desde la ventana el paisaje verde que no es

cubierto por la nieve, y tampoco por flores, solo la

mezcla de los distintos colores que componen estas

vistas. Mis ojos se enfocan en las nubes que truenan

sobre las montañas mojándolas con el agua que

pronto

caerá a este lado. Memorizo cada rincón, no quiero

olvidar que una vez estuve aquí; parada, sola y

enfrentándome a la fuerza de la naturaleza que me

aclama. Pongo una mano sobre el cristal, hay barrotes

gruesos, algunas ventanas están restauradas y otras

conservan la piedra que se mezclan con otros tonos

más actuales. Resoplo por el agobio, me siento

atrapada en una mazmorra y nunca mejor dicho, abro

la ventana para que la brisa me bañe con su pureza y

vuelvo a respirar. Me contagio de la fuerza que la
Tierra me da, el aire es puro, el frío es inmenso y
no
siento nada.

Cierro los ojos dejando caer dos lágrimas. Dos
lágrimas de felicidad porque hoy voy a casarme
con

Bastian.

Los vuelvo a abrir sonriendo y acariciando mi
barriga, hoy un poco más grande. Muerdo mi labio
sorteando mi gran sonrisa y abrazándome a mí
misma,
vuelvo mi vista al paisaje que tengo frente a mí,
me

voy a casar en el lugar más increíble del mundo, y lo

voy a hacer con Bastian. Aún no puedo creer que mi

boda sea en el Castillo de Ashford, en el más bonito de

Irlanda. Nada puede superar a este día, nada puede

hacerlo más perfecto de lo que realmente es. Un

castillo, un castillo para una reina, como me dijo

Bastian.

Estas últimas horas han sido las más extrañas

que he vivido en mi vida, por donde nos encontramos y

por cómo han surgido los hechos de la noche a la

mañana. A Bastian le bastaron unos minutos en la noche del viernes para que le hiciera efecto los sedantes que le administraron por vía intravenosa, se

despertó enfadado arrancándose la medicación y agarrando mi mano saliendo del hospital sin ni siquiera

pedir el alta voluntaria. Nos dijeron que estaba bien y

en perfectas condiciones pero exigí al cardiólogo que le

hiciera algunas pruebas para asegurarnos de que su corazón funcionaba, pero mi neandertal se despertó

antes de que el médico pudiera hacer algo. Me

arrastró hacia el coche y se empeñó en conducir,
nos

enfadamos y discutimos a altas horas de la
madrugada

y Ryan tampoco pudo detenerle. Cinco minutos
después ya habíamos llegado a casa y estaba
abrazándome como si su vida dependiera de mi
cuerpo.

No dijimos nada sin embargo, solo nos echamos
sobre nuestra cama con la ropa puesta y
absorbiéndonos el uno al otro. Vimos el amanecer
juntos, la claridad de las nubes negras se colaban
por

las puertas francesas de nuestra habitación y

pronto la

lluvia bañó el jardín. Eran las seis de la mañana cuando

nos miramos a la cara por primera vez como si

hubiésemos estado durmiendo, nos sonreímos y nos

besamos. No hicieron falta palabras, nuestros

corazones hablaron y nos pedían a gritos que nos

amáramos. Hicimos el amor y Bastian me arrastró a la

ducha, fue allí, desnudos, tocándome la barriga y bajo

nuestros jadeos otra vez, cuando me pidió que me

casara con él en un castillo. Me sorprendí porque

pensaba que era producto de una larga noche y le tomé en serio cuando una hora después estábamos embarcando en nuestro jet privado; destino Irlanda.

En el jet se encargó absolutamente de todo. Sus dedos tecleaban a la velocidad de un avión, de su móvil

a su portátil; dando órdenes desde el teléfono, gritando

como siempre hace y sentenciando con la última palabra. Pensaba que era una locura porque creía que

nos íbamos a alguna otra ciudad, no que voláramos cinco mil kilómetros al otro lado del océano. Por

supuesto que era una locura y Bastian me había metido

en ella, solo nos bastó unas horas más para aterrizar en

el país de la cerveza negra y los prados verdes.

Quería decirle tantas cosas que me dejó muda

cuando el coche llegó al castillo que había reservado

para el fin de semana. Anoche dimos nuestra

afirmación a todo lo que nos ofrecían en el castillo y

esta mañana he amanecido con él abrazándome e

intentando meterme mano antes de que nuestras

madres irrumpieran en la habitación.

No hemos dormido en dos días y no me importa.

He de admitir que Bastian no lo ha hecho y que a mí

me ha vencido el sueño, pero han sido prácticamente

algunas cabezadas cuando me despertaba con la sensación de que me había abandonado otra vez.

Nuestros amigos y familiares estaban emocionados al

viajar en un gran avión que Bastian preparó para

todos. Casi trescientas personas viajando a Irlanda en

menos de cuarenta y ocho horas para presenciar el día

más importante de nuestras vidas como pareja.

Ayer, Bastian y yo hicimos un repaso con la lista que nos mandó nuestras madres desde el avión. Lo tenemos todo, y lo que falta, llegará hoy antes de las cinco de la tarde. Yo quería casarme al mediodía, pero

dadas las circunstancias de nuestro repentino viaje los

invitados necesitan descansar, como mi abuela, la pobre se quedó durmiendo todo el viaje con la abuela

de Rachel. Nuestras madres trabajaban mano a mano

con nosotros para hacer que esta boda sea la única e

irrepetible que jamás se vaya a celebrar.

Y es mi boda.

Cierro la ventana porque me congelo de frío.

Miro en el reloj antiguo de la pared que son más
de las

cuatro, he quedado con Bastian en la capilla a las
cinco

y cinco minutos, no me permitirá más retraso o se
arrastrará hacia mí para llevarme sobre su hombro
al

altar. Tengo tiempo. Sí, creo que tengo tiempo.

Acaricio mi barriga colocándome el vestido
mientras

me miro, las paredes miden cinco metros de altura
y no

me siento pequeña, la visión de mí frente al espejo

es

otra cosa diferente. Dulce bebé ha crecido en estos últimos días y mi vestido me aprieta un poco aunque

me encuentro realmente cómoda embutida en él. El encaje cae desde mis hombros hasta mis muñecas, llevo manga larga porque hace frío y si llevara otro,

Bastian no lo aprobaría porque pensaría que enseño

demasiado cuerpo. Mis clavículas asoman porque la

palabra de honor es baja, mis tetas aún no han crecido

a pesar de que Bastian dice lo contrario y resalto

lo

justo para que me vea perfecta. El vestido de color blanco roto cae sobre mi cuerpo realzando mis caderas

que se han formado un poco más y dejando a la vista

una pequeña barriga que se asoma tímidamente. Giro

dándome otra vuelta llevando un vestido sencillo, bonito

y único. No me importaría casarme en vaqueros si sé

que al otro lado del altar se encontrara Bastian esperándome.

Reviso que mi pelo esté en su sitio. La

peluquera se ha ido hace un rato, me ha dicho que los

rizos de los años cincuenta me duraran hasta la noche.

Llevo dos broches de la abuela de Bastian que Margaret me ha dado, tiene un importante valor sentimental y me quedan preciosos con el peinado.

Doy pequeños saltitos en dirección a todas partes. Había pedido cinco minutos a solas para asimilar todo lo que está pasando y a pesar de que escucho las voces al otro lado de la puerta, creo que

ya va siendo hora de que entren.

– Voy a casarme con Bastian – grito para mí

misma.

Cierro los ojos relajándome, intentando no saltar

sobre los tacones altos que me han obligado a llevar

para lucir mi vestido. Vale. Sí. Voy a casarme. Voy a

casarme con Bastian y es para toda la vida. Trago

saliva dándome una vuelta por la habitación cuando la

puerta se abre.

– Nancy – su voz grave me asusta y hace que

quiera correr lejos de él.

– ¿Sí?

– ¿Las dejo entrar?

– ¿No deberían estar en la capilla?

A mi suegro no le dejan contestar cuando todas

le pasan y corren hacia mí. Las tres van vestidas de un

color amarillo claro que les hacen resaltar la piel, llevan

el pelo a su antojo pero han decidido recogerse para

que yo luzca mis rizos.

– Quiero llorar – me dice morena – he robado del catering unas servilletas.

– ¿Qué hacéis todavía aquí?

Las miro entre asustada y feliz, han entrado en

el momento justo en el que necesitaba a alguien.

Rachel es la primera en abrazarme seguidas de las gemelas. Antes escuchaba las voces de Margaret gritarle a Bastian en alguna de las habitaciones, pero

se supone que deberían estar ya en la capilla y organizando todo.

– Quería verte y llorar – a Rachel también se le escapa la lágrima.

– Yo quiero ser la madrina de tu bebé – rubia añade.

– Yo me lo pedí primero – le regaña su hermana.

– Mentira, fui yo. Díselo Nancy.

– Chicas, no la agobiéis. ¿Cómo estás cielo?

Rachel me mira a los ojos y yo a ella. No quiero llorar, ya lo hacen ellas por mí, quiero estar bien delante de Bastian y darles mi mejor versión a todos.

Las cuatro acabamos abrazándonos y sin decir ninguna

palabra, llorando por todas las emociones juntas, ellas

porque están contentas y yo porque estar al lado de

Bastian es vivir tan intensamente hasta caer rendida en

cualquier rincón de cualquier hora. De repente, nos

separamos mirándonos, rubia empieza a sollozar

haciendo que la miremos.

– ¿Qué te ocurre? – Le pregunto riendo, ella niega con la cabeza – ¿no has dormido en el viaje?

– No es eso. Es... es... – solloza más fuerte – me toca el culo.

Me río bajo la extraña confesión por parte de mi amiga.

– ¿Quién te toca el culo? – Rachel se acerca con el maquillaje para retocarme.

– Ella, la morena del pelo rizado.

– ¿Qué morena? – Pregunto y río cuando me doy cuenta de quién es – ¿Bibi?

– Sí – solloza más fuerte y nos reímos a

carcajadas – se pasó toda la noche tocándome el culo

y restregándose delante de su mujer. Me ha invitado a

una fiesta privada y ha dicho que voy a... que voy a...

No termina su frase porque nuestras risas son más fuertes que sus llantos. No me di cuenta que en mi despedida de soltera estaban tan juntas, creía que

todas estaban bailando divertidas, pero supongo que

Bibi es un poco más directa a la hora de flirtear delante de Diane. Me voy a quedar con la duda de

si

rubia irá a alguna de sus fiestas o no.
Esperaremos.

– ¡VOSOTRAS! – Un grito nos alerta.

Pongo la mano en mi barriga a punto de matar a
mi cuñado Sebastian, oficialmente será mi cuñado
dentro de poco y podré patearle oficialmente el
trasero

como siga apareciendo a base de gritos. Ha dicho
en

algún momento que se encarga de que nadie se
duerma, que hasta le ha dado un trago de vodka a
mi

abuela para qué aguante despierta. Viste con el
mismo

traje que hace diez minutos; negro y con el chaleco celeste, su corbata es plateada y hace que se le resalten esos ojos bajados del firmamento que Dios le ha dado. ¡Es guapísimo!

– No grites – le dice Rachel guardando el maquillaje y me echo un último vistazo en el espejo,

creo que estoy perfecta – ¿qué quieres?

– Solo viene para observar y darle el parte a

Bastian – le saco la lengua – como hace cada diez minutos.

– Cuñada, te equivocas si te piensas que vengo

en calidad de vigilante. Ya hay movimiento ahí afuera,

nosotros nos vamos – se pone serio.

– ¿Ya? – Dice morena.

– Tengo que retocarme el maquillaje – dice rubia.

– ¿Estáis seguros de que sabéis por dónde ir?

Anoche se perdió la tía de tu madre buscando el comedor – sonrío recordando a la pobre mujer desorientada en el castillo.

– Todo controlado. Me llevo a las damas de honor.

– ¿Habéis conseguido ponerle la corbata a

Sebas?

– Negativo.

Sebas se ha negado a ponerse corbata e incluso el chaleco como sus hermanos. Su madre le ha regañado y Bastian le ha obligado pero hace un rato

había tantos gritos en el pasillo que he estado a punto

de salir y decirles que no importa la corbata. No me

han dejado de todas formas, mi suegro hace guardia en

la puerta desde que Margaret se lo ordenó. Llevo sin

ver a Bastian desde el desayuno, una vez que

nuestras

madres nos secuestraron, nos han metido en la cabeza

la tradición de no vernos hasta la boda.

– Dejadle, si no quiere, que vaya como quiera.

– ¿Queréis mover vuestros culos gordos y salir de una vez? – Sebastian grita seriamente.

– ¿Cómo puedes ser tan subnor...? – Rachel se calla mirándome – lo siento cielo, todo está bien y perfecto. No peleas. Amor y felicidad.

Me da un beso en la cara y me despido de las chicas. Se supone que tiene que venir mi madre a colocarme el velo pero no sé dónde se ha metido.

Sebastian se acerca a mí cuando las chicas han salido

por la puerta y se les escucha hablar sobre el maquillaje.

– Bienvenida a la familia, Nancy – me abrazo a él, su cuerpo es grande y musculoso – y no vayas a jodidamente llorar.

Lucho contra ello, se va regañándome y regañándose así mismo porque no debía de haberme dicho nada si me iba a hacer llorar. Antes de cerrar la

puerta, por fin aparece mi madre.

– Mamá – ambas nos abrazamos.

– Los rizos tesoro. El bebé. El vestido. ¡Todo! –

Se aleja para evaluar me – ¡qué guapa!

– ¿Le gustaré?

– Te amaré incluso más. He venido para decirte que me lo llevo a la capilla, que nos ponemos en marcha porque nos ha echado a todos. Sus hermanos

han conseguido retenerle porque quería verte y por eso

nos vamos ya.

– De acuerdo. No os perdáis.

– No. Bastian ha memorizado este lugar y hay una persona que nos acompaña. ¿Estás bien?, ¿quieres

algo antes de que me vaya?

– La verdad es que no, mamá. A parte del velo, claro.

Podría preguntarle a mi madre por un infierno de cosas que me preocupan, como que pasará una vez

que me case o si las cosas cambiaran. Pero supongo

que con Bastian a mi lado, las cosas van a seguir siendo las mismas. Me siento en la silla mientras veo a

mi madre colocándome el velo, es precioso y quiero

llorar porque lo es. Escuchamos a lo lejos los gritos de

Bastian como si estuviera forcejeando con todos,
cada

vez más voces alejadas entre risas y ordenes sobre
no

poder verme. Su padre sigue en la puerta firme y
esperando a que salga. Al final, hemos decidido
que mi

madre le acompañe al altar y su padre me
acompañe a

mí, su madre tiene más hijos que podrá casar pero
mi

madre solo yo, así que es mi regalo por su
fidelidad.

Tenemos a Margaret y mi padre reinando en un
sitio

privilegiado de la capilla junto con nuestros

familiares

más directos.

– Lista. ¿Te duele?, ¿lo aflojo un poco más por la derecha?

– No. Está bien así. Entonces, ¿a las cinco menos cuarto salimos de aquí?

– Ni un minuto más ni uno menos, si quieres aparecer allí puntual a tu retraso de cinco minutos. Yo

hice esperar a tu padre veinte.

– Bastian me mataría si no llego cinco minutos pasadas las cinco. Creo que ya está todo, mamá.

Es un día que me gustaría expresar con

palabras, gritar, saltar y no parar de hablar hasta que

se me secase la garganta. También es un día en el que

me he quedado muda porque toda la presión cae sobre

mis hombros y ya ha llegado el momento. Resoplo

nuevamente como lo he hecho desde que me

separaron de Bastian, se va a hacer realidad nuestro

sueño de unirnos en sagrado matrimonio para el resto

de nuestras vidas y estoy tan feliz que lo único que

quiero es correr por todo el castillo y lanzarme a él.

Mi madre se va rápido y me siento como si me abandonara en mitad de un supermercado. Ya estoy sola. Lo siguiente que haré será casarme. Se han ido

todos y deben de estar esperándome en la capilla, no

se oye ni un alma y el día va muriendo lentamente dejando espacio a las nubes negras que corren en nuestra dirección.

Cuando me doy cuenta de que no quiero que pase el tiempo y que se pare para asimilar lo que voy a

hacer, el padre de Bastian entra por la puerta dejándome helada y plantada tal y como me ha

dejado

mi madre. Si tenía la garganta seca, ahora este hombre

va a hacer que necesite un océano entero para calmar

mi sed.

– Nancy – asiente respetuosamente.

Se adentra cerrando la puerta a sus espaldas.

¿Por qué no hemos previsto este encuentro mucho antes? Es sin duda resultado de la presión que he sufrido esta semana.

– ¿Es la hora?

– Hagámosle sufrir a Bastian unos minutos más

– me indica que me siente en un sofá y lo hago,
haría

todo lo que me pidiese.

Él se sienta como lo hacen todos sus hijos, con
un pie sobre la otra pierna y elevando el brazo
sobre la

espalda del sofá. Yo he conseguido plantar mi
trasero

en el filo del sillón que hay al lado para que no
estropee

mi vestido.

– Qué nervios – susurro.

– Quería tenerte a solas para comentarte

algunos factores – cierro los ojos, ahora quiero
llorar –

Nancy, abre los ojos.

Los abro porque es una orden. Sí, es mejor
abrirlos porque si no voy a estropear mi
maquillaje.

Asiento mi cabeza para instarle a que hable, pero
no lo

hace, actúa como cada uno de sus hijos
encabezados

por su primogénito. Te intimida con la mirada,
espera a

que estés en el límite y luego a que le guíes si está
haciéndolo bien o no.

– ¿Qué factores?

Gruñe porque es el sonido que estaba esperando

en respuesta, y lo ha tenido.

– Vas a casarte con mi hijo. Estás embarazada

y en menos de una hora llevarás el apellido que todos

nosotros llevamos con honor. ¿Sabes lo que es honor?

Estoy petrificada. ¿Puede llamar alguien a

Bastian? Niego con la cabeza porque no me podría

explicar ni aunque tuviera escrito delante de mí todo lo

que quiero decir.

Él espera respuesta. La quiere. Quiere una conversación de dos.

– No sé lo que es honor. Estoy atacada de los

nervios.

– Honor es respeto Nancy – gruñe cediendo en su posición e hincando sus codos en las piernas –
¿sabes que es respeto?

– No.

– Respeto es unión. ¿Sabes lo que es unión?

– ¿El matrimonio? – Balbuceo.

– Amor, Nancy – suspira porque estoy segura que no le he dado las respuestas correctas – vas a darle a mi hijo tres factores que no debes de olvidar.

Honor. Respeto. Unión. ¿Sabes cómo se compone esos factores?

– No.

– Con amor, Nancy – suspira y rezo para que
deje de torturarme de este modo – si no amas a mi
hijo

estás a tiempo de dejar esta familia. Te ayudaré a
huir,

nadie lo sabrá. Tendrás identidad nueva, una vida
que

vivir y Bastian nunca lo sabría.

– No, – niego con la cabeza – no quiero huir.

Amo a Bastian.

– No es la primera vez que huyes y – sube
ambas manos – no quiero saber los motivos. Mi
hijo es

un hombre honrado, leal y fiel a sus principios.

Principios Trumper que debes de conocer. Si he esperado a este momento es porque te he dejado que

reflexiones sobre tus pensamientos.

– Mis... mis pensamientos están ordenados.

Quiero pasar toda mi vida con Bastian.

– Mi hijo es un hombre complicado. No ha conocido el amor ni la libertad, hasta que te conoció.

No será fácil.

– Lo será porque nos amamos.

– ¿Fuiste tú la razón del golpe que lleva en la

cara?

– ¿Qué? – Niego rotundamente – jamás le golpearía hasta dejarle esa marca. No tengo fuerzas

suficientes para hacerlo. Señor Trumper entiendo que...

Iba a soltarle el discurso para defenderme pero ha girado la cabeza. ¿Me ignora? Frunzo el ceño al igual que él. Nunca le he caído bien.

– No quiero volver a ver a mi hijo así – vuelve su vista a mí – no quiero ver a mi mujer sufriendo por

él. Si te casas con Bastian es para darle una vida digna

de una mujer que esté a su altura. Le respetarás. Le obedecerás. Asentirás a todo lo que te diga sin quejas

y harás de él un hombre honorable. ¿Sabes cómo se

hace eso?

– Con amor.

– Exacto. Ama a mi chico y él te amará a ti. Ha luchado mucho contra todos por ti y se merece su premio.

– ¿Yo? – Le llego a sonreír. Estoy muy nerviosa.

– Tú, – me afirma – levántate y acércate a mí.

Hago una mueca dudando en que hacer pero

sus ojos me intimidan tanto que obedezco. ¿Cómo lo

harán los Trumper? Pone su mano sobre mi barriga

acariciándomela y yo sonrío porque cualquiera que lo

haga hace que me sienta feliz de que amen a mi dulce

bebé.

– Hoy ha crecido un poco más.

– Llevas una parte de mi hijo aquí dentro – se

levanta sin dejar de tocar mi barriga – no olvides esto

en tu vida.

– No lo haré Señor Trumper, llevo un hijo de Bastian y soy consciente de ello. Quiero darle una vida digna y seré fiel a sus principios porque lo amo. Creo que el Señor Trumper tiene miedo, me acabo de dar cuenta en cuanto se ha levantado. Tiene los mismos ojos que Bastian cuando está aterrado por lo que pueda suceder, por perderme o por alejarme. Mi suegro me ha demostrado que su fachada de hombre respetuoso e imponente queda en un charco de agua al

dejarse ver como es realmente. Un hombre que va a

casar a su hijo y que pronto será abuelo.

– Me siento feliz de que hayas comprendido mi mensaje.

– Señor Trumper – rompo las barreras

abrazándole – lo he comprendido y lo he entendido.

Amo a su hijo y usted tiene tanto miedo como nosotros

de lo que vaya a pasar. Somos una pareja joven y

fuerte, y lucharemos, nos peharemos... pero siempre

volveremos el uno al otro porque nos amamos. Y ahora

más que nunca porque vamos a ser padres. Gracias por estar aquí.

Me relajo porque él me está abrazando. Sé que no quiere tocarme por no estropear mi peinado, pero de repente siento que se vuelve rígido de nuevo. Me aparto mirándole.

– ¿Has dicho usted?

Se ríe como Bastian, abro los ojos asustada y pongo una mano sobre mi boca. ¡Se ha reído, mi suegro se ha reído! Qué guapo. Que hombre más guapo. Ya sé de donde han salido los genes de Bastian.

Tiene unos dientes blancos y perfectos, unos labios carnosos como los de Sebas y algo que me está volviendo loca; un hoyuelo que se forma en su barbilla, es pequeño pero puedo verlo.

– ¿Has reído, Señor Trumper? – Vuelve a fruncir el ceño y a arrugar sus labios – no, no, vuelva a sonreírme. Lo ha hecho y le he visto.

– Estás bajo presión y no sabes lo que ven tus ojos.

Se gira dándome la espalda porque el teléfono suena en algún lugar de la habitación. Agarro mi

vestido dando pequeños saltos hacia el hombre inmenso que acaba de sonreírme.

– Señor Trumper, vuelva a sonreír. Vuelva a hacerlo.

Descuelga el teléfono y va girando conforme voy poniéndome delante de él. Parece que estoy bailando porque nunca llego a mi objetivo.

– No soy Nancy – gruñe – aquí. Sí. Lo sé.
Adiós.

Me mira y hago lo mismo con una sonrisa esperanzada en mis labios.

– Señor Trumper. Regáleme una sonrisa.

– Es hora de irnos.

– No se haga el duro. Sé que se muere de ganas por – da un paso en mi dirección.

– Sigues tratándome de usted.

– Perdón. Es la costumbre.

– No lo hagas más. Me haces sentir más viejo.

No me lo puedo creer, como Bastian. Me río a carcajadas por los nervios y soltando mi vestido. Estoy

tan orgullosa de haber conocido a esta familia, que ahora que sé que su padre es todo amor y sonrisas, quiero que me adopten a mí también. Tal vez mudarnos

a su garaje si tuviéramos dieciocho años y
estuviéramos cometiendo una locura. Remuevo mis
absurdos pensamientos al fondo de mi cerebro
para
deleitarme con otro suspiro. Él se da cuenta de que
estoy nerviosa, fija sus ojos en mí.

– ¿Preparada?

– No. No. ¿Podemos no abrir la puerta? Quiero
que... creo que...

– ¿Tienes nauseas?, ¿vas a desmayarte?

– Estoy bien... en su medida, quiero decir...
ems... voy a casarme.

Estallo en carcajadas. ¡Voy a casarme con

Bastian! Veo en el reloj de la pared que ya nos hemos

retrasado cinco minutos y mi prometido hará su promesa realidad de subirme al altar sobre su hombro.

– Entonces, en marcha.

Está parado delante de mí esperando a que me calme de nuevo, lo hago disimulando el ataque de histeria que sufro en mi interior. Creo que mañana no

me voy a acordar de lo que está pasando hoy. Él avanza otro paso hacia mí agarrándome de la mano.

– Gracias por todo Sebastian.

– Gracias a ti por hacer feliz a mi hijo. Supongo que ya no tengo más que decirte. Estoy orgulloso de

que seas parte de mi familia y que me des un nieto.

Necesitaba presionarte hasta que saliera tu verdadero

carácter, me has devuelto sonrisas que no esperaba.

Hemos visto sufrir a Bastian y cada día comprendo más el porqué de su cambio. Tú le sacaste del infierno

y te debo mucho.

– No me digas eso Sebastian. Estoy atacada de los nervios.

– Sin nervios – besa la palma de mi mano y a mí
se me cae el alma a los pies – ¿vamos?

– Sí. Gracias por estar a mi lado, no sé si mi
padre me hubiera aguantado. Él me hubiera
llevado de
vuelta a Chicago.

– Tú padre está asustado – me agarro de su
brazo y nos vemos bien juntos – Nancy.

– ¿Sí? – Cojo el ramo de flores que tenía
preparado al lado de la puerta.

– Como le digas a alguien que me has visto
sonreír o hablar contigo más de dos palabras, haré
que

llores y con razones.

Le miro sonriendo y él me devuelve, la que supongo, será su última sonrisa hacia mí. Me ha encantado conocer al verdadero padre de Bastian.

Un hombre que usa la fachada para esconderse porque el

mundo le da miedo; va a casar a su hijo más complicado y por el que más ha llorado, según

Margaret, y ahora tiene a su lado a la mujer que le va

a dar el sí quiero. Le comprendo, comprendo ciegamente a mi suegro.

– Ya estoy lista – ahogo el aire en mis

pulmones.

El Señor Trumper y yo nos dejamos guiar hasta la parte trasera del castillo. El móvil que lleva en la

mano no para de sonar y él de gruñir, los dos sabemos

que es Bastian quién llama desde el móvil de su madre

o alguno que ha debido de alcanzar ya que le hemos

prohibido que lleve ningún artilugio para contactar conmigo directamente y saltarse la tradición de la

boda. Estoy nerviosa haciendo el paseo más largo de

mi vida, el estar agarrada al Señor Trumper no es

un

problema; estoy atacada y el cansancio no me ayuda

con esto. Mi suegro ruge al ver lo mismo que yo, las

nubes están sobre nosotros y el cielo cada vez más

oscuro; esto hace que la carroza del siglo catorce brille

con más intensidad que nunca.

– Es pequeña – dice enfadado, no quiero que empiece a gritarles a los que esperan con la puerta abierta – y mi hijo exigió una mujer al volante.

– Sebastian, deja de ser tan grosero y alégrate por mí. Este carruaje es perfecto y soy muy

afortunada por todo lo que tengo.

Esta mañana, anoche o en algún punto loco de este fin de semana, Bastian me dijo que era digno de

reina llegar a la capilla en una carroza y así debía ser.

Yo creía que estaba perdiendo a mi prometido por momentos, pero no, me han ido confirmando a lo largo

del día que la carroza estaría preparada a las cinco en

punto y que me llevaría a la capilla donde se celebrará

la boda.

Se hace real una vez que se pone en marcha, mi

suegro silenció el móvil y está supervisando que rodeamos el palacio hasta la capilla. Por suerte no está

lloviendo y han empezado a encender las luces del castillo, miro por la ventana la increíble escena sacada

de un cuento de hadas; el verde iluminado, el resplandor del día muriendo y la mezcla de colores que

dejan paso al abismo de la noche.

Me palpita un nudo en la garganta que no me deja respirar porque nos acercamos a la capilla, está

decorada con algunas luces en la entrada y lazos de

color blanco. Siento la mano de mi suegro apretar la

mía porque he empezado a hacer pequeños sonidos de

nauseas; no quiero llorar, no quiero vomitar y no quiero

que esto se acabe nunca. Quiero dar vueltas en la carroza por este inmenso lugar y prolongar el momento

en el que tendré que caminar por el pasillo hasta llegar

al altar donde Bastian me esperará.

La carroza se para finalmente y mi suegro se

baja rápidamente gruñendo a los hombres, espero que

Bastian no vea que hemos estado custodiados por ellos

durante todo el trayecto. Observo a través del cristal a

algunos invitados de la última fila, la capilla no es muy

grande pero hay espacio suficiente para todos y parece

que han venido más de los que deberían, ya estoy

viendo algunas cabezas mirar en mi dirección.

Sebastian abre mi puerta alzando su mano, me quedo

parada porque estoy a punto de llorar.

– ¿Te encuentras bien? – Mira su reloj – son las

cinco y diez minutos, no llores por el retraso.

– No es eso, es que no quiero que se termine la boda. Quiero casarme siempre.

Mi suegro levanta tímidamente una parte de su boca en aceptación por lo que he dicho. Sabe que me

muerdo de ganas por casarme con su hijo y que quiero

hacer eterno este momento, como el amor que siento

por Bastian. Finalmente, trago el último aliento de mis

pulmones y me animo a agarrarme a su mano. Me

ayuda con el vestido gruñendo a los hombres que no

deben de tocarme; ahora que lo pienso, no sé quién

decidió que mis damas de honor deben de estar
esperándome en el altar.

Piso la alfombra roja decorada con algunos
pétalos de rosa, y alzo la cabeza tímidamente
cuando

mi suegro sube su brazo cruzado apretándome a él.

Puedo ver a Mathew orgulloso al lado de su mujer
que

llora, no quiero mirar a nadie más porque me
conozco

y acabaré dando abrazos a todo el mundo.

Emprendemos el corto camino lentamente,
acabamos

de dar los primeros pasos dentro de la capilla
cuando

suena la música de boda con la que he soñado tantas

noches en mi vida. Mi suegro tiene su mano aferrada a

la mía que cuelga por su antebrazo doblado, apretándome levemente para evitar que me desmaye,

con mi otra mano sujeto el ramo que intento mantener

conmigo. Mis ojos miran hacia el suelo, rodeada de los

murmillos de la gente a mi paso, todos ellos me susurran lo guapa que estoy y algunos amigos de

Bastian del gimnasio me animan a que le dé una buena

noche de bodas. Esbozo una sonrisa porque he
pillado

a quien lo ha dicho, pero automáticamente la mato
al

levantar mi mirada y chocar con la de Bastian.

Siento que mi paso se ralentiza una vez que nos

hemos fijado el uno en el otro. Sus ojos son más
azules

y claros que nunca, casi plateados como dos astros
del

firmamento; aunque esta vez, con la diferencia de

estar cargados de lágrimas que seguro está
ahogando

dentro de ellos. Su pelo está perfectamente
peinado

hacia atrás, ni un mechón fuera de lugar, se ve
impoluto tal y como me había chivado la
peluquera.

Deslizo mis ojos hasta su pequeño bello que le
sale de

la cara, le he aconsejado que no se afeite ya que
me

gusta más su barba incipiente. Su traje le queda
perfectamente en cada punto de su cuerpo, lo he
visto

en un catálogo pero no creía que le iba a quedar
tan

bien al verle con el chaleco color plateado a juego
con

la corbata. Parece un modelo de los grandes
carteles

que ves en las grandes ciudades, cargado de erotismo,

sensualidad y un atractivo que lo hace único. Me

sonríe porque está nervioso y hago lo mismo, nos

conocemos lo suficientemente bien como para saber

cómo nos sentimos y ahora no estamos relajados

precisamente. Mueve sus labios diciéndome que me

quiere y yo también lo hago mientras mi suegro tira de

mí porque quiere que llegue al altar. Cada vez, más

cerca de llegar, veo que mis chicas a la izquierda están

llorando, que los hermanos de Bastian a su lado no expresan su felicidad por la cara de serios que poseen

pero sé que están orgullosos. Mi madre, sosteniendo el

brazo de Bastian, está llorando y busco por mi padre y

suegra que no se quedan impasibles y lo hacen también. Jamás he visto llorar a mi padre, pero su sonrisa me está demostrando que está feliz por mí.

La música se acaba cuando Bastian se adelanta y viene en busca mía rompiendo todos los protocolos.

Su padre le gruñe pero mi prometido le ignora, él solo

tiene ojos para mí y me lo hace saber cuándo me
coge

las dos manos y las besa sin apartarlos de los
míos.

Acerca su cara a mi oreja besándome el lóbulo y
respirando como si le costara hacerlo.

– Eres la novia más hermosa que vaya a existir

en los próximos cien siglos y dejarás una huella
tan

inmensa en este mundo para que todas las mujeres
te

adoren el resto de la eternidad.

Lo ha conseguido, dejo escapar dos lágrimas y

sonríe arrastrándolas de mi cara con el pulgar. No
digo

nada porque es Bastian quien me lleva al altar y
me

sienta en la aterciopelada banqueta baja de dos
que

hay para nosotros. No he podido disfrutar de nada
más

que de su voz grave soplando mi oreja, bañándome
con

el encanto de las palabras que me ha redactado

haciéndome sentir única para él.

El cura me sonrío y escucho algunos susurros

de emoción por parte de las chicas, no las puedo
ver

porque la figura grande de mi suegro las tapa pero
se

las ingenian para mostrarme los pañuelos blancos
que

tienen que usar. Echo un vistazo a mi madre,
pasando

su mano por delante de Bastian para apretármela y
darme fuerzas. Mis cuñados están serios haciendo
la

función de damas de honor masculinas como les he
llamado esta mañana; creo que me tienen guardada
esa broma y yo me arrepentiré de ella cuando pase
la

boda. Por fin poso mis ojos en Bastian, el cura
está

hablando y él está rodando los ojos ante sus
palabras.

No me ha soltado la mano y dudo que lo haga en toda

la ceremonia, pero soy yo quien le aprieta para que me

devuelva la vista y podamos así mirarnos a los ojos

como tantas veces hemos hecho.

– Te quiero – le susurro.

Veó como baja su nuez y entiendo que no puede

hablar, al fin y al cabo, Bastian es tan humano como

todos y si lo hace ahora, llorará por el resto del día.

– Este hombre me mira mal – susurra y yo

sonrío.

Aprieto mi mano en respuesta y miro el frente

para presenciar con fervor la ceremonia que me
una

de por vida a Bastian Trumper.

– Hola, Señora Trumper y futura madre de mis
ocho o nueve hijos.

Me dejo arrastrar hasta sus piernas sentándome
de nuevo sobre él, nos besamos tan
apasionadamente

que mi cuñado Sebastian me ha vuelto a lanzar
algo a

la cabeza. Lo ignoro porque solo tengo ojos para
mí

Bastian.

– Hola, Señor Trumper y futuro padre de mis,
como mucho, dos o con prolongación de tres hijos
muy
en el futuro lejano.

Me empuja entre carcajadas dejando caer mi
espalda en el aire, lo ha hecho cada vez que he
venido
a sentarme sobre sus piernas y a mí me encanta que
lo
haga. Una vez que vuelve a subirme nos besamos
ardientemente, lo llevamos haciendo desde que el
cura
nos dijo que podíamos hacerlo como marido y
mujer, y

estos besos, saben a mucho más que cuando
éramos

novios.

Entre nuestros besos robados delante de todo el
mundo, echo un vistazo a esta parte del salón
donde se

encuentra la pista de baile y la banda que toca
canciones de todo tipo. Hace horas cenamos al
otro

lado del salón, con mesas redondas y un sinfín de
comida que Bastian me ha dejado comer. Hemos
hecho el brindis, la tarta ha sido devorada en su
parte

por mí y hemos ido saludando a todos los
invitados que

nos han dado la enhorabuena.

Suspiro más enamorada aún porque Bastian

Trumper es mi marido.

Todavía no me lo creo cuando vuelvo mi cabeza

hacia él para besarle de nuevo. He consumido
todas

mis energías en la boda pero me he guardado las

mejores para mi marido. No he parado de sonreír
y

Bastian tampoco a pesar de que se nos han
formado a

todos unas ojeras por el estrés de estos días; pero

ninguno nos hemos quejado y todos estamos dando

nuestros corazones para que nuestra boda sea

inolvidable. Y así ha sido, inolvidable cuando nos
hemos dicho nuestros votos, inolvidable cuando
me ha

cogido en brazos y ha echado a todos para que
siguiéramos besándonos a escondidas e
inolvidable

porque al escuchar que ya soy la Señora Trumper
se

me han formado lágrimas que salen cada cinco
minutos cuando me acuerdo y vuelvo a recordar
que

me he casado con Bastian.

Muerde mi mandíbula de nuevo deshaciéndome
en mil pedazos.

– ¿Quieres irte ya?

– No quiero. Sí quiero. Pero no quiero.

Sube las cejas extrañado y volviéndome a besar.

– Vas a tener que guiarme con tus deseos nena

– mira hacia el frente apoyando su barbilla sobre mi

hombro y acariciando mi barriga – le echo de menos.

– Bastian – me giro para mirarle directamente a

los ojos – me has hecho subirme el vestido para que

besaras la barriga cada vez que te ha dado la gana.

Me has estropeado lo que tenía debajo de él para la

noche de bodas.

Me frunce el ceño.

– Eres mía. Mía y solo mía. Y ahora – se ríe –
mucho más mía porque eres mi esposa y tengo el
derecho de levantarte el vestido y besarte la
barriga

cada vez que me plazca.

Acaba riéndose a carcajadas y yo también. Ha
estado durante toda la noche distrayéndome en el
aseo

para verme la barriga y besármela. Me ha
persuadido

con la intención de que tengamos sexo pero no le
he

dejado, aunque él necesita hacerme el amor, le he intentado convencer que la noche de bodas tiene que

ser mágica y él me ha respondido que lo va a ser de

todas formas y que todavía podemos romper la tradición para darnos un revolcón a escondidas.

– Eso no te da derecho, me había puesto algo sexy y bonito para ti.

– No me he fijado mucho cuando te he puesto mi boca, ahí – me señala con el índice entre mis piernas y lo aparto rápidamente. Vale, tal vez le he dejado tener un poco de sexo oral pero eso no quiere

decir que no vayamos a disfrutar de nuestra noche
de

bodas.

– Tengo algo más, otra cosa que quizás me
ponga para ti.

–

Entonces,

¿damos

por

finalizada

la

celebración y nos vamos a tener la nuestra?

Echo un último vistazo a la fiesta. Los hombres

Trumper no se han movido de las sillas porque no bailan, lo hemos intentado todos y no han querido. Mis

padres están hablando con Margaret y su tía al otro lado de la pista. La mayoría de los invitados están celebrando y disfrutando de la barra libre. Mis amigos

son los que más animan porque se divierten y yo acabo

de sentarme tras haber bailado con mis chicas. Todos

se lo están pasando bien, a Bastian le ha encantado conocer al hijo de Nella y Trevor no se ha separado del

niño cuando su madre bailaba con nosotras. Puedo

decir que he disfrutado de mi día, de mi boda y que

ahora viene la mejor parte; cuando me encuentro a solas por primera vez con mi marido para tener nuestro

primer acto de amor como marido y mujer.

Sí, quiero. Sí, sí y sí quiero.

– Es hora de irnos, cariño.

Gruñe sin dudarle cuando me levanta en brazos dando un paso hacia delante, emprendiendo nuestro

camino y alejándonos de la fiesta. No me había avisado de que nos íbamos a ir tan pronto, tampoco

hemos avisado y me estoy riendo por la rapidez
con la

que quiere huir de aquí.

– No. No. Se van. No. El ramo – grita rubia –

¡el ramo!

– Bastian – es testarudo y no frena aun

habiendo escuchado a rubia – el ramo mi vida, se
me

ha olvidado lanzar el ramo.

– ¿Por qué no lo cogen o lo subastas?

Se da la media vuelta yendo de nuevo hacia

todos, gruñendo y dejándome en el suelo
suavemente

una vez que hemos llegado. Rubia me da el ramo

sonriendo y haciéndome señas para que se lo tire a ella, todas las mujeres se han preparado para recoger

el ramo, incluso Nella que se ha integrado bien con

todas. Mi madre y mi suegra luchan entre risas con la

primera fila reinadas por las gemelas y por Rachel que

se deja esconder tímidamente. La miro a ella en especial guiñándole un ojo y me responde negándome

con la cabeza, me da pena que Alan no haya podido

venir porque tenía que trabajar, pero no le culpo dado

que no hemos tenido tiempo suficiente para avisar.

– A ver, a la de tres lo lanzo.

Me doy la media vuelta de espaldas a todos y

casi choco con la cámara que me enfoca. Bastian
ha

pensado en todo y tenemos a fotógrafos y cámaras
de

televisión grabando este día tan importante, no me
he

dado cuenta hasta que no he entrado en el salón y
nos

pedían que posáramos para la foto. Diviso
nuevamente

que todas estén en posición y me giro de nuevo, las
gemelas son las que más gritan porque están más

impacientadas, no sé si el novio de rubia se sentiría

feliz si lo cogiera ella. Cuento hasta tres y lo lanzo

girándome en el acto para ver que le ha caído a Rachel

en la cabeza y ha rebotado en sus manos.

– ¡Rachel, tú serás la próxima! – Rubia le

zarandea emocionada.

Avanzo hacia ella besándole en la cara y en

respuesta recibo su abrazo, Bastian está gruñéndome

cerca y no quiere que me entretenga.

– Felicidades cielo – me susurra – estoy muy

orgullosa de ti.

– No me hagas llorar que me voy a mi noche de bodas – le susurro.

– Disfrútala. Si no nos vemos, llámame cuando regreses a Chicago.

Mañana vuelven todos a Chicago y Bastian me ha dicho que nosotros tomaremos otro vuelo hacia nuestra luna de miel.

– Lo haré y te llamaré también. Gracias por haber estado aquí, no hubiera habido boda si tú no estuvieras a mi lado.

– Nena, pitbull querrá poner el ramo en agua.

Miro a mi marido que sonrío a Rachel, ella tiene

los ojos entrecerrados pero sé que lo dice de broma.

Me despido rápidamente de mis amigas bajo el arrastre

de Bastian que me acapara para él, me coge en brazos

de nuevo y salimos del gran salón del castillo donde se

ha celebrado mi boda.

He cerrado los ojos mientras Bastian avanzaba,

disfrutando de lo bien que huele mi marido y

mordiéndome el labio por la palpitación que siento en

mi interior. Quiero quitarle con la boca el chaleco

plateado, desabrocharle los botones y arrancarle

los

gemelos con la boca, sí, quiero usar mi boca para desnudarle por completo y no me lo va a impedir.

Pienso en lo que va a pasar cuando oigo que

Bastian me está diciendo algo sobre gemir.

– ¿Qué decías marido mío? – Sonríe porque le gusta que le llame así.

– Que estamos alejados de todo el castillo, puedes gemir tan alto como quieras que nadie te escuchará, ni si quisiera si lo hicieras en el balcón. Las

habitaciones de los invitados se encuentran al otro lado

del castillo.

Carga con mi cuerpo hasta nuestra suite. Vamos a tener nuestra noche de bodas en una suite, en un castillo, en Irlanda. Si hace unos meses hubiera imaginado esto no sería así, siempre creí que cedería a

una sencilla boda en algún lugar de Chicago y teniendo

una noche de bodas en un hotel de lujo, pero nunca en

un castillo. Soy afortunada por tener a Bastian y que

haga realidad todos mis sueños magnificándolos aún

más.

Llegamos a una puerta después de haber

traspasado cientos de pasillos, me ha dicho que se lo

ha memorizado cuando estaba esperando por mí en el

altar. También, me ha comunicado que he sido una desagradecida por llegar tarde y ya pensaba en cómo

llevarme a la suite para castigarme por tal acción. Él

no sabe lo atractivo que se ve cuando piensa de esa

forma, alejarme de todo el mundo y tenerme para él

solo.

– ¿La abro yo? – Sonríó porque está
refunfuñando.

– No, puedo abrir la puerta.

– Cariño, mi peso ya no es ligero como una
pluma. Se me está llenando la placenta de...

– Líquido amniótico. Lo sé, he leído sobre ello y
no tú. Es esta maldita mano que no...

Se le ha dormido la mano y me hace mucha
gracia, sigue agarrándome como a un bebé y no
afloja

ni cede. Está pasándolo mal porque no se las
apaña

bien para abrir la puerta. Estiro mi brazo abriendo
la

puerta fuertemente, vuelvo mi mirada a él ya que me

observa frunciendo el ceño.

– Ha sido un impulso.

– Mi deber como esposo es cargarte en brazos y abrirte esta puerta para que pasemos juntos.

– No, tu deber como esposo es cogerme ahora en brazos y cruzar la puerta juntos, no haberme cargado más de diez minutos por el castillo y pelearte

con la puerta. ¿Cierro los ojos?

– Ciérralos – besa mis labios.

Bastian me ha advertido de su intención cuando

nos retiráramos de la celebración, él quiere que cierre

los ojos una vez que hayamos entrado en la suite para

enseñármela una vez que esté dentro. Tras escuchar el

portazo que le ha propinado a la puerta, me deja sobre

el suelo y aún sigo con los ojos cerrados cuando susurra en mi oreja su advertencia de que los abra.

Sus brazos rodean mi cintura y su barbilla se apoya sobre mi cabeza mientras yo abrazo sus antebrazos. Por fin abro mis ojos lentamente y me quedo perpleja con semejante suite, esto no es una

suite, es otro palacio dentro de un castillo. Hay
velas

encendidas por toda la suite, el suelo está
decorado

con pétalos de rosas que forman un camino hacia
la

cama gigante con dosel que reina en la habitación.
Hay

una chimenea que emana fuego real porque hay

truncos de árbol a su lado, en frente están
colocadas

algunas mantas y cojines de forma revuelta como
si

estuvieran allí listos para que nos tumbemos. Hay

champagne y copas en distintas partes de la suite,

bombones, fresas y un sinfín de chocolates colocados

en una mesa central cerca de una puerta. Hay un gran

espacio guiado por velas que nos lleva a un sofá con

forma de corazón, Bastian se ríe porque lo estoy

mirando y sé que ha debido de mandar que lo pongan

ahí. Las cortinas deben de medir cinco metros como

los techos, toda esta habitación está cargada de amor y

ha hecho que también sea única.

Estoy emocionada balbuceando mientras analizo

la suite; las velas, los pétalos de rosas, la chimenea y

los espacios vacíos que llevan al sofá. La cama está

pidiendo a gritos que nos metamos debajo de ella y que

tengamos sexo durante toda la noche, pero ni por todo

el oro del mundo voy a meterme ahí adentro sin haber

disfrutado de cada rincón. Me apetece girar, gritar y

seducir a mi marido, llevarle a mi terreno para que haga realidad otro de mis sueños; poseerle como

Señora Trumper.

Me giro rodeándole con mis brazos por su cintura.

– ¿Por qué me veo contigo en cada rincón de esta habitación? – Sonríe, le ha gustado lo que le he dicho.

– ¿Tú también nos ves desnudos?

– Desnudos y vestidos. También desnudándonos con la boca.

Responde ronroneando y volviendo a besarme.

Separo mis labios de los suyos arrugando la cara y haciendo muecas. ¡Qué desastre!

– ¿Qué?

– Baño.

Si no me hubiera bebido dos litros de té helado no estaría ahora a punto de reventar mi delicada lencería. Bastian me guía hacia la puerta y sorprendentemente se queda parado esperando afuera, me sorprende y yo freno girando para encararle ladeando la cabeza.

– No te acostumbres – besa mis labios – si me quedo a este lado es porque hay algo adentro para ti y que se supone que no puedo ver.

Asiento besándole en los labios y cierro la

puerta para ver lo hay dentro. Un baño digno de una

suite o un palacio, pero con una caja dorada y

sospechosa en el lavabo. Oh, Bastian me ha comprado

algo. Uso el baño vaciándome y lanzándome a quitar el

fino lazo que la cubre para abrirla; hay algo cubierto y

una carta que debo leer primero por el mensaje en grande que me dice que tengo que hacerlo.

“Nancy. Somos tus damas de honor, este es nuestro regalo de boda y dado que tu marido lo tiene todo y no necesitáis una lavadora nueva,

pensamos que vas a disfrutar mucho más de esto.

*Venga, ábrelo, no le hagas esperar porque ha
cedido a quedarse al otro lado y respetarte por
tres*

minutos. ¿Tres minutos? ¡Edúcalo mejor!

Te quiero Nancy.

Y yo, disfruta y llámanos cuando vuelvas.

Queremos regalos de la luna de miel.

Yo quiero un souvenir para el frigorífico.

Las tres te queremos”

Estas chicas ponen una sonrisa en mi boca.

*Desecho la carta hacia un lado del lavabo para ver
lo*

que hay debajo, frunzo el ceño investigando que tengo

entre las manos cuando aparece otra nota mezclada.

“Mira la foto, te dice como ponértelo”

Encuentro una foto de una modelo con un

conjunto muy sexy cargado de tiras finas que se

cruzan entre sí, lazos que acaban en las caderas y te

llevan hasta el lugar favorito de Bastian. Estoy

sonrojada y aún no me lo he probado, es difícil saber

cómo ponerme esto en menos de un minuto, luego me

lo pondré, quiero que mi marido tenga el

privilegio de

quitarme el vestido de novia.

– Ya salgo – le digo.

– Bien, porque estoy calculando y tienes doce segundos para que abra la puerta.

Escondo la caja en uno de los muebles del baño

y me miro en el espejo. Mis rizos han sobrevivido
junto

con los broches del pelo, el vestido está brillando
y no

quiero desprenderme de lo que me ha hecho la
Señora

Trumper, quiero quedármelo el tiempo que sea
necesario. Soy la novia más guapa y tengo que dar

ejemplo. La puerta se abre, me ha pillado justo acariciando mi barriga, observa todo el baño y me frunce el ceño abrazándome por detrás.

– ¿Qué había en la caja? – Muerde mi oreja.

– Algo que verás cuando estemos desnudos y te vuelva a sorprender. Tal vez te baile.

– Um – ronronea besando mi cuello – sea lo

que sea, me gusta lo que hay en la caja. Aunque no me

hace feliz la idea de que te hayan comprado algo que

no aprobaría.

– Tú, Señor Trumper, no lo aprobarías. Pero he

de decirte que solo tú, te beneficiarás de ello.

– ¿Me lo vas a enseñar ahora?

Sus labios intentan que me afecte de tal modo

que ceda ante su suplica. No, quiero que me quite el

vestido de novia y hagamos el amor como el

matrimonio Trumper. Sonríe colgándome de su cuello

mientras él retrocede hasta salir afuera sorteando las

velas que hay por el suelo, lo primero que me quito son

los zapatos bajos que me he puesto para la

celebración. Bastian coloca sus manos sobre mi

cintura moviéndolas con entusiasmo hasta alcanzar
mi

trasero que aprieta bien fuerte. Paramos nuestro
beso

mirándonos a los ojos, esta increíblemente guapo y
mucho más allá de lo que la belleza pueda
alcanzar; el

color que hay aquí dentro colisiona con el color
único

de sus ojos. Intento que se balancee conmigo pero
se

queda impasible, no quiere, ni va a bailar nunca.

– ¿Por qué no bailamos? He visto por ahí un
equipo de música.

– Porque nunca bailo y lo sabes – sonrío pero

no llega a hacerlo de verdad.

– ¿Quieres dormir? – Arrugo la cara. Tal vez esté siendo egoísta y necesita descansar, él no ha dormido en dos días y ha pasado todo el estrés de preparar nuestra boda.

– No. Estoy pensando en cómo voy a desnudarte y conservar tu vestido. Te quiero con él toda la noche y va a ser complicado si quiero hacerte el amor de mil maneras diferentes.

Apoyo mi frente sobre su pecho. Estamos nerviosos y no sé por qué, se supone que nos hemos

casado, que ayer hicimos el amor en el jet privado
mientras veníamos y que hoy no ha cambiado nada.

Pero lo cambia y no sé cómo afrontar este
momento,

quiero que sea como siempre; mío y eterno.
Levanto la

cabeza encontrándome con sus labios que se
acercan

a los míos, le beso sintiendo el roce de sus manos
sobre mi espalda. Sé que en algún momento de la
noche ha estado investigando como quitarme el
vestido

y donde tengo los botones.

– Gracias por concederme el mejor día de mi

vida, has hecho que el día de nuestra boda sea inolvidable – susurro nerviosa.

– Inolvidable, – giramos en otra dirección – tú has hecho que mi vida sea inolvidable.

– ¿Por qué?

– Porque te has casado conmigo y no hay día perfecto si no, una vida perfecta. Ahora posees tres

anillos que te sentencian como más mía que nunca.

– Exagerado – sonrío tímidamente – tú también llevas tres anillos que te hacen más mío que nunca.

– Y eterno. ¿Me amarás de por vida, Nancy?

– Sí, te amaré de por vida. Ya te lo he dicho en

mis votos, aunque si me hubieras dejado
terminarlos

antes de que me besases...

– Era para fastidiar al cura que te miraba

demasiado. Por cierto, no me ha gustado la parte
de

los votos, – gruñe – eso es demasiado íntimo como
para narrarlos delante de todos.

– ¿Por eso has omitido los tuyos?

– Porque los míos te lo digo a ti, solo a ti. Eres

la única que se merece oírlos. ¿Quieres hacerlo?

– ¿Ahora?

– Sí.

– Está bien. Adelante.

– Se titula...

– Espera cariño. ¿Tus votos tienen título?

– Son mis votos, no los votos de otra persona –
me frunce el ceño – se titulan: Mía.

Me río con él. Nos gira nuevamente, si
pusiéramos música y se dejara mover estaríamos
bailando y no se daría ni cuenta.

– Me muero por oírte.

– Querida Nancy, por si no me conoces, este
soy yo. Nací brillando recibiendo el amor de mis
padres. Me escondí tras las rocas con los primeros

obstáculos en mi niñez. Abrigaron mis travesuras
en mi

adolescencia mientras buscaba mi identidad.
Llegué a

ser humano hasta que me perdí. Viajé a lugares que
nunca conocí. Inundé mi vida con las aguas turbias
que

encontré en mi camino. Evadí la pureza porque
preferí

la sequedad. Sufrí por el desengaño del propio
engaño.

Encontré en la oscuridad un sitio para vivir. Supe
resistir el dolor porque me hacía sentir yo. Quise
correr

pero no veía. Gané mil guerras que no eran mías.
Curé

mis heridas con la esperanza. Me contagié de la
depresión. Acabé volando en el firmamento sin
haber

encontrado mi identidad. Estaba muerto cuando
llegué

a la madurez. Y te encontré. Supiste mirarme a los
ojos. Te entregaste a mí sin dudarlo. Fuiste tú
misma

aunque te llevara a la desfachatez de
desobedecerme.

Tu valor, pureza y vanidad me consumieron.
Alzaste

una mano hacia mí y te tomé. Dejé que me
arrastraras

a ti. Me bañé con tu amor. Hiciste que abriera los
ojos

a la vida. Me enseñaste el camino hacia la luz. Tú
supiste hacer de mí el hombre que se perdió.
Contigo

me encontré de nuevo. Sé mi identidad. Sé quién
soy y

soy tuyo. Tú, Nancy. Tú has hecho de mí el hombre
que soy ahora. Has borrado mi pasado, estás
creando

mi presente y vas a formar mi futuro. Ahora en la
madurez, he llegado hasta ti. He llegado a la luz
que un

día vi. La luz que siempre fuiste y serás para mí.

Gana el llanto saliendo a borbotones por mis

ojos. Bastian se ríe acariciando tímidamente mi
cabeza,

me arrastro por su pecho llorando después de oír
sus

votos. Mi marido. Los votos de mi marido. Y yo
solo

he hablado sobre cuánto le quiero, que seré
siempre

suya hasta la eternidad...y él me ha recitado todo
esto.

Me abrazo fuerte hasta que me entra hipo, Bastian
sisea mi nombre con dulzura y animándome a que
no

llore más porque vamos a tener mucho sexo

perverso. Mis ojos evalúan los suyos, estoy
segura de

que mi poco maquillaje ha estropeado mi cara.

– Bastian, tus votos son mejores que los míos.

Sus carcajadas resuenan en la suite haciendo que choquen de pared a pared. Nos movemos hasta caer enfrente de la chimenea, se tumba a mi lado quitando las lágrimas de mis ojos. Me he tranquilizado,

quiero que me lo escriba y guardar esas palabras para

leerlas todos los días de nuestra vida. Hincha su codo

sobre los cojines mientras la luz de la chimenea nos

ilumina; quiero hacerle mío ahora mismo, que me demuestre que soy su luz, que sepa que somos un

equipo, dos almas en una, dos corazones que no sobreviven el uno sin el otro. Él es Bastian, mi marido y es eterno para mí.

Entrelaza sus dedos con una de mis manos. No sé qué decir. Tenía la mente dentro de sus pantalones y

ahora solo quiero que me abrace y que no acabe este momento.

Revisa la hora en su reloj nervioso, le miro a la cara para ver quien da el primer paso.

– Te quiero, Señora Trumper – me besa en los labios y se levanta para abrir el champagne.

– ¿Me vas a dejar beber champagne?

– No, ya sabes que no es bueno para dulce bebé. Beberás té helado.

– Pero un poquito de champagne no hace daño. Es el día de nuestra boda.

Vuelve a mirar el reloj, o a lo mejor le molestan los gemelos.

– Te prometo que beberás tantas botellas quieras cuando des a luz.

Se acerca a mí con dos copas. Ha llenado una de té helado por la botella que veo junto a la de champagne y él disfruta de las burbujas. Intento

robarle un sorbo mientras me ayuda a levantarme
pero

me niega. Nos reímos cuando lo intento por
segunda

vez, apoya su espalda en uno de los muebles y me

quedo entre sus piernas admirando el fuego. Está

haciendo que mi día sea perfecto, no tenemos por
qué

tener sexo de buenas a primeras. Él es tan
romántico y

yo tan desesperada por hacer el amor que a veces
me

olvido de que soy tan neandertal como él.

Vuelve a mirar el reloj.

– ¿Te molesta el reloj?

– No. Solo me aseguraba de que no sean más de las doce de la noche.

– ¿Qué hora es?

– Doce menos veinte minutos.

Suspiro suavemente. Hablamos sobre la boda,

Bastian me deja comer chokolatinas para calmar la ansiedad que me está provocando el que no me deje

beber champagne. Nos reímos comentando nuestro día, como han surgido las cosas y acaba diciéndome

que el vestido que llevo me hace más hermosa aún. No

ha dejado de mirar el reloj y le he dado más de

dos

golpes en su brazo.

– Bastian, quítatelo.

– Como usted mande, Señora Trumper.

Se levanta quitándose el reloj, deja nuestras

copas a un lado y aparta con una patada los
envoltorios

de las chocolatinas. Me quedo anonadada
observando

cada movimiento, se aprieta la corbata y se agacha
para ayudar a levantarme.

– Estás muy raro Bastian. ¿Qué ocurre?

– Solo estoy nervioso. Quiero que salga bien

hasta el último detalle. Es nuestra boda y tiene que ser

perfecta.

– Cariño, ha sido perfecta.

Muestra sus dientes sonriéndome, me apetece

mucho que vuelva a hacerlo. Le tengo que contar que

he visto a su padre reír, pero no me da tiempo cuando

me arrastra por toda la suite hasta el fondo. Me

advierte que no me queme con las velas y que me

aparte a un lado. Abre la cortina para dar vista al gran

ventanal, abre las dos puertas que dan a un balcón y

salimos afuera. No está lloviendo pero lo ha estado.

Pasa sus manos sobre mis brazos calentándome, no sé

qué hacemos aquí, me siento extraña porque mi marido

y yo miramos a la oscuridad. Me susurra lo mucho que

me ama y que espere unos segundos cuando de

repente veo unas luces en el cielo. Fuegos artificiales.

– Oh Bastian – intentaré no llorar.

Se abraza a mí rodeando sus brazos por mi

cuerpo y yo aferrándome a ellos mientras los acaricio.

Vemos un lujo de fuegos artificiales, cada vez más bonitos y sonoros, más grandes, con una mezcla de colores entre las luces lejanas del castillo y la oscuridad del negro. Hay algunos que me asustan y

Bastian ríe divertido en mi oreja abrazándome más. Ha

hecho que mi boda culmine con un momento romántico

y dulce que no me esperaba. ¿Qué puedo pedir más a

mi marido? Nada que no pueda darme con tan solo el

aliento de su boca.

Los fuegos artificiales duran más de cinco

minutos, no me canso de verlos pero tres más
sonoros

de lo normal acaban con toda esta belleza.

– No han estado mal, ¿eh? – Me quiero girar y
no me deja – todavía queda el más bonito, mira y
grábalo en tu corazón.

Algunos fuegos artificiales menores esconden
un último de color blanco donde se forma una
palabra;
eterno.

Abro la boca viendo cómo se evapora

rápida con la brisa. Bastian me deja
alucinada

cuando empuja mi cuerpo hacia dentro y cierra la

ventana. Un Bastian sonriente que no duda en cogerme de la cintura y elevarme hacia arriba.

– Bastian, eso... eso ha sido lo más...

Besa mis labios gruñendo sellando palabras no pronunciadas. Me deja en el suelo apretando sus manos sobre mi trasero, esta vez más fuerte.

– Ahora sí. Ya se han acabado las sorpresas por hoy.

– ¿Por hoy? – Bajo mis manos desabrochando su chaleco.

– Sí. Mañana más. Voy a hacerte el amor por toda la suite, por todo el castillo y por toda Irlanda

hasta que nazca dulce bebé.

CAPÍTULO 13

Abro un ojo frunciendo mis labios. Lo cierro por si acaso. Lo vuelvo a abrir inventándome un bostezo

mientras ladeo mi cabeza. Le miro y cierro los ojos.

No me fío de él. Vuelvo mi vista a él evaluando su estado actual. Muevo la cabeza a mi posición, no confío en él. Dejo pasar cinco minutos para inventarme

otro bostezo y me empujo hasta estar sobre él pero sin

tocarle. No se ha movido y sigo sin fiarme de él.

Bastian es muy listo y ser una Trumper tiene que servir

de algo. Juego sucio poniendo mi dedo índice sobre los

bultos que asoman de su vientre; dos, cuatro, seis y ocho. ¿Esos de ahí cuentan cómo ocho? Redondeo con

mi dedo su ombligo y lo subo hasta su garganta. No se

mueve, bien, es lo que quiero. Aseguro mi posición

acercándome más a él, no quiero tocarle porque está

durmiendo y soy libre. Le soplo sin éxito porque sigue

intacto. Gruño y le imito en voz baja para que

reaccione. Vale, está dormido de verdad. Pongo mi espalda recta y bostezo, ahora de verdad. Me lanzo a

comprobar su estado una vez más. Acercó mi posición

y bajo mi cabeza hasta su pezón; lo muerdo, lo soplo y

lo absorbo para hacerle responder. No, no lo hace. Mi

marido duerme plácidamente.

Me cuesta trabajo levantarme pero gateo

analizando su cara para ver si se ha movido. Ni un solo

milímetro que no haga su respiración. Consigo

levantarme cuando me apoyo en el poste de

madera,

subo las tres escaleras mirando hacia atrás. Sonrío con

éxito cuando golpeo mi frente sobre el cristal. ¿Por qué

hemos cerrado esta puerta? Al abrirla lo hace tan

ligera que choca contra el poste de madera que hay a

la izquierda, miro hacia atrás y sigue dormido.

¿Habrá

sido esto un plan para saber si entro o no? Cierro la

puerta hasta oír el clic que me asegure aquí dentro.

Giro como una loca desesperada y corro a mi

ritmo hacia la habitación. Probablemente tenga

cinco

minutos más hasta que mi marido venga en mi busca y

ya he consumido cuatro. Me agacho de nuevo porque

se me da fenomenal hacerlo, el levantarme es otra cosa diferente. Las tengo delante de mí, diez que me

desafían y me advierten que no debo de estar aquí. Me

da igual. Arrugo mis labios frunciéndolos cuando me

lanzo a la primera. Determino como abrirla y mis ilusiones mueren cuando descubro tres dígitos. ¿En serio?

Niego con la cabeza y echo un vistazo a todas.

Sí. Todas tienen un código. Pruebo con mil números

sobre ellas y no doy con el acertado. ¿Mi marido me

oculta un código? Voy a patearle el trasero.
Acaricio

mi barriga; sí dulce bebé, vamos a patearle a papá el

trasero. Me siento bufando por la decepción.
Arrugo

mi ceño como cual Trumper y averiguo un nuevo enfoque a mi problema. Me levanto rápidamente hacia

la cocina, debe de haber algo puntiagudo, rebusco en el

cajón dando con un cuchillo y lo alzo hacia arriba con

éxito.

Brinco avanzando con pasos cortos, volviendo a

la habitación y agachándome hasta mi objetivo.

Pincho,

toco, martilleo y hago fuerzas innecesarias cuando me

paralizo al escuchar el carraspeo de su garganta.

¡Mierda! Cinco minutos pasan muy rápidos. ¿Por qué

no duerme más? Se supone que estaba echándose la

siesta y he fingido dormirme para que él lo hiciera

realmente. Le ignoro porque mi marido no me

asusta.

Vuelvo con mi cuchillo a destrozar los tres dígitos cuando oigo sus carcajadas cerca de mí.

– ¿Un cuchillo?

Le estoy mirando por primera vez desde que está despierto y le entrecierro mis ojos, debo de imponerle algo de respeto, pero fracaso porque se queda impasible ante mi mirada. Vuelvo con mi objetivo, esto debe de abrirse de alguna forma. Creo.

– Yo no soy quién esconde tres dígitos por maleta.

– Nena, ya hemos hablado de eso. Hoy es el

último día de nuestra luna de miel y tenemos que volver a casa.

Me burlo de él volviendo a las maletas. Las ha hecho él solo y las ha cerrado cuando estaba de brazos

cruzados en la cama. ¿Por qué quiere volver a Chicago?

Aquí

somos

felices

y

estamos

completamente solos.

Solos.

Le quiero para mi sola y no comparto a mi
marido.

Hemos pasado las últimas tres semanas
viajando por el mundo y Bastian cree necesario
que

tenemos que volver porque todos nos echan de
menos

en Chicago. ¡Qué me dejen en paz! La

verdad es que su única preocupación es la próxima
visita con la Doctora Weinn y no quiere
perdérsele, ella

le ha dicho que puedo retrasarme en la cita pero él
ha

confirmado

que

estaremos

allí

el

miércoles.

¡Aguafiestas!

La primera semana estuvimos viajando por

Europa visitando las capitales, hicimos turismo y nos lo

pasamos muy bien. Acabamos en Portugal donde

descubrimos nuevas playas en las que Bastian exigía

privacidad para que nadie me viera en bikini. Nos embarcamos en un crucero desde España y nos bajamos en Grecia; Bastian hizo que cerraran una isla

para nosotros solos tras abandonar el barco. Hicimos

el ridículo delante de diez mil personas cuando nos

vieron salir para dejarnos en la isla, estaban asomados

viendo como llegábamos allí. Nunca miré hacia arriba,

pero Bastian no se dio cuenta que se metían con nosotros por creernos de la realeza. En Grecia estuvimos unos días hasta que hablando con

Rachel

me dijo que aprovechara y pidiera viajar a Tokio.
Tras

una visita rápida a los Emiratos Árabes donde el
jet

repostó tras salir desde Grecia, nos desplazamos a

Tokio donde hice una visita exhausta a los lugares
que

Rachel me mandó. Paramos más para hacer
compras

que para disfrutar de nuestra luna de miel. Cuando

Bastian ya empezaba a estar incomodo por la
multitud

de gente, nos fuimos a Tailandia y Malasia; Kuala

Lumpur me enamoró y estaríamos allí si Bastian no

hubiera visto en internet que las Islas Bora Bora estarían mucho mejor. Estamos aquí desde hace tres

días, cuando habló con la Doctora Weinn y me dijo que

me daba un par de días más para mentalizarme.

Me ayuda a levantarme porque mi barriga ha crecido, dulce bebé es tres semanas más grande y

Bastian no deja de hablarle cada dos por tres. Dice

que ya tiene que reconocer su voz y está orgulloso.

– Estoy enfadada.

Me pongo en pie colocando mi vestido blanco y alisándolo para que Bastian vea mi terrible e

inmensa

indignación.

– Nena, dulce bebé necesita ir al médico.

– Dulce bebé está bien – le digo frunciendo mis labios, paso por su lado y salgo afuera.

Maldito Bastian Trumper por traerme aquí. Ayer

me confesó que hemos comprado esta isla, ¿sabe lo

que es una isla en Bora Bora? No, mi marido dijo que

se aburría mientras dormía y que la compró. Ahora me

obliga a irme de nuestra propia casa, de nuestro hogar.

La delicada brisa caliente azota mi cara, se está riendo

y tengo que mostrarme firme. Bajo las escaleras de nuestra casa para salir a la arena blanca y divisar el

agua cristalina. ¿Cómo se atreve?

Cojo arena con la mano aunque me tienta el tirársela a la cara, otra vez. Ayer lo hice y no funcionó,

su idea de que esta noche dejemos la isla es permanente. Se sienta detrás de mí, la toalla es grande

y la compartimos desde que la vi en España ya que la

compré para nosotros. Deja caer su barbilla sobre

mi

hombro, lo muerde y yo me quejo.

– Eres una descarada por haber pensado en tirarme arena otra vez.

– ¿Estás en mis pensamientos para saberlo?

– Lo estoy – me abraza besando mi cuello. Sí, ladeo mi cabeza, estoy enfadada con él pero no le rechazo – esta noche tenemos que irnos, cariño.

– No es suficiente Bastian. Quiero más.

– ¿Nunca te han dicho que para regresar tienes que volver primero?, ¿cómo quieres que volvamos aquí

si no nos marchamos? Cuanto antes lo hagamos,

antes

regresaremos.

– Ya me estás liando, insensible – deajo caer mi espalda sobre él – ¿hay posibilidad de negociación?

– No. Hay posibilidad de negociación cuando nazca dulce bebé. Ya te vas a embarcar en el segundo

y tercer trimestre y te prohíbo volar. No quiero correr

ningún riesgo en el aire.

– Dulce bebé está bien. Solo quiero que nos quedemos una semana más.

– Cariño, – muerde mi hombro – hemos tenido

una luna de miel inmejorable. Casi un mes.

– Un mes más y volvemos.

Suplico dándome la vuelta, niega con la cabeza e intento mi última carta. Persuadirle con mi encanto.

Mi marido ha cogido un tono bronceado en la piel que le hace resaltar el color de sus ojos, su barba

de tres días es más rubia y su pelo aún más. Ha hecho

ejercicio poco a poco porque no se sentía a gusto sin

sus músculos que ha ido agrandando con el paso de los

días. Parece que ha crecido personalmente y

emocionalmente cuando hemos hablado en estas
semanas más de lo que hemos hecho cuando
estábamos en Chicago. No hay rutinas, nadie que
nos
molesta y solo hemos sido nosotros; nos hemos
unido
más de lo que lo hicimos cuando nos sentenciamos
aquella tarde que nos conocimos.

Me monto encima de él sabiendo lo que va a
pasar. Estamos solos porque así lo ha exigido
Bastian,
no hay nadie a cinco kilómetros donde al otro lado
nos
espera la seguridad y una persona que nos está
dando

los caprichos que pedimos. Bastian ha ordenado la
cena hace media hora y nos dijeron que nos la
traerían

en una hora, por eso aprovechaba para echarse la
siesta, porque íbamos a cenar pronto para coger el
jet

a la hora que tiene estipulada.

Se deja amar por mí como lo ha hecho siempre,
ronronea cuando por fin dejo caer mi pesado
trasero

sobre su bañador.

– Déjate caer nena, no me haces daño.

– Peso bastante.

Coloca sus manos en mi cintura y deja que

caiga del todo sobre él. Tener sexo con mi marido se

está convirtiendo en un gran reto para mí, porque entre

que ya no me siento a gusto con mi cuerpo y él no quiere chocar con la barriga para no dañar a dulce bebé, parece que se nos hace complicado. Al menos

para mí. Él busca miles de formas para tener sexo y

que disfrute de ello. Los dos lo hacemos. Ya me ha exigido otro embarazo cuando tenga a dulce bebé y siempre le callo dejando guiar su cabeza entre mis piernas.

Busco el final de mi vestido que me subo

lentamente, Bastian no me ha dejado exponerme en público cuando estaba en bikini y aquí puedo hacerlo,

pero ahora no quiero porque me paso el día desnuda.

Llego hasta la cabeza y me quedo encajada bajo las

risas sensuales de mi marido, pierdo la fuerza con el

tiempo porque me pesa todo el cuerpo y sé que exagero, pero el haber estado viajando tanto ha hecho

que pierda el control de mi descanso. Me ayuda a lanzar fuera mi vestido sobre mi cabeza

exponiendo mi

desnudez ante él.

– Esta es mi mujer.

Ronronea en mi cuello absorbiendo mi piel,

pongo ambas manos sobre su cabeza rubia que

arrastro hacia mí y guiándola para que se
entretenga

en mis pezones. Cuando estábamos en Tokio dijo
que

me habían crecido los pechos y yo le dije que los
tenía

más sensible y el roce me excitaba; desde ese día
no

deja de tocármelos a todas horas, él quiere ser

partidario de todo lo que tenga que ver conmigo y
más

si está el sexo involucrado, no quiere que me toque
o

que disfrute sin él.

Su lengua pasa suavemente por mi pezón,
saborea el agua salada que ha bañado mi cuerpo.

Chupa con devoción lo que le pertenece, muevo
mis

caderas sobre su ya notable erección y dejo que la

brisa caliente mueva mi pelo al echar la cabeza
hacia

atrás.

– Oh mi amor, podríamos disfrutar tanto de esto.

– Lo haremos, – besa el centro de mi torso –
todos los días de nuestra vida.

– ¿Viviremos aquí?

– Viviremos donde quieras, pero no aquí. Dulce
bebé necesita atenciones y aquí no las tendría
rápidamente.

Ruedo los ojos porque piensa como un padre.

¡Exagerado! Él no debe de hacerlo tan pronto,
podría

pasar todo el embarazo aquí y todo saldría bien.

Suena el móvil en la mesa de la terraza que

alerta sobre la cena. ¿Tan pronto? La han dejado
en

frente de la puerta y se han ido.

Sigo excitándome con el hombre que me ha hecho suya desde que me vio, pero no puedo... demasiadas distracciones que enfocan a una sola.

– Una semana más – susurro sobre su oreja.

– Nena, ya hemos hablado de eso.

– Tú has hablado de eso, yo no.

Se deja caer ante mi pequeño empuje

extendiendo su gran cuerpo con el contracte del tono

de su piel y el blanco de la toalla. Aquí lo tengo, tumbado y listo para mí. Su erección es grande y lucha

por salir del bañador, el celeste hace juego con él
y

gracias a mí observación que se lo compré en
Grecia.

Por mi mente pasan imágenes de nosotros y todo lo
que me ha dado en estas semanas, supongo que
tenemos que volver, pero voy a rogarle hasta el
último
suspiro por si cambia de opinión.

– No me gusta lo que piensas.

– ¿Y qué pienso? – Muerdo su pectoral.

– Quieres tener sexo para quedarte.

– No, – cruza ambos brazos hasta poner sus
manos bajo su cabeza – además, eres muy

confiado,

Señor Trumper.

– Porque la conozco ya, Señora Trumper.

– Dormirás en el sofá cuando llegemos a

Chicago – muerdo su pezón, ama que lo haga.

Enseña sus dientes blancos e impolutos riéndose

de mí. Abro la boca reclamando mi dignidad como

humana pero acaba incorporándose y
arrastrándome

más a él. Estoy desnuda, excitada y a punto de

cometer una locura en la playa, otra vez. Me mira
de

arriba abajo sacando la lengua, escondiéndola al
mismo

tiempo entre sus dientes delanteros, admirando mi cuerpo y devorándome con la mente. Puedo sentir lo

que me hace, sin tocarme.

– No te imaginas la suerte que he tenido encontrándote, Nancy.

– Puedes encontrarme aquí cada vez que quieras, Bastian – sonrío porque ha captado mis segundas intenciones – hablando en serio, quiero que

volvamos una semana más tarde, dame al menos unos días para disfrutar esto.

– Nena, tienes que cuidar de dulce bebé.

– ¿Cuidarle? Pero si me has traído a Doctoras en todos los países que hemos estado.

– Precaución nena, precaución – sonrío – no me pidas más, no ahora. Necesitamos volver a nuestra vida. ¿No echas de menos a tus padres?

– Sí, pero ya me he casado y echo de menos a mi marido cuando me dice que nos tenemos que ir. Quiero dejar de rodear mis piernas sobre su cuerpo y alejarme, Bastian no me deja, me mantiene

cerca de él. Va a hacer que me enfade de verdad. Él

siempre está celoso de todo lo que me rodea, aquí no

tenemos a nadie, solo estamos él y yo, y es lo único

que deseo si así tengo que renunciar a mi vida. No

quiero volver a Chicago, volver a la rutina de verlo irse

a trabajar, de que nos separemos tanto tiempo, que el

frío congele nuestra relación en un punto muerto.

Tengo miedo a perderle y creo que cada vez siento

como piensa un Trumper. Lo quiero para mí y estoy

celosa de cualquier obligación que pueda separarnos.

Busco mi vestido con los ojos, voy a cogerlo

pero Bastian me ladea hacia un lado para que no lo

haga. Intento no sonreír para que vea que estoy enfadada de verdad y el encanto de su sonrisa me contagia haciendo que me una a él.

– No te enfades, nena. Te prometo que

volveremos. Y la próxima vez lo haremos con nuestro

pequeño o pequeña. ¿Eh? – Sube sus caderas para

llamar mi atención y consigue el efecto contrario, no

puede ponerse sentimental sin que sienta la necesidad

de hacer el amor con él.

Le beso atrayéndolo hacia mí. Agarro el pelo de su cabeza luchando con su lengua, ama hacerme el

amor en la playa y yo también. Desciendo mi mano por

su torso hasta llegar al eje de su erección, me ronronea

gimiendo tímidamente llegando a mi objetivo y juego

con la yema de mis dedos haciendo que se excite

mucho más. Cedo mi cuerpo relajándome, llevándome

al éxtasis con los labios que absorben la piel de mi

cuello, deslizándose por mi hombro para acabar

mordisqueando la zona atrayéndome al abismo del

placer. Nos miramos a los ojos poseyéndonos,

mandándonos mensajes autoritarios que recibimos

como ordenes al sentenciarnos como dos en uno.

Acaricio su erección colándome en su bañador, le gusta que lo haga con la mano porque así puede verme

a los ojos y no perderse como reacciono cuando toco

lo que me pertenece de por vida. Suspira cerrando sus

ojos por un momento cuando llego más abajo,

abriéndolos de nuevo al subir la mano hacia arriba y

sorteando las venas que se le forman en su erección.

Miro hacia lo que estoy tocando lamiéndome los labios.

Afloja su agarre sobre mi cuerpo dejándose caer sobre la toalla otra vez. Cierra los ojos acariciando mis piernas, sigo moviendo mi mano esta vez con más ligereza, disfrutando de lo que saco a mi vista por fin y veo con emoción. Nunca voy a cansarme de leer mi nombre aquí. Sin embargo, continuo con mis ojos puestos sobre la cara de mi marido, se ha relajado y amo que lo haga, quiero que pare de ser tan él y se deje mimar. Le bajo el bañador lentamente con su ayuda, me deslizo hacia abajo

perdiendo su toque sobre mí y colocando sus
manos

sobre mi cabeza cuando me acerco a su erección.

Soplo sin dejar de acariciarle, le gusta que lo haga

porque siente el contraste del frío con el calor.

Bajo

mis labios para saborearle, cerrando los ojos y
notando

como sus manos resbalan de mi cabeza. Observo
su

cara extrañada, gateo sobre su cuerpo sonriendo

cuando llego hasta arriba y me encuentro con la

sorpresa de que ronca ligeramente. Se ha dormido.

– No puede ser – susurro por si es alguna

broma.

No. No lo es. Este hombre vive al límite aun estando de luna de miel y no descansa como tiene que

hacerlo. Por las noches hacemos el amor hasta el amanecer y cuando yo duermo dice que tiene que cuidar de mí. ¿Cuándo duerme? Durante los últimos

días, cada cinco minutos echa una cabezada. Él dijo

que en Tokio se agotó pero quería seguir viajando conmigo. Decido permitirle dormir por el tiempo que

sea necesario poniéndome el vestido y tapando mi

desnudez. Siento que algo bombardea desde mi interior

pero lo ignoro, tal vez, solo tal vez tenga la suerte de

que duerma lo suficiente hasta mañana y perdamos nuestro vuelo preparado para Chicago.

Puedo decir que estoy sonriendo de todo

corazón recostándome sobre su cuerpo, dejando que la

suave brisa nos vista con su dulce frescor y abrazando

a mi marido, Bastian Trumper.

No me duermo contando las tímidas estrellas

que asoman en el cielo azul. La cena se nos habrá

enfriado y no me apetece levantarme. Podría hacer miles de cosas que Bastian no me deja hacer, y sin embargo, estoy aquí a su lado siéndole fiel a sus órdenes de no separarme de él si me despierto antes o

no consigo dormirme.

Oigo mi teléfono sonar adentro y me levanto a mi ritmo, he puesto en el estado de nuestro chat que si

me llaman sean pacientes porque probablemente pese

demasiado y no pueda correr.

Descuelgo la llamada de Rachel.

– Hola, odio los lunes – dice aburrida.

– Hola Rachel.

– La nieve se derrite pero los pedidos me llegan a última hora – bostezo – ¿ya estáis en el avión?

– No. Con mucha suerte Bastian se quedará dormido y perderemos el vuelo a Chicago.

– Eh, yo lo apoyo en esto. Te quiero de vuelta, te necesito mucho.

– Oh, cariño, yo también te echo de menos.

Hablamos mientras salgo a recoger la comida, huelo el pollo y decido calentarlo en el horno para cuando vayamos a cenar. Rachel me cuenta que no ha

habido novedades en la ciudad y que todo sigue

como

siempre, nos echamos mucho de menos y le pongo al

día de cómo está siendo mi luna de miel. Me quiere

colgar ya pero la entretengo, dice que tiene que trabajar y que sigue sola en la tienda, morena le ha ayudado en los últimos días pero va a contratar a alguien cuando tenga algo más de dinero. Le he ofrecido pero se ha negado, según ella ahora soy una

Trumper y se niega a que le devuelva el dinero, siempre nos peleamos porque sabe que al final se lo

daré. Está emocionada por todos los regalos que le he

comprado en Tokio pero ni esto hace que se quede más tiempo al teléfono.

– Ya me cuentas, Nancy.

– ¿Por qué me cuelgas tan pronto? Para una vez que Bastian duerme y podemos hablar sin que ponga el oído en nuestra conversación.

– Cielo, tengo a gente en la tienda ya.

– Ah, vale. Está bien. Te llamo cuando aterricemos.

– Claro, disfruta de las últimas horas de libertad en tu luna de miel.

Nos despedimos con besos como siempre
hacemos y dejo el móvil sobre la mesa. Me giro
para ir
a ver a Bastian pero me choco con un torso que
reconocería entre un millón idénticos.

– ¿Pongo el oído, eh? – Sonríe con su barbilla
alta.

Me da por mirar a su erección que sigue activa
y vuelvo la vista hacia sus ojos inquisidores. Abro
la
boca para decir algo pero me niega con la cabeza.
Su

pelo es más rubio y largo y cada vez está menos
revuelto, sus ojos brillan en el atardecer y su brazo

se

levanta indicándome que salga de la cocina.

Frunzo el ceño cruzándome de brazos para

demostrarle que no siempre tiene control sobre mí.

Él

me responde frunciéndome más, gruñendo e

indicándome nuevamente con el brazo que salga de la
la

cocina.

Paso por su lado cuando me azota el trasero,

ladeo la cabeza sonriéndole. Siempre lo hace, me
gusta

cuando lo hace pero no tan fuerte cuando tenemos

sexo. Últimamente piensa que mi trasero ha

crecido y

le encanta azotármelo. Voy hacia afuera porque sé lo

que va a pasar, he soñado con este momento desde

que se ha dormido, como iba a ser y donde vamos a

hacer el amor. Muerdo mi labio bailando en mi interior

y acariciando mi barriga, sus manos se apoyan sobre

mis hombros guiándome hacia la parte de arriba donde

hay una cama gigante con vistas a toda la isla.

Aquí nos hemos pasado los últimos tres días;

hemos bajado para alimentarnos, para hacer el

amor

en la playa, bañarnos y disfrutar descansando, así para

regresar cargados de energía a este santuario.

Trago

saliva porque aquí se transforma mi marido, todavía no

ha guardado los utensilios que usamos porque me había

prometido una tarde llena de sexo, pero entre sus cabezadas y las mías, no lo tenemos desde el almuerzo.

Esto es una parte no edificada de la casa,

construida con madera y sin iluminación. Cuando

llegamos, Bastian se enfadó con todos los que pensaban que le estaba engañando pero le convencí

con hacer nuestro cada rincón, incluso este, que estaba

vacío. Hay una cama gigante que está mirando hacia

la ventana pequeña, apenas hay luz y ahora que está

oscureciendo lentamente, este lugar solo inspira

privacidad, sensualidad e intimidad. Bastian lleva a

mano todo lo que usamos; mis disfraces sensuales, los

complementos que me compra...y se apoderó de la

caja que nos regalaron Diane y Bibi el día de nuestra

despedida. No somos una pareja que usemos muchos

artilugios, pero Bastian sabe usar un muy bien un

consolador dentro de mí y además hacerlo jugando con

mi sexo al mismo tiempo, entre otras cosas. Desde que

mi marido le da un enfoque personal a nuestra

actividad sexual, me relajo disfrutando con el hombre

que me hace suya cada vez que me desnudo para él.

– Creí que habías hecho las maletas – está de

espaldas a mí, siempre cierra la puerta para evitarnos

sorpresas desagradables sin alguien osara a entrar en

nuestra casa.

– Las he hecho, sabes que hay una en especial que viene conmigo.

– ¿Vas a castigarme? – Me cruzo de brazos, ya es la tercera vez que lo hace y me gusta que lo haga,

pero no se lo digo para no subirle el ego – lo digo

porque no me gustó el último látigo que usaste en mi

trasero.

– Si no hubieras cometido la desfachatez de dejar que un desconocido flirteara contigo.

– Oh Bastian, eso es mentira. Solo me preguntó si me gustaba la isla y quiso darme una piedra de la playa...

– Nancy, – impone enfadado, se diferenciar su tono de voz – no sabes diferenciar entre una persona

bueno y una mala. Ese hombre te quería engatusar para hacerte vete a saber qué.

– No puede hacerme nada porque te tengo constantemente aquí – levanto mi mano llevándola a mi

oreja.

– Descarada.

– Impertinente.

Nos reímos dejando a un lado nuestras

diferencias sobre el bien y el mal. Él no acepta que es

un celoso compulsivo y yo no aceptaré que no lo

admita. Da un paso en mi dirección, besa mi nariz y

bajo mi mirada hacia su erección. Gruñe y levanta su

dedo índice para indicarme que gire sobre mi cuerpo y

que me ponga sobre la cama.

Lo hago sin contradecirle, soy una esposa que obedece a su marido y si mi Bastian me quiere sobre la cama, obedezco tumbándome.

– El vestido fuera, – lo arrastro levantando mi cuerpo pero fracaso dejándolo sobre mi cara y provocando carcajadas en mi marido – no, me gusta

así, no te muevas.

– Bastian, si no quieres verme la cara pronto anochecerá. No es necesario que me tapes para no verme.

– Ansiosa – refunfuña quitándome el vestido.

Lo lanza lejos, baja su cabeza para besarme los
labios y yo me muevo inquieta sobre el colchón.
Estoy

ansiosa por distraer a mi marido y hacer que nos
quedemos en las Islas Bora Bora para el resto de
nuestras vidas. Muerdo su labio inferior, me
cuelgo de

su cuello haciendo que se quede sobre mí,
sorteando el

peso de su cuerpo para no dañarme en la barriga.

– ¿Vamos a irnos mañana?

– Ya veremos.

Abro los ojos junto con mi boca como si hubiera
visto mis regalos de Navidad bajo el árbol y

tuviera

cinco años. La inocencia que poseo de no saber por

dónde me va a salir mi marido me hace sentir diferente

al resto de la humanidad. Le atraigo más hacia mí, por

fin ha cedido aunque sean unas horas.

– Eres el mejor marido del mundo. Eres mío.

Eres mío y eterno. ¿Lo sabes?

– Sí y si no dejas de pellizcarme el trasero no

voy a poder ejercer mi derecho a hacerte el amor a diario, a cada hora y a cada segundo.

No le dejo respirar la última palabra; su lengua

está caliente, absorbo su saliva mordiéndosela y se

queja de ello. Le da igual que lo haga pero me ha dicho

que no tendré sexo oral en mucho tiempo si se la arranco con mis dientes. Me da igual, mi marido está

para comérselo y tengo las hormonas disparadas en

millones de direcciones aclamando su sexo.

Le gusta cuando tomo el control, ha puesto sus manos a ambos lados de mis hombros para sostenerse

y no caer sobre mí. Le arranco el bañador mientras nos robamos un beso que hacemos pasional por la

desesperación de no dejar nuestras bocas.

Agarro entre mi mano su erección ayudándome con la otra mano, quiero hacerlo perfecto como siempre y con la boca. Le indico que se tumbe sobre la

cama, me siento de espaldas a él para retirar el bañador, tumbándome sobre su cuerpo y estirándome

como si él fuera mi colchón. Me sorprende

haciéndome cosquillas y retorciéndome por la

incontinencia, vuelve a colocarse encima de mí y le

frunzo el ceño, yo quería poner mi boca ahí.

– Si te piensas que vas a tomar el control, estás

muy equivocada, Señora Trumper.

– No se trata de control, cariño. Se trata de mí y de ti dentro de mí.

Le gusta mi respuesta y atrapa mis manos

colocándolas sobre mi cabeza. No, no quiero que lo

haga de nuevo, lo miro negándole para demostrarle mi

desconformidad con el asunto y me responde gruñendo

porque no tengo escapatoria. Me ata las manos y

coloca una venda sobre mis ojos, le gusta hacerlo

mientras me susurra palabras subidas de tono.

– ¿Te gusta que te ate las manos? – Pasa su

lengua por mi mandíbula.

– Sí, la mayoría de las veces.

– ¿Ahora querrías estar atada?

– Preferiría tenerte dentro de mí, atada o no.

Sé que sonrío porque me conozco sus gemidos.

Me ayuda a levantarme y pasa sus dedos por mis

pezones pero sin llegar a manosearlos. Es un ritual que

hace desde que sabe que me excita todo lo que tenga

que ver con mis pechos. Me deja apoyada sobre la

pared desatando mis manos de nuevo y acariciando mi

cabeza. Me deshago en millones de pedazos cada

vez

que me roza, busco por su boca y que su aliento me
guíe en la oscuridad, lo hace agarrando mi cara y
besándome. Su afianza me sujeta fuerte a pesar de
que pongo mis manos sobre sus muñecas para que
siga

besándome, sus dientes muerden mis labios, el de
arriba que saborea y el de abajo que lo disfruta
aún

más moviéndose de izquierda a derecha. Su
erección

choca sobre mi vientre, gruñimos como animales.
Su

cuerpo me atrapa contra la pared obteniendo el
control

absoluto y siendo protagonista directo de nuestros besos. Tengo la sensación de que mi boca se me reseca, que absorbe cada partícula de mi saliva dejándome con una sed insaciable. Deslizo mis brazos

por sus hombros atrayendo su cabeza e intentando participar en algo que está haciendo más suyo que mío.

Me asfixio con la pérdida de su boca, me vuelvo inestable si no me posee. Acaricio sus labios con la

punta de mi dedo imaginando que tiene los labios sonrojados, me encuentro con que está sonriendo y con

una de sus manos presionando mi cabeza hacia abajo.

Me deslizo arrodillándome, sujetándome a sus piernas

para asegurarme mi posición. Coloca ambas manos

sobre mi cabeza y guía mi boca hasta su erección.

– Si tan solo pudieras ver lo que yo veo te casarías conmigo otra vez.

Su embestida en mi boca la guía él mismo. Es

corta y concisa. Sabe lo justo que tiene que meter para

que no me ahogue. Oigo como pone ambas manos

sobre la pared de madera por el duro golpe de volver a

embestirme. No me muevo y dejo que se mueva como

le gusta hacerlo. Dejo mi lengua en un punto muerto

mientras él gira sus caderas en círculos, sacando su

erección de la boca para volver a embestirme

suavemente. Jadea de placer cuando cierro mi boca

saboreándolo por completo, sintiendo como me

humedezco con cada embestida de mi marido.

Repite

el mismo movimiento, los mismos gemidos, jadeando

como un león aferrado a su hembra bañándome con su

placer tan pronto lo siento caer por mis labios.

Elevo

mi cabeza como si le mirase a los ojos, puedo

imaginarme su cara de placer golpeando su
erección

sobre mi boca malgastando sus últimas gotas sobre
mí,

marcándome como le gusta hacerlo porque no
habrá

otro placer más exquisito que el de mi propio
marido.

Me levanta con la desesperación de poseerme

de nuevo, sé que ama acabar sobre cualquier parte
de

mi cuerpo pero siempre me dice que le despierta
unos

instintos carnales de querer seguir haciéndolo durante

toda la vida.

Gira mi cuerpo colocando ambas manos sobre el colchón. Susurra palabras que no logro entender por el

inmenso trasero que me ha crecido y que pronto golpeará hasta que se canse. Mi boca sabe a él, su cuerpo huele a mí y su erección choca en mi interior

tan pronto le digo que vaya más despacio al golpearme

continuamente.

Se agarra fuerte a mi cintura atrapándome para

que no me escape y pueda entrar y salir dentro de mí a

su antojo. Se resbala en mi interior buscando el punto

exacto que me haga explotar antes de tiempo pero lo

esquivo gritando cada vez que sale y entra de nuevo

más fuerte.

– Bastian.

– Aguanta Trumper.

Golpea mi trasero cuando cedo con mi cuerpo y

lo dejo caer sobre la cama, mis rodillas se clavan en el

lateral del colchón y mis pies descalzos tocan el

suelo

cubierto por una alfombra. Trago saliva que no tengo

porque Bastian se la ha tragado toda, me queda

emborracharme con el sabor que ha puesto dentro de

mí boca, que se ha desplazado hacia abajo como lo

está haciendo mi orgasmo que chorrea deslizándose

sobre mis piernas. Su mano se posa sobre mi trasero

mucho más fuerte y le oigo gritar sintiendo que por mis

piernas se desliza su liberación de nuevo. Escucho el

sonido de mi trasero sobre su piel que me alerta
que

continúa penetrándome cuando hinco mis codos
sobre

el colchón.

– Quiero más – susurro.

– Esto no ha hecho nada más que empezar,

vamos a clausurar nuestra luna de miel por todo lo
alto.

Me voltea dejándome tumbada sobre la cama,

besa mi barriga abriéndose paso entre mis piernas.

Acaricia mi humedad acabando con sus dedos
sobre

mi garganta, delicadamente la pasa sobre mi
mandíbula

hasta acariciar mi cara cuando inyecta sus ojos
sobre

los míos. Nos quedamos mirándonos en la
inminente

oscuridad, solo el brillo de la luna y sus ojos
iluminan mi

camino. Besa mis labios y ronronea porque quiere
devorarme perdiéndose dentro de mí.

Le guío hasta mis pechos distrayéndole con mis
pezones, elevando mis caderas y busco mi
necesidad

de continuar ahogándome dentro de él.

No se apiada de mí cuando me arrastra por la
cama hasta tocar el suelo, me sube en brazos, me

carga por toda la casa y salimos a la playa donde
nos

impregnamos con el paraíso que tenemos ante
nuestros

ojos. Beso su cuello mordisqueándolo, me gruñe
en

respuesta cruzando el trozo de arena blanca de la
playa, el sonido de sus pies entrando en la orilla
del

mar me distrae de mis besos y él me deja caer
lentamente cubriéndonos de agua los dos.

Me ha prohibido que me bañe en la playa sin él
porque piensa que algún pez insensato me va a
morder,

por eso, en todos mis recuerdos dentro del agua se

encuentra la imagen de Bastian. Rodeo mis piernas
en

su cintura con el palpito aún de mi sexo
explotando

dentro de mí. Nos deslizamos juntos dentro del
agua,

me agarro a su cuello para que no se distraiga con
otra

cosa que con mis labios, cedo con el impulso de
jugar a

ahogarle porque sé que perdería y me lo demostró
la

primera vez que nos bañamos juntos, así que me
dejo

caer hacía atrás hundiendo mi cabeza y sacándola

lentamente dejando que el agua refresque mi

cuerpo.

Mojo con agua su pelo, nos besamos sonriéndonos
bajo

este manto de perfección que nos rodea. Junto mi
frente sobre la suya y ambos giramos lentamente
hacia

el fondo del mar donde la luna cae en lo bajo y las
estrellas brillan con un cielo verde que refleja el
color

del agua. Es el paraíso y Bastian ha sabido traerme
hasta aquí para que memorizáramos juntos cada
momento vivido. Es la mejor clausura que
podíamos

tener.

La melancolía me atrapa desechándola fuera y
cerrando los ojos atrayendo de nuevo a la erección
de

mi marido. Vuelvo a apoyar mi frente sobre la
suya, él

me mueve de arriba abajo y yo jadeo de placer.
Nos

arrastramos a la orilla del mar, las olas tímidas
que se

forman la rompemos con nuestros cuerpos. Me
penetra lentamente, sin parar de acariciar mi
cuerpo,

marcándome con dulces besos sonoros que son
evaporados por mis gemidos. Aumenta en sus

embestidas cuando consigo poner mis manos sobre

sus

hombros, mis talones sobre su trasero y haciendo un

pequeño hueco en la arena mojada que es testigo de

nuestro amor. Cada empuje dentro de mí lo hace eterno, cada gemido en mi oreja lo hace eterno, su última embestida la hace eterno abriendo nuestros ojos

y encontrándonos con el paisaje de la perfección de

fondo. Hemos concluido nuestra luna de miel y no me

he arrepentido ni un solo instante de que me he casado

con Bastian, ahora tengo que buscar la manera de
hacerle entender que quiero quedarme a vivir en
las

Islas Bora Bora para el resto de nuestras vidas.

– ¡Qué la vas a hacer daño!

– ¡Fuera de mi consulta!

– Cariño, por favor.

– No Nancy, te está metiendo vete a saber qué
por ahí y la muy insensata no es capaz de...

Mi marido cierra la boca cuando la Doctora

Weinn le mira lanzándole rayos laser destructivos
para

cualquier ser humano, incluso para un Trumper. La
verdad es que tengo un aparato dentro de mi
vagina e

intento relajarme para que no me haga daño, pero
con

Bastian a mi lado es imposible tener un poco de
tranquilidad, ni siquiera cuando se trata de dulce
bebé.

La Doctora Weinn es muy delicada, me ha
explicado que va a hacerme una exploración, y que
por

supuesto, me hará una ecografía. Todo está yendo
bien

pero ya conoce a mi marido y no se deja intimidar
por

sus

exigencias

innecesarias.

Bastian

respira

profundamente sobre mi cara, va y viene desde donde

está la doctora hasta donde estoy yo, está muy preocupado por dulce bebé y por mí, y en parte, le entiendo.

Hace dos días llegamos de nuestra luna de miel, y excepto dormir y hacer el amor, no hemos hecho otra

cosa. No he tenido tiempo de hacer llamadas, de organizarme y mentalizarme que se ha acabado mi vida en el paraíso y ya he vuelto a Chicago.
Bastian

me despertó en mitad de la noche cargándome para que me metiera en el coche y pongamos destino de vuelta a casa, menos mal que estaba agotada, sino hubiera intentado alguna otra cosa para evitar regresar

aquí. Esta mañana cuando me he levantado, ya me sentía de vuelta y no estoy cansada, me esperan muchas cosas que hacer y espero encontrar tiempo a solas para dedicarme a ellas.

– Muy bien Nancy, vamos a ver ahora como
está el bebé.

Le afirmo con la cabeza girándola para ver a
Bastian de brazos cruzados. Es tan niño a veces.

Conserva la piel bronceada y me acuerdo de que
ayer

dimos la bienvenida a casa haciéndolo en todos
los

rincones, incluso en el jardín. Le frunce el ceño a
la

Doctora, me ha dicho que puedo ponerme las
bragas y

Bastian lo quiere hacer el mismo, ha dejado a su
otro

yo escondido para ayudarme con tranquilidad y

dulzura.

– Relájate cariño, estamos bien.

– La opción de pedir una segunda opinión sigue abierta, digas lo que digas.

No me sonrío pero hace que yo lo haga. La

Doctora viene con el aparato favorito de Bastian y ya

han estado hablando de que se quiere comprar uno para sacarle fotos a diario. Sin embargo, han estado

discutiendo al respecto y la doctora ha sentenciado sobre que jamás sabría que mancha sería dulce bebé;

Bastian no le ha hablado desde entonces si no era

para

echarle de su propia consulta. Repite la misma acción

que la otra vez y nos enseña donde está dulce bebé, ya

lo puedo ver mejor, su diminuto corazón está latiendo o

eso es lo que me quiero imaginar. Los dos nos

quedamos embobados mirando la pantalla cuando la

doctora empieza a cantar.

– Al haber superado la semana once ahora

puedo verle mucho mejor. A vuestro bebé le debe de

gustar que estemos aquí porque me permite ver los

órganos genitales. No se han desarrollado, pero si hay

una diferencia entre el niño y la niña que puedo apreciar. ¿Queréis saber el sexo del bebé?

– Sí – digo emocionada.

– ¡NO! – Bastian impone y le miro.

– ¿Cómo qué no? Cariño, es bonito saberlo.

– Es mucho más bonito cuando le vea salir de ti

– ladea la cabeza haciendo muecas que hacen que me

derrita, usa sus ojos para debilitarme y lo consigue.

– Está bien, – miro a la Doctora – no queremos saber el sexo del bebé.

– Gracias nena.

Recibo a cambio un beso sonoro de mi marido.

No hemos tenido tiempo de hablar en nuestra luna de

miel sobre el sexo del bebé y si preferíamos uno u otro,

le queremos tal y como sea; aunque tampoco sabía que

a Bastian le emocionaba mantener el secreto hasta el

momento del parto.

Tras obtener las fotos de la ecografía salimos de

la consulta a las once de la mañana y sin nada que

hacer. Nada que podamos hacer juntos. Quiero llamar

a Rachel para darle sus regalos, quedar con mis amigos, llegar a casa antes de que Lorain se vaya para

darle sus regalos, y lo más importante, decirle a Trevor

que me reincorporo este lunes. Me dijo que volviera

cuando quisiera, en el avión cuando nos dirigíamos a

Irlanda pude enviar algunos mails a las chicas del departamento de economía y comentarle algo sobre el

trabajo. Lo único que me preocupa ahora es mi marido,

saber en qué punto estamos tras haber vuelto del

paraíso y si permitirá sin discusiones que pueda volver

al trabajo y a nuestra vida en pareja.

Me preocupa porque está conduciendo de vuelta a casa y no encuentro el valor suficiente para explicarle que en algún momento tendremos que separarnos, que él tiene que volver al Chase o a donde

quiera que vaya a trabajar, y yo tengo que tener mi espacio vital. Quiero que lo entienda sin llegar a los

gritos, necesitamos mantener la unión que hemos tenido en estas pasadas semanas.

– ¿Cariño?

– Necesitas reposo, Nancy.

– Estoy bien. Los dos estamos bien. Tenemos que volver a nuestra vida.

– Volveremos, juntos – me mira por unos instantes y pone su mano sobre mi pierna.

Dejo caer la mía sobre la suya acariciando sus dedos. Miro por el cristal que la nieve está desapareciendo, Rachel me dijo que apenas nevaba

por la noche y que el sol calentaba en el día.

Bastian trabaja desde la mesa del comedor mientras no dejo de perseguir a Lorain por toda la casa

hablándole de la boda y luna de miel. Ella no pudo venir pero por lo que le estoy contando parece que ha

estado allí. He conseguido hablar con Rachel y quedar

para cenar con ella, me ha dicho que me avisará. Las

gemelas me han contestado al mensaje y dicen que se

apuntan a la cena, que rubia se ha quedado soltera y

necesita salida de chicas.

Estoy colgando en mi vestidor todas las prendas

que Bastian me ha comprado. Tengo en mis manos el

vestido dorado que llevé por San Valentín, nuestro primer día de los enamorados. Recuerdo como si fuera

ayer los actos románticos que hizo por mí ese día; desde el paseo en barco a primera hora de la mañana,

hasta la escapada a la ciudad donde me pidió que me

casara con él de nuevo, nos fuimos a una iglesia que

Bastian cerró para nosotros y revivimos nuestra boda

casándonos otra vez. Algo que mantendremos en secreto para nosotros porque nuestras madres nos matarían si se llegaran a enterar.

Oigo las pisadas fuertes de Bastian que se
acerca a mí. Me encuentro de rodillas con la ropa
cuando él entra sonriéndome débilmente. Sí, está
más

serio de lo habitual, antes me ha dicho que tiene
mucho

trabajo atrasado y está en ello; como buena
esposa, le

he preparado un café y le he dejado trabajar en paz
porque el muy testarudo no quiere hacerlo en su
oficina.

– ¿Cómo vas?

– Mierda es la palabra que lo define – se

agacha sentándose a mi lado para acariciar mi

brazo.

– ¿Por qué no...?

– Nancy, ya hemos hablado de eso.

– Yo también volveré a trabajar y...

– Nancy.

Su voz ronca me advierte que no es momento

para que discutamos sobre mí yendo a trabajar el

próximo lunes; cuando se lo he confirmado antes
tras

haber llamado a Trevor se ha enfadado y hemos

discutido, así que hemos dejado las cosas pasar
hasta

el lunes por la mañana, cuando volvamos a
discutir por

lo mismo.

Me arrastra hasta dejarme caer sobre él, tiene sus piernas abiertas y está rodeándome con sus brazos. Besa mi cabeza ronroneándome, me ha dicho

antes que cuando se vaya Lorain tendremos sexo perverso en un lugar donde ayer no lo hicimos. Estoy impaciente.

– ¿Quieres descansar un rato? – Le beso

emborrachándome con su belleza, se ha cambiado de

ropa y con un simple pantalón de chándal gris y su camiseta blanca revoluciona mis hormonas mucho

más

rápido de lo normal.

– No. Quiero volver a ello. Solo venía a verte, cuando no te oigo o escucho tu sonrisa, me asusto.

Le niego con la cabeza. Si él supiera que tengo grabado en mi mente todas las frases románticas que

me ha ido diciendo a lo largo de nuestra relación, se

asustaría porque tengo muy buena memoria. Eso creo.

Porque cada vez que habla aunque repitiera lo mismo,

provoca en mí el mismo efecto de querer esconderle

debajo de las sábanas y no soltarle jamás.

– Has estado nervioso desde que volvimos de viaje y dulce bebé está bien.

– Lo sé – acaricia mi barriga – quiero verle, quiero tenerle y que duerma con nosotros para siempre.

– ¿Ah sí?, ¿qué hay de los ocho o nueve que quieres tener?

– Compraremos una cama grande y no se separarán de nosotros.

– Eso sería complicado – le beso y me lo devuelve cuando se levanta de nuevo – no te agobies

mucho cariño, ve a la oficina.

– Prefiero estar aquí contigo y con dulce bebé.

No quiero que sepan que he vuelto.

– ¿Quiénes?

– En el trabajo.

Me sonrío saliendo por la puerta y recibo un

guiño dedicado a mí. Este hombre es muy raro y yo

soy tan afortunada que a veces no lo valoro.

¿Quién no

querría tener a su marido trabajando en casa y
ajeno a

cualquier tipo de peligros que acechan en el
mundo?

Sonrío poniendo una mano en mi boca al darme

cuenta

que estoy pensando como una Trumper, soy una

Trumper y ahora comprendo esa necesidad absoluta de

no separarme de mi hombre.

Bastian se pasa casi todo el día nervioso en el

teléfono, se ausenta yendo de una habitación a otra

mientras yo me entretengo con millones de cosas para

no molestarle. Esta tarde me ha dejado que le ayude

con un problema en uno de sus establecimientos y tras

leer unos informes, me he dado cuenta que el gerente

lo estaba haciendo mal por el sistema informático nuevo que habían instalado el mes pasado. Se ha sentido orgulloso de mí al resolverle el problema, estaba gritándole durante más de una hora y finalmente obtuvo la resolución por mi parte. Hicimos

el amor para celebrarlo y pronto volvió a la mesa donde seguía trabajando.

Las gemelas se acaban de ir hace un rato.

Bastian se ha distraído por unos instantes del trabajo

para meterse un poco con ellas y estar presente cuando le diera sus regalos. Hemos estado muy a

gusto charlando las tres, Bastian ha vuelto al trabajo

muy rápido dejándonos a solas y la pequeña reunión de

chica me ha servido de gran ayuda porque me estaba

aburriendo. Rachel me dijo que vendría mañana a

desayunar, que tenía que hablar conmigo pero a rubia

se le ha escapado que ha roto con Alan y no quería

decírmelo. Estoy esperando a que Bastian salga del

baño para llamarle por teléfono, no sé si ha sido por mi

boda y la rapidez en la que la absorbí para mí lo que ha

hecho que se distancien. A lo mejor tengo posibilidades

de juntarles de nuevo.

– ¿Lo puedo llamar ya?

– No.

Bufo fuerte otra vez para que me oiga, estoy

dentro de la cama y se me repite la cena. Hemos

pedido comida mexicana porque morena quería que le

trajera la comida el chico de la moto que le gusta, por

supuesto, Bastian no ha dejado que abra la puerta y

ella se ha encargado de invitarnos a todos mientras

flirteaban en el intercambio. Mi marido es bastante

lento porque no quiere salir del baño, me ha dicho que

necesitaba una ducha y le he dejado que se despeje a

gusto. Miro el móvil leyendo el chat de nuestras

madres, nos tiene a todos en un chat compartido y las

ignoramos cuando no dejan de comentar sobre sus

cosas. Este fin de semana hemos quedado con mis

padres en Crest Hill y se supone que mañana viene

Margaret a primera hora de la mañana, estoy leyendo

que tienen que traernos algunos regalos de boda que se

encargaron de recoger. Voy a tener boda hasta el

siglo

veintidós.

Mi marido abre la puerta pero lo hace vestido,
mi decepción se va a flote en el suelo de la
habitación.

Se ha puesto un pijama completo porque dice que
tiene

frio, a lo mejor el cambio del tiempo le está
afectando

y yo no dejo de pensar que quiero ver su cuerpo

desnudo todos los días de mi vida. Yo, sin
embargo,

estoy desnuda tal y como me quiere y sin ninguna

discusión al respecto. Me casé con él sabiendo
que me

quería desnuda en su cama, y lo sigo manteniendo incluso cuando no estábamos juntos.

Gruñe metiéndose en la cama y arrastrándose cerca de mí para posar su cabeza donde lo hace cada

noche, justo por encima de mi barriga para tocarla y

hablarle al bebé. Está gruñendo y sé que no le hace gracia mi llamada.

– Voy a llamarle ya.

– No te metas nena, déjales que solucionen sus problemas de pareja.

– Me siento culpable.

– No te sientas así, – acaricia mi barriga – ¿está durmiendo dulce bebé?

– Sí.

Le ignoro y marco a Alan, mi marido susurra a dulce bebé lo inconsecuente que soy.

– Hola – la voz de mi amigo es seria.

– Hola Alan. ¿Cómo estás?

– ¿Lo sabes?

– Por rubia, se le ha escapado.

– Pues nada más que decir.

Bastian susurra a dulce bebé que me lo había

advertido y le tiro de la oreja para que deje de decirle

esas cosas.

– Lo siento, Alan. ¿Hay algo que pueda hacer?

– No.

– ¿Ha sido por mi boda? Las cosas pasaron muy deprisa, ya sabes cómo es Bastian y...

– No, no ha sido por tu boda.

Vuelve a susurrarle a dulce bebé que me lo dijo

y que como siempre, había ignorado la buena fe de su

advertencia. Le golpeo en el brazo, esta vez, más

fuerte. No quiero que dulce bebé escuche esas cosas

por parte de su padre.

– ¿Quieres quedar para que hablemos?

– ¡No! – Gruñe Bastian mirándome desde abajo, él no va a impedirme que vea a mi amigo.

– Gracias Nancy, pero no puedo ahora mismo.

Estoy ocupado y no tengo tiempo.

– Alan, sigues siendo mi amigo. Voy a partirme en dos con vosotros, ella es mi amiga pero tú también

lo eres. Si habéis roto la relación es vuestro problema,

no me excluyas pensando que voy a dejarte de lado porque no eres una chica.

– Nancy – me gruñe Bastian y pongo mi mano en su boca. Vuelve a susurrar a dulce bebé que me está diciendo que me calle y que no le hago caso.

– Gracias Nancy, te llamaré cuando pueda. No me apetece salir y ver a nadie. Enhorabuena por todo, espero que seas muy feliz.

– Lo será – responde Bastian en voz baja.

– Esto no se va a quedar así. Te daré unos días

hasta que me organice aquí, una vez que lo haga,
pienso ir a verte me quieras o no – se ríe al otro
lado,

me consuela oírle.

– Gracias, cuídate Nancy.

– Tú también.

Cuelgo la llamada dejando el móvil sobre mi

mesa al lado de mi lámpara y con una foto de
Bastian

y de mí en Tokio; la he imprimido porque adoro
esa

foto ya que estaba enfadado y no podía controlar
los

millones de personas que cruzaban la calle detrás
de

él. Le acaricio en la foto y vuelvo a hacerlo sobre su

cara; él está hablando a dulce bebé y le cuenta que no

voy a quedar con Alan si no es en su presencia y por

supuesto no durante el embarazo porque soy tan torpe

que caería al suelo sobre la barriga.

Me río por el tipo de conversaciones que tiene con dulce bebé.

– Le dije a mamá que no se metiera y me ha

desobedecido nuevamente. Menos mal que tú si harás

caso a papá.

– Oye – le golpeo en el brazo de nuevo – no le digas eso, dulce bebé tendrá un espíritu libre y hará lo

que sea que le haga feliz.

Gira su cabeza para mirarme y asesinarme en el acto.

– Nada de espíritu libre. Será feliz con sus padres, donde deberá estar hasta los cincuenta años. Si

estoy de buen humor, los cuarenta.

– Cariño, a esa edad ya seremos muy arrugados y dulce bebé tendrá nietos.

– Retíralo, – frunce el ceño acorralándome en la

cama con ambos brazos – adoptará.

– Tendrá sexo pervertido con quien le apetezca hasta ser padre o madre.

– Nancy, – me grita escupiéndome en la cara – ¡retíralo! Dulce bebé no se quedará embarazada, no

sabrá lo que es sexo. El convento de monjas es un lugar idóneo para ella.

– ¿Ahora te vuelves religioso?

– No, pero es un lugar seguro si quiere vivir la vida. Estará protegida cuando tenga que llevar a su madre al médico por pérdidas de orina.

– Bastian – le increpo pegándole de nuevo.

Ronronea besando mi cuello – ¿y si es niño?

– Supongo que el convento para monjes es una buena opción. Pero seré flexible con lo que quiera, todo es cuestión de hablarlo.

– ¡Machista!

– Y me amas – me distrae besando mi mandíbula.

– Sí, te amo pero no tu lado machista.

– Todo es cuestión de hablarlo.

– Solo si es chico, ¿eh?

Cierro los ojos negando con la cabeza. Sé que

Bastian será un padre excepcional, que vamos a tener

muchas peleas en el futuro por la sobreprotección de

nuestros futuros hijos, pero también sé que será una

fachada. Cuando tenga a dulce bebé en sus brazos le

dará lo mejor que tiene e incluso mucho más de lo que

se merece por mantenerle cerca de nosotros. Le

veremos crecer felices y tendremos la familia que siempre hemos soñado.

Nuestra propia familia Trumper.

El teléfono le suena otra vez y antes he jurado

que si lo oía de nuevo lo estrellaría contra la pared.

Bastian interrumpe sus besos que se deslizaban hacia

mis pechos, se levanta refunfuñando palabras inaudibles mientras descuelga.

– ¿Otra vez? Sí, lo he recibido. Ahora no.

Mañana en la oficina. Sí. No hagas que repita la misma palabra dos veces. Sí es sí.

Cuelga de mala gana estrellando el móvil hacia el sofá que tenemos en nuestra habitación, subo mis

cejas sorprendida por que me ha leído el pensamiento.

No ha dejado de hablar por teléfono en todo el día y mi

neandertal enfadado se merece un poco de tregua.

Se

mete en la cama de nuevo y apaga la luz.

– Eso quiere decir que nos vamos a dormir,

¿no?

– Afirmativo nena, – besa mi barriga – ojala
pudiera hacer arder a más de uno con tan solo
mirarles.

– Cariño – acaricio su cabeza, se ha abrazado a
mí tan fuerte que me siento pequeña debajo de él –
te

dije que fueras a la oficina y trabajases allí. Me
estás

asfixiando.

Afloja su agarre relajándose sobre mi cuerpo,
besa nuevamente mi barriga y le susurra que el
convento es un buen lugar para vivir pero que esta
noche le permite dormir dentro de mamá. Adoro
que le
hable a dulce bebé. Quiero seguir hablándole a
Bastian
pero pronto descubro que se ha dormido y que mis
intentos de tener un poco de sexo pervertido esta
noche se han ido lejos.

CAPÍTULO 14

Paso la hoja de la revista más fuerte de lo
normal por si Bastian puede escuchar el ruido
desde el

garaje. Esta mañana hemos tenido una discusión por

las prohibiciones que ha sobrepasado las normales, la

doctora me dijo que era normal si sangraba un poco y

esta mañana lo he hecho; no ha sido sangre del todo,

pero Bastian se ha asustado, ha llamado a una doctora

nueva y cuando se ha ido hemos empezado a discutir

porque no quiere que salga de casa. Y no he salido ni

tengo intención en hacerlo porque Rachel está a punto

de llegar y va a intentar convencerle, aunque tenemos

pendiente una charla de chicas.

Mi marido ha aprovechado este día soleado para hacer algo en el garaje y revisar los motores de algunos de sus coches. No sé exactamente lo que está

haciendo porque estaba enfadada, ya lo estoy echando

de menos pero no voy a ir a él tan fácilmente. Esta mañana estaba siendo tan perfecta que me ha dado pena tener nuestra primera discusión real, pienso que

no quiere que salga porque tiene miedo por dulce bebé,

es como si quisiera retenerme aquí para su uso y disfrute. Luego hablaré con él y le haré entender que

necesito vivir, espero que su madre también me apoye

en esto y no tengamos otra discusión delante de todos.

Cierro definitivamente la revista para saltar al

frigorífico y morder un trozo de pastel que sobró de la

cena de anoche, voy a preparar el café porque acabo

de escuchar un coche y esto pone una sonrisa en mi

boca. La voz grave de mi marido suena con un gruñido

y Rachel aparece por la puerta del garaje hacia la cocina. Me vuelvo dejando la cafetera, yendo hacia mi

mejor amiga y abrazándola como si no nos hubiéramos

visto en meses. Me separo de ella ladeando la cabeza

entre nuestras risas y admirando que no la veo

preocupada, es más, la noto mejor que nunca. Va

maquillada, su pelo es completamente negro sin ningún

rastro de mechas y se ha quitado el aro de la nariz;

incluso va vestida de diferente forma.

– Tu barriga ha crecido mucho cielo, que gorda

estás – subo una ceja indignada – ¿estás en esa fase

del no aceptar tu cuerpo?

– No. Más o menos. Bueno sí, no seas tan

directa al decirme que estoy más gorda. Mi ginecóloga

ha dicho que he engordado seis kilos. Y bien, ¿cómo

estás Rachel?

– Genial – me sonrío – ¿qué grado de enfado tiene?

– Alerta roja máxima. Estoy preparando café, ¿has traído los pasteles?

– No – hace una mueca, a ella nunca se le

olvidan los pasteles – lo siento, me he venido
directa de

la tienda. No me he acordado.

– Oh, no pasa nada. Dulce bebé odiará a su tía,

pero no pasa nada – acaricio mi barriga sacándole
la

lengua.

Saco del frigorífico el pastel que me voy a tener

que comer ahora mismo porque mi amiga ha sido
tan

descuidada que se le ha olvidado ir a la pastelería.

Siempre va a la pastelería, los donuts y ella son
como

el aire que necesita para vivir. Se sienta dejando
su

abrigo sobre la isla y preparo el café para ella.

– Bueno, cuéntame. ¿Qué tal la luna de miel?,

¿dónde están los regalos que le habéis comprado al

bebé?

Bastian ha comprado cosas para dulce bebé y

se suponía que nos la traían hoy jueves o mañana

viernes. Hemos entrado en las tiendas para bebés en

diferentes países cuando estábamos de luna de miel

para ir viendo cosas y decidiendo, pero Bastian no se

podía contener y ha comprado más de lo que podemos

meter en casa. Estoy deseando que lleguen los pedidos

e hipnotizarme con mi lado maternal.

– Si no nos lo traen hoy, mañana. Pregúntale a

Bastian mejor, él te sabrá decir la fecha y hora exacta.

Luego viene mi suegra a traernos más regalos de los

invitados y cosas para dulce bebé que también ha

comprado con mi madre cuando han estado planeando

la boda.

– Vaya, vas a tener mucho que hacer. ¿Vuelves

el lunes al trabajo? – Susurra la pregunta.

– Claro que sí.

Pongo el café sobre la mesa, me siento en
frente de ella haciendo a un lado la revista, espero
a

que me diga la noticia y no haya venido para ver
cómo

estoy. Mientras me meto un trozo de pastel en mi
boca

Bastian pasa por delante de nosotras; sus brazos
están

llenos de grasa de motor, sus pantalones grises
también

y la camiseta blanca es de cualquier color menos

blanca, tiene una mancha negra sobre la frente pero
no

se lo voy a decir. Está increíblemente sexy e

increíblemente

enfadado

conmigo.

Se

queda

mirándome mientras mastico el pastel pero no se

atreve a decirme nada delante de Rachel, abre el

frigorífico, coge su bebida azul sin nombre y se
vuelve

al garaje. Mi amiga me mira con los ojos abiertos,
está

acostumbrada a ver la mejor versión de Bastian y

estoy segura que no le gusta esta nueva.

– ¿Tan mal está?

– Sí. Hemos pasado del amor al tenemos una discusión que casi hacemos tirar la casa abajo.

– ¿Por la sangre?

– Quiero pensar que es por la sangre. El muy testarudo se puso a trabajar ayer en casa y se agobió

con muchos problemas, estuvo recibiendo mensajes y

llamadas durante toda la noche hasta que de madrugada gritó tan fuerte que me desperté asustada.

– ¿Por el trabajo?

– Dice que quiere hacer arder a todos y borrarse del mapa. Tan pronto me desperté, nos dormimos. Y esta mañana con el tema de la sangre se

ha asustado y hemos discutido porque me ha prohibido

que no salga.

– No puede hacer eso, no te preocupes, ahora hablaré con él.

– Le he mandado al trabajo y no ha querido ir.

– Se le pasará.

– Espero – trago el trozo de pastel y dejo de hablar con la boca abierta – ahora tú, háblame.

– Pues sí, quería hablar contigo. ¿Me vas a dar los regalos de Tokio ahora? Las gemelas tienen los suyos – saca el labio inferior haciéndome pucheritos.

– Sí, los tengo en mi habitación. ¿Solo has venido a por los regalos?

– No, – bebe el café ignorando mis preguntas, supongo que iré directa al grano y le preguntaré por la

ruptura con Alan – también he venido para ver el reportaje de la boda.

– ¿Has venido para ver fotos y videos de mi boda? Los recibimos ayer por la tarde y tenemos que

regalar algunas fotos a nuestras familias, pero si
quieres verlas, por mi encantada. Aunque
preferiría

que hablásemos de chica a chica.

Ya estoy oyendo el móvil de Bastian desde aquí,
me pone enferma. Rachel se distrae tragando
saliva y

entiendo cómo se siente porque he estado en la
misma
situación que ella.

– Tú ganas – deja la taza de café, ha dado
tantas vueltas a la cuchara que estoy empezando a
marearme.

– A rubia se le escapó lo de la ruptura – ella

abre los ojos.

– Lo descubrieron hace un par de días. He estado un tanto ocupada.

– ¿Estás bien? Anoche hablé con él por teléfono y no lo está llevando bien. Ni siquiera quiere que quedemos para hablar.

– Le entiendo, le he dicho lo mismo pero no quiere verme.

– ¿Qué ha sucedido? Me siento mal si es por mi boda y todo el estrés que he tenido la semana pasada.

Siempre has estado a mi lado cuando te he necesitado

y a lo mejor has dejado apartada tu relación –
alejo el

plato vacío para agarrar sus manos.

– Nancy, tú o Bastian no habéis tenido la culpa.

Yo he hecho algo malo y se lo he tenido que
confesar.

– ¿De qué estás hablando?

Suspira mirando al techo, me esquivo la mirada
e inhala aire llenándose los pulmones hasta el
límite.

Nunca la había visto así.

– Ha habido una tercera persona por mi parte.

– ¿Qué?

– Le he sido infiel, sin quererlo, pero le he sido

infiel.

– Rachel, – me muevo inquieta en mi silla – eso no se hace.

– Lo sé, lo sé y lo siento. Le he pedido disculpas miles de veces y supongo que me merezco que no me hable.

– ¿Por qué?, ¿no iban bien las cosas con él?

– Todo en mi vida iba bien hasta que apareció esa tercera persona y caí. Caí en sus redes, me dejé

llevar por lo que sentía y tuve que contárselo a Alan

para romper con él.

– ¿Cuándo fue?

– En la famosa semana de tu boda, justo después de tu reconciliación con Bastian.

– Me siento fatal. Yo viviendo los momentos más felices de mi vida y tú rompiendo con Alan.

– No quise decirte nada para no amargar tu felicidad.

– Hubiera sacado tiempo para ti. ¿Y, cómo estás?

– Muy bien. Quería que regresaras para poder contártelo porque no lo sabe nadie, solo tú. Todos creen que ha sido por el trabajo y distanciamiento.

– Oh, lo siento mucho Rachel. Si necesitas algo sabes que estoy aquí y a juzgar por mi marido, estaré

aquí los próximos nueve meses.

– ¿Quieres que hable con él?

– Lo haré luego, no creo que esté enfadado por la discusión. Espero. Y bueno, cuéntame entonces, ¿cómo ha sido tu aventura?, ¿con quién?, ¿cómo ha pasado?, ¿ha sido solo sexo?, ¿es tan tremenda la necesidad de buscar a otro estando con Alan?

Cuéntamelo todo con pelos y señales, estoy en contra

de las infidelidades y quiero escuchar la tuya en

primera persona.

– Creo que necesitaré otro café y a tu marido.

No quiero que saltes de la isla para asaltarme –
arrugo

la cara cruzándome de brazos – ¿ves? Esa cara
quería

evitarla.

– Rachel, ¿qué pasa?

– Me lo pones un poco difícil si me estás
mirando así. Totalmente Trumper – se ríe
tragándose

los nervios que le recorren la piel.

– Rachel.

– Vale – pone ambas manos arriba – te lo

contaré.

– Espero. ¿Qué ocurre Rachel?, ¿a qué viene este misterio?

– Ha sido con alguien quién conoces.

– ¿Quién? – Abro los ojos con la boca abierta.

– Alguien cercano a ti. Alguien que sabe cómo hacer que...

– ¡Rachel! ¿Quién?

– Un Trumper – se ríe – he caído en los juegos de Sebastian.

– ¿QUÉ?

Mi cara es un poema. No. Es un relato largo de

mil páginas. ¿Rachel con Sebastian? No. Ni por todo el

oro del mundo ellos se han acostado juntos. No puedo

creerlo. Tiene la cara sonrojada y yo me estoy

muriendo por la curiosidad de saber si es algún tipo de

broma post boda.

– Sí, – se muerde los labios y bebe de su taza vacía – café.

– Rachel, ¿es verdad?

– Sí.

– ¿Cómo?, ¿cuándo? Y lo que es peor, ¿por qué?

– Yo. Nancy, es difícil de explicar algo que ni yo misma sé. El año pasado mantuvimos el contacto cuando os pasaba el problema de las llamadas, al principio no cedía, pero poco a poco iba cayendo en

sus flirteos. Me visitaba en la tienda, me hacía preguntas y acabamos en la cama.

– ¡Oh, Dios! ¿Lo sabías desde el año pasado y no me has dicho nada?

– Dejamos de vernos porque pensé que era producto de una noche y de la presión por lo de las llamadas. Pero después de navidad volvimos a vernos

y...

– ¿Volvisteis a veros?, ¿estando yo deprimida por Bastian?

– Él solo vino con la excusa de amenazarme si dejara que algo malo te pasaba y volvió a pasar. Una,

dos, tres y hasta el mismo fin de semana que Mike te

retuvo. Al día siguiente quise acabar con Alan porque

no se lo merecía.

– Sebastian y tú – repito a la nada.

– Tengo que decir en mi defensa que no somos nada, solo ha sido puro sexo – estallo en risas y

ella se

ríe conmigo sin saber el por qué – ¿qué?

– Oh Rachel, te aseguro que nunca podrás dejar escapar a un Trumper. Si caes en sus redes una vez,

estás totalmente acabada.

Nos movemos al sofá para que me cuente los detalles y lo hace. Evita los más íntimos porque conozco la forma de persuadir que tienen los Trumper

llegando a la conclusión de que también le impone, le

ruge y le refunfuña; acabamos por comparar a los hermanos. Ella me dice constantemente que no está

enamorada, que no le gusta, que solo se divierten
follando eventualmente y siguen con sus vidas,
pero le

veo el mismo brillo que tenía yo cada mañana
cada vez

que me levantaba al lado de Bastian. Mi amiga ha
caído en las redes de un Trumper y me alegro
porque

no soy la única que lo ha hecho.

Sin embargo, no se queda el tiempo que hubiera
querido. Vuelve al trabajo despidiéndose con un
leve

saludo a Bastian porque está debajo del coche,
tengo

los brazos cruzados y estoy apoyada en la puerta

del

garaje imaginando que ahora estará viviendo una

bonita historia de amor con Sebastian y que debe de

ser muy feliz. A pesar de todo, un Trumper puede hacerte feliz.

– Vas a coger frío – me gruñe mi Trumper enfadado conmigo.

Giro viendo que está de rodillas soplando algo

que tiene en sus manos. Le frunzo el ceño y paso por

su lado ignorándole, lleva toda la mañana ignorándome

y yo voy a hacer lo mismo. No me gusta jugar a lo

mismo que él, pero odio tener que darle la razón en

algo cuando no la tiene.

Estoy en nuestra habitación recogiendo la ropa de la ducha que me he dado esta mañana, sola, porque

mi marido ya lo hizo en la noche y estábamos tan enfadados que no ha querido dársela conmigo. Solo ha

entrado para ver si corría sangre por el agua y cuando

ha visto que no ha sido así, ha cerrado la puerta

yéndose. Me he quejado muchas veces de que no me

deja sola, y cuando lo hace, quiero que no lo haga

nunca más porque me hace sentir como una mierda.

Un sentimiento que prefiero dejar a un lado entre nosotros, ya hemos estado suficientemente lejos como

para estarlo mientras estamos casados.

Doy otra vuelta al garaje para dejar la ropa sucia cuando la voz grave de mi marido me frena.

– ¿Qué? – Le miro, está sentado tecleando con el móvil.

– Qué tenemos que hablar.

– Ah, – me cruzo de brazos – ¿ya se te ha pasado el enfado?

– No – me mira por primera vez a los ojos

desde esta mañana – tú en casa, sigue siendo un hecho

irrevocable. Estás enferma y...

– ¿Otra vez?

Paso de él dejándole con la palabra en la boca.

Se cree que por manchar un poco de sangre voy a

tener un aborto y que seré una inconsecuente si lo

hago. Me ha acusado de querer perder al bebé y de no

hacer nada al respecto, quiero pensar que es producto

del estrés tras la vuelta de la luna de miel. Pero si no

fuera así, le hubiera mandado a la mierda y hubiera ido

a trabajar, le gustase o no.

Pongo las cosas en el fregadero escuchando de

lejos sus quejas sobre que en casa estaré más
segura y

que afuera estaré en peligro. Me limpio el trapo
con las

manos, y al girar para verle de nuevo, tiene una
mano

pasando por su cabeza mirando por la ventana,
ausente

y preocupado más de la cuenta. Sus ojos son más
profundos y bellos, a punto de aniquilar a alguien
aunque no estuviera delante.

– ¿Me has oído? – Vuelve su cara a mí.

– Bastian, – suspiro lanzando el trapo sobre la isla – no voy a quedarme en casa por los próximos nueve meses.

– No te hablo de eso, ¿me has escuchado?

– Sí – mi primera pequeña mentira como su esposa.

– No sabes mentir. Te decía que tengo que contarte algo y no quisiera hacerlo.

– ¿Lo de Sebastian y Rachel?, ¿lo sabías?

– ¿Qué? – Da un paso hacia atrás sorprendido.

– ¿No lo sabías? Ellos dos tienen algo. Ha habido sexo de por medio.

– ¿Ha roto con Alan por mi hermano?

– Sí, eso parece. Dice que cuando se

conocieron el año pasado no han perdido el contacto,

tuvieron algo y luego retomaron su historia.

– No lo sabía, – eleva las comisuras de sus

labios – aunque es un Trumper, no compartimos nada

que tenga que ver con mujeres.

– ¿Te refieres a que pronto hará una

presentación oficial a la familia?

– No tengo ni idea. No me ha dicho nada.

– Me gustan juntos, ojala que les salga bien

porque ella tiene mucho carácter para aguantar a un

Trumper. Así que... – le enseño mis dientes sonriendo

– lo tiene todo.

– Entonces les irá bien.

Mi marido entrecierra los ojos en mi dirección y

doy un paso hacia él, sabía que no nos duraba mucho

el enfado. Choco con su brazo en alto, baja su nuez y

mira hacia su móvil. Retrocedo un paso frunciendo el

ceño.

– ¿Bastian?

– Te he dicho que tengo que contarte una cosa
y no quisiera hacerlo – vuelvo a ver bajar su nuez.

– No me asustes, – sonrío tímidamente –
recuerda que sigo embarazada.

– Es un tema que no puedo dejarlo pasar por
más tiempo. Te prometí que te sería sincero y
compartiría mis problemas contigo. Eso haré.

– Oh cariño. ¿Es por el trabajo? Te dije que te
fueras a la oficina.

– No es un trabajo de oficina. Es sobre Bill.

Tenso mis hombros rígidos poniendo todos mis
sentidos en alerta, incluso el maternal. Me cruzo
de

brazos retrocediendo más pasos de lo normal.

Bastian

no deja de mirar a su móvil que lo sostiene con el puño

cerrado, cierro los ojos negando con la cabeza porque

nunca va a dejarlo marchar. No hemos hablado en nuestra luna de miel sobre lo que pasó aquella noche

del viernes en nuestra despedida porque nunca ha salido el tema, pensé que lo había solucionado todo y

que ya no sería un problema. A juzgar por su actitud,

me equivoqué, y mucho.

– Te escucho.

Aunque odie a Bill, William o cómo diablos quiere que le llame, amo a mi marido y él está por encima de todo. Si quiere hablarme de sus problemas

con él, lo escucharé y le apoyaré aunque ese hombre

no se merezca ni una mierda de Bastian.

– La noche de tú despedida de soltera tuve que marcharme porque le querían matar. Te dije que siempre se había metido en problemas y que ahora los tiene con unos hombres que van tras él. Conozco al dueño del club donde se reinsertó El Sótano y Bill

quería entrar para provocar a sus enemigos que estaban dentro con la excusa de que yo era su amigo y

les iría a patear el trasero si me lo pidiera. Esa noche

me lo encontré atado en un callejón y recibiendo una

paliza de muerte. Conozco a esa gente y pude hablar

con ellos para que le dejaran en paz, por un momento

llegamos todos a un acuerdo pero el muy bocazas tuvo

que decirles que en cuanto le soltara les mataría y rápidamente empezamos una pelea. Luché contra

todos cuando Ryan me separó metiéndome en el
coche. La siguiente cosa que vi fue a ti y juro por
Dios

que me hubiera casado esa misma noche contigo,
pero

nuestras madres no estarían orgullosas.

Sonríe pero yo no, vuelve a mirar a su móvil.

Está callado, espera a que diga algo y no sé qué
decir.

Su amigo, o lo que sea, es un problema para él y
no sé

cómo hacerle entender que él es el mal y yo soy el
bien.

– Prosigue – sé que hay más, Bastian no sabe

mentir a pesar de que cree que sí.

– Las cosas se han vuelto complicadas aquí

porque ese grupo de hombres van detrás de ellos y no

dejan de meterme a mí. El caso es que los conozco,

son buenos hombres, pero Bill es un bocazas y no para

de presumir con que conoce al campeón mundial de

lucha.

– ¿Van detrás de ellos? – Bastian cierra los ojos y resopla.

– Ria.

Ahora resoplo yo con más fuerza aún. Su amigo
es su problema, ¿pero Ria?, ¿otra vez? Pensé que
la

dejamos atrás hace tiempo. No puedo creer que
haya

encontrado la manera de seguir atrayendo a
Bastian a

su terreno con la patética excusa de que unos
hombres

la están persiguiendo a ella también.

– ¿Por eso estaba contigo la noche de la
despedida?

– Ella me llamó, – eso es una sorpresa – no sé
cómo consiguió el número de mi móvil, pero
sospecho

que preguntó en el Bamper y algún camarero se lo dio.

– Oh, por favor – cierro los ojos porque quiero estrangularle.

– He estado mandándome un par de mensajes con ella durante nuestra luna de miel – abro los ojos de

nuevo sintiendo como se forma un nudo en mi estómago – esta es la parte que no quería contarte porque sé que te vas a enfadar. Ella ha sido arrastrada

de nuevo por Bill como tantas veces en el pasado. Me

ha informado de lo que estaba pasando aquí y yo

necesitaba saber que cuando regresemos,
estábamos a

salvo.

– ¿Me has estado ocultando que te has estado
mandando mensajes con Ria? – Asiente – ¿en
nuestra

luna de miel?

– Sí. Nena, lo hacía por...

– ¿Lo hacías por ella?

– No, – frunce el ceño – por nosotros. No

quería sorpresas de última hora si aterrizábamos
en

Chicago y tuviera que ir a sacarles de otra mierda
como en las que se meten.

– ¿Por nosotros? ¡Y una mierda!

– Habla bien.

– Otra vez volvemos a lo mismo – niego con la cabeza – ¿no te das cuenta que lo hacen para que te arrastres a ellos? Es Ria la que quiere seguir separándote de mí y eres tan gilipollas que no te das cuenta.

– Nena, por favor – pasa los dedos por sus ojos, preocupado y presionado.

– No hay un por favor, Bastian. ¿Te das cuenta del daño que me haces a mí y a dulce bebé? – Levanta

la cabeza serio – sí, ahora no solo soy yo, estoy embarazada y somos dos aquí.

– Te estoy contando esto, ¡joder! ¿Querías toda esa mierda de sinceridad? Aquí la tienes, es lo que hay.

Y no metas a dulce bebé en esto.

Retrocedo tragando saliva. Estamos estancados en el mismo punto de siempre porque él no quiere desprenderse de la oscuridad que tanto quería huir.

– Yo no te pido sinceridad si no te sale del corazón. Si hubieras preferido salir con ellos, ahí tienes

la puerta. No te estoy obligando a nada que no quieras

hacer.

– Nancy. Las cosas no están saliendo como las creía. Se suponía que todo iba a estar bien hasta que

en el día de nuestra boda ellos tuvieron otro problema.

– ¿Manchaste el día más importante de nuestras vidas con sus mierdas? – Esto no puede estar pasando.

– Nancy, por favor. Ahora no necesito que te enfades porque...

– ¿Qué no necesitas que me enfade?, ¿cómo quieres que me sienta cuando mi marido me ha estado

mintiendo en mi cara, en mi propia boda, en mi luna de

miel? Y encima de todo, con la persona que ha intentado destruirnos desde que te fijaste en mí.

¿Cómo has podido?

– Nancy.

– ¿CÓMO? – Le grito alterada, paso una mano por mi cabeza en busca de ideas frescas que me ayuden a sobrellevar esta eterna pesadilla.

– Por favor, tranquilízate.

– No me voy a tranquilizar Bastian – le estoy mirando enfadada – me has decepcionado y mucho.

No llevamos casados ni un mes y ya me has mentido.

¿Qué digo? Hasta el día de la boda.

– Eso no ha sido así, te lo juro.

– ¿Y toda la farsa de llevarme a Irlanda?, ¿de desplazar a todo el mundo allí?, ¿por qué ha sido?, ¿por

alejarnos

de

Chicago

para

que

nadie

nos

interrumpieran?

Niega con la cabeza. No me puede responder con dignidad porque está abrumado y no sabe encontrar las palabras correctas para no seguir empeorando las cosas. ¿Seguir empeorando? No creo

que pueda haber algo peor que haberme llenado la cabeza de mentiras por proteger a sus amigos.

Pongo ambas manos en mi cintura, frunzo el ceño y giro hacia mi habitación. Le cierro con la puerta

en las narices porque ya iba detrás de mí y abre la

puerta.

– ¿Ya te vas?, ¿te cuento lo que pasa y huyes?

– Le miro desde el vestidor.

– Me voy a trabajar. Te ha salido mal la jugada si pensabas retenerme aquí por el resto del día, semanas y meses.

– No irás a ningún lugar Nancy – entra en la habitación, pero me agarra del brazo – te lo digo muy en serio.

– ¿Te lo ha dicho Ria por mensaje? Ve y regálale tu mal humor a ella y déjame en paz. Estoy

cansada de ser yo la única que recibe órdenes de ti,

siendo mi marido.

– Nancy, estás siendo infantil.

Tropiezo con un solo pie y Bastian me coje en el aire. Vale, estos pantalones no pasan de mi rodilla y

puedo vivir con ello. Cojo un vestido que entra perfectamente por mi cuerpo y se queda un poco corto

por delante, pero me da igual. Le ignoro mientras me

voy a mi tocador, Bastian suspira y puede que esté siendo infantil, pero Ria me supera en todos los

sentidos y que haya estado presente el día de mi boda

sin saberlo, aunque solo fuera por mensaje, me mata.

– Deja de hacer soniditos con tu boca. Me voy a ir a trabajar quieras o no.

– ¡Maldita sea! Nancy, eres tan jodidamente testaruda que no eres capaz de escucharme.

Inyecto mis ojos contra los suyos con el maquillaje en la mano.

– ¿Testaruda?, ¿sabes lo que me has confesado? No es cuestión de ayudar a tus amigos, son muchas cosas disfrazas que tú te niegas a ver.

– Lo veo. Lo veo y... Nancy, ¡por el amor de

Dios! No te atrevas a salir con esos labios rojos.
El

rojo es para la noche.

Junto mis labios y pongo morritos frente al

espejo. Me resisto a pelear con mi pelo para
dejarlo

caer como quiera y me pongo unos zapatos que se
sujetan a mis tobillos. Puedo caerme si me pongo
otros

y soy consecuente con mis actos, aunque mi marido
piense lo contrario. Me marchó a nuestra
habitación

seguida por los jadeos de Bastian que resoplan en
mi

cabeza. Pongo un poco de perfume en mi cuello que lo

tenía en el baño y regreso a mi habitación para coger

mi bolso, voy a la cocina y lo planto sobre la isla

metiendo el móvil dentro. Creo que ayer hice el cambio

de bolso y debo de tenerlo todo. Bastian está de brazos

cruzados riéndose.

– ¿Qué te hace tanta gracia?

– Tú y tú manera de moverte. ¿Cómo piensas

salir de casa si no tienes coche y me niego a darte

uno? – Levanto el móvil marcando el número de un

taxi cuando Bastian me lo quita de las manos – ¡ya basta!

– Dame mi teléfono, – lo coje y se aleja de mí –

Bastian, no estoy para tus juegos. Con suerte llego a la

hora del almuerzo y puedo empezar a trabajar sin que

me pregunten como ha ido mi puñetera boda; no quiero

explicarles el por qué fue una mentira por consecuencia de mi marido que vive en el pasado.

Se queda impasible e inmóvil por lo que he dicho. Yo, sin embargo, subo una ceja retándole a que

me diga lo contrario.

– No lo dices en serio – su voz tiembla.

– Lo digo.

– Retíralo – me frunce el ceño.

– ¿Retirarlo? No lo creo. Digo la verdad.

Siempre digo la verdad, a diferencia de ti.

– ¿Y cuándo malditamente querías que te lo

dijera?, ¿el día de tu boda?, ¿querías saberlo para
no

casarte conmigo?

– Ese día nos casábamos los dos, no digas “tú

boda”. Y sí, la verdad por delante y si no había
boda,

pues no la había. No entiendo la necesidad que tenías

de casarte cuando ya lo has hecho antes.

Otra daga envenenada que se estrella en su

corazón. Me he arrepentido tan pronto ha salido de mi

boca. Da un paso en mi dirección pero deja el móvil

sobre la isla y se marcha a la habitación. Genial. Ahora

soy yo la mala.

Tras llamar al taxi y esperar por él, cierro la

puerta sigilosamente y subo al coche que está

esperándome. Doy gracias a Dios que Bastian está en

la ducha.

– Buenos días, señorita.

– Corra al centro de la ciudad, por favor.

El taxista entiende que estoy huyendo de algo o alguien tomándome la palabra y derrapando en el camino conduciendo lejos de casa. Cierro los ojos con

lágrimas en ellos, no voy a dejarlas escapar, ya no me

permito llorar más por terceras personas. Si mi marido

es incapaz de escoger entre ellos o nosotros, tendré

que vivir en mi mentira.

Una vez que salgo del ascensor me tropiezo con algunos compañeros del departamento de abogados

que está junto al despacho de Trevor. Me dan la enhorabuena y disfrazo una sonrisa inexistente porque

ahora no me apetece devolverles el cariño que estoy

recibiendo. Algunos se están marchando al almuerzo

cuando giro por el pasillo que me lleva al despacho, su

secretaria debe de estar de haber salido, frunzo el ceño

pensando en que debería llamar cuando abro la puerta

del despacho de Trevor y me encuentro a Nella
moviéndose encima de él.

– ¡Oh Dios mío! – Grito tapándome la boca y
cerrándola.

– Princesa – Trevor se ríe al otro lado y puedo
oír las risas de Nella también.

– Lo... lo... yo... lo siento... quiero decir, no
era... ¡oh Dios!, ¡qué vergüenza! Voy a dejar mi
abrigo en mi despacho y...

Me ruborizo por la escena que acabo de
presenciar, Nella le estaba montando y ahora
parece

ser que se sienten divertidos.

– Pasa – ella abre la puerta mientras me
alejaba.

– Lo siento mucho.

– No has interrumpido nada que no estuviera
acabado – Nella le guiña un ojo a él que se ha
dado la

vuelta para abrocharse el cinturón – ¡bienvenida a
casa!

– Gracias – le doy un abrazo entrando, Trevor
avanza para darme otro abrazo – lo siento de
verdad,
debí llamar.

– No te preocupes princesa, – acaricia mi

barriga – esto no se habrá hecho contando amapolas

en el campo.

– Bobo – me abrazo nuevamente a él.

– ¿Qué tal la luna de miel?, ¿no venías el lunes?

– Ems sí, venía el lunes pero me he dicho, ¿por qué no venir hoy? – Me quito el abrigo tranquilamente.

– Amor, – susurra Trevor a Nella – eso quiere decir que ha discutido con Bastian y este es el único

lugar donde se siente segura.

Abro la boca cerrándola de nuevo, ¿cómo lo sabe? La verdad es que Trevor me inspira algún

tipo

de protección fuera de mi familia. Si hubiera acudido a

alguno de mis cuñados o mis amigos me hubieran dicho

lo que no quiero oír ahora mismo. Trevor es el único

que me dirá las cosas tal y como son, en parte, lo necesito en mi vida para que me aconseje sobre que

debo de hacer en el mundo al que ahora pertenezco.

Nella prepara un café mientras él se sienta a mi lado.

– No me he peleado con él. Ayer os llamé por la

noche, las gemelas vinieron a cenar a casa.

– Llevamos vidas de abuelos, – Nella se sienta en la mesa tras darle un café a su chico – el niño se

duerme a las siete u ocho y nosotros no tardamos mucho en irnos a dormir.

– ¿Cuándo os vais a vivir juntos?

– Este verano. Mi hijo se va con la familia de su padre y vamos a aprovechar para hacer la mudanza.

– ¡Qué bien! Me alegro mucho por los dos – le contesto sonriente.

– ¿Y vosotros que tal? Tu barriga ha crecido

mucho.

– Todavía estamos adaptándonos, ayer tuve cita con la ginecóloga y hemos estado organizando todo en

casa. Nos van a traer las cosas que compramos para

dulce bebé y tenéis que venir para recoger vuestros

regalos, mis amigas han sido más rápidas y se han presentado en casa.

– Este fin de semana – contesta Trevor mirando a su chica que le confirma con un leve gesto de cabeza

– ¿y dónde te lo has dejado?

Miro el reloj que tiene en la estantería del mueble, calculando el tiempo y el que llevo aquí sentada... deduzco.

– No tardará. Cuatro, tal vez tres minutos si evita las obras de la calle y entra con el coche por la derecha.

Trevor se ríe y Nella le da una pequeña patada para que no lo haga.

– Bueno, os dejo que trabajéis. Entro a trabajar ahora.

– ¿Te llevo? – Le dice un muy embobado

Trevor.

– No, está cerca. Me alegro de verte Nancy.

– Y yo también Nella, no te olvides de los regalos.

Ella ha gritado agudamente porque Trevor la ha arrastrado por sorpresa a la puerta sin dejar de besarla

y sin contestarme a lo de los regalos, hacen una pareja

tan bonita que me da hasta envidia. Trevor debe de ser

todo dulzura y mi marido es dulzura cuando no piensa

con la parte del cerebro que no me gusta.

Cierra la puerta para volver a sentarse en la silla

a mi lado. Me siento como si fuera su paciente y él fuera mi psicólogo, aquí hemos tenido charlas cuando

estaba separada de Bastian y siempre ha buscado la

palabra exacta para animarme y ver los problemas desde otra perspectiva diferente.

– Cuéntame, ¿qué ha pasado?

– Resumiendo, Bill y Ria.

Abre los ojos sorprendido con interfaces de

preocupación en su cara. Suspira bebiendo de su taza

de café y él me está mirando mientras yo estoy

pensando en que me quedan dos minutos en este

despacho antes de que mi neandertal aparezca y me

cargue por toda la ciudad hasta casa.

– Concrétame más.

– Bill le metió en problemas el viernes de

nuestra despedida, me lo encontré en el coche con una

paliza de muerte y huimos a la boda. Me ha dicho esta

mañana que ha estado en contacto con Ria para que le

pusiera al día porque al parecer siguen en problemas y

va a seguir ayudándoles. Y eso es todo – me levanto

de la silla cogiendo mi abrigo y mi bolso – y ahora me

voy a mi despacho, desde allí no nos escucharán.

– Espera, ¿qué más te ha contado?

– No mucho más. Solo se preocupa por ellos y

yo no voy a ser la tonta que se queda en casa viendo

como lo hace. Mira, – cierro los ojos y lo vuelvo a abrir

– yo le quiero y no voy a dejarle, seré la otra en esta

relación a tres que tienen y no me importa. Soy feliz en

mi mentira, de verdad.

Y me alejo de él hacia la puerta porque tengo un

nudo en la garganta. Es más rápido y logra agarrarme

del brazo para encararme bajando su cabeza hasta tenerla en frente de la mía.

– Bastian solo cree que hace lo mejor para ellos. No los escoge.

– Me da igual – me quito una lágrima de mi cara que ha salido sin mi permiso.

– Si te diera igual no estarías aquí. Princesa, él trata a William mucho mejor que sus hermanos, han

estado juntos desde que nacieron y siempre tendrá esa

necesidad de ayudarlo. Sea lo que sea.

– ¿Y Ria?

– Ella es la zorra que se va a aprovechar de

todo – miro al reloj intentando expulsar de mis sentidos

su última frase.

– Me bajo a mi despacho. No te asustes si nos

oyes gritar, le echaré o como mucho me cargará hasta

el coche.

– Tranquilízate y háblale aunque se ponga

testarudo – me da un beso en la cara y abre la puerta.

– Ah, siento lo de... eso... quiero decir.

– No pasa nada, princesa.

Nos reímos y vuelvo rápido a mi despacho bajando las escaleras. Menos mal que tengo tantas cosas en la cabeza que he olvidado de la escena caliente que he presenciado, si no, estaría lo suficientemente traumatizada porque quiero a Trevor como si fuera un padre y este tipo de escenas no debería verlas.

He abierto las persianas y he encendido el ordenador. Sí, ahora solo hace falta que mi marido aparezca en los próximos minuto o minuto y medio.

Contesto a los mails cuando la puerta de mi despacho

se abre, escucho los jadeos de Bastian aferrándose al

último aliento. Cierra la puerta muy fuerte haciéndome

saber el grado de enfado que tiene.

– Vete Bastian, estoy ocupada.

– Recoge tus cosas, – su voz es más grave que nunca – no voy a repetírtelo dos veces.

– Y yo no soy tu marioneta.

Quería evitar mirarle pero aquí me veo,

haciéndolo directamente a sus ojos que están más oscuros que nunca. Su nivel de enfado sobrepasa la

línea negra, roja, y todos los colores que te inciten

a

sentirte como él lo está haciendo. Saco mi lengua para

humedecerme los labios, estoy sedienta y Bastian no

está siendo mi agua. Le está costando respirar y a mí

se me está partiendo el alma por verle así, ¿no sé da

cuenta de lo que se está haciendo?

– No te estoy viendo moverte.

– Porque no lo voy a hacer, Bastian. ¿Cómo te atreves a...?

– ¡NANCY, ¿POR LAS BUENAS O POR

LAS MALAS?!

Su grito ha sido tan fuerte que me ha paralizado por completo. Acaricio la barriga para sentir a dulce

bebé, está descompuesto, su cara está fuera de órbita

y están a punto de derramarse la sangre de las venas

que se le forman en la cara. No quiero hacer ningún

movimiento más para no empeorar nuestra situación.

En nuestra batalla de miradas, la puerta se abre

y aparece Trevor asustado como si hubiera bajado por

las escaleras y no por el ascensor. Si su cara está descompuesta y hasta blanca, nadie se puede imaginar

cómo debe de estar la mía.

– Bastian – susurra avanzando hacia él.

– ¡No te metas! – No le mira porque no deja de hacerlo conmigo – todavía no estoy viendo que te estés

moviendo.

– ¿Por qué no os calmáis un poco? Bastian – mi neandertal le mira destruyéndolo con la mirada pero

Trevor no retrocede – sabes que tengo razón, amigo.

Empiezan una guerra de miradas entre ellos,
debatándose si Bastian le va a pegar y si Trevor
se va
a poder defender. Mi amigo se llevó un buen golpe
por
parte de mi marido el mes pasado, no quiero que
esto
vuelva a suceder de nuevo y ya no tengo que
pensar
en mí, mis amigos y mi dulce bebé son mi vida y
tengo
que cuidar de ellos tanto como de mi marido, si se
dejara.

Empiezo a recoger el móvil y mis cosas bajo la
atenta mirada de Bastian que asiente cerrando los

ojos

como si hubiera elegido la opción correcta. Tiene el tic

en la mandíbula cuando no puede más con la presión,

cuando solo se estrella contra puertas sin salidas.

Trevor nos mira dudando en sí debería retenerme o me

voy por mí misma.

Me pongo el abrigo de espaldas a ellos, Bastian

parece haberse calmado y Trevor permanece aquí por

si las cosas se pusieran mucho peor.

– Vamos – paso por el lado de los dos

abriéndome un camino y llamando al ascensor.

– ¿Te acompaño Nancy? – Dice Trevor.

Giro la cara hacia atrás para decirle que no es necesario pero mi marido se ha encargado de empujarle para que no haga ningún movimiento más.

Una vez en el ascensor bajamos en silencio, creando un espacio entre él y yo. Hago muecas con mi cara intentando contener las lágrimas que quieren salir, me acuerdo de lo perfecta que era nuestra vida cuando estábamos disfrutando de nuestra luna de miel, me da

nostalgia. Pronto acabo controlando mis sollozos
insonoros al pensar que todas las lágrimas que
pueda

echar son por culpa de terceras personas.

Dentro del coche nos consume un gran silencio.

Conduce desesperado, nervioso y a punto de darle
otro

infarto. Esta mañana se ha tomado las pastillas
pero al

medio día le falta otra para regular el bombardeo
de su

corazón. Me preocupo por él, quiero acariciarle
para

demostrarle que estoy aquí, que a pesar de todo,
sigo

aquí, juntos.

Mete el coche dentro de la cochera y salgo

rápidamente hacia dentro de la casa. Dejo mis cosas

sobre la isla de la cocina y voy a darme un respiro al

baño de nuestra habitación. Me lavo la cara

secándomela rápidamente, pensando en que tengo que

hacer entender a Bastian que no podemos enfadarnos

ni llegar a estos extremos por gente que no nos quiere

juntos. Salgo de la habitación hacia la cocina y miro

desde aquí a toda la casa buscando por el ruido que me

haga saber dónde se encuentra mi marido. Salgo al

jardín para ver si se ha ausentado aquí pero no está,

miro en el garaje y está cerrado, los mismos coches

que antes. Me dirijo hacia la habitación de los

invitados, mi habitación y la de los juegos, pero no está.

¿Se habrá atrevido a irse sin decírmelo?

– ¿Bastian? – Le llamo – ¿Bastian, donde estás?

Temo que le haya dado otro infarto, estaba muy

alterado y no me ha hablado. ¿Dónde se ha metido?

Voy a mi bolso para llamarle y su móvil no me da señal, me voy poniendo el abrigo mientras espero que

lo coja cuando le doy mi tercera llamada. Cojo el bolso

con la otra mano, agarro el manillar de la puerta y tiro

fuerte hacia mí. ¡No! Busco en mi bolso mis llaves pero no las encuentro, lo vuelco todo en el suelo y han

desaparecido. No. Bastian me las ha quitado. Tiro fuerte de la puerta pero está cerrada, suspiro de rodillas mirando bien entre mis cosas pero no hay

ni

rastro de ellas.

¡Esto no se lo perdono! Me ha dejado encerrada como si fuera una niña pequeña. Salgo al jardín mirando las posibilidades de salir trepando pero escasean cuando me arriesgo a dañarme la barriga.

Voy hacia el garaje presionando todos los botones para

que las puertas se abran pero no funcionan, ¿habrá

desconectado todo para que no pueda salir? Me dirijo a

todas las ventanas existentes pero dan al jardín, está

cerrado y no tengo escapatoria. Ahora sé porque

Bastian reformó todo y aisló cada vez más la casa.

Me

desespero desnudándome en un ataque de calor, mi

vientre suena y no voy a dejar de comer por dulce

bebé porque a mi marido se le haya ocurrido dejarme

encerrada. Devoro las sobras de la comida mexicana,

Bastian se empeñó en comprar de más porque aprobó

que picara entre horas. Vuelvo desesperada para

intentar abrir la puerta fracasando, llamo a la única

persona que estaría aquí en menos de cinco minutos

con un hacha para derribarla si fuera necesario.

– Hey, Nancy.

– Bastian me ha encerrado en casa.

– ¿Qué? Espera un momento. Para la próxima semana vendrán junto con el comic, gracias, adiós.

¿Qué dices Nancy?

– Bastian. Qué me ha cerrado en casa.

– ¿Cómo que te ha encerrado?

– Hemos discutido cuando te has ido, me ha confesado que se ha estado mandando mensajes con

Ria y que tiene que ayudar a Bill.

– ¿Qué?, ¿otra vez?

– Eso me he dicho yo.

– ¿Estás bien?, ¿cómo te ha encerrado en casa?

– He ido a ver a Trevor, me ha sacado de allí,
me ha dejado en casa y cuando he salido del baño,
me

he encontrado con que se había ido y con que me
ha

quitado las llaves.

– ¡Qué cabrón!, ¿quieres que llame a un
cerrajero?

– No, de momento esperaré. Estoy agotada y
quiero descansar un rato. Si sabes algo de Bastian
llámame, por favor. Le estoy llamando y no me

contesta al teléfono, se ha ido muy alterado.

– No te preocupes, te avisaré.

– Prefiero no pensar que estará con Ria y su amigo. Ellos le están molestando bastante.

– Luego te llamo, hay gente en la tienda.

– De acuerdo, te quiero.

– Y yo Nancy. No te preocupes, es Bastian, es su manera de ser.

Cuelgo la llamada asintiendo. Tiene razón,

Bastian es un neandertal y se comporta como tal.

Miro

hacia la puerta desde la cocina sacando otro plato con

sobras de la comida, la devoro maldiciendo a todos lo

que están haciéndonos esto. Se supone que debemos

de estar viviendo el mejor momento de nuestras vidas,

recién casados e ilusionados porque vamos a ser

padres y la cruda realidad es que tengo la sensación de

que estamos en dos páginas muy diferentes. Yo ya he

evolucionado, crecido y aceptado que amo a Bastian

por encima de todo, pero no es reciproco y él todavía

no se da cuenta de ello. Tiene la necesidad de

esconderme, acapararme y encerrarme actuando como si fuera a huir. No me privo de comer, aunque

esta vez lo haga entre lágrimas.

Continuo llamándole una vez que estoy tumbada en el sofá, su móvil no me da señal y cuando lo haga

tendrá miles de llamadas de mí. He rechazado las llamadas de mi suegra para que se indigne y llame a su

hijo, también las de mi madre que no deja de acosarme

sobre el embarazo. Necesito tiempo para mí misma y

pensar en el rumbo que va a llevar mi matrimonio.

Me aburro de estar con el móvil cuando cierro los ojos e intento relajarme con una película de fondo.

Tengo un nudo en el estómago y no sé qué hacer. Si

Bastian hubiera estado con alguno de nuestros amigos

o en la oficina me hubiera llamado, me hubiera dejado

una nota o algo. Pero no, se está escondiendo de mí

tras dejarme segura cuando está con sus amigos y riéndose de la tonta que se queda esperándole. No

puedo dormir porque no he dejado de llorar y tengo

ganas de hacer el amor, mis pezones están muy

sensibles y siento como me palpita donde quiero la boca de mi marido ahora mismo. Pero él no está.

Trago un nudo de mi garganta cuando miro el reloj. Anocheció hace horas y solo son las diez de la

noche, una hora familiar donde los matrimonios deben

de estar juntos porque no hay nada que hacer en las oficinas. Me muerdo la uña cogiendo el móvil de nuevo, se me escapan lágrimas cargadas de fuerzas y

temo que Bastian esté tirado en algún lugar y nadie haya acudido a él. No me sé el número de Ryan pero

estoy segura de que están juntos. Suspiro con la presión de no saber qué hacer, si estuviera con alguien

de la familia lo hubiera sabido, él me hubiera dejado

con alguien antes de decidir encerrarme.

Por la desesperación me levanto de nuevo para abrir una puerta que sigue en el mismo sitio. Voy hacia

mi habitación para coger un jersey de lana porque la

camiseta de manga larga que me había puesto no me

calienta por los escalofríos que estoy sintiendo.
Mi

móvil suena y salgo corriendo para cogerlo en el sofá.

– ¿Rachel?

– Sí, soy yo. ¿Cómo estás?

– Volviéndome loca. No ha aparecido, pensaba que se habría ido al gimnasio, a su oficina, con sus amigos, a cualquier lado pero ahora me lo imagino tirado en algún lugar y a punto de morir.

– Tranquila Nancy. Acabo de llegar a casa y he quedado con Alan para darle una caja con sus cosas.

Le digo que me lleve para allá y qué me ayude a abrirte la puerta.

– No, no por favor. Si Bastian viene y ve que se ha forzado se puede enfadar. No sé cómo reaccionará,

espero que no esté tan nervioso y que solo sean imaginaciones mías. De todas formas, esperaré hasta

media noche y me meteré en la cama. No creo que tarde.

– Voy a lavarme el pelo y cuando se vaya Alan, que estará al venir, te llamo y veremos lo que hacemos. ¿Vale?

– Sí, mucho mejor.

– Y no te alteres que tu bebé es el reflejo de ti

misma.

– Estaré bien, te lo prometo.

Le cuelgo nuevamente negando con la cabeza.

No, no estaré bien. ¿Cómo voy a estarlo? Mi marido

no ha regresado a casa y su móvil sigue sin dar señal.

Si está con Ryan estará bien, pero, ¿y si no lo está?
No

dejo de morderme la uña por los nervios que me están

ganando la batalla e incluso la guerra.

Salgo del baño nuevamente cuando oigo un

coche y salto de alegría. ¡Por fin! Me siento en el sofá

poniendo mi mejor cara, la de preocupación, y
escondiendo mi peor cara, esa la tengo reservada
para

cuando le tenga frente a mí, ¡oh sí! Él va a
acordarse

de que yo también soy una Trumper y no voy a
dejar

que vuelva a hacer lo mismo.

Toca a la puerta y yo giro mi cabeza desde el
sofá. ¿Por qué no abre?

– ¿Nancy? – No es Bastian, me levanto

poniendo la oreja en la puerta – ¿Nancy?

– ¿Ryan?

– Sí, abre la puerta.

– Ems, no puedo. Bastian me ha encerrado.

– Bolsillo – oigo gruñir a mi marido.

Frunzo el ceño de brazos cruzados. ¿Viene

borracho? Si Ryan lo trae a rastras es porque no está

en condiciones de entrar por sí mismo. Escondo mi

mejor cara para dejar salir la peor que puedo

mostrarle.

Escucho la cerradura y como se abre la puerta

de una patada, dejándome ante mí la imagen que nunca

quise ver en Bastian.

Otra vez.

Ryan sostiene a Bastian porque está a punto de caerse. Mis ojos siguen analizando lo que están viendo, a mi marido con una paliza de muerte y ausente de que esté más enfadada que nunca. Su cara está llena de sangre, le cuesta estar de pie porque Ryan sujeta todo su peso, su labio parece partido y le veo manchas rojas por todo el cuerpo. Quiero llorar más que nunca pero guardo esos sentimientos en lo más profundo de mi corazón porque Bastian me necesita, soy su esposa, lo

amo y tengo que estar a su lado.

– Nancy, no es el momento – dice Ryan, él

también tiene algunos cortes en la cara y no me he
dado cuenta hasta ahora – trae una silla, por favor.

– Sí.

Reacciono corriendo a por la silla y la arrastro

hasta el centro de la casa, en frente de la cocina.

Ryan

entra con Bastian a cuestas, miro al coche y tiene
las

puertas abiertas, no hay nadie más, no me
preocupo en

otra cosa que en cerrar la puerta de mi casa porque
la

única persona a la que amo está aquí dentro conmigo.

A Ryan le cuesta soltar a Bastian por sus

continuos quejidos, una vez que lo deja sobre la silla se

estabiliza y reacciona cuando me ve. Mueve su cabeza

y traga saliva.

– No ha querido ir a un hospital.

– Voy a ver si tenemos algo en el botiquín. No

irá ahora, mañana lo hará. Tiene que ir a que le hagan

una revisión del corazón.

Me giro enfadada hacia el baño de nuestra

habitación, Bastian dejó un botiquín antes de irnos a la

boda donde metió cosas por si la emergencia de mi

aborto sucedía. Ryan me persigue hasta dentro, le estoy mirando a los ojos cuando cierro fuertemente la

puerta del mueble.

– Nancy, tienes que saber que...

– No, Ryan – tengo lágrimas en los ojos – vete

a casa y déjame al menos que me mentalice de lo que

ha pasado.

Tropiezo con su cuerpo pesado dirigiéndome a la

silla donde se encuentra Bastian. Dejo el botiquín sobre

la isla y le evalúo tan pronto oigo la puerta de casa cerrarse. Me mira y es consciente de que está aquí, al

menos no está tan grave como me lo imaginaba. En sus vaqueros hay sangre, son más rojos que azules y

su jersey negro está del mismo color que los pantalones. Lo primero que hago es quitárselo para ver

si tiene más heridas y si son graves. Cuando me desprendo del jersey sobre su cabeza me regala una

pequeña carcajada.

– Si querías desnudarme podría haberte hecho algún striptease.

– Cállate – susurro.

Lucho continuamente con el nudo en mi

estómago que viaja a su merced hasta mi garganta.

El

estado de mi marido es imperdonable, tiene una herida

en la cabeza que es la culpable de que esté manchando

todo el suelo de sangre. Pongo su jersey sobre la

herida y presiono, Bastian se siente divertido cuando

coloca sus manos agarrando mi pierna.

– Mía.

Ignoro lo que dice porque sigo centrada en saber si la herida que tiene en la frente va a taponarse

o estará sangrando. Cuanto más sangre pierda, menos

tendrá su cuerpo y no sobrevivirá. Me vuelvo valiente

actuando con la cabeza más que con el corazón, atreviéndome a quitar la presión que ejerzo sobre la

herida para encontrarme con que ya no sangra del todo. Espero unos minutos más actuando como si realmente supiera lo que hago y decido lanzar su jersey

sobre la isla. Abro el botiquín con las manos de Bastian

aferradas a mis piernas, me voy a caer.

– Si no me sueltas, no puedo curarte.

– Tú eres mi cura – gruñe echando la cabeza hacia atrás.

No le miro más de la cuenta porque intento

poner mis pensamientos sobre mi cabeza y no actuar

con otra parte de mi cuerpo. Me centro en curar su

herida de la frente desinfectándola y soplando al mismo tiempo.

– Mi Nancy – susurra.

Ruedo los ojos negando con la cabeza porque actúa como un gilipollas y no lo aguanto. Hoy no. Me

entretengo en curarla bien, en usar todos los utensilios

posibles del botiquín para hacer que parezca digna cuando finalmente la tapo con una gasa. Al menos espero que dure toda la noche, mañana le llevo al hospital a primera hora aunque tenga que llevarle obligado.

Suspiro observándole la cara, no tiene heridas en su cuerpo, supongo que el muy idiota habrá recibido

algún otro golpe en el cuerpo pero espero que no

le

haya afectado a ningún órgano.

– Tienes que ir al hospital, – se ríe – no me hace gracia Bastian, no tienes ni idea de cómo tienes la cara.

Cierra los ojos jugando a atraparme entre sus piernas, me toca el culo y le doy manotazos porque quiero limpiarle la cara y ver si tiene más heridas. Una

vez que las localizo, me estiro llegando al botiquín porque mi marido no me suelta. Está callado, respirando normalmente y espero que por dentro esté

mucho mejor que por fuera. Pongo sobre su cara una

gasa con suero para quitarle la sangre seca que se le

está formando, poco a poco voy dando vida al hombre

hermoso que se encuentra bajo esta capa oscura procedente del infierno.

Paro en seco cuando sube su mano para

acariciar mi barriga, es nuestra debilidad y mucho más

la mía. Trago saliva con dificultad cuando abre los ojos

y mira mi barriga.

– Mi dulce bebé. Es mi bebé.

– Sí, lo es.

Mis palabras son destellos que no llega a oír
cuando deja caer su cabeza. Se la sujeto para
terminar

de limpiarle pero no me ayuda. Desisto de hacer
algo

por él cuando me aparto de su lado y lanzo sobre
la isla

la gasa con la que le estaba limpiando.
Aparentemente

solo tenía la herida de su frente y estará a salvo
por

esta noche. Eso espero.

Afloja su agarre contra mi cuerpo al ver como
sus manos caen a ambos lados de la silla. No. No

se

va a desmayar en la silla. Golpeo la cara de Bastian,

bajando mis golpes hacia sus hombros donde decido

presionar mi mano sobre ellos y moverle.

– No puedo más – susurra.

– Ayúdame aquí, levántate.

Su cabeza cae hacia atrás y dejo escapar mis

lágrimas, unas pocas no me harán daño. Acaricio mi

barriga suavemente mientras me alejo de él, deslizo el

edredón impoluto de nuestra cama para intentar

meterle dentro. Si se deja. Cojo sus pastillas del corazón que están en el baño y voy al botiquín para

darle algún calmante, necesita descansar y espero que

no se despierte hasta mañana bien tarde.

Golpeo nuevamente su cara para que se

despierte. Sin éxito golpeo de nuevo su cara. Lleno un

vaso de agua y le empapo un poco por el cuello, por la

nuca y refrescándole para que vuelva a mí. Le ha debido de gustar porque me gruñe.

– Nancy.

– Bastian, toma tus pastillas para el corazón y la inflamación. Te calmará el dolor hasta mañana.

No sé cómo me las arreglo para metérselas en la boca. Su labio inferior está hinchado y ha debido de

recibir un puñetazo ahí. Las traga quejándose de que

están malas, rápidamente le doy un poco de agua y traga con dificultad. Le espabilo pasando su brazo sobre mis hombros para inducirle a que se levante. Lo

hace arrastrando los pies, se echa prácticamente sobre

mi cuerpo y consigo entre golpes que se lance sobre la

cama.

Quito sus zapatos, sus calcetines y arrastro los pantalones para acomodarle. La camiseta que llevaba

debajo del jersey es lo que me hace hacer un trabajo

extra, sus brazos son muy grandes y pesan mucho cuando por fin logro arrojarla al suelo.

– Dulce bebé – susurra.

Le tapo con el edredón, apago las luces y le

beso en la cara esquivando algunas heridas que pueden

que le estén doliendo.

Sus pequeños ronquidos me avisan de que está

durmiendo y ahora empieza mi noche.

Voy a acabar con todo esto y lo voy a hacer
ahora.

CAPÍTULO 15

Coloco encima de mi voluminoso cuerpo la
sudadera que me dará calor durante toda la noche,
me
he puesto los pantalones negros que Bastian me
obliga
a llevar para no asfixiar a dulce bebé y las
deportivas
que me completan y me hacen sentir como si fuera
a
hacer alguna maldad. Resoplo nerviosa
comprobando

una vez más que mi marido duerme plácidamente,
no

se ha movido desde que le he metido en la cama y
los

pequeños ronquidos me advierten que está
soñando ya

que no sabe fingir cuando duerme de verdad.
Cierro la

puerta porque he escuchado el coche llegar, reviso
que

tengo el móvil en el bolsillo izquierdo de la
sudadera y

las llaves irán en el derecho tan pronto salga de
casa.

No soy como él y no le voy a dejar encerrado,

podría necesitar alguna ambulancia o salir a algún

lugar

urgentemente. Me encargo de asegurar bien la

cerradura de la puerta que siempre me da
problemas e

introduzco las llaves dentro de mi bolsillo
mientras dejo

escapar mi último resoplo. Me giro colocándome
el

gorro de la sudadera por la cabeza, quiero estar lo
más

caliente posible en esta noche de febrero en la que
no

nieva, pero te hielas de frío. La puerta trasera del

coche está abierta, él está enfadado y me da igual,

demuestro que yo también lo estoy cerrándola con

un

fuerte golpe y abriendo yo misma la puerta delantera.

No dice nada, rodea el coche y se mete arrancándolo.

– Si vas a abandonarle no quiero ser testigo, no esta vez.

– Ryan, ya sabes dónde quiero ir. Por favor, cuanto antes acabemos con esto, antes podré irme a

dormir. No quiero que Bastian se despierte y no me

encuentre en la cama.

Decide no contestar a mi frase meramente

reflexionada con éxito. Él no está en posición de recriminarme nada; sabe lo que voy a hacer, lo que quiero hacer y lo iba a hacer con, o sin él. En parte necesitaba a Ryan para tener a alguien a mi lado en estos momentos en los que me siento muy sola, sé que

él no me va a dejar y tampoco va a permitir que cometa ninguna locura a pesar de que es lo que verdaderamente quiero. No hablamos en el corto trayecto que tomamos a la ciudad, no pienso ni tampoco me mentalizo a dónde nos dirigimos. Tengo un

nudo en el estómago porque no me hubiera gustado

hacer lo que voy a hacer, no es solo mi vida la que está

en peligro; es mi vida, la de mi dulce bebé y la de

Bastian. Y si mi marido llega a altas horas de la noche

tras haber recibido una paliza, solo tiene la culpa una

persona y frunzo el ceño con total confianza. Voy a

acabar con todo esto aunque sea lo último que haga

antes de dar a luz.

Ryan aparca en el parking porque dice que

afuera está helando y no voy lo suficientemente

abrigada. ¿Sabrá que tengo un jersey bien caliente

debajo de la sudadera? Creo que piensa que solo me

he puesto la de Bastian por ser grande y esconder mi

embarazo, pero yo no tengo que esconderme de estar

gestando a dulce bebé.

Subimos en el ascensor con el hombre que

quería a mi lado para esta misión. En parte, a él

también le concierne cuando tiene algunos golpes en la

cara, que seguro, se ha llevado por proteger a mi

marido. Estaban descartados algunos de mis cuñados

porque no soportaría tener que decirles que

Bastian no

me ha escogido y, además, los tres son hermanos y se

apoyan unos a otros, son la misma persona con el mismo carácter de neandertales y no me dejarían

hacer lo que quiero hacer esta noche. Trevor tampoco

es una opción, le quiero mucho pero su sensatez ahora

me pondría enferma y ninguna de mis otras opciones

son válidas. Quiero hacer esto por mí misma y tengo a

Ryan a mi lado porque es el único que puede protegerme si algo me pasara.

El silencio de la madrugada se aprecia al salir del ascensor. Hay una pequeña lámpara encendida en el mostrador y las luces del pasillo no iluminan con intensidad, solo lo justo para que se pueda leer el número de la puerta. Ryan sabe lo que hacer y mientras él pregunta en el mostrador yo me quedo observando estos carteles de madre e hijos que tanto voy a ver estando embarazada.

– Fondo a la izquierda.

Ryan da un paso por delante de mí y lo sigo. No hay muchas habitaciones ocupadas a juzgar por las

puertas abiertas y camas vacías que veo llegando a mi

destino. Quiere abrir la puerta pero se lo impido frenándole con mi mano sobre su brazo.

– Entro yo sola.

– Nancy – niega con la cabeza.

– Me da igual cómo te pongas, es obvio que no me pasará nada y mucho menos en este lugar. Por favor, espérame aquí y te prometo que gritaré si necesito ayuda.

– Ya me costó una buena bronca en diciembre, me estás costando otra e incluso mi despido.

– No te alteres Ryan, estaré bien y no le diré a

Bastian que me has traído tú, ¿de acuerdo?

Me abre educadamente la puerta sin entrar

mientras yo avanzo decidida por lo que voy a hacer, sí,

sin arrepentimientos y con más fuerza que nunca. Esta

es la última vez que sucede algo como lo que ha sucedido hoy.

Enciendo las luces peleándome con el

interruptor cuando Ryan cierra la puerta preocupado.

Sé que no me apoya y me da igual, de todas formas le

necesito por si las cosas se ponen feas.

Observo

la

habitación

sin

importarme

demasiado. Estoy segura que no sale de su sueldo esta

lujosa clínica donde se encuentra Bill ingresado tras la

fuerte paliza que ha recibido esta noche. Tiene una venda que le cubre uno de sus hombros y le rodea su

torso, en su cabeza tiene otra y la cara está magullada

pero sé ve que es él. Al parecer, mi marido se llevó la

peor parte a juzgar por los golpes que tiene por toda la

cara y el corte profundo que logré curar. Suspiro

sacando una de mis manos de los bolsillos de la

sudadera para moverle uno de sus pies y hacer que se

despierte. No reacciona y repito la misma acción

alterando su sueño porque se despierta, abre los ojos y

se extraña de verme. Los cierra y los vuelve a abrir

tan pronto meto la otra mano en mi sudadera de nuevo,

acariciando la pantalla de mi móvil con una foto de

nuestra boda como fondo. Si Bastian no tiene fuerzas

para zanjar esto, yo si las tengo y él es mi total y absoluto apoyo, todo lo que necesito.

– Hola, ahí – la voz de Bill es ronca.

– William – le contesto acercándome un poco más, tiene una rodilla fuera de la sábana y está vendada – despiértate un momento por favor.

¿Por favor? Debería haberlo sacado a patadas.

– Vaya, si me llamas William es porque tu marido te ha enseñado que es como me nombra

cuando está enfadado.

Ignoro cualquier conversación con este idiota.

Se reincorpora un poco bebiendo un vaso de agua que

tiene en su mesa, se queja mientras lo hace y espero

que no se le pase por la cabeza el pedirme ayuda

porque se lo lanzo a la cara. Lo vuelve a dejar a su

pesar, junta ambas manos y espera a que hable. Yo

también quiero hacerlo aunque lo único que me

apetece es golpearle, él no se imagina cuánto lo deseo.

– ¿Noche divertida? – Hago un gesto sobre su cuerpo.

– Gajes del oficio.

– ¿Pelear ilegales?

– Disconformidad con socios.

Su voz es bastante ronca y grave, pero no me asusta ni lo más mínimo. Doy otro paso avanzando hasta estar más cerca de él. Me doy cuenta de lo incomodo que está cuando mira hacia la puerta y ve

que no entra nadie, está esperando a que mi marido entre y se va a llevar una gran decepción.

– No ha venido.

– ¿Está ingresado?

– En casa. Durmiendo en nuestra cama.

– Te echará de menos – me sonrío – aunque agradezco tu visita.

– No es una visita de amigos. Estoy aquí porque te necesito Bill – trago saliva – te necesito y mucho.

– ¿Bastian está bien? – Se sienta asustado.

– No. No lo está. Va a morir.

– ¿A qué te refieres? Él no está muerto, Ryan se lo llevó a casa.

– Bueno, esa es la versión que tú sabes. Hemos llamado al médico y su corazón no resiste mucho. Le queda poco.

– Él dijo que estaba bien de su infarto.

– Sí, si le golpean nuevamente no sobrevivirá.

– ¿Va a morir o no? – Se enfada volviendo a apoyar su espalda de nuevo.

– Su corazón está débil.

– Él no es débil. Sobrevivirá, no hacía falta que te desplazaras hasta aquí para acojonarme. Necesito

un cigarro.

– Oh – susurro haciéndome la tonta.

Busca con los ojos y aprovecho para avanzar un paso más. Lo tengo realmente cerca, él se da cuenta

de que he ido dando pequeños pasos hasta estar casi

justo a su lado. Me mira de arriba abajo haciéndome

un repaso como si fuera a comprar algún producto del

que no está muy seguro.

– ¿Qué quieres?

– Qué desaparezcas por las buenas, William.

Abre los ojos sorprendido y llega a sonreír.

– ¿Has venido a decirme que desaparezca?

Vaya, no sabía que Bastian había educado a su mujercita.

Sonrío bajando mi cara hasta casi chocar

nuestras narices.

– Imagina la de cosas que he aprendido de mi marido. Y tú, estás entre mis prioridades.

– ¿Quieres que me una a vuestra fiesta sexual y follar? Porque no sería la primera vez que compartimos a una mujer.

Sus palabras violentas e hirientes provocan en mí la desesperación y agonía de la que huyo cada vez

que le nombra o le ve. Saco mi mano derecha del bolsillo directa a su cuello apretándole con todas las

fuerzas que tengo, se ríe porque no le estaré haciendo

daño pero me decido a sacar la otra y la apoyo
sobre

la que tengo presionada sobre su cuello. Deja de
reír

cuando recurre a sus manos para apartar las mías,
le

estoy apretando como si fuese la última persona
que

viese antes de su muerte.

– ¿Quieres asistir a tu propia fiesta? Será tu

funeral. William, espero que pongas todos tus
sentidos

en mí porque no voy a volver a repetírtelo. Tengo
a mi

marido comiendo de la palma de mi mano y no he

querido hacer uso de su frustración. Aléjate de él.
¿Me

has oído? No tienes ni idea de hasta qué punto voy
a

luchar por mi matrimonio.

– Aprietas fuerte – balbucea.

– El color morado en tu piel es mi favorito –

dejo de apretar para que no se queje pero no quito
mis

manos sobre su cuello – ¿has entendido lo que te
he

dicho?

– Él es como si fuera mi hermano. Tenemos
negocios que debemos de atender.

– No. Tú buscas problemas y lo arrastras a ti.

– Yo no le obligo. Viene porque quiere.

– Porque es tan bueno que no quiere matarte, aunque lo haría. No dudes que lo haría, me lo ha dejado caer un par de veces y le he dicho que te merecías sufrir en vida. Pero no arrastres a mi marido contigo.

Alejo mis manos de su cuello dejando un efecto en él. Si me hubiera esmerado un poco más le hubiera

dejado sin aire en los pulmones.

Tose llamando la atención y exagerando.

– Bastian no me mataría. No te metas en
nuestras cosas y tengamos la fiesta en paz.

– Lo haría porque no te considera de la familia.

Venga, ¿fuiste tú el primero quién me presentó
cuando

lo conocí? No, fueron muchos otros amigos
íntimos y

nunca tú.

– Porque te quería follar y él me alejó de ti.

– Esa es la versión que te ha dado. De todas
formas, esta es una advertencia por las buenas, –
apoyo una pierna en su cama, dulce bebé acaba de
crecer ahora y lo acabo de notar – aléjate de él
Bill, no

te lo voy a repetir dos veces.

– Y yo no te voy a repetir que te alejes tú de nuestras cosas. ¿Entendido?

– Vaya, veo que no nos entendemos aquí. Qué duro sería vivir tú última noche en el hospital.

– ¿Qué vas a hacer?, ¿aplicar tu intento de ahogarme? No seas ridícula niña y vete de aquí. No

tengo el cuerpo para tus gilipolleces.

– Sigues sin comprenderme. ¿Cómo sería si llego a casa, despierto a mi marido y le digo que me

has violado? O mucho peor, ¿cómo sería si llegara a

casa y le dijese que tú y otros hombres me habéis violado? Podría decir que es un callejón o en un club.

Le miro sonriendo. A él no le hace gracia.

– No tendrías pruebas.

– ¿Cómo qué no? Tengo un testigo que me está esperando en la puerta, entrará para ver que he recibido un mensaje en mi móvil, – lo saco para que lo

vea – en el que necesitas mi ayuda cuando lo único que quería era disfrutarme sexualmente violándome.

Aguanto las carcajadas y pienso en mi pobre marido que le daría un infarto en el acto y no le

daría

tiempo ni a matarle.

– ¿Y qué hay de otras cuartadas? Porque yo estoy aquí, registrado e ingresado – se ríe.

– Nos encargariamos de tu alta voluntaria.

Conozco los clubs donde mi marido trasladó El Sótano

y sería mucho más creíble.

– Tus amenazas no tienen fundamento. Lárgate y déjame en paz.

– No la tienen, no. Aunque te aseguro que te matará el día que le cuente una pequeña mentira, para

cuando él sepa la verdad tú habrás muerto de la manera más horrible que se vaya a inventar. Tal y como se pone cuando te saca de tus mierdas, imagina

lo que tendrá en mente cuando le diga que me has violado y que solo lo has hecho para fastidiarle.

Su mirada es impasible. Me observa sabiendo que Bastian reaccionaría así.

– Vete, Nancy.

– Sí. Es hora de irse, – bostezo – uno, dos, tres

días como mucho. Te quiero lejos de Chicago, de la

ciudad y de mi marido. No vuelvas a llamarlo para

nada que no sea tomaros unas cervezas al mediodía en

el club de golf. ¿Has entendido mi punto aquí?

– Es mi mejor amigo, no va a dejarme por una fulana como tú. Y gorda.

– ¿Gorda? – Me río acercándome más – esta gorda está embarazada de Bastian, de mi marido, él ya

ha formado su familia que era el sueño de su vida y

ahora lo va a vivir. Acéptalo William. Ahora, tú eres el

fracasado.

Termino con esa frase dirigiéndome a la puerta.

– Nancy – abro la puerta sin girarme – no

vuelvas a venir a verme o la próxima vez puede que

haga realidad tu amenaza.

Frunzo los labios entrecerrando mis ojos, cierro

la puerta a mis espaldas encontrándome a un Ryan

nervioso.

– En la mesa de su derecha tiene su móvil.

Destrúyelo en miles de pedazos y que lo vea, por

favor.

– Estaba preparado para otra cosa mucho peor,

¿estás segura que no quieres terminar lo que has

hecho ahí dentro?

– Solo eso. No seremos tú o yo quien le
matemos. Te espero en el coche, necesito respirar.

– Nancy, – agarra mi brazo – estoy orgulloso de
ti.

Le dedico una ligera sonrisa alejándome lo más
rápido que puedo por los pasillos del hospital.
Declino

coger el ascensor y bajar las tres escaleras hasta la
planta baja. Toco mi barriga porque he sentido que
mi

dulce bebé ha crecido, es algo inexplicable, es
como si

protegiera a sus padres y demostrase su
descontento

con lo que hemos hecho. Sin duda, mi dulce bebé es

muy Trumper.

Pulso la planta menos uno cuando el ascensor se abre y me encuentro con un Ryan desesperado llamándome por todo el parking.

– Estoy aquí. He bajado por las escaleras.

– Me has dado un susto de muerte. Entra en el coche.

– A sus órdenes, – le sonrío – ¿qué hora es?

– Tarde Señora Trumper, muy tarde.

Oh. Creo que he hecho enfadar a Ryan. No iba a cometer ninguna locura huyendo, ya lo he hecho

bastante por culpa de terceras personas y por culpa de

mi marido que no es lo suficientemente valiente. Si él

no puede serlo, dulce bebé y yo le protegeremos.

Cierro la puerta del coche satisfactoriamente.

Espero que William se haya quedado pensando en lo

que le he dicho y no pueda dormir al igual que yo. Me

pongo el cinturón chocando en el mismo sitio porque

Ryan hace lo mismo, me mira esperanzado y le niego

con la cabeza.

– Guarda esa cara paternal. Ya conoces mi siguiente destino.

– He accedido a traerte aquí porque era un sitio público. No puedo llevarte a la residencia Evans porque allí no podré protegerte si algo malo sucediera.

– Es hora de que algo malo suceda.

– Nancy. Eres una mujer fantástica. Estás embarazada y tu marido te espera en casa. Con suerte para ambos, durmiendo. Por favor, no es tú estilo de vida hacer este tipo de cosas.

– Tengo que hacerlo por dulce bebé. Ya no

depende de mí, depende de la vida que estoy
gestando

en mi interior. Puedo lidiar con las mierdas de
Bastian,

con las mierdas de estos dos, pero si él continua

haciéndolo voy a meterme yo también y luchar por
mi

familia. ¿Qué quieres?, ¿qué cuando dé a luz
Bastian

nos deje abandonados por ir con sus amigos y que

regrese en estas condiciones? Voy a matar a Ria
con

mis propias manos si es necesario, ya sé que me
has

dicho que ha recibido algunos golpes, pero si lo
hago

con cautela puede que en la autopsia salga que ha sido

por culpa de lo que les ha pasado esta noche. Ahora,

arranca el coche y llévame a la residencia de los

Evans porque si no está en ningún hospital, lo estará

muy pronto. Lo haré con o sin ti, Ryan.

¿Acaba de gruñirme? Lo ha hecho y me da

igual. Cierro los ojos por un momento mentalizándome

de lo que ha pasado y va a suceder. Bastian me dijo

que Bill arrastraba a Ria, pero no me fío de ella porque

sé que lo único que quiere en su vida es lo único que

no ha podido conseguir, a mi marido. Tengo tantas cosas en mente, tantas cosas que pueden ir estrelladas

en su cara. Me imagino teniendo una lucha cuerpo a

cuerpo, pero estoy embarazada y dulce bebé no me permitiría que pelease. Dudo de lo que vaya a pasar

cuando llegue a su casa, qué haré o como reaccionaré

cuando la vea aparecer con su cara demoniaca que se

guarda cada vez que me ve.

Saco de la guantera del coche una pequeña

botella de agua, estoy sedienta y agotada. Ha sido un

día largo que comenzó con una discusión con Bastian y

va a acabar con una discusión con Ria. No sé cómo

voy a echarle de nuestras vidas si mi marido acude a

su llamada y sus mensajes cada vez que quiera, ese es

otro asunto que tenemos que hablar y zanjar. Le

amenazaré con alejarle de dulce bebé, con divorciarme

si es necesario, haré lo que sea necesario para

demostrarle que le amo, que le vamos a amar cuando

seamos una familia pero que escoja de una maldita vez

entre sus amigos o mi dulce bebé y yo.

En el reloj marcan las tres menos cuarto de la

mañana y frunzo el ceño por la cantidad de tiempo que

estoy desperdiciando. Espero que Bastian se despierte

a las seis, es su hora cuando no puede dormir y aunque

esté durmiendo, se despierta para comprobar si he

abortado. Estoy nerviosa porque con Ria puedo llegar

a las manos, porque estoy en su terreno y porque no sé

cómo vamos a reaccionar cuando nos veamos.

El motor del coche se para una vez que hemos entrado por la puerta grande que se ha abierto sin haber llamado, hemos pasado la fuente y los jardines

para llegar a la puerta principal. No recuerdo esta parte de la residencia Evans cuando Bastian me trajo a

la dichosa fiesta montada por el hermano de esta fulana. Me quito el cinturón con el mismo movimiento

que Ryan. Él es más rápido rodeando el coche para

abrirme la puerta, está preocupado y creo que está vez

con razones. No sabemos lo que va a pasar.

– Nancy, se breve. Quiero llevarte a casa.

– Quédate aquí fuera. Si oyes gritos entras por la puerta, ventana o donde quieras. Espero que todo

vaya bien, solo voy a hablar con ella como lo he hecho

con el otro.

– Con la diferencia de que a ella no puedes amenazarla.

– Algo se me ocurrirá – la puerta de la casa se abre para asomar una cabeza que no esperaba ver.

Molly.

En la noche oscura se puede oír el rugir de una leona suspirando, esa soy yo, bajando los hombros y

lamentándome porque no estaremos solas. Pensé que

no se hablaban por lo que dijo Neil, si ha terminado con

el hermano no entiendo que hace aquí. Acaricio el brazo de Ryan tranquilizándole, avanzo subiendo las

escaleras para encontrarme con una Molly realmente

demacrada.

– ¿Qué haces aquí? – Está nerviosa pero la

conozco para saber que tampoco está feliz de verme.

– ¿Esperabais a Bastian? Pues soy yo. ¿Dónde está?

– En su habitación. Nancy, esto es serio, no te metas.

– No te metas tú. ¿Qué haces aquí?, ¿eres su sirvienta?

– No lo soy, me quedaba aquí unos días hasta que vinieran a recogerme. Me voy a vivir a Austin.

– Eso deberías haber hecho desde hace dos veranos.

– Nancy – agarra mi brazo porque he pasado

por su lado haciéndola a un lado, ella cierra la puerta –

vete de aquí.

– No lo haré y... – me giro encarándola porque

la casa es hermosa y odio a Ria aún más por ello –

vete tú de aquí, no eres de la familia y ni siquiera estás

con Neil. Así que retírate, guapa.

– ¿Qué te ha pasado? – Se cruza de brazos –

¿qué te he hecho yo?, ¿es por las fotos? Me las

pidieron para confirmar que éramos amigas de verdad.

– Y lo de besar a Bastian era por aburrimiento,

¿no?

– Quería ganarme su confianza. Él me ha dado mucho.

– Él no te ha dado una mierda. Te odia, chica.

Yo te lo he dado todo presentándote a un infierno de

personas para ayudarte. Así que deja las cosas como

están, vete a Austin y dime donde está Ria si no

quieres que empiece a gritar como una loca y despierte

al servicio.

– El servicio está en la casa que hay a dos

manzanas. Aquí solo está ella y en la casa de atrás

vive su hermano.

Avanzo admirando la casa. Los suelos son de mármol y es más hermosa que la de mis suegros. Parece que aquí viven más de cien personas entre escaleras, techos altos y puertas que llevan a otras partes de la residencia. Es hermosa por fuera, y lo es por dentro. Pero no he venido aquí para alabar el buen gusto de los Evans, encaro de nuevo a Molly que espera por mí.

– ¿Por qué has abierto? – Aprieto fuerte mis manos sobre las llaves y mi móvil, quiero hacerlo porque como me responda que esperaba a Bastian

empiezo mi furia con ella.

– Porque estaba mirando hacia la puerta y conozco el coche de Ryan.

– ¿Has estado esta noche en la pelea?

– No. Ella ha entrado gritando mi nombre, me ha despertado – la miro y está en pijama.

– ¿Le han pegado a ella también?

– Sí. No ha querido ir al hospital, Bastian ha mandado a su amigo a uno, pero a ella no.

– Ese es mi marido.

– ¿Tu marido?, ¿te has casado con Bastian?

– Ah, ¿no lo sabíais?

Saco mis manos para enseñarle mis anillos y que se muera de la envidia. Si Molly no lo sabe, a Ria

le va a dar algo. Esto va a ser más fácil de lo que creía. Le da un pequeño vistazo a mis dedos como si

no necesitara verlos para creerse que finalmente me

he casado con Bastian. En el fondo me da pena, aspiraba a mucho siendo mi amiga pero solo quería

fama y demostrarle a todo el mundo que estaba por encima de mí. Yo he ganado, me he quedado con mucho más de lo que ella va a tener en la vida.

– Segunda planta a la izquierda. La puerta de su habitación es dorada.

Huye de mí con los ojos llorosos y el lado

Sullivan se despierta dentro de mí. No me importa sus

lágrimas, solo quiero saber qué le afecta realmente, si

mi boda o que ya no seamos amigas nunca más.

– ¿No te quedas para la fiesta? Va a necesitar a alguien cuando se pongan las cosas feas.

Ella gira y efectivamente, está llorando.

– Nunca he sido su amiga. Era lo correcto cuando me dejé engatusar por el farsante de su

hermano. ¿Sabes? Lo único que querían era un chivo

expiatorio para que retomara mi amistad contigo y así

poder acercarse a Bastian, ¿y que les dije? Que no.

No lo haría nunca porque sentí que ya te traicioné y no

me lo perdonaré.

– Para decirle que no, no habéis dejado de estar juntas todo el tiempo. En enero me encontré con vosotras y os reísteis porque no estaba con Bastian.

– Era mi cuñada. No sabía que Neil se follaba a mujeres dormidas.

El escuchar eso pone un nudo en mi corazón.

– Ya sabías lo que hacía Ria conmigo para llegar a Bastian, seguiste el juego de dos personas enemigas. Y tú, has caído como las tontas.

– Vale. Sí, he caído y lo siento. Lo siento porque te he perdido y has sido la única amiga que he tenido, –

está llorando y no me afecta – te he necesitado tanto.

– Yo también te necesité cuando me dejaste tirada por venderme a la prensa. Por irte con Ria y por

ser tan sumamente idiota de no ver que un hombre como Neil se folla a otro tipo de mujeres. Tú vales

mucho más que un polvo y un juguete. Has sido el
suyo y ahora lidia con ello. Irte a Austin es lo
mejor

que puedes hacer.

– Sí, – seca sus lágrimas con el brazo – es lo
mejor. De esta ya he aprendido.

– ¿Qué vas a hacer con el negocio? – Pregunto
por preguntar algo.

– ¿Qué negocio? Bastian se encargó de cerrarlo
y cerrarme todas esas puertas que tú me habías
abierto. Me dejaron de lado tan pronto volviste a
Chicago y hubo problemas con el día de mi
inauguración.

– ¿Problemas?

– Bastian se enfadó cuando supo que mi

mentira de que estarías allí fracasó. Al día siguiente

vinieron a desmontarlo porque al parecer, era un local

del ayuntamiento.

Estoy orgullosa de mi marido. Me comentó algo

así pero he querido valorar el nivel de mentira que me

pueda llegar a decir. Al fin y al cabo, a personas como

Molly les puede la ambición y con una persona tan

avariciosa, todo lo que tienes, lo puedes perder de la

noche a la mañana.

Doy la media vuelta diciéndole adiós a una vieja amiga, por supuesto, ella ya no lo será nunca más.

Ha apagado las luces de abajo y yo me dispongo a subir las escaleras que están cruzadas entre sí, me

asomo mirando hacia arriba y trago saliva pensando en

miles de ideas para hacer que Ria deje a Bastian de

una vez. Diviso la puerta dorada cuando estoy

acercándome a su habitación, o dado que estoy en una

especie de palacio, sus aposentos reales o como quiera

llamarlo. Toco dos veces a la puerta pero no me abre,

lo intento con el pie y no me responde. ¡Será estúpida!

Me decido a tocar mucho más fuerte y se oye al otro

lado un grito agudo sobresaltada.

– Vete de aquí Molly – impone.

– No soy Molly.

– ¿Quién eres?

– ¿Puedo pasar?

– La casa de mi hermano es la de atrás maldita puta – grita más fuerte.

Frunzo el ceño y abro la puerta haciendo que

choque contra la pared. Mi boca se queda abierta por

lo que estoy presenciando. Si esta es su habitación va

a arder muy pronto.

– ¿Qué clase de enferma eres?

– ¿Nancy? – Se quita el antifaz encendiendo la

luz de la habitación y esto me confirma mucho más lo

que estoy viendo.

– Eres una maldita acosadora.

– ¿Qué haces aquí?

– ¿Me puedes explicar que es esto?

– No tienes por qué estar aquí.

La veo levantarse cojeando, tiene unos golpeas
en la cara pero ni punto de comparación con como
pienso dejársela. Abro ambos brazos alzándolos
en el

aire, señalando el santuario que tiene de Bastian.
Al

abrir la puerta me he encontrado al fondo con una
foto

a tamaño real de él y en la oscuridad he podido
mirar

el resto de la habitación, pero ha sido cuando ha
encendido la luz lo que me ha provocado que tenga
ganas de vomitar. Las paredes altas e inmensas
están

decoradas con fotos de Bastian, tiene todo un

mural en

una de las paredes con mi marido luchando y todas las

réplicas de sus premios en una estantería. Su ropa de

cama tiene la foto de mi marido, la alfombra, la

lámpara, los muebles y hasta las cortinas. La miro

asqueada por el pijama con la foto de él, en su antifaz

se lee el nombre de mi marido con brillantes y solo le

falta enseñarme las bragas para ver la cara de Bastian

nuevamente. Suspiro por la paciencia que he debido de

heredar de mi madre, sí, la necesito porque voy a estrangularla.

Levanta su barbilla poniéndome a prueba. Va a tener la cara hinchada en menos de cinco minutos.

– ¿Se puede saber que mierda es esta?

– ¿Qué haces aquí?, ¿viene Bastian contigo? –

Alzo mis cejas sorprendida.

– ¿Qué si viene Bastian conmigo?, ¿qué tienes, quince años?

– La única niña aquí eres tú. ¿Qué estás haciendo aquí? – Intenta dar un paso pero se sienta porque está cojeando y le debe de doler.

– Venía en son de paz – le miento – pero está más que claro que me has puesto de muy mal humor

Ria.

– ¿A qué has venido?, ¿quién te ha abierto la puerta?

– Haces muchas preguntas en tu posición.

Me distraigo con una foto de Bastian en la pared, me acerco a ella y veo la forma de sus labios

sobre su cara. Automáticamente la arranco de la pared

inhalandome aire y tranquilizándome a mí misma.

– Fuera de mi habitación. No toques nada o...

– ¿O? – Quiero quemarla. Con ella dentro.

– Molly, – grita – Rita, Norberta.

– El servicio no está.

– Si está, Norberta se ha quedado esta noche.

¿Qué haces aquí?

– He venido a visitarte.

Me acerco a la puerta para cerrarla y al ver la parte de atrás quiero vomitar con la foto a tamaño real

de Bastian con ella. Se ven jóvenes.

– No quiero tu visita. ¿Qué haces que no estás en casa cuidando de tu maridito?

– ¿Sabes lo de la boda?

– Pues claro. Al principio pensé que solo era un viaje, pero Bastian me lo cuenta todo. Somos amigos

Nancy, amigos íntimos.

Sube por mi vientre una bola de fuego que va a explotarle en su cara. Me enfada que me diga eso y los celos no son nada con lo que siento ahora mismo.

Sabe cómo hacerme rabiar, tengo que ser fuerte, no voy a permitirle que gane la batalla cuando estamos

hablando de mi marido.

– ¿Si eres tan íntima porque no has venido a nuestra romántica boda?

– ¿En Irlanda? Estaba de viaje y no pude ir,
pero Bastian me invitó.

¿Por qué siempre me pone en duda? Creo
firmemente en mi marido. Tengo que hacerlo.

– ¿Qué os ha pasado esta noche?

– Nada que te importe bonita – se cruza de
brazos.

Espera, ¿tiene un gato con un pijama de
Bastian? Me quedo mirando al animal que duerme
plácidamente en la alfombra.

– ¿Le has puesto a un animal un pijama de
Bastian? – No sabe lo que digo hasta que no ve lo
que

le señalo.

– Al pequeño Basty le gusta dormir caliente.

– ¡Estás loca! ¿Desde cuando llevas decorando esta habitación?

– No te importa.

– ¿Qué no me importa? Sí que me importa cuando hablamos de mi marido.

– Y mi mejor amigo.

Levanta la barbilla y yo aprieto los artilugios dentro de mi sudadera porque quiero empezar a golpearla muy fuerte.

– Te repito, ¿qué ha pasado esta noche?

– Te repito, nada que te importe.

– Tu actitud no va a hacer salirte con la tuya.

– Siempre me salgo con la mía – se pavonea

sentada como si le hubieran metido un palo que

atraviesa su espalda.

– ¿Acaparar a Bastian? No querida, eso se ha

acabado. Espero que lo hayas disfrutado en
persona

porque será la última vez que lo veas. Siempre
podrás

recurrir a esta fantasía de habitación. ¿En qué
mundo

vives?

– Sal de mi habitación Nancy. No estoy para

bromas.

– Tus raíces negras en tu pelo rojo son una

broma.

– Voy a llamar a la policía o no, mucho mejor,

llamaré a Bastian y vendrá a por ti – me mira con esa

cara de zorra que nunca he tragado – ¿qué pasa niña,

no quieres que te encierre otra vez? Si no quieres que

lo haga de nuevo, vete de mi habitación. Te doy la oportunidad.

Siento como mi alma se desploma a mis pies.

¿Le ha contado que me ha encerrado? Dudo mucho

de

mi marido, dudo de la palabra de Ria y como llega a

enterarse de pequeños detalles que son nuestros. Ella

sabe que nos hemos casado y en Irlanda Bastian les

hizo firmar a todos los invitados un contrato de

confidencialidad antes de entrar en el castillo. ¿De qué

sirve todas esas mierdas si siempre acaba acudiendo a

ella? Soy el hazmerreír de ellos y siempre lo seré, es

un jodido papel que tengo que jugar el resto de mi vida.

Lo mejor será que les deje hacer lo que quieran y que

me dejen en paz.

Se está riendo porque me está poniendo

pucheritos y haciendo el gesto de llorar, no me doy

cuenta que mis lágrimas han salido y mi nariz está

goteando también. Aspiro mis mocos hacia arriba

frunciendo el ceño, tengo que... no, debo de luchar por

mi matrimonio aunque sea lo último que haga antes de

un posible divorcio. No me importaría divorciarme,

tengo que hablar muy seriamente con Bastian y que

escoja a una de las dos para siempre.

– Solo quería saber si estabas bien y...

– Pues lo estoy. ¡Fuera!

¿Por qué no saco la valentía que saqué en El Sótano?, ¿por qué me hago pequeña ante ella? Ria está sentada, echa una mierda y aun así, siempre tiene

la palabra mágica para hacer que me rompa en millones de pedazos como lo estoy haciendo ahora.

– Creo que voy a llamar a Bastian. Quiero que venga a por mí.

Sí. Lo haré. Que venga y decida entre las dos

porque no aguanto ser la tercera.

Ria se está riendo, ha lanzado el antifaz y ha caído en sus zapatillas de Bastian. Hago una mueca

pensando seriamente si tiene algo más con la cara de

él.

– Niña. Eres muy joven – marco en el móvil

pero no lo hago realmente, no sé si llamarle o no.

– ¿Joven? Tengo veinticinco. He crecido en dos años.

– No lo suficiente. Me odias porque fui la primera que te advirtió sobre como era su vida y

mírate, te has casado con él y las cosas siguen siendo

lo mismo. Fuiste una perra muy lista haciéndole cerrar

El Sótano, pero ¿qué te crees?, ¿qué no se encarga de

donde lo ha dejado? Sí, lo hace y siempre está al tanto

de todo. ¿Por qué si no mantendríamos el contacto?

Bastian me dijo que conocía al dueño del club

donde se reinsertó. De hecho, me dijo que lo hizo en

muchos clubs. Ya no me acuerdo. La duda me aborda

y estoy a punto de colmar el vaso que he llenado

con

sus mentiras. Quiero confiar en mi marido, en su palabra, pero Ria nunca me ha mentado y siempre ha

sido valiente en decirme las cosas importantes a la cara. Necesito luchar y llegar hasta el fondo de este

problema que me he buscado yo sola, aunque, viviendo

en la ignorancia sería mucho más feliz y más si Bastian

me encierra. Me doy cuenta de que mis lágrimas caen

otra vez cuando aspiro los mocos nuevamente.

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir.

– Ria. Escúchame. Hagamos un pacto. Puedes seguir siendo amiga de Bastian y fingimos que nos llevamos bien.

No sé en qué momento he cedido ser la tercera.

– Vaya Nancy. Eso es un gran paso. Hagamos otro pacto. Tú te divorcias de él, follais cuando os apetezca y yo no tengo que ver tu cara gorda.

– ¿Lo único que te importa es que me haya casado?

– Él odia las bodas. Por eso nos casamos en Las Vegas, pero no te preocupes, me contó el problema que tuviste con la rusa. Nosotros lo hicimos

por amor. ¿Te lo había contado?

Abro la boca retrocediendo. ¿Casados?

– Es mentira. Él se casó con ella por los papeles y lo tuyo es una farsa.

– Niña – se ríe – ¿entonces porque no se casó contigo en alguna iglesia de Chicago? Porque

legalmente estamos divorciados y ya sabes cómo son

las iglesias con los divorciados. ¿Por qué te crees que

te llevó a otro continente?, ¿habéis hecho efectivo vuestro matrimonio en América?

El aire se ha escapado de mis pulmones, me

está asfixiando. Acaricio mi barriga dudando de cada

palabra que me dice Ria. No es verdad. Bastian no

está casado con ella y me llevó a Irlanda porque quería

que su reina se casara en un castillo.

– Ria, ¿por qué me mientes?

– Nancy. Yo tengo mi vida muy asimilada.

¿Quieres que te enseñe los papeles de la boda?

– Sí – necesito pruebas.

– Abre el primer cajón, no sé si están los papeles pero la foto de nuestra boda si está.

Sigo la señal de su dedo que me indica a un

cajón, lo abro despacio temblando cuando me encuentro un diario donde sobresale una foto con Bastian y Ria casados. Él lleva un esmoquin y ella un traje de novia, el pelo de ambos es alborotado, se ven sonrientes y juntos.

– Puede no ser verdad.

– Pregúntale. Y como verás, no sabía que venías y jamás supe que ibas a tener el valor de venir, pero aquí estás y si fuera falsa es obvio que no me hubiera dado tiempo a preparártela.

Estoy de espaldas a ella y aprovecho para llorar.

Pongo una mano sobre los mocos de mi nariz que se

escapan a su voluntad, sollozos insonoros que ahogo en

la manga de la sudadera. Dejo la foto en el cajón cerrándolo a su vez. Cojo fuerzas de donde no las tengo para darme la vuelta y seguir luchando por mi matrimonio.

– Me da igual que os hayáis casado. Él lo ha hecho conmigo y soy su esposa.

– Perfecto. Aunque, permítame que te diga que si fueras su esposa y confiaras en él no estarías aquí

de nuevo buscando respuestas. Quiero decir, sé que

me aprecias y que amarías ser como yo, pero yo no

soy tu respuesta. Él es quien no es sincero contigo y

prueba de ello es que sigue con su vida cotidiana, con

la diferencia de que antes yo estaba en tu posición y

ahora eres tú. Pero no te preocupes niña. Ya lo hizo a

los veinticuatro, a los veintiséis, a los veintisiete, a los

veintinueve y la de los treinta no la aguantaba, quizás

con la chica de sus treinta y uno sí, ya que era

mona.

Así que tú eres la de sus treinta y siete largos o por

ahí, aunque tú has sido mucho más lista y lo quieres

todo para ti. ¡Compártelo!

Se ríe como una bruja. Me enfado avanzando

hacia ella y le golpeo en la cara. Grita pidiendo ayuda,

pero al instante noto un pinchazo en mi barriga que

hace sentarme a su lado para evitar el dolor. Me doblo

buscando una postura que me calme y respiro hondo,

Bastian me enseñó un artículo sobre respirar en las

primeras contracciones, aunque no lo sea, me ayuda a

calmarme.

– Duele – susurro quejándome.

– Eso te pasa por lista. No vuelvas a golpearme.

– ¡Joder! – esto duele.

No puedo perder a dulce bebé. Quiero irme a

casa y que Bastian me abrace. Solo quiero volver a mi

mentira, vivir allí en mi burbuja junto a él y pensar que

todo es real.

Lloro poniendo las dos manos sobre mi cara.

Sorprendentemente la mano de Ria acaricia mi

espalda

tensa que reacciona por si sola ante su contacto.

– ¿Periodo?

– No, – tengo arcadas – creo que voy a vomitar.

– Ni pensarlo niña. Ve al baño.

Veó una puerta con la cara de Bastian y entro arrodillándome al inodoro para echar la comida mexicana que comí hace unas horas. Temo que dulce

bebé no esté bien, me toco por debajo de mi ropa interior para ver si he sangrado y lo hago un poco.

Vale. La Doctora Weinn me dijo que sangraría,

pero

desde esta mañana no lo he vuelto a hacer.

– Dulce bebé – susurro.

El baño es una copia exacta de su habitación.

Me lavo las manos y la cara viendo a través del espejo

la imagen de Ria cojeando con un vaso de agua en la

mano. La observo pensando en ella, no me mentiría

por conseguirle de nuevo cuando ya ha vivido más

experiencias con las novias de Bastian. Quiero pensar

que me ha mentido pero no sé porque esta vez creo en

ella. Siento que él me ha mentido ocultándome cosas y

ella conoce pequeños detalles que no tiene por qué; al

igual que su foto de boda, no sabía que venía así que

no tiene por qué mentirme.

Cojo el vaso mirando a ver si hay algo dentro.

Se enfada porque dude, mis lágrimas caen lentamente

y consigo aspirar mis mocos una vez que me lo he bebido entero.

– Siento haber sido yo la que te cuente todo esto.

– Tienes un problema mental, ¿lo sabes? Una obsesión compulsiva que te hace vivir por y para Bastian.

Dejo el vaso sobre el lavabo saliendo del cuarto de baño porque necesito un poco de espacio y aire fresco. Ella me persigue cojeando, sentándose de nuevo en el lugar donde estaba antes. Me quedo mirando los reflejos de las paredes, pongo ambas manos sobre mi cuello y miro hacia arriba para ver que

también tiene fotos de Bastian en el techo. ¡Está loca!

Ella lo está y yo también por caer en la locura

de ella, y de él. No sé si me han utilizado o si Bastian

ha vivido una doble vida; lo único que puedo decir con

certeza es que una persona no puede fingir las

veinticuatro horas del día y Ria si puede hacerlo por

unos instantes que me ve cada cierto tiempo.

La encaro de nuevo mirándola, esta vez me doy

cuenta que tiene una foto con Bastian en su mesa de

noche que me está haciendo dudar. Me acerco

cogiéndola en mis manos, recuerdo ese día, la noche

que bajé a El Sótano. Él tiene el mismo golpe de la

pelea en Nueva York y ella el mismo vestido.

Bastian

me dijo que estaba en casa llorándome y que no había

ido al club. ¿Me dijo eso? No me acuerdo. Dejo la foto

nuevamente retrocediendo.

– ¿Vas a irte ya? Aprecio mi cara y necesito

dormir mis horas. Mañana tengo mucho trabajo.

– Así que solo soy una más, ¿no?

– Sí. Una más, – me sonrío sin ganas – ¿puedes

ir a llorar a cualquier parte? No quiero que me

manches mi alfombra del campeonato número seis.

La odio con todas mis fuerzas. Quiero matarla,

asesinarla, arrancarle la piel suavemente y que sea mi

cara lo último que vea. También quiero tener unas palabras con mi marido para que me explique porque

soy su tercer matrimonio, entre otras cosas.

– Esto no se va a quedar así – me vuelvo débil cuando la encaro.

– Claro que no. Bastian te dirá lo hermosa que eres, su luz y todas esas mierdas que les dice a todas.

Volveréis a follar, a estabilizaros y volverá a por mí.

Como siempre hace.

– Ria. Te estás pasando mucho.

– ¿Por qué? Yo al menos te soy sincera. No

tengo nada en contra de sus putitas pasajeras, solo que

esta vez le has pillado casándote. Una jugada bastante

hábil.

– Y embarazada – acaricio mi barriga.

– Bastian no te dejaría embarazada.

– Lo ha hecho.

Su cara es de incredibilidad. Subo mis jersey, me

ladeo y toco el hogar de dulce bebé que me tiene

preocupada.

– ¿Estás embarazada de Bastian?

– Lo estoy.

– ¡Cabrón! – Se levanta – ¿es lo que querías?

– Por supuesto. Hicimos a nuestro bebé con mucho amor.

Sí. Amor.

Acabo de decidir que no voy a dejar que se interponga en mi relación con él. Me da igual que esté

casado, que me mienta, que me haya ocultado cosas.

Bastian Trumper es mío y yo soy su mujer, la Señora

Trumper.

Ria cojea en mi dirección mientras yo retrocedo
porque no voy a permitir que roce lo más mínimo
mi
barriga, pero se acerca lo suficiente para ver que
es de
verdad.

– Estás embarazada, – pone la mano en la
cabeza lamentándose – no puede ser. Bastian no
me
haría esto.

– ¿No te haría esto? Me lo ha hecho a mí,
¿recuerdas? Soy su esposa.

– Él no puede... él no puede dejarte
embarazada. Solo es sexo, Bastian solo folla a

mujeres

que droga porque no las aguanta. A ti no te aguanta.

– Para no hacerlo algo he debido de hacer bien.

– ¡Maldita zorra!

Me golpea fuerte en la cara y yo retrocedo para alejarme de ella, porque tal y como estoy, podría ganarme con tan solo suspirar.

– Ria, – pongo un dedo sobre mi labio inferior, está sangrando – estoy embarazada, ¿cómo se te ocurre golpearme de este modo?

– Bastian no te ama Nancy. Él me lo dijo. Me dijo que le dabas pena, que eras una pueblerina y

que

no le darías problemas. Solo quiere follarte cuando

llega a casa, él me lo confesó. Sus amigas lesbianas

me lo confesaron. ¿Sabes lo que me dijeron en tu fiesta del Bamper?

– ¿La de nuestra despedida de solteros?

– Me dijeron que me alejara de vosotros porque me iban a matar como siguiera detrás de Bastian, ¿sabes lo que me dijo él en vuestra luna de miel?

Qué

las mataría si algo malo me pasara. Él negó a Billy cuando le pidió ayuda, pero cuando supo que yo

estaba

metida en el problema acudió a mí porque pensó que

era más débil. Él me ama Nancy, por favor, tienes que

darte cuenta de eso.

Se sienta en la cama. ¿Otra vez? Esta mujer no

deja de ponerme entre la espada y la pared. Odio que

hable así de Bastian. Odio que me cuente mentiras

mentira.

– No me he creído nada. Él no me mentiría en

algo tan grande como lo de vuestra boda, se iba a

celebrar en Chicago si no fuera porque nos falló la iglesia.

– ¿Te contó porque os falló la iglesia? Me dijo que no se canceló porque pagó a los padres del bautizo para que no os casarais.

¿Cómo sabe eso? Oh Dios mío. No tiene por qué saber eso si Bastian no se lo ha contado. Eso solo lo saben nuestros amigos, nuestra familia. No ha salido de nuestro pequeño círculo. Ahora pongo yo la mano sobre la cabeza porque me estoy desmayando, estoy

empezando a llorar de nuevo y esta vez no sé si voy a

poder parar.

– ¿Cómo lo sabes?

– ¡Porque me lo contó, maldita niña, fuera de mi casa! ¿Cómo te atreves a entrar embarazada? Has hecho de mi vida un infierno.

Ella llora y yo tengo un nudo en mi garganta.

– Tú has hecho de mi vida un infierno – susurro.

– No, – solloza – yo no puedo darle hijos.

– ¿Qué?

– Soy estéril. Mi padre se enfadó conmigo

cuando me pilló a los catorce besando a un chico y

decidió llevarme a una clínica para ligar mis trompas.

Pensó que si dejaba de ser fértil nunca encontraría un

marido – me mira llorando – Bastian es todo lo que sé

en mi vida. Todo lo que quiero. Él le pegó a mi padre

por el constante abuso que he sufrido y él siempre ha

estado conmigo. Me ama y yo a él, pero dice que no

podemos estar juntos; solo quiere follarme porque se

siente como en casa. Bastian me ha dicho que soy

hermosa, que sería la madre de sus hijos si pudiera

tenerlos, y mira ahora, cuando he dejado de servirle

como mujer me deja tirada por otra más joven.

No voy a caer en su trampa. Mi interés en su esterilidad es nulo. Sí. Completamente nulo.

– Basta Ria. Ya no más.

– ¿Sabes cuantos hijos me dijo que quería tener conmigo?

Como diga ocho o nueve me voy a poner seria.

– Muchos, porque en cuanto diera a luz a nuestro primer hijo nos pondríamos con el siguiente.

Él ha podido decirles eso a todas las mujeres

que ha conocido. No tiene por qué ser especial.

– Bastian está conmigo – miro mi dedo la sangre cada vez más seca procedente de mi labio.

– Quiero que esté conmigo también. Creo que nos merecemos que nos diga la verdad.

– Sí. Pero es mi marido y él es toda mi verdad.

– ¿Es que no me has escuchado? Él no te ama.

– Por un momento he llegado a creer que él me había mentado, ¡joder! Tienes hasta una foto de vuestra

supuesta boda en el cajón. Pero ¿sabes qué? Me he casado con el hombre al que amo porque es digno de

mi amor. Vale, continuad con vuestra amistad,
follad a

mis espaldas que me da igual. Bastian es un
marido, un

amante y un amigo ejemplar conmigo y no lo
cambio

por nada. Será un buen padre y tendré la vida que
siempre he soñado porque él la hace posible. Me
da

igual si acude a tus llamadas, a tus trampas, me da

igual la escena que me acabas de montar y las
mentiras que han salido por tu boca. Si había
venido

aquí era para matarte, pero visto que estás
afectada

por el embarazo, lidia con que voy a tener muchos hijos

con Bastian y espero que siga teniendo el contacto contigo a mis espaldas para restregarte lo feliz que somos.

Aparto las lágrimas. Sí. El problema es Ria.

¿Cómo he podido dudar de mi marido? Ella ha podido

persuadir a cualquier invitado de nuestra boda, tenemos a alguien de nuestro círculo que ha pecado de

chivato o chivata descaradamente o puede que accidentalmente. Ria es un lagarto con tacón y dulce

bebé mantendrá el secreto sobre mis dudas con

Bastian. Él es un problema aparte, porque va a dormir

en el sofá por una larga temporada. Oh sí, todavía no

he acabado con él. Va a explicarme muchas cosas y

cuando lo haga, tal vez, solo tal vez le deje dormir conmigo.

En nuestra lamentación mutua nos alertamos

por unos gritos que se oyen a lo lejos. ¿No va a

dejarme en paz ni una miserable noche? Sí, lo hará en

cuanto sepa que va a dormir en el sofá, y de por vida,

si me enfada demasiado. Ria no se mueve pero
mira a

la puerta entre lágrimas, yo estoy en frente de ella
con

las manos dentro de mis bolsillos y aspirando mis
mocos. Ambas oímos como los gritos graves se
acercan cada vez más. Grita el nombre de ella,
grita el

mío y al mismo tiempo grita que va a matarme en
cuanto me vea.

Ajusto mi capucha nuevamente. Le canto a

dulce bebé o al menos le mando esas vibraciones
al

acariciar de nuevo mi barriga cuando meto las
manos

en los bolsillos. He desconectado el móvil para que

nadie me localizara, para que él no lo hiciera.

Su voz se convierte en una alarma mundial al

entrar en el pasillo que le traerá a la habitación de Ria.

Bostezo aspirando mis mocos nuevamente, voy a morir

cuando vea que me ha golpeado, luego la matará a ella

o le mandará algún mensaje.

La sombra se acerca cuando me encuentro

unos ojos azules cristalinos sacados de un planeta muy

lejano.

– ¡NANCY, MALDITA TRUMPER! – Grita

entrando a la habitación. Tras dar dos pasos evalúa la

situación y vuelve su mirada fija a mí – ¡VEN!

– ¿Qué haces aquí?

CAPÍTULO 16

– ¡Fuera de mi habitación! ¿Quién os ha

invitado a entrar? Molly, reza por irte mañana porque

vas a saber quién es Ria Evans – se seca las lágrimas

y se queda sentada mirando al hombre que va a reventar de odio.

Sebas entra en la habitación imponiendo mucho

más respeto del que le tengo a mi marido. Lleva una

chaqueta de cuero, unos vaqueros realmente ajustados

y su pelo alborotado; tiene algunas ojeras y ojos

hinchados. Estaba durmiendo. Su ceño está fruncido y

soy el objetivo por el cual está enfadado.

Echa un vistazo a todo el santuario de Ria

negando con la cabeza como si no le sorprendiera su

habitación. Al acabar de analizar, avanza furioso

encarándose a mí y retrocede en el instante que se da

cuenta de mi golpe en el labio.

– ¿Te lo ha hecho ella? – Pregunta muy serio.

– Sebas. Ya me iba.

– ¿Se lo has hecho malditamente tú? – Se pone delante de mí y Ria niega con la cabeza.

– No tengo tiempo para tus malditas historias.

Mi cuñado golpea su cara de un puñetazo limpio

y su cuerpo cae sobre la cama. Empieza a llorar

colocando sus dos manos en la nariz, balbuceando

palabras de dolor y amenazándonos a ambos. Yo saco

una de mis manos sobre la boca escandalizada por la

situación.

– Sebas, ¿qué has hecho?

Gira para mirarme a la cara y matarme mientras lo hace. Dejo de interesarme por Ria tan pronto siento

que me quiero arrodillar ante él sin ni siquiera hablarme. ¡Joder, con los Trumper!

– Mueve. Tú. Culo. Afuera.

Quiero volverme valiente y decirle que no, discutir y pedirle explicaciones del por qué se ha entrometido aquí golpeando a una mujer. Todo estaba controlado. En su medida. Pero lo estaba. Sube el brazo señalándome la puerta, tengo ganas de llorar por

ser tan débil con Sebas cuando me encuentro
moviendo los pies uno en frente de otro y saliendo
del
santuario de Ria.

Él me sigue detrás porque el portazo tremendo
que le ha dado la puerta ha hecho temblar los
suelos
impolutos de este pasillo interminable. Bajo la
escaleras con la duda de que va a pasar una vez
que
salgamos por la puerta, que no se va a acabar
porque
ahora viene la peor parte, Bastian. Sus pisadas son
fuertes, está refunfuñando, gruñendo y rugiendo
como

un león que le acaban de interrumpir su sueño.

Al llegar al último escalón veo la claridad

entrando desde las ventanas. La noche se está
yendo y

va a amanecer, ¿cuántas horas he pasado aquí?

Definitivamente Bastian va a enfadarse porque si

Sebas está aquí es porque él lo habrá llamado, se

habrán dividido y todo el mundo estará
buscándome.

Paro en seco para preguntarle a Sebas pero me
choco

con su pecho que respira fuerte.

– Sebas.

– ¡Fuera!

Abro la boca separándome de él, admirando el
tremendo cuerpo que posee y frunciendo el ceño
en

respuesta cuando acabo obedeciéndole. Algún día,
sólo

algún día dejaré de obedecer a los Trumper.

La helada noche nos recibe, el cielo aún es
negro pero el día está corriendo muy rápido
ganándole

la posición. Espero que Bastian siga dormido.
Sebas,

sin embargo, ejerce de su hermano al cerrar la
puerta

fuertemente y al poner su mano en mi baja espalda
para ayudarme a bajar los escalones que nos

llevan a

los dos coches. Ryan está de pie esperando por nosotros y levanta los brazos para ayudarme a bajar el último escalón.

– Ya puedo – rechazo su agarre apartándome de Sebas.

– Lo siento Nancy. Tardabas mucho y no sabía a quién llamar – Ryan se excusa.

¡Genial! Simplemente genial. Qué mi cuñado

Sebas esté aquí no es producto de mi marido, es una

idea que viene de Ryan. Solo le pedí que esperara,

¿qué se cree que iba a hacer?, ¿una matanza o una
pelea cuerpo a cuerpo? Le entrecierro los ojos
alzando

mi barbilla mostrándole que estoy muy enfadada y
dirigiéndome al coche.

– ¡Ese no! – Sebas me gruñe.

Paro otra vez en seco metiéndome en el coche
que hay detrás. Cierro la puerta con un fuerte golpe
para que se dé cuenta que su coche naranja es feo y
Bastian debió rompérselo hace tiempo. No puedo
evitar intentar leerles los labios, se dicen algunas
palabras pero Ryan es demasiado profesional en
eso y

Sebas está de espaldas. ¡Idiota! Tiene buen trasero,

pero me voy a mantener este secreto para mí, ¿a qué

si dulce bebé?

Oh, dulce bebé.

Dejo el cinturón a medias para meterme la

mano dentro de mis bragas, al sacarla me doy cuenta

que no estoy sangrando. Lo hago de nuevo analizando

que mi dulce bebé está bien y qué solo ha sido

producto del estrés y la tensión acumulada. Toco mi

barriga acariciándola, pensando en cómo

deshacerme

de Bastian para ir a ver a la Doctora Weinn.

Sebas pasa por delante del coche mientras yo

limpio mi mano en una servilleta que encuentro en la

guantero, abro la puerta del coche para tirarla al suelo

cuando al cerrarla me gruñe de nuevo. Lo hace porque

está colocándose el cinturón desesperadamente.

– Puedo hacerlo yo – forcejeo con el broche hasta asegurarlo.

– ¡No me toques los huevos Nancy que estoy malditamente enfadado contigo!

– ¿Por qué has venido? Yo no te he llamado.

– Ryan lo ha hecho y para que lo haga debe de ser importante.

– ¿Importante?, ¿por qué no te llamó anoche?

– ¿Anoche? – Arruga su cara arrancando su coche.

– Cuando tu hermano vino a altas horas de la noche después de haber recibido una paliza de muerte

– fija sus ojos en mí – ¿no lo sabías? Pues ya lo sabes.

Tú querido hermano me dejó encerrada en casa sin poder salir ni para una jodida emergencia, acudió a la

llamada de sus amigos y Ryan lo trajo bien tarde a punto de morir.

– Sea lo que sea. ¿Por qué has venido aquí?

Esto no te compete – nos ponemos en marcha.

– ¿No me compete? Solo a mi marido qué está enfermo del corazón, – le golpeo en el brazo enfadada

– ¿cómo que no me compete? Soy su esposa.

– Su esposa debería estar durmiendo; no por ahí, sola y enfrentándote a una maldita zorra de la cual

estás malditamente informada de su obsesión por mi

hermano.

– Exacto. Su obsesión por tu hermano, mi
marido. Qué no se te olvide.

Pongo mi espalda en el asiento suspirando. El
sol va a aparecer hoy porque estoy viendo los
primeros

rayos esconderse tras los árboles que rodean la

carretera. No tengo ni idea de donde se encuentra
la

casa de Ria pero está bastante lejos del centro de
la

ciudad y de casa. Apoyo un codo contra la puerta
para

dejar caer mi cabeza en la palma de mi mano,
estoy

agotada porque me ha dado un bajón físico y

emocional; solo quiero dormir y fingir que todo ha sido

una pesadilla. Mi eterna pesadilla.

Sebas me mira y luego a la carretera. Tiene el ceño fruncido y es mucho más grosero que Bastian cuando se enfada, está respirando fuerte para hacerme

entender que sigue enfadado conmigo y que no aprueba lo que he hecho.

– Bastian se ha despertado – gruñe en voz baja y le miro cerrando mis ojos.

– ¡Joder! No tengo fuerzas para enfrentarme a él. Bastante he escuchado de Ria. ¿Sabes si tu

hermano ha hecho efectivo el matrimonio en América?

– ¿A qué te refieres?

– Nos casamos en otro continente. ¿No deberíamos haber ido al juzgado o algo así?

– ¿Por qué preguntas eso?

– ¿Podríamos divorciarnos sin firmar ningún papel? Quiero decir, si nos hemos casado en Irlanda, si

quisiera el divorcio, ¿podría hacerlo sin firmar nada?

– ¡Nancy! – Para el coche a un lado de la carretera vacía – ¿vas a malditamente divorciarte de

mi hermano?

– No lo sé – me cruzo de brazos y empiezo a llorar.

– ¿Lloras?, ¿jodidamente lloras porque te vas a divorciar de mi hermano? – Grita apretando las manos

sobre el volante – dame una razón por la cual no deba

de dejarte tirada en mitad de la carretera.

– Sebas – susurro.

– ¡DAMELA! – grita aún más fuerte matando una parte de mi cuerpo.

– Yo... yo no... quiero decir... solo... yo....

Cierra los ojos, golpea el volante y vuelve a
abrirlos. Está respirando muy fuerte, estoy
asustada y

me deslizo a la puerta poco a poco intentando que
no

vea que quiero salir de este coche; me importa
poco

andar hasta donde sea que haya civilización.

– ¿Es por lo que ha pasado esta noche? Lo

conoces. Él habrá tenido un problema, como su
esposa,

debes de estar en casa y esperarle aunque te cueste
la

vida. Miras, te callas y esperas.

– Te equi... equivocas. Te equivocas – siento

sus ojos penetrando los míos – yo no soy la otra
Sebas,

ni mucho menos la tonta que espera en casa cuando
él

está por ahí tirado.

El móvil de Sebas suena lanzando un dardo a mi
corazón. Tengo el estómago a punto de salir por mi
garganta, trago saliva que no tengo y el labio está
empezando a dolerme más de lo que debe. Todo el
dolor está viajando hacia mi cabeza.

– Sí. Entendido. Gracias. De mucho.

Cuelga la llamada suspirando. Se guarda el
móvil y reinicia la marcha, esta vez mucho más

relajado.

– ¿Era Bastian?

– Ryan. Dice que ha oído a Ria decir que no puede ir a un hospital porque Bastian la mataría por haberte golpeado.

– Me lo... algo... me... quiero decir, algo me

inventaré. Puede ir a un hospital.

– ¿Sabes que otra cosa me ha dicho? Qué Ria

se coló en el coche de Bastian mientras estaba en casa

de William y que acabó en el mismo sitio que ellos. Así

que no fue cosa de mi hermano.

Oh, no.

– Quiero llamar a Ryan – me da el móvil sin

dudar, le devuelvo la llamada hasta que descuelga y

oigo su voz ronca – ¿Ryan?

– Nancy, ¿lo has escuchado? No le abandones,

todo ha sido mentira.

– Cuéntame.

– Le ha contado a Molly que se coló en la parte

trasera del coche de Bastian. Él y William
montaron

juntos para ir a un almacén donde habían quedado
con

unos antiguos socios de Bastian y así remediar el

desastre de su amigo. Ella solo fue producto de
una

conversación entre dos.

– ¿Ella se ha inventado todo?

– Eso le decía a Molly. Te estaba esperando

tarde o temprano. Todo lo tenía pensado, cada
mínimo

detalle.

– Eso, no es... quiero decir. ¿Todo es posible?

Me ha enseñado una foto.

– ¿La foto de la falsa boda? Le estaba contando

que era una manipulación que hizo ella. Sabía que la

creerías si se acercaba a ti como su amiga y que tú

caerías en la trampa. Oyó a Bastian decirle a William

algunos detalles de amigos, el resto ha sido producto de

Evans. Otra vez.

– Tengo muchas dudas Ryan.

– No las tengas. No le dejas otra vez Nancy.

No sobrevivirá.

– Él me debe una buena conversación. Ya sabes cómo vino anoche.

– Y tú has sido muy valiente protegiendo tu matrimonio. No sé qué mentiras te habrá contado Ria,

ella está fuera de combate. Al menos por algún tiempo,

le sangra la nariz y el médico va a venir a verla.

– Gracias por decirme esto. Te lo agradezco.

– Escucha a Bastian. Si no lo haces, volveré a tutearle – sé que sonrío y no le estoy viendo.

– De acuerdo.

– Y disculpa por avisar a su hermano. Pensé que Trevor estaría ocupado con su nueva novia y su hermano Sebastian con Rachel.

– ¿Lo sabes?

– He visto cosas.

– Cuéntamelas.

– No ahora, Señora Trumper. Demuéstreme que seguirá con el Señor Trumper y seré suyo.

– Trato hecho. Necesito dormir y descansar.

Pero luego cuando me despierte te llamaré. Necesito

que me informes de eso terriblemente.

– Hecho.

Dejo el móvil de Sebas moviéndolo en mis manos y embobada por la situación en la que me encuentro. Por una parte, sí, puede que Ria le haya hecho una jugada a Bastian escondiéndose en el coche. Pero por otra parte, sigo sin poder creer que ella supiera tanto de una conversación entre dos amigos, precisamente con Bill, que no lo soporto. Bastian me dijo que se había mandado mensajes con ella durante nuestra luna de miel y eso es imperdonable, ha manchado nuestro matrimonio con

mentiras y traiciones.

Veo volar la caja de pañuelos desde la guantera a mis piernas porque Sebas me ha gruñido que no llore

más. Cojo uno, lo paso por mis ojos secando mis lágrimas y lo acabo mojando sonándome la nariz. Y así

empiezo a contarle a mi cuñado todos mis miedos, dudas, preocupaciones y cada detalle de mi relación

vivida junto a Bastian. Sebas me escucha atentamente,

sus ojos están bien abiertos y sus oídos aún más, asiente con la cabeza y por primera vez en mucho

tiempo, ni siquiera a Rachel cuando más lo necesitaba,

le he contado a él hasta donde llegó Bill la terrible noche que casi me entierra. Hemos parado en un restaurante que está abriendo porque dice que necesito

alimentarme, poco después salimos con un café para

llevar en la mano dirigiéndonos al coche. Ya nos queda

muy poco para llegar a casa porque aquí hemos parado

en más de una ocasión para comprarme esos bollitos

de merengue. Siento que el tiempo se ha parado con

Sebas, que él es mi apoyo y mi única vía de escape

ahora mismo, le necesitaba y quería sacar de mi interior todo lo que no quería guardarme. Me siento

mucho mejor después de esta conversación y él no ha

dicho ninguna palabra, todavía.

El coche se pone en marcha mientras yo

reajusto el posavasos que casi hace volcar su café. Se

ha quedado impactado con mi historia de amor, creo

que no puede creerse hasta qué punto he estado de dejar a su hermano otra vez, y también, el por qué

no

voy a hacerlo tampoco.

– No dices nada – susurro bebiendo esta cosa asquerosa que me ha obligado a beber.

– No me apetece.

– Sé que todo ha sido una mierda y que las intenciones de tu hermano siempre han sido buenas.

Pero entiende que yo también haya llegado a un punto

en el que me siento acorralada. Hasta el día de hoy no

sé en quien puedo confiar y en quién no.

– Tranquila, – susurra bajando su nuez – ¿estás

bien?

– Lo estaré. Quiero irme a dormir y no

escuchar a tu hermano en todo el día. ¿Por qué no le

convences y le dices que vaya al médico? A mí no me

escuchará. Me obligará a no salir de casa y no tengo

fuerzas para nada más.

Susurro las últimas palabras con la imagen de

nuestra casa a lo lejos. Sebas ha estado muy callado

desde que entramos a comprar el café y desde que he

empezado a contarle mis sentimientos, me ha

prestado

atención con total sinceridad. El sol ha salido a calentarnos, no sé qué hora es, pero a estas horas

Bastian ya habrá tenido tiempo de pensarse todos los

castigos posibles que me va a hacer cumplir.

El coche se para e intento bajarme pero la mano de Sebas me frena.

– Dedícate a gestar a mi sobrino. Yo me ocupo de mi hermano. ¿Entendido?

Su voz es grave y ronca, no le llevaría la contraria aunque me lo pidiera. Sin embargo, me encuentro apretando su mano porque lo necesitaba.

Antes me ha dejado llorar sobre su brazo e incluso ha

llegado a mostrar un gesto de amabilidad frotando mi

mano. Sé que los Trumper son muy ariscos y nada

cercanos, pero son muy sensibles y humanos como el

resto de nosotros. He apreciado esta faceta de Sebas,

que seguro, me dará mucha más confianza para enfrentarme a la cara de mi marido.

Bajamos del coche lentamente, ambos llevamos

nuestros cafés en la mano. Yo he fingido que bebo

pero pienso tirarlo, no me ha dejado pedirme leche

porque dice que eso no me dará energías, un café sí.

Dudamos en que hacer por un momento cuando estamos en frente de la puerta con el sol a nuestras espaldas, sin dudarlo, le doy mis llaves y le indico cual es la que abre la puerta.

Cuando por fin lo hace, la puerta se entreabre y nos encontramos a un Bastian que salía de nuestra habitación.

– Gracias a Dios – susurra y no le miro a la cara porque no me quiero descomponer. Me he dado cuenta que amo a mi marido más que a mi propia

vida

y no lo voy a perder por nada del mundo.

– Toma las llaves – Sebas las mete de nuevo en mi bolsillo. Bastian se ha quedado paralizado.

– ¿Dónde estabas?, ¿qué era tan urgente que...?

Se calla porque Sebas me ha indicado con el brazo en alto que pase, me siento una extraña aquí. He

disimulado bebiendo de mi vaso de cartón cuando mi

cuñado ha sacado una banqueta que hay junto a la isla

para que me siente. Lo hago sin mirar a Bastian.

Hay una guerra de gruñidos que voy a presenciar en segundos. Mi marido se ha cruzado de

brazos, hago un repaso desde sus pies descalzos hasta

su cara que veo más hinchada de lo normal, sin embargo, le giro la cara porque no puedo verle sufrir.

Me niego a verle de esta forma, tan destrozado por irse de marcha con su amigo a altas horas y confesarle

nuestros secretos más íntimos. Sí, la boda en Irlanda

era un secreto que solo sabíamos los que queríamos.

También sigo sin perdonarle que me haya ocultado
lo

de Ria.

– Ten cuidado, no te vayas a caer – me gruñe

Sebas.

– ¿Se puede saber dónde has estado? – Bastian

baja los brazos y se coloca en frente de mí, cierro
los

ojos porque siento como si me golpearan si tengo
que

ver sus heridas abiertas – y mírame a la cara
cuando

te hablo.

– Bastian – ruge su hermano.

– Aquí ya has acabado.

– Me parece que no.

– ¿Cómo qué no? – Se encara con él – ¿dónde

te has llevado a mi esposa?, ¿te crees que es divertido

acapararla para ti solo? Y tú...

– Deja de señalarla y déjala en paz.

Bastian da un paso hacia atrás mirándonos a los dos, aunque le mire de reojo, puedo ver su tesitura y

como está planeando su ataque hacia nosotros.

Pongo

en mis labios este líquido asqueroso de nuevo, mi marido no necesita mucho para hacerme sentir que

está enfadado y que está a punto de cogerme en brazos y ponerme sobre sus hombros. Sin embargo, me

sorprende poniendo una mano sobre su corazón.

– Bastian – me inquieto sobre la silla.

– ¿Es la única manera de hacerte reaccionar?,

¿si pongo mi mano sobre el corazón que acabas de matar? Mírame a la cara Nancy.

Le niego con la cabeza.

– ¿Quieres dejar de presionarla?

– ¡¿Y TÚ QUIERES DEJAR DE DECIRLE
UNA PUTA PALABRA A MI MUJER?!

El grito de Bastian ha hecho temblar los

cristales del armario que tenemos en la sala que antecede a nuestra habitación. Sebas se queda impasible ante el grito feroz de su hermano, como si

estuviera acostumbrado y no fuera la primera vez.

Prácticamente, no tiene por qué estarlo, son iguales.

– Calmaros – intervengo bebiendo, siento que

Bastian me mira de nuevo y luego a su hermano.

– ¡Ya has acabado aquí! Vete a tu casa.

– ¿Irme? – Le recrimina Sebas – esto no ha

hecho nada más que empezar, hermano.

– ¿Por qué malditamente tenemos que tener una

jodida reunión familiar a las siete de la mañana? –
El

grito de Sebastian se oye cerca, no he escuchado el
coche llegar, ni siquiera sabía que venía. La puerta
se

abre mirando su mano y frunciéndonos el ceño en
respuesta – ¿no sabéis cerrar la jodida puerta?

Mi cuñado entra en casa envolviéndonos con su
perfume caro y cautivador. Se ha duchado,
afeitado, su

ceño está más fruncido que nunca pero le veo
diferente; como si el amor le hubiera hecho brillar.
Le

regalo una sonrisita dulce porque me muero de
ganas

porque sea mi cuñado oficial por parte de mi amiga

Rachel.

– Buenos días, Sebastian – me sale del corazón ser amable con él.

Sus ojos se clavan en los míos avanzando hacia nosotros, Sebas me mira extrañado y Bastian niega con la cabeza mirando al suelo.

– ¡Bastian, modera las putas hormonas de tu mujer! No me la voy a follar aunque me ruegue.

Bueno aunque...

– Sebastian – le regaña Sebas.

– ¿Se puede saber que mierda pasa aquí? –

Contesta Sebastian y no ceso en mi observación dulce

hacia él.

– Estás radiante y hermoso, cuñado.

Muestro mis dientes blancos escondidos detrás

de una gran sonrisa. También, de reojo, me doy cuenta

de la sonrisilla de mi marido, si no estuviera enfadada

con él le hubiera dicho que se ponga una camiseta

porque no he dejado de mirar sus abdominales desde

que he entrado por la puerta. Y una no es de piedra aquí.

– Por si nadie me ha escuchado. No pienso follarte Nancy, te pongas como te pongas.

Bastian golpea en el pecho a su hermano y hace que le sonría cada vez más.

– Lo sabemos – finalmente contesta Bastian.

– ¿Qué sabéis?

– Lo tuyo con Rachel – respondo feliz.

– ¿Qué? – Retrocede – ¡jodida bocazas!

– Oh, no te enfades con ella. Lo ha mantenido en secreto muy bien – le vuelvo a sonreír.

– ¡Jodida, bocazas! Aparte de vuestro gran interés en mi vida privada, ¿para qué mierda me

queríais aquí a las siete de la mañana? No sé vuestras

vidas de mierda, pero yo duermo hasta bien entrada la

mañana. Así que no se vuelva a repetir.

Su chándal azul dice a gritos que no se va a ir a la oficina a trabajar. Bastian me dijo que no siempre

iba y que la mayoría de veces trabajaba con su equipo

de ordenadores en casa.

– Te he llamado yo, – dice Sebas – y cierra la boca hasta que te lo diga.

– ¿Qué mierda os pasa? – Nos mira a los tres y

luego acaba analizando a Bastian – ¿te has visto la cara?

– Sí – le responde.

– De eso se trata – Sebas le increpa enfadado en respuesta a mi marido.

Creo que van a saltar gotas de sangre y yo no quiero estar aquí en medio. De repente, hay un cruce

de miradas entre los tres Trumper que no quiero presenciar. Dudo en si debo levantarme, porque si

Sebas me ha sentado aquí es porque quiere que esté

presente, yo sin embargo, no quiero estarlo. Y más

cuando van a hacerlo por los problemas que tengo con mi marido.

Los gruñidos de los tres se oyen débilmente, son ronroneos, como una antesala de lo que precede a un

fuerte ataque en una manada de leones. Esos rugidos

que se oyen antes de que se empiecen a morder los unos con los otros.

Margaret lo evitaría. Yo tengo que hacer lo mismo.

– A ver chicos, ¿por qué no...?

– ¡Nancy, cállate!

Las

palabras

de

Sebas

ordenándome

severamente que me calle provocan a Bastian

rápidamente y le empuja hacia atrás, Sebas se

defiende golpeando a su hermano en su pecho para

que retroceda. Sebastian se ve en medio intentando

separarles, dejo mi vaso sobre la isla asustada de
que

se vayan a pelear por mi culpa, si me hubiera
quedado

en casa esto no estaría pasando.

– ¿Pero qué mierda hacéis? – Sebastian empuja a Bastian porque es el que tiene más fuerza.

– Vamos, ven y pégame gilipollas – Sebas provoca a Bastian de nuevo que da un paso hacia delante pero la mano de Sebastian le frena.

– ¡Parad ya! – susurro.

Lloro por lo que estoy viendo, por el cansancio de la noche y por no hacer las cosas bien; nunca acierto con nada ni nadie. Bastian tiene razón, debería

quedarme encerrada y dejarle que haga lo quiera.

– Te he dicho que no te metas – Sebas vuelve a

increparme.

– ¿Y SIGUES? – Grita Bastian y trago saliva.

–

¿AHORA

MALDITAMENTE

TE

IMPORTA TU MUJER CABRÓN? – Sebas es
ahora

el que grita más que ningún otro y sobrepasa a su

hermano para estrellar las palmas de sus manos en
el

pecho de Bastian – ¿DÓNDE ESTABAS
CUANDO

LA ENCERRASTE Y LA DEJASTE TIRADA

OTRA

VEZ?,

¿EH?

¿NO

TE

DAS

MALDITAMENTE CUENTA QUE TE QUIERE

PEDIR EL DIVORCIO POR IR DETRÁS DE

WILLIAM Y RIA? Allá tú, subnormal, te vas a
quedar sin mujer y sin hijo por tus mierdas.

Los gritos de Sebas se hacen mudos. Hay un

silencio entre los cuatro y tengo a tres pares de
ojos

mirándome a mí. Niego con la cabeza y retrocedo por

el miedo. Sebas no tenía que ser tan gráfico de exponer nuestros problemas a base de empujones y palabras altas. Los tres miran como me voy alejando

de ellos entre mis suspiros y mis lágrimas, cierro la

puerta de la habitación sin escuchar ni un alma al otro

lado. Lanzo mis zapatillas de deporte y me meto en la

cama cerrando los ojos. Con ellos cerrados, todavía, no

se oye nada al otro lado. Espero que si se están

matando, lo estén haciendo afuera.

Parece que han pasado siglos cuando vuelvo a abrir los ojos de nuevo, el despertador en la mesa de

Bastian marca las tres de la tarde y huelo a comida.

Dulce bebé ruge dentro de mí, lo sé porque lo siento.

Lo primero que hago es meterme la mano debajo de

mis bragas y comprobar que no he sangrado más,

cuando miro mi mano impoluta, esbozo una sonrisa a la

nada. Resoplo de tranquilidad poniendo mis sentidos

tras la puerta; se oyen ruidos, voces y comida,
tengo

que salir y encontrarme con quien esté al otro lado.
Me

levanto cansada de mi sueño arrastrando los pies
hasta

el baño y quitándome la ropa que me puse anoche
para

darme una buena ducha que refrescase mis ideas.

Suelto mi pelo para peinármelo una vez que me he

dado la ducha, pienso en que voy a decirle a
Bastian,

no sé si contarle la verdad o la verdad a medias.
Busco

en mis cajones ropa para mí y doy con mis
pantalones

de yoga, justos para un día y unos meses encerrada en

casa. Fracaso en la búsqueda de más ropa porque

aparte de la interior y algunos disfraces sexuales, aquí

no tengo. Abro la puerta del armario de Bastian para

robarle una camiseta de manga larga que abrazo con

ternura.

Salgo pronto de la habitación siguiendo el olor a

comida, las cabezas de mis cuñados sobresalen del

sofá y al girar veo que Bastian está cocinando algo. Se

congela cuando aparezco en su visión, normalizo

nuestra extraña situación acercándome a él,
bajándole

el cuello y besando sus labios. Nos miramos

analizándonos la cara diciéndonos tantas cosas que
no

solemos decirnos con palabras, hasta que eleva las

comisuras de sus labios y le respondo de la misma

manera.

– Te quiero – susurro.

– Yo más – me responde.

El grito de una mujer suena desde el garaje y

automáticamente hago una mueca con la cara.

– ¿Tú madre?

– Van a traernos los pedidos de dulce bebé y está organizándome el garaje. Ha pedido que retire todos los coches para meter las cosas dentro. Tiene a mi padre trabajando allí.

Miro a sus hermanos y ladeo la cabeza de vuelta lamentando lo que ha pasado. Siento tanto como se han torcido las cosas y como de afectado nos hemos visto envueltos, y con mayor razón, arrastrando a sus hermanos hacia nuestros problemas.

De repente, veo una llama salir del fuego debajo

de una sartén y pego un grito de asombro. Bastian lo

arregla tímidamente y provoca las risas de Sebastian

que se acerca.

– No te hagas el interesante, no sabes cocinar –

rodea la isla para darme un beso sonoro en la cara
–

buenas tardes cuñada, cinco minutos más durmiendo y

no te hubiera esperado por mucho que me hayan obligado a no almorzar.

– Oh, deberíais haber almorzado vosotros.

– ¿Ves hermano? Ella me gusta, tú no.

– Como sigas manoseándola voy a partir tus manos. ¡Fuera de la cocina! – Bastian se gira encarando a su hermano divertido y le aparta las manos de mi cintura.

– Cuidadito. Abuelo – le golpea en el cuello y Bastian le golpea de nuevo.

– ¿Otra vez?, ¿queréis dejar de hacer ruido? –

Margaret aparece desde el garaje – ah, pero si estás

despierta Nancy.

– Hola Margaret.

– Deja que vea la barriga de mi nieto.

Se acerca besándome y subiéndome la camiseta

para admirar la inmensa barriga que está creciendo.

Todavía es muy pronto, pero tengo más barriga de la

que he tenido en mi vida, me siento orgullosa.

Bastian

empieza a gruñir exigiendo a sus hermanos que pongan

la mesa y ninguno les hace caso, Margaret se va de

nuevo al garaje tras unas palabras cruzadas de cariño

y me dirijo a abrazar a mi marido por la espalda.

Necesito saber que estamos bien, al menos, delante de

su familia. No quiero ponerme a gritar delante de ellos.

Está haciendo arroz tres delicias, lo único que puede cocinar sin que ningún ingrediente salte para atacarle. Él me devuelve el gesto acariciando mis manos con una de las suyas; le siento distante, serio, concentrado. Un Bastian que no me importaría ver si no fuera por todo lo que ha pasado en las pasadas veinticuatro horas.

En el almuerzo Margaret no para de hablar,

Sebastian y yo nos unimos a la conversación monótona

que está haciendo sobre todo lo que tiene que ver con

el bebé, con la boda y con lo que pasará dentro de nueve meses. Quiere que la llevemos a Crest Hill cuando vayamos porque mi madre le tiene que dar unos pasteles y su marido no quiere llevarla.

Bastian

me ha dado la mano por debajo de la mesa y no ha hecho ningún tipo de contacto con el resto de su familia. Me siento ausente y derrotada, como si hubiera pasado por mi cuerpo un camión de quinientos

kilos y no hubiera acabado con mi descanso todavía.

A las cinco en punto aparecen tres camiones por el camino de casa. Margaret y yo estamos

fuera

esperando a que lleguen y Bastian organizando las ultimas cajas que su madre le ha mandado a hacer.

Todos vemos como descargan las cosas bajo las direcciones directas de Margaret, dice que lo tenemos

que hacer poco a poco para no agobiarnos y se ha apuntado a la fiesta cuando decidamos abrir todas las

cosas y colocarlas. Ya ha pensado en hacer la habitación para dulce bebé en la de juegos; mis cuñados y mi marido no están de acuerdo, mi suegra

dice que la de invitados es imposible porque es

necesaria para cuando ella se quede en casa a dormir

una vez que nazca dulce bebé.

El brazo de Bastian se posa sobre mis hombros

atrayéndome hacia su cuerpo, estamos parados viendo

como descarga el último camión y riéndonos bajo las

insistencias de mi suegra con los hombres que lo hacen

lo mejor que pueden. A uno se le ha ocurrido

contestarla y los gruñidos de sus cuatro hombres han

hecho que el jefe le deje encerrado en el camión sin

terminar de descargar las cosas.

– ¡Me parece increíble que hayáis comprado la cuna! Eso son regalos de abuelas – dice Margaret indignada con Bastian y conmigo.

– ¿Cómo habéis podido hacerle eso? –

Sebastian bromea.

– No te rías de mí Sebastian, no vas a cumplir edad suficiente y podré seguir golpeando tu trasero.

Nos reímos cuando mi suegra intenta golpear a Sebastian y este huye de la mano en alto de su madre.

Más tarde, por fin puedo cerrar la puerta porque

mi suegro ha tenido que arrastrar prácticamente a su

mujer ya que quería quedarse más tiempo. Quería cocinar para nosotros antes de irse, pero le hemos dicho que estaba muy cansada y que cenaríamos algo

ligero. Sonrío temiendo lo que va a pasar a continuación, es más que evidente que tengo una conversación con mi marido, al que amo con locura. Él

me ha susurrado toda la tarde que me ama mucho más

que yo a él y que no aprobaba que no llevara sujetador,

pero eso ha sido una advertencia aparte.

Se acaba de sentar en el sofá señalándome con el dedo que haga lo mismo, lleva una copa de vino que

ha dejado sobre la mesa y pronto cenaremos algo.

Caigo rendida a su lado en el sofá y sonriendo tímidamente al poder abrazarle como he querido hacer

desde que le he visto esta mañana.

– Por fin – susurro recibiendo un beso sobre mi cabeza.

– Mi madre es un dolor inevitable.

– Es dulce. Me gusta que quiera estar aquí, – le

miro a los ojos – un bebé siempre es motivo de alegría

para las abuelas.

– Y para mí, que soy el padre – sonrío y mata la sonrisa frunciendo el ceño – ¿estás bien?

– Lo estoy. Un poco confundida, pero lo estoy.

– ¿Quieres hablar o prefieres hacerlo en otro momento?

– Prefiero hacerlo ahora – me aparto de él acomodándome en el sofá.

– He ido al médico esta mañana, mientras dormías.

– ¿Sí? – Agarra mis manos sonriendo.

– El electrocardiograma ha salido normal y el

resultado de los análisis los recojo el lunes. El médico

me ha dicho que si el electro ha salido bien, no cree

que haya ningún tipo de anomalía.

Acaricia mi labio hinchado, se centra en eso.

Ahora soy yo la que agarra su mano para besarle.

– Me alegro de que todo haya salido bien.

– Se ve que es lo único que he hecho bien desde hace mucho tiempo.

– ¿Cómo que desde hace mucho tiempo? – Le muerdo uno de sus dedos, ya sé por qué le encanta hacer lo mismo, se siente tan bien – dulce bebé y yo, lo

has hecho muy bien.

– Lo siento, Nancy.

Aparta sus manos de mí para sentarse mejor y beber de su copa de vino. Hince los codos sobre sus piernas, pasa una mano por su pelo y yo me siento fatal por verle así. Acaricio su espalda con mi mano para demostrarle que estoy aquí, que siempre estaré aquí.

– Yo también lo siento. No debí irme y...

– Sabes que no tienes la culpa, – me mira – no te disculpes de nuevo.

– De acuerdo, no lo haré.

– No pienses que te estoy regañando por eso, es solo una advertencia porque el único que debo de pedir

disculpas aquí soy yo. Espero que las aceptes.

– Te las acepto y...

– Yo te escogí el día que te conocí, – se gira nuevamente para mirarme a la cara – ese día te escogí, y lo hice por encima de todo y todos.
Admito

que estaba muy perdido en una relación, nunca he tenido ninguna y la cagué desde que puse mis ojos sobre ti. El día de ayer, también te escogí, escogí el

tenderle una trampa a Bill para asesinarle y acabar con

mi problema, pero las cosas no salieron como esperaba.

– ¿Qué?

– Solo iba a ser un susto, uno grande para hacerle entender que me había casado contigo y que

tenía una vida por encima de él e incluso de mí. Le engañé haciéndole saber que íbamos a tener una reunión ilegal con algunos socios y allí le hice una emboscada. Luego, con el paso de las horas me arrepentí y solo le pegué.

– ¿Las marcas son de...?

– Sí. Él me las hizo. Le dije a Peter, el de seguridad en el Bamber, ¿te acuerdas? – Le afirmo con la cabeza – pues le dije que se trajera a algunos

amigos para amenazarle y hacerle entender que mi familia era mi única prioridad. Luego apareció Ria llorando desde un rincón del almacén asustada por lo

que estaba viendo y te juro que eran dos pájaros de un

tiro, hice que la sentaran y la amordazaran para repetirle lo mismo. Destrocé el móvil delante de los dos

y les dije que como se acercaran a cualquier miembro

de mi familia o a mí, la próxima vez no me costaría

nada acabar con sus vidas y arrojar sus cuerpos al lago.

La confesión de Bastian me deja sin palabras, impactada por conocer en primera persona lo que realmente sucedió. Besa las palmas de mis manos negando con la cabeza, debe de estar pasándolo mal

por hacer eso con los que se suponía que eran sus amigos desde que eran jóvenes.

– Siento que hayas tenido que hacer esto cariño.

Lo siento tanto, ojala fueran amigos de verdad.

– Ellos son tóxicos Nancy, no eran amigos de verdad y me di cuenta cuando te conocí. Encontré la

esperanza que tú me diste, te lo he dicho tantas veces.

Si fui el día de la despedida fue para que me vieran

enfadado realmente, si le mandé mensajes a Ria fue

para decirle que me había casado y que era

inmensamente feliz. Solo le escribí dos, ella me envió

doscientos más, pero nunca los leí. Necesitaba tenerlo

todo controlado y esa zorra sabe el papel que jugaba, la

he usado para que hiciera creer a Bill que estaría al

lado de ellos. Estaba pensando en la emboscada en mis

ratos de desvelo que pasaba mientras yacías a mi lado.

– ¿La usaste?

– ¿Cómo te crees que he preparado todo?, ¿por

qué creías que no podías salir de casa? Puse la excusa

de que necesitabas reposo para que Peter y los chicos

estuvieran listos, no te quería alrededor ni al alcance de

nadie. Tenía que acabar con uno y después con otro; y

cuando supe que Ria estaba detrás de mi asiento respirando como una fumadora compulsiva, inventé

una cadena de mentiras que le fui diciendo a Bill, una

tras otra.

– ¿Mentiste en todo?

– Claro nena – sonrío – ¿qué pagué a la pareja

para que se celebrara el bautizo? Pero si quiero que las

nuevas generaciones no pisen la iglesia. Voy a ser padre, ¿cómo podría hacerle eso a un pobre bebé?

– Bastian – le regaño.

– Todo, absolutamente todo lo que te ha dicho

Ria es incierto. Mi hermano Sebas me lo ha contado

todo y me he avergonzado porque ha ocurrido aquello

que no quería, que te salpicara toda la mierda con la

que trato. Te dije que reinserté El Sótano en otros

clubs pero que ni por asomo me llega a importar lo que

ocurre, así que no hay ningún contacto con ese club u

otros. No ha habido boda en Las Vegas, ¿me ves

casándome con Ria? No ha habido novias en

ninguna

de mis edades enumeradas, sabes que me he
follado a

muchas pero solo ha sido el tiempo del polvo que
las he

dedicado. Tampoco he pegado al padre de Ria, me

beneficiaba porque invertía en Tailandia y si ella
es

estéril es porque lo es, nada más. Jamás la he
dicho

que es hermosa o que quiero tener muchos hijos
con

ella. No sé lo que pretendía con sus palabras
porque ya

eres mi esposa y me amas; pero si por una sola

miserable pieza de su inexistente cerebro te hubiera

perdido, no sabes lo mucho que hubiera disfrutado ahorcándola.

Inhalo aire dejándolo escapar lentamente. Me siento mal porque debí creer a mi marido desde un principio y pensar que todo era una farsa más. Ria siempre será más lista en ese aspecto porque sabe aprovechar los momentos en los que estoy débil para jugar sus cartas.

– He dudado de ti, y mucho. Yo estaba tan mal... enfadada, molesta y frustrada. Fui a luchar por

nuestro matrimonio y acabé dejándome engatusar por

sus mentiras. Dudé y lo hice, pero también luché por ti

y por dulce bebé. Los dos aquí luchamos por nuestra

pequeña familia.

Sonríe pasando sus brazos por mi cintura y

arrastrándome junto a él. Acaricia mi barriga como lo

lleva haciendo toda la tarde, su madre le ha regañado

en más de una ocasión pero a mí no me ha importado

que lo hiciera porque sé que es la única manera que

Bastian ejerce como padre desde el lado en el que está. Si lo estuviera gestando él estaría segura que no

me dejaría acercarme a su barriga.

Besa mi cabeza dulcemente susurrando lo mucho que me ama.

– Se ha acabado nena, te dije que se acabó y solo estoy limando el final feliz que nos merecemos.

– Estoy orgullosa de ti Bastian. Lo he pasado horriblemente mal en las últimas horas imaginándote

tirado y muerto. Cuando anoche viniste así a casa quise matarte; luego intentaste meterme mano y te

desmayaste.

– ¿Tuvimos sexo pervertido?

– No – le miro negándole.

– ¿Nada de sexo?

– Qué no, nada de sexo. Hasta esta mañana

ibas a pasar una buena temporada en el sofá.

– Yo también lo he pensado cuando me he

despertado. Me ha llamado Sebas al teléfono de casa

para decirme que estabas con él y que no me

preocupara, que habías pasado una mala noche y que

no fuera borde contigo. Al colgarle pensé que tu nivel

de enfado conmigo me haría dormir en el sofá para el

resto de la eternidad.

– Porque eres un bobo y un bobo muy neandertal.

– ¿Me harás dormir en el sofá igualmente? –

Reposa su espalda en el sofá haciendo que me suba

encima de él.

– Eso depende, vas a tener que trabajar duro para que se me quite el enfado.

– Te he pedido perdón, te he cocinado y ahora te cocinaré de nuevo. Dime que quieres hacer y lo

haré.

– De momento, quiero que te quites esta camiseta que te has puesto recordando nuestro atardecer en Paris, – se ríe porque cuando discutimos

siempre nos hace volver a un punto hermoso vivido – y

luego ya veremos qué pasa.

– ¿Me la quito ahora?

– Solo un poquito.

Se sube la camiseta hasta cubrir la mitad de su pecho dejando a la vista los abdominales que me tienen

enamorada y excitada todo el tiempo. Paso mi

dedo

índice por ellos jugando a saltar sobre ellos y a dibujar

nuestros nombres.

– Podríamos jugar también a que tú te quitas toda la ropa.

– Si lo hago no nos escaparemos y no me has dejado merendar lo suficiente.

– Nena, te has pasado dos horas y media comiendo.

– Porque tenía hambre, como ahora.

Juega con mis brazos hasta que caigo

finalmente sobre su cuerpo, me coloca bien para

que

no choque mi barriga sobre su erección, la he visto crecer poco a poco cuando he jugado sobre sus abdominales. Nos besamos dulcemente, su cara está

hinchada y temo hacerle daño, pero él se envalentona

para sacar la lengua y restregar su cara sobre la mía

haciendo el beso más profundo. Mis manos se colocan

a ambos lados de su cabeza y yo separo mi boca de la

suya bajo los impulsos de sus manos en mi trasero.

Nos reímos porque no deja de apretarme el trasero

rozando su erección con cada movimiento.

Cierro los ojos y no le tengo que imaginar

porque al abrirlos él está aquí. Sopla la saliva que ha

dejado en mis labios.

– ¿Estás enfadada?

– No – le beso para demostrárselo.

– Quería enormemente que me explicaras todo,

pero amenacé a mi hermano para que me lo contara y

lo ha hecho. Sé cuáles han sido tus intenciones y como

has luchado por nosotros; por mí, por nuestra familia.

– Lo volvería a hacer.

– Hay que tener valentía para dejarme en la cama e irte a hacer lo que hiciste. Si te encerré fue para que no me dejaras y te fueras con Rachel o tus padres. Si mi plan se hubiera hecho efectivo me habrías hecho ir a por ti de nuevo, ponerte sobre mi hombro y traerte de vuelta a casa. Lo siento por eso, no pensé en que si hubieras tenido alguna urgencia no sabrías como salir.

– Los bomberos sexys y calientes hubieran hecho su trabajo – frunce el ceño y no me devuelve

el

beso que le he dado – es broma cariño, todo está bien.

Solo necesitábamos hablar. ¿Has visto como hablando

solucionamos nuestros problemas?

– No tenemos problemas nena. Solo estaba limando nuestro final feliz, te lo he dicho ya.

– Lo sé cariño, lo sé y has hecho lo correcto. Si me lo hubieras contado todo o incluso llevado contigo...

– Jamás. Prefiero que te enfades conmigo porque te dejo que por estar a mi lado cuando no

debías. Ya no hay más problemas, desde ayer siento

como si me hubiera liberado de todo lo que me obstruía. Ahora puedo decir cien por cien que mi familia está a salvo y feliz. Ellos no son mi problema.

– Me alegro oír eso de ti – mete un mechón de pelo detrás de mí oreja – me hubiera vuelto loca si continuabas tus aventuras con ellos, por un momento

llegué a pensar que iba a vivir una vida de mentiras.

– No nena. Nunca la ibas a vivir. Lo que te digo a ti es de verdad, tal vez te he ocultado cosas para

protegerte, pero nunca con intención de hacerte daño o

de que te alejaras. Te juré amor eterno y para tu

información, antes de pisar Estados Unidos, ya éramos

marido y mujer legalmente en este país. Si te quieres

divorciar de mí vas a tener que enfrentarte al Fiscal del

Senado que tienes como cuñado.

– Eres un bobo. Ria me dijo que me llevaste a

Irlanda porque te habías casado con ella y no podías

casarte por la iglesia.

Bastian aguanta las carcajadas en la boca hasta

que estalla en risas. Aparta la cara de mi vista ahogándose y tosiendo mientras le doy pequeños golpes en la espalda o por donde puedo. Cuando el señor ve conveniente que ha parado de reírse de mí,

me mira atrayéndome de nuevo a su cuerpo.

– Qué feliz me hace saber que no te va a contar ninguna mentira más. Mi hermano me ha dicho como

tenía su habitación y cuando lo estaba haciendo, en lo

único que pensaba era en tu cara al verme por todas

partes. Yo no lo sabía.

– Imagínate mi cara cariño. Tenía hasta un gato

llamado Basty vestido con un pijama de un collage
con

tus fotos.

– ¡Qué horror! Sebas le dijo a Ryan que dejara

la habitación en blanco.

– ¿Qué?

– Ryan ha venido esta tarde preguntando por ti,

que por cierto – tapo la boca negando, como diga
algo

en contra de Ryan va a dormir en el sofá – quiere

hablar contigo sobre un tema de Rachel, me ha
dicho

que son cosas vuestras y que la habitación de Ria y

todos los complementos han volado.

– ¿Cómo estás con Sebas? No me ha mirado mucho.

– Estamos bien, no te preocupes. Hemos tenido peleas peores, golpes a puñetazo limpio y siempre hemos estado bien. Cuando le pasó lo de Jocelyn yo fui quien le abrí los ojos y le pegué animándole a que saliera de su miseria. Siempre hemos estado los unos para los otros.

– Él fue antipático conmigo hasta que le conté la verdad y cedió.

– Cuando entraste por la puerta con él os

imaginé juntos y quise matarle. No quería sus
manos o

sus palabras en mi esposa. – Atrapa uno de mis
dedos

en su boca mordiéndomelo.

– Nadie va a poner nada sobre tu esposa, solo

tú y tu cuerpo espectacular sacado de una revista
de

moda masculina.

Muerdo sus labios y se queja por la herida, le

susurro lo mucho que lo siento e intento ser más

delicada. El roce de su erección me eleva a un
mundo

desconocido donde siempre me encuentro con mi
marido esperando por mí. Me vuelca sobre el sofá
quedando recostado a mi lado, unimos nuestras
manos

y miramos el contraste de nuestros anillos. Tan mío
y
tan eterno.

Baja su cabeza para besarme cuando de
repente suena el teléfono de casa y lo ignoramos.
El

mensaje de mi voz termina pidiendo que dejen un
mensaje si no lo cogemos a tiempo y escucho un
gruñido de la garganta de mi marido.

– Nancy. ¿Dónde narices estás? Odio a

Sebastian. Le deseo una buena vida con su lindo trasero fuera de mi vista. ¿Cómo se atreve a culparme? Me da jodidamente igual, le odio y mucho.

Tú móvil está muerto, llámame cuando dejes de sobar

a Bastian, tenemos que hablar. Noche de chicas mañana sábado. Y me da igual lo que diga el que está

negándote con la cabeza. Te quiero. Adiós.

– Yo no he negado con la cabeza – Bastian se ríe porque si lo ha hecho.

– Todos nuestros amigos te conocen. Saben que me vas a prohibir salir mañana por la noche.

Se levanta del sofá arrastrándome hasta que me levanto.

– Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

Golpea mi trasero, besa mis labios y le veo caminar hacia la cocina.

CAPÍTULO 17

Arrugo mis labios cortando con alegría la camiseta de Bastian que me ha dado para que la cosiera. Dice que una esposa debe de saber coser eficazmente y como sabe que soy un cero a la izquierda en esto, me la ha dado para entretenerme mientras él no está aquí. Solo tenía descosido un hilo

en el lateral justo donde se arrancó la etiqueta, se suponía que solo tenía que hacer unos cruces que él

mismo me ha explicado, pero soy incapaz de coser algo que no sea el pavo de Acción de Gracias para que

no se escape el relleno. Le voy a decir que es moda,

que puede ponérsela con sus miles de vaqueros rotos y

que puede conjuntarla también con otra camiseta debajo para que no pase frío.

Bostezo porque son las siete de la mañana del

lunes, por lo tanto, ya se ha inventado algo para que no

vaya a trabajar tras la larga discusión que tuvimos anoche por este tema. Menos mal que pasamos el día

en Crest Hill con nuestros padres y cuando

regresamos a casa nos quedaba poca energía por las

toneladas de comida que mi madre nos obligó a comer.

Esta mañana me he despertado nerviosa porque

imaginaba que mi marido iba a desconectar el

despertador, como efectivamente ha hecho; sin

embargo, con sus besos calientes recién despierto ha

conseguido que me olvide de regañarle por ser un

entrometido. He conseguido distraerle para que
atendiera a dulce bebé, nos hemos dedicado un
buen

rato a admirar mi barriga y como mi cuerpo está
cambiando, pero cuando me ha visto levantarme se
ha
cabreado aún más.

Tiene que estar aquí antes de que nos vayamos.

Trevor no me ha informado que entrara a primera
hora

pero odio ser diferente al resto y quiero entrar a la
hora estipulada como todos mis compañeros.
Además,

el sábado teníamos que haber quedado para
almorzar

con las chicas de contabilidad Heather, Pat y sus novios; pero mi marido es un dolor en el trasero que se

niega a ir a ningún lado porque ellos cuatro son de mi

edad, por lo tanto, no lo aprueba. Miro el reloj

nuevamente rajando el último trozo de tela cuando el

móvil suena.

– ¿Sí?

– Soy yo – dice Bastian.

– ¿Bastian, qué móvil estás usando?

– El antiguo del antiguo de uno antiguo. La

descarada de mi esposa ha hecho que tenga que

usarlo

porque no me das ni un respiro mujer.

Río lanzando la camiseta a un lado del sofá y

cerrando la pequeña caja de coser que nos regalaron

en la boda.

– ¿Dónde estás?

– Tengo que esperar a las siete y media para que abran.

– ¿No puedes hacer eso cuando estés en el trabajo o luego más tarde? Yo me tengo que duchar e

irme a trabajar.

– ¡NO! No lo hagas Nancy, te prohíbo que toques tu cuerpo debajo de la ducha sin mí.

– Me tengo que lavar el pelo y secármelo, – gruñe bufando fuerte – ¿dónde estás?

– En la ciudad y congelado de frío.

– Anoche nevó un poco, ¿se puede saber porque no regresas a casa y te dejas de sorpresas?

– No.

Le cuelgo la llamada dejando el móvil sobre la mesa e ignoro que está llamándome otra vez.

Este fin de semana hemos estado muy bien, el sábado nos quedamos todo el día solos en casa

hablando más en profundidad de lo sucedido y
embobados con mi embarazo. Bastian me ha
confesado en más de una ocasión que jamás se iba
a
separar de mí o de dulce bebé, puso punto y final
definitivo a todo su pasado, y no habrá nadie que
nos
molesten, y si lo hicieran lo afrontaríamos juntos.
Al
principio pensé que era el mismo Bastian de
siempre,
pero el sábado estuvo realmente agobiante durante
todo el día y ayer en casa de mis padres no se
separaba de mí aunque las miradas de mi padre le

fulminaran. Me confirma cada diez minutos que me haga a la idea de estar los dos juntos para siempre; que

vendrá conmigo al trabajo, que yo iré con él a donde

tengamos que ir y que empiece a aceptar mi nueva vida porque no quiere volver a separarse de mí aunque

tenga que escoger entre la vida o la muerte; y él me escogería a mí.

Espero con impaciencia a mi marido que no ha parado de darme pequeñas llamadas mientras está conduciendo a juzgar por los cientos de mensajes que

lleva enviándome desde que le colgué. Frunzo el ceño

al móvil, son más de las ocho y definitivamente se las

ha arreglado para no dejarme ninguna llave de los coches que están afuera ya que el garaje está a punto

de explotar por las cosas de nuestro dulce bebé.

Descuelgo bufando la llamada entrante.

– ¡Qué!

– Habrás desayunado, ¿no?

– Sí. Me he tomado un vaso de leche y dos pasteles de mi madre.

– ¿Los de merengue? Sabes que los de

merengue tienen que ser moderados, ¿es qué no me
oyes cuando te explico lo peligrosa que es la
diabetes

en el embarazo?, ¿qué quieres, qué dulce bebé
dependa de la insulina para el resto de su vida
porque

la descuidada de su madre es una irresponsable
que no

se alimentó adecuadamente durante el periodo de
gestación?

– Te odio Bastian, te odio y mucho – me
desespera.

– Me odiarás menos cuando me veas aparecer
con tu regalo.

– Eres un bobo, ¿qué me has comprado?

– Sorpresa nena. Llegaré en cinco minutos y con suerte, no irás al trabajo.

– Bastian.

– Vale... lo deajo.

– Dame pistas mientras vienes, ¿qué es?, ¿es bonito?

– Lo es, te va a encantar. Lo vi cuando la descarada de mi esposa se atrevió a dejarme y mi objetivo era comprártelo para entonces, pero ha tenido que esperar.

– Eres insoportable.

– Un insoportable bastante sexy.

Mi marido se ríe de mí porque hace dos noches
soñé con él y en mis sueños susurraba que Bastian
era

sexy. Se estuvo riendo durante todo el día hasta
que se

enfadó de verdad ya que se dio cuenta que no
podía

controlar mis sueños; él dudaba si el Bastian con
el que

soñaba era mejor que el real. Desde entonces, no
ha

parado de decirse así mismo que es sexy, él sabe
que

lo es, pero levanta su propio ego a causa del
efecto de

mis sueños incontrolables.

– Sí, sexy y con una patada en el trasero como no vengas pronto. ¿Es algo navideño? Lo digo para mentalizarme si me has comprado algo que no puedo

mostrar públicamente. ¿O te has ido a algún sex shop

para persuadirme con tus encantos?

– ¡Mierda, tengo que volver!

– Ni se te ocurra Trumper, ya tengo suficientes disfraces, ¿cuándo te vas a disfrazar tú para mí?

– Hay interferencias cariño, te pierdo.

Bastian ha colgado la llamada, él nunca me

cuelga a no ser que decida que no debemos de hablar

porque ha hecho algo mal. Sonrío dando vueltas por la

cocina quitando cosas del desayuno y haciendo sonar

los tacones de mis botas con cada paso que doy; él las

aprueba así que hoy no tendré problemas con mi calzado. Ya ha amanecido hace un rato y parece que

el sol está empezando a calentar, estoy deseando que

sea septiembre para tener en mis brazos a dulce bebé.

Bostezo por el cansancio de haberme despertado

tan

pronto, si mi marido no hubiese apagado el despertador

me hubiera quedado un ratito más en la cama, pero no

puedo controlar a este hombre cuando se le mete algo

en la cabeza.

Oigo el motor del coche abrigándome

rápidamente, conforme me dé el regalo y le agradezca

por ello, nos vamos de aquí volando. Tengo cosas que

hacer esta mañana y Bastian tiene que aceptarlo, me

da igual lo que haga, le he mandado a su trabajo desde

que regresamos de la luna de miel pero es tan

testarudo que no quiere ir a ningún lado sin mí.

Según

él soy su eterno entretenimiento hasta que dejemos de

respirar.

Le cuesta abrir la puerta con una mano porque

sujeta una caja negra que no es pequeña. Doy unos

pasos hacia él pero consigue cerrar con un pie y

avanzar hacia mí con el ceño fruncido, gruñéndome y

apartando la caja a un lado para verme mejor.

– No me lo digas, – levanto una mano – no

apruebas mi vestido de lana. Este que me llega por las

rodillas y que está por encima de un jersey que me

tapa hasta la garganta. ¡Ah! Y que lo único que se me

ve es mi cara.

– Si sabes que no lo apruebo, ¿para qué te lo

pones entonces? Te he dejado en tú habitación la ropa

que quería que llevaras hoy.

– ¿Un chándal y deportivas?

– Es cómodo y estás embarazada.

– Dame mi regalo y llévame al trabajo como

hacen los buenos maridos en un lunes por la mañana.

Alzo las manos para que me de mi regalo pero el muy listo se aleja un paso hacia atrás, sigue con el ceño fruncido, negando con la cabeza y enfadado.

– Cámbiate de ropa y sé una buena esposa.

¿Has visto tus tetas? Se te marcan demasiado, ¿qué clase de demente eres?, ¿qué quieres conseguir con salir así vestida a la calle?

– Bastian, – se ríe porque le increpo enfadada con las manos en mi cintura, me abrocho el abrigo dejando que vea claramente que me voy a poner

esta

ropa – dame mi regalo.

– No, – se ríe – cámbiate de ropa y no te aproveches de mí porque tenga las manos ocupadas.

– La caja es grande, – muerdo mi labio curiosa por saber que hay dentro – venga dámelo que tengo que ir a la oficina.

– ¿Por qué no empezamos antes con la celebración sexual propia de un agradecimiento digno y dejamos la oficina para mañana?

– Porque te conozco y mañana vendrás con otra

excusa. Dame mi regalo.

– Solo si me prometes que en tu gran corazón vas a quererme a mí más que a nadie en el mundo y que dividirás ese amor en nueve partes más para todos nuestros hijos.

– Claro sí, ¿por qué no? – Su cara cambia a esperanzado y caigo en la trampa – eh, no a los nueve

hijos y no a una décima parte. Mi corazón no se puede dividir más.

– Sí que se puede dividir, no sé si darte el regalo porque no me vas a querer nunca más.

– Bastian, te voy a querer mucho y lo haré mucho, mucho, mucho más si me das la caja ahora, veo mi regalo y me llevas a trabajar. Claro, si no quieres que monte una escena llamando a un taxi, a Ryan de sus vacaciones o a quien sea para decirles que me niegas el derecho a mi libertad.

– Llama, – alza las cejas encarándome y retándome. Le entrecierro los ojos y estalla en risas –

está bien, te voy a dar tu regalo pero si veo que no me

gusta, lo devuelvo.

– ¡Y una mierda!

– ¡Habla bien maleducada!

– Es mí regalo y si me lo das es para siempre.

¿Vas a dármelo?

Mi marido duda avanzando hacia mí, estira sus brazos para darme la caja pero algo le pasa por su mente que no lo hace. Me indica con la cabeza que retroceda hasta la isla y deja la caja sobre ella descansando sus brazos por un momento. Yo me acerco ilusionada con mis manos en alto para levantar la tapa pero me golpea suavemente para que no la toque.

– No seas impaciente Señora Trumper.

Vuelve a sujetar la caja bajándola hasta mi altura y finalmente esbozo una sonrisa, soy muy curiosa cuando Bastian le ha puesto tanto empeño en recoger mi regalo a primera hora de la mañana. Por fin me da una señal para destaparla y lo hago con el corazón palpitando, abro la tapadera con mucho cuidado para encontrarme a un lindo, pequeño, arrugado y hermoso cachorro. ¡Un perro, Bastian me ha regalado un perrito! Le miro emocionada con mis ojos llorosos y no dudo en coger al pequeño cachorro

que dormita plácidamente. Al tenerle en el aire se despierta, sus ojitos se abren y estira las patas cuando

lo sujeto entre mis brazos.

– Oh Bastian, oh, oh, oh.

– No te dejes engañar por su cara, el muy rebelde se ha salido de la caja y se ha meado en mi

tapicería de cuero.

– ¿Es para mí?, ¿de verdad vamos a tener un perro?

Le dejo con la palabra en la boca para ir al sofá donde me siento ya que el cachorro se ha despertado y

se mueve entre mis brazos, lo pongo sobre mis
piernas

e investiga todos los nuevos olores olfateándolo
todo y

caminando a través del sofá. Puedo ver que es de
color blanco y tiene machas negras, pero es tan

chiquito para que se haya formado su lindo cuerpo
que

tendremos que esperar. Le atrapo para abrazarlo
junto

a mí y besarle; oh, le amo tanto y él aún no sabe si
me

va a querer o no. ¿Es él o ella? Quiero mirarle
pero

Bastian me lo quita para fruncirme el ceño.

– Te estoy hablando Nancy, te decía que es un dalmata.

– Lo siento mi amor – me levanto para besarle en los labios.

– ¿Has besado al perro antes que a mí? – Está enfadado y el cachorro se mueve en sus brazos impaciente por salir corriendo a jugar.

– No grites fuerte, puedes asustarle. Dámelo.

– Te he advertido que si lo vas a querer más que a mí voy a...

– Es mi tierno cachorrito. Y tú eres mi marido y te quiero por encima de mi amor por el perro, – le digo

eso para tranquilizarle y se relaja bajando los
hombros

– solo el amor de un hijo podrá igualar al amor
inmenso

que siento hacia ti.

Me analiza valorando mis palabras y parece que

cede besándome de nuevo tas haberle puesto

pucheritos. El cachorro salta de sus brazos

rápidamente y lo primero que hace cuando toca el

suelo es orinarse. Nos reímos por la escena

robándonos más besos cuando empiezo a perseguir
al

perro que corre más que yo, veo a Bastian
apoyado

sobre el sofá con los brazos cruzados y mirando como

su mujer va detrás de un animal que huye lejos de mí.

Dejo que el cachorro investigue la casa para acercarme a mi marido y plantarle otro beso bastante

largo en la boca, coloca sus manos sobre mi cintura

restregándome contra él como suele hacerlo.

– ¿Te ha gustado?

– Más que eso, lo he amado mucho.

– Nació en diciembre, lo vi en un escaparate de una tienda que cerré porque no me gustaba y...

– Bastian, ¿cerraste una tienda?

– Sí, estaba en mi Avenida y yo decido lo que

hay. Así que trasladé a los animales al zoológico y a

este pequeño bastardo lo envié a una perrera, hablé

con el dueño y lo acogió hasta que fuera a por él.

– ¿Por qué no lo has tenido tú?

– Porque cuando te perdí pensé que la vida no

merecía la pena, nada merecía la pena si no lo

disfrutaba contigo. La semana pasada lo llamé y le dije

que iría hoy a por el perro. No se esperaba que fuera

tan temprano y he tenido que esperarle.

– Bastian, – subo mis brazos por su cuello y lo atraigo – adoro, no, amo a los cachorros, quiero tener

cientos de ellos.

– No tendremos cien más, pero te bastará con uno.

– Te acordaste de la película.

– Sí, sé cómo sufrías cuando secuestraban a los cachorros.

– Eres el mejor marido del mundo Bastian, te quiero, te quiero y te quiero.

Le beso envolviendo nuestros aromas de

perfumes que se evaporan en todo su esplendor a primera hora de la mañana. Escuchamos un ruido fuerte en la sala de juegos y el ladrido del perro. Los

dos corremos a la habitación para encontrarnos con

que ha roto la caja donde están guardadas las bolas de

billar, las dejamos en una silla porque anoche estuvimos

jugando, o eso intentábamos hacer mientras nos

metíamos mano. Me acerco para cogerle en brazos y

que sienta que le quiero mucho. Bastian, para no variar, está muy enfadado.

– Nancy, hay que regañarle cuando haga algo mal. No puede hacer lo que le dé la gana.

– Solo tiene dos meses, es muy pequeño y está asustado – le aparto de su vista e intento besar a mi

perro que no se deja porque quiere saltar al suelo de

nuevo.

– ¿Por qué presiento que el perro nos va a dar problemas?

Logra saltar de mis brazos yendo a parar sobre la mesa de billar. El perro no deja de mover el rabo y

olfatear todo a su paso, incluso le hago sonidos y

muecas para que venga a mí mientras Bastian recoge

lo que ha tirado al suelo. El animal se agacha para mearse en la mesa dejando una mancha de líquido sobre el verde y yo dejo escapar una carcajada distrayendo a mi marido, acercándome a él y besándole una vez más.

– Te amo mucho Bastian. Es el mejor regalo que podías hacerme después de que creásemos a dulce bebé con mucho amor.

Bastian me ignora porque estira el brazo ya que ha debido de ver que el perro estaba intentando saltar

al suelo desde mi cabeza. Otra vez que salta al suelo,

decide ignorarnos a los dos y salir de la habitación.

– Creo que me estoy arrepintiendo. De todas formas, para cuando nazca dulce bebé estará educado

y no hay discusión al respecto. Si no podemos tenerlo

porque no sabe estar en familia, lo daremos en adopción.

– Por supuesto, cariño – le dejaré que viva con esa ilusión, él no sabe que acaba de darme a otro pequeño hijo que voy a criar junto con dulce bebé.

– Te hablo en serio nena, el perro se va si no es educado. ¿Entendido?

– Sí, mi amor – le beso y se levanta con las bolas de billar que deja sobre la mesa, veo que ha visto

lo mismo que yo – vamos a dejar que marque la casa

como suya, ahora él también va a protegernos y tendrá

que marcar territorio.

Gruñe elevándome en el aire y no dudo en

rodear mis piernas alrededor de su cintura. Le beso

con pasión hasta que otro ruido dentro de la casa nos

distrae, el perro tiene unos ladridos muy agudos y suenan muy lindos.

– Sí. Definitivamente me he arrepentido.

Muerde mi labio bajándome de nuevo al suelo y salimos de la habitación para investigar a ver que hazaña ha hecho ahora nuestra pequeña personita.

Bastian puede amenazarme con lo que quiera, pero no

pienso dejar que separe a esta familia que va a ir creciendo poco a poco.

– Ahora solo queda verte la cara a ti, dulce

bebé – acaricio mi barriga suavemente viendo como el

perro huye de Bastian que le está gritando por haber

tirado las fotos que teníamos en el mueble.

Estamos sentados en el despacho de Trevor antes de que vaya al mío y empezar a trabajar, le contamos las últimas novedades mientras yo me como

una magdalena baja en azúcares que me ha comprado

Bastian. Mi amigo reacciona con continuas risas por

cómo está mi marido presentando a mi cachorro.

– ¿Y dónde lo habéis dejado? – Trevor se está

riendo.

– En la casa de Ryan – dice Bastian orgulloso.

Nos ha durado el cachorro lo mismo que nos
dura el enfado en una discusión a primera hora de
la

mañana. He estado de acuerdo con mi marido en
dejar

al cachorro con Ryan cuando estamos fuera aunque
ahora mismo él esté en sus vacaciones, era eso o

quedarse solo durante todo el día hasta que
llegáramos

a casa; no sé si Bastian me ha convencido o no
pero

prefiero que esté con alguien que asustado

esperándonos en casa.

– ¿Cómo vais a llamarle? – Le entrecierro los

ojos porque acabamos de discutir delante de él por el

mismo tema.

–

Perro

–

Bastian

sube

un

hombro

despreocupadamente.

– ¡No, no se va a llamar perro! Le pondremos un nombre, nos decidiremos por uno.

– Vamos, Perro es un nombre muy bonito, –

Trevor se ríe a carcajadas, su secretaria nos interrumpe para darle una carpeta y recordarle una reunión en el juzgado. Se levanta volviendo la vista a

nosotros – bueno, tengo que irme, no todos tenemos un

imperio millonario.

– ¡Eh! – Bastian se queja – por cierto, búscate

a otra porque mi mujer ya no va a trabajar aquí nunca

más.

– ¿Otra vez?

Arrastro la silla enfadada ya que mi marido es un ser muy, pero que muy pesado. Me despido de

Trevor con Bastian pisándome los talones, bajo por las

escaleras cuando de repente siento sus brazos rodear

mi cuerpo y me eleva en el aire. Aparezco en mi

departamento cargada sobre los brazos de mi marido,

recibiendo el saludo de Pat e introduciéndonos en mi

despacho sin más conversación.

Una vez que toco suelo le empujo levemente.

– Nena, esta oficina no es segura, – se da una
vuelta tocándolo todo y le ignoro colgando el
abrigo –

debes de odiar tu vida perfecta para suicidarte en
este

despacho.

Giro mi cabeza intentando que capte mi enfado
que crece por momentos, mi marido se ha sentado
en

mi silla y tiene los pies cruzados sobre la mesa.
Subo

una de mis cejas y pongo mis manos en la cintura,
intento respirar profundamente.

– Cariño, ¿no tienes que trabajar?

– La verdad es que no. Iremos a mi oficina

cuando termines de jugar a lo que sea que haces aquí.

– Bastian, lo digo en serio, vete a tú trabajo.

Recógeme a la hora del almuerzo.

– Yo también hablo muy en serio.

– ¿Vas a quedarte toda la vida pegado a mí? En

algún momento tendrás que ir al baño o surgirá alguna

urgencia extrema que te haga salir corriendo.

– Si sucede no me olvidaré de agarrarte bien

fuerte y llevarte conmigo, – abre el cajón y me frunce

el ceño – ¿chocolatinas?

Saca un puñado de diversas chokolatinas que tenía guardadas, las he echado tanto de menos que me

las voy a comer una tras otra. Hay dos de mis favoritas y ya estoy babeando por ellas.

– De mi cumpleaños – muestro mi sonrisa cogiendo una pero golpea mi mano.

– ¡Eres una irresponsable! No vas a mandarle a dulce bebé una diabetes por tu insensatez.

– Bastian, ¡fuera de mi despacho!

– No. No lo haré – responde tranquilamente.

– Me estás agobiando. ¿Vas a estar pegado a mí hasta el día que me muera?

– Exacto. Creo que mi bella esposa está

captando mi mensaje, – se levanta para rozar con su

nariz mi cara y darme un beso en los labios – podemos

tener un poco de sexo pervertido en la oficina.

Ruedo los ojos apartándome de él. Los ruedo

porque no sé cómo voy a librarme de este problema.

Le entretengo pidiéndole que se vaya a comprobar al

perro pero no quiere, le mando a comprarme tonterías

para que me deje pero lo único que obtengo es un no

por respuesta, también le he persuadido
demostrándole

que vamos a tener mucho sexo pervertido si me

permite trabajar a gusto. Pero no le ha parecido
nada

bien. Todo le molesta y tengo su cabeza al lado de
la

mía mientras escribo un mail; tengo unas cuentas
muy

importantes que mandar y ya me he equivocado en
dos

gráficos por culpa de mi marido, que cada vez que
le

miro, me regala una sonrisa.

Más tarde, apago el ordenador porque la hora

del almuerzo se acerca. Está concentrado en un informe que he trucado para que me ayude y así hacer

que no hablara más sobre lo cruel que soy al vestirme

de este modo; porque tras haberme quitado el abrigo,

la figura de mis pechos y mi barriga se notan más y él

no está de acuerdo.

Estoy sonriendo porque callado está mucho más

guapo, mi marido se da cuenta que estoy embobada

mirándole y choca sus ojos con los míos; me devuelve

la sonrisa en respuesta y lanza el informe sobre la

mesa.

– Estás tan guapo cuando no hablas.

– ¿Por qué me odias? – Me frunce el ceño – te

amo y te amaré para el resto de nuestras vidas,
pero,

¿por qué ese continuo rechazo hacia tu marido? Si
me

quisieras tanto como yo lo hago...

Abro la boca indignada y le lanzo un bolígrafo

que se estrella contra su jersey. Rodeo la mesa
hasta

llegar a mi marido y me siento sobre él, me recibe
con

encanto mientras yo juego a esquivarle cuando
intenta

besarme por el cuello. Estoy enfadada, quiero decirle

tantas cosas... pero principalmente quiero hacerle

entender que el estar separados en el trabajo significa

que no vamos a dejar de amarnos.

– ¿Qué voy a hacer contigo Bastian? No

puedes obligarnos a estar juntos todo el día.

– Sí puedo – me sonrío feliz.

– ¿Por qué no vas a trabajar después del

almuerzo? Yo quiero terminar aquí, tengo que firmar un

informe muy importante y Heather me lo tiene que redactar.

– No la esperes, – me frunce el ceño – ¿no has
tenido suficiente con entrar y salir del despacho
contoneando tu cuerpo y excitándome, que ahora
me
pides que me vaya a trabajar después de almorzar
porque tienes que esperar un insignificante
informe?

– Bastian – le vuelvo a regañar como llevo
haciéndolo toda la mañana.

– Eres multimillonaria Señora Trumper, si ahora
muero te quedas con todo un patrimonio que
desearías
no haberlo tenido. No compliques más las cosas,
trabaja un rato o lo que sea que te divierta y vente

a la

oficina conmigo. Estoy muy dolido porque no
quieras

trabajar allí.

– Mira, estoy cansada de tus... – me muerde la
mandíbula distrayéndome de nuevo – ¿si trabajo
para ti

me dejarás sola?

– Nena, no has entendido. Ya no trabajarás. Vas
a ser madre y tu deber es estar en casa cuidando de
dulce bebé y perro.

– ¿Qué? – Abro la boca – eres un machista de
mierda Bastian.

– ¿Puedes no insultarme más?, ¿por qué detestas que te desee el bien?

– ¿Desearme el bien?

Suspiro porque se queda con la palabra que le ha dado la gana. La cara de mi marido es la misma que cuando le conocí, solo que ahora sé que cuando

arruga su ceño es porque no aprueba nada que le guste, que suele ser todo el tiempo. Sus facciones son

tremendamente hermosas, cuadradas, definidas y ardientes cuando mueve la mandíbula porque está a

punto de gritar a quien quiera que sea. Acaricio el

rostro que me ha enamorado y niego con la cabeza.

Mete sus manos por debajo de mi vestido con una sonrisa dibujada en su cara por el tacto que está ejerciendo sobre mi barriga.

– Dulce bebé está creciendo.

– Sí – ¿por qué se pone tan tierno cuando quiero estar enfadada con él? – ¿qué harás cuando nazca?

No podrás dividirme entre el trabajo y nosotros.

– Trabajaré en casa y vosotros no saldréis de ella.

– ¿Ah no? En algún momento tendrás que trabajar, dejarnos a solas... y yo tendré que volver al

trabajo cuando el bebé vaya a la guardería o...

– ¿Volver al trabajo? Nena, olvídate de trabajar.

No lo harás nunca más. Vamos a ser padres y tú
única

prioridad debe de ser tu familia.

– No me gusta lo que me estás diciendo –

frunzo el ceño porque creo que lo dice en serio,
no, lo

afirmo, lo está diciendo en serio.

Se libra de una buena bronca porque su móvil
suena, sube el volumen de la llamada una vez que
descuelga y se oye a su madre nombrándole.

– ¿Qué quieres madre?

– ¿Otro número?

– Sí, otro número y otro móvil. ¿Qué quieres?

– ¿Y mi nuera y mi nieto?

– Tu nuera está encima de mí y la descarada me está metiendo mano – le golpeo en el brazo, me tiene cansada hoy y no ha pasado ni medio día.

– No le hagas caso Margaret, no me deja trabajar. Ven y llévatelo.

– Bastian, ¿no le dejas trabajar?, ¿qué clase de marido eres? Vete a tu oficina a trabajar.

Le hago burla a Bastian que niega con la cabeza como si las órdenes de su madre se fueran a un charco

sin agua.

– Por tercera vez, ¿qué quieres madre?

– ¿Está Nancy contigo?

– ¿No la has escuchado?

– ¿Me oye? – Bastian rueda los ojos y es el hombre más sexy del planeta.

– Sí, te oye madre.

– No os olvidéis de la fiesta el sábado.

– Madre, ¿cómo vamos a olvidarnos si ayer no dejaste de repetirlo en Crest Hill?

– Porque quería que Nadine me apoyara, ellos no vendrán pero vosotros sí. ¿Cómo está tu abuela

Nancy? Ahora llamaré a tu madre.

– Está mucho mejor. Me ha telefonado hace un rato y el fin de semana se van para el pueblo a verla, solo es un constipado.

– Espero que se mejore. Bueno, tengo que dar con Sebastian, ¿por qué no me coje el teléfono?

Bastian y yo nos reímos, guardamos el secreto a todo el mundo sobre la relación que tiene a escondidas

con Rachel. Y dada las últimas informaciones por parte de mi mejor amiga, ha habido sexo este fin de

semana pero cada uno se ha ido a su casa; así que

hemos quedado para que me dé otro parte. Este sábado conseguí que Ryan me chivara algo de mi cuñado entrando en la tienda de Rachel en más de una

ocasión. Mi marido me ha prohibido que me entrometa

pero yo estoy deseando que lo hagan oficial para poder

gritar a todo el mundo que están juntos.

– Estará en Nueva York – la despista Bastian.

– ¿Y qué? Siempre me coje el teléfono. Bueno,

os dejo que tengo muchas cosas que hacer. No os

olvidéis, no hagáis planes para el sábado.

– Madre, lo has repetido como doce millones de

veces.

– Adiós Margaret.

Una vez que ha colgado decido levantarme pero el empuje directo de mi marido me lo impide. Nuestro

movimiento hace que me recueste sobre él y que al mismo tiempo la silla suene por nuestro peso, o como

dice Bastian, por lo malas que son como todos los muebles de mi despacho y de la empresa de Trevor.

Besa mi cabeza subiendo lentamente sus manos para dejarlas descaradamente sobre mis pechos. Los

aprieta bien fuerte bajo mis risas, tengo la sensación de

que alguien puede tocar a la puerta pero tras la última

advertencia de Bastian a las chicas no creo que entren

más. Coloco mis manos sobre las suyas, la verdad es

que tiene razón y mis pechos han crecido, con ellos mi

barriga y el resto de mi cuerpo.

Pongo punto y aparte a mi pequeño enfado con

Bastian dejándome masajear por mi marido. No sé

cómo lo hace pero me relajo aunque esté presionando

mis pechos, ahora mismo me arrepiento de no haberme

puesto una camisa ligera para sentir más intensamente

sus manos que aprietan con picardía.

– Y te atreves a salir así a la calle, ¿cómo osas?

– Susurra besándome la cara, me he estirado un poco

más hasta apoyar mi cabeza sobre su hombro.

– Recuerda que solo tú conoces lo que hay debajo del vestido.

– Eso es verdad. ¿Has terminado ya?

– Sí, tengo mucha hambre. Después del almuerzo tengo que volver. Y es en serio.

– Lo sé. Te escucho. A diferencia de ti – no afloja su agarre contra mis pechos pero yo le pellizco.

– Bastian, espero que no estés hablando en serio con lo de no trabajar.

– Intento ser flexible nena. Vamos a discutir eso largo y tendido.

– No hay nada que discutir. El ser madre no quiere decir que tenga que estar toda mi vida encerrada.

– ¿Por qué no? – Ladeo mi cabeza para retarle.

Se ve divertido, por lo tanto, es una verdad muy directa

que intenta maquillar con una sonrisa.

– Tampoco vas a venir todos los días a mi trabajo. Y más haciendo lo que haces.

– ¿Y qué hago? – Frunce el ceño.

– Te quejas por todo. Porque no me siento bien, porque no me levanto lo suficiente, porque no tengo

que llamar por teléfono, porque entro o salgo, porque

como... porque para ti todo lo hago mal.

– Eso no es verdad. Te ayudo a que no te duela la espalda aconsejándote como sentarte, o guiarte desde mi sabiduría que no tienes por qué llamar a los

números con letra pequeña de los informes. ¡Qué
llamen ellos! Y lo de entrar y salir, eres una
provocadora, deja de contonear tu cuerpo ardiente
delante de un hombre hambriento de tu piel.

– Oh Dios – susurro.

Es imposible. Mi marido es un caso aparte.

Viene de otro planeta. Quiero creer que es una
especie

única. Un neandertal creado por inyecciones que
ha

nacido de un huevo. Aunque mis esperanzas
mueren

cuando me acuerdo de su padre y sus hermanos y
pienso que hay multiplicaciones tuyas, pero ¿por

qué

me habrá tenido que tocar al peor? Al menos su hermano Sebastian es más risueño y Sebas, bueno, Sebas es como Bastian un escalón por debajo. Menos

mal que no tiene más hermanos.

Después del intenso masaje sobre mis pechos y mi repentino deseo sexual multiplicado, besa mi cara

rodeándome fuertemente mi cuerpo en un tierno abrazo. Cierro los ojos por un momento dejándome

llevar y cuando los abro me doy cuenta que el azul de

sus ojos me está analizando.

– Moriré Nancy. Si quieres separarte de mí para ir a trabajar, moriré. No encuentro las fuerzas suficientes para mentalizarme, no las encontraré para

dejarte en una oficina. Sin mí.

– Mi amor. El trabajar es algo culto, piensa que lo hago para estar a tu altura. Me he casado con un hombre inteligente y quiero progresar.

– Quieres hacerlo para alejarte de mí. No quieres estar contigo.

– Eso es una historia sin final feliz que te has inventado dentro de tu cabeza. Porque vaya a

trabajar

no quiere decir que no te quiera o que no vaya a ser

una buena madre. Quiero seguir aprendiendo, seguir

estudiando y trabajar. Te guste o no, tienes que ir empezando a aceptarlo. Cuando se reincorpore la contable de esta empresa yo habré terminado aquí mi

labor. Me dedicaré a mi embarazo y cuando vea conveniente, quiero retomar mi vida, – abre los ojos

asustados – mi vida junto a vosotros, a dulce bebé y a

ti. Quiero que tú vayas a trabajar, que tengas tu

espacio, que podamos ir a verte al despacho o que compartamos uno si te ves tan necesitado.

– Me veo necesitado. Quiero que trabajes en mi despacho – sonrío orgulloso.

– A la larga se va a complicar. Nos cansaremos de vernos las caras y piensa en esto, ¿quién va a ocuparse de nuestros nueve hijos? Tendremos que organizarnos.

– El despacho del Chase es grande.

Montaremos una guardería cuando papá y mamá estén

trabajando. Fin de la historia.

Besa mis labios empujándome fuera de sus

piernas. Al ponerse de pie se le dobla una de sus
piernas. ¡Oh Dios mío! ¿Tanto peso ya? No estoy
preparada para dejar de hacer tantas cosas cuando
me

convierta en una gran bola preparada para rodar
cuesta abajo, pero sin cuesta de por medio.
Bastian se

da cuenta de mi cara de preocupación y se ríe
mientras va a por mí abrigo y me ayuda a
ponérmelo,

cuando lo hace y besa mis labios, entrelaza sus
dedos

con los míos

– Espera, tengo que apagar la pantalla del

ordenador.

– No tardaremos en volver y así no te distraes mientras hablo contigo por teléfono.

Las arrugas de su cara aparecen al regalarme una sonrisa y la esperanza de que por fin hayamos llegado a un entendimiento. El que me deje trabajar a

solas es un gran paso, un gran paso para ambos y no

voy a desperdiciar la oportunidad de demostrárselo a

mi marido en cuanto alimento a dulce bebé.

Un par de horas después, cuando creía que todo iba viento en popa, tengo que seguir escuchando a

mi

marido al otro lado de la llamada. Bufo por la desesperación, hoy va a conseguir que me agote antes de lo que quería.

– ¡No! Y no me valen tus excusas. No pongas a prueba mi generosidad, Nancy. La próxima vez no seré tan flexible en decisiones que tome bajo tú coacción.

Aprieto mis labios para que no se me escape la risa que estoy conteniendo.

– Lo siento cariño, te prometo que la próxima vez que salga del despacho cogeré el móvil aunque

tenga las manos ocupadas y no tenga donde meterlo

porque el vestido, para ti lencería, es demasiado

ajustado para llevar bolsillos, – le repito lo mismo como

si fuera una niña pequeña – te quiero mi amor.

– Yo también te quiero, y también en mi pronta

muerte como mi esposa siga matándome de un infarto.

– Te amo mi vida, te amo mucho, – gruñe – te

prometo que te compensaré este pequeño error que he

cometido, te haré lo mismo que hemos hecho en el

baño de ese lujoso restaurante donde me has llevado a

almorzar.

– Bueno, – vuelve a gruñir – te perdono, pero que no vuelva a suceder.

– Te amo mi vida, te amo mucho.

– Yo también. Cuelgo, en cinco minutos te llamo de nuevo y espero que tengas el teléfono a tu lado si

no quieres que queme el edificio.

– Te lo prometo mi vida.

Nos quedamos en silencio pensando en quién de los dos debería colgar antes, me atrevo a hacerlo yo y cerrando un ojo por si la he fastidiado y me llama

ahora con otro sermón sobre quién debe de hacerlo antes. Observo el móvil que descansa plácidamente

sobre mi mesa y sonrío. Menos mal, le he colgado dudando y me he librado.

A Bastian le está costando separarnos, esta tarde lo hemos hecho por primera vez y aunque se encuentre a dos calles más arriba en su oficina, quiere

tenerme controlada todo el tiempo y eso no puede ser.

Voy a darle el tiempo que necesite para que asimile

que tenemos que estar separados, al menos unas

cuantas horas en el día mientras trabajamos.

Heather y Pat se meten en mi despacho y nos pasamos casi toda la tarde hablando de nuestras cosas.

Ellas son jóvenes como yo y puedo entender los celos

excesivos de mi marido por sus novios, pero lo que no

entiende mi neandertal es que yo no le cambio por nadie en el mundo, sea de mi edad o no. Puesto que no

nos hemos decidido a trabajar mucho, tras acabar nuestros informes se vuelven a sus mesas y yo termino

unos gráficos que quiero dejar terminados. No sé

cuándo voy a volver a trabajar sola, conociendo a

Bastian, mañana lo tengo aquí a primera hora ya que

hoy solo ha cedido a dejarme trabajar por la tarde y me

ha recalado que solo serán unas horas.

Concentrada en mi trabajo, cuelgo la llamada de

Bastian que me ha vuelto a hacer. Ha sido mucho más

suave cuando no ha criticado a sus empleados, pero

sigue teniendo los nervios a flor de piel y mi deber

como esposa es hacer que se relaje cuando lleguemos

a casa. Pensando en el sexo pervertido con mi

esposo,

me distraen los golpes de la puerta y la cabeza de Pat

asomada.

– Nancy, preguntan por ti.

– ¿Quién?

– La Señora Montgomery – arrugo la cara intentando recordar ese apellido.

– ¿Quién es?

– No lo sé, ha preguntado por la Señora Trumper.

– Está bien, hazla pasar y vete ya de aquí.

– No termino hasta dentro de media hora.

– Vete cielo. Mañana será otro día, además,

Trevor no está y no se enterará.

– Gracias Nancy – entorna la puerta con una sonrisa y hace una señal a alguien.

¿La Señora Montgomery? No conozco a

ninguna Señora Montgomery, suelo recordar el nombre

de las mujeres de los amigos de Bastian, bueno, suelo

recordar cada mujer que tenga algún contacto con mi

marido. Soy un poco Trumper en ese aspecto, pero

nunca se enterará Bastian o empezaremos a discutir

de nuevo.

– ¿Señora Trumper? – Asiento cuando una cabeza rubia asoma por la puerta – ¿Nancy Trumper?

– Sí, soy yo, adelante.

– Gracias, disculpe.

La mujer entra cargada con carpetas, tubos, su gran bolso, las llaves de un coche y el abrigo que cuelga de su brazo. La veo apurada entrando por la puerta y me levanto.

– ¿Le ayudo?

– No, puedo sola.

Se ríe cuando deja todo sobre una de las dos

sillas que tengo frente a mi mesa. Arrastro mi silla para abrir la persiana y que entre claridad cuando por

fin me estira la mano con una sonrisa. Es alta, sofisticada y muy guapa.

– Hola – susurro extrañada, ella está tomando aliento.

– Hola Señora Trumper, soy la Señora Montgomery, pero puedes llamarme Greta.

– Encantada Greta.

– Bien. Comencemos, tengo a mano unos planos que me gustaría que viera, aunque también dispongo de las fotos con un DVD que deben de

estar

por aquí. Estos son los nuevos que nos han llegado esta

misma mañana y... – deajo de escucharla cuando abre

una de sus carpetas y empieza a mirar entre sus papeles.

– Disculpe Señora Montgomery.

– Greta, puedes llamarme Greta.

– Greta, – señalo a sus cosas – ¿qué es todo

esto? Este es el departamento de contabilidad, le han

debido de informar mal.

– No. Usted es la Señora Trumper, ¿cierto?

– Sí y soy la contable jefe. No tengo conocimientos de planos o de arquitectura.

– Oh querida, no. Vengo por su marido.

– ¿Mi marido?

– Sí. Quiero decir, mi marido me ha llamado a última hora y aquí estoy, – miro el móvil y luego a ella

– ¿no sabe quién soy?, ¿no le ha informado su marido?

Creo que acabo de meter la pata si esto era una sorpresa, aunque mi marido me ha dicho que venga urgentemente.

– Estoy de acuerdo contigo Greta. ¿A qué es

debida su visita?

– Trabajo en Montgomery Home, – sigo

impasible – una de las más prestigiosas
inmobiliarias

del país.

– ¿Inmobiliarias?

– Sí, mi marido me ha llamado a última hora
para que venga a concretar contigo las casas.

Pues yo voy a matar a mi marido en cuanto lo
vea, sí, también a última hora en cuanto lo llame y
le

diga que arrastre su culo apretado y firme hasta mi
oficina para que me explique que hace una mujer
de la

inmobiliaria aquí.

– Ems, debe de ser una sorpresa. ¿Qué quería mi marido?

– Solo he hablado con el mío, se supone que él se encarga de este tipo de reuniones y más con los requisitos que se solicitan. Me acuerdo de haber metido los... – vuelve a buscar en la carpeta dejando

de hablar porque está rebuscando entre sus cosas, la

nota acelerada.

– ¿Qué requisitos? – Me relajó porque sé de qué va todo esto. Bastian ha mandado a una mujer

porque no sería capaz de mandarme a un hombre incluso si es para hacer su trabajo.

– De doce a quince habitaciones. Tenemos una casa que...

– ¿Perdón?

– Mis excusas Señora Trumper. Estoy un poco nerviosa, en realidad solo he tenido unos minutos para prepararme la cita.

– Greta, puedes llamarme Nancy y la cita está bien. Es mi marido quién me ha querido dar una sorpresa y estoy un poco despistada. ¿A qué te refieres con las habitaciones? Cuéntamelo todo

con

pelos y señales para después hacerme la sorprendida

cuando vea a mi marido.

– Te cuento entonces, mi marido me ha dicho

que tenemos un cliente que no podemos perder porque

es un hombre muy importante. Estaba tomando un té

con mis amigas cuando he recibido la llamada, me ha

contado todo mientras iba del coche a la oficina a por

los planos que tenemos allí. Aquí tengo la nota, – la lee

– el cliente quiere un mínimo de doce habitaciones,

suficientes baños, zona de juegos para los niños, un

parque infantil en el jardín, pista de tenis y de pádel,

una pista de baloncesto, una sala de juegos con bolera,

sala de cine, piscina climatizada y al aire libre con una

casa de la piscina adjunta, otra pequeña casa para los

invitados, una caseta grande para el perro en el jardín

de más de cinco hectáreas, alguna fuente con opción a

no tenerla y que elija la señora de la casa, una
cochera

con diez plazas de coches y algunos otros aspectos
que

la señora de la casa deberá elegir a su gusto.

Cierro los ojos inhalando aire. Bastian quiere

que nos mudemos, ¿por qué? Anoche hablamos de
que

íbamos a hacerle una habitación a dulce bebé
cuando

nos organicemos y tengamos ganas. No sé si
podemos

enfrentarnos ahora a una mudanza con una casa de
doce habitaciones, él está loco si piensa que voy a
tener ocho o nueve hijos. Quiere que vivamos

rodeados de un lujo al que no estoy acostumbrada
y

me asusta hacerlo en un lugar tan grande y nos

perdamos cada vez que queramos encontrarnos.

¿Qué

va a ser de nosotros cuando nos enfademos y

huyamos? No podré encontrar a Bastian ni dejar
que él

lo haga si me pierdo en mi propia casa.

– Oh, esos son requisitos – contesto porque la
pobre mujer no deja de sonreírme.

– Tengo infinidad de puntos que comentarle,

¿está preparada? Porque uno de los promotores
más

prestigiosos del país acaba de entregarnos una mansión

de ochenta millones de dólares, nada más y nada menos.

– ¿Ochenta? – Creo que acabo de orinarme por la flojera de mis piernas.

– Sí, su marido le ha comentado al mío que no hablemos de precios, pero supongo que me he excedido en decírselo porque en nuestro mundo hablamos de dinero y cuanto más sea, más lujosa es la casa.

– Ah, supongo. Por esa cantidad de dinero

deberá de haber diamantes dentro.

– Casi, – me sonrío – el baño de la habitación

principal es de oro de setenta quilates y los grifos están

fabricados con los diamantes más exclusivos del mundo traídos desde Europa Central.

– ¡Oh!

– Tiene catorce habitaciones, un lobby con

suelos de mármol que brillarán hasta dentro de

cuarenta años que es cuando se cumple el final de la

garantía. Dos escaleras se cruzan llevándote a la

primera planta, y otras cuatro se dividen en la primera

planta para llevarte a la segunda y en la segunda se
dividen para llevarte a la tercera y en la...

– He captado las escaleras.

–

Imagine

el

techo

Señora

Trumper,

infinitamente grande, me he olvidado de las
medidas

pero déjame que se las encuentre ahora. El
comedor

posee una mesa para cuarenta invitados y otra para los

niños, las paredes son blancas, amarillas y color beige,

conjuntadas con el resto de la casa. La cocina gourmet

posee todo lo último en electrodomésticos, el suelo ha

costado casi un millón de dólares y los muebles

oscuros combinan con la decoración de la misma. La

habitación principal tiene ciento veinticinco metros

cuadrados y el baño adjunto que le he comentado antes

con los detalles de los grifos. El resto de la casa

contiene habitaciones grandes que oscilan entre los cincuenta y cien metros cuadrados, con diez baños en

total. Los espacios son inmensos y dispone de muchas

áreas en las cuatro plantas de la casa, su marido ha dicho que le deja a usted la decoración en exclusiva.

Ya en el exterior, se cumplen los requisitos pero permíteme que me descuide en las medidas exactas; el

jardín es gigante, hay tres piscinas, pista de tenis y de

baloncesto, dudo si hay de pádel pero se podría construir. Es una casa maravillosa Señora

Trumper.

Se ha callado porque se habrá dado cuenta que he dejado mi mirada perdida en un punto muerto cuando ha empezado a hablar sobre las escaleras.

¿Qué es un lobby?, ¿una entrada? En casa de mis padres había una pequeña mesa para dejar las llaves y

los abrigos, ¿para qué queremos un lobby con suelos

de una garantía de cuarenta años? Sonrío en respuesta

porque esta mujer me vendería hasta un avión y le diría

que sí. La nueva casa me abrumba y me fascina al

mismo tiempo, no sé cuáles han sido las intenciones de

mi marido pero si quería que diéramos este paso debió

de consultármelo primero. No se lo reprocho, sin embargo, es un paso importante para nuestra familia y

si lo tenía pensado debió de haberlo hablado conmigo.

Mi cara ahora está pálida frente al torbellino de mujer que quiere hacer su gran venta.

Inhalo aire manteniéndolo en mis pulmones por un momento, echando un vistazo a las cosas que tengo

sobre la mesa y exhalando tranquilamente.

– Parece una casa hermosa.

– Es hermosa. Es nueva y no habitable, nos ha

llegado esta semana. Todavía no la hemos enseñado y

ese era otro requisito de su marido, Señora Trumper.

– Entiendo.

– Me gustaría enseñarle el DVD en el que

podrá ver la casa antes de hacer la visita. Estoy a su

entera disponibilidad para responderle a todas las preguntas que desee hacerme.

– Ems... ¿por qué no me da ese DVD, lo veo

con mi marido y mañana ya le llamamos?

– Es una idea estupenda Señora Trumper. De todas formas quiero dejarle otros más para que puedan hacer algunas comparaciones. Tenemos una casa de quince millones de dólares, pero ha sido habitada y su marido no está de acuerdo.

– Si no está de acuerdo, y créeme cuando te lo digo, no estará de acuerdo por mucho que le intente convencer. ¿Sabe si a su marido le ha hablado de esta casa de la que me acaba de hablar?

– No lo creo Señora Trumper, le ha comentado

que usted se encargará de todo y que no hay un límite

de precio. Usted tiene toda la responsabilidad, ya sabe

cómo son los hombres – nos reímos.

– En mi caso, mi marido me deja con todo el problema – me entrega el DVD.

– Ese es el de la casa sobre la que le he hablado

Señora Trumper. Si quiere le puedo dejar unos cuantos

más para que viera otras opciones. Pero permítame

decirle que esa casa, de acuerdo con los requisitos de

su marido y la flexibilidad que puedas añadir a

vuestro

gusto, será perfecta para su familia.

Familia. Muerdo mi labio con el DVD en la mano, mi familia. Ya he formado mi familia y crecerá

mucho más cuando venga dulce bebé y hagamos fiestas para sus amiguitos; seremos la familia que hemos soñado desde que nos conocimos. Me levanto

dándole la mano a Greta agradeciendo su amabilidad y

excusándola por ser una intermediaria de última hora.

Le acompaño a la puerta ayudándola con la carga que

lleva encima y cierro la puerta sonriendo emocionada.

Una casa, una casa de verdad con grandes espacios

donde poder huir cuando mi marido me enferme hasta

tal punto de tirarle las zapatillas a la cabeza desde la

cuarta planta.

Me río sentándome de nuevo en mi silla

comprobando el móvil para ver si me ha llamado.

Tocan a la puerta y nadie entra.

– Adelante.

– Nancy, ¿necesitas algo más?

– No, ya puedes irte Heather. Bastian debe de estar al venir, me llamará en un minuto para confirmármelo.

– Hasta mañana entonces, que descanses

Nancy y dale recuerdos a Bastian, a ver si intentamos

convencerle de que nuestros novios serán nuestros maridos pronto y te deje tener contacto con ellos sin

gruñirnos a la cara.

– Lo haré cielo, déjame a mi marido que le convenceré. Hasta mañana.

– Adiós.

Se va y voy haciendo tiempo metiendo el DVD en el bolso, apago el ordenador mirando de nuevo hacia la puerta porque se abre directamente y mi pequeña bola aparece brincando hacia dentro. Me levanto muy feliz por verle y acariciarle mientras la

figura de mi marido entra al despacho.

– ¿Pero dónde está mi pequeña bolita revoltosa?

– Se ha metido debajo de la silla y se está meando.

– ¿Pequeña bolita revoltosa? Perro no ha hecho

otra cosa que mearse, tengo la oficina patas arriba

porque ha tirado la maceta que me regaló tu madre

y

la estantería de mis logros como empresario.

¡Todo a

la jodida mierda porque el perro no puede
mantener

sus patas una detrás de la otra!

Consigo que venga hacia mí y me arrodillo

tomándolo en brazos mientras ladea su cabecita
sobre

mi regazo gimiendo como un cachorro,
volviéndose

mimoso y débil. Se arrastra por mis piernas

colocándose bocarriba para que le rasque la
barriga

que hago con orgullo.

– Mi vida, ¿qué has hecho tú?, ¿cómo puedes

ser tan bonito?

Se rasca con su espalda sobre el suelo

disfrutando del roce de mis uñas sobre su barriga.

De

repente, se da la vuelta y brinca a otro lugar para

olfatear y posiblemente, mearse donde pose sus patas

traseras. Consigo levantarme a mi pesar y hacer

contacto visual con mi marido que está cruzado de

brazos y aniquilándome con cara de muy pocos

amigos.

– ¿Saludas al perro antes que a mí?

– ¿Quieres que te rasque la barriga también?

Le aclamo con mi mano en alto y se acerca a mí aunque lo hace gruñéndome. Rodeo mis brazos alrededor de su cintura y beso a mi marido, sus labios

carnosos y calentitos de haber estado frunciéndolos

toda la tarde porque no me ha visto. Saco mi lengua

recordándole cuanto le he echado de menos y

pellizcándole el trasero mientras yo siento las palmas

de sus manos manosear el mío. Termino de saludarle

con un beso sonoro y su actitud es más sonriente.

– Esto deberías haberlo hecho antes de saludar

a Perro.

– ¡No sé va a llamar Perro! – Le digo
enfadada.

– Se llamará Perro, hazme caso.

Nos distrae otro ruido, esta vez es el teclado del
ordenador al caerse al suelo porque él está debajo
de

la mesa entre todos los cables.

– ¡Oh no! Ven, sal de ahí, ven aquí – miro
asustada.

– ¡PERRO! – Grita Bastian y el cachorro
aparece por el hueco que hay debajo de la mesa.

Brinca hacia las piernas de mi marido, le olfatea y

se

va hacia otra parte.

– ¡Eh! No te lo lleves a tu terreno y hagas que no me quiera. Es mío.

– Yo no hago nada. Hay que educarlo y si no lo hago yo, no lo harás tú. Eres demasiado débil.

El sonido de su orina suena sobre el suelo distrayéndonos y Bastian lo mira enfadado.

– Ni se te ocurra gritarle, es un cachorrito.

– Un cachorrito que hace lo que le sale de sus huevos de codorniz. Vamos, tenemos que ir a comprar

sus cosas, la comida y el collar lo primero, y como

siga

así, un pañal para que deje de mearse por todos lados.

– ¿Te lo ha traído Ryan?

– Sí, hace un rato, y no ha dejado de darme problemas. Me ha vuelto a mear en la tapicería del coche y no quiere que le coja en brazos.

– Eso es porque no eres dulce con él, – me pongo mi abrigo cogiendo el bolso y viendo como brinca mi cachorro de un lado a otro – por cierto, Greta ha venido a verme.

– ¿Qué Greta? – Me mira extrañado y gira la cara cuando vemos que la cortina se mueve –

¡PERRO! Hoy duermes en el jardín como está
mandado.

– Bastian, no le amences con eso, morirá de
frío.

– ¿Qué Greta?

– Montgomery, Greta Montgomery.

– ¡Ah! – Sonríe abrochándome bien el abrigo –
¿y?

– ¿Y? Eso mismo digo yo, ¿y?

– Siempre lo he querido y el momento ha
llegado. No pensaba que iba a volverme loco
comprándole millones de cosas a mi hijo, que por

cierto, quieres mantener para ti sola encerrándole en tu

barriga.

– Te ha echado de menos, – acaricia mi vientre

– menos mal que su madre es una buena madre y le

habla de lo mucho que le quiere su padre.

– Bien hecho Señora Trumper, – agarra mi

cintura besándome mientras oímos de fondo las

pisadas del cachorro – ¿qué tal te ha ido con ella?,

¿algo que quieras contarme?

– ¿No sería al revés?, ¿doce habitaciones?

– Nueve hijos, la nuestra y otra de reserva por

si a los cincuenta te dejo embarazada de nuevo.

– ¿Y la otra que sobra?

– Donde dormiré la monja que ayudará a nuestros hijos en su decisión de ingresar en un convento.

Quería contener mi risa pero me ha salido una carcajada que no he logrado evitar. Bastian frunce el

ceño ya que se lo toma en serio y creo que me estoy

riendo porque sé que lo llevará a cabo. Vamos a necesitar una casa muy grande para hacerle dormir muy lejos cuando discutamos a diario sobre el bien y el

mal con nuestros hijos. Dos, él no sabe que solo

tendremos dos hijos y el segundo vendrá a mis
cuarenta o así. Le beso en los labios negando con
la
cabeza, susurrando que voy a hacer con él y el
sonido
del carro del archivador nos distrae cuando lo
vemos
en el suelo. El perro viene hacia nosotros dando
brincos y arañando la puerta, ya ha terminado de
hacer
trastadas aquí y quiere irse. Mi marido bufa
cansado
del animal mientras yo lo cojo en brazos
acurrucándole
y besándole hasta que piense que soy una pesada.

– ¿Cariño? – Bastian ha puesto el carro en su sitio, me mira acalorado saltando las meadas – coje

papel del baño, acaba de hacer algo más que mear y lo

ha dejado al lado de la puerta.

Frena en seco abrasándonos con su mirada;

primero a mí y luego a mi pequeño cachorro que ya

quiere saltar de mis brazos una vez que estamos fuera

esperando a que Bastian se encargue de dejar el despacho digno.

CAPÍTULO 18

– ¡FRENA NANCY!

Respirar hondo, expirar aún más hondo soltando todo el aire que tengo que contener por no sacar mis

instintos asesinos y acabar con mi marido. Pongo el

intermitente de la derecha y lentamente me retiro de la

ya desolada carretera por la que conducía tan felizmente, hasta que he arrancado el motor y he tenido que aguantar las constantes órdenes que han acabado con mi oído derecho.

– ¡Sal del coche! – Le grito de vuelta.

– ¡No sabes conducir! – Responde alterado.

– El que no sabes ir de copiloto eres tú, –

levanto mi barbilla aún con mis manos en el volante –

siéntate atrás.

– Ni en tus mejores sueños – susurra retándome con la mirada.

– ¡SAL DEL MALDITO COCHE BASTIAN

TRUMPER! – Mi grito ha hecho moverle el flequillo

que le cuelga de su frente.

– Chicos, – una voz ronca aparece entre los dos asientos delanteros – tengo los huevos congelados y

cansados, ¿por qué no vamos al maldito

concesionario,

recogemos el coche que mi hermano favorito me va a

regalar y cuando acabemos podéis seguir gritándoos a

la maldita y jodida cara?

Tengo los labios arrugados como Bastian, ambos estamos en plena guerra y no va a salirse con la suya.

Oh, no, esta vez no.

Hemos recogido a mí cuñado Sebastian del aeropuerto porque Bastian le ha prometido regalarle

uno de los nuevos Lamborghini que han traído directos

de la fábrica, han quedado en cuanto aterrizara de Nueva York. Hace un par de días empecé con una nueva misión de convencimiento a Bastian; le he explicado que necesito un coche, no tenía que ser uno

Batman como los que tiene, sino uno normal que me

lleve a donde me plazca ¡y por fin lo conseguí! Tras

discusiones,

debates

y

reconciliaciones

logré

convencer a mi marido que tener un coche propio,
según él para emergencias, no estaría tan mal
porque

puede, solo puede que alguna vez lo vaya a
conducir a

solas.

La verdad es que todo iba viento en popa,
anoche lo celebramos oficialmente y hasta me
habló de

los modelos seguros que podría conducir; sí, todo
iba

bien hasta esta mañana. Mi marido ha fingido
hacerse

el loco para no llevarme con ellos y me ha
reiterado en

severas ocasiones que estaría mucho mejor en casa de

su madre mientras él iba con su hermano. Me ha

enervado tanto que he salido de casa andando rápido y

me ha alcanzado poniéndome sobre uno de sus

hombros como un neandertal. De todas formas,

hicimos las paces porque cedió y me prometió que me

iba a dejar conducir un rato para que no perdiera la

costumbre.

El momento llegó cuando se nos hacía tarde

para ir a recoger a Sebastian, lo creí lógico porque

llegábamos tarde, pero me prometió que del aeropuerto

al concesionario lo iba a conducir yo porque así era

más seguro. Sí, por un momento confié en él pero me

la jugó engañándome y metiéndose dentro del coche

rápidamente; así que tras un gran enfado y una

discusión delante de todo el mundo en el parking he

conseguido finalmente ganarme mi puesto de conductora.

Y hace tan solo cinco, cinco miserables minutos

que estoy dentro del coche a punto de entrar en una

autovía nueva y mi marido no ha parado de gritarme

como un obseso pensando en que voy a estrellar el coche si paso de los veinte kilómetros por hora.

– Baja del maldito coche y ponte atrás, Bastian.

No lo repito más – mi mirada sigue al frente y al mismo tiempo mirándole de reojo para hacerle ver que

voy a ser firme.

– ¡NO! – Me replica orgulloso.

– De acuerdo, entonces seguiré – refunfuña algo tocando botones por todos lados y vuelve a su sitio, intento arrancar pero el coche está apagado –

Bastian, ¡enciente esta jodida nave!

– ¡No vuelvas a decir palabrotas! Dulce bebé te oye.

– ¿Qué me oye? – Me cruzo de brazos mirándole – ¿y no oye tus constantes gritos acusándome de todo?

– ¿Acusándote? – Se ríe buscando la mirada de su hermano que se distrae con el móvil ignorándonos como ha hecho desde que se metió dentro del coche –

la verdad duele, señora.

– ¿Qué la verdad duele? Respira hondo Nancy,

respira hondo – lo hago exagerando provocando que

mi cuñado ahogue las carcajadas que quiere hacer explotar.

– Eres una dramática Nancy Trumper. ¡Ya has conducido suficiente!

– Me lo prometiste mentiroso de mierda – le insulto y él me mira a los ojos amenazándome.

– Es imposible negarte algo si te paseas desnuda delante de mí todo el tiempo.

– Recordad que estoy aquí atrás y que no es necesario saber que mi cuñada se pasea desnuda poniendo duro a mi hermano.

– Sebastian, ¡cierra la puta boca!

– ¡Bastian, no insultes que dulce bebé te oye! –

Elevo las cejas devolviéndole lo que él me ha dicho.

– Está bien, – pasa las manos sobre su cara

pensando – vamos a hacer una cosa, conduzco yo

ahora porque en la autovía hay que ir más rápido que

las tortugas y cuando dejemos a mi hermano te llevo a

un circuito cerrado y...

– ¡NO! Me prometiste que conduciría y lo haré.

Debí hacerlo antes pero eres un ser muy inteligente

Trumper. Sebastian, – miro hacia atrás –

arráncame el

coche por favor.

– ¿No te has dado cuenta antes? – Sebastian

aparta la mirada del móvil para encontrarse con mi

cara y medio cuerpo torcido ya que tengo el cinturón

tan apretado que no puedo girarme del todo.

– ¿De qué?

– Este coche Batman se activa con su huella

dactilar, así que me temo que solo Bastian puede poner

su dedo índice sobre la llave de contacto y activar el

motor.

Miro a mi marido con la boca abierta indignada porque se está riendo. Dos Trumper se están riendo de

mí y no lo consiento, bastante tengo con soportar a uno.

– ¿Eso es verdad Bastian?

– Por eso te ha distraído con el espejo, –

Sebastian se ríe de mi reacción – porque no te has dado cuenta de lo que ha hecho, así que me temo que

tienes que tener contento a tu copiloto si queremos movernos de aquí y llegar al jodido concesionario.

¡Bájate Nancy y que conduzca él! Por suerte, no darás

a luz en un coche como sigas a esa velocidad.

– Serás... – sigo con la boca abierta – que conste, que tu hermano no deja de gritarme y de tocarme los botones para que no pase de veinte puñeteros kilómetros por hora.

– ¡Nancy, voy a lavarte la boca con agua y jabón! Y cuando lo haga, no querrás decir ni una palabrota más en lo que te queda de vida. ¡Mueve tu trasero y déjame a mí nena!

– ¿Nena? Oh Trumper, estás muy lejos de llamarme nena. ¿Sabes dónde están las cajas que tenemos por toda la casa? Pues creo que tú no te

vas

a mudar a la nueva casa. Es más, – me acerco a él
entrecerrando los ojos con un vago intento de
amenaza

bajo sus constantes risas – le diré a dulce bebé que
nos

has echado de casa y me querrá mucho más a mí
que

a ti.

– ¡No harás eso! – Me increpa.

– Sí lo haré, de hecho – cierro los ojos – le

estoy mandando esos pensamientos y le van a
llegar

muy pronto. Oh, creo que está recibiendo mi
mensaje.

– ¡NANCY!

– ¡Queréis dejar de discutir! – Grita Sebastian enfadado.

– Yo no estoy discutiendo – frunzo mis labios arrugándolos.

– Yo tampoco, porque mi esposa va a dejar de jugar a las muñecas para ponerse el cinturón y regresar a su sitio.

Ahora sí, mi marido se la ha ganado. Me

abalanzo sobre él intentando cogerle la mano y poner

el dedo índice en el contacto para encender el dichoso

motor del coche Batman, donde me veo atrapada
por

dos Trumper con el mismo pensamiento. Mi
marido se

ríe como si fuera en vano mi deprimente fuerza

aplicada sobre él, cuando me hago con el control
de su

mano izquierda y muerdo el resto de sus dedos
para

que saque el índice del puño cerrado, me empieza
a

hacer

cosquillas

y

fracaso

deliberadamente

rindiéndome a carcajadas por sus constantes
manos

por encima de mi cintura. ¡Eso es juego sucio!
Acabo

con la espalda pegada a la puerta esquivando sus
brazos para que pare de acosarme de este modo.

– Tú ganas, tú ganas. Deja de hacerme

cosquillas por favor, creo que me he orinado – mi
marido se ríe a carcajadas y veo de reojo la cara
de

asco de mi cuñado – hagamos un trato. Te dejo

conducir ahora mismo, pero me compras el coche
y yo

me voy con mi coche una vez que salgamos de allí.

– Ni lo sueñes, nena. Me dejas que conduzca y te llevo a la ciudad de nuevo.

– No, he quedado con Rachel para tener una tarde de chicas, me lo habías prometido.

– Señora Trumper, está usted muy equivocada.

Le había prometido que iría con su amiga, pero no en

tu propio coche.

– ¿Ah no? Me prometiste que me dejarías conducir antes para no perder costumbre cuando lo hiciera con mi nuevo coche.

– Cosa que le pasa mucho a las mujeres –

replica mi cuñado en voz baja.

– Puedo prometerte tantas cosas cuando vas

desnuda... – mi marido se está riendo de mí y yo me

enfado de verdad.

– Te voy a prometer yo una nueva cosa y no

estoy desnuda. Esta noche salgo con mis amigas y duermo en casa de Rachel.

– Ya vale, se acabaron las tonterías.

Mi marido sale del coche furioso rodeándolo y

mientras no me pierdo un movimiento suyo giro la cabeza hacia atrás para sonreír a mi cuñado.

– Por supuesto si estás de acuerdo en que me

quede con ella. Ya sabes, has estado tres días en Nueva York y no la has visto.

Sebastian no se inmuta ante mis palabras pero sé que le provocan algo. Rachel y él tienen una relación intermitente, según mi amiga, solo follan esporádicamente y no se vuelven a ver hasta que alguno de los dos quiera volver a follar. Es como una relación de puro sexo, pero con la diferencia de que les conozco y sé que tienen algo más que se niegan a reconocer. ¡Qué bonito es el amor!

Mi puerta suena por los constantes golpes de mi

marido y le sonrío enseñándole el dedo medio.
Hace el

mismo movimiento regresando a la puerta del
copiloto,

se echa sobre mí casi aplastándome, toca algunos
botones y cuando rodea de nuevo el coche, abre la
puerta fácilmente. Una brisa fresca me avisa de
que

estamos en mitad de la carretera, mi marido
arranca el

cinturón y me saca del coche elevándome en
brazos.

– Eres una descarada irrespetuosa – me susurra
mientras rodeamos el coche.

– Y a ti te va a costar caro este momento,

mentiroso.

– Irresponsable.

– Liante.

– Gritona.

– Repelente – se para dejando que mis pies

toquen el suelo cuando hemos llegado a la puerta del

copiloto.

– ¿Repelente? No soy repelente.

– Ah, no sé mi amor, – me hago la tonta – dulce

bebé me ha mandado una señal maternal, me ha dicho

que te lo diga.

Alzo la barbilla girándome sobre mis talones

para entrar y tan pronto lo estaba haciendo, mi
marido

agarra mis manos estrellándolas contra la
tapicería,

besándome y metiéndome la lengua hasta el fondo.

Con el aire fresco de la tarde me olvido de donde
estamos porque no hay nada más importante que
sentir

los besos ardientes de mi marido a pesar de que no
dejamos de discutir por llevarnos la contraria.

– No vas a salir con tu amiga por lo que acabas
de decir – me gruñe.

– Sí voy a hacerlo, – le replico – y es una

decisión irrevocable.

– No querrás ver cómo te llevo de vuelta a casa, tenemos una mudanza que hacer.

– No nos mudamos hasta la semana que viene y tenemos todo empaquetado, así que esta tarde me voy

sola con mi mejor amiga a mimarme un poco.

Con las idas y venidas de los encuentros

sexuales entre mi mejor amiga y mi cuñado, hemos

descuidado un poco el vernos tan a menudo como

solíamos hacerlo. Cuando Sebastian estaba en Nueva

York, mi amiga se encerraba en casa después del

trabajo para hablar con él por conferencia y se

olvidaba de que yo tengo a Bastian pegado a mí todo el

día y que la necesitaba mucho más que él. Pero no se

lo reprocho, sé lo que es estar cautivada bajo los encantos de un Trumper y no poder negarles nada,

aunque sea lo único que quieres hacer. Esta tarde

vamos a un spa para tener una cita de chicas y me

muerdo por tener mi propio coche, zanzar este tema con

mi marido y que me deje en paz por unas horas.

Bastian retoma la conducción a una velocidad

desorbitada, ahora que él tiene el volante hay

muchas

más luces encendidas que cuando yo lo he hecho,
antes solo veía luces rojas. Entrecierro los ojos a
mi

marido para que se dé cuenta que estoy muy
disgustada por sus falsas promesas y vuelvo mi
mirada

al frente. Sí, consumida por una neandertal.

Con mi marido haciéndose dueño de su propio

Batman, no hemos tardado apenas en llegar al

concesionario. Sebastian ya está dentro hablando
con

el hombre trajeado y mi marido se ha encargado de
quitar mi abrigo, sujetar mi bolso y preocuparse de

si

estoy bien o mal. Adoro que se preocupe por mí y que

esté atento; que me quite el cinturón de seguridad, me

abra la puerta, me cargue en brazos y se desviva por

mí como lo hago yo por él. Me tiene sujeta

fuertemente junto a él para que no me escape mientras

nos acercamos a ese hombre que no deja de ser más

simpático porque el jefe está aquí.

– Los modelos Veneno y Huracán son los

recientes

Lamborghini

que

nos

han

llegado.

Permítanme señor que se los muestre, están por aquí.

Sebastian está emocionado, mi marido dice que no tardará en cansarse de este coche cuando regrese

al concesionario a por otro. Bastian me da la mano para que vaya a reunirme con ellos y los sigo hasta que

comienzan a hablar en clave sobre coches, o al

menos,

así es como les entiendo porque se cruzan más

palabras desconocidas de las que creía. Para mí,
me

da igual las revoluciones de un coche, las partes
del

motor o la diferencia entre uno u otro; siempre que
el

coche arranque cuando se lo ordene y frene cuando
haga lo mismo, ¿qué importará el resto?

El vendedor ha pasado un rato bastante inquieto
y nervioso pero al fin ha conseguido entenderse
con los

dos Trumper que no han parado de hacerle
preguntas

sobre los modelos que han llegado. Mi cuñado tiene

una sonrisa radiante que no duda en mostrar, de los tres hermanos, él es el que más risueño, aunque su voz

ronca es parecida a la de su padre y cuando se enfada

quiero correr lejos de él. Por fin me levanto del

pequeño sofá en el que he estado sentada jugando al

móvil al ver como Bastian se acerca a mí evaluando mi

estado anímico; yo le muestro indiferencia y

aburrimiento por haber venido aquí con ellos, los

coches y los Trumper no es el plan más divertido

para

pasar la tarde.

– Va a firmar los papeles, lo tienen detrás.

¿Quieres verlo? – Besa mis labios y me regala un caramelo que ha robado de la caja que hay en la entrada.

– No creo que Sebastian vaya a esconder su nuevo coche, ya tendré oportunidad de verlo. Bueno mi

amor, ahora me toca a mí.

– ¿Estás cansada?, ¿quieres irte a casa?

– Señor Trumper – le muerdo la mandíbula, lo está haciendo de nuevo – no empieces, me vas a

comprar un coche, digas lo que digas... o le digo a mi

padre que arregle el mío y lo conduzco. Tú eliges.

– Nena, me haces daño con tus palabras. Dame

tiempo para asimilar que mi mujer quiere abandonarme

y tener una vida propia. ¿Qué será lo siguiente, qué te

duches sola por las mañanas? Lo único que pretendes

es torturarme alejándote de mí.

– Eres un... – niego con la cabeza porque está

haciendo lo mismo que siempre hace, se rebaja tanto

hasta hacerme sentir culpable.

– Te amo a ti y a dulce bebé de manera

sobrehumana, – acaricia mi barriga – gracias por no ir

a trabajar esta tarde para estar conmigo y hacer el amor para despedir nuestra casa.

– Bastian, esta tarde no se trabaja y Rachel

cierra la tienda antes para irnos al spa.

– Podría hacerte tantas cosas Señora Trumper,

– se distrae acariciando mi pelo metiéndolo por detrás

de mí oreja – tú, yo y todo lo increíble que nos hacemos cuando nos desnudamos.

– Quiero mi coche, Bastian. Te he dicho que si

no me apoyas, me voy con mi padre y estoy segura que encontraremos un coche para mí.

Frunce el ceño gruñéndome. Cambia su cara arrugándola, enfadándose y alejándose de mí.

– ¡NO! – Grita.

– ¿Quieres dejar de gritarme por un día? Estoy deseando que me des mi coche para perderte de vista

por unas horas.

Pone una mano en el corazón, abre la boca y se aleja de mí negando con la cabeza. Siempre, absolutamente siempre hace lo mismo cuando piensa

que le estoy atacando de este modo. En realidad, yo no

quiero decirle este tipo de cosas, pero las llego a pensar cuando lo tengo todo el día pegado a mí y vamos juntos a todos lados, ni siquiera se va al Chase;

espera a que termine de trabajar, me arrastra a su trabajo para sentarme y hacer nada mientras él trabaja.

– ¡Retíralo!

– Cariño, no hagamos esto mucho más difícil.

Déjame elegir un coche sencillo para mí, vuelve a casa

de tus padres a por Perro y me reúno allí contigo

para

la cena.

– ¿Qué? – Retrocede dos pasos – ¿qué vas a conducir sola?, ¿vas a ir sola a dónde?, ¿sin mí? ¡Eres

una fresca!

– Y tú un enfermo controlador – me cruzo de brazos dispuesta a tener otra batalla más.

– Pretendes tener una vida propia fuera del matrimonio, ¿sabes cómo se llama eso? Libertinaje.

– ¿Sabes cómo se llama la sensación de tener un grano en el culo? Almorrana. Trumper, voy a tener

un coche propio, quieras o no quieras, fin de la jodida

historia, – levanto una mano – diré las palabrotas que

me dé la gana.

– Nancy Trumper – me replica encarándome.

– Disculpen, el Señor Sebastian me ha

comunicado que les diga que está detrás. Si quieren

me pueden acompañar y les guío.

– De hecho, – me acerco a él – vamos a

comprar otro coche para mí.

El hombre reacciona iluminándose la cara, los

reflejos del sol en él hacen que le brillen los ojos

por la

excitación de la venta de dos coches en un día.

Aunque este sea el concesionario de Bastian, él paga

por todo para que los trabajadores se lleven las comisiones que les corresponden.

– ¿Señor Trumper?

El vendedor mira a mi marido que no ha dejado de susurrarme en voz baja que no tendré un coche propio aunque quiera. Yo siento sobre mi cuello la respiración continua de Bastian, tras no replicarle nada

e ignorarle por completo, posa su mano sobre mi

cintura y me arrastra hacia su cuerpo.

– Mi esposa quiere un coche y tendrá un coche.

Me siento orgullosa girándome para dar

pequeños brincos delante de él. Le beso en el
cuello,

sobre la ropa y le aprieto el culo abrazándole por
lo

contenta que me ha hecho. Si Bastian supiera que
si

fuera más razonable conmigo no discutiéramos
tanto

nos ahorraríamos más de una irritación. Le doy un

último beso sonoro en los labios, entrelazo
nuestros

dedos y me posiciono al lado de mi marido que ha

cedido en comprarme un coche.

Después de haber cruzado esta inmensa nava

repleta de coches de lujo, con mis ilusiones a flor de

piel y con un Bastian que no ha cruzado una mirada

conmigo en el trayecto tras susurrarle algo al

vendedor; nos encontramos los cuatro parados y yo a

punto de matar a mi marido. Sí, tal vez también me

decante por matar a mi cuñado que no deja de reírse,

se había unido a la fiesta de comprarme un coche

cuando se ha encontrado lo mismo que yo.

– ¡Eres mi jodido hermano favorito!

Sebastian aguanta esta vez las carcajadas adoptando una pose seria cuando le miro muy enfadada, se va a llevar una patada en el trasero y no será la primera vez. El vendedor evita cualquier contacto conmigo, visual o no, al igual que mi marido.

Esta vez me posiciono en frente de él y le trasmito el mismo mensaje que a su hermano.

– ¿Bastian, estás de buen humor para bromear conmigo?

– Nunca estoy de humor si no estás pegada a mí como lo hacen las buenas esposas, – me gruñe

en

voz baja – te dije que quería esa operación y te
negaste a que nos cosieran como siameses. Si tan
solo

me quisieras tanto como yo te quiero a ti.

– ¡Vete a la mierda Bastian! – Pongo las manos
sobre mi cintura.

– ¡Cuida tu jodida boca Nancy Trumper! – Él
también se enfada.

– Eh, chicos, venga, parad, – miro a Sebastian
con un dedo en alto y él me responde levantando
las
dos manos – está bien, está bien, yo me voy en mi

nuevo coche y aquí os dejo. Dile a madre que no sé si

iré a la cena de luego.

Bastian no le hace caso porque sigue retándome con la mirada, pero yo sí le hago caso negándole.

– No vayas a robarme a Rachel, – mi cuñado

cambia la pose retándome también como lo hace su

hermano – no me pongas esa cara, no me vas a robar

a mi amiga, hemos quedado en una hora y tenemos

planes. Planes de chicas.

– No voy a jodidamente robarte a Rachel –

refunfuña dándose la vuelta.

– ¡Sebastian Trumper! – Me encara de nuevo –

ni se te pase por tu cabeza hueca quedar con ninguna

otra mujer que no sea mi mejor amiga.

– Tú a mí no me...

– Eh, – levanto el dedo de nuevo – relaja tu carácter Trumper tercero. Te lo digo muy en serio,

somos un pequeño círculo y es muy fácil saber dónde

te encuentras. Como llegue a mis oídos que has

copulado con otra que no sea mi amiga, que has

flirteado o sobado a otra que no sea ella, todo el odio

que le tengo a tu hermano ahora mismo lo

trasladaré a

tus bolas y no le darás nietos a tu madre. ¿He hablado

claro?

– ¡Bastian, ponle un bozal a tu mujer!

Finalmente se va dándose la media vuelta y bajo

mi insistente risa que va muriendo poco a poco cuando

encaro de nuevo a mi marido. Esta vez le dejo de lado

y me dirijo al vendedor que está en una situación comprometida.

– No me gusta este coche, quiero otro. Me es

indiferente si no tienes normales, un coche Batman

me

vendría bien.

– Nancy, – mi marido agarra mi brazo – no seas inconsecuente, este coche es perfecto para ti.

– ¿Perfecto para mí?

– Dile que es perfecto, a mí no me escuchará –

Bastian llama la atención del vendedor.

– Señora Trumper, el Think City del 2007 es una reliquia que...

– ¿Una reliquia?, ¿os pensáis que soy tonta? El mes que viene no voy a caber en esta mierda de coche.

– ¡La boca Nancy!

– ¡Cállate Bastian! – Vuelvo mi cara al

vendedor – he dicho que quiero otro coche, a ser posible con asientos traseros y que no sea el hermano

mayor de un huevo de granja en Dakota del Norte.

El vendedor no sabe lo que hacer, si hacerme

caso a mí o a mi marido que es su jefe al fin y al cabo.

La broma de Bastian susurrándole que me enseñe este

medio huevo de dos plazas no le ha salido bien si

pensaba que iba a decir que sí. He quedado con

Rachel y no quiero que se me haga tarde, pediré un

taxi si es necesario, eso sí, mañana quiero mi coche a

primera hora cuando venga a recogerlo.

– Qué mi mujer elija el coche que quiera.

– Enseguida, Señor Trumper.

Bastian desaparece por unos instantes diciendo

que va al baño y no tarda en unirse a nosotros de

nuevo cuando por fin me han llevado a un área
mucho

mejor. Aquí hay muchos coches que se ven
bonitos,

me gustaría escoger alguno que realmente pudiera

conducirlo con facilidad, pero como para mí todos
son

iguales, cada vez que me acerco a uno mi marido

gruñe negando aunque el vendedor esté
contándome lo

perfecto que es para mí.

– ¿Este? – Muevo los labios, me niega con la
cabeza – ¿por qué?

– No hace juego con tu pelo – me responde
muy serio.

El vendedor se percata que el que me estaba
mostrando no es del agrado de mi marido y me
lleva

hasta el coche que está al lado.

– Este coche Señora Trumper, es una joya que

quizás no esté a la altura de lo que usted merece
pero

es...

– No me gusta el azul – le respondo dudando,
parece demasiado para mí.

– El modelo plateado del Toyota Fuel nos llegará
la semana que viene.

– No acaba de convencerme.

– El Toyota Fuel es perfecto nena. Es seguro, la
tapicería es buena y no necesitas mucho más para
tenerlo en el garaje e ilusionarte con él. Este te
valdrá.

– Bastian. Hoy me estás cansando bastante.

– Si me permite Señora Trumper, ese Ford

Mustang del 2015 es hermoso y parecido al Toyota, si

le ha gustado ese modelo.

– También es bonito pero no acaba de convencerme.

– Si le puedo ayudar a decidirse, los Audi están en la nave de al lado aunque su marido piense que corren demasiado, estoy seguro que le gustaran.

– Es que... ems... no sé – ¿por qué dudo ahora? Los dos son bonitos pero no me decido por ninguno, son iguales para mí y si veo los Audi los querré igualmente.

– ¿Puedo enseñarle algún deportivo? Tengo colores acordes para las damas.

– ¡No! – Mi marido da un paso hacia delante y se pone a mi lado – mi esposa se llevará los dos coches, el Toyota Fuel plateado y el Ford Mustang del

2015.

– Entendido – el vendedor se va con una sonrisa en la cara.

– ¿Los dos?

– Sí, los dos, – me aprieta contra él – ya te decidirás cual quieres cuando te deje conducir por los alrededores de casa.

– Vaya, ese es un bonito detalle – subo mis brazos a sus hombros.

– Dame tiempo nena. No estoy preparado para que quieras abandonarme. Se supone que nos acabamos de casar y quieres estar conmigo a todas

horas.

– Y lo quiero Bastian, son tus formas las que me enferman.

– Perdóname mi amor, – esconde su cabeza en mi cuello – te quiero más que tú a mí y no...

– ¡Bastian! – Este hombre no sabe cuándo

parar – vayamos a firmar, el vendedor está

haciéndonos señales desde el despacho con la carpeta

en alto.

– Quiero tener sexo pervertido en este

concesionario.

– Bastian, hemos tenido sexo pervertido en un

almacén lleno de maletas en el aeropuerto.

– Porque eres una provocadora. Llevar esos

vaqueros con el culo tan grande que te ha crecido es

una tentación de la cual no puedo escapar – besa mis

labios y sonrío, deja de hacerlo cuando yo no lo hago

de vuelta.

– ¿Me has llamado culo gordo?

Más tarde y tras discutir nuevamente con mi

marido a la salida del concesionario, por fin puedo

sonreír viendo cómo se aleja su coche. Va a recoger a

Perro y se volverá como una bala para venir a por mí,

es decir, en veinte minutos contando con que mi suegra

no sabe nada. Cuando entro en la tienda de Rachel que

atiende a un cliente, hago la llamada a Margaret antes

de que lo haga su hijo. Me tengo que adelantar siempre

a un Trumper.

– Nancy, querida, que bueno que hayas llamado.

¿Ya venís para la cena?

– Aún es pronto Margaret. Pero Bastian si está yendo a tu casa para recoger a Perro, ¿cómo está?

– Muy bien, mi marido le ha regañado porque se ha meado por todos lados y ahora duerme plácidamente en sus pies mientras vemos una película.

No se ha separado de él desde que ha entrado por la puerta.

¿Por qué hace eso mi cachorro? Con Bastian hace lo mismo. Yo le quiero, le consiento y le mimo...

sin embargo, no me quiere tanto como a mi marido que no hace otra cosa que gritarle y regañarle por sus travesuras.

– Oh, dale recuerdos si mi perro me echa de menos, aunque lo dudo. Necesito tu ayuda Margaret,

ayuda de mujer a mujer.

– Cuenta con ello.

– Tú hijo me ha dado bandera verde para quedar con Rachel y tener un momento de chicas en el

spa, pero no sé qué cable se le ha cruzado que cambió

de opinión. He conseguido deshacerme de él mandándole a tu casa para que vaya a por Perro, ¿puedes entretenerle como una hora o un par de horas? Necesito quitármelo de encima.

– Lo intentaré, ya sabes cómo es contigo, no sé si fracasaré como esta semana.

He acudido a Margaret en más de una ocasión para ver si puede domar a su hijo y hacer que me deje

tranquila, pero dado que cometí el error de no llevarme

el móvil al baño por segunda vez, denegó la idea de

dejarme trabajar a solas. Mi marido es un dolor en el

trasero muy grande y necesito ayuda de todo el que se

ofrezca para ver si puedo darme un respiro de Bastian.

– Haz lo que puedas. Rachel está recogiendo sus cosas y tenemos cita en el spa. Luego te llamo antes de ir a cenar.

Cuelgo la llamada y le doy un beso a Rachel en la cara cuando me arrastra fuera de la tienda, ya ha atendido a su último cliente y nos vamos por fin al spa.

Caminamos felices porque se está riendo de la jugada que me ha hecho mi marido en el concesionario, aunque le ha cambiado la expresión de su cara cuando le he nombrado a Sebastian.

– Vamos, llegamos tarde – me da la espalda

retomando el paso sin mí.

– No me ignores Rachel, el hecho de que me esté convirtiendo en una pelota no te da derecho a desecharme, – frena elevando su brazo para que meta

el mío y andar juntas al mismo tiempo – y ahora que

estamos en la misma página cuéntame las últimas novedades con mi cuñado y yo te cuento como de apretados llevaba los vaqueros que se ha puesto hoy.

Rachel se pone colorada porque estoy segura

que se ha imaginado a mi cuñado tal y como se lo he

descrito, con los vaqueros tan ajustados que podías

visualizar su trasero firme.

Continuamos hablando de camino al spa de la

Avenida Michigan, al entrar nos piden que aguardemos

un momento hasta atendernos y me distraigo

golpeando de nuevo su costado. Nunca había visto a

Rachel tan sonrojada por un chico, claro, que estamos

hablando de un Trumper, debe de estar ardiendo por

dentro. Recibe un mensaje a su móvil y cuando

consigue sacarlo de su bolso, puedo ver los

mensajes

de las llamadas perdidas de Bastian ya que me he dejado el mío en silencio y también hay uno de rubia.

Por lo que puedo leer desde mi posición, no ha habido

nada de Sebastian.

Le sonrío como una niña pequeña al pillarme mirando hacia su móvil.

– Basta Nancy, no hay mensajes de Sebastian y no los habrá. No acabamos muy bien la última vez.

– Es un Trumper, no follará a otra mientras pueda follar con una. Hazme caso – nos miramos y

nos reímos al mismo tiempo, lee finalmente su mensaje

y me da el móvil.

– Zorras, no me habéis llamado para ir al spa.

Esta noche no contéis conmigo, noche con Diane y

Bibi. Os quiero – susurro el mensaje de rubia.

Abro la boca sorprendida o fingiéndolo estar.

Esto está siendo una sorpresa muy grande para

nuestro grupo de amigos, desde que rubia terminó con

su chico ha salido mucho con Diane y Bibi que la

arroparon desde la ruptura. Ahora se han vuelto

inseparables, de cara a la gente, solo son amigas y

salen juntas de ven en cuando. Pero Bastian y yo comentamos entre nosotros dos que están follando en sus fiestas privadas, ya que sin duda, rubia se ve radiante desde que sale con el matrimonio. Sin la apreciación directa de mi marido no lo hubiera adivinado en mucho tiempo.

Rachel guarda su móvil, lo ha silenciado para evitar las llamadas de Bastian que se estará volviendo

loco desde que le he mandado el mensaje para que me

recoja dentro de un par de horas. Debe de estar teniendo una guerra infernal en casa de sus padres,

espero que mi suegra le entretenga.

– Hola damas – una mujer muy amable nos recibe.

– Hola, teníamos cita – responde Rachel.

– Os estábamos esperando, acompañadme.

Nos miramos extrañadas siguiendo a la mujer ya que vemos desde aquí que hay sillones libres en la sala

principal para que hagan nuestras manos y pies; es lo

primero que habíamos concertado pensando en que hoy estaría el spa a rebosar. La mujer nos abre una puerta a una sala privada con dos sillones, flores y una

mesa llena de chocolatinas. Rachel y yo negamos con

la cabeza porque ambas sabemos que esto ha sido idea

de Bastian, necesita estar presente de una forma u otra. Entregamos nuestros abrigos para dejarnos mimar todo el tiempo que necesitemos.

Pasamos una tarde agradable en el spa.

Tenemos nuestros momentos de chicas con pepinos en

los ojos y un cutis realmente suave tras un masaje facial, pero ya nos encontramos preparadas para que

la sala de masajes se evacue y podamos hacernos el

masaje que siempre habíamos soñado. Nos han dicho

que el de chocolate es el mejor de todos y mi amiga se

ha reído de mí porque piensa que me lo voy a comer

como no se den prisa. Estamos a solas tocándonos la

cara por como nos brilla cuando la puerta se abre y

aparece la mujer que nos guio hasta aquí.

– Señorita Rachel, le están esperando en la sala número cuatro, cuando quiera puede marcharse.

– Gracias, – gira dándome un beso en la cara –

terminaré primero, así que te espero en la sala de

espera. No te comas el chocolate.

– No lo haré – ruedo los ojos porque he

acabado con todas las chokolatinas que había en la mesa.

He estado esperando media hora desde que mi

amiga se fue, he llamado al timbre para solicitar que

vengan e incluso he salido afuera pero no había nadie.

¿Se han olvidado de mí? Quiero mi masaje con

chocolate y como sigan tardando voy a plantearme en

comérmelo de verdad. Estoy a punto de coger el móvil

para llamar a Bastian cuando la puerta se abre y aparece la misma mujer.

– Disculpe, pero me temo que no podemos hacerla pasar a nuestras increíbles salas de masajes.

– ¿Por qué? Pedimos cita para dos masajes – me levanto de brazos cruzados.

– Lo siento, me temo que no puede disfrutar de nuestros servicios pero le recompensamos con una cesta con los mejores productos del spa.

Y como si me iluminara una bombilla en mi cabeza, la mirada de la mujer la delata.

– Bastian – susurro.

– Señora Trumper, solo recibo órdenes.

– ¿Ha dicho que no puedo disfrutar de un masaje? Estoy embarazada, tengo que, no, necesito un

masaje porque las lumbares están empezando a dolerme. Él lo sabe.

– Lo siento.

Respiro hondo pensando en que esta pobre mujer solo recibe órdenes de mi marido. Cierra la puerta, rebusco en mi bolso el móvil y llamo al hombre

que va a dormir esta noche en el sofá.

– Muy bonita tu jugada del masaje.

– Hola nena. Te echaba de menos.

– ¡A la mierda tus palabras!

– Las palabrotas Nancy, me estoy empezando a cabrear.

– ¿Cómo te atreves a denegarme el derecho de tener un masaje?

– Cariño, es una decisión irrevocable. No voy a consentir que nadie, hombre o mujer, ponga las manos sobre tu cuerpo.

– Es un simple masaje Bastian, uno que necesito mucho, sabes que me duele la espalda y tú siempre tienes que fastidiarlo todo. ¡Pues no se va a quedar

así! Pienso ir a otro spa y haré que me den tantos masajes como me dé la gana.

– De acuerdo, te quiero.

Me cuelga descaradamente dejándome con la palabra en la boca. La pantalla del móvil está en negro

porque mi marido me ha colgado, ¿se ha atrevido a colgarme? Recojo mis cosas y salgo enfadada abriendo la puerta donde se encuentra Rachel bocabajo.

– Rachel – susurro agachándome.

– ¿Ya has terminado? Esto es el paraíso – una mujer está masajeándole las plantas de los pies y

mi

amiga gime suavemente.

– Bastian. No deja que me dé un masaje.

– ¿Qué? – Abre un ojo.

– He discutido con él, me voy al spa que hay
dos calles más abajo, el que está al lado de la
zapatería

que me gusta.

– ¿Sola? Espera y te acompaño.

– No, no hace falta. Voy a exigir un masaje, me
echaré una foto y se la mandaré a Bastian. Es solo
para fastidiarle.

– ¿Te espero aquí?

– Llámame cuando termines y te llevamos a casa. Tengo cena con mis suegros.

– Qué plan más emocionante – se ríe.

– Me he casado, me he convertido en una esposa aburrida que aguanta a un hombre irritante – le

doy un beso en la cara – disfruta, te veo luego.

Salgo de la habitación cruzándome con mujeres que me sonríen como si me quisieran desenroscar una

alfombra delante de mí. Niego con la cabeza cuando la

sombra de un hombre sentado y leyendo una revista de

bebés me distrae. Le miro entrecerrando los ojos porque se está riendo y sé que no está leyendo nada,

aligero mi paso hasta salir del spa y dos pasos más adelante noto como sus brazos rodean mi cintura.

– Te echado de menos nena – besa la curva de mi cuello.

– Te odio – susurro intentando caminar pero no me deja.

– El coche no está por allí.

– Me da igual donde hayas dejado a tu Batman, tengo una cita en otro spa.

– Sí, en uno donde tienes una invitación única y

exclusiva – gira mi cuerpo hasta poseerme a su antojo.

Mi ceño está fruncido y miro hacia otro lado.

– ¿A qué te refieres?

– A qué te está esperando un masaje y llegamos tarde, mi madre me ha regañado y nos quiere a todos

para la cena.

– Si mañana vamos a verles otra vez.

– Ya, pero nos quiere tener juntos. Dice que el domingo no iremos a verla y aprovecha que ha venido

mi hermano de Nueva York.

– ¿Y qué haces aquí?

– Mi esposa, se ha vuelto divertida pensando en distraerme usando a mi madre mientras me hacía apretar los tornillos de los muebles de la cocina.

Me río porque me imagino a mi suegra

pensando en mil excusas para que me deje a solas, tal

y como le pedí.

– Tú esposa debe de estar muy desesperada –

subo mis manos a su cuello porque aunque mi marido

consiga enfadarme, me olvido de que ha hecho cuando

su mirada penetra en mis ojos.

– Sí, muy desesperada y con muchas ganas de

deshacerse de mí. Espero que algún día se enamore de

mí y... – le golpeo en el brazo más fuerte de lo normal.

– Me estás enfadando repitiendo siempre lo mismo. Si mi marido me quisiera me respetaría y dejaría que me hubiera dado un masaje porque dulce

bebé está creciendo y está destrozándome la espalda.

– Depravada, – abre la boca – ¿Cómo osas a querer tener relaciones impuras con un masajista?

– Sí, quiero que sus manos se pierdan en mi espalda y me lleven al maldito firmamento.

Sonrío falsamente dándome la vuelta y

retomando mi paso, las manos de mi marido se posan

sobre mis hombros girándome de nuevo para indicarme

que no iba en dirección correcta.

Deja caer un brazo sobre mis hombros

atrayéndome contra su cuerpo y caminamos por esta

ajetreada calle central de la ciudad llena de gente en

un viernes por la tarde. Mis brazos están cruzados

porque estoy enfadada ya que se ha salido con la suya,

no sé qué va a ser de mí cuando me vuelva más

débil y

mi barriga empiece a crecer, no tendré fuerzas para

luchar con sus prohibiciones absurdas.

Se ríe de mí cuando me pone el cinturón porque

le he girado la cara y no le he dejado que me diera un

beso. Pone la radio donde hablan sobre la economía

del país y lo cambio a música country, esa que tanto

odia y que ahora a mí me encantaría escuchar

mientras él conduce.

El trayecto se me hace corto porque veo

nuestra casa a lo lejos, se suponía que vamos a la casa

de sus padres para cenar y recoger a Perro.

– ¿Dónde está Perro?, ¿por qué no vamos a recogerle?

– Hacemos una pequeña parada aquí y ahora

vamos a por él. Por cierto, le ha roto a mi madre uno

de los manteles que usa para ocasiones especiales, se

ha subido encima de la silla cuando estábamos en la

cocina.

– Él solo quiere jugar, me echará de menos.

¿Vas a cambiarte de ropa?

– Tal vez, – se baja del coche con el índice en alto advirtiéndome que no abra la puerta, pienso en no

hacerlo y como quiero fastidiarle, lo hago antes de que

llegue – Nancy, ¿qué te tengo dicho sobre quién te abre la puerta?

– Quisquilloso.

– Desobediente.

Mentiría si pudiera salir dignamente de un coche bajo y elevarme como una señorita, pero casi me arrastro porque he ganado peso y me es imposible,

menos mal que Bastian está a mi lado ayudándome.

Poniendo mis pies sobre el suelo, alzo mi barbilla y doy

un paso hacia delante demostrándole que no estoy feliz. Él tampoco lo estará cuando sepa que va a dormir en el sofá y no en la cama junto a su esposa enfadada porque no le ha dejado hacer nada si no es a

base de gritos y enfados.

Arrastra su cabeza a mi costado elevándome en el aire y cogiéndome en brazos como le gusta desde

que no puede ponerme sobre uno de sus hombros.

Ambos nos reímos porque ha hecho un esfuerzo

innecesario y se va notando el volumen de mi peso, me

agarro fuerte a su cuello mirando las venas que se le

pronuncian en ese lugar.

– Vaya, mi amor – acaricio su pelo por detrás

mientras camina hacia la puerta – la edad no te

permite levantarme como antes.

Frena en seco girando su cuello para matarme

lentamente con su mirada, yo a cambio, le regalo una

eterna sonrisa dibujada en mi cara.

– ¿No será porque pesas más de lo que

deberías pesar?

– Estoy embarazada.

– Eso no es excusa. Si te centraras en tus

responsabilidades te habrías informado de que el peso

del embarazo es uno, y el que mi esposa coma como si

fuera un dinosaurio es otro. Así que lamento decirte

que mi edad es la correcta y quizás los quince kilos de

más que te sobran, es lo que fallan.

Frunzo el ceño arrugando mis labios. ¡Cretino!

Le aparto la mirada porque se está riendo, ¿cómo hace

para que todas las bromas se la lleve a su terreno?

Llegamos a la puerta sin caricias de por medio y la abre directamente.

– ¿Se nos ha olvidado cerrarla esta mañana?

– La he dejado abierta.

– ¿Por qué?

Le da una patada a la puerta y no veo la claridad del atardecer porque todo está a oscuras. Da

unos pasos más hacia delante y yo abro mi boca completamente cuando veo lo que ha hecho mi marido.

Pongo mis pies sobre el suelo, arrastra mi cuerpo hacia

el suyo abrazándome por la cintura y yo babeo por

tener mi propio spa delante de mí. Las cajas de la mudanza se apilan en rincones porque hay una gran camilla de masaje en el centro de la casa rodeada por

velas que tímidamente se apagan, hay una pequeña fuente de agua sobre la isla emitiendo un sonido relajante que hace doblar mis rodillas. Las manos de

mi marido se cuelan debajo de mi abrigo para subirlas

a mis pechos y apretármelos mientras ronronea, ladeo

mi cabeza con mis manos sobre las suyas intentando

que no me muerda el cuello.

– Tenía pensado en darte un masaje mucho antes de tú cita en el spa.

– ¿Lo has preparado tú?

– Sí, cuando mi madre ha dejado de fingir que los muebles de la cocina estaban rotos. ¿Te gusta?

– Es precioso cariño, me ha... – ruedo los ojos porque está presionando mis pechos y sabe lo sensibles

que los tengo – me ha encantado. ¿Vas a darme tú el

masaje?

– Afirmativo. Si no lo quieres podemos irnos.

– Lo quiero bobo, – me giro para enfrentarle y

darle un beso en los labios – estoy deseando que me lo

des. Pensé que solo te habías dejado ese momento para la luna de miel.

– Tengo que decir que el masaje en Paris no va a superar a este. Digamos, que este es especial.

– ¿Ah sí? – Muerdo mi labio besándole.

– Sí, solo te voy a pedir una cosa si quieres que lo haga.

– Adelante, sorpréndeme.

– Vas a estar callada el tiempo que dure.

Obedecerás y cederás en todo. Si quiero cambiarte de

posición o no te gusta lo que te hago, vas a cerrar la

boca y dejarás que termine. ¿Entendido? No quiero que rompas la magia. Te permito que gimas todo lo que

quieras, pero no quiero oírte.

– Oh – trago saliva, que directo.

– ¿Entendido nena?

– Sí, entendido.

– Buena chica, – besa mis labios – vamos a

entrar en ambiente, empezaremos por quitarte la ropa

y tapándote los ojos para que solo sientas el contacto

de mis manos. ¿Te parece bien?

– Estoy deseándolo.

Busco por su boca para besarle pero ya me ha dejado plantada aquí porque ha ido a la isla de la cocina. Veo desde aquí que la fuente tiene su propia

luz y cambia de color, al lado hay productos de cremas

y aceites que ya hemos usado otras veces. Mi marido

se acerca a mí con un pañuelo de seda en la mano, ignorando mi sonrisa por completo ya que se ha metido

en el papel y está realmente serio. Le temo cuando no

estamos en la misma página, yo quiero sentirle
cerca

cuando intimamos, hacerlo romántico y él se
esmera

tanto en querer hacer todo perfecto que desconoce
que no tiene que esmerarse para que así sea.

Estudia mi pelo y no le convence que me lo

haya recogido, tira de la goma que lo sujeta para

dejarlo caer. Ya me dijo que necesitaba un corte
nuevo

porque mis puntas estaban abiertas, pero no suelo

escucharle cuando me aconseja sobre belleza.

Aunque

tiene razón, debo de cortarme el pelo. Mete las
manos

a ambos lados de mi cabeza, con sus dedos en mi sien

moviéndome el pelo para alborotármelo, ya me regañó

diciéndome que sujetármelo era malo para mi cuero

cabelludo porque la raíz podría morir más pronto. Una

vez contento de haberme revolucionado mi pelo, coloca

sobre mis ojos el pañuelo que previamente ha reducido

a un tamaño considerable para que solo cubran lo

estrictamente necesario. Me lo coloca rodeando mi

cuerpo, atándomelo suavemente por detrás y

comprobando que puede meter uno de sus dedos
sin

presionarme demasiado.

– Cierra los ojos Señora Trumper – susurra en
mi oído estremeciéndome.

– Sí.

Se deshace de mi abrigo ligeramente, los

botones chocando contra el suelo me avisan de que
el

interés en ocuparse de él es nulo ya que entrelaza
mis

dedos y le sigo lentamente. Bastian suelta mi mano
una

vez que oigo la fuente detrás de mí, me ha dejado
en

frente de la isla de la cocina, sintiéndome un poco sola

porque no sé qué está haciendo mi marido. Estoy un

poco nerviosa y él sabe que lo estoy, no me gusta que

me vende los ojos si no está cerca de mí, necesito sentirle cerca como siempre he hecho. El aire que se

mueve a mí alrededor me avisa que ha vuelto a mi lado, acaricia mi mandíbula oliendo al gel que tenemos

en el lavabo, sonrío tímidamente porque ha estado lavándose las manos y ha vuelto junto a mí.

Pasa ambas manos por mis brazos parándose en

mis hombros y me acaricia cuando baja hacia mis
pechos. Hoy había elegido una blusa de botones
que

me ha dejado en el vestidor mientras hablaba por
teléfono y ahora sé por qué ha insistido tanto en
que

me la ponga. Desabrocha uno por uno los botones,
haciendo

eterno

cada

movimiento,

soplando

ligeramente mi nariz para llamar mi atención y

regalarle una sonrisa de conformidad con lo que hace.

La abre lentamente disfrutando de mi desnudez, de mi

barriga que tanto ama y mis grandes pechos que

disfruta. Me dijo que nunca ha sido un hombre de

pechos, pero desde que me conoce solo quiere

tocármelos y estrujármelos, y sí, también follármelos

como ya hizo en Londres antes de llevarme a ver el

cambio de guardia.

La camisa ya no cubre mi cuerpo porque la ha

dejado sobre la isla, o al menos eso me ha susurrado.

Desliza lentamente los pantalones negros de yoga que

me ha dejado junto con la camisa y frena cuando están

más debajo de la rodilla. Mis botas camperas suenan

en el suelo porque se ha encargado de ellas y subo por

última vez el pie izquierdo para que se deshaga de mis

pantalones y calcetines. Estoy en ropa interior y me

excita que él esté vestido, me siento bien estar a la deriva, a su antojo, y sabiendo que él está

disfrutándome como se merece porque solo yo le doy

cualquier tipo de placer. Sus labios se posan en mi
barriga consiguiendo derretirme sin tocarme, me
puedo

dar por satisfecha cada vez que lo hace y ahora no
va

a ser menos, se le escapa una pequeña carcajada
porque me debo de ver como una tonta con la boca
abierta y pensando que acabo de tener un orgasmo.

Estoy impaciente porque empiece mi masaje,
me ha colocado junto a la camilla, oigo el
movimiento

del papel y sus susurros de que el cuerpo se
quedaría

pegado a mi piel. Una vez que se queda contento
con

lo que ha hecho, agarra mi cintura con ambas
manos

sentándome sobre la camilla. Al no ver nada me
siento

un tanto infantil, desorientada por saber qué hace
en

todo momento, pero una vez que estoy aquí sentada

solo tengo que relajarme y disfrutar de lo que me
va a

hacer mi marido que no refunfuña desde hace unos
minutos.

Se coloca entre mis piernas rodeando mi cuerpo

con sus brazos, buscando su aroma con la nariz

mientras yo me pierdo en su cuello. Acaricia mis

costados y yo ya estoy muy excitada y tengo que mentalizarme de que va a darme un masaje, no a follarme como un animal encima de esta camilla.

– Mi amor, – susurra mordeándome el lóbulo de la oreja – esta camilla es para embarazadas y voy a

colocarte bocabajo, notarás que te caes pero no es así,

solo hay un hueco en tu barriga donde dulce bebé no

sufrirá el peso de tu cuerpo sobre la camilla. ¿De acuerdo?

– Sí.

Piensa en todo, jamás hubiera creído en que

existía una camilla para embarazadas. No me he
fijado

en la camilla desde la puerta, ni siquiera en las
velas

que son aromáticas y la casa huele a fresas. Sus
manos se arrastran por mi espalda hasta
desabrochar

mi sujetador, dejándolo caer de forma no muy
elegante

porque no le gusta que me ponga nada que
presione

mis pechos. Me gira en la camilla para que me
tumbe

y lo hago de lado, como ha susurrado que lo estaba
haciendo bien, suena algún hierro y noto el aire
frío en

mi cadera al abrir la parte de la camilla para las embarazadas. Con su ayuda me coloco bocabajo dejándome guiar por él hasta que mi barriga cuelga de una apertura de la camilla, esto es incluso mejor que en el colchón, ¡que a gusto! Arrastra mis bragas refunfuñando que en la nueva casa voy a andar desnuda todo el día porque presiono a dulce bebé, ya le expliqué que no me subían mucho más pero mi marido no piensa lo mismo.

Sus pasos suenan en el suelo sin dejar de

tocarme, su mano está en mi espalda, bajándola a su

paso por mi trasero hasta el final de mis piernas.

Vuelve a hacer el mismo movimiento en sentido

inverso, ha colocado mi cabeza en otro espacio al

vacío y no ve como estoy sonriendo por las cosquillas

que siento. Deja de tocarme para poner su boca en mi

espalda, lo sabía, sabía que no podía resistirse a darme

besos.

– ¿Estás preparada?

– Sí – susurro porque quiero evitar el

emocionarme demasiado y pedirle que lo hagamos aquí

mismo.

Se aleja de mí mientras pongo mis sentidos en lo que hace, y pronto lo descubro cuando algo líquido resbala por mi espalda. Cierra el bote para rápidamente poner ambas manos sobre mí y evitar que caiga hacia los laterales, como lo estaba haciendo si no ponía remedio. Extiende por mi espalda el aceite aromático jugando con sus dedos torpemente pero sin apretar, colocándome nuevamente los brazos tal y

como me los ha dejado hacia abajo y empezar a
apretar suavemente mis hombros. Me olvido de
existir

tan pronto comienza a hacerme un masaje, se
entretiene en las cervicales de mi cuello
presionando

sus dedos gordos, llevándome al paraíso por su
presión,

centrándome en cómo se preocupa de que mis
hombros se relajen lo suficiente para bajar sus
manos

hasta mis omoplatos. Las manos trabajan como si
lo

hubiera hecho toda la vida, dejando a un lado el
pensamiento celoso de imaginarme tal desfachatez

por

su parte.

Pensaba que los hombros y la espalda eran el eje del peso de mi cuerpo, pero me equivocaba ahora

que ha bajado sus manos a mis lumbares y las aprieta

con sus dedos repitiendo los movimientos hasta que él

ve conveniente. Se resbala hasta mi cintura

apretándome y masajeándome la zona, deslizándose de

un lado a otro, subiendo nuevamente por mi espalda

cuando la ha trabajado lo suficiente para empezar

en el

punto de partida y extenderse por mis brazos.

Trabaja

uno con la dedicación que se merece perdiéndome
en

un punto muerto cuando llega a mis dedos y los

masajea como nunca ha hecho; ahora sé por qué
los

muerde y me gusta tanto, porque tengo un placer

escondido en ellos y se siente muy bien cuando

entrelaza nuestros dedos resbalados por el aceite
que

se acaba de echar en las manos. Cuando repite la

misma acción con el otro brazo me doy por
satisfecha,

hace un calor tremendo y temo que las velas se
hayan

apagado y mi marido no vea nada. Me siento
absurda

pensando en esto pero necesito saber que está bien
haciéndome el masaje y no por compromiso desde
que

le empecé a decir que me dolía la espalda.

Echo de menos sus manos sobre mi cuerpo,

quiero ser egoísta y que me de otro masaje, pero
es el

aceite cerrarse nuevamente lo que escucho cuando
siento sus manos sobre mi trasero. Oh sí, estoy se
va a

poner ardiente. No quiero que vea lo húmeda que

estoy y qué todo se debe a que mi marido me
excita de

todas las formas posibles, sin verle o sin que me
toque

en zonas erógenas. Ronronea masajeando mi
trasero,

pellizcándome como siempre hace, según él,
para

reactivar mi circulación y sin ningún lucro sexual.
Sube

las manos por mi espalda y las deja bajar en
repetidas

ocasiones hasta mi trasero, se para en las lumbares

para continuar masajeándome en esa zona tan

castigada por mí y volviendo a revivir que ha

masajeado parte de mi cuerpo. No sé dónde se encuentra colocado, pero lleva su toque a todos mis

músculos castigados olvidándome de que alguna vez

me dolieron.

Con las piernas se entretiene tanto como con la espalda y las masajea de arriba abajo; primero una y

después otra, haciéndolo también al mismo tiempo una

vez que cada una ha tenido su propio trabajo. Sus manos se centran en la curva de mi trasero que unen

mis muslos y en mi piel interior cercana a mi sexo;

ahora puede ver que realmente he debido de dejar un

rastro de humedad. No puedo evitar gemir cuando sus

manos llegan a la planta de mis pies, pasando sus nudillos sobre ellos y haciendo que le susurre que no

pare nunca más, me ha escuchado porque me ha regalado una pequeña carcajada.

Bastian ha terminado con el masaje y ya estoy

deseando quejarme para que me de otro, estoy

mentalizada para levantarme cuando escucho de nuevo

ese sonido que he ido oyendo desde que empezó.

Siento como intenta expandirse el aceite de mi espalda

antes de que las manos de mi marido se encarguen de

que no vaya a ningún lugar, porque comienza

nuevamente un lento masaje sobre mi espalda que se

extiende por todo mi cuerpo, otra vez.

Pierdo la noción del tiempo sintiendo que mi

hombro es apretado por su mano y está girándome.

Me deja de nuevo de lado, cierra el vacío donde

colgaba mi barriga y me coloco de espaldas sobre la

camilla; ya no siento el dolor de estos pasados días.

Quiero mirarle, que me mire de vuelta y me sonría,
que

bese mis labios, que extienda sus besos por mi
mandíbula y se pierda en mi cuello. Del resto me
encargo yo. Sin embargo, mi marido vuelve a
echarme

aceite por mi cuerpo y ahora tenemos un problema;
estoy demasiado excitada como para que no vea
que

mis pezones no están erectos por el frío y que si
estoy

mojada no es por el aceite, si no por mi excitación.

Pienso en preguntarle si todo está yendo bien
para él también, pero rápidamente empieza de
nuevo

con el ritual de masajearme la clavícula, los
hombros,

el cuello, extiende sus manos masajeando mis
brazos y

llega hasta mis dedos; sus movimientos hacen que
gima en voz alta cuando aprieta la palma de mi
mano.

Rodea mis pechos mandándome mensajes sobre lo
que

está haciendo, matando mis ilusiones de poder
tener

sexo sobre la camilla porque solo va a masajear
mi

cuerpo. Con la barriga es más suave, solo extiende
el

aceite y baja su boca para besarla en más de una

ocasión, debe de verme sonriendo como una madre orgullosa porque sabe que amo que lo haga. Evita tocar mi entrepierna, ni siquiera la roza para deslizar

sus manos sobre mis piernas y repetir la misma acción;

esta vez, coloca las plantas de mis pies sobre la camilla

y las masajea de diferente forma, haciendo brotar mis

muslos entre sus manos y antebrazos. Vuelve a mis

pies y él no sabe que estoy rodando los ojos cuando me

masajea cada uno de mis dedos, no deja ningún

espacio sin tocar y torturar con su extrema

dedicación.

Me mentalizo que va a acabar una vez que pasa sus
dos manos al mismo tiempo por mis piernas
mientras

repite otra vez algunos movimientos, se deslizan

lentamente hacia arriba, besando mi barriga,

esquivando mis pechos y llegando hasta mi cuello.

He llegado a pensar que había acabado pero él

está detrás de mí masajeando mi cara, la
mandíbula,

mis pómulos y la sien que tantos quebraderos de

cabeza me ha dado porque Bastian dice que la
muevo

cuando me enfado. Pierde sus manos en mi cabello

y

vuelvo a gemir, masajea mi cabeza revolviéndome el

cabello lo suficiente para que no deje nada sin palpar.

Al sentir que sus manos dejan mi cabeza quiero

suplicar por más, fingir que he recibido algún pinchazo

en mi cuerpo y que necesito sus manos sobre mí otra

vez urgentemente. Sonrío porque ahora está a mi lado

tocándome y masajeándome de nuevo. Ahora me

pondrá bocabajo de nuevo y comenzaremos, soy su

esposa, su esposa embarazada y me lo debe.

– Cariño – su voz ronca ha hecho que me excite
y tenga otro orgasmo.

– ¿Sí? – Susurro.

– ¿Conoces el masaje tantra?

– No.

– Me alegro, porque es la primera vez que
vamos a probarlo juntos.

Su mano se arrastra por mi barriga para plantar
sus besos sobre mi piel y llegar a un punto que
debió

de haber atendido antes. Me hace feliz el cómo me
está obligando a abrirme las piernas,
flexionándomelas

sobre la camilla aunque sobresalgan un poco y
dejar

que mi sexo sienta el frescor que necesita. Pasa su
mano ligeramente sobre mi entrepierna y gimo en
respuesta. Se pierde acariciando mi muslo interior
provocando que mi sexo actúe por sí solo y
anhelando

su toque. Estoy concentrada con su mano en mi
interior cuando de repente siento que mis pezones
son

apretados ligeramente, mi reacción ha sido mover
mis

brazos pero me ha chistado y los he dejado donde
están. Aprieto la camilla fuerte porque su dedo ha

abierto mis labios para jugar con mi humedad, los
otros

están acariciando mis pezones, saltando de uno a
otro

y entreteniéndose en aquel punto que me hace
elevar

mi cadera pidiendo por más. Su dedo en mi sexo
evita

entrar dentro de mí para subir y masajearme

lentamente donde tanto le gusta hacer con su boca,
no

puedo concentrarme con sus dedos sobre mis
pezones

y la excitación que siento mientras me masturba

suavemente, llevándome al límite y dejándome en
la

línea de meta sin haberla cruzado. Necesito su toque,

que me abrace, que se acerque, que bese mis labios o

me haga saber que está aquí a mi lado y no está concentrado en excitarme hasta provocarme un

orgasmo. Deja de tocarme para seguir masajeando mis

muslos olvidándose que ha estado explorándome hace

unos segundos y estaba a punto de explotar de placer.

Intenta distraerme y cuando me estaba

mentalizando que se había acabado, vuelve a

provocarme lentamente, encendiéndome otra vez.

Su

pulgar juega con mi sexo de arriba abajo y
masturbándome otra vez. Le necesito dentro de mí
pero me olvido cuando me pellizca mis pezones,
fusionándose con el placer de sentir sus... ahora
dos

dedos, masajeándome y suplicando que no pare
nunca.

Le susurro que quiero más y Bastian entiende que
ya

he sufrido suficiente porque deja de tocar mis
pezones

para abrirme los labios de mi sexo y sacar de mi
sistema el orgasmo merecido que mi marido ha
hecho

posible.

– Más – susurro, él se está riendo.

Abandona el toque de mi cuerpo trasteando mi cabeza y desata el nudo del pañuelo. La oscuridad absoluta ha acabado porque besa los párpados cerrados de mis ojos, los abro lentamente y veo a mi

marido con una sonrisa en su cara. Besa mis labios perdiéndose en el mordisco de mi labio inferior.

– Hola – susurra.

– Hola.

– Eres mi esposa. Mía – ruge ronroneando, besándome otra vez.

– Soy tú esposa y tuya. He decidido no ir a un spa nunca más, – sonrío – sabes jugar tus cartas muy

bien, Señor Trumper.

– Solo yo voy a tocar tu cuerpo. Vamos, tienes que levantarte, hagámoslo con cuidado.

– Oh, es verdad, tenemos que irnos a la cena.

– ¿Cena? – Arruga su entrecejo y mira a su entrepierna, su erección debe de estar matándole – voy a follarte tan jodidamente duro que te olvidarás

hasta de respirar.

CAPÍTULO 19

– ¿A qué hora Nancy?

– Ocho en punto, pero hay que estar quince minutos antes para que nos guíen a la mesa.

¿Contenta?

– Llamaré dentro de diez minutos por si se te ha olvidado – creo que los Trumper han salido a la madre

y no al pobre padre quien sufre los constantes agobios

organizadores de su esposa.

– Estaremos aquí, vamos a pedir comida china,

¿te apuntas?

– ¡NO! – Una voz grave resuena en la otra

parte de la casa.

– ¿Quién ha sido?

– Ems, no lo sé todavía. Te tengo que dejar

Margaret, hay mucho que empaquetar en esta casa
y

mi marido no hace nada.

– Mano dura Nancy, mano dura. Te quiero. Sed
puntuales.

– Ocho en punto y quince minutos antes para
que nos guíen a la mesa.

– Estoy orgullosa de ti.

Muerdo mi labio pensando en que aún no me
acostumbro a que mi suegra me ame tanto,

inclusive

que lo hiciese antes de conocerme, aunque ella a veces

saque el carácter Trumper, es pura dulzura.

Suspiro terminando de fregar los platos del desayuno, estoy segura que dentro de diez minutos llamará de nuevo para recordarnos a qué hora debemos de estar allí. Esta noche vamos a asistir a una fiesta que organizan todos los años los amigos de mis suegros, Margaret está ilusionada con la idea de que va a presentarme como su nuera y a presumir de mi

embarazo. Bastian me ha prometido que cenaremos
y

que después de saludar a todos volveremos a casa
ya

que me ha prometido la segunda parte del masaje
que

me dio ayer. Aún estoy adolorida por como mi
marido

cumplió su amenaza de follarme hasta caer
dormida.

Los gritos que se oyen de fondo son graves y
sonoros. ¡Cómo no! Lanzo el trapo a la encimera
esquivando las meadas nuevas de mi cachorro y
me

adentro en la ya vacía, habitación de los invitados.

– ¿Qué ocurre ahora?, ¿no podéis dejar de gritar? – Me cruzo de brazos.

– ¡Incompetente! – Bastian grita a su hermano Sebas.

– Esta es la parte trasera, lee las instrucciones.

¡Trasera!

Me siento en uno de los dos sillones que aún no

hemos

quitado

ya

que

el

mobiliario

está

desapareciendo poco a poco, según Bastian,
usaremos

muebles que hayamos usado los dos en nuestra
nueva

vida, no los antiguos que tenía como soltero.
Bastian se

ha levantado tan feliz esta mañana que se ha ido al
garaje, ha visto que sobresalía una de las cunas de
dulce bebé y la está montando porque su orgullo
no le

permite hacerlo en otro momento que no sea ahora.

Sabe que estoy agobiada, que Perro no deja de
mearse

por todos lados y que aún tiene que ayudarme con mi

habitación; todavía no sé dónde voy a meter todo lo

que me ha comprado. Estoy muy emocionada porque

al final nos quedamos con la gran mansión de la que

Greta me habló la primera vez; no son por los cientos

de hectáreas, es por la ilusión de mudarnos juntos y

empezar a montar la habitación de dulce bebé. Vamos

a empezar juntos nuestra nueva vida muy felices porque no podemos fingir que no lo somos, e

ilusionados más que nunca porque el primer miembro

de la familia vendrá en septiembre y no hay nada

mejor en el mundo que poder tener a dulce bebé con

nosotros.

– ¿No sabes leer? – Bastian le está replicando

– fondo superior, fondo inferior.

– Ese no es el fondo superior, es este que está aquí.

Acaricio mi barriga negando con la cabeza, mi

marido no dará su brazo a torcer y mi cuñado mucho

menos... que lo único que me ha dicho cuando ha

entrado por la puerta era que donde mierda iba a poner

su chaqueta si las sillas del comedor ya están afuera

empaquetadas y listas para llevarlas a la nueva casa.

– Amor, – intento sonreír pero no me apetece –

¿por qué no dejas eso para más tarde? Tengo hambre.

– Has comido hace un rato.

– ¿Un rato? Llevas toda la mañana aquí. Ese rato ya ha pasado.

– Si mi hermano no fuera tan listillo hubiéramos terminado en cinco jodidos minutos – Bastian eleva

más la voz haciendo que Sebas le gruña aún más.

– Sabes que yo he montado más de una cuna y

por eso te has arrastrado para que te ayude.

¿Dónde

queda tu hombría?

Bastian se levanta con uno de los palos de

madera en la mano y reta a su hermano con la mirada.

Si mi suegra estuviera aquí intervendría, pero yo no soy

ella, si se quieren matar que lo hagan en la habitación

de invitados. Llamo a Perro con la mano y mi

cachorrito me persigue mientras me dirijo a la cocina,

pediré la comida china y a quién no le guste lo que pida, que no coma. Juego con una revista sobre la cara

de mi cachorro cuando el tercero en discordia aparece;

está enfadado, nada anormal si no fuera porque viene

de un recado y su cara tenía que ser diferente.

– ¿Sabe mi hermano que la puerta del garaje está abierta?

– Sí, estamos ems... empaquetando y sacando cosas afuera aprovechando que no lloverá. ¿Qué tal te

ha ido? ¿Dónde está?

– Afuera. Necesito otro nuevo. ¡BASTIAN! –

Grita a su hermano.

Sebastian sigue el sonido de los gritos de sus hermanos, esta vez discuten que la cuna es más pequeña que la de la foto y que van a denunciar a la empresa de las cunas.

Abro la puerta de casa para salir y poder ver uno de mis dos coches, Sebastian se ha encargado de recogerlo esta mañana, el otro me lo traerán la semana que viene y Bastian me ha prometido que hoy conduciría un rato para aprender a usarlo. Sé que

me

ha mentido, pero vivo más feliz creyendo que soy una

mujer libre de conducción en un mundo lleno de

peligros automovilísticos y accidentes, según mi

marido. Las voces de los tres salen afuera en este día

caluroso y libre de nieve, Sebastian le está hablando de

como ha venido con él y de palabras técnicas en las

que me pierdo. Me excluyen tan pronto pasan por

delante de mí y ni siquiera se dan cuenta que es mi

coche y me hace ilusión tenerlo, que quizás ellos están

acostumbrados a todos, pero tener uno para mí significa un grito de independencia que espero ganarme con el paso del tiempo, si Bastian cede a dejarme que conduzca por supuesto.

– Más suave, el derrape no afecta a la goma de la rueda y se agarra. Me preocupa la nieve o la humedad, creo que le haría falta un cambio de neumático – les explica Sebastian y frunzo el ceño.

– Son bonitos, – los tres me miran – los neumáticos. Están perfectos y el coche también lo es.

– Bozal – susurra Sebas y le miro entrecerrándole los ojos.

– Qué gracioso estás hoy.

– Es que lleva tiempo sin follar – responde

Sebastian por él, Bastian está comprobando algo dentro del coche.

– No todos jugamos con las mujeres como tú, – replica Sebas – si no cuéntale a Nancy porque no quedaste con Rachel anoche.

– Hijo de... – Sebastian se acerca a Sebas para pegarle pero Bastian les gruñe saliendo del coche.

– Nancy, los neumáticos no son seguros y no me fio del motor. Demasiado ligero para ti.

– ¿Qué significa ligero?

Veo como Sebas golpea en el vientre a su hermano y este le responde, Bastian está mirando a mi coche por fuera.

– Digamos que presionas el acelerador, no oyes el motor, te crees que no corre el coche y cuanto menos te lo esperas, estás conduciendo a doscientos por hora.

– ¡Exagerado!

– Es la verdad, si ya te cuesta conducir uno medianamente normal como el trozo de hojalata que conducías antes, imagina este, es como deslizarte

por

la carretera, – me vendería ahora una enciclopedia con

un cortador de uñas de regalo y se le compraba – además, cariño, suma este pequeño percance al problema femenino.

Sus hermanos se ríen, es decir, Sebastian se ríe y Sebas no ha gruñido, eso es un avance.

– ¿Problema femenino?

– Ya sabes, – Bastian sonrío – los escaparates, los zapatos de otras que ves pasar por la acera y una

infinidad de problemas femeninos que, no te culpo

cariño, pero es una distracción bastante seria.

– Hoy no folla – susurra Sebastian.

– Eres un machista Bastian, – me cruzo de

brazos enfadada – ¿cómo te atreves a acusarme de

que me distraigo con los escaparates o con los

zapatos? ¡Eres un idiota!

– Nena, sabes que es verdad, – se mete la

mano en los bolsillos de sus vaqueros caídos – las

mujeres no saben conducir y tú no vas a ser menos,

pero eh, no te quejes, tú tienes la suerte de que
tienes

quien te lleve, piensa en esas mujeres que...

Se calla porque he cogido una piedra que adorna

el jardín y se la he tirado a la cabeza. Me frunce el ceño y agacho mi cuerpo para tirarle otra, el muy inteligente se acerca al coche, me importa una mierda

si la siguiente se estrella contra el vehículo. La tercera

vuela y le da en su hombro, veo a sus hermanos divertidos viendo la escena y les lanzo dos a ellos que

me gruñen en respuesta.

– Tú y tú, largo – señalo dentro de la casa y

mis cuñados obedecen. Bastian quiere ser gracioso y

entrar con ellos, pero otra de las piedras que le lanzo

hace que se detenga y me mire enfadado –

¿problemas masculinos? Porque si eres tan macho no

te deben de asustar unas cuantas piedras.

– Eres una acometedora compulsiva con obstrucción a tu pequeño, pero lindo cerebro.

– Y tú eres un machista que está poniendo excusas de nuevo para no dejarme conducir como me habías prometido.

– Yo no te he dicho que no vayas a conducir, te he dicho que el motor no es seguro ni las ruedas tampoco. ¡Conducirás cuando me plazca!

Se adelanta para entrar en casa y le lanzo una planta que he arrancado ferozmente, veo como le resbala la tierra por la camiseta gris que se ha puesto.

El flequillo que le cuelga de la frente tapa las arrugas

de su ceño fruncido imaginando mil escenarios conmigo estando atada y con la boca cerrada.

– Eso te pasa Señor Trumper, ¡por ser un maldito agrio!

– ¿Agrio?

– Sí, agrio.

Levanto la barbilla orgullosa y antes de llegar a

la puerta me ha cogido en brazos, y me está
mordiéndome

el cuello mientras nos dirigimos al coche. Me
estoy

riendo cuando me lanza al asiento del conductor

apretándome el cinturón de seguridad. Doy
palmadas

mientras rodea el coche y se sube a mi lado porque
he

ganado una batalla muy importante para mí. Al
entrar

gruñe de nuevo y empieza a apretar botones en el
coche, está tan sexy cuando se enfada que quisiera
provocarle más veces para ver hasta dónde llega.

Pongo ambas manos en el volante con una

sonrisa en la cara mientras él refunfuña que no me he

acercado lo suficiente, que me he olvidado de ajustar

los espejos y una infinidad de acciones más. No las he

hecho porque sé que no vamos a salir de la zona, como

muy lejos, llegamos a la casa de Ryan y volvemos. Me

da instrucciones de cómo arrancar el motor y cuando

lo consigo, me lanzo a la aventura presionando el acelerador y saliendo con un derrape que hacen chirriar las ruedas traseras.

– ¡Nancy! ¿Quieres matarnos a los tres?

– ¡Llorón!

– ¡Incoherente!

Sonrío abiertamente porque me he lanzado a la conducción; no voy a ir muy rápido porque no siento el

motor y no puedo mirar el velocímetro al mismo tiempo, tampoco sé si las luces correctas están

funcionando y me he olvidado de ajustar el espejo de la

otra parte ¡joder! Tiene razón completamente, no puedo hacer más de una cosa mientras conduzco, ni

siquiera sé cómo puedo reajustarme el cinturón sin

frenar porque me está presionando la barriga y dulce

bebé no estará feliz ahí dentro. Paro del coche tras

haber avanzado algunos metros mientras Bastian mira

por su ventana girándome la cara. Cuando le veo tan

orgullosa le sacudo con mi mano restos de tierra que

aún le caen por su camiseta.

– Creo que ya he terminado aquí, – no me mira,

ni siquiera me da una señal – vale, Bastian, he captado

el mensaje. El motor no va bien y es demasiado

moderno para conducirlo sin tu ayuda; ayuda que

necesitaría si dejaras de refunfuñar por todo.

Me quiere hacer rabiar con su mirada perdida en el horizonte. Lucho por sacarme el cinturón de seguridad y gateo hasta estar sobre él. Le muerdo la

cara moviéndome sobre su cuerpo, mordisqueándole la

oreja, el cuello y el hombro para conseguir que mi marido esté de vuelta. Como sigue sin reaccionar me

cruzo de brazos apartándome cuando por fin logra mirarme; está enfadado.

– ¿Por qué paras? Tienes que trabajar mucho por haber herido mis sentimientos.

– ¿Qué? Yo no... – pone su dedo índice sobre mis labios.

– ¿Cómo te atreves a acusarme de que no te dejo conducir y esas sandeces que has soltado por tu

boca? No soy nada feliz contigo ahora mismo, si estuviéramos en el siglo quince te hubiera llevado a las

mazmorras y solo bajaría para alimentarte y follarte.

Abro la boca en desacuerdo porque se está riendo, agarra mi cintura y ahora soy la que frunce el ceño.

– ¡Eres un machista, controlador y acaparador!

– Lo sé, pero admite que amas al machista,
controlador y acaparador que te da los mejores
masajes del mundo.

– Y un bobo.

– Un bobo al que amas tanto vestido como
desnudo, – ahora es él quien muerde mi cuello –
solo

quiero lo mejor para ti nena, necesito saber que
estás

bien si vas a conducir algo que puede provocar
que tú

vida o la de alguien acabe en menos de una décima
de

segundo.

– Sé conducir. Si no me presionas.

– Lo sé nena. Te prometo que estaré a tu lado cuando quieras conducir, me llevarás contigo a todas

partes y me encargaré de protegerte – me pierdo al sentir su lengua bajando por mi cuello – ¿entendido?

– Sí.

– Bien. Volvamos a echar a mis hermanos, quiero repetir lo de ayer y no vamos a tener tiempo antes de llevarte a un lugar antes de la fiesta.

Subo una ceja hacia arriba y sonrío besándome

en los labios.

Mucho más tarde, cuando ha cumplido su promesa de echar a sus hermanos, de repetir lo de ayer y de invitarme a comer; nos encontramos en un

atasco en plena Avenida Michigan por las obras que se

están produciendo. Tenemos a Perro con nosotros porque lo hemos llevado a correr un poco, bueno, lo

hemos llevado para que corra y que Bastian le persiga

porque no quiere estar con nosotros. Hemos pasado un

momento divertido y el pequeño duerme

plácidamente

en su cuna de coche que le compramos. Nuestros teléfonos no paran de sonar y cuando queremos ignorar a Margaret, ella nos manda mensajes amenazándonos con lo que nos pasará si no le cogemos la llamada. Bastian, enfadado por el atasco y por el constante abuso de su madre, descuelga el teléfono en manos libres una vez más.

– Madre – suspira avanzando.

– ¿Estaréis en casa a las siete y media? He decidido que vamos a ir a recogeros.

– Margaret, no vamos a ir a ningún sitio y para

esta noche voy a seguir embarazada.

– Conozco a mi hijo y hará que no vengáis,
como en la cena de anoche.

– Madre, ya te dije que Nancy se encontraba
mal. Ya has tenido a Perro toda la noche,
confórmate
con eso.

– Bastian, no me desafíes que tendrás
consecuencias.

– Nunca me atrevería, madre.

Entre algunas amenazas más que llegan a
ninguna parte porque acabamos diciéndole que nos
recojan, colgamos la llamada nuevamente y

esperamos

por la siguiente que no tardará en sonar. Bastian me ha

dicho que todos los años antes de primavera, los

amigos de sus padres hacen la fiesta para alardear de

sus vidas. Se supone que van todos los miembros de

las familias y los Trumper siempre han ido juntos, pero

estos años atrás, había comentarios sobre una

desastrosa familia porque ellos eran adultos y no se

habían casado ni tenían hijos. Mi marido dice que este

año Margaret va a estar entre rosas porque va a presumir de nuera y futuro nieto, algo que le entusiasma a mi suegra y el motivo por el cual no puede dormir desde hace una semana que nos lleva advirtiéndome que no nos escapemos.

Miro hacia Perro que no se mueve y pongo la mano sobre la pierna de Bastian que esquivo los coches para adelantarse y salir del atasco.

– ¿A dónde vamos ahora?

– Ya te lo he dicho, es una sorpresa.

– ¿Una heladería?

– Sabes lo que pienso de ti comiendo helados.

– Al menos cómprame algún pastel. Dulce bebé quiere comer pastel, me lo está diciendo.

– Te has comido mi mousse y casi pegas a la camarera para que te traiga el sorbete de limón doble.

¿No crees que ya llevas demasiado dulce en tu cuerpo?

– Quiero más. Quiero un sorbete de limón y almendras. No, quiero un sorbete de limón con almendras y sirope de fresa. ¿Por favor?

Gira la cabeza mirando por su ventana para ignorarme, siempre lo hace cada vez que le suplico con

algo que no aprueba. Al menos hemos avanzado y no

me grita a la cara por mi inconsecuencia sobre la comida.

Frena el coche en mitad de una calle familiar

pero no está transitada por coches porque las obras

cortan la calle; en la otra punta podemos ver que

hemos dado la vuelta y que trabajan firmemente en las

aceras. Bastian se baja del coche y espero a que me

abra la puerta, cuando lo hace, intento abrir la de Perro

para que salga con nosotros pero me niega con la

cabeza.

– Será un momento, no nos vamos muy lejos.

Frunzo el ceño porque ha puesto sus dos manos

sobre mis hombros y rodeamos el coche hasta que nos

colocamos delante de la puerta del conductor. Mi

marido no deja que le mire para averiguar qué está

pasando y por qué nos entretenemos tanto con la de

cosas que tenemos que hacer antes de ir a la fiesta.

– ¿Bastian?

– Mira bien. Ciega.

– ¿Qué miro?

No veo nada, solo edificios, una acera, una

planta muy fea en la puerta de un edificio, unas

personas sentadas en un banco, algunas tiendas y una

que me llama la atención, ¿una tienda de Macy's?
No

la había visto. Giro hacia mi marido besándole en los

labios.

– ¿Ya lo has visto?

– Sí, vamos, corre, – tiro de su mano pero no se
mueve – muévete Trumper, quiero ver si quedan
esos

merengues con bizcocho de fresa.

– Nancy, – frunce el ceño – no es Macy's. Ven

aquí.

¡Qué carácter!

Me guía de nuevo hasta posicionarme delante de él, coloca ambas manos sobre mis hombros de nuevo pero una de ellas se desliza hasta mi barbilla y

hace que la suba para encontrarme con mi nombre.

No, para encontrarme con mi nombre encima de un edificio resguardado entre dos. Frunzo el ceño porque

no entiendo nada, no debe de tener más de diez plantas

y parece de última generación; los cristales son negros,

es plateado y mi nombre encima del edificio es lo que

más llama mi atención. Está bordado con color dorado

y brilla por los últimos rayos de sol que le llegan desde

la parte de atrás.

– ¿Qué es esto?

– Tu propia empresa, – me giro para ver que

está sonriendo orgulloso – siempre te quejas, barra,

avergüenzas de ser una Trumper. Eres persistente en

que no me necesitas para hacer tu carrera profesional

y te niegas a trabajar en alguna de mis, barra,
nuestras

nuevas empresas por el simple hecho de haberte
casado conmigo. No quieres que te ayude, te
extiendo

la mano y la rechazas continuamente; por eso he
pensado en regalarte un edificio virgen y casto con
tu

nombre y sin apellido para que inicies tus planes
ahí

dentro, sin mí y sin mi ayuda.

– ¿Me has comprado un edificio?

– Digamos que no es un edificio cualquiera,

mira bien nena. Tu nuevo trabajo está entre dos

edificios de mi propiedad y aquí detrás trabaja

Sebastian. Sí mi amor, ya que no puedes
despegarte de

mi cuerpo al menos estarás más cerca.

Me quedo exhausta admirando el edificio que
tiene mi nombre y que va a ser para mí, pero dado
que

nos acabamos de comprar una casa de ochenta
millones de dólares; este regalo se queda en nada.
Me

sorprenden las palabras de Bastian y sus
pensamientos

sobre que me avergüenzo del apellido Trumper;
quiero

hacerle entender más tarde que no es así, que solo

me

avergüenzo de cómo me traten sin conocerme por haberme casado con el mejor hombre del mundo. Echo

un vistazo a este edificio y supongo que no está tan mal empezar desde cero con ayuda de un edificio virgen, y como no, rodeada de edificios donde seguro,

estará mi marido para vigilarme todo el tiempo.

Sus brazos rodean mi cintura abrazándome y suspirando mientras coloca su barbilla sobre mi hombro.

– Gracias, me ha gustado – digo impasible

porque no sé qué decir.

– ¿Solo gracias? Creía que ibas a saltar por todo lo alto.

– No me lo esperaba, quiero decir, no me esperaba que ibas a ceder tan enormemente en dejarme volar profesionalmente.

– Cariño, que te regale un edificio para tus juegucitos, no quiere decir que vayas a volar. Tal vez

montes una guardería infantil para que puedas cuidar a

nuestros nueve hijos. Aún no lo visualizas desde aquí,

pero tu edificio y el mío se conectan por un túnel

exterior que da a la otra parte. Sí cariño, sé que te hace ilusión tenerme trabajando en el despacho de al

lado. Intenta no poner tus manos sobre mí todo el tiempo y déjame trabajar. Provocadora.

– Obsesivo.

– Por y para ti, – muerde mi cuello – ¿te ha gustado?

– Mucho, – giro sonriéndole de nuevo y

perdiéndome en el aroma de su cuerpo – me gusta que

tengas la mente abierta y que aceptes que tendré que

volver al trabajo pronto.

– Quiero darte lo mejor, intento darte lo mejor y
deseo ayudarte aunque no me dejes. Te quiero
cerca

de mí, ya sabes, por eso de que las mujeres
necesitáis

la sabiduría de un hombre. En tu caso, me
necesitas a

todas horas y no quieres separarte de mí.

– Eres un...

– Te amo mi bella doncella, – besa mis labios

mientras me río a carcajadas sobre su él –¿qué?!

– Perro se acaba de mear en el coche.

Bostezo por el aburrimiento de la fiesta.

Hemos cenado hace un rato y ahora nos

encontramos en la pista del cocktail donde
pequeños

grupos de personas hablan entre sí. Dado que
todos se

conocen aquí, yo soy la nueva sensación del
momento

y mi suegra no se corta en decirles a sus amigas
que

va a ser abuela. No he parado de sonreír hasta
hace

un rato; Bastian y yo hemos sido rescatados por
sus

hermanos cuando nos han visto en apuros rodeados
de

mujeres mayores que ladeaban su cabeza para ver

el

volumen de mi barriga. Si supieran que mi marido me

escoge la ropa y ha decidido ponerme un vestido que

me tapa todo el cuerpo, tendrían otra visión de los Trumper.

Ellos tres están hablando sobre coches y

política, yo meneo mi copa con zumo que Bastian ha

llenado para mí e intento no morirme de sueño. Estoy

deseando ver a perro, Ryan se ha quedado con él y

dice que no se suele mear en su casa, sale al jardín y lo

hace fuera, ¿cómo lo hará? Me he pasado todo el día

intentando educarle para que lo haga al menos en la

calle y lo único que conseguido es que me saque la

lengua para lamirme la mano cuando le indicaba

donde hacer sus necesidades. Mi marido dice que no

soy firme ni constante y que lo malcrío dándole

golosinas a escondidas; pero es un cachorro, no puedo

hacer nada, es ley de vida, a un cachorro se le

consiente y a un marido refunfuñón no.

Bastian no ha soltado su agarre de mi cintura

porque ha captado el mensaje sobre mi interés en los

temas políticos o económicos en los que nos hemos

envuelto. Hago un repaso a todas las personas que hay

en la sala y la mayoría de los jóvenes estamos igual de

aburridos, las madres o abuelas presumiendo de las

hijas o nietas y los hombres riendo con una copa de

champagne en la mano e ignorando a las mujeres. He

conocido a mucha gente pero he olvidado el nombre de

todos, mis cuñados me han dado la versión más reducida de la alta sociedad que se encuentra en esta

fiesta. He de admitir que me he fijado en las posibles

mujeres que puedan echarle el ojo a mi marido; él no

se separa de mí pero lucharé contra quien sea para que no hagan ningún movimiento extraño.

Bebo de mi copa riéndome mentalmente de los celos que han nacido en mí desde que conocí a

Bastian, ya no es un hombre inalcanzable o alguien que

me manipulaba para que me creyera que existía un

futuro con él. Ahora estoy casada con ese hombre
y

no habrá nadie quien me lo quite. ¡Nadie!

La palma de la mano de mi cuñado casi se
estampa en mi cara y mi marido le golpea
regañándole.

– Despierta, si es muy divertido. Todavía queda
lo mejor – dice Sebastian.

– ¿Más? Después de haberme comido cuatro
piezas de carne grasienta no creo que tenga cuerpo
para nada más.

– Por eso estamos de pie, para bajar la comida,
¿o no? – Sebastian mira a sus hermanos que están

gruñéndole el camarero qué insiste en que cojan unas

copas de champagne.

– ¿Cuándo se acaba esta tortura? – Le susurro a Bastian.

– Nancy, cariño – mi suegra viene acompañada de otra mujer que juro haber saludado ya si no tiene el

mismo pelo gris que las doscientas mujeres de aquí.

– Hola.

– Es mi nuera, la de mi Bastian, mi hijo mayor.

– Qué bonita es.

– Y gorda – Sebastian añade felizmente.

– Ya conoces a mis dos hijos restantes, Sebas, mi segundo y Sebastian, mi pequeño.

– Sí, todo lo tiene pequeño – añadido

disimuladamente con una sonrisa haciendo que Bastian

y Sebas se rían de su hermano.

Aguantamos unos minutos de agobio con esta

mujer que no dejaba de tirarle los tejos a Sebas, ya se

han ido emocionadas a otro grupo de mujeres y

nosotros nos hemos apartado un poco más. Bastian no

afloja su agarre, está un poco nervioso porque hay

hombres que pueden llegar a mí y se niega a que

tenga

ningún contacto con ellos, y es una decisión

irrevocable. Intento que se relaje un poco cuando
otra

mujer mayor viene a nuestro grupo de cuatro.

– Pero si son los Trumper, – la mujer se tira a

los brazos de Sebastian para besarle la cara y hace
lo

propio con Sebas, pero mi marido se distrae
dándome

un beso a mí para evitarla. Ya entiendo, veo de
rejo

que mis cuñados se apartan las babas de la cara
con

un pañuelo que han sacado de sus bolsillos – y tú

debes de ser la encantadora novia de Bastian.

– Mi esposa, Señora Sallen.

–

Encantada

de

conocerte

querida.

Enhorabuena por el bebé.

– Gracias – contesto educadamente.

– Voy a buscar a vuestra madre antes del momento de la tarta.

¿Tarta? La mujer se da la media vuelta yéndose

y Bastian me gira la cara para no mirarme. ¿Cómo se

atreve a ocultarme que hay un momento de tarta en esta fiesta? Golpeo su brazo y me mira bufando.

– ¿Por qué no me has dicho lo de la tarta? Me hubiera animado más.

– ¿Animarte más pequeña golosa? Te has comido nuestros postres y con los merengues que me

has hecho comprarte en Macy's son más que

suficientes para tu organismo. Además, la tarta está

malísima.

– Mentiroso – Sebastian provoca a Bastian.

– Voy a comer tarta, es lo menos que puedo

hacer ya que me obligas a venir a esta estúpida fiesta

pudiendo salir con mis amigas.

– Amigas que están en casa de Diane y Bibi.

No serás bienvenida allí.

– No todo es lo que estás pensando, van a hacer cosas divertidas también – levanto mi barbilla.

– Sin ropa – añade Sebas que lamentablemente se niega a decir más de dos palabras simpáticas.

– Eso no tiene nada que ver, no todo gira alrededor del sexo con mujeres. Son personas normales.

– ¿Quieres que vayamos y lo ves por ti misma?

– Bastian mira el reloj – son las once y media, creo

que vas a llegar comenzando la fiesta.

– Qué gracioso, – me burlo de Bastian que me da un beso en la frente y me dirijo a Sebastian – pues

Rachel está con ellas, ahí lo dejo.

La cara de Sebastian se arruga y Sebas niega con la cabeza. Menos mal que mi marido ha captado el

significado de mi pequeño puñal hacia mi cuñado y se

está riendo.

– ¡Te dije que le pusieras un maldito bozal! –

Susurra Sebas a mi marido.

– Vamos Sebastian, no te quedes callado

imaginándote a Rachel allí. Total, es una fiesta entre

chicas y harán lo que siempre hacemos cuando nos reunimos; un poco de críticas y sexo pervertido unas

con otras – me río a carcajadas y ahora Bastian me mira mal.

– ¿Has ido a sus jodidas fiestas de lesbianas?

– ¿Qué? No, no he ido, – su gesto duro hacia mí sigue impasible – en serio, no he ido.

– Has dicho, “lo que siempre hacemos cuando nos reunimos”. ¿Eso quiere decir que hay un nos?

– Te lo dije, – Sebas vuelve a susurrar – atada y con bozal.

– ¡Oh Sebas, deja de ser un amargado y déjame en paz! Para tu información Bastian, estaba tan preocupada en comerme la comida que veía a mi alcance que me olvidé de ir a sus fiestas. Ya sabes que

no he tenido contacto con ellas, solo con Trevor.

– ¿Te has ido con Trevor a otras fiestas? –

Bastian está tan inquisidor que estoy empezando a agobiarme.

– Claro Bastian. Sacaba a su pequeña pelota que crecía por días a fiestas de sexo salvaje, si supieras la de cosas que he hecho en tus ausencias...

no me creerías.

– Oh, oh – Sebastian bebe de su copa porque sabe que va a presenciar una discusión, yo también lo presiento.

– No juegues con eso. Cuentista.

– Impertinente.

– Obstinada.

Golpeo su brazo de nuevo antes de que alguien

empiece a anunciar que la tarta se va a servir en el pabellón de al lado. La cara se me ilumina como si me

hubieran dicho que hay dos Bastian más esperando por

mí en casa para tener sexo pervertido a todas horas

durante toda mi vida. Arrastro a mi marido para que

lleguemos los primeros y hacernos con los trozos de

tarta, no quiero que nadie me quite lo que me pertenece, ni a mí ni a los Trumper, porque pienso comerme todos los trozos que pueda robar de la deliciosa tarta gigante que ya estoy viendo desde

aquí.

– Lento, mueve tu trasero.

– ¡Nancy, por el amor de Dios, es solo una tarta!

– Son mis pensamientos cariño, – le susurro – me la imagino sobre tu cuerpo y yo lamiéndote poco a poco.

Ronronea porque le ha gustado mi comentario y no tarda en apartar a la gente con su brazo para que nos dejen pasar.

Cinco trozos de tarta después decido que no

comeré más cuando acabe la que está en mi plato.

Mi suegro me ha dado su trozo antes de

retirarse a una sala donde juegan a las cartas y
beben

alcohol del caro, mi suegra sigue de charla con sus

amigas porque se ha traído una fotocopia de la

ecografía de dulce bebé. Mis cuñados están
dispersos

en algún lugar vigilándome, porque seguro que
Bastian

les ha dicho que lo haga mientras él va al baño que

tengo justo detrás de mí justo al otro lado de la
pista.

Me ha ordenado que no me mueva y no lo haré,
quiero

demasiado a mi último trozo de tarta para
marcharme

e intentar acosarle dentro del aseo como ya he

intentado hace un rato. No es mi culpa, mi marido
sabe

que estoy en una fase de deseo sexual continuo, de
la

cual, no quiero salir en la vida si sé que siempre
voy a

tener a Bastian encima; o debajo, o de lado o en

cualquier parte de nuestra nueva casa que mañana

inauguraremos antes de hacer la mudanza. Estoy

deseando que sea mañana para poder enseñarle el

disfraz que encontré entre mis cosas y que nunca
ha

visto, aunque tratándose de Bastian lo ha visto y se ha

callado. También mañana le enseñaré las esposas y

verá la versión más porno de la autoridad cuando le ate

a cualquier lugar y me lucre con su cuerpo.

Sí, Bastian solo para mí.

– ¿Disculpa? – Me asusto porque estaba

emocionada y perdida en mis pensamientos escritos

con el nombre de Bastian. Muestro amabilidad a este

muchacho que me enseña sus dientes también.

– ¿Sí?

– Soy Claus, trabajo en un gimnasio de North Street.

– Oh, – ¿un amigo de Bastian?

– Conozco a Bastian de verlo por allí y siempre huyo cuando veo al jefe.

– No es tan malo, – me río – me he casado con él.

Levanto mi mano para certificarle que sea cuales sean sus intenciones, este trozo de persona que

engorda por momentos, está felizmente casada.

– Sí, lo siento, no quería decir eso exactamente, soy un idiota... – se ríe tímidamente y yo dejo el

plato

de mi tarta en una de las bandejas que pasan por nuestros lados cada dos minutos.

– No pasa nada.

– Os he visto durante toda la noche y no me

atreví a acercarme porque... – está nervioso y saca

algo que escondía detrás de él – iré al grano, me he

hecho un book de mis fotos para una agencia de

modelos y nunca me llaman. Sé que Bastian conoce a

mucha gente, quisiera pedirte por favor si puedes

dárselo y hablarle de esto.

Me da por reír porque nunca me había pasado

algo así. El chico es rubio, ojos oscuros y tímidamente

adorable, pero no sé si llega a ser guapo. Creo que no

veo a ningún chico guapo y además, me está usando

como cual gusano para que me arrastre por un tronco

y llegue a mi meta; que es mi marido. Ni por todo el

maldito oro del mundo va a escucharme Bastian

cuando le esté hablando de este tema. Sabrá que es un

hombre, me prohibirá el respirar.

– Yo... no sé si es buena idea. ¿Por qué no vas a otras agencias?

– Lo he intentado. No pasa nada – el chico me hace un gesto de simpatía sobre mi brazo tocándomelo

y automáticamente abro los ojos.

– ¡No! ¿Qué has hecho?

Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Y la figura de Sebastian me aparta de este chico inofensivo, pero que

ha hecho algo mucho más ofensivo que estará matando a Bastian si nos ha visto.

– Nancy, ¡maldita seas! – Sebastian me aparta

del chico gruñéndome.

– Solo estábamos hablando.

– ¿Hablando con ese gilipollas de McGregor que se folla a viejas para ganar dinero?

– Suelta mi brazo, me haces daño y te aseguro que te vas a enterar de quien soy yo cuando...

Me encara hacia el fondo de las mesas donde está el baño para ver que Sebas tiene acorralado a Bastian con la mano en su corazón. Cojo mi vestido

para que no me moleste al correr mientras doy pequeños saltitos, entramos por una puerta donde se

han metido y me acerco a Bastian que está a punto de

desmayarse.

– Te ha tocado – susurra dramatizando y ruego los ojos.

– No me ha llegado a tocar.

– Lo he visto, he visto como ponía sus sucias manos sobre tu brazo.

– Oh Bastian, – me acerco a él para calmarle y tocar su mano que sigue sobre el corazón – no pasa nada, ha sido un mal gesto, solo quería que...

– ¿Le promociones su book de fotos? – Me contesta calmándose – lo hace con todas las

mujeres

que conoce.

– Él no estaba conociéndome.

– ¡Sí, estaba! – Añade Sebas muy serio y le miro regañándole con los ojos, no me sirve de ayuda.

– No, solo quería que te lo diera a ti porque sabía que eres mi marido. Previamente he subido mi

mano para que vea que estoy felizmente casada, así

que deja de imaginarte otras cosas. Y no me asustes

de este modo, estás enfermo del corazón y voy a

enfadarme cómo te de otro infarto.

Se recompone gruñéndome y llevándome lejos

de sus hermanos. Tras cruzar algunos pasillos

entramos a una especie de baño que no está abierto
al

público. El lugar donde nos encontramos es grande
y

todavía no sé ni donde estoy, lo hubiera apreciado
más

si no fuera porque mi suegra no dejaba de
distraerme

cuando veníamos en el coche.

Bastian, nervioso por haber presenciado una

estupidez, me sube la manga de mi vestido y me
echa

agua. Resoplo frustrada pero le dejo que haga lo que

quiera, porque por mucho que le negara que no lo

hiciera, mis palabras irían a un fondo vacío.

Restriega

jabón sobre mi piel, añade un poco más de agua y no

se ha quedado satisfecho hasta que no ha visto que mi

brazo blanco está completamente rojo por haber frotado tan fuerte.

– Esto servirá – susurra.

– ¿No estás exagerando demasiado?

– ¡No, no exagero! Mi esposa ha sido atacada

por un alienígena y no permito que te haya tocado.

– Solo ha rozado la palma de su mano sobre la manga de mi vestido. Ni siquiera ha tocado mi piel.

– No sabemos dónde ha estado su mano. Podría haberte transmitido alguna enfermedad a ti o a dulce bebé. Moriría.

Baja la manga de mí vestido delicadamente mientras pone su mano sobre mi piel, besa todo mi brazo empezando por mi muñeca y acabando en mí hombro que muerde desconsiderablemente. Me regaña con que no puede dejarme sola y yo le sonrío porque

se ve muy adorable cuando actúa como un neandertal.

Abre ligeramente su boca para besar mis labios, me

agarra de la cintura estrellándome sobre las losas de la

pared y se esmera en besarme hasta no parar.

– Bastian, pueden vernos.

– No pueden – besa mi cuello sorteando el

vestido para meter su lengua dentro de él y llegar a mi

piel. Pero de repente se detiene cuando oímos unos

pasos que se acercan a nosotros.

– ¡Oh Dios, qué vergüenza, aparta tus manos de

mí! – Le doy manotazos.

La puerta se abre cuando él se estaba negando a alejarse. Sebas aparece en escena y su cara lo dice

todo, algo no va bien. Ambos mantienen una conversación secreta de hermano a hermano y me mantienen al margen de lo que se están transmitiendo.

– Tenéis que ver esto. Acompañadme.

Bastian no está muy seguro de salir, pero cuando yo lo hago, mi marido no duda y se une a mí

agarrándome la mano. Estamos siguiendo los pasos de

Sebas, el hombre que ha entrado en un baño e
interrumpiéndonos porque algo muy importante ha
debido de pasar. Salimos al mismo sitio por donde
hemos venido, siguiendo los murmullos de la gente
que
se agolpan en un balcón de afuera donde he estado
antes con Bastian besándonos.

Mi marido aprieta mi mano tan fuerte que me
hace daño, es su señal de que está muerto de
miedo

porque no puede controlar algo que todavía no
sabe y

no me ha prevenido lo suficiente, alejándome o
encerrándome en casa. Nos mezclamos entre la

gente

cuando nos encontramos con el muro que choca en mi

barriga y el perfume de Sebastian me avisa de que está a mi lado.

En frente, una escena que no dejará de perseguirme.

– ¿Qué ha pasado? – Digo yo primero porque

Bastian está abrazándome por la cintura, seguramente

apartando a algún hombre que pueda tocarme.

– Aviso de bomba – responde Sebas tan tranquilo.

Miro hacia Bastian y está moviendo su

mandíbula con la expresión más enfadada que he visto

nunca. Uno mis manos a las suyas acariciando mi

barriga y relajándome como supongo que debe de estar

haciendo él. Bill y Ria están siendo arrestados por el

FBI, hay un helicóptero que está volando el cielo y y

todos estamos viendo la escenita que están montando.

La gente murmulla y Bill está gritando el nombre de

Bastian, Ria está llorando y resistiéndose a dos

mujeres que le están metiendo en una furgoneta

blindada. Siento en mi cabeza el corazón de Bastian

latir más rápido de lo normal y no es porque está excitado o porque estoy andando desnuda; es por el

hecho de que ha escuchado lo mismo que yo, aviso de

bomba.

Los gruñidos de mí cuñado Sebastian resuenan

más fuertes que nunca uniéndose a los de Bastian que

le responde y Sebas que no tarda en hacer el mismo

sonido Trumper del que me he acostumbrado.

– ¿Cómo ha sido? – Pregunta mi marido.

– Rápido, – Sebastian responde – han salido de un coche dispuestos a entrar aquí y el FBI se ha presentado al instante saliendo de la nada.

– Lo sabía, – Sebas se encara a su hermano

Bastian y vuelve la vista hacia el frente – estarán una

buena temporada en la cárcel.

Río admirando la escena, no hace falta más

palabras. No sé si Sebas lo ha planeado, si ha puesto

punto y final a mi tortura, pero en parte me alegro de

que este pasando esto y no sé por qué. Bastian apoya

su barbilla sobre mi cabeza sin dejar de acariciar
mi

barriga y poco a poco la gente se disuelve
volviendo a

la fiesta. Me acabo de quitar un peso definitivo, en
un

futuro me preocuparía si mi marido no llegara a
casa

para la cena o si tuviera llamadas sospechosas;
ahora

sé que por fin, nuestra pesadilla ha acabado.

El circo que acabamos de ver desaparece y

con ellos toda la gente de alrededor. Bastian y yo
nos

quedamos solos mirando a las estrellas que hoy
brillan,

para mí, más que nunca.

– ¿Estás bien? – Pregunto porque creo que debo de hacerlo.

– Si la descarada de mi esposa no hubiera interaccionado con el sexo opuesto estaría mucho mejor.

Giro chocando mi barriga con su cuerpo y alzo mis brazos hasta dejarlos sobre el chaleco que le he

obligado a que lleve porque me encanta el tres piezas

de sus trajes. Le miro a la cara y me refunfuña que no

le comprendo porque no soy una buena esposa, ya

que

me atrevo a mirar a otros hombres sin su consentimiento aprovechando que estaba en el baño.

– ¿Y eso a que ha venido? – Ha arrugado la cara porque le he pegado fuerte en el brazo.

– Para que cierres la boca de una vez y respondas a mi pregunta, ¿estás bien por lo que acaba de pasar?

– Sí, lo estoy, – su voz es ronca – aliviado y en paz.

– ¿No te preocupa lo que hayan podido hacer?

– Están donde se merece. Para siempre.

– ¿Lo sabías?

– No, mi hermano ha investigado sobre ellos y me contó que no le había gustado lo que esos dos escondían. Ella pasaba cantidades bastantes grandes a

Tailandia y Bill las financiaba. Él era el correo entre

ella y los vendedores.

– ¿Por qué no me lo has dicho?

– Porque mi hermano me lo ha soltado esta mañana cuando estábamos montando la cuna de dulce

bebé. No sabía que iba a pasar todo esto delante

de la

gente que los conoce, que los ha visto en alguna que

otra fiesta y que han sentenciado a esos dos para siempre. Como yo ya lo hice.

– Van a estar encerrados toda una vida –

susurro mirando a las estrellas desde mi posición.

– Vida que podría haber perdido si no te hubiera conocido. Me hubiera dejado arrastrar por ellos dos y

hubiera acabado en la cárcel, sin fianza y cumpliendo

una condena que no merecía.

– Me alegro de que estés en el lado bueno, – le

beso en los labios con una sonrisa bien grande
bordada

en mi cara – yo también me alegro de que estés en
mi

vida y de haber sido algo para ti, haberte sacado
de la

oscuridad y que te haya jurado amor eterno dos
veces.

Mi marido.

– Mi esposa.

Responde besándome en los labios y de repente

frunce el ceño. Sujeta mi mano fuertemente y nos

hace bajar las escaleras del balcón donde
estábamos

asomados. Dudando en si la piedra me matará y

acabe

en el suelo, en mitad del camino, me coge en brazos

riendo a carcajadas porque se ha quejado de mi peso

excesivo. Parecemos adolescentes cuando me mete en

su coche Batman que Ryan ha traído para nosotros.

Pronto, mi marido cruza las calles desoladas hasta la

ciudad, hace algunas llamadas mientras conduce y no

sé lo que está tramando pero lo hace a velocidad de la

luz; me tiene entusiasmada porque me contagia su

efusividad.

Pensando en que íbamos a tener sexo pervertido en el coche y alejados de la ciudad, nos adentramos en un barrio familiar.

Nuevamente, agarra mi mano sacándome del coche y arrastrándome hacia una puerta que ya conocemos.

– Bastian, no, ¿qué haces?

Bibi es la que abre la puerta con su eterna sonrisa permanente en la boca. Feliz de vernos como

lo estoy yo de verla a ella, miro hacia dentro saludando

con la mano a las chicas que se han callado porque nos

han visto a mi marido y a mí aquí afuera.

– En una hora os quiero en el Navy Pier. ¡Y

vestidas!

Bastian no me deja decir nada porque me

arrastra ferozmente hacia el coche. Retoma la marcha

de nuevo al centro de la ciudad, sin la posibilidad de

que le haga nada más que preguntas cortas por lo que

estamos haciendo y sin respuesta ya que está con el

teléfono sobre la oreja.

La siguiente parada la hacemos en Galerías

Trumper, él habla con el guardia de seguridad y me

arrastra por los pasillos una vez que han encendido las

luces para nosotros. Nos paramos en frente de una

tienda que amé antes de conocerle, soñando con que

algún día tendría que venir para cumplir mi sueño.

Él lo ha hecho realidad, y viendo lo que estoy

viendo, será la tercera vez.

– Bastian, cariño.

– Veinte minutos.

– Pero...

– Nancy, veinte minutos.

¿Qué? Desaparece dejándome a solas con las

luces encendidas y en la tienda de vestidos de novias

más exclusiva de la ciudad. Aquí vine la primera vez

pero a mi suegra no le agradaba las trabajadoras, por

eso, nos fuimos a otra.

La cabeza de mi marido asoma de nuevo.

– ¡Qué susto, por Dios!

– Nancy. Tienes veinte jodidos minutos para

ponerte un vestido o te llevo tal cual estás. ¡Tú

decides!

Rebusco entre todos los vestidos alguno bonito,
algo muy difícil para cualquier mujer porque todos
lo
son. Intento buscarlos grandes y fijarme en la talla
porque quiero entrar dentro de alguno sin que se
note
mi embarazo. Tengo que luchar con un millón de
obstáculos porque no existe el perfecto y yo quiero
que
lo sea.

Mientras me estoy volviendo loca buscando el
mejor, las manos de Bastian aparecen de la nada
sacándome un vestido cualquiera. Él me mira
enfadado

alzándome una de sus manos hacia el vestidor
porque

refunfuña algo de que las cámaras siguen
conectadas

y no daré un espectáculo en la sala de vigilancia.

Después de haber discutido en mitad de la

tienda de vestidos de novias y tras haberme
probado

unos cuantos, por fin me he podido meter uno que
se

adapte a mi incipiente nueva figura. Cuando abro
la

cortina del probador para enseñarle que este es el

definitivo, Bastian pone una mano sobre su
corazón y

se hipnotiza como yo lo estoy porque me siento hermosa. Es bastante grande, parezco una princesa con brillantes por el todo el vestido de manga larga y

luzco preciosa. Doy una vuelta delante de él provocándole, está enfadado porque hay cámaras y va

a romperlas todas porque me quiere hacer el amor aquí

y ahora.

Quiero casarme tantas veces quiera.

– ¿Y bien?

– Salgamos de aquí o mataré a quien esté osando verte desde las cámaras.

Retomamos nuestro camino después de nuestra visita a Galerías Trumper, el hombre de seguridad me ha felicitado y mi marido le ha gruñido que ya estamos casados.

La fiesta dentro del coche es de risa porque mi vestido es tan grande que no veo nada. Bastian no para de reírse ayudándome a golpear mi vestido que no cesa en bajar el volumen, y al final acabamos yendo más despacio de lo que deberíamos a través de las calles de Chicago.

Llegamos a Navy Pie, un muelle repleto de atracciones, restaurantes e infinidad de lugares para pasar un buen rato. Bastian intenta sacarme de su Batman eclipsándome con sus dos manos que no dejan de manosear mi cuerpo. Mientras me dejo tocar, echo un vistazo al muelle y creo que para ser sábado, aunque sea invierno, está bastante desolado ya que veo tímidamente cómo funcionan algunas atracciones a solas.

Saca del maletero las flores que ha arrancado

de un parque cuando veníamos hacia aquí, me las da

robándome un beso y comprueba en su bolsillo derecho

que ha traído dos anillos.

– ¿Vamos a casarnos de nuevo? – Pregunto

divertida lo obvio.

– Voy a casarme contigo el resto de mi vida.

El vestido de novia arrastra por la madera del

muelle. Los trabajadores saludan a Bastian sonrientes

y ante mi asomo de la amabilidad, mi marido me

susurra que todo esto le pertenece. Me contó alguna

vez que era dueño de algunas tiendas de camisetas y restaurantes; pero no sé hasta qué punto todo esto le pertenecía.

Algo en mi interior salta de alegría cuando al fondo del muelle veo a mis amigos esperar. Algunas

cabezas se mezclan con la de Rachel y mis cuñados,

creo que veo dos sombras al lado de Sebastian que están discutiendo con él. Espera, ¿están también las

gemelas? Hemos hablado esta semana por casualidad

de hacer una boda para nuestros amigos y
desatarnos

mucho más; pero Bastian me confirmaba una y otra
vez que no aprobaba el que me paseara con un
vestido

de novia delante de todos. Por encima de su
cadáver.

Por eso le sonrío y completa mi felicidad. Aprieto
fuerte su mano y se la beso porque hace realidad
cada

cosa que le pido. Es testarudo, pero a pesar de que
su

primera respuesta es siempre no, luego cede al
cien

por cien.

Ambos nos acercamos captando la mirada de todos. Mi marido está al teléfono y Rachel ya viene en

mi busca con los brazos abiertos. Hemos dejado atrás

el parque de atracciones para reunirnos en este trozo

de muelle cerca del lago.

– ¿Estás malditamente loco? – Sebas gruñe.

– ¡Qué emoción! – Rachel llega hasta a mí abrazándome.

– Podrías habernos llevado a Roma– dice rubia a Bastian que no le hace mucho caso – y luego llevarnos de compras para la boda. ¡Mira que feo

es

mi vestido!

– Hermana, la novia tiene que lucirse y tú no.

– Pero soy su dama de honor favorita.

Nos reímos porque rubia pone pucheritos y mientras mi marido coloca la chaqueta de su traje sobre mis hombros, la sombra de un hombre y un perro

me distraen haciendo que abra la boca.

– ¿Ryan?

– Ya están aquí.

Pronto, las chicas acabamos rendidas ante mi cachorrito de cuatro patas que no hace otra cosa

que

restregar su morro por nuestras manos cada vez
que le

tocamos. Nos embobamos con cada gesto que
hace,

sintiendo que no hay otra cosa mejor en el mundo
que

el amor a ciegas que te da un cachorro sin
conocerle.

Morena le está diciendo a rubia que le compre

uno para su próximo cumpleaños, su hermana le
niega

diciéndole que van a repetir la fiesta en Las Vegas

como hicimos este año pasado. Pero esta vez, con

strippers de verdad. Bibi no se calla en añadir que

el

matrimonio también se apunta a Las Vegas. No

podrían perdonarnos si las excluyéramos de un viaje de

chicas cuando todas podemos compartir el mismo baño

sin escrúpulos. Diane golpea el brazo de su mujer ante

sus comentarios mientras todos nos reímos por la escena.

Pronto, todos giramos la cabeza porque vemos a un hombre acercarse.

– Disculpad, siento el retraso.

– ¡No puedo creerlo! – Susurra Rachel.

– Bastian, ¿un cura? – Pregunto alarmada.

– Alguien tenía que ratificar esta boda, ¿no?

Le sonrío y me lanzo a él para darle un beso que pronto termino por los constantes silbidos por parte de todos.

En los siguientes minutos, Rachel se encarga de organizar al pequeño grupo mientras morena coje a perro en los brazos que duerme plácidamente. Ryan,

como siempre, se queda a un lado hasta que Bastian le dice que se acerque junto a sus hermanos. Celebramos

una pequeña ceremonia con algunos momentos

importantes, todos estallamos en risas cuando el cura

ha dicho que podía besar a la novia y cuando Bastian

lo ha hecho con orgullo, Bibi ha gritado que todos deberíamos besarse al mismo tiempo que los novios.

Más tarde, hacemos uso de uno de los

restaurantes. Bastian me deja cenar de nuevo pero

evita el que coma más de la cuenta porque su prioridad

número uno después de amarme es cuidarme. No le

quito ojo a Rachel y Sebastian, están comiendo

más

separados de lo que quería, pero supongo que mi amiga

me tendrá que poner al día con su relación de sexo o

amor. Pasamos todos juntos un rato a gusto, y sin duda, no tardamos en divertirnos yéndonos a las atracciones, mejor dicho, Bastian decidiendo en que

atracciones puedo subirme y regañando a los hombres

que las conducen exigiendo el nivel más bajo de velocidad porque estoy embarazada.

Aun así, a pesar de que mi marido tiene que

controlarlo todo, hace que pasemos una noche inesperada e inolvidable. Caminamos alejándonos de las risas de mis amigas porque ríen en una de las atracciones. Bastian ha estado engatusándome para que no me suba a la grande y le he hecho caso, me estoy dejando arrastrar por su cuerpo que se pega a al mío disfrutando del hermoso paisaje que viste el cielo.

El lago, la luna, las estrellas... y Bastian, un auténtico paisaje lleno de astros.

Robándonos besos como si nos hubiéramos

dado el primero hace cinco minutos, se agacha hincando sus rodillas y besando también mi barriga.

Esta es la imagen más hermosa que me haya podido

regalar hasta ahora, claro, si descarto aquellas otras en

las que se encontraba desnudo.

– Os quiero tanto a las dos – susurra besando mi barriga.

– ¿Las dos?

– Va a ser una niña, definitivamente.

– Vaya, esta mañana juraría que me has dicho que es un niño.

– Lo he sabido ahora, en cuanto acabo de besarla. Me lo ha dicho – acaricio su cabeza.

– ¿Qué te ha dicho cariño?

– Qué ama a su padre más que a su madre, pero que vivas con ello porque te adora también. Pero menos.

Me río a carcajadas de mi marido haciendo que me arrodille yo también hasta ponerme a su altura, besando sus labios y agarrándome a su cuello.

– Pues acaba de decirme que es verdad. Quiere más a su padre, le gusta cuando le hablas, cuando la

besas, cuando acaricias la barriga sin haberla conocido

aún y sabe cuánto la amas. Lo que más le gusta es cuando le cantas en voz baja pensando que mamá está

dormida o cuando le susurras lo mucho que vas a cuidar de las dos. No deja de repetírmelo y yo de confirmarle que lo seguirás haciendo hasta el día de su

nacimiento.

– Te quiero tanto – pone su frente sobre la mía para evitar que le vea llorar.

– Nosotras también.

Le devuelvo la sonrisa y rápidamente mi marido

cambia el gesto de la cara porque me hace girar la cabeza hacia el mar para ver como empiezan una lluvia de fuegos artificiales que decoran el cielo.

– No podían faltar en nuestra tercera boda –
nos levantamos abrazándonos viendo el espectáculo de colores.

Pronto, nuestros amigos se unen a nosotros y nos embelesamos con el significado de las luces que brillan en la oscuridad.

La luz de Bastian.

CAPÍTULO 20

Puedo oler desde aquí el oro, ver los diamantes de nuestro lavabo y seguir pensando en que tantos millones de dólares que vale una casa y hay una gotera que me está matando lentamente. Llevo horas pendiente en si ese sonido irritante parará o seré yo la que lo haga parar. Quiero desviar la mirada a otro lugar pero el distraerme viendo nuestra foto de boda, es caer en la misma rutina de siempre y cerciorarme de que volveré a insistir en ver una jodida gota que cae del lavabo cuando le he dicho a mi marido

millones de

veces que llame al fontanero.

Sin embargo, sigo pensando en la gotera del grifo, imaginándome como sería poder levantarse, caminar hacia el baño y poner alguna toalla en el lavabo para que no haga tanto ruido. Claro, que él no lo

escucha porque está tan jodidamente durmiendo plácidamente que se olvida de que una gota proveniente del grifo, está cayendo a ritmo desorbitado

y provocando fugas en alguna tubería. Creo. Además,

no sé porque me complico, no es mi lavabo, es el

lavabo de Bastian que no suele usar porque usurpa mi espacio.

Bastian. Atreviéndose a dormir como un niño pequeño, le venció el sueño antes que a mí. Obvio, que para eso tenía que haber dormido. Cosa que he olvidado desde hace tiempo. Se mueve y no creía que iba a odiar tanto algo después de la gotera del baño, a mi marido tanteando si estoy en la cama o he subido a la maldita luna. Su mano acaricia mi brazo y yo rezo

para que deje de hacerlo porque me pone histérica.

Continúa acariciándome y besándomelo para avisarme

de que se ha despertado. Yo, inmóvil, con la misma

postura que me dejó hace seis horas y media, sigo aquí

deseando que acabe esta tortura que me ha tocado vivir.

Hace esos ruiditos con la garganta reclamando mi aroma y hurgando con su nariz en mi cuello, haciéndome rabiar sabiendo que odio que me toque. Lo

hace para fastidiarme y le odio por ello. Le odio

mucho. Hoy no quiero escucharle, no quiero
porque no

tengo fuerzas ya que mi barriga de nueve meses y
dos

semanas me está destrozando la vida. Dejo caer
dos

lágrimas de nuevo, como he hecho durante la
noche

apoyada en mi mano y acurrucada de lado
buscando

no morir si me distraigo. El momento fatídico del
día

llega cuando siento su mano pasar por mi gran
barriga

y él, solo él tiene la culpa de que esté así y que
aún no

haya dado a luz. Se ha empeñado en que tengo que vivir el proceso natural de la maternidad y evitar los

avances tecnológicos como la cesárea o la

provocación del parto. Por su culpa estoy así y dulce

bebé viviendo felizmente dentro de mi barriga, claro,

¿cómo no va a vivir felizmente si pesa más de cuatro

kilos? Y su padre piensa que va a nacer por donde ha

entrado. Lloro por la agonía, por sentir como me apago

y como odio a toda persona, cosa o material que se

ponga delante de mí.

– Buenos días cariño – Bastian besa mi cara

porque ha visto que estoy despierta, baja su cabeza

ligeramente a mi gran barriga y la besa también –
hola

a ti también, ¡campeona!

Sí, Bastian piensa que es una niña y yo espero

que no lo sea para llevarle la contraria, ¡maldito

traidor! Ha discutido con todas las ginecólogas
cuando

me advertían que era mejor una cesárea por el
peso

del niño, pero no, el señor quiere parto natural
porque

según su madre, él también nació con más de cuatro

quilos y me dice que vea lo feliz que es mi suegra.

Cierro los ojos pensando en verlos desaparecer por un

día, que me dejen en paz y que se encarguen de mandarme flores y globos cuando ya haya dado a luz.

Va a ser un infierno las siguientes horas, días, semanas,

¿quién sabe? Según mis ginecólogas dulce bebé y yo

estamos sanos y es cuestión de esperar. ¿Esperar?

Todos saben que llevo en la cama más de una semana,

con mi marido al lado que no se ha separado de mí e

inventándose temas de conversación para oírme

hablar. Y dicen que tengo que esperar. ¡Peso

doscientos kilos! ¿Cómo voy a malditamente

esperar?

– El grifo – susurro para mí misma.

Bastian ha dejado la cama hace un rato, me
alegro de que se haya ido. No quiero ver otra vez

como presume de su cuerpo espectacular delante
de

mis ojos, contoneándose de un lado hacia otro en
sus

calzoncillos de marca soportando el calor del
verano,

mientras yo estoy en una cama, sudada, asqueada y

con el mismo vestido que Bastian se niega a poner
a

lavar porque es especial para él. Cierro los ojos
con

lágrimas dentro, sintiendo como dulce bebé mueve
su

trasero dentro de mí porque está feliz de oír la voz
de

su padre que se acerca. ¡Joder! La casa tiene diez
mil

hectáreas, ¿por qué tiene que estar aquí conmigo?

¡Qué se vaya a la mierda, qué me deje en paz! Le
odio

tanto, le odio tanto por infinidades de cosas y de
no ser

lo suficientemente fuerte como para gritárselo a la
cara.

Su sombra delante de mí me entorpece y no

puedo ver como cae la gota diez mil cuatrocientas

setenta y nueve. Encima de todo, su maldad, su infinita

maldad de estar parado delante de mí en calzoncillos

de Dolce & Gabanna, los blancos, ya sabe lo que me

hacen sentir los blancos. Sí, aún me acuerdo y estaría

jadeando, de rodillas y haciéndolo con mi marido si no

pesara doscientos millones de jodidos kilos.

– No sé madre. No responde. Le estoy

hablando y está seria. No quiere que la toque. Hoy es

diferente. Sí. Pronto por favor. Vale. No tardes.
Por

favor. Sí.

¿Llamada a su madre?, ¿no se suponía que

estaba aquí? No será tan idiota de llamarle
pudiendo

dejarme cinco minutos libres e ir a la otra punta de
la

casa para avisarle. Me está hablando o al menos,
eso

creo, sigue al teléfono y ahora tendré a mi suegra
con

mi madre en la habitación. Llevan unas dos
semanas

aquí, una antes desde el día que salí de cuentas y
otra

de regalo para estar aquí en el momento que todos

están esperando. Mi padre y mi suegro están en la casa de los Trumper y vienen a visitarme todos los días, sí, a ver películas aburridas en familia con una

embarazada y un Bastian orgulloso de que estemos todos juntos. Mis cuñados van y viene, pero hace dos

días que no los veo porque me hicieron una broma y

me sentó mal, se lo dije a Bastian y solo he hablado

con ellos por teléfono porque se sentían mal. Si odio a

un Trumper, ¿cómo no voy a odiar a toda la familia al

completo?

Odio todo. La Doctora Weinn me dijo en secreto que me empezaría a encontrar mal y así llevo

dos semanas. Pero dos eternas semanas que no acaban, no veo un final feliz a mi situación y dulce bebé no está por la labor.

La gota cae, cae lentamente y ahora Bastian está vestido porque ha vuelto a ponerse delante de mí.

Se agacha otra vez hablándome, diciéndome a la cara

algo, pero no le presto atención. Me importa una mierda lo que me diga, hoy no quiero verlo y

espero

que se lo lleven de aquí. No voy a dejar que me
duche

como hace todos los días, que me acompañe a
pasear

ni que me meta más burritos porque ha leído que la
comida mexicana acelera el parto. ¿Acelera el
parto?

¿Me da comida mexicana y no es capaz de
ingresarme

en el hospital y que me lo provoquen? Este rubio
idiota

se contradice y juro por Dios que tengo ganas de
ser

madre ya y patearle el trasero. Sí, hacer que mi
marido

se vaya a la mierda y pegarle fuerte en la cara. La de

cosas que puede pensar una mujer embarazada cuando

vuelva a su peso ideal.

– A ver, ¿qué ocurre?

Genial, mi madre. La que miserablemente

faltaba pero la única que le ha gritado a Bastian para

que deje de agobiarme, una madre es una madre y si

tiene que sacar el carácter Sullivan, lo saca.

Mientras

no sea mi suegra, que pega esos grititos insoportables

que tanto he oído me da igual que ella esté aquí.

Todos,

todos están emocionados e ilusionados, quieren que

llegue el momento y sus caras de felicidad me

importan una mierda. Yo soy la que está sufriendo y

quiero morirme, dulce bebé se ha tumbado de nuevo a

sus anchas y no puedo ponerme de lado.

– No habla. No me mira. No sé qué hacer,

Nadine. Estoy muy nervioso.

Lloro porque estar tumbada y estirada es la

única postura que puedo mantener desde que dulce

bebé se piensa que está en un sofá. ¡Dios! Voy a castigarle por esto cuando tenga edad suficiente, me

acordaré de los dolores inaguantables que me está provocando.

—

Tesoro,
cuéntame.

¿Qué
te
duele?

Señálamelo.

¿Qué le señale donde me duele? Mi marido me

duele por haberle dejado embarazarme. ¿Y quiere ocho hijos más? Me reiré en su cara cuando pueda hacerlo, no va a tener tanta buena suerte, pienso obligarle a que se opere y que no me embarace nunca más.

– ¿Qué ocurre?

Mi suegra. Ahora estamos la familia al completo y mi marido se ha puesto los vaqueros que sabe que no debe de ponerse porque no se lo consiento. ¿En serio, los rotos por todas sus jodidas escultradas piernas?

Le odio. Le odio con toda mi alma. Lloro mirando al

techo, aguantando los llantos porque no voy a ser tan

tonta de hacerlo delante de ellos. Ellos tienen la culpa,

me quieren tener así, sufriendo en silencio como si estuviera agotando los últimos minutos de mi vida.

– Está muy caliente – mi madre no deja de

manosearme, doy gracias a que mi marido ha hecho

que me aferre a un vestido porque si por el fuera estaría desnuda.

– Si, aún no ha roto aguas. Debe de estar a

punto – Margaret le contesta. ¿Por qué no hacemos una maldita fiesta familiar? Venga, que se animen todos – Bastian, llama a un médico y que la vean.
– Viene en camino.

Y a una ambulancia también, si no os importa.

Más que nada porque dulce bebé se ha tumbado y hoy

se siente feliz de torturar a su madre.

– Sí, vamos – dice mi madre y no sé lo que

quiere decir – tesoro, vamos a salir un momento.

Tu

padre y Sebastian están en el mercado con Lorain, van

a cocinar algo especial para que te sientas mejor.

¿De

acuerdo? Vamos a por ellos y a recoger unas cosas que queremos darte para que te animes. No tardamos.

En treinta minutos estamos aquí.

Siento los besos de dos mujeres que no quiero perder en la vida. Las quiero a mi lado, las quiero en todo momento porque no quiero que se separen de mi dulce bebé y de mí. No quiero que me dejen sola con

el energúmeno de mi marido que me está obligando a

explotar en un momento a otro. La cara de mi

marido

se enfrenta a la mía, dándome un beso en la frente
y

aprovecho que dulce bebé está jugando dentro de
mí

para optar por la antigua postura. La que me
mantenía

torturándome, pero más despacio.

– Nena. Por favor, dime algo.

– No aguanto más.

Sollozo porque no puedo evitarlo, mi marido me

abrazo como puede y le quiero gritar que le amo
más

que a nada en este mundo. Le quiero tanto que me

duele, que soporto todo con tal de hacerle feliz.

Deseo

decirle tantas cosas a la cara, que se tranquilice,
que

yo también tengo miedo, que seremos padres
pronto y

que aquí me tiene. Su cabeza se pierde entre mi
pecho

de dos toneladas y sé que no se esmera más porque

me molesta. ¡Oh, mi Bastian! Le quiero tanto. Le

quiero y le odio. No sé lo que siento, quiero
morirme

ahora mismo y pensar que esto ha sido una
pesadilla

de la que no quiero despertar.

– He llamado a la Doctora Weinn, como es

domingo ella está en casa y va a tardar un poco más.

Me ha dicho que te dé un baño refrescante y que esté

pendiente por si empiezas con las contracciones.

No tengo, ni siquiera mi dulce bebé hace el

intento de empujarse para salir. No quiere, tengo miedo

porque haya sentido cosas o vivido otras y piense que

soy una mala madre. Mi dulce bebé me odia y aún no

ha nacido, por eso no quiere nacer. No sirvo para dar a

luz, no sirvo para nada.

– ¿Se puede? – ¿Sebas?

– No, espera.

Sus hermanos. ¿Qué es esto?, ¿una maldita

fiesta de torturemos a Nancy Trumper? Odio a todos

los Trumper, empezando por mi pobre suegro que no

habla, y terminando por el más pequeño que es

Sebastian y quién ha dejado de follar con Rachel

porque se pelearon. Mi Rachel, la quiero aquí.

Ojala

Bastian la dejara venir a casa, voy a decírselo en

cuanto deje de llorar y de pensar que soy una

madre

terrible porque mi dulce bebé me detesta. Por favor,

sal ya cariño, sal ya y deja de torturar a mamá.

– ¿Tan mal? Tranquilízate, esto tiene que pasar.

– Id al mercado y hablar con padre. Y echarle

un ojo a estas mujeres, deben de estar malditamente

aquí y no lo están.

– Sí, voy al apartamento de Sebastian, anoche

salió y no me coje el teléfono, le despertaré.

Mantente

firme y no la presiones, no es fácil para ella dar a luz

una semana después de la fecha establecida.

¿Con quién salió anoche Sebastian?, ¿qué me

ocultan? Porque no folle a Rachel eso no quiere decir

que tenga luz verde para hacerlo con otras. Frunzo el

ceño mirando por primera vez a mi marido, su cara

está blanca y le veo mal. ¡Oh mi vida, estoy bien,

estamos bien! Quisiera decirle que se tumbe a mi lado

y que masajee mi espalda como siempre hace, que me

susurre lo hermosa que estoy embarazada y que me

abraze hasta quedarse dormido. Le necesito tanto,

necesito tanto a mi marido que me duele el no poder

hablarle como quisiera.

– Mi vida, – besa mi frente – te amo tanto.

– Yo también – se sorprende de mi respuesta y le brillan los ojos.

– No te voy a preguntar cómo estás, pero

necesito saber si te duele algo, si necesitas algo o a

alguien. Lo que sea, lo quieres lo tienes.

– Quiero que... ¡AH! – Oh Dios, un pinchazo, un pinchazo – ¡Bastian!

– ¿Qué pasa?, ¿qué ocurre Nancy?

– ¡Dios, duele! – Grito.

Otro pinchazo hace que me destroce la espalda y haga un intento de rodar sobre la cama. Respiro agitadamente porque así me enseñó Bastian cuando dimos juntos las clases pre parto, por supuesto, él y yo solos en la sala de cine en casa. Contracciones, afirmativo. Cuando las haya, coger aire y soltar aire.

Vamos Nancy, hueles una flor, soplas una vela. Dios,

otra, otra. ¡Oh dulce bebé, retiro lo de tu castigo! Ven pronto.

– ¡RÁPIDO! – Grita mi marido al teléfono y se agacha respirando conmigo – nena, viene la ambulancia, vamos a ir a la puerta. Respira. Respira.

Como lo hemos ensayado.

– Duele Bastian. Duele mucho.

– No cariño, no es dolor. Es alegría, – respira conmigo – voy a levantarte.

– Estoy gorda – lloro porque me duele y no hay ningún contracción nueva, ¿y si es una broma de mi dulce bebé? Vuelvo a ponerte el castigo.

– Vamos nena, sabes que puedo contigo y que siempre te cargo en mis brazos. Ayúdame un

poquito a

no desmayarme.

– No, por favor.

Bastian maniobra conmigo hasta sentarme sobre

la cama, abre la sábana que me cubría hasta la cintura

y sus ojos se abren tragando saliva.

– Tranquila, Nancy.

– ¿Qué es?, ¿qué has visto?

– Agua. O eso, o me estás gastando una broma orinándote.

– ¿He roto aguas?

Compruebo con mi mano que he manchado la

cama y lloro. ¡Oh Dios, mi dulce bebé va a morir,
se va

a asfixiar, no nacerá!

– Te... te levanto, en un...

– Bastian, Bastian. No te desmayes por favor.

Hey, hola.

Perro viene para ver que estamos haciendo, se

acerca a mí, me olfatea y se sienta cerca de mi
lado de

la cama donde duerme todas las noches hasta que
ha

salido a pasear por la casa. Bastian lo está
dejando

porque Perro está preocupado por mí, pero lo

devolverá al jardín cuando haya dado a luz. Está tan

grande y es tan bueno mi cachorrito, quisiera abrazarle

y besarle, hacerle saber que cuando regrese seremos

un miembro más en nuestra pequeña familia.

– ¡Nancy! Háblame nena. Te impulso a la de tres.

– No tiene su bolsita Bastian, por favor, méteme agua, dulce bebé se está asfixiando.

– Ya sabes que no se asfixiará, solo quiere salir a ver a papá. ¿Te acuerdas? Hemos visto muchos videos sobre el parto, el bebé quiere empujar y

para

eso se rompe la placenta.

– ¡Oh Bastian, soy tan mala madre! No sé qué

hacer, mi vida es una mierda, no tengo razón para vivir,

no sirvo ni para dar a luz y mi mundo se ha destrozado

en el instante que dulce bebé ha roto su bolsa porque

no soy capaz de empu...

– ¿Qué hago? No lo sé. Sentada en la cama. ¿Y

sí no...? Pero... vale. Sí, de acuerdo – cuelga la

llamada y sollozo soportando otro pinchazo.

– No me amas, ni siquiera me escuchas y no te

importan mis sentimientos.

– Eh nena, ayúdame aquí. Estoy muy nervioso y necesito moverte abajo, la ambulancia está esperando

en la entrada de la cocina pero no sabrán llegar aquí si

no salgo a buscarles.

– ¿Me dejas? – Le miro a la cara – ¿te atreves

a abandonarme cuando estoy dando a luz? Muy bonito,

vete, vete y busca a los médicos. Estoy segura de que

ellos te necesitan más que yo y...

Bastian no está delante de mí y un pinchazo me

hace gritar fuerte, tan fuerte que me tumbo en la
cama

y Perro se sube encima nervioso. Pobre, nadie le
ha

explicado que no tenemos tiempo ahora de
atenderle

como se merece. ¿Dónde está Ryan?, ¿todavía de

vacaciones? Mi marido no me ama, no me habla ni
me

cuenta las cosas que pasan allí afuera. Le odio, le
odio

mucho. Oh dulce bebé, vamos a ser solo tres, tú,
Perro

y yo. Mandaremos a papá fuera de casa y que se

busque la vida, claro abandonar a su mujer cuando

estoy a punto de verte la cara por primera vez.

Grito hasta quedarme sorda y empujo. No me importa, lo tendré por mí misma, tantos avances tecnológicos de mierda, ¿y para qué? Si durante siglos

y milenios la especie femenina y las mujeres hemos

dado a luz, solas, en el bosque, en las casas y hasta en

el polo norte. No debí haber visto el reportaje de partos

durante siglos cuando Bastian se quedó dormido en el

sofá. Claro, como él disfruta la parte divertida ahora

estoy yo aquí empujando. Vamos dulce bebé, un empujón más y cae sobre la cama. Por favor.

– Por aquí. ¡Nancy, por el amor de Dios! ¿Estás bien?

– Apártese Señor.

– ¡Tú no tocas a mi esposa!

– Mire, ya he tenido suficiente con dejar al médico en la furgoneta como para aguantarle los gritos. Déjeme hacer mi trabajo.

– ¡AH! Duele – grito.

– Pero haga algo incompetente. ¡Mujer tenías que ser! No me extraña que haya más médicos

hombres que mujeres – mi marido le grita y me prometió comportarse cuando llegara el momento.

– Hola, ¿cómo te llamas? – Una voz femenina capta mi atención.

– ¿QUÉ MIERDA TE IMPORTA?

– ¡Señor Trumper, fuera de aquí! Deje que haga mi trabajo, – vuelve la mirada hacia mí – yo me llamo

Kim y soy la enfermera. Voy a comprobar los centímetros que ha dilatado y así podremos saber cómo va el parto.

– ¿SE PUEDE SABER PORQUE MI
HOSPITAL

SE

GASTA

EL

DINERO

EN

ENFERMERAS ILUSAS COMO VOSOTRAS? –

Bastian le grita fuerte cuando ella está poniéndose el

guante.

– Me... me llamo Nancy.

– Es muy importante que no te asustes Nancy y

no aprietes, ¿vale? Si tienes una contracción lo mejor

es que respires y...

– ¡No la toques así, insolente! ¿No sabes ser más delicada?

–

Muy

bien.

Cinco

centímetros.

Las

contracciones serán más frecuentes pero aún no tienes

que empujar, voy a pedir a mi compañero que...

– Compañera – le corrige mi marido y ella para

de hablar porque está acabando con sus nervios.

– Subiremos una silla de ruedas y la llevaremos al hospital. ¿Vale? No tardamos.

La enfermera se va y la veo salir por la puerta.

Lloro porque mi marido la ha espantado. Hemos planeado en más de una ocasión como iba a ser el momento del parto en las diferentes zonas de la casa, y

si nos tocaba en la habitación, calmadamente y pausadamente iríamos a la puerta de casa y

esperaríamos con paciencia a la ambulancia. Pero no,

aquí, con mi marido, nunca salen las cosas como las

planeamos y ahora ha echado a la mujer que tenía mi

salvación en sus manos.

– Bastian, Bastian – empujo fuerte porque cuando lo hago se me calman los pinchazos.

– Estoy aquí nena, estoy aquí. Ya viene corriendo con la silla de ruedas, te voy a sentar para que puedas.

– No, no quiero sentarme, quiero sacar a dulce bebé de mí. Está muriendo.

– Cariño, no he cerrado dos plantas del hospital para que las paredes vivan en silencio. Dulce bebé

nacerá en el hospital que elegimos y es irrevocable.

– ¡Ah, Bastian! Quítame el dolor, por favor.

– ¡¿Dónde malditamente está la idiota de la silla de ruedas?!

– Señor Trumper, deja de gritar que pondrá nerviosa a su esposa. ¿A qué sí guapa?

Me sonrío y Bastian le frunce el ceño. No

quiero una guerra, necesito distraerle de ese piropo

inofensivo gritando fuerte y empujando. Consigo lo que

me proponía y los dos me ayudan a sentarme en la silla, Perro da vueltas a nuestro lado, está

ladrando

porque no le gusta lo que está viendo.

– Mi cachorrito, – susurro – Bastian, Perro, él tiene que... ¡AH! Esta ha venido con más dolor.

Miro hacia arriba y veo a Bastian que está

empujando la silla por la casa, cogiendo el ascensor

para que nos baje a la primera planta y lleguemos a la

ambulancia. Podría decirle ahora cualquier cosa que no

me haría caso, ¿ves dulce bebé? Papá no nos quiere.

Los llantos nacen más fuertes y empujo con la fuerza

de ellos aprovechando el momento. Los pinchazos de

mi espalda son más continuos, ¿no se supone que

Bastian tenía que estar contándolos? No, está

discutiendo con alguien fuera de la ambulancia

mientras dos mujeres me tumban en una camilla y me

sonríen.

– Nancy, no empujes todavía. Si lo haces y la

cabeza sale, será cuando tengamos un problema y el

bebé quede atrapado.

– Dulce bebé... – es lo único que digo – mi

marido, ¿dónde está mi marido?

– Aquí nena, aquí – siento la mano de mi marido
agarrar la mía.

– Duele mi vida, me duele mucho.

– ¡Haced algo incultas!

– Yo solo soy la conductora – susurra una
mujer.

– Si el médico estuviera aquí y no en el volante,
él la cuidaría.

– Por encima de mi cadáver – le gruñe Bastian
a la mujer con la que lleva discutiendo desde que
entró
en casa.

– Bastian, por el amor de Dios, deja de tratarles

así. Perdonadle, está nervioso. ¡AH! ¡Qué maldito dolor!

– Doctor, ocho centímetros – grita la enfermera, siento el sudor caer por mi cara y como soy puro agua.

– Dos minutos.

Dos minutos es lo último que puedo recordar de la parte delantera de la ambulancia, cuando ya me veo rodeada de mujeres en una sala que no estaba dentro de los planes. Se suponía que iba a dar a luz en la cama, como todas las mujeres del país ya que soy una

más, pero no, esto debe de ser cosa de mi marido y yo

no dejo de apretar fuerte para que dulce bebé salga de

mi interior.

– Bastian – susurro, hace mucho calor.

– Nena, estoy aquí.

Aparece a mi derecha vestido de azul, con el

gorro y la bata desechable del hospital. He imaginado

tanto este momento de verle con esas pintas y

dispuesto a apoyarme, que lo único que quiero es

prolongarlo y disfrutar más de él vestido así. Pero no,

empujo fuerte, soplando y olvidándome de que es lo

mejor para aliviar el dolor. La mano de Bastian sujeta

la mía y veo una cabeza familiar sonriéndome. Ella,

ella por fin está aquí. La he echado tanto de menos.

Quiero abrazarla.

– Nancy. Lo estás haciendo muy bien.

– Doctora Weinn, sácame a dulce bebé por favor. No aguanto más.

– ¡YA LA HAS OÍDO! – Mi marido grita a mi derecha y aprovecho el ruido para empujar sin que nadie se entere.

La Doctora Weinn empieza a hablarme pero
dejo de escucharla porque aprieto fuerte, sigo
apretando, no siento nada porque no sé si dulce
bebé

está saliendo de mi interior o no. Bastian besa mi
frente susurrándome algo que no logro entender.

– Bastian, oh Bastian me duele mucho.

– Nena, solo queda muy poco para que veamos
la cara de dulce bebé.

¿Por qué lo ha dicho? Relajo mi cuerpo con

lágrimas en los ojos, quiero llorar pero no puedo,
todo

me duele y el corazón lo que más. Voy a ser madre,

voy a ser madre y no sé si estoy preparada, me preguntará cosas y no sabré la respuesta, querrá a Bastian más que a mí. ¡Oh vida!, ¿por qué has sido tan cruel conmigo?

– Nancy, la cabeza está fuera, – alguien me grita – vamos, empuja fuerte cuando te venga una contracción.

– No sé – lloro.

– Si sabes nena, venga, tú puedes.

– No es eso Bastian, no sé lo que es una contracción.

Aprieto como si me fuera la vida en ello, me

dicen que me agarre las rodillas pero la mano de

Bastian es lo único que quiero conmigo. Le miro a los

ojos llorando, jamás lo he visto tan desolado sin poder

controlar el dolor que tengo.

– Nancy, aprieta más fuerte para que salgan los

hombros – ¿tiene la Doctora Weinn la cabecita de mi

dulce bebé?

– Bastian, su cabecita, su cabecita.

– Aprieta Nancy, tengo al bebé en mis manos.

– Vamos nena, eres la mejor.

Lo hago sin rechistar porque mi dulce bebé me

necesita. Empujo tantas veces lo oigo en la sala,
palabras cruzadas de mujeres y la voz ronca de mi
marido que no se separa de mí. Empujo una vez
más

sintiéndome liberada cuando escucho el llanto de
dulce

bebé. Mi bebé. Mi dulce bebé. Ya está aquí.

– ¿Papá? – Pongo todos mis sentidos en la
dirección de los llantos y abro los ojos asustados
–

¿quieres cortar el cordón?

– ¿Yo? – Veo a Bastian que está a punto de
desmayarse – no, no quiero hacerlo mal.

– Tú padre lo hizo contigo.

Mi marido gruñe pero se queda inmóvil y mi dulce bebé no deja de llorar, ¿es que nadie malditamente escuche a mi bebé?

– ¿Es niña o niño? – Le pregunto a mi marido que no responde, mira por encima de mis piernas abiertas y se pierde en el color verde que divide mi barriga de dulce bebé – ¿Bastian?

En estado de nervios sobre la camilla en la que estoy tumbada veo como una mujer viene acercándose

con las manitas de dulce bebé moviéndose en el aire,

veo a dulce bebé. Se acerca a mí y deja sobre mi

pecho a mi bebé.

– Enhorabuena, sois padres de una hermosa
niña.

Mi dulce bebé, oh mi dulce y hermoso bebé.

Abro la sábana de caballitos donde viene envuelta
para

verle la cara. Oh, su carita, su cabeza grande y su
cuerpo de cuatro kilos. Sus ojitos están cerrados y
es

de color morado, mi bebé, mi dulce bebé es tan
bonita.

Lloro de felicidad olvidándome de que me ha
dolido

como el infierno, de que los pinchazos han
acabado

con mi espalda y de que el mundo giraba alrededor
de

otras cosas; ahora lo único que me importa es mi
dulce

bebé. Mueve sus manitas y sus bracitos porque
está

inquieta.

– Hola pequeña, soy mamá.

– Lo has hecho muy bien Nancy – la Doctora

Weinn me sigue hablando al otro lado de mis
rodillas

curvadas y no sé porque no se acerca aquí. Me
está

haciendo cosas en mi entrepierna y no me importa
que

lo haga siempre y cuando me deje disfrutar de mi dulce

bebé.

Aspiro los mocos memorizando cada parte de mi bebé. Sus ojitos cerrados, su pequeña nariz, sus labios fruncidos, oh sí, es una Trumper. ¡Oh Bastian!

¿Dónde está Bastian? Ladeo mi cabeza chocando con

la suya que está sobre mí, está llorando y le doy un beso pero no me lo devuelve porque sigue embobado

con dulce bebé. La miro de vuelta y le doy su primer

beso en la frente, quiero darle besos por todo el

cuerpo

para demostrarle que lo voy a hacer hasta que me dé

la gana porque es mía y la quiero más que a mi vida.

– Bastian, ¿quieres cogerla?

Vuelvo la vista a mi marido que se aparta de mí

intranquilamente negando con la cabeza. Está sudando

y su cara sigue igual de blanca, ahora todo ha acabado

y ya tenemos a dulce bebé con nosotros.

–

Se

me

puede

caer

—

susurra

entrecortadamente.

— No lo hará.

Alzo mis brazos para entregarle a dulce bebé.

Mi marido está dudando y pensando en si va a caerse

cuando lo tenga consigo y hacer realidad las pesadillas

que ha tenido en las últimas semanas. Sin embargo,

Bastian se acerca tímidamente para acoger en sus brazos a dulce bebé con todo el cariño del mundo y

cuidando de que su cabecita esté apoyada. No puedo

controlar los sollozos que me salen, pensaba que dulce

bebé era lo que más podía querer en mi vida, pero

ahora que veo a Bastian con dulce bebé, los dos son lo

que más quiero en mi vida irrevocablemente. Paso mi

antebrazo por mi nariz vulgarmente para no

empaparme con los mocos que cuelgan y sin perderme

a un impactado Bastian con dulce bebé en sus brazos.

– Hola dulce bebé, bienvenida al mundo. Soy papá, me conocerás porque te he estado hablando desde que eras muy pequeña y podría haberte hablado

mucho antes si la desvergonzada de tu madre no me

hubiera ocultado tu existencia en las primeras semanas.

No sé por qué, pero me hace reír viendo cómo se mueve de un lado a otro y dulce bebé le responde estirando sus pequeños brazos.

– Es hermosa – susurro sin dejar de llorar.

– Lo es, será la primera más hermosa del mundo. Esta noche nos pondremos con el segundo,

–
se ríe meciendo a dulce bebé – mamá ha sido una descarada y te ha besado, ¿verdad? Te tiene nueve meses y ocho días en su vientre y quiere darte el primer beso. Yo te voy a dar también tu primer beso y

serán los únicos labios masculinos que se posen en tu

cara, mi niña.

Sigo riéndome porque amo ver a Bastian con

dulce bebé, bajando sus labios y besando su frente,

su

cara, su nariz y oliéndola para embriagarse con su aroma.

– Hola, – una mujer sonriente nos interrumpe – papá, dame a la pequeña, vamos a cuidar de ella.

Bastian no aparta su mirada de dulce bebé dándole la espalda a la enfermera.

– Cariño – susurro.

– Ellas quieren que nos separemos pero no lo haremos, nunca – le dice a dulce bebé.

– Puedes venir si quiere Señor Trumper.

Tenemos que limpiarla, medirla, pesarla, aspirarle la

mucosidad y vacunarla. Podrá vestirla.

Bastian le responde a la enfermera girando más para que ella solo tenga una visión de su espalda.
Mi

marido no va a ceder y juro por lo más sagrado que no

lo hará ahora que tiene a dulce bebé en sus brazos.

– Mi amor, dame a dulce bebé, quiero tenerla junto a mí.

– Oh mi niña, mamá será la única que querrá separarte de mí pero la necesitamos de buen humor si

queremos darte ocho hermanitos más.

Le regalo una sonrisa mientras Bastian me

guiña un ojo y deja a dulce bebé en mis brazos. Ya sé

que ha sentido él cuando no quería deshacerse de dulce bebé y dárselo a alguna enfermera para que cuide de ella. Pero lo necesita, quiero que mi pequeña

tenga lo mejor y aunque su olor no es el más agradable, es el mejor porque es el de mi hija.

– Enfermera – la llamo.

La mujer se acerca a mí con una sonrisa y se choca con los dos brazos de mi marido. Ruedo los ojos

sintiendo como se me están agotando las fuerzas, como si el interruptor estuviera apagado y la

oscuridad

se acercara. Estoy derrotada.

– Quite sus sucias manos de mi hija – Bastian le gruñe y cierro los ojos.

– Bastian, mi vida, acompaña a dulce bebé y no te separes de ella.

– No lo haré, – frunce el ceño, lo estoy viendo borroso – no nos separaremos de ti, descansa nena, te lo mereces.

Me besa en los labios y su imagen con dulce bebé en los brazos es la última que veo antes de cerrar

los ojos definitivamente y entrar en un mundo de llantos, los llantos de mi bebé.

Al abrir los ojos de nuevo me encuentro en la habitación donde he estado las pasadas horas y donde

los llantos de mi pequeña y los gritos de mi marido

afuera no me han dejado descansar lo suficiente. No

me quejo, ya tendré tiempo. Vuelvo a hacer lo mismo,

intentar moverme hasta el filo de la cama y asomarme

a la cuna de dulce bebé qué se ha dormido por fin tras

haber intentado meterle mi pecho en su boca.

Cuatro

kilos con seiscientos gramos y cincuenta y tres

centímetros, “mi pequeña” se queda muy corto para mi

dulce bebé. Sus ojos son azules y su bello de la cabeza

es rubio.

Bastian no ha dejado de gritar en la sala de al

lado donde se encuentran todos esperando para

conocer a dulce bebé. Mi madre y Margaret

consiguieron verme en la sala de parto, ambas estaban

llorando cuando me despertaron de mi sueño para

decirme que están orgullosas de mí. Desde entonces,

no he visto a nadie y dudo que a dulce bebé tampoco,

Bastian entró por otra puerta con dulce bebé y no se

ha separado de mi cama y su cuna en todas estas

horas. Me muero de hambre y la paciencia se me está

agotando con mi marido negándole a mi padre que vea

a su nieta, dice que no la van a coger en brazos ningún

hombre aunque sea su abuelo. Solo lo hará él. Me río

porque todos se están riendo ahí afuera de las

tonterías

que Bastian está diciendo, han sido unos días complicados para él y debe de tener la adrenalina por las nubes.

– ¿Bastian?

Grito creando un silencio en la sala de al lado, Bastian entra en la puerta y echa la cerradura desesperado, va hacia la cuna como siempre hace, comprueba que dulce bebé está bien y se sienta en la cama para darme otro beso en los labios. Me ha susurrado que va muy en serio lo de empezar con el

segundo bebé tan pronto pueda meterse dentro de la

cama y dormir conmigo, no ha querido que le pongan

otra cama porque quiere dormir dentro de la mía

aunque siga expulsando cosas asquerosas por donde

quiere meterse de nuevo.

– ¿Mejor? – Susurra.

– Bastian.

– No, no me resoples. Dulce bebé está

durmiendo y son unos inconsecuentes por presentarse

aquí sabiendo que no pueden entrar a verte.

– Son mi familia también y quieren verme.

– Lo sé, – ladea su cabeza – no me culpes a mí,
dulce bebé quiere silencio.

– Dulce bebé se despierta cada cinco minutos

para llorar y que su padre acuda a sus brazos, –
sonríe

orgulloso y besa mis labios otra vez – ¿por qué no
dejas a nuestras madres al menos?

– No, – frunce el ceño negando – ellas

empezaran a hacer sonidos a dulce bebé, la

despertarán y no te dejarán dormir. Necesitas
descansar.

– Mi amor, soy tan feliz que no me importa no

descansar aquí. Ya tendré tiempo en casa cuando

volvamos los tres y estemos a solas, ahora por favor,

deja que entren todos y me mimen. He sido una pelota

de doscientos kilos muy desagradable y se merecen

tener su recompensa también.

Gruñe girándome la cara para mirar a dulce

bebé que se está despertando y Bastian no tardará en

cogerla en brazos para calmarla. Lo hace con ella en

brazos dirigiéndose a la puerta y quitando la cerradura

de nuevo para abrirla y gruñirles a todos.

– Cómo hagáis más ruido de lo normal os echo

del complejo hospitalario y contrataré a seguridad si es

necesario.

– Apártate gruñón, – la cabeza de rubia asoma

la primera – Nancy, cielo, ¿cómo estás?

– Dame a mi nieta Bastian – grita Margaret.

Mis amigas entran en la habitación rodeando mi

cama, Rachel llega a arrastrarse hasta besarme cerca

de mis labios y llenándome con palabras de cariño. Me

hacen llorar porque los llantos de dulce bebé están

sonando de fondo y amo oírla aunque no la tenga
en

mis brazos. La habitación gigante que Bastian
mandó a

construir estaba prevista para los familiares y en
los

sofás se han sentado los Trumper tras haberme
dado

un beso en la frente bajo los gruñidos de mi
marido. Mi

padre se ha unido a ellos e incluso Trevor, que lee
un

periódico mientras todas las mujeres están
rodeando mi

cama y pasándose a dulce bebé de unos brazos a
otros

bajo la desaprobación continua de Bastian.

– Sus ojos son grandes, – dice Margaret – se parece a ti Nancy.

– Los ojos son de Bastian – añade Nella.

– Al menos esperemos que no saque el carácter del padre – dice Bibi riéndose.

– ¡Os estoy oyendo, dadme a mi hija!

– Bastian, ¿por qué no te vas a la cafetería y te tomas algo para relajarte? – Su madre le reta y su hijo le gruñe.

– ¿Y perderse a su hija cuando intente comer?

– Se burla morena – ¿cómo te atreves Margaret a

echarle de la habitación?

– Me estáis enfadando. Padre, dile algo a tu mujer. Iros a cenar y dejadnos en paz, no os quiero ver

hasta mañana.

– Oh, yo quiero quedarme, – rubia pone morritos – es tan pequeña, déjamela otra vez

Margaret, quiero coger a mi pequeña sobrinita y recordarle que yo le compré el vestidito rosa antes de

saber que era niña.

Mi hija nunca llega a los brazos de rubia porque

Bastian interfiere en el cambio acogiéndola entre sus

brazos. Todas empiezan a regañarle y él responde abriendo la puerta de la habitación e invitándolas a irse.

La verdad es que me he perdido muchos de los comentarios que han hecho y supongo que necesito descansar si dulce bebé va a despertarse durante toda

la noche. Tengo tantas ganas de irme a casa con ella

que no lo diré en alto porque Bastian me haría irme

ahora mismo y no tengo fuerzas. Recibo besos de todas mis amigas, de mi madre y Margaret que no dejan de animarme y de advertirme las fases que voy a

ir pasando en la primera noche. Ellas van dándole besos a mi hija y Bastian aleja a nuestra pequeña cuando ellas se exceden demasiado. Recibo algunas

palabras de mi padre y de los hombres que me saludan

cordialmente, acarician la cara de mi hija porque

Bastian no deja que les hagan otra cosa más y pronto

vuelve a reinar el silencio.

Bastian se acerca a la cama sorteando los

globos que hay por toda la habitación para sentarse

frente a mí y besar a dulce bebé.

– Te lo dije, no le gusta la gente, – me sonrío y

luego mira a dulce bebé – ¿quieres irte con mamá?,

¿no la querrás a ella más que a mí porque tenga dos

tetas grandes cargadas de leche? Papá ha aprendido a

hacer biberones y te alimentaré.

Él hace que las cosas sean más sencillas, se me ha olvidado el dormir, el descansar y el querer echar a

todos de la habitación cuando no quiero perderme ningún momento de mi marido con nuestra hija.

Nuestra hija, somos padres de una hermosa niña y es

para toda la vida. Muerdo mi labio inferior
emocionada

intentando no llorar a mares cuando Bastian deja
que

dulce bebé esté en mis brazos de nuevo. Mi hija se
mueve inquieta, su carita es redonda y cada vez
que

abre los ojos provoca un hormigueo en mi
estómago

que no me va a dejar vivir. Es tan hermosa, tan
bella

que podría apagar la luz del sol con tan solo
mirarlo.

Bastian le ha vestido con un pequeño conjunto
blanco

con lazos rosas y sus manos se quieren salir de su

pequeña manta para tocarlo todo, todo hasta mi boca,

como ha hecho la tercera vez que la tuve en mis brazos. No voy a olvidar ninguna vez que la tenga conmigo, ella es mi todo y junto con Bastian, formamos

la familia perfecta que siempre hemos soñado.

– ¿Te gusta mi boca? – Le susurro con lágrimas en los ojos.

– A papá también, – se acerca para besarme y mirarnos desde más cerca.

– A mamá también le gusta tu boca.

Ronronea gateando el trozo de cama que le

queda y se sienta a mi lado con las piernas estiradas y

refunfuñando para que le deje a su hija. Lo hago con

mucho gusto, embobada mirando a dulce bebé y cerrando los ojos que me ganan la batalla otra vez cayendo en un sueño profundo.

La mano de Bastian agarra mi cintura y miro al aparato que funciona correctamente. Quiero cerrar los

ojos pero no puedo, llevamos en casa cinco noches y

dulce bebé suele despertarse a las dos y cuarenta y dos de la madrugada; son las dos y cuarenta y ocho, y

no tengo noticias de mi bebé. Absurdo aparato que descansa en ambas mesas de noche de nuestra habitación, Bastian me dijo que eran los últimos del

mercado, pero ¿y si dulce bebé ha llorado y no me he

dado cuenta? Voy a levantarme y cruzaré la puerta que nos separa de su habitación provisional, Bastian ha

leído que no podemos tener sexo delante del bebé y

mandó a que instalaran una puerta que nos divida.

Quito la mano de mi marido, por fin puede dormir plácidamente de nuevo tras estos días de agobio y

estrés, yo no, necesito ver que dulce bebé mueve sus

pulmones de arriba abajo y que su respiración sigue

siendo normal. ¿Y si no respira? Me pongo mi bata de

seda rosa que me aprieta más de lo que debería porque

sigo teniendo peso innecesario en mi cuerpo, aunque

Bastian la adora porque dice que estoy más sexy que

nunca. Cruzo el lazo de la bata que me la reajusta y

tapa mi desnudez, me sonrojo pensando en que hemos

retomado nuestra vida sexual y que ambos hemos

ignorado las recomendaciones de recuperación.

No

podíamos dejar de desearnos y con mucho cuidado,

llevamos disfrutando muchas menos sesiones de la que

deberíamos porque dulce bebé suele agotarnos despertándose cada media hora.

Camino descalza por el suelo de nuestra

habitación para abrir del todo la puerta que está

entreabierta y no perder de vista el objetivo de la cuna.

Me acerco muerta de miedo para poner mi dedo

debajo de su nariz, refrescándome con su respiración y

colocando mi mano sobre su cuerpecito que se mueve

a su ritmo, mi hija está respirando. ¿Por qué no se despierta? Llevo quince minutos esperando a que lo

haga y darle su comida, aunque por las noches Bastian

le da los biberones, yo también me despierto para no

perderme nada.

Las manos de mi marido rodean mi cintura, ambos estamos ante la imagen de nuestra hija que duerme profundamente.

– ¿Esperándola? – Besa mi cuello y yo cierro

los ojos dejando mi cabeza caer sobre su hombro,
acaricio sus brazos que me abrazan fuerte y de los
que

no quiero desprenderme. Ladeo mi cabeza para
besarle en la boca y dejar que nuestras lenguas se
encuentren – vaya, si hubiera sabido que me ibas a
recibir de esta manera, hubiera dejado que te
despertaras la primera todas las noches.

Dulce bebé empieza a hacer sus primeros
sonidos con la garganta y antes de que lllore
Bastian y

yo jugamos a chocar nuestros hombros
peleándonos

por quien la va a coger, pero mi marido cede y

deja

que gane. Beso la cara de mi hija girándome para sentarme en la silla mecedora que Bastian me construyó, me siento dejando caer todo el peso de mi cuerpo mientras él me ayuda a sacarme el pecho y guiar a dulce bebé hasta su comida.

– Si tuviera dientecitos estaría apretando bastante fuerte.

– Eh, pequeña, prohibido morder los pezones de mamá – Bastian besa la cabeza de dulce bebé.

Repetimos el mismo acto de todas las noches, dejo a Bastian que le cambie los pañales mientras

yo

me ocupo de hacerle su cuna de nuevo; él la balancea

hasta que cae rendida en sus brazos de nuevo y la arropa una vez que duerme como un ángel. Miro el aparato que tiene al lado de la cuna y le digo a Bastian

de que está roto, él me lleva la contraria todo el tiempo

porque dice que está bien. Voy hacia mi mesa cojo el

mío, lo sintonizo y lo dejo junto con el otro; estaré pendiente del aparato de Bastian por si llora y no la

oigo.

Salimos de la habitación al mismo tiempo

sonriendo porque él da los mismos pasos que yo hasta

la cama, pero nunca llego porque esta vez decido salir

de la habitación divertida y no duda en perseguirme por

toda la casa. Se convierte en un juego cuando estoy

bajando las escaleras y antes de llegar abajo mi marido

ya me ha cogido en brazos y está mordiendo uno de

mis pechos.

– ¿Problemas?

– ¿Por qué llevas este maldito sujetador

ortopédico?

– No es ortopédico, me lo pongo cuando doy de comer a dulce bebé, no quiero que me gotee y que... –

le miro frunciendo el ceño – ¡no te importa!

– Sí que me importa, – me deja en el suelo –

¡quítate el sujetador ortopédico!

– ¡No, no lo haré!

Empiezo a correr o hacer un intento de ello, no

estoy en forma ni mucho menos pero sé que Bastian

me deja ventaja para perseguirme por toda la casa

llena de pasillos, áreas y muebles de última generación.

Si tropiezo con uno de ellos tendré los efectos de un

buen golpe por mucho tiempo.

Abro la puerta del jardín para ser recibida por

Perro que corre hacia mí saltando y brincando como

siempre lo hace. Aunque haya crecido y sea grande,

para mí siempre será un cachorro.

– Nancy, no estás abrigada, ¡entra en casa!

– Hola mi cachorrito, ¿te hemos despertado?

Rodea mi cuerpo saltando y llevándome hacia

alguno de sus juguetes porque quiere que se lo lance.

Lo hago cogiendo una pelota atada a una cuerda
pero

no lo lanzo lejos, se queda cerca de nosotros y me
hace reír porque se esperaba más distancia. Perro
sale

a correr detrás de mí porque ve a Bastian salir con
una

manta, las luces del jardín y de nuestra mansión

iluminan lo justo para ver esa pequeña arruga que
tiene

entre sus ojos, la que me advierte que está
enfadado y

que no aprueba mi desfachatez de salir medio
desnuda

al jardín. Se acerca colocándola sobre mis
hombros y

abrazándome fuerte.

– No me desobedezcas Señora Trumper, porque
hayas dado a luz no te da derecho a desafiarme de
ese
modo.

Nos conduce hasta una de las hamacas que
tenemos, seguidos por Perro que no tarda en
cobijarse
cerca de nosotros moviendo el rabo y
admirándonos

cuando nos tumbamos como solemos hacer todas
las
noches. Solo que ahora es de madrugada y no
tenemos

ninguna copa de champagne para celebrar que mis

piernas no chocan entre sí.

Bastian y yo estamos unidos por el efecto de la

hamaca, pegados a nuestros cuerpos y tumbados de tal

modo que mi cabeza está apoyada sobre su hombro y

puedo besarle cada vez que quiera. El cielo está

estrellado, lleno de pequeños astros que iluminan

nuestra noche, nuestra felicidad... y dos de esos astros

los tiene mi marido en sus ojos iluminando los días de

mi vida.

Le beso resoplando, relajando mi cuerpo y

ruborizándome por su dedo que acaricia mi hombro;

sus otros dedos están entrelazando mi mano situada

sobre su vientre.

– ¿En qué piensas, Señor Trumper?

– En que me llevas a la locura e

irresponsabilidad.

– ¿Ahora que he hecho, gruñon?

– Deberíamos estar en la cama, esperando a la

siguiente toma de dulce bebé y sin embargo, me tienes

aquí, secuestrado porque no puedes mantener tus manos lejos de mi cuerpo.

Me río abriendo la boca por las carcajadas.

Nadie conoce a Bastian como yo lo hago, parece un

neandertal, serio, frustrado, enfadado, gritón, gruñón y

refunfuñón, pero no es así, mi marido es diferente, hay

que conocerle para quererle y estoy segura de que nadie lo ha hecho hasta que yo aparecí en su vida.

– Me gustan mis manos sobre tu cuerpo, una escultura hecha realidad, – muerdo su piel – y una escultura que me pertenece.

– Una escultura vieja. Me acerco a los cuarenta

Nancy, – niega con la cabeza, yo me pongo seria

frunciendo el ceño – me da igual lo que me digas,
dejo

los treinta para meterme en la peor etapa de la
vida, la

que precede a la vejez eterna.

– ¿Cuántas veces te he dicho que tu edad es
perfecta? Vas a cumplir treinta y nueve, ¿y qué?

Tienes cara de niño y un cuerpo de muchacho
joven,

apuesto y listo para que te lo muerda cada vez que
me

dejes.

– Siempre te dejaré, mí Nancy, – suspira – ¿qué
he hecho yo para merecerte? Todo el mérito te lo

llevas tú.

– No todo caballero. Tú insistencia también ha ayudado. Si no hubieras sido como eras, hubiera huido

de ti por el miedo que me provocabas.

– ¿Por qué dices eso? Siempre te traté como mía, desde el primer día que puse mis ojos sobre ti.

– Tú actitud neandertal no ayudaba, no eras normal.

– Explícate – muerde mis dedos.

– Si no me hubieras puesto sobre tus hombros en más de una ocasión, si no hubieras intentado

reconquistarme todos los días de nuestra relación,
tal

vez, yo me hubiera alejado. Tu insistencia y
apuesta

sobre nosotros, sobre un futuro juntos, la iniciaste
tú.

Eres tú Bastian el único que tiene todo el mérito.

– ¿No querías un futuro conmigo?

– No, solo quería follarte y que lo hicieras a

menudo, – me río de él bromeando y le miro a los
ojos

– sinceramente, no me imaginaba un futuro a tu
lado

porque eras tan aterrador y siempre estabas tan
enfadado que nunca lo pensé.

– ¿Cuándo te diste cuenta de que querías un futuro conmigo?

– La misma noche que salí de Ravenswood y conducía a casa, pasé una noche horrible, un fin de semana que no acababa por mucho que quisiera y no

sabía la respuestas hasta que te vi de nuevo y algo en

mí me decía que tú merecías la pena.

Ronronea apretando su agarre en mi cuerpo.

– Has sido muy valiente habiéndome soportado tanto. Si yo fuese tú, hubiera huido lejos de mí.

– No lo hice porque en la vida hay que

arriesgarse, si no arriesgas, no ganas nada. Y mira lo

que he ganado yo, un neandertal enfadado, pero enfadado conmigo porque le desobedezco y no por otros problemas. Y hemos ganado juntos una hermosa

niña que nos va a amar mucho cuando crezca. Hemos

ganado todos.

– ¿Y si no hubieras arriesgado?

– Estaría saliendo con algún chico, seguiría de becaria y conduciría un coche nuevo de hojalata.

– Nunca nos hubiéramos conocido, ¿eh?

– No, nunca. Tú mundo y el mío no eran

compatibles. ¿Te imaginas que hubiera estado trabajando en Lawndale y tú que eres el dueño nunca

hubieras sabido que yo trabajaba allí?

– Podríamos haber coincidido en alguna absurda reunión. Te vería, me enamoraría y te haría mía. La historia se repite Señora Trumper, no hay excusas, estamos destinados a estar juntos – besa mi cabeza.

– Tienes razón, de algún modo u otro, nuestros caminos se hubieran cruzado.

– Yo haría que se cruzaran también nena. Te quiero, no lo olvides nunca.

– Yo también te quiero.

Y nunca me cansaré de decírselo. De

repetírselo todas las veces que hagan falta porque

Bastian Trumper es lo mejor que me ha podido pasar.

Sí, es un neandertal, sí, nuestro camino no ha sido fácil,

pero todo queda en el pasado porque allí se merece

estar, estancado porque ya pasó y creando un presente

para vivir un futuro juntos.

Suspiro oliendo a mi marido una vez más antes de caer rendido entre sus brazos, esperando el

momento en el que me coja en brazos y me
deposite

dulcemente sobre la cama susurrándome lo mucho
que

me ama. Hago un repaso a su cara cuadriculada,
esa

que me enamoró en la oscuridad, aquella que
penetró

en mí en cuanto me vio en la habitación en la que
se

refugiaba, fue allí cuando me enamoré del hombre
que

tengo junto a mí. Sus ojos siguen siendo de un
color

inédito, me miran a diario dándome órdenes, pero
también haciéndome saber que soy la única que

verán

para siempre.

Porque yo soy la única para Bastian.

Esbozo una sonrisa besándole, haciendo que me mire de nuevo, admirando la imagen que nunca me cansaré de ver aunque pasen los años. Soy su luz, soy

su vida y soy todo lo que siempre ha soñado, pero él es

algo más que una persona para mí, él me ha

sentenciado como mujer, me ha guiado cuando estaba

perdida y ha sabido darme lo que siempre he buscado.

Yo soy su luz, pero Bastian Trumper es la razón
por la cual yo brillo y siempre lo haré.

FIN

EPÍLOGO

Ajusto perfectamente el papel que tapará mi
segunda bandeja con galletas de coco, las de
chocolate

con fresas están ya preparadas y listas para llevar
cuando vayamos a irnos. Me aseguro de que no se
escapen de la bandeja ni que haya manos intrusas
que

osen a comerlas antes de su debido tiempo,
presiono

bien el papel transparente que mantendrá el calor

ya

que están recién horneadas y el sabor no se evaporará.

Coloco la bandeja junto con la otra y las bebidas que

también llevaremos, creo que este año me he librado

de cocinar y el llevar las galletas que nadie se comerá

es todo un placer para mí. Menos mal que mi marido

siempre engulle todo lo que cocino sin decir una

palabra, él sabe que cocino bien aunque otros piensen

que no lo hago y me acusen de que mi marido no

cuenta como juez. Entrecierro los ojos
acordándome

de mis cuñados que siempre se meten con mis
comidas

para hacerme rabiar, más que a mí, a Bastian, que
se

ofende por cualquier comentario ofensivo hacia
mí.

Algo diminuto está presionando mis piernas,

empañándome con babas los pantalones y
balbuceando

palabras inexistentes pero que significan un mundo

para ella. Doy media vuelta rápidamente
asustándola y

haciendo que sonría mostrándome ese diente tan
bonito

que se ha formado junto con el otro. Me agacho

cogiéndola en brazos, muerdo su mano y luego me la

como a besos empezando por su tripa y acabando por

su cara. Las risas de mi hija son escandalosas, sé que

la muy inteligente ha venido porque quiere

persuadirme; como una buena Trumper.

– ¿Qué quiere lo más bonito del mundo?, ¿eh?

– Chate – balbucea.

– ¿Chate? No sé lo que quieres decir.

Me hago la tonta fingiendo que miro hacia otro

lado y salta de alegría sobre mí moviendo sus

brazos

de arriba abajo, acercándose a mi cara para llenarme

de babas y continuar con su vida feliz.

– Chate. Chate.

– Umms, – pongo morritos – ¿quieres decir chocolate?

Sus gritos son más fuertes, tengo que cerrar uno

de mis ojos porque me ha dejado sorda. Me giro para

ponerla sobre la encimera de la cocina y así poder

dialogar con ella, pero no puedo hacerlo cuando mi

pequeña Trumper gatea para llegar al armario

donde

se encuentran los dulces.

– Chate, mami.

Vale, soy débil, me ha ganado. Abro la puerta

del armario, saco una estrella pequeña de chocolate y

se la doy recibiendo en respuesta una sonrisa. Mi

pequeña no comparte su chocolatina, la babea y finge

que se la come masticando cuando aún carece de

dientes. La pongo en el suelo de nuevo para que ande

detrás de mí y me adelanta emocionada corriendo a

velocidad de órdago. Bastian dice que eso de
correr lo

ha aprendido de mí. Consigo atraparla, cogiéndola
en

brazos, embadurnándome con sus babas por todo
mi

jersey y besándola hasta que está completamente
roja.

– Mi vida, tienes que comerte la chocolatina
pronto o papá se enterará.

Me

sonríe

como

si

me

entendiera

completamente y se la come más rápido enseñándome

sus inexistentes dientes, demostrándome que ya no hay

rastro de chocolate por su boca. La limpio con la manga de mi jersey eliminando toda pista que pueda

encontrar Bastian y mi pequeña corre nuevamente haciendo que vaya tras ella. Nos dirigimos al mismo

lugar, no sin antes ser recibidos por Perro que sale tranquilamente a oler a mi pequeña, a saludarme a mí y

a volver a tumbarse al lado de Bastian.

Bastian.

Me apoyo sobre el marco de la puerta para ver

como mi marido golpea efusivamente uno de los sacos

que tiene en el gimnasio, sus manos están vendadas

para no hacerse daño y se ha atrevido a no llevar

camiseta para seguir enseñándome que todavía posee

un cuerpo perfecto del que me enamoré en cuanto le

vi. Bastian está enfadado, es un Trumper, no hay

remedio para ello, pero esta vez no sé cómo voy a

poder evitar la crisis que tenemos cada año en

fechas

navideñas. La crisis de la edad. Ruedo los ojos

recordando lo inaguantable que está, como se enfada

consigo mismo porque no va rejuveneciendo y como,

con el paso de los años, se encierra cada vez más en el

gimnasio porque su cuerpo es lo único que le recuerda

a que una vez fue joven. Es un exagerado. Sigue

teniendo sus ocho bultitos que beso y muerdo a diario,

sus brazos grandes y tatuados, su figura alta, esbelta y

vestida con la piel de un león. Se ha cortado el pelo,

pero hace una semana lo tenía mucho más largo

porque leyó en un artículo que el pelo corto rejuvenece,

así que tengo que conformarme con no verle caer sus

mechones por la frente y apreciarlos en más de una dirección sobre su cabeza.

Al cambiar de posición, su mirada se cruza con

la mía y nos miramos. Me grita en silencio que le

recuerde que para mí sigue siendo sexy, que le deseo y

que puede provocarme muchos orgasmos a pesar de

que dentro de unos días, será un año más viejo. Le

sonríó, se relaja porque me relamo con la lengua mis

labios y le señalo tímidamente a sus ocho bultitos que

sabe que adoro. Él también se mira y me sonrío

golpeando descaradamente el saco y sacándose las

vendas de las manos. Ya nos hemos dicho todo lo que

teníamos que decirnos.

– ¿Qué pasa aquí?

La pequeña dictadora de cuatro años nos mira

analizando lo que presencia ya que luego se lo chiva

todo a sus abuelas. Dulce bebé está sentada en uno de

los pufs junto a su padre y Perro que no se separa de

ella aunque esté durmiendo. Su padre y yo no llegamos

nunca a un acuerdo cuando decidimos escoger un nombre para ella, siempre ha sido mi dulce bebé y ese

es su nombre, cuando tenga veinte años querrá

matarnos pero por ahora tenemos unos años de ventaja

para disfrutarla junto a nosotros sin que sienta que su

nombre es horrible. No lo es, es especial y lindo, ya se

lo explicaremos en un futuro. Mi niña, está en una edad muy complicada porque es el reflejo de nosotros,

va creciendo y quiere ir investigándolo todo, nos hace

preguntas, no quiere dormir en su cama porque prefiere estar con sus padres y es una pequeña

dictadora porque reina en nuestra casa y nosotros la

dejamos. Mi madre dice que tengamos cuidado con lo

que Bastian y yo hablamos delante de la niña porque

es una esponja que lo absorbe y conserva todo en la

mente, y cuando estamos todos juntos en familia, lo suelta dejándonos en ridículo.

Bastian le saca la lengua y la hace rabiar, ella le frunce el ceño haciendo lo mismo. Sí, su ceño fruncido,

esa pequeña arruga entre ojo y ojo que no logro quitársela cada vez que se enfada. Su padre dice que

ha salido a mí, yo le digo lo contrario porque a mí no se

me arruga tanto el entrecejo cuando me enfado. Mi

Dulce Bebé es toda una Trumper de los pies a la cabeza aunque haya sacado mi físico, con ojos grandes

y azules, cara redonda y una melena rubia bastante larga que debemos de cortarla ya, y que su padre se niega a hacerlo.

Mi pequeña llega hasta los pies de su padre tras haber descansado en el suelo, ha hecho su recorrido

con paciencia porque se ha entretenido con un peluche

que tenía aquí, en el gimnasio que tanto visitamos últimamente viendo a Bastian ejercitar sus músculos.

Nadine nació dos años después que su hermana mayor

y es la más tranquila de la casa, es la copia exacta

de

su padre con tan solo dos añitos; cara cuadrada,
ojos

del color de los astros y una actitud de enfado que
no

esconde ni cuando está sonriendo. Todos dicen que

será otra pequeña dictadora cuando crezca y que
junto

a Dulce Bebé nos dominarán como quieran,
siempre

digo que no será así, pero cuando la familia nos

encerramos en casa, Bastian y yo vivimos por y
para

ellas. Babea tímidamente sobre los pantalones de
su

padre mientras este termina de quitarse las vendas
que

tiene, ella quiere que la coja en brazos y así
delatarme,

hacerle ver a su padre que ha comido chocolate y
que

ha hecho algo que nos tiene a todas prohibido si no
es

cuando él decide darnos.

– Vamos, nena, tú puedes.

Bastian reta a su hija pequeña para que escale

hasta arriba como siempre hace. Lo intenta

agarrándose a las piernas, dando una vuelta

investigando cuando es el mejor lugar para subir y
no

caer en el intento, pero de repente, el huracán de su

hermana se adelanta y escala rápidamente por las piernas de su padre. Si hay algo que mis hijas aman

por encima de todo, es escalar por nuestros cuerpos,

no importa donde estemos o con quien estemos, ellas

se entretienen en escalar por nuestros cuerpos hasta

sentarse en nuestros hombros o pedir a gritos que les

hagamos el avión volador.

Dulce Bebé llega más arriba que su hermana

que se queda a mitad de su pierna, creyendo que ha escalado cuando solo aprieta fuerte los pantalones de

su padre. Bastian está orgulloso de que lo hagan, porque en parte, él las ha enseñado cuando se tira al

suelo y juegan. Dulce Bebé consigue llegar a su cuello

que se agarra a él sin ayuda y tengo que dar un paso

adelante para que no se caiga, sé que Bastian no lo permitiría, pero tengo ese sentimiento de madre que

me nace de mi interior y del que no me desharé jamás.

Me agacho otra vez para coger en brazos a Nadine y

aventajarla hasta dejarla sobre el otro hombro de

Bastian, qué ya ha terminado con sus manos y ahora

las sujeta fuerte porque sabe que llegarán a la cabeza.

– Hola – me acerco besando a mi sudoroso marido.

– Hola, – su voz grave y ronca todavía provoca que me tiemble lo que tanto saborea a diario – ¿has

terminado con las galletas?

– Sí, están listas y preparadas. Las he dejado

junto con las botellas, tenemos que empezar a prepararnos.

Me gruñe porque no le gustan las fiestas familiares. Le recuerda a su padre que envejece y que pronto se verá como él. Solo se siente así en esta época del año que está enfadado por el tema de su edad y tengo que tratarle con más cariño, prestarle más atención.

– La he olido desde aquí – me frunce el ceño.

– ¿A quién?

– A mi pequeña, ¿por qué le has dado chocolate?

– ¿Chocolate? – Responde Dulce Bebé – yo

quiero chocolate mamá, yo quiero, quiero mamá,
por

fa, por fa, mamá, mamita, quiero chocolate.

Subo una de mis cejas inquisidoras dirigida a mi

marido con el mensaje directo de que cierre la
boca y

no siga hablando. Dulce Bebé está de pie sobre el

hombro de su padre y sobre la cabeza, Bastian
tiene

que estudiar otra vez para agarrarla y que no se
caiga.

– No ha comido chocolate, pero si te portas

bien, quizás te dé una de esas estrellitas de galleta
que

tanto amas.

– Chate, chate – Nadine me enseña sus dientes para demostrarme que no tiene restos y que quiere más.

– Nena, ya sabes cómo me siento con el chocolate. Lo sabes y me desafías, ¿por qué malditamente no dejas de comprar esa mierda? Vais a enfermaros todas.

– Cariño, – me abrazo a su cintura – estamos en época navideña, no seas un gruñón y cede un poco.

Por favor.

Ronronea en desacuerdo, pero si algo he

aprendido a lo largo de estos años con Bastian, es que

cede si le digo que estamos en época navideña. Es la

única época que se deja mimar y querer porque se siente mal al cumplir edad el último día del año.

Besos

sus labios otra vez sintiendo como un pequeño pie está

sobre mi cabeza.

– Nadine, vas a aplastar a mamá.

– Mami – me responde.

– Mamá, mírame, mírame como he llegado

hasta aquí – Dulce Bebé se sube completamente a la

cabeza de su padre y yo me asusto intentando poner

los brazos a su alrededor para que no se caiga.

– Venga niñas, tenemos que empezar a

prepararnos. Y si sois buenas, papá os dará un poco de

chocolate.

– ¡Sí! – Grita Dulce Bebé sobre la cabeza de

Bastian, él cierra los ojos porque chilla tan fuerte y

rudo como él, aunque no quiera admitirlo.

– Chate mami, chate – Nadine estira los brazos

y la cojo, Bastian cede con Dulce Bebé
arrastrándola

por su cuerpo hasta cogerla en brazos – chate
mami,

chate.

Nos distrae un sonido familiar del aparato que

Bastian siempre lleva consigo, creo que he dejado
el

mío en la cocina. Beso a Bastian y a mis hijas en
la

cabeza, mandándolas que se vayan a duchar, que
papá

les escogerá la ropa como siempre hace con
nosotras,

y salgo corriendo del gimnasio con Perro
caminando

detrás de mí. Omito el subir en el ascensor y opto por

las escaleras que son más rápidas, porque ese

cacharro que nos sube y nos baja por vaguedad no hace

otra cosa que pararse en mitad del trayecto para

dejarme encerrada. Bastian dice que se rompe porque

no funcionan unos fusibles o no sé yo, pero yo digo

literalmente que me odia.

Llego con asfixia a la habitación abriendo la

puerta como una neandertal en busca de su bebé que

se acaba de despertar de la siesta. Me acerco a la

cuna sonriéndole, bajando la apertura que me dará
acceso directo a mi pequeño Bastian de once
meses y

que pronto cumplirá su primer añito. Mi pequeño
completa nuestra familia siendo otra copia exacta
de

Bastian, quizás también posee algo de mis
facciones,

pero es que tampoco hay manera de no estirarle
con el

dedo su pequeña arruguita que le sale en el
entrecejo

cuando se enfada o no le gusta la papilla que mami
le

da. Sus pómulos regordetes y colorados están
hechos

para que se los muerda, y que no acabe nunca de besar a mi hombrecito que crece cada día más. Se mueve ansioso entre mis brazos porque le toca la merienda y ya ha dormido sus horas de siesta.

– Hola mi amor.

Balbucea algo que no logro entender, mi pequeño quiere arrastrarse por el suelo y lo dejo tan pronto los escucho correr hasta nosotros.

– Mamá, piscina, por fi, por fi, por fi – Dulce

Bebé se abraza a mis piernas poniéndome esos ojitos tan adorables y llorosos cuando quiere conseguir algo.

– ¿Nos da tiempo? – Pregunta Bastian.

– Bueno, está bien. Meteros los tres en la piscina climatizada mientras le doy de merendar al pequeño.

– ¡Sí! – Grita Dulce Bebé y su hermana la imita.

Bastian ha cogido a su pequeño en brazos y se lo está comiendo a besos, las niñas salen disparadas de

la habitación y salgo a la puerta para ver que Nadine

es empujada por su hermana.

– Dulce Bebé, no empujes a tu hermana y no os

metáis en la piscina grande, la pequeña.

– La pequeña no tiene apenas agua.

– Pequeña, he dicho. Si no a la bañera, que tenemos que irnos con los abuelos.

Las pierdo de vista cuando he visto a Dulce

Bebé coger a su hermana en brazos, me doy la vuelta

para enfrentarme a mis hombres que me miran con devoción.

– Estás tan sexy cuando te enfadas, ¿a qué si

campeón? – Mi hijo quiere arrastrarse por el suelo y lo

hace cuando Bastian lo deja, Perro se encarga de que

no le pase nada porque los cuida tanto como a nosotros.

– No seré tan sexy cuando tu hija se meta en la piscina grande. Sé que no quieres ir a la cena, que el numerito de la piscina es muy bueno, pero como en veinte minutos no esté media familia Trumper en la bañera. No me verás tan sexy.

Bastian gruñe apretándome fuerte contra su cuerpo, agarrándome de la cintura y frotando sus pantalones sobre mí. Levanto los brazos dejándolos

sobre su cuello, sin quitar un ojo de mi hijo que juega

con un juguete que había en el suelo, aunque me distraigo recibiendo esos mordiscos que me vuelven

loca y me excita. Bastian y yo tenemos que encontrar

un momento para nosotros si no queremos provocar

una llama de fuego delante de la familia.

– Ums, ¿por qué no nos retrasamos

completamente?, ¿eh? Puedo hacer que te olvides de

muchas cosas Señora Trumper y la maldita cena de esta noche es una de ellas.

– ¿Por qué no conduces tu trasero a la piscina,

sacas a tus hijas del agua y las metes en la bañera?

Se

supone que esta noche viene Papá Noel y no tienen espíritu navideño.

– Lo tienen, no dejan de preguntar si entra por la chimenea.

– Ya sabes a lo que me refiero. Te quiero feliz, te quiero contento y te quiero con una sonrisa plena a

pesar de que odias estas fechas.

– No las odio. Odiaré los días que precedan a estas fechas. Nena, ya sabes que...

– Prohibido hablar Trumper, no me importa si

cumples cuarenta o cincuenta años, me he enamorado

de ti por el hombre que eres cuando estás conmigo, por

el padre que eres cuando tenemos un hijo y por la felicidad que nos das a toda la familia. Te quiero

Bastian, cada día más y te juro que con el paso de los

años mi amor por ti engrandece. Ahora, mueve tu trasero y vete con tus hijas, voy a darle de merendar al

pequeño Bastian y cuando vayamos a casa de tus padres, veremos a ver si encontramos un rato a solas y

te demuestro lo mucho que te amo cada vez que

cumples años.

– No quiero ir Señora Trumper, – frunce el ceño

– quiero estar contigo y con los niños.

– Amor, me prometiste que te empezarías a

comportar en épocas de Navidad. Es tiempo para estar

en familia y amigos, es tiempo para nosotros, para disfrutar con todos juntos.

– No me gustan. Fin de la historia. Además,

este año estás demasiado suelta.

– ¿Ah, sí? – Le sonrío – ¿por qué quiera

celebrar el cumpleaños de mi marido saliendo con él?,

¿por qué me haya comprado un vestido para lucirlo

delante de él? Si ves a mi marido, dígame que no se pierda detalle de cómo voy a mover mis caderas en la pista de baile.

– Nancy, – me regaña alejándose – me prometiste que no bailarías.

– Te prometí que no bailaré cuando hubiera hombres a mí alrededor. No que no lo haría, vamos

Bastian, por favor, sé más dócil en estas fechas.

– Lo seré cuando a mi esposa no le dé por ponerse lencería con esas tetas gigantes que tienes.

– Oh Bastian, eres insoportable.

– No lo soy, y tú, precisamente tú, no estás en condiciones de exigirme nada a cambio.

¡Depravada!

Tengamos un poco de sexo pervertido antes de irnos.

– Aunque estuviéramos solos el pequeño

Bastian tiene que merendar y nos quedaríamos a medias.

– Siempre estoy a medias desde que te conocí.

No me dejas secuestrarte y llevarte conmigo a todas

horas.

– ¿Perdón? – Le alejo intentando zafarme de

sus manos – no dejas que trabaje, no dejas que
vaya

sola ningún lugar y no te separas de mí en todo el
santo

día. ¿Cómo que no te dejo secuestrarme?

– Eres una mujer libertina, intento cambiarte, –

se ríe porque se cree que lo que me dice es lo más

normal del mundo, menos mal que le conozco y sé
que

aunque piense eso, solo es una idea fugaz – ¿por
qué

no omitimos la cena de Nochebuena y hacemos una

barbacoa con las niñas? Estoy seguro que lo
prefieren

mucho más que estar con esa gente.

– La barbacoa la hicimos hace dos noches y
con respecto a esa gente, es nuestra familia –
apoyo

mi frente en su cuerpo – sé que te resulta difícil
compartirnos, pero déjame decirte que el estar en
familia en épocas navideñas es motivo para estar
feliz.

– Soy el hombre más feliz del mundo entero,

Nancy Trumper. Tú me haces feliz. Los hijos que
me

has dado me hacen mucho más feliz. Soy un marido
y

un padre orgulloso. Amo despertarme a tu lado
cada

día, amo arrastrarte de la mano y llevarte a la

habitación de las niñas para que le despertemos juntos.

Amo agarrarte el pecho para que Bastian pueda comer

de ti. Amo verte a todas horas, como hablas, sonríes,

te contoneas y me seduces con cada movimiento de tu

cuerpo. Amo cada parte de ti. Amo cada parte de mis

hijos. Lo amo con toda mi alma ahora y siempre. Pero,

¿sabes que es lo que más amo?

– ¿Qué es lo que más amas?

– Que todo sea eterno. Que tú seas eterna, que

mis hijos sean eternos y que yo sea eterno para ti.

Así

que, Señora Trumper, no me acuse de que no soy feliz.

Este año se me está juntando todo y no quiero que las

cosas cambien. Mi hija abandonándome unas horas

para ir a la guardería, mi pequeña Nadine me rehúye

cada vez más porque es independiente, mi hijo Bastian

que solo se dedica a dormir para no verme y la

obstinada de mi esposa que quiere tener una vida sin

mí. Trabajar, ir con sus amigas y conducir en el

trayecto.

– Oh mi amor, las cosas cambian a mejor. No

seas tan negativo. Dulce Bebé solo es la primera de

nuestros hijos que irá a la guardería y no se separa de

ti, sobre todo cuando la acompañas y te quedas con

ella recortando animales junto con el resto de los niños.

La pequeña Nadine está en una edad que quiere

experimentarlo todo, ni siquiera quiere que yo la coja

en brazos y el pequeño Bastian solo tiene que dormir y

comer como todos los bebés. Y con respecto a tu

obstinada esposa, ella quiere sentirse útil, no ser la

típica que está todas las mañanas encerrada en casa o

en el Chase porque no sabe hacer nada. Quiero salir

con mis amigas para que también te des un respiro y

salgas con tus hermanos y tus amigos, y por favor,

llevo años sin conducir, siempre te buscas la excusa

para hacerlo tú o Ryan. No me acuse Señor Trumper o

me veré obligada a sacar la fusta y castigarle.

– ¿Me prometes que las cosas no cambiarán entre nosotros?, ¿qué me dejarás seguir siendo el neandertal del que te enamoraste?

– Las cosas no cambiarán mi vida. No lo harán porque siempre serás mi neandertal, ese loco testarudo

que me arrastró por el club en cuanto me vio, que osó

a mantenerme en la oscuridad para que nadie me conociera, quién me partió el corazón y supo recoger

cada una de las piezas rotas y restaurarlo. Ese hombre

que ha luchado por mí, que ha sabido amarme hasta el

infinito, que me ha dado un amor verdadero, una familia, un hogar. No, cariño. Las cosas no cambiarán,

nuestros hijos cambiarán, nosotros no.

– Nancy, te amo tanto. Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida, lo mejor – sacude la cabeza, frunce

el ceño y golpea mi trasero fuerte – así que, dejémonos

de estas conversaciones aburridas y quítate la ropa.

Vamos a tener sexo pervertido antes de irnos. Es una

decisión irrevocable.

BASTIAN

Seco con mi toalla las gotas que se resbalan por mi cara después de haberme refrescado un poco. El

comerte cien kilos del asado de mi suegra y las galletas

de mi esposa, han hecho que cambie la temperatura de

mi cuerpo por todos los alimentos que reposan en mí,

ya repleto, estómago.

Analizo mi reflejo en el espejo aprovechando la soledad del cuarto de baño en el que me encuentro, alejado por unos instantes del bullicio de gente que hay

en el salón de la casa de mis padres. No soy joven,

fin

de la historia. Paso desconsiderablemente de los cuarenta años y mi esposa, aunque cumpla años, se ve

mucho más jovial que yo. A mi lado, parece mi hija

mayor adolescente y yo un viejo que le gustan las jovencitas. Mi Nancy siempre me apoya, cada año se

vuelve más sensible con mis sentimientos y con mucho

tacto, sobrelleva mucho mejor que yo que dentro de

unos días voy a ser un año más viejo.

Todo me preocupa cuando se trata de no tener

edad suficiente para aprovechar al cien por cien lo que

siempre he soñado. Una esposa hermosa y preciosa

que me ama, con mis cosas buenas y mis cosas malas.

Unos hijos que también me aman por encima de todo,

soy la figura de autoridad en nuestra familia y aunque

a veces me vean enfadado, siempre tienen una sonrisa

para mí que me regalan y yo las hago mías. Y aunque

mi mujer piense que me preocupa mucho mi edad, en

realidad, no le doy tanta importancia si valoro lo que

tengo en mi vida todos los días. Por eso, dejo a un lado

que ya no soy un tierno jovencito y disfruto de todo lo

que estas fechas navideñas conllevan; a que mi esposa

se disfrace para mí de Mama Noel en su versión más

porno, a que mis hijos me hagan dibujos aunque solo

sean rayas que van en direcciones sin sentido y a que

puedo dar gracias a Dios por haberme entregado la familia de mi vida. Porque ellos, mi mujer y mis

tres

hijos, son la razón por la cual respiro día a día.

Lanzo la toalla al cristal sonriendo porque mis

pensamientos están siendo sonrosados; si mi

Nancy

me oyera decirle todo esto seguro que ladearía la

cabeza, me enfocaría en sus pechos y bendita sea

si

tenemos gente alrededor porque le arrancaría la

ropa

para lamerla de arriba abajo. De todas formas,

hablo

con mi esposa a diario, ella ya sabe lo que siento y

pienso, y con que ella y mis hijos lo sepan, ¡me da

malditamente y jodidamente igual! Me amarán
tenga la

edad que tenga.

Abro la puerta del baño y la cierro felizmente.

Estamos en la casa de mis padres, y visualizo lo
grande

que es, cuando la compré para ellos después de
haber

ganado mi primer campeonato mundial imaginé
que

todas las habitaciones de esta casa iban a estar

ocupadas algún día. Y así es. Veo trastos
navideños,

papel de regalo, juguetes de niños y un sinfín de
cosas

innecesarias pero que están por medio. Si nuestra Lorain viese este desorden en nuestra casa me patearía el trasero, primero a mí y luego a mi esposa.

Los llantos de mi hija me alertan como si me arrancaran una parte de mi corazón, lo lanzaran al suelo y luego lo pisotearan. Me encaro andando por el

pasillo de muy mal humor por lo que oigo, pero freno

en seco en cuanto mi pequeña Dulce Bebé corre en mi

dirección con los brazos en alto y se lanza hacia mí

como si fuese lo único en su vida. Esconde su

cabeza

llorando en mi cuello, mi suegra se asoma
riéndose y

se va diciendo que está conmigo, yo giro dándole
la

espalda al final del pasillo e intento calmarla
susurrándole lo mucho que la amo.

Mi Dulce Bebé, mi niña, mi pequeña, una parte
de mí como lo es de su madre. Se creó con mucho
amor cuando más la necesitaba y aún no me
perdono

que la inconsecuente de mi esposa no me dijese
que

estaba embarazada en el mismo momento que lo
supo.

¡Todavía regaño a la insolente irresponsable por esa

descarada omisión! Menos mal que con mis otros hijos

he estado presente desde su creación, hasta su llegada

al mundo. Para mí todos son iguales, los amo a todos;

pero últimamente tengo la sensación de que Dulce

Bebé, al ser la mayor, se da cuenta de las cosas, es

más grande, habla más y dentro de poco me va a

empezar a preguntar por etapas de mi vida que no

quiero recordar. Mi esposa dice que llevo al límite mis

miedos, me ha aconsejado que le cuente la verdad;

que

he luchado, que era un hombre que se divertía y que

nos conocimos en una oficina. Aunque, de todas formas, cuando mis hijos tengan edad suficiente pienso

contarles lo malo que ha sido su padre. Quiero que se

sientan orgullosos de mí por lo que he sido, soy y seré,

no por inventarme una fachada de un pasado perfecto

que nunca existió.

Bueno, haré lo que mi esposa me diga.

Solo tengo pánico a perderles, que oigan

rumores y dejen de quererme. Estoy muerto de miedo

porque mis hijos lleguen a odiarme y quiero ser el mejor para ellos. Por eso, sí, los ato a mí tanto como

me dé la gana. ¿Quieren un pony? Su padre les compra un maldito pony, ¿quieren un avión? Su padre

les compra un maldito avión, ¿quieren sol? Su padre les

trae el jodido sol y lo hace brillar para ellos. Todo lo

que me pidan, lo tienen. No quiero que me dejen de

amar, yo moriría y la madre no estaría orgullosa de

quedarse embarazada hasta el día que muera.

– ¿Qué ocurre mi niña? – Aspira sus mocos en mi jersey navideño y me mira.

– Es tito Sebastian.

– ¿Qué ha pasado? – Voy a arrancarle los huevos a mi hermano pequeño.

– Dice que este año no viene Papá Noel porque está más gordo y no cabe por la chimenea.

– Cariño, ya sabes que Papá Noel, aunque venga a la casa de los abuelos, por donde tiene que
caber es por nuestra chimenea. ¿Y has visto lo grande

que es?

El año pasado empezamos a hacerlo así porque

Dulce Bebé iba dándose cuenta de las cosas. Así que

les hemos contado a las niñas que Papá Noel va a

nuestra casa para traerles regalos y también a la de los

abuelos, poco a poco van entendiendo que deja regalos

para ellos en todas las casas de nuestros familiares.

– La nuestra es grande, pero ¿y sí no cabe este

año porque está más gordo?, ¿cómo lo sabes papá si

no lo has visto?

– Porque Papá Noel hace dieta. Como sabe que tiene que trabajar en Navidad deja de comer para caber por todas las chimeneas del mundo.

– ¿Y por donde entra en las casas donde no hay chimenea?

– Hace un trato con los papás para dejarle la puerta abierta.

– ¿Y por eso se come la leche y las galletas? –

Que no me nombre más galletas, me he comido casi

dos bandejas de las que ha horneado mi mujer.

– Sí. Luego, antes de irnos a dormir le dejamos leche y galletas.

– ¿Y si no le gustan las galletas? – A su madre sí – ¿qué pasa si se enfada y no le gustan las galletas?

– A Papá Noel le gustan todas las galletas.

– ¿Podemos dejarle otra cosa para que no engorde? No quiero que no pueda entrar en otras casas y no deje regalos a los niños.

Sonríó porque estoy debatiéndome en si comérmela de arriba abajo o de abajo arriba. Creo que no quiero que crezca nunca más y se quede así de pequeña para siempre. La dejo sobre el suelo y me agacho reajustándole este vestido navideño que la

fresca de su madre le ha puesto.

– Hagamos una cosa mi niña. Luego le

dejaremos una nota a Papá Noel para decirle que no

coma más y así pueda entrar en todas las casas,

¿entendido? El año que viene estará delgado y

repartirá mucho más regalos.

Frunce el ceño como yo lo hago y me acuerdo

de que su madre no consigue aplastar con su dedo las

arrugas que se le forman entre ceja y ceja. Está

analizando, pensando y recomponiendo lo que le he

dicho, como una buena Trumper. Me sonrío porque

ha

llegado a una conclusión y empieza a saltar.

Definitivamente la amo cada día más.

– ¡Sí papi! Quiero que todos los niños tenga

regalos y cuanto más delgado esté, más regalos
podrá

repartir y, mis hermanitos y yo tendremos mucho
más

regalos.

– Ems, eso no era lo que...

– Voy a decirle a tito Sebastian que se lo vamos

a decir a Papá Noel. Gracias papi, eres el más
mejor

del mundo – me abraza, me besa y se va

brincando.

Sí, desde luego, lo acabo de reconfirmar

nuevamente. Me ha podido decir que quiere incendiar

la casa con todos dentro y con la cara de bobo que tengo le diría que es una buena idea. Soy débil. Lo soy

cuando se trata de mis hijos y de mi esposa. Cuando

hablan actúo, cuando no lo hacen, también. Ellos son

mi vida, me tienen ganado y yo los disfruto.

Me levanto negando con la cabeza, me la

imagino brincando delante de su tito Sebastian

contándole que le va a dejar una nota a Papá Noel
animándole a adelgazar. Ella va a sonreírle,
ladeará la

cabeza y su tito se rendirá a sus encantos, como
siempre hace cada vez que la hace rabiar.

Llego por el pasillo a la sala donde estamos
todos, está repleta de gente y reposamos la comida
delante de la hoguera que desprende la chimenea.
Los

cinco sofás blancos están ocupados por todos
aunque

también hay gente que va de un lado a otro; las
luces,

la decoración y el resto, hacen que el espíritu
navideño

se respire en cada rincón. Al fondo, justo al lado de la

hoguera, está el árbol de Navidad inmenso que mi padre regaló a sus nietas este año, Dulce Bebé ha enseñado a mi chiquitilla a decorarlo y ya he visto el

video del momento como diez millones de veces, lo

tengo en mi móvil y no dejo de ver como mis hijas lo

decoraban con ilusión. Mis padres ya han sacado el

champagne y los pasteles de mi suegra que pronto comeré en cuanto haga la digestión. La música navideña te incita a suicidarte si fuera diez años

más

joven, pero como soy jodidamente feliz y tengo todo en

la vida, quiero oírla hasta que se pasen estas fechas.

Como ya sabía, mi Dulce Bebé está delante de su tito Sebastian con un papel en la mano, estoy seguro

que escriben la carta de recomendación a Papá Noel.

Busco con la mirada a mi hija Nadine, cuando supe que iba a ser padre por segunda vez follé a mi

mujer por las diez mil hectáreas de nuestra casa y después de dos días dejándola dormir para que se

recuperase, deduje que no debería haberlo hecho porque mi cacahuete no estaría orgulloso de haber presenciado tanto ajeteo dentro de su mamá. Ella es

mi copia en niña, su ceño está fruncido, tiene el tono de

piel que los Trumper tenemos y todo lo evalúa con la

mirada antes de actuar; sí, totalmente ha salido a su

padre. Aunque sea físicamente como yo, su

personalidad serena y calmada es producto de su

madre, es mucho más tranquila que el terremoto de su

hermana mayor pero mi madre y mi suegra dicen

que

pronto copiará a Dulce Bebé y se harán con nosotros.

Y si pienso en eso, me da igual, mi Dulce Bebé y mi

chiquilla Nadine pueden decir lo que quieran que ellas

me tienen en la palma de sus manos. Doy con mi

segunda hija sobre las rodillas de mi madre, está

contándole algo y su sonrisa está llenando mi corazón

de alegría. Mi esposa y yo nos decidimos por el

nombre de su abuela materna porque se lo prometimos

como homenaje a su apuesta por nuestro amor, mi

madre estuvo de acuerdo y pensó que era un gesto muy bonito, pero estoy seguro que está deseando que

tengamos otra niña para que podamos llamarla como

ella.

Una vez que tengo vigiladas a mis dos

pequeñas, no me es difícil dar con mi campeón, con mi

hombre, con mi pequeño Bastian. Que se llame así es

porque mi esposa lo ha deseado. Yo no quería ponerle

mi nombre porque no me siento orgulloso, pero cuando

le vi cara y frunció el ceño; automáticamente pensé que ha venido al mundo otro Bastian Trumper que espero que limpie las huellas que su padre ha dejado.

Él es un bebé, solo un bebé si no contamos con que yo

no dejo de marcarle con los dientes ya que le muerdo

cada dos por tres. Me da igual. Es mi hijo y le morderé

cuando quiera.

Me relajó mucho más sabiendo que mis tres

hijos están en buenas manos porque una sombra está

moviéndose hacia mí y ya me ha hipnotizado. Se

acerca sonriendo, dando pasos cortos, uno detrás
de

otro; grabando en mi puta mente un video a cámara

lenta de la mujer de mi vida. Esta que ha osado a

ponerse eso a lo que llama vestido y que no deja
lugar

a la imaginación con sus enormes tetas; sí, vale,
está

tapada hasta el cuello, pero no lo apruebo y ella lo

sabe. Todavía noto como vuelan dentro de mi
vientre

esas pequeñas mariposas que las mujeres dicen
tener

cuando se enamoran, pues yo he debido de tener
toda

la especie dentro de mi interior porque tiemblo
cada

vez que la tengo frente a mí. No puedo adoptar una
postura seria y de hombre malhumorado cuando se
trata de ella porque es la única mujer en el mundo
que

me conoce. Con ella puedo ser yo mismo, puedo
cometer errores gritándole cuando me enfado o si
tengo un mal día y me tiene que aguantar, no
importa,

nada importa porque ella siempre está y estará a
mi

lado. Mi Nancy, mi dulce Nancy, la luz que aún
ilumina

mis días y que sin ella, yo no tendría nada de lo

que me

ha dado.

Consigue llegar a mí después del último derrape

con su pierna derecha, sus manos rodean mi cintura y

ya me estoy poniendo duro de nuevo. De acuerdo, lo

hemos hecho mientras las niñas estaban en la piscina

pequeña y el pequeño Bastian estaba en el parque

reposando la merienda; pero no es suficiente, quiero

más, mucho más y estoy deseando que nuestros hijos

se duerman para demostrarle el efecto que tiene

sobre

mí desde el día en que la vi. Pongo mis manos en su

cintura mientras la tengo pegada a mi cuerpo, está mucho más cariñosa en Navidad porque se piensa que

estoy enfadado, y acabo de darme cuenta que lo voy a

dejar de estar, estas fiestas son para pasarla en familia

y mi mujer y mis hijos son la única familia de la que

quiero disfrutar para siempre.

Cierro los ojos recordando los años maravillosos que hemos vivido desde que nos conocimos.

Cuando la

vi por primera vez supe que ella sería mi luz y la
jodida

estrella que siempre brillaría para mí, y así está
siendo.

Hemos sufrido por un infierno de mierdas por mi
culpa,

por querer apartarle de mi odiado pasado, pero
nos

hemos enfrentado juntos a todo y sin ella aún
estaría

consumido en la deshonra y oscuridad. Por eso,
rezo

en silencio cada dos por tres por la mujer que
tengo a

mi lado, por su vanidad y respeto, por amarme y

alabarme lo haga bien o lo haga mal, ella es el motor

de mi vida y no podría dar un maldito y jodido paso sin

hacérselo saber a mi mujer. Nancy es la bondad hecha

en persona y yo soy el hijo de puta con más suerte del

mundo.

– ¿Cariño? – Ronronea con su barbilla sobre mi

pecho, no me ha dicho nada y ya tiene el sí en mi boca.

Le daré lo que me pida sin tapujos.

– ¿Uhm?

– ¿Te das cuenta de lo que estamos haciendo?

– Sí. Calla y aprovéchate.

Y así lo hace, se calla y vuelve a reposar la

cabeza sobre mi pecho porque por primera vez en
más

de cuarenta años, estoy bailando con mi esposa. Ni

siquiera lo hice en mi boda, en nuestros
aniversarios o

en ocasiones especiales, siempre le niego a hacer
el

ridículo bailando y desde que la he sentido
abrazarme

como lo está haciendo, mi cuerpo ha reaccionado

moviéndose lentamente de un lado a otro.

Suspiro por la felicidad plena en la que me

envuelvo. Aunque discuto con mi mujer porque intento

no darle libertad para que no me abandone, lo que vivo

día a día en primera persona es irrepetible. Si echo la

vista atrás, este año he cedido en darle a mi familia

mucho más de lo que creo ya que me abandonan

lentamente; mi Dulce Bebé ya va a la guardería, mi

chiquitilla Nadine ya prefiere estar con su hermana

mayor y mi bebé duerme independiente en su propia

cuna. Y para acabar este año tan maravilloso de

abandonar a papá, el día de mi cumpleaños

también

hemos cedido salir con nuestros amigos y temo esa
noche porque la libertina de mi mujer ha escogido
un

vestido que me daña en el corazón, y por mucho
que

se lo diga, ella no me cree. Se va a atrever a
enseñar

piernas, ¡piernas en diciembre!, y eso no se lo
permiso.

– ¿Cariño?

– ¿Sí?

– ¿En qué piensas? Estás susurrando algo.

– Pienso en la posibilidad de un debate sobre tu

vestido el día de mi cumpleaños.

– ¡Bastian Trumper Primero! – Le encanta decir eso desde que nuestro hijo se llama y apellida como yo.

– Nena, estoy preocupado. Mírame, ¡estoy bailando! ¿No te vale con eso?

– No hemos salido ningún año por los niños o porque no te apetecía. Disfrutemos este año por primera vez.

– Todavía queda una semana, lo hablaremos, – la ninfómana de mi mujer me muerde el pezón y yo giro mi cuerpo hasta estar de espaldas a todo el

mundo

que nos ignora – también estaba pensando en lo afortunado que soy de teneros como familia, de teneros un año más.

– ¿Es que el año que viene nos vas a meter en un trineo y nos vas a abandonar?

– ¡No! Pero si os encerraré a todos, no quiero que nadie toque lo que es mío.

– Usted no cambia Señor Bastian Trumper Primero.

– Y usted, Señora Nancy Trumper Primera, deja de morderme a través del jersey si no quieres que

demos un espectáculo aquí. No apruebo tu vestido.

– Me lo regalaste tú, – me guiña un ojo y me

tiene en sus manos – en nuestro aniversario en Italia.

– Mentirosa. Este no era el vestido, era negro y este es blanco.

– Piensa Señor Trumper, piensa dónde estabas.

Estoy tan cegado de amor por ella que me habrá

liado de cualquier forma para que ceda ante sus

suplicas. Sí, seguramente le habré comprado este

vestido y todos los que tiene. Es lo que tiene la magia

de querer tanto a una persona hasta morir, que estoy a

su entera y jodida disposición.

Nos besamos en los labios zanjando el tema

como lo hacemos siempre. Es lo bueno que tiene
que

nos conozcamos, que no necesitamos palabras o
gestos

para saber lo que pensamos el uno del otro. Beso
de

nuevo a mi mujer sonriendo y pegando mí frente a
la

suya, estoy conteniéndome bastante para no
doblarla

sobre el sofá que tengo a mi espalda y hacerlo
delante

de todos. Ella me mataría, bueno no, lo disfrutaría
y

luego me mataría.

Hay

manos

que

llevan

cinco

minutos

escarbando en mi cuerpo y no son las de mi esposa

con la que aún me muevo de derecha a izquierda

contagiándome de su amor, y de su trasero, porque se

lo estoy tocando. Mi Dulce Bebé tiene serios

problemas porque le es difícil agarrarse a mi

jersey sin

estirlo ya que se debe de estar resbalando, sin embargo, mi chiquitilla Nadine ha preferido las medias

de su madre que intenta escalar descaradamente cuando no puede ni empezar a subir. Mi esposa y yo

estamos riéndonos mientras nos robamos tiernos besos,

sí, sin duda soy el mayor hijo de puta del mundo con

suerte.

– Mami, mami – mi hija pequeña hace que

rompamos nuestro momento de intimidad para

dedicarnos exclusivamente a nuestras hijas.

– Niñas, ¿queréis dejar a vuestros padres en

paz? – Mi madre grita haciendo que todos se den la

media vuelta y definitivamente, ahora somos el centro

de atención.

Ha llegado el momento.

Atrapo a mi Dulce Bebé de mi espalda y la cojo

en brazos, me besa en la cara y me he vuelto gilipollas

otra vez. Me recompongo mirando a mi esposa que me

asiente con la cabeza mientras tiene en sus brazos a mi

chiquitilla Nadine.

– Familia – digo en voz alta, seguimos siendo el foco de todas las miradas.

Me centro en los ojos de mi hijo pequeño que me está mirando, no tiene ni un año y ya le dejo el coche si me lo pide. Lo amo tanto que espero que me

ame a mí también. Suspiro evaluando la estampa que

tengo frente a mis ojos, añadiendo que ha empezado a

nevar y desde aquí podemos ver el jardín blanco que

hace este momento más mágico todavía. Siento el

brazo de mi esposa rodear mi cintura y beso su cabeza,

nuestras hijas están inmóviles sujetas por nosotros,
y

con la mirada fija en mi hijo Bastian, carraspeo la garganta.

– Cariño – gracias a Dios por su dulce voz,

necesitaba un aliciente de mi esposa para poder hablar.

– No me voy a extender mucho. Mi esposa y yo queríamos comunicarnos algo.

– Sí. Adelante cariño – como mi esposa vuelva a llamarme cariño voy a hacérselo aquí y ahora.

– Vamos ya, que me tienes nerviosa – esa ha

sido mi suegra impaciente.

– Hijo, dilo ya – y ahí va mi madre presionando, como siempre.

– Está bien. Nancy y yo vamos a ser padres de nuevo.

Todos se alegran efusivamente menos nosotros que seguimos inmóviles calmando con susurros las preguntas de nuestras hijas pequeñas. Empiezan a murmurar que ven gorda a mi esposa y que se creían

que era porque comía demasiado; miro que ella se está

riendo, y si a ella no le molesta, a mí tampoco, porque

está embarazada y yo he sido el único culpable.

– ¡Otro nieto! – Mi madre ha sido la última en

dejar de hablar porque se han dado cuenta que no nos

hemos movido ni reaccionado.

– Hay más, ¿no? – Y mi suegra otra vez.

– Mi amor, dilo ya que la niña pesa.

Mi mujer me susurra con una sonrisa en su cara

y me tiene en el bote. Toco su barriga embarazada y

de la que me he contenido en hacerlo toda la noche

porque habíamos decidido contarle hoy delante de toda

la familia. Agarro más contra mí la cintura de mi

esposa y tras besarle en la cabeza, miro hacia el frente

con la noticia en mi garganta.

– ¡Vamos a tener trillizos!

GRACIAS POR HABERME ACOMPAÑADO

EN ESTA AVENTURA NEANDERTAL

PRÓXIMAMENTE

Conoce la historia de Sebas Trumper en

“MALDITAMENTE SEBAS”

Y la historia de Sebastian Trumper en

“JODIDAMENTE SEBASTIAN”

El legado neandertal continúa...